
3 1761 09545829 5



POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

GALERIA LITERARIA. — MURCIÁ Y MARTI, EDITORES.

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

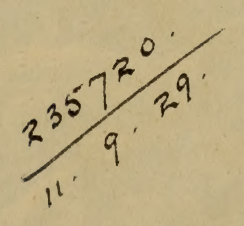
ó

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR.

Novela histórica original

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO I.



MADRID: 1868.
Imprenta de la Galería Literaria, Colegiata, 6.



POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS.

PARTE PRIMERA.

EL ABATE FLORENTIN.

CAPITULO PRIMERO.

Escenas misteriosas.

El dia 20 de Octubre de 1597 habia llovido desde el amanecer hasta la caida de la tarde, hora en que un vientecillo sutil que venia del Guadarrama despejó el horizonte, en cuyo fondo de trasparente azul vieron los habitantes de la coronada villa los vivos colores del arco iris. El cielo, que durante aquel dia nebuloso y triste habia llorado, quiso sonreir cuando las tinieblas reclamaban su imperio.

Por el contrario, algunas criaturas que habian sonreido aquel dia, debian llorar por la noche. La naturaleza tiene raros caprichos y suele vestirse de gala cuando el corazon de sus hijos se cubre de luto.

Cerró la noche, brillaron las estrellas y luego la luna esparció sus nacarados resplandores, lo cual fué una dicha para los honrados vecinos de la corte, porque en aquellos tiempos, en que para que todo fuese tinieblas, no se habia siquiera

pensado en iluminar de noche las calles, la luna representaba un gran papel, y era tan deseada y bendecida por la gente honrada, como temida por los criminales.

Acababan de dar las ocho, y las estrechas y tortuosas calles del barrio de la Morería estaban desiertas.

Se abrió la puertecilla de una casa de feísimo y miserable aspecto, como todas las que por allí se veian, y junto al dintel aparecieron dos hombres, que formaban el más raro contraste, y á los que podremos examinar á nuestro placer, porque el uno de ellos tenia en la mano izquierda un candil, cuya luz rojiza y vacilante esparcia trabajosamente sus rayos en el estrechísimo y sucio zaguan de la casa.

El que tenia la luz era casi un gigante, de rudo aspecto, de abultadas facciones, que quedaban medio ocultas entre su negra y espesa barba y su áspera y desordenada cabellera.

Su mirada era casi feroz, y en la expresion de su semblante se conocia bien pronto y fácilmente á uno de esos séres que viven en el lodazal de todos los vicios, que cometen todos los crímenes y que han llegado á la última degradacion.

No hay que decir que estaba, más bien que vestido, cubierto de harapos; pero ni tenia capa ni sombrero, de lo cual debia deducirse que se encontraba en su morada.

El otro era un jóven que no tendria más de diez y nueve años.

Era escasa su estatura y no ménos escasas sus carnes, y al primer golpe de vista observábase en su espalda y al lado izquierdo, muy cerca del hombro, una protuberancia de bastante volúmen para que pudiera disimularse.

Su rostro era ovalado, su nariz aguileña, su boca bien

dibujada y sus ojos grandes, rasgados, negros, de brillante pupila y de melancólica expresion.

Su frente era espaciosa y revelaba una inteligencia privilegiada.

Dos arrugas precoces que partian de entre sus cejas le daban un aspecto casi sombrío y hacian comprender al mismo tiempo que, á pesar de sus diez y nueve años, ya fuese efecto de sufrimientos antiguos ó por otra razon cualquiera, el personaje en cuestion debia ser considerado como un hombre de maduro juicio.

Como ahora nos es imposible dar á conocer su alma, nos ocuparemos de su vestido, que no era ménos extraño que su persona y que revelaba, no solamente la humildad de la clase, sino la pobreza.

Desde el sombrero á las calzas, todo era negro, ó más bien pardo, pues el tiempo y el uso habian alterado el color de aquellas prendas.

La capa, demasiado larga, era, lo mismo que el jubon y los gregüescos, de bayeta enteramente raida, y las alas del sombrero tenian tanta extension, que podian servir perfectamente de paraguas.

No ceñia espada, ni en su cinturon de cuero, que habia sido negro y ya era de color de cobre, veíase tampoco daga ni puñal.

A pesar de la protuberancia de la espalda, no se inclinaba hácia adelante el cuerpo del jóven, y su pecho, en vez de estar hundido, era saliente y bien formado; pero en cambio su cabeza, que podemos calificar de hermosa, se inclinaba como la del hombre que no puede soportar sus negros recuerdos ó sus tristes ideas.

Una palidez mate cubria su rostro, que lo mismo podia interesar que repeler.

—Adios, Simon,—dijo con voz dulce y varonil acento:—hasta mañana.

—Pero has de avisarme,—respondió el otro.

—Sí.

—Esperaré.

No hablaron más.

El jorobado se embozó, salió de la casa, miró á todos lados, y seguro de que no lo observaba ninguna mirada indiscreta, alejóse rápidamente.

Antes de diez minutos atravesaba la Puerta del Sol y luego tomaba por la calle de la Montera.

Su respiracion indicaba la fatiga; pero en vez de detenerse, aceleraba cada vez más su marcha.

Y tanto la aceleró, que un cuarto de hora despues habia llegado á las últimas casas del arrabal de San Ginés y se detenia ante una completamente aislada y de rara apariencia.

Las paredes de este edificio, carcomidas en muchas partes, grieteadas en otras y medio ennegrecidas por los años y la intemperie, veíanse agujereadas por ventanas de distintas dimensiones, más elevadas las unas, casi junto al suelo las otras y algunas defendidas por gruesos barrotes de hierro.

Detrás de la casa, es decir, en la parte opuesta á la en que tenia su entrada, veíase una tapia de piedra y barro.

Uno de los ángulos del edificio lo formaba un trozo de torrecilla que quedaba dentro del cercado, y en la cual se veian algunas saeteras y dos ventanillas ojivales.

Si el aspecto de la casa era raro, no era ménos extraño

lo que de ella se decia, pues aseguraban los vecinos del arrabal que la familia que allí habitaba debia estar en relaciones directas con el mismo Satanás.

Para esto se fundaban en que muchas noches, particularmente las más tenebrosas, veíase á través de los vidrios de una de las ventanas de la torre un resplandor rojizo, que solia cambiar de color, convirtiéndose en azulado, y que otras veces, por una de las saeteras, se escapaban torrentes de vivísima luz á modo de llamaradas.

Las personas que habitaban allí no tenian aspecto nada sospechoso, ni mucho ménos desagradable, además de que, ni hacian á nadie daño, ni ocultaban lo que en su casa hacian, pues con la mayor franqueza daban explicaciones á cuantos les preguntaban.

El jorobado miró atentamente el edificio que nos ocupa, y yendo luego hasta la tapia, volvió á detenerse.

Por las rendijas de una de las ventanas de aquel lado se escapaban algunos destellos de luz.

—Por aquí,—murmuró el mancebo.

Y dejó caer la capa y el sombrero, cuyas alas debian estorbarle, y con una agilidad que nadie hubiera supuesto en él, sirviéndose de los agujeros y piedras salientes, trepó la tapia en pocos instantes.

Una vez allí, se acercó á la pared de la casa y puso los piés sobre una cornisa ó faja saliente de piedra, sujetándose con las manos, lo mismo que antes, en las grietas y desconchados.

El menor descuido podia fácilmente dar con su cuerpo en el corral, dejándolo muy mal parado, ya que no sin vida; pero el peligro no le hizo vacilar, y como si le hubiera sido

fácil adherirse al muro á manera de lagartija, adelantó hasta llegar á la ventana de que hemos hablado.

Allí buscó el mejor asidero, inclinó la cabeza y miró por la más ancha rendija.

Hé aquí lo que vió:

Una habitacion muy pobremente amueblada.

Sentado junto á una mesa, con los codos apoyados en ésta y la frente en las manos, habia un hombre que parecia ser de regular estatura y estaba todo vestido de paño negro.

Su inmovilidad era tan absoluta, que no parecia sino que estaba profundamente dormido.

Frente á él, y tambien sentada en un taburete, habia una mujer que no tendria más de veinte años y era de una belleza casi inconcebible.

Sus cabellos, peinados con descuido, parecian una madeja de finísimos hilos de oro, y á través de sus largas, rubias y sedosas pestañas, veíanse unos ojos grandes, rasgados, magníficos y de pupilas negras como el azabache.

Su mirada era unas veces melancólica, conmovedora, tierna y dulce, mientras que otras era ardiente, viva, penetrante y hasta imponente.

Su cútis habia robado al nácar su trasparencia y su blancura, así como bajo los frescos y rojos lábios de su hechicera boca se escondian, no dientes, sino un tesoro de perlas.

Era ovalado su rostro, y su frente espaciosa y tersa; su talle esbelto, flexible y de formas verdaderamente tentadoras.

Aunque su ropaje era sencillo y hasta humilde, su continente tenia un sello inexplicable de distincion y aun de majestad.

En los momentos en que la presentamos, fijaba en el otro personaje una mirada de angustia indefinible.

El jorobado la contempló, extremecióse violentamente y le faltó muy poco para caer.

Trascurrieron algunos minutos.

El hombre que estaba sentado levantó la cabeza y luego se puso en pié.

Tendria cuarenta años, ó por lo ménos los representaba.

Su rostro, poblado de negra y fina barba, era de regulares facciones, moreno y de ojos negros, grandes, de brillante pupila y penetrante mirada.

En su frente espaciosa y surcada por dos arrugas, adivinábase una gran inteligencia.

En aquellos momentos estaba cadavéricamente pálido y su mirada era profundamente sombría y terrible.

Tal vez en otras circunstancias se hubiera encontrado en su semblante un sello inequívoco de bondad, una expresion muy marcada de ternura y á la vez de fortaleza de espíritu, y sobre todo de tristeza.

Los que lo conocian habian visto casi siempre los lábios de este hombre entreabiertos como para sonreir; pero su sonrisa, si no era forzada, era por lo ménos una de esas sonrisas que no expresan el contento, que son infecundas, porque no comunican la alegría, sino que por el contrario, más bien entristecen; era una de esas sonrisas que parecen impregnadas de hiel, una sonrisa desconsoladora.

¿Por qué aquella mirada se habia tornado sombría, imponente y terriblemente amenazadora?

La luz rojiza de una lámpara que ardia sobre la mesa,

iluminaba aquel cuadro, que sin saber por qué, no podia contemplarse sin sentir oprimido el corazon.

El jorobado examinó con tanto afan el exterior de aquel hombre, como habia examinado el de la mujer.

Hubiérase dicho que la mirada del jóven queria penetrar hasta lo más recóndito del alma de aquellas dos criaturas.

Lo que sintió no lo sabemos; únicamente podemos decir que sus miembros seguian agitándose convulsivamente, y que en medio de la oscuridad se veian relumbrar sus pupilas como dos luciérnagas.

¿Qué relacion habia entre el jorobado y las dos personas á quienes con tanto riesgo observaba?

¿Qué clase de emociones experimentaba el observador?

La escena era incomprensible; pero bien pronto los personajes que en ella figuraban nos darán explicaciones.

El hombre de la negra barba cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á pasear á lo largo del aposento.

Su agitacion era creciente.

Su pálido rostro se contraia más y más.

La mirada de la encantadora rubia, más angustiosa cada vez, lo siguió con insistencia; pero tampoco entonces pronunció una palabra.

Ella debia sufrir horriblemente, y eran inútiles sus esfuerzos para ocultar lo que sentia.

Trascurrieron diez minutos, que á la jóven debieron parecerle diez siglos de la más espantosa agonía.

Al fin, como si ya le fuera imposible dominarse, levantóse, acercóse al hombre, cayó de rodillas, cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó con desgarrador acento:

—¡Jacobo, esposo mio!... ¡En nombre de nuestro amor, por nuestra inocente hija!...

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

Jacobo se detuvo, apretó los puños desesperadamente, y del interior de su agitado pecho se escapó un rugido.

—¡Huye, sálvate!—añadió con el mismo acento de súplica.—Huye.... quizá dentro de algunos minutos sea tarde.... ¡Por nuestra hija, por nuestra pobre hija!

—¡Que huya!—dijo él al fin con voz reconcentrada por la ira.—¡Que huya como un criminal, que os abandone al furor de nuestros enemigos!... ¡Oh!... ¡Jamás!

—Esposo mio...

—Levántate, Isabel...

—No, no me moveré de aquí...

—Me destrozas el alma.

—Sálvate, Jacobo, sálvate, que nosotras tambien nos salvaremos.

—¿Qué hareis, adónde ireis?

—¡Dios mio!—exclamó la infeliz con acento que parecia llevarse tras sí el alma.

El semblante de Jacobo empezó á cambiar de expresion.

Su mirada se fijó en la cuna.

—Sí,—dijo Isabel,—dale un beso de despedida... Sonrie como un ángel... Dios nos protegerá...

—¡Pobre hija mia! ¡hija de mi alma!—murmuró el desdichado padre con voz ahogada.

Y se acercó á la cuna, arrodillóse y contempló á la niña, mientras que de sus ojos se escapaban dos lágrimas.

Isabel se levantó, abrió una ventana, asomóse por ella y quedó inmóvil.

Un segundo despues exhaló un grito, y volviendo á cerrar, corrió á su esposo y le dijo con acento de terror:

—Ni un instante más, ni un solo instante...

—¿Qué has visto?

—Nada... No lo sé... pero... Huye, Jacobo, huye.

—No, no os abandonaré.

—Tambien huiremos, y dentro de algunos dias Dios querrá que nos hayamos reunido.

Jacobo hizo un gesto de desesperacion.

Sostenia en su alma una lucha horrible, desgarradora, mortal.

Decidióse al fin, estampó un beso de inmensa ternura en la frente de su hija y se levantó, mientras que de sus negros ojos y á través de las lágrimas que los humedecian, se escapaban dos llamaradas.

Lo que aquel hombre sufria no puede comprenderse sin conocer su historia, ó más bien ciertos secretos de su vida.

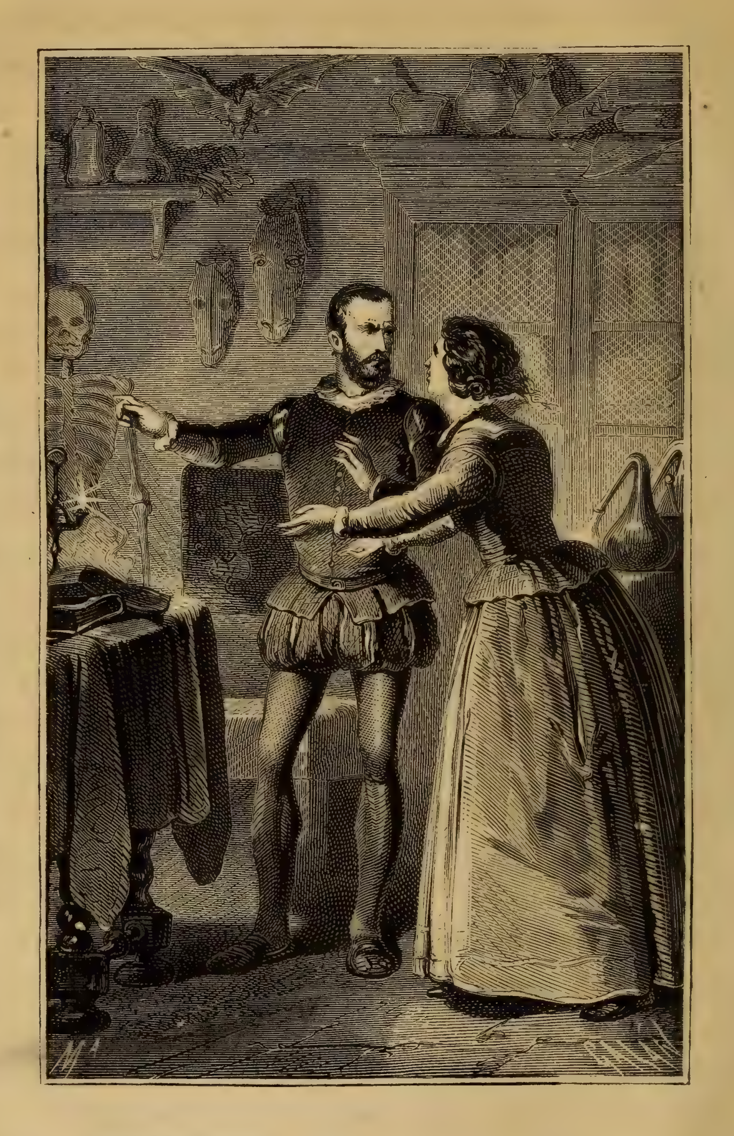
No es esta ocasion de darlos todavía á conocer, y habremos de contentarnos con decir, que su situacion no podia ser más horrible.

Acompañado de su esposa, entró en otro aposento.

Era éste á la vez su laboratorio y biblioteca, pues además de los hornillos, retortas, botellas y otros objetos por el estilo, veíase un pequeño armario lleno de libros.

Entre el armario y una de las paredes quedaba un hueco, y en él se habia colocado un esqueleto humano, cuyas partes estaban perfectamente unidas por medio de alambres.

Sobre una mesa habia en confuso desórden papeles, limas, martillos, trozos de diferentes metales, cajas, redomas y un cráneo.



—Hé aquí mi crímen.

Jacobo esparció una mirada sobre aquellos objetos, fijándola al fin en la osamenta y murmurando mientras desplegaba una amarga sonrisa:

—Hé aquí mi crímen.

—Sí,—dijo Isabel,—no puede ser otro, porque en paz nos han dejado, hasta que una mirada indiscreta penetró en este sitio.

Los dos se equivocaban, si no del todo, por lo ménos en una parte.

El esqueleto era más que suficiente para que se fijase la atencion en Jacobo y se le mirase con desconfianza; pero habia otro motivo, que ya conoceremos, que era la causa principal de que se persiguiese al alquimista.

Éste pareció profundamente conmovido al tener que abandonar aquel aposento, y de cuanto en él se encerraba despidióse con los ojos y con un penoso suspiro que exhaló.

—¡Dios mio!—exclamó, elevando al cielo una mirada.—Solamente vos podeis comprender el sacrificio que hago por mi hija... ¡Ah!... ¡Protegedme!

Luego tomó una daga y la colocó en su cintura, púsose su capa y su sombrero y abrió los brazos para estrechar en ellos á su esposa.

—Espera,—dijo ésta.

Y saliendo, volvió un segundo despues con una pequeña bolsa de cuero.

—¿Qué es esto?—preguntó Jacobo, cuya frente se contrajo como antes.

—El dinero de que podemos disponer... Diez ducados...

—Nada necesito.

—Tienes que andar oculto...

—No importa.

—Jacobo...

—¡Oh!...—exclamó el esposo, apretando los puños con fuerza convulsiva.

Y luego cogió la bolsa y la arrojó sobre la mesa.

No es posible decir lo que en aquel instante sufrió; no puede hacerse comprender hasta qué punto la amargura rebosaba en su alma.

Aquellos diez ducados era cuanto quedaba á la infeliz madre para el sustento de su hija, quizá en la misma espantosa situacion en que entonces se encontraba su esposo, es decir, teniendo que huir para no caer en manos de sus verdugos.

Jacobo no pronunció una palabra más, abrazó fuertemente á Isabel y salió, rugiendo como un leon herido.

La desdichada exhaló un grito desgarrador, se oprimió el pecho y cayó de rodillas.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó.

Afortunadamente el llanto volvió á brotar de sus negros y magníficos ojos.

Pocos momentos despues se levantó, corrió á la ventana y se asomó, fijando su mirada afanosa en un bulto que se veia perfectamente á favor de la claridad de la luna, y que se alejaba con rapidez.

Era Jacobo.

Isabel permaneció en la ventana hasta que su esposo se perdió de vista.

Luego se dirigió al otro aposento, sentándose junto á la cuna de su hija, que seguia sonriendo con una dulzura angelical.

La madre la contempló con toda la ternura de su amor sin igual.

Al cabo de algunos segundos limpió sus ojos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

En cuanto á la suerte de su esposo en aquellos momentos, habia quedado tranquila, y en cuanto á ella no abrigaba muchos temores, porque ignoraba una circunstancia que vamos á dar á conocer.

Frente á la vivienda de Jacobo habia una casa de un solo cuerpo y de miserable apariencia.

Tenia dos pequeñas ventanas, una de las cuales estaba abierta; pero sin que por ella se viese luz alguna.

Apenas salió el alquimista y dió algunos pasos como si se dirigiera al sitio conocido con el nombre de *Quemadero*, por ser el en que la Inquisicion quemaba muertos ó vivos á los sentenciados á esta pena, que no solamente puede llamarse inhumana, sino anticristiana; apenas, repetimos, Jacobo habia dado algunos pasos, en el fondo oscuro de la ventana dibujóse una figura negra y viéronse relumbrar dos ojos como relumbran los de un gato.

El resplandor de la luna no llegaba allí, y solo podia decirse que habia una persona, puesto que el bulto era demasiado grande para que fuese de un individuo de la raza felina.

Pocos segundos despues, lo que pudiéramos calificar de negro fantasma, murmuró con acento que revelaba una alegría diabólica:

—Se vá solo, y supongo que para no volver. Bien: á enemigo que huye, puente de plata. El aviso ha sido dado con habilidad, y ha producido el mejor resultado. ¡Qué diantre!

¿Para qué lo queríamos aquí? Si le devolvia la libertad, nada habíamos conseguido, y si se le dejaba encerrado, no habia nada halagüeño que ofrecerle á ella, mientras que así, por su hija lo hará todo... ¡Oh!...

Los ojos del que así hablaba, relumbraron más que antes.

Trascurrieron algunos minutos.

—¿Debo permanecer aquí toda la noche? Sí, porque no sabemos lo que ha de suceder: tanto puede él arrepentirse y volverse, como ella irse para buscarlo. Bueno hubiera sido disponer que lo siguiesen; pero ya es tarde y... no importa: estorbaré que vuelva, que es cuanto necesito.

El resplandor de la luna empezó á iluminar las negras paredes de la miserable casa, subiendo poco á poco hasta llegar al marco de la ventana.

El negro bulto permanecia inmóvil como una estátua.

La claridad de la luna llegó hasta él, permitiendo que se viese parte de su cuerpo y el negro ropaje en que se envolvia.

Entonces más que nunca se le hubiera tomado por un fantasma.

Pocos minutos despues la claridad llegaba á sus hombros.

Ya fuese por esta circunstancia ó por otra cualquiera, nuestro hombre se separó de la ventana antes de que se viera su rostro.

¿Quién era?

Por ahora tendrás paciencia, lector, porque no podemos decírtelo: no sabemos más sino que en aquel sitio y sus alrededores reinó el silencio más absoluto y la quietud más completa.

CAPITULO II.

Al otro dia.

Isabel pasó toda la noche rezando y llorando, y solo cuando empezó á sonreir la aurora, pudo la infeliz conciliar el sueño.

Lució el nuevo dia.

Cuando la desdichada esposa despertó, miró en torno suyo como para convencerse de que nadie habia llegado á turbar su reposo; pero ¡cuán triste fué su mirada!

No estaba allí el hombre á quien amaba tanto, y á pesar de tener á su lado á su hija, parecióle que se encontraba en un desierto.

Todo lo encontró triste, y hasta la luz del sol no era para sus ojos tan brillante como otros dias.

Al dejar el lecho anduvo cuidadosamente, como si el ruido de sus pasos hubiera de infundirle temor.

El llanto volvió á correr por sus mejillas, y penosos suspiros se escaparon de su pecho.

Una y otra vez pronunció el nombre, para ella dulcísimo como ninguno, de su amado esposo.

Luego entró en el laboratorio ó cuarto de estudio y empezó á contemplar todos los objetos de que Jacobo hacia más frecuente uso, estampando en algunos de ellos besos de inmensa ternura, y bañándolos con sus lágrimas.

No le quedaba más que este consuelo, el consuelo ciertamente bien triste de los recuerdos.

—¡Dios mio!—solia decir con voz ahogada por los sollozos.—¡Qué soledad tan espantosa y horrible!

Y sus negros ojos se volvian incesantemente á uno y otro lado, como si aún se empeñara en buscar al objeto de su cariño.

La separacion de dos personas que se aman, es doblemente sensible para la que se queda: la que se vá, á su pesar distraida por nuevos objetos, sin más recuerdos que los que lleva en el alma, no sufre tanto y se consuela volviendo los ojos hácia el lugar de que se aleja y enviando un suspiro.

Empero ¡cuán tristísimo es quedar en el sitio donde hemos gozado, donde hemos sido dichosos y ver que desapareció lo que constituia nuestra dicha!

Lo que esto hace sufrir cuando se tiene un corazon sensible, lo que esto hace sufrir cuando se tiene una imaginacion ardiente y á la que es imposible contener, ni puede explicarse ni comprenderse sin haberlo experimentado.

La ausencia de las personas queridas deja para el que se queda un vacío espantoso en el alma, ó más bien podria decirse, que el que se queda siente como si el alma se la hubiesen arrebatado.

En la situacion de Isabel, todo esto era doblemente des-

garrador, porque creia que su esposo estaba perseguido, y cada instante temia que le anunciasen haberse apoderado de él.

Además, ¿adónde iria Jacobo?

¿Adónde iria sin recursos, sin amigos, sin proteccion de ninguna especie?

Para vivir tendria que mendigar el sustento.

¡Mendigar un hombre dotado de un alma como la de Jacobo, de un corazon como el suyo!

Cuando esto pensaba Isabel, exclamaba con acento de mortal angustia:

—¡Ah!... Es más desgraciado que yo, mucho más desgraciado, y más que yo debe sufrir.

El que ama con la intensidad que Isabel, cree que el objeto de su amor es el que más sufre, con lo cual aumenta sus propios sufrimientos.

La desdichada estaba como aturdida.

Parecíale un sueño cuanto habia pasado, y habia momentos en que dudaba de que fuese una realidad.

Cuando aquel aturdimiento pasase, su tormento debia ser mucho mayor.

¿Podria soportar sus dolores?

Aunque lentamente, hay dolores que matan.

Si Isabel no hubiera sido madre, habria sucumbido.

Pero hacia sobrehumanos esfuerzos para no dejarse vencer por el dolor, porque necesitaba vivir para su hija.

¡Pobre niña!

¿Qué seria de ella en el mundo si le faltaba su madre?

—Sí, sí,—decia ésta con acento de febril exaltacion y contemplando á la tierna criatura.—Viviré á pesar de todo;

viviré para tí, hija de mis entrañas; viviré aunque mi existencia fuese el más cruel de todos los tormentos; viviré para rogar á Dios que te haga dichosa, y Dios me escuchará, porque los ruegos de una madre son siempre escuchados por el Omnipotente.

Y como si la inocente niña hubiese querido pagar tanto cariño, abrió los ojos, desplegó una dulce sonrisa y extendió hácia su madre sus bracitos, pronunciando algunas cariñosas palabras.

Isabel la cubrió de besos y la estrechó contra su corazon palpitante, haciendo nuevos esfuerzos para contener el llanto.

La niña preguntó por su padre.

—Luego vendrá,—respondió Isabel con voz ahogada.

Eran las nueve de la mañana y nadie habia llamado aún á la puerta de la que entonces era mansion de tristeza y llanto.

Esto sorprendió á Isabel: creia que la noche anterior ó todo lo más aquella mañana irian á buscar á Jacobo.

¿Habia exagerado la persona que les habia dado el aviso de que la Inquisicion debia apoderarse del alquimista?

Isabel empezó á arrepentirse de haber obligado á huir á su esposo.

Sus vanos temores habian sido tal vez la mayor desgracia.

Aunque ningun peligro hubiese, Jacobo no volveria, porque ignoraba lo que habia sucedido despues de su partida.

La infeliz esposa se asomó á distintas ventanas, mirando á todos lados.

No vió otra cosa que los transeuntes de siempre.

Indudablemente habia exagerado, ó los inquisidores habian cambiado de opinion.

Sin embargo, prudente era prepararse por lo que pudiera suceder, y la desdichada recogió sus ropas y las de su hija, hizo un lio y lo preparó todo para marchar tambien si intentaban algo contra ella, porque hay que advertir que la Inquisicion, cuando no encontraba á un delincuente, solia apoderarse de las personas de la familia de éste para obligarlas á declarar dónde se encontraba el perseguido.

Los medios que para esto empleaba eran los más reprobados, pues muchas veces los inocentes hijos ó la esposa eran horriblemente atormentados, porque se negaban á descubrir el paradero de su padre ó de su esposo ó á declarar en contra de éste.

Si algun nuevo peligro amenazaba, Isabel, segun creia, debia saberlo como habia sabido lo determinado contra su esposo.

No le ocurrió sospechar que el amigo que le habia dado tales noticias y que estaba en posicion de saber lo que se determinase por el tribunal llamado Santo, no le ocurrió sospechar, repetimos, que el tal amigo era un instrumento de sus enemigos.

Cuando todo lo hubo preparado, y mientras la niña jugaba descuidadamente, volvió á una de las ventanas, mirando á lo largo del sendero que á su casa conducia.

Cinco minutos despues vió á un hombre de extraña figura.

Sin que ella supiera explicarse el motivo, extremecióse y se sintió poseida de terror.

No era la primera vez que veia al hombre que llegaba; pero ignoraba quién fuese.

Hemos calificado de extraña la figura del nuevo personaje, porque no podia serlo más.

Figuraos un hombre de regular estatura, pero extremadamente flaco, de color amarillento verdoso, de rostro aguileño, larga nariz, delgados lábios, menudos dientes, ojos pequeños, redondos, de color verde claro y pupila negra y reluciente; figuraos un hombre así, y tendreis el retrato del que nos ocupa, sin que falte más que decir que sus cabellos eran grises y su rostro imberbe como el de una mujer.

Casi siempre los delgados lábios de este personaje se entreabrian para sonreir levemente y con una dulzura sin igual; pero su sonrisa, sin saber por qué, era repulsiva como todo su aspecto.

Su mirada, ardiente y penetrante como una aguja, parecia ir derecha al fondo del alma, y el que la sostenia por algunos instantes, experimentaba un malestar inexplicable, sentia como si una saeta de hielo le atravesase el corazon.

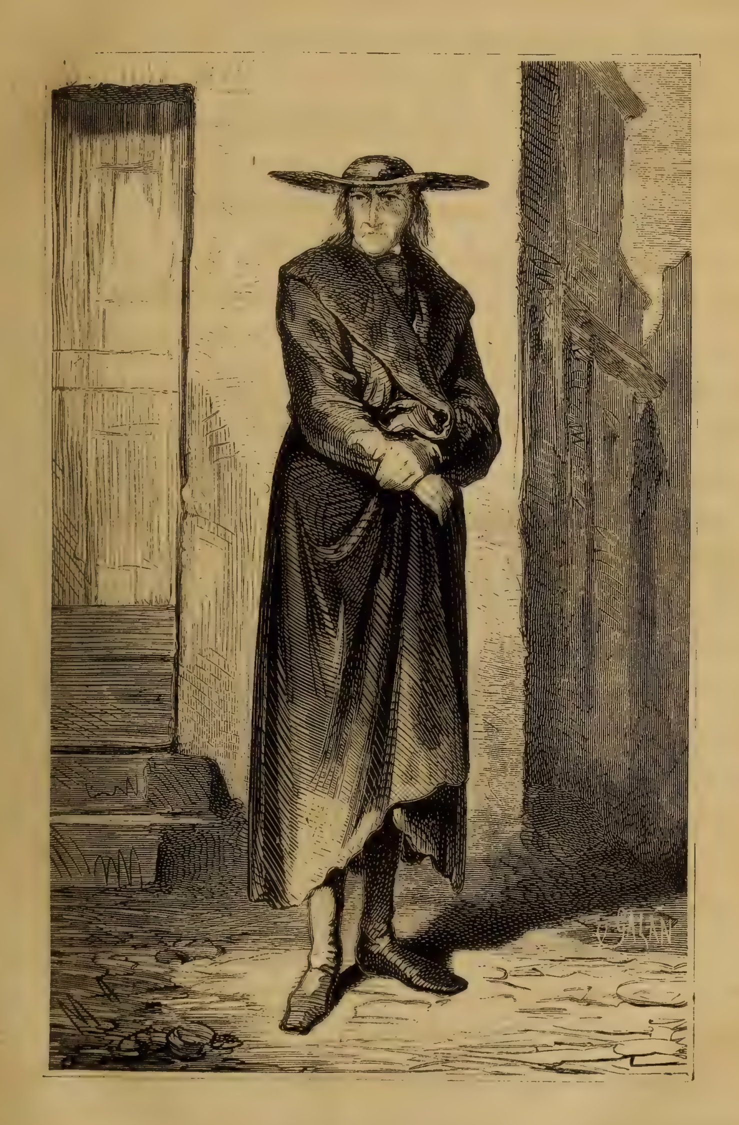
Su voz era argentina y dulce como la de un niño; pero en el que la escuchaba producia el mismo efecto que el silbido de la serpiente.

Andaba con menudos pasos, á pesar de que sus piernas eran desproporcionadamente largas para su estatura, y parecia que no tocaba al suelo, porque no producia ningun ruido al moverse. Su andar era, pues, el andar del zorro cuando se aproxima á su presa.

No puede concebirse nada más feo, nada más repugnante.

Vestía todo de negro, y en vez de capa, envolvíase en un largo balandrán.

Llevaba un sombrero, negro tambien, sucio y raido, de



Claudio Florentin.

escasa y redonda copa y anchísimas alas, algo abarquilladas en ambos costados, y que se movian rozando contínuamente sus grandes y salientes orejas.

Sus manos, lo mismo que sus piés, eran extremadamente largas y delgadas.

¿Quién era este hombre?

No tardaremos en saberlo.

¿Por qué su presencia hacia temblar á Isabel?

Ella misma no lo sabia.

Lo habia visto tres ó cuatro veces en la iglesia, y siempre le habia sucedido lo mismo.

Isabel no habia podido nunca resistir la mirada ardiente, penetrante, fascinadora, magnética de aquel hombre, y siempre habia temblado, siempre habia experimentado el mismo terror, ese terror que debe experimentarse al ver á un fantasma.

En la situacion en que se encontraba, el miedo de Isabel fué mucho mayor, y exhaló un grito, retirándose precipitadamente de la ventana.

CAPITULO III.

Quién era el personaje extraño.

El personaje de que acabamos de ocuparnos no era otro que el abate Claudio Florentin, cuya historia, aunque demasiado interesante, era más que negra, más que horrible.

De ella hablaremos á su tiempo: por ahora se contentará el lector con saber lo que todo el mundo sabia.

Claudio Florentin era napolitano, y por consiguiente en aquella época podia decir que era español, puesto que Nápoles se contaba entre los españoles dominios.

Pobre y sin proteccion de ninguna clase, sin más ayuda que la de su inteligencia, su astucia, su incansable actividad y su falta absoluta de escrúpulos cuando trataba de realizar un propósito, llegó á ser en Nápoles un personaje de importancia, puesto que consiguió formar parte del tribunal de la Inquisicion y obtuvo la privanza de más de uno de los vireyes que en nombre del monarca español gobernaban despóticamente la patria de Masaniello.

Tales servicios prestó á la que entonces se llamaba la causa de la religion y á la causa real, tales pruebas dió de lealtad y de rara inteligencia, que se le ofrecieron empleos de mucha importancia.

Empero el abate, aparentando una humildad y un desinterés que estaba muy lejos de sentir, no quiso aceptar nada, asegurando que desconocia la ambicion, y que cuanto hacia era para mayor gloria de Dios y bien del rey y de la patria.

Esto le hizo valer mucho más, y el monarca concluyó por mandarle venir á la corte, haciéndole nuevos ofrecimientos.

No deseaba otra cosa Florentin.

Siguió mostrando desinterés; pero quedó en Madrid, donde, lo mismo que en Nápoles, entró á formar parte del santo tribunal, señalándose tan singularmente, que bien pronto se le consideró indispensable y se le encomendaron los procesos de más importancia.

Florentin llegó, pues, en ménos de un año á ser el alma del supremo tribunal de la Inquisicion.

Sus opiniones eran escuchadas con respeto y tenian para todos tanta fuerza, que rara vez habia quien acertara á contradecirlas.

El astuto abate tenia el don del raciocinio; su lógica inflexible iba derecha á las entrañas, y ni una sola vez dejó de llevar el convencimiento, aun de lo más absurdo, á todas las inteligencias.

Cuatro años hacia que se encontraba en Madrid, y aunque continuaba siendo pobre, ó por lo ménos viviendo pobremente, no habia abandonado sus planes ambiciosos.

Se habia propuesto un fin y no retrocedia, ni siquiera se

detenia, sino que adelantaba constantemente, aunque con lentitud, como todo hombre prudente y astuto.

Claudio profesaba el principio saludable de que vale mucho más llegar tarde á un sitio, que caer en el camino por ir de prisa y no llegar jamás.

Por eso avanzaba paso á paso, como el gato avanza cuando se acerca al raton, como avanza el tigre cuando va á caer sobre la gacela.

De este modo estaba seguro de llegar más ó ménos tarde al punto deseado.

El tiempo no le importaba con tal de que llegase, y le importaba mucho ménos porque aún era jóven, puesto que cuando lo damos á conocer no tenia mas que cuarenta años, si bien aparentaba tres ó cuatro más.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone.

El abate no habia contado con ciertos azares de la vida, que suelen echar por tierra los más firmes propósitos.

Adelantaba con lentitud para no caer, y así estaba seguro de adelantar siempre; pero no habia contado que era posible que se le presentase algun obstáculo insuperable, que alguna vez sus piernas se negaran á moverse.

El obstáculo, el inconveniente lo llevaba en sí mismo, en su naturaleza, es decir, en las violentas pasiones hijas de su organizacion.

No era un demonio quien debia detenerlo en su marcha triunfal; era un ángel, ó poco ménos que un ángel, puesto que era la esposa de Jacobo.

La casualidad puso á Isabel delante del abate.

Éste sintió lo que muchas veces hacia él sentir á los demás, es decir, la belleza de Isabel lo trastornó, lo fascinó

hasta el punto de que Claudio, cuando se trataba de ella, dejaba de ser lo que siempre habia sido, era un hombre como los demás.

Debe suponerse desde luego que Florentin no amaria con ese amor delicado y sublime de las almas grandes y nobles, porque la suya era demasiado ruin.

Pero Florentin era una criatura de carne y hueso, y la pícara carne fué en aquella ocasion su mayor enemigo.

Su pasion devoradora era una pasion material, permítasenos la frase, era la excitacion violenta de la materia, el trastorno de la organizacion.

Pero quizá por lo mismo se sentia más dominado, sufria más.

Estas pasiones concluyen como concluye la sed cuando se ha bebido; pero en cambio, antes de verse satisfechas, son atormentadoras como la sed misma bajo los ardientes rayos del sol de estío.

Fácilmente averiguó Claudio quién era el demonio que con formas de querubin se habia levantado en su camino; quién era aquella mujer con cabellera de oro y ojos negros como la noche, y que para él representaba la fatalidad negra, como aquellos mismos ojos que lo habian trastornado.

El abate contaba con una policía mucho mejor organizada y más fiel que la mejor de nuestros tiempos, porque la policía de la Inquisicion se encontraba en todas partes, lo mismo en las calles que en los templos ó en el seno de las familias, pues muchas veces, impulsados por un fanatismo inconcebible, los hijos y los hermanos, las esposas y los sirvientes se convertian en espías desinteresados y entusiastas. En aquella época de tinieblas espantosas, no solamente las

palabras llevaban á un hombre á las hogueras de la Inquisicion, sino los pensamientos, porque hasta los pensamientos se averiguaban.

Con tales medios se comprenderá que en pocos dias pudo el abate Claudio Florentin conocer perfectamente á la desgraciada familia que nos ocupa; pero por lo mismo que la virtud de Isabel era un gran inconveniente, un imposible que se levantaba ante los criminales deseos de Claudio, su fatal pasion se encendió más y más, devorándolo y atormentándolo incesantemente.

Tuvo, sin embargo, bastante fuerza para dominarse y disimular, y aun en medio de su trastorno consiguió trazar un plan diabólico para realizar sus deseos.

Florentin empezó á trabajar con cuanta lentitud le era posible en su estado, porque hay que tener en cuenta que sus vehementes deseos no le permitian aguardar como lo hubiera hecho en cualquiera otra ocasion.

Una pasion, cuando es demasiado intensa, ahoga las demás, ó por lo ménos las amortigua ó las templa.

Así sucedió al abate: su amor, si es que amor puede llamarse lo que sentia, le hizo olvidar por entonces sus miras ambiciosas, porque su pasion era uno de esos sentimientos que lo absorven todo.

Sin embargo, tranquilizóse pensando que todo aquello no era cuestion mas que de algunos dias, y que luego, sin dejar de entregarse á las delicias con que soñaba, proseguiria sus planes para realizar su ambicion.

Lo primero que hizo Claudio fué alquilar la casita de que hablamos anteriormente y desde donde podia observar á todas horas la vivienda del alquimista.

Su negra figura fué, pues, la que se dibujó dentro del marco de la ventana cuando huyó Jacobo.

Allí habia permanecido el abate hasta el amanecer, y viendo que ninguna otra novedad ocurria, se fué antes de que pudiera ser visto por los vecinos madrugadores del barrio.

Supuso la verdad creyendo que Isabel habria pasado la noche en vela, que se habria dormido al rayar el dia y que no se levantaria temprano.

Habia resuelto Florentin obrar desde aquel dia enérgicamente, dar el primer paso decisivo, y aun decidir si le era posible.

Hasta entonces se habia concretado á mirar á Isabel las pocas veces que ésta salia de su casa los dias de trabajo, y los de fiesta colocábase Claudio en un oscuro rincon de la iglesia de San Martin, y desde allí fijaba en Isabel una mirada ardiente y devoradora.

Entonces brillaban los ojos de Florentin como los de un tigre.

La primera vez que esto sucedió, Isabel habia experimentado un malestar inexplicable, á pesar de que no habia visto á Claudio.

El pensamiento de la infeliz, contra su voluntad, apartóse de Dios, y á no hacer un supremo esfuerzo, hubiera tenido que salir de la iglesia antes de que se terminara la misa.

Empero Isabel era una de esas almas donde la fé todo lo domina, y consiguió, á pesar de su trastorno, seguir rezando, no con los lábios, sino con el sentimiento, con el corazon.

Cuando Isabel se dispuso á salir de la iglesia, sintió que sus rodillas le flaqueaban.

Era imposible que ella se hubiera explicado la causa de su trastorno.

Cuando llegó junto á la pila del agua bendita, vió una figura negra y extraña.

Era el abate, que se habia colocado allí y que con las manos cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia orar fervorosamente.

Como si terminara su rezo en aquel instante, levantó Florentin la cabeza y fijó su mirada en Isabel.

Ésta se extremeció: nunca habia experimentado una sensacion parecida.

Su corazon palpitó con violencia, con tanta violencia como si fuera á romperse; pero á la vez parecia helarse, y hubiera asegurado que un frio glacial corria por sus venas.

Los ojos de Florentin brillaban como dos carbunclos, y hubiérase dicho que de ellos se escapaban dos corrientes de fuego.

Isabel bajó los suyos, esforzóse, tomó agua bendita, hizo la señal de la cruz y salió de la iglesia.

Entonces pudo respirar libremente.

El calor volvió á sus miembros, y su rostro se inundó de sudor.

Pocos minutos despues, ella misma se reprochaba por lo que habia sucedido, acusándose de cobarde y aprensiva.

A pesar de esto, no podia recordar al abate sin extremecerse, y cuando llegó á su casa, explicó con el cansancio su agitacion y su palidez, no atreviéndose á decir á su esposo lo que habia sucedido.

¿Por qué con Jacobo era reservada por primera vez en su vida?

Ella misma no lo sabia.

Al domingo siguiente le sucedió lo mismo, y así los demás.

Decidió entonces cambiar de iglesia y fué á San Ginés.

Pero allí tambien encontró al que ella llamaba el fantasma negro.

Decidió no ir tampoco á San Ginés; pero no tuvo tiempo de hacer otra prueba, porque antes de que llegara un domingo, tuvo lugar el suceso de que nos hemos ocupado al principio de este libro.

Antes de que Isabel viese desde la ventana al abate, éste vió á Isabel, observando cómo ella se habia ocultado presurosamente.

Florentin quedó inmóvil como una estátua.

Sus ojuelos relumbraron y su rostro enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

Luego se tornó lívido y se desfiguró.

—¡Oh!—murmuró despues de algunos momentos.—¿De cuándo acá te turbas, Claudio?... En vano te agitarás, corazon, porque no te reconoceré como mio si intentas representar otro papel que el de entraña indispensable para la vida.

La turbacion fué pasajera.

Claudio se dominaba con prodigiosa facilidad, como no se domina ningun hombre.

Bien pronto se le vió sonreir como siempre sonreia.

—Me protege la fortuna,—dijo.—Yo tenia miedo á la primera impresion; ésta ha pasado ya y estoy seguro de mis fuerzas. Debe haberme reconocido... Tanto mejor.

Al pronunciar estas palabras se puso otra vez en movimiento, dirigiéndose á la morada de Jacobo.

Antes de llegar se hizo otras reflexiones, de las cuales alguna merece especial mencion.

Hé aquí lo que pensaba:

—¿Hay virtud que ante nada, absolutamente ante nada ceda? La virtud no es más que la lucha de los sentimientos nobles contra las pasiones: si la virtud triunfa, es porque sus fuerzas son mayores que las de su enemigo, y por consiguiente, si se dan mayores fuerzas á la pasion, ésta podrá resistir, luchar más tiempo y acabar por vencer. El miedo y la ambicion son dos de los mayores enemigos de la virtud, y todo consiste en la fuerza que se les dé. Cuando se trata de vencer con el oro, todo es cuestion de cantidad: la criatura que no se vende por uno, se vende por dos, por ciento ó por mil, y el que no cede ante un peligro, se somete ante otro mayor. Bien puede ser que esta mujer excepcional desprecie la vida; pero es madre, y antes que dejar á su hija huérfana y desamparada, será capaz de todo. Como mujer, tendrá valor para resistir; pero como madre, le faltará el valor para todo. Yo no le diré: «tu vida ó tu amor,» sino «tu hija ó tu obediencia.»

Esto solo es bastante para dar á conocer á Claudio Florentin.

¿Qué seria de la desdichada Isabel?

¿Qué haria la pobre madre cuando la pusiesen en la espantosa alternativa de olvidar sus deberes ó de dejar á su tierna hija huérfana y abandonada?

CAPITULO IV.

Las proposiciones del abate.

Cuando Isabel se retiró de la ventana, corrió adonde estaba su hija, la tomó en brazos y la besó con una ternura, que podriamos calificar de dolorosa.

Pocos minutos despues oyó que daban algunos golpes á la puerta de la casa.

—¡Ah!—exclamó extremeciéndose.

Y luego, con acento de terror profundo, añadió:

—¡Si fuese él!...

Es imposible decir cómo pronunció estas palabras.

No tenia motivo alguno para creer que se presentara el hombre misterioso que tanto miedo le infundia.

¿Por qué, pues, temia que fuese el abate quien llamaba?

En todo lo que con éste tenia relacion, Isabel pensaba y obraba por instinto, en virtud de una fuerza, ó más bien de una causa desconocida.

Sin darse cuenta de lo que hacia, estrechó fuertemen te contra su pecho á su hija.

Su rostro palideció y se contrajo.

Sus ojos brillaron con más intensidad, y contuvo el aliento, quedando inmóvil como si se hubiese petrificado.

Repitiéronse los golpes.

Era preciso responder.

—No,—murmuró Isabel, intentando tranquilizarse.—No será él, porque ni nos conoce, ni tiene nada que hacer aquí. Mis sospechas son hijas de la misma agitacion de mi espíritu: ahora todo me infunde temor... Veamos.

Dejó á la niña y volvió á la ventana, viendo al abate que aguardaba á que le respondiesen.

No pudo Isabel contener un grito.

Sus magníficos ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Florentin la miró, sonrió dulcemente, y dijo con su melíflua voz:

—Perdonad, señora...

—¿Qué se os ofrece?—preguntó Isabel esforzándose para poder hablar.

—No sé si vengo equivocado...

—Creo que sí, puesto que no os conozco.

—¿Acaso no vive aquí el señor Jacobo de Tordesillas?

—Sí.

—Entonces, si quereis tomaros la molestia de abrir...

—Mi esposo ha salido y no volverá hasta la noche.

—No importa,—repuso el abate, en tanto que su mirada ardiente parecia devorar á la infeliz mujer.—Os dejaré un recado para vuestro esposo, porque se trata de un asunto

muy urgente, y luego él hará lo que mejor le parezca.

No habia excusas que dar para negarse á abrir.

—Viene solo,—pensó Isabel,—y por consiguiente, nada debo temer, sea cual fuere el objeto que lo trae.

Además, no abrir hubiera sido infundir sospechas, dar lugar á que se creyese que algo habia que ocultar en aquella casa.

Y por otra parte, ¿qué debia temer ella si era inocente y contaba en cualquier caso con la inmensa fuerza de su virtud?

Decidióse, bajó, abrió, y con voz alterada preguntó á Claudio:

—¿Qué teneis que decirme?

—Permitidme que entre, porque el asunto no es para tratado en este sitio. Debeis suponer que no soy ningun malhechor, porque así os lo dice mi ropaje y mi aspecto.

Un supremo esfuerzo de la voluntad bastóle á Isabel para recobrar toda su energía.

Su rostro, en el que antes no se pintaba mas que el terror, tomó una expresion de dignidad imponente y aun de altivez.

Entonces levantó los ojos y pudo sostener la mirada fascinadora del abate, diciéndole con voz más segura:

—Entrad.

Hízolo así Claudio.

Ambos subieron á la habitacion donde se habia quedado la niña.

A ésta le sucedió lo mismo que á su madre: miró como espantada á Florentin, y fué á refugiarse en el más oscuro rincon del aposento.

—Perdonad,—dijo Claudio, sentándose en una de las banquetas.

Isabel hizo lo mismo.

Trascurrieron algunos segundos sin que ninguna de aquellas dos personas pronunciase una palabra.

El abate sonreia siempre, mientras fijaba en su víctima la mirada que el codicioso fija en su tesoro.

Ella sostuvo aquella mirada con una firmeza que nadie hubiera esperado en semejante situacion.

—¿Sabeis quién soy?—preguntó al fin el abate con su acento dulce italiano y su voz suave como la de una doncella.

—Lo ignoro,—respondió Isabel.

—¿No habeis oido nombrar al abate Claudio Florentin?

—¡Ah!...

—Veo que mi nombre no os es desconocido como mi humilde persona.

—No.

—Tambien sabreis que tengo la honra de pertenecer al supremo tribunal del Santo Oficio.

Isabel se extremeció convulsivamente y guardó silencio.

—Puesto que nada de esto ignorais,—añadió Florentin,—me alegro, porque me evitaré muchas explicaciones.

—Desearia que os concretáseis al asunto que os ha traido.

—Lo haré, porque soy enemigo de palabras innecesarias; pero es forzoso que conozcais los antecedentes, que sepais á qué ateneros, porque así decidireis con pleno conocimiento de causa.

Isabel miró con sorpresa á su interlocutor.

—¡Que decidiré!... ¿Acaso se trata de algun asunto mio? ¿No habeis entrado con el fin de darme un recado para mi esposo? Hablad, os escucharé y repetiré cuanto me digais; pero nada mas.

—El asunto es vuestro, solamente vuestro.

—¡Mio!...

—Y de vuestra hija, puesto que sobre ella pueden caer los resultados.

—No os comprendo.

—En medio de la calle y en alta voz no habia de deciros lo que os digo ahora: además, necesitaba un pretesto para que me dejaseis entrar.

—Entonces, hemos concluido,—replicó severamente Isabel.

—Aún no hemos empezado.

—No adivino de qué quereis hablarme; pero sea de lo que fuere...

—¿No me escuchareis?

—No.

—¿Olvidais quién soy?

—¿Me amenazais?

—No os amenazo, sino que os recuerdo que debeis ser prudente, porque cualquier desgracia que os aconteciera, seria la perdicion de vuestra inocente hija.

—Acabad, acabad,—replicó la infeliz madre, que para no perder el valor y aparentar alguna calma, tenia que hacer inauditos esfuerzos.

—¿Qué he de deciros para vuestro esposo?—repuso Claudio con una tranquilidad espantosa.—¿Qué he de deciros, cuando sé que anoche dejó esta casa y que no volverá?

—¡Dios mio!...

—Tranquilizaos, que ningun peligro corre el señor Jacobo. Se le vió salir y se le dejó ir, á pesar de que sobre él pesa una acusacion terrible.

—¡Mi esposo acusado!... ¿De qué?

—Os lo diré luego y os convencereis de que si vuestro esposo no ha cometido delito alguno, por lo ménos todas las apariencias lo condenan.

—Algun error, alguna mala voluntad...

—Todo puede ser; pero en estos asuntos no hay que mirar precisamente la justicia de la causa, sino los efectos, porque es lo que importa. El señor Jacobo podrá ser inocente; pero yo, que nunca he mentido, os aseguro que hay motivo sobrado para llevarlo á la hoguera, y que vos, como cómplice, no tendríais mejor suerte.

—¡Oh!—exclamó Isabel, volviendo á recobrar toda su energía.—Lo que decís es imposible.

—Es verdad.

—Entonces, la justicia de los hombres...

—No he venido á discurrir sobre la justicia, ni esto nos importa tampoco. Vos, lo mismo que yo, teneis que aceptar la situacion, teneis que aceptar el mundo tal como es, porque no podeis hacer otra cosa, y lo que hemos de ver es lo que ha de hacerse dentro de esa misma situacion. De vuestro esposo, repito, hablaremos despues; ahora ocupémonos de vos, solamente de vos.

¿Qué se proponia el abate?

Era imposible que Isabel lo sospechara.

¿Se presentaba allí como inquisidor?

Como si Florentin adivinase estas dudas, dijo:

—Vengo como hombre, solamente como hombre, y no seré otra cosa, si á ello no me obligais.

El rostro de la desdichada esposa se cubrió de mortal palidez.

Una sospecha horrible brotó en su mente.

Pero por lo mismo que era demasiado horrible, se esforzó para desecharla.

Su primer impulso fué levantarse y mandar salir á Claudio.

Empero hacer esto con el abate Florentin, era lo mismo que sentenciarse á morir.

¡Cuánto sufrió la infeliz en aquellos momentos!

Instintivamente volvió la cabeza y miró á su hija, que permanecia inmóvil en el rincon en que se habia colocado.

La pobre niña no se atrevia á moverse.

Cuando no se ha desarrollado la inteligencia, hay un gran instinto, y éste hacia que la inocente criatura mirase con horror al abate.

Algunos segundos pasaron sin que Florentin pronunciase una palabra.

Tambien su rostro empezó á cambiar de expresion.

—Señora,—dijo al fin,—las cosas hay que aceptarlas como son y no empeñarnos en buscarlas como debieran ser. Yo soy el primero que condena las debilidades humanas; pero no por eso dejo de estar sujeto á ellas como todo mortal, y el mismo crímen que hoy castigo en otro, puedo cometerlo mañana, porque me sea imposible triunfar de una pasion cualquiera: por consiguiente, no intenteis hacerme ver que mi proceder es criminal, porque yo soy el primero en reconocerlo, y contra mi voluntad obro así, porque hay

fuerzas mayores que la muy grande de la voluntad, lo cual á mí me parecia imposible hace algunos meses. ¿Puedo ser más franco ni más leal? Ya que no otra cosa, habreis de reconocer en mí la virtud de esta franqueza, que virtud es, porque me cuesta el sacrificio que cuesta siempre reconocer las propias debilidades.

Este exhordio no podia ser más extraño ni más propio del abate, y si no virtud, como él decia, era justo reconocerle originalidad.

Isabel empezaba á aturdirse, lo cual era natural que sucediese en su situacion y oyendo lo que ella oia.

—Soy abate,—añadió Florentin,—estoy en el camino de la vida religiosa; pero al emprender por esta senda, al proponerme practicar todas las virtudes, no pude despojarme de las condiciones naturales de criatura, ó lo que es lo mismo, no pude pasar de mi buen propósito, que he procurado realizar, conteniendo, ahogando mis pasiones, hasta que una de estas se ha levantado con tales bríos, que todo freno es inútil, toda fuerza es poca.

La palidez de Isabel se hizo más densa.

Entreabrió los lábios para replicar; pero le fué imposible articular una sílaba.

Las mejillas del abate volvieron á enrojecer.

Su rostro empezó á contraerse y á desfigurarse, y sus negras pupilas relumbraron con el intenso fuego de su repugnante pasion, fijando en Isabel una mirada profunda, devoradora, irresistible.

Entonces la desdichada no pudo contener un grito.

—¿Me habeis comprendido?—preguntó el abate con voz que repentinamente se hizo ronca y destemplada.

Y mientras seguia mirando á Isabel, su pecho se levantaba, impulsado por una respiracion violenta y desigual.

—¿Me habeis comprendido?—repitió despues de algunos instantes.—¡Ah!... Si para ser dueño de vuestra belleza me pidiera Satanás el alma...

—¡Callad, callad!—gritó Isabel, ocultando el rostro entre las manos.

—El alma y el cuerpo, sí, todo por vos... ¡Oh!... Si quereis que sea vuestro esclavo, lo seré: pronunciad una palabra y me vereis á vuestros piés... De todo soy capaz por vuestro amor, de todo, hasta de la virtud que nunca he comprendido; de todo, hasta de la ternura, que antes de conoceros era un imposible para mi corazon de pedernal; de todo... ¡Oh!...

—Callad... Idos...

—Pero no me rechaceis, porque tambien soy capaz de convertirme en vuestro verdugo; no me rechaceis, porque todo, absolutamente todo lo más cruel, lo más espantoso y lo más horrible me pareceria poco para satisfacer mi ardiente sed de venganza... Si ambicionais riquezas, las tendreis, porque me sobra el oro, aunque parezco pobre; si quereis...

—Basta...

Florentin, cuyos encéndidos ojos parecia que iban á saltar de sus órbitas, levantóse, dió un paso hácia Isabel y extendió los brazos para cogerle una de las manos.

Pero ella, horrorizada, púsose tambien en pié, retrocedió y dijo con el acento de la resolucion más firme:

—Detenéos, porque yo misma seria capaz de matarme, para evitar que me tocáseis.

Claudio cayó de rodillas, cruzó las manos con suplicante ademan, y en el colmo de su extravío exclamó:

—¡Por piedad, por piedad! ¡Si supiérais lo que sufro, si pudiérais comprender cómo siento el corazon abrasado y destrozado!... ¡Por piedad, por piedad!...

Isabel lo miró con el desden más profundo.

Nunca habia estado tan hermosa como entonces; pero nunca tan imponente.

—¡Cuánta miseria, cuánta ruindad!—murmuró.

Claudio, que en aquellos momentos puede decirse que habia perdido el juicio, se arrastró por el suelo mientras seguia suplicando, y se retorcia los brazos con desesperacion.

No hubiera podido mirársele sin sentir á la vez el miedo y la repugnancia.

Tan horrible estaba su rostro en aquellos momentos, que á nada hubiera podido compararse, que no encontramos palabras para pintarlo.

Así pasaron algunos minutos.

—Que os suplico yo,—dijo al fin el abate,—yo, á quien tantos y tan grandes han suplicado; yo, ante quien tantos y tan poderosos se arrodillan...

—Salid,—gritó Isabel;—salid, ó pediré socorro hasta que acudan los vecinos y os encuentren á mis piés; salid, porque lo mismo adelantareis con súplicas que con amenazas: ya os he dicho que antes de satisfacer vuestros criminales deseos, yo misma pondria fin á mi existencia.

El abate rugió como un tigre.

Levantóse jadeante y con los lábios cubiertos de blanca espuma.

—¡Oh!—exclamó con acento de rabiosa ira,—mirad lo que haceis...

—Salid.

—Que sois madre...

—¡Ah!...

—Decidís la suerte de vuestra hija...

—¡Miserable!...

—No la condenais á una orfandad la más triste, á una miseria espantosa, sino á mucho más que eso, porque yo me haré dueño de ella, yo la guardaré y...

—Callad...

—Haré todo lo que es imaginable para perder hasta su alma.

—No... no,—dijo la infeliz madre yendo adonde estaba su hija, tomándola en brazos y estrechándola contra su corazon.

—Pensadlo bien de aquí á la noche, y entre tanto no intenteis huir, porque estareis vigilada y no podreis dar un solo paso sin que se apoderen de vos y de vuestra hija.

—¡Dios mio, socorredme!...

—Pensadlo bien... Esta noche volveré, no á suplicaros, sino á exigir, y vos decidireis del porvenir de vuestra hija.

No pronunció Florentin una palabra más.

Salió del aposento y se detuvo en la escalera algunos segundos, con el fin de sosegarse lo suficiente para poder dar á su rostro la expresion que siempre tenia.

Isabel, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en una banqueta, mientras la niña la abrazaba y lloraba.

¿Podrian salvarse?

CAPITULO V.

La sorpresa.

Durante todo aquel dia pudo observar Isabel que su casa estaba vigilada por dos ó tres hombres, cuyo aspecto no era nada equívoco.

Cerró la noche, y sin embargo nadie se presentó.

Trascurrieron una, dos y aun tres horas.

Brilló la luna.

Isabel se asomó á una de las ventanas y miró á todos lados.

Los vigilantes habian desaparecido.

—¿Habrá desistido de su criminal propósito? De todos modos creo debo huir y ocultarme. Aprovecharé esta ocasion.

Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando oyó que llamaban á la puerta.

La infeliz tembló.

—¿Qué debo hacer?

De nada le serviria no abrir, porque echarian la puerta abajo, lo cual daria á su conducta un carácter de resistencia que agravaria su situacion.

Asomóse otra vez á la ventana.

El blanco resplandor de la luna iluminaba la negra figura del abate.

Cerca de éste habia cinco ó seis hombres, y algo más allá una silla de manos.

Lo que esto significaba no era dudoso.

Isabel, poseida de terror, fué al laboratorio, abriendo la ventana de éste y mirando junto á las tapias del corral.

Entre tanto llamaron otra vez.

—Por aquí no hay nadie,—murmuró ella.—Mientras llaman y se convencen de que no quiero abrir, me será muy fácil salir por esta puerta.

Para convencerse de que no se equivocaba, examinó cuidadosamente aquella parte, lo cual le hizo perder algun tiempo.

Seguian llamando cada vez con más fuerza.

—¡Dios mio, protegedme!—exclamó Isabel.

Y saliendo del laboratorio sin cuidarse de cerrar la ventana ni la puerta, fué al aposento donde estaba su hija, tomó la bolsa que contenia los diez ducados, la guardó y luego se dispuso á coger el lio de su ropa y que, segun ya dijimos, tenia preparado.

Pero antes de que lo hiciese así, ni mucho ménos tuviese tiempo de vestir á su hija, que dormia tranquilamente, oyóse un crujido y pocos segundos despues apareció el abate.

No hay que decir que la puerta habia sido forzada por los esbirros que acompañaban á Florentin, lo cual hicieron en

uso del derecho que tenian de entrar en todas partes, bien á bien ó mal á mal.

Isabel quedó como petrificada y fijó en Claudio una mirada de terror y de odio profundo.

—No me equivoqué,—dijo Florentin con voz dulce y tranquilo acento.

Y despues de desplegar una burlona sonrisa, añadió:

—Habeis visto que no estaba guardada la puerta del corral y pensásteis huir mientras llamábamos; pero debió habérseos ocurrido que si no mandé vigilar por aquella parte, era porque no pensaba daros tiempo para huir. Creo que os habeis asomado á la ventana; debeis haber visto que vengo preparado, y por consiguiente, excuso deciros que es forzoso decidirse en este momento.

Isabel no pudo articular una sílaba, no pudo hacer más que acercarse á la cuna donde su hija dormia, como si quisiese defenderla.

—¿Habeis reflexionado?—preguntó el abate despues de algunos momentos.

—¡Oh!...

—No os molesteis en entrar en razonamientos inútiles, no os tomeis el trabajo de suplicarme, porque vuestras súplicas las escucharé lo mismo que vos habeis escuchado las mias: decidme solamente sí ó nó. En el primer caso, podeis considerar absuelto á vuestro esposo y asegurado el porvenir de vuestra hija; pero en el segundo, preparaos á seguirme si no quereis que con una mordaza y á la fuerza se os saque de aquí.

—Matadme,—replicó Isabel resueltamente,—matadme; pero...

—Entiendo,—interrumpió el abate con una calma espantosa:—sin duda no estais convencida de que soy capaz de todo, segun os dije esta mañana. Vais á tener la prueba.

En el rostro pálido y contraido de Isabel se revelaba la horrible agitacion de su espíritu.

La lucha que sostenia era espantosa.

Sin embargo, no se debilitaba la fuerza de su virtud.

—Si es preciso,—replicó,—sacrificar á mi hija, la sacrificaré. En último caso, ¿qué me importa nada de este mundo? Despues de vuestras iniquidades, vendrá la justicia divina.

—Que se trata de vuestra hija...

—Ya os he dicho que estoy resuelta á sacrificarla, porque mis deberes son antes que todo.

La frente de Florentin se contrajo por un momento.

No esperaba tanta firmeza, y empezó á temer que á pesar de todos sus abusos, á pesar de los grandes medios con que contaba, no le seria posible satisfacer sus deseos.

Trascurrieron algunos segundos de silencio y de mortal angustia, de una angustia inconcebible para Isabel.

Al fin ésta, con febril energía, dijo:

—¿Qué determinais?

—No soy yo, sino vos, la que habeis de determinar.

—Ya conoceis mi resolucion.

—¿Habeis pensado?...

—Basta de observaciones.

—Señora...

—Estoy dispuesta á seguiros.

No era esto lo que esperaba el abate, y la sorpresa se pintó en su rostro.

Bien hubiera querido entrar en explicaciones, para hacer

que su víctima comprendiese lo que la esperaba; pero no pudo, porque hubiera perdido toda su fuerza moral, despues que él mismo habia dicho que no admitia observaciones.

El miserable reflexionó, y como no comprendia la heroicidad de la virtud, dijo para sí:

—Creo que se arrepentirá, en cuyo caso no habremos perdido mas que algunos dias.

Luego, dirigiéndose á Isabel, añadió:

—Puesto que lo quereis, sea.

—Voy á vestir á mi hija...

—No la desperteis.

—Es preciso.

—No, puesto que ha de quedarse aquí.

—¿Intentais separarme de ella?

—Ya os lo dije esta mañana.

—¡Oh!—exclamó arrebatadamente la infeliz madre.—Para separarme de mi hija no basta todo vuestro poder. Me matareis, sí, me matareis; pero exhalaré el último suspiro, estrechando contra mi pecho á la hija de mis entrañas.

—No es menester mataros: basta con que un par de hombres robustos se apoderen de vos, os sujeten, os pongan una mordaza...

—Habrán de matarme, habrán de matarme.

—¿No cambiais de resolucion?

—Estoy decidida á morir,—repuso Isabel con el acento de una loca.—Decidida á morir, y... ¡ahogaré á mi hija entre mis brazos!... No, no tendreis mas que dos cadáveres, y entonces...

—Os compadezco.

—Venid si os atreveis...

—Habeis perdido la razon.

—No importa, si mi locura ha de salvar mi pureza; no importa, si mi falta de juicio ha de darme valor.

—¿De qué os servirá el valor sin la fuerza?

—Llamad á vuestros verdugos y lo vereis... ¡Oh!... No sabeis lo que es una madre, lo que una madre puede... Llamadlos, miserable, llamadlos...

—¿Me provocais?

—Sí.

—¡Desdichada!—gritó fuera de sí el abate.

—Llamad á vuestros verdugos y vereis si pueden separarme de mi hija... ¿A qué esperais?... ¿Acaso teneis miedo?...

Y al decir esto, Isabel cogió á su hija y fijó en Florentin una mirada, que éste no pudo sostener.

La niña despertó y empezó á llorar, mientras gritaba:

—Que se vaya ese hombre.

Claudio, convencido de que nada conseguiria, dió un paso hácia la puerta.

Empero en aquel instante, por la que comunicaba con el laboratorio, salió un hombre, que se arrojó sobre el abate, asiéndolo por la garganta, mientras le decia con reconcentrada voz:

—¡Quieto!

CAPITULO VI.

Lo que hizo Simon.

El hombre que apareció en tan críticos momentos no era otro que el gigante á quien, segun vimos, fué á buscar al pobre jorobado.

¿Cómo habia penetrado allí tan oportunamente?

Preciso es que retrocedamos para que esto se comprenda.

Antes de que llegara el abate y sus esbirros, Simon se habia presentado en los alrededores de la vivienda del alquimista, examinándola cuidadosamente y ocultándose luego entre unos matorrales, desde donde podia ver sin ser visto.

Allí esperó sin moverse, y como hombre que está acostumbrado á escuchar, pudo por consiguiente observar cómo llegaron los otros y forzaron la puerta para que Claudio entrase en la casa.

—Me parece,—murmuró Simon,—que el señor abate no dá en esta ocasion pruebas de su astucia y de ser un hom-

bre prevenido; pero no es extraño, porque cuando la cabeza se trastorna por una mujer, el más listo no sabe hacer nada á derechas. Dejan libre la puerta del corral, lo cual es de poca importancia para mí; pero de mucha para ella.

Al decir esto salió de su escondite, donde dejó la capa y la espada que debian estorbarle, y se acercó á la tapia, que sobre estar medio derruida en algunos puntos, presentaba algunos huecos, donde podian apoyarse las manos y los piés para subir.

Para un hombre como Simon, la empresa era demasiado fácil, mucho más fácil de lo que le fué al jorobado.

—Manos á la obra,—dijo.

Y despues de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie le observaba, buscó el sitio más á propósito para su objeto, y en pocos segundos se encontró sobre la tapia.

Lo mismo que habia hecho el huérfano la noche anterior, hizo él, es decir, buscó la cornisa ó faja saliente del muro, puso en ella sus piés, y buscando asideros, ya en las grietas, ya en las ventanas, llegó á la del laboratorio, encontrándola abierta segun la habia dejado Isabel.

—Hé aquí,—murmuró el gigante,—lo que no me habia ocurrido pensar: si conforme por un descuido han dejado abierta esta ventana, la hubiesen cerrado, ¿qué haria yo ahora sin herramientas para abrirla? Hace poco me burlé de la torpeza del abate, y yo he cometido otra. Pero en fin, la casualidad me protege y nada se ha perdido.

Simon se puso de un salto en el interior del laboratorio y colocó la diestra en la daga por lo que pudiera ocurrir.

El resplandor de la luna iluminaba la mayor parte de aquel aposento.

El gigante lo examinó, fijando por último su mirada en el esqueleto, y diciendo para sí, mientras sonreia:

—Buen personaje me recibe... ¡Por Satanás, que es raro capricho tener aquí á este mozo, tan desnudo de carne como de ropa!

Y luego, acercándose á la osamenta, añadió con acento burlon:

—Con vuestro permiso, caballero.

Acercóse á la puerta, detúvose y escuchó.

Todo lo que Claudio é Isabel decian, lo oyó Simon perfectamente.

—Veamos,—pensó,—en qué para todo esto, porque si no es necesario, me volveré por donde he venido, segun lo dispuesto por el pobre jorobeta, á quien, mal que me pese, tengo que obedecer.

Efectivamente, Simon permaneció inmóvil, escuchando y aun viendo por una rendija de la puerta, y cuando llegó el momento crítico, abrió y se lanzó en el aposento inmediato.

Claudio quiso gritar y huir; pero no se lo permitieron, ni su terror ni las duras manos del gigante.

La que sí exhaló un grito, no de miedo, sino de sorpresa, fué Isabel, que tambien quedó inmóvil como una estátua.

La niña, no sabemos por qué, dejó de gritar y se asió fuertemente al cuello de su madre.

Trascurrieron algunos segundos.

El rostro de Florentin se puso amoratado, y sus ojos, inyectándose en sangre, se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

No le faltó mucho para desfallecer, puesto que, como se presumirá, era tan cobarde como mal intencionado.

En su angustiosa situacion, sin poder hablar ni moverse, quiso volver la cabeza para mirar al que lo sujetaba.

Pero Simon tuvo buen cuidado de estorbar que lo hiciese así, porque no le convenia ser conocido del abate.

—¿Quién sois? —preguntó al fin Isabel, acercándose al que tan inesperadamente la socorria.

—Decíroslo,—respondió Simon,—seria lo mismo que perderme, y en último caso nada os importa mi nombre: aprovechad la ocasion...

—¡Ah!... No lo mateis, no lo mateis...

—Descuidad, señora, que como no se muera del susto, no lo mataré.

—¡Dios mio!...

—No perdais el tiempo... la puerta del corral la teneis libre... Huid... No os detengais, porque si la canalla que aguarda á este sacristan se apercibe de lo que sucede, ni vos ni yo podremos salvarnos.

—¡Que me vaya y os deje!...

—Sí.

—¿Qué hareis vos?

—Descuidad.

—¿Pero quién os envia, por qué me socorreis?

—Que nos perdemos, señora.

Comprendió Isabel que las observaciones eran inútiles, y que aquel hombre que aparentaba tanta tranquilidad y parecia estar dotado de tanto valor, no habria penetrado allí sin mirar antes cómo habia de salir.

La infeliz se dispuso á dejar el aposento; pero Simon la detuvo, diciéndole:

—Un instante, señora.

—¿Qué quereis?

—Abrid esa ventana y dejad la luz en esa otra habitacion, donde hay un esqueleto.

Isabel obedeció.

—¿Qué más quereis?

—Nada: idos ya, y que Dios os dé buena fortuna.

Oyéronse los pasos de Isabel, que salió sin perder un instante.

Claudio exhaló un gemido.

—Os encontrais mal, lo supongo,—le dijo Simon;—pero es preciso evitar que griteis. Ahora que estamos á oscuras, os permitiré volver la cabeza, si es que teneis capricho de hacerlo así.

Florentin se extremeció convulsivamente: estaba medio ahogado.

Simon soltó una carcajada burlona.

—¿Qué hariais,—dijo,— si me pudiérais encerrar en los calabozos de la Inquisicion? No os contentariais con ménos que hacer que poco á poco me fuesen arrancando el pellejo y la carne, hasta dejarme como el mozo que me ha recibido cuando entré; pero yo no soy tan cruel, y voy á daros una prueba de que tengo buen corazon. ¡Voto á Satanás!... Sin más trabajo que dar un apreton, os quedariais tieso y acabariais de atormentar inocentes; pero no lo haré, aunque el deseo me sobra, porque tengo que obedecer á quien me manda... Venid.

Y esto diciendo, arrastró al abate hasta la ventana, y mientras que con una mano seguia sujetándolo por la garganta, con la otra lo cogió por debajo de un brazo y lo levantó con la misma facilidad que se levanta una pluma.

Florentin agitó las piernas, haciendo inauditos esfuerzos para desasirse; pero no consiguió mas que lastimarse.

—Pareceis una araña,—le dijo el gigante volviendo á reir burlonamente.—Así pataleaba yo cuando mi madre, despues de haberme zurrado, queria llevarme á la escuela.

Claudio exhaló nuevos gemidos.

Simon lo sacó por la ventana, y mientras lo tenia suspendido, gritó:

—¡Ahí va!

Y el cuerpo del pobre abate cayó sobre uno de los esbirros, y éste y aquel rodaron por el suelo, exhalando gritos y ayes, con sorpresa y asombro de los demás.

La escena que siguió es indescriptible, y tuvo más de cómica que de grave.

Como la luna seguia resplandeciendo, pudo verse con todos sus detalles aquel cuadro.

Los esbirros que quedaron en pié retrocedieron mientras sacaban la espada.

Los que habian caido se revolvieron entre el polvo, pidiendo auxilio con lastimera voz.

Al fin lograron levantarse en el estado en que puede comprenderse.

Estaban magullados, y sentian tan intensos dolores como si les hubieran roto los huesos.

Además, la conmocion producida por el terror los habia puesto en tal estado, que apenas acertaban á darse cuenta de lo que les sucedia.

Era imposible que explicasen aquello los que estaban en la calle.

Libre de las manos de Simon, y no habiendo perdido la

vida al caer, Florentin dejó de tener miedo y se entregó por completo á los trasportes de su rabiosa ira.

¡Isabel se le habia escapado!

Esto no tenia remedio por entonces, y por consiguiente solo debia pensar en apoderarse de aquel hombre que se habia presentado tan inesperadamente, y que lo habia maltratado tan sin respeto ni consideracion.

—¿Quién es, quién es?—murmuró Claudio con voz entrecortada.—Ella no lo conoce... ¡Oh!...

Y dirigiéndose á los esbirros, que aún se miraban con sorpresa y empezaban á preguntarse qué significaba aquello, les gritó:

—Tres de vosotros á la puerta del corral... Que nadie salga, y si alguien intenta salir y os hace resistencia, matadlo... Vigilad por todos los lados de la tapia... Corred... ¡Oh!... Corred.

Como autómatas que obedecen á sus resortes, tres de los esbirros desaparecieron tras una de las esquinas de la casa.

¿Habia ya salido Simon?

Vamos á verlo.

Cuando quedó solo, entró en el aposento donde habia dejado la luz, tomó ésta con una mano, y en seguida, riendo á carcajadas como quien se divierte mucho, abrazó el esqueleto y volvió á salir, mientras decia:

—Vamos, caballero, vamos; teneis que prestarme el último servicio. Ya que me habeis recibido tan cortesmente y sin molestarme con preguntas importunas, justo es que me despidais y entretengais un rato á mis perseguidores, para que yo tenga tiempo de huir.

Dicho esto, Simon bajó la escalera, y al pié de ésta y fren-

te á la puerta que daba á la calle colocó el esqueleto, cuyas partes debian estar fuertemente unidas cuando no fué cada hueso por su lado.

Hecho esto puso en el suelo la luz, entró por una puertecilla, atravesó un largo pasillo, y bien pronto se encontró en el corral.

El tiempo que habian perdido los otros fué la salvacion del gigante, que pudo salir sin ningun inconveniente, yendo al matorral donde habia dejado su capa y su espada, tomando estas prendas y alejándose en seguida.

Pocos momentos despues llegaron los que debian vigilar por el lado de la tapia.

Florentin hizo cuanto pudo para serenarse, y aunque no del todo, recobró la tranquilidad de espíritu lo bastante para disponer lo que en aquellos momentos era conveniente.

—Entrad,—dijo á tres de los esbirros,—registrad la casa, y apoderaos de cuantas personas encontreis. Os advierto que hay un hombre demasiado temible, el que me ha tirado por la ventana. No se dejará prender; pero mientras le acometeis, gritad y entraré con estos otros.

—¿No hay mas que uno?

—No más: la otra persona es una mujer, aunque supongo que ésta habrá conseguido irse por la puerta del corral.

Los esbirros no vacilaron, porque al fin eran tres y contaban en caso de apuro con el auxilio de los dos que habian guardado la silla, y aun con los otros tres que se encontraban en la parte del corral.

No con el valor que les era propio, sino con el que les daba la superioridad de sus fuerzas, empujaron la puerta y dieron un paso en el interior de la casa.

Pero instantáneamente quedaron inmóviles, y pasado un segundo y haciendo grandes esfuerzos, pudieron exhalar un grito de profundo terror y salieron precipitadamente.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el abate.

—Señor,—dijo uno de los esbirros, mientras que su temblorosa diestra limpiaba el copioso y frio sudor que inundaba su rostro;—señor...

—¿Qué pasa?...

—No nos mandeis entrar en esa maldita casa.

—Pero...

—¡Ah!... ¡Qué horror!...

—¿Acabareis?—replicó el abate con impaciencia.

—Entrad y vereis... ¡Qué horror, qué horror!

Florentin, á pesar de su cobardía, se lanzó hácia la puerta, y entró en la casa, mientras decia:

—Seguidme, miserables.

Pero tambien quedó parado.

—No entreis,—le gritaron los esbirros,—no entreis, porque contra los muertos, cuando resucitan, no sirve el valor ni la espada.

Claudio no tenia miedo mas que á los vivos.

Le sobraba inteligencia para ser supersticioso, y le bastaron algunos momentos de reflexion para comprender lo que aquello significaba.

—¿Por qué temblais?—gritó.—Precisamente tenemos la fortuna de encontrar una de las cosas que buscábamos.

—¡Un esqueleto!...

—Sí, una prueba de los crímenes de Jacobo de Tordesillas; el esqueleto de alguna de las víctimas que ha inmolado, extrayéndoles la sangre para hacer diabólicos filtros;

Esta explicacion fué bastante para que todos perdieran el supersticioso miedo y se atrevieran á registrar la casa.

Ya era tarde.

Simon se encontraba bastante lejos.

La desesperacion de Florentin no puede pintarse.

La idea de que se le habia escapado Isabel lo trastornaba hasta un punto inconcebible.

No le producia ménos efecto el no haberse apoderado del personaje misterioso que lo habia echado por la ventana.

¿Quién era aquel hombre?

Por saberlo hubiera dado el abate la mitad de su vida.

¿Qué clase de relaciones habia entre aquel hombre y Jacobo de Tordesillas?

¿Cómo habia podido presentarse tan á tiempo?

Isabel no le habia dado aviso alguno, puesto que fué la primera en sorprenderse, y ni siquiera lo conocia.

En vano caviló Florentin.

Era forzoso esperar.

En cuanto á la infeliz madre, no se dió Claudio por vencido.

Aún tenia sobrados medios para perseguirla, y esperaba apoderarse de ella.

No perdió tiempo, salió de la casa, cerró y guardó la llave, empezando allí mismo á dar órdenes.

CAPITULO VII.

La historia de David.

Tiempo es ya de que acabemos de dar á conocer á David, diciendo algo de su triste historia y algo de su alma.

David era hijo de padres honrados, aunque pobres, y pocos dias despues de haber nacido, empezaron sus desgracias.

Su buen padre murió, quedando sin otro amparo que el de su madre, la cual trabajó sin descanso para criar y educar á su hijo.

Por más que parezca dudoso, el pobre jorobado era hermoso cuando nació y se parecia mucho al hombre que le habia dado el sér.

Su virtuosa madre era tambien un prodigio de belleza.

Cuando el niño tenia cinco años y empezaba á dar pruebas de una inteligencia rara y precoz, su madre dejó tambien de existir, y el desdichado huérfano quedó solo y sin

más recursos ni amparo que el de la caridad de algunos vecinos.

Cómo pudo vivir, no puede decirse.

Quedó en la casa donde habia nacido; pero no en la habitacion que habian ocupado sus padres.

En aquella casa, que era de las más grandes que entonces habia en Madrid, y que estaba ocupada por muchas familias de jornaleros y pobres artesanos, en aquella casa, repetimos, vagó David como si para él no hubiera otro mundo.

Nadie lo habia recogido, y sin embargo todos lo amparaban.

Su vida se pareció entonces mucho á la de un perro que no hubiese tenido amo.

Desde el amanecer se le veia recorrer patios y pasillos, subir y bajar escaleras y entrar y salir en todas las habitaciones donde encontraba abierto.

Cuando acertaba á llegar donde comian, extendia los bracitos y pedia pan.

Dábanle unas veces y otras le hacian salir, tratándolo cruelmente.

Cuando llegaba la noche, David se dormia donde quiera que se encontraba y sin que nadie se cuidase de él.

A todo esto se acostumbraron los vecinos de tal modo, que nadie se ocupó del pobre niño sino para darle un pedazo de pan ó la comida que sobraba.

¿Qué hubiera sido del infeliz si hubiese tenido una enfermedad?

Probablemente habria muerto en un rincon.

Hay que advertir que el huérfano no nació jorobado.

Como si hubiera comprendido su horrible situacion, David tenia para todos dulces sonrisas, y con nadie se mostraba importuno ni exigente.

Era de carácter melancólico y nada espansivo, y si alguna vez tomaba parte en los juegos de los niños de su edad, lo hacia más bien por complacerlos que por divertirse, como si así hubiera querido pagar el alimento mezquino que se le arrojaba como á un perro.

Más de una vez lo encontraron los vecinos oculto en un rincon llorando silenciosamente; pero nadie se cuidó nunca de averiguar la causa de aquel llanto.

¿Quién hace caso de las lágrimas de un niño cuando éste no interesa?

Y sin embargo, David no lloraba porque tuviese hambre ni frio, ni porque le hubiesen hecho mal alguno los de su edad; lloraba porque sentia el corazon oprimido, y porque sin cesar pensaba en su cariñosa madre.

¡Pobre niño!

A pesar de sus pocos años, su alma era la de un hombre.

Un año trascurrió así, cuando un dia, al bajar una escalera, resbaláronse sus piés y el infeliz rodó, quedando sin sentido.

Lo recogieron, llevándolo á la habitacion más próxima y acostándolo sobre una manta hecha dobleces.

—No ha muerto,—dijo una de las vecinas, mientras rociaba con agua fria el rostro del niño.

—¿Qué ha de morir?—replicó otra,—este rapaz tiene siete vidas como los gatos.

—Pobrecito,—añadió una tercera, que era más compasiva.

—No le tengais lástima, porque su mayor fortuna seria morirse.

—¿Qué sabeis vos si esta criatura ha de ser algo en el mundo?

—Ahora es un muñeco que suele divertirnos y que vive como un perro sin amo, y cuando tenga más edad, como no hemos de mantenerlo toda la vida ni hemos de educarlo, se irá por esos mundos de Dios, hará conocimiento con gente de mal vivir, principiará por ser ratero y acabará por ser ladron.

Despues de estas y otras observaciones, y cuando David hubo recobrado el conocimiento, lo dejaron, sin pensar en él, mas que para preguntar cada mañana si se habia muerto el monigote.

No tenemos que decir que nadie pensó siquiera en llamar á un médico, á pesar de que vieron que el pobre niño no se movia y tenia en su rostro señales de sufrimientos espantosos.

Así pasaron los dias.

David no exhaló una sola queja; solamente se le sorprendió llorando alguna que otra vez.

Es imposible imaginarse más horrible desdicha en una criatura.

Dios tuvo á bien conservarle la existencia, y cuando Dios lo hizo, bien hecho estaba.

Al cabo de un mes pudo levantarse David, y solo entonces advirtieron las consecuencias de su caida.

Ni su cabeza, ni sus piernas, ni sus brazos habian sufrido nada; pero en el lado izquierdo de su espalda advertíase un bulto bastante grande.

No por cariño, sino por curiosidad, reconociéronlo escrupulosamente los vecinos.

—Está comprendido,—dijo uno de ellos, barbero de oficio y que tenia pretensiones de llegar un dia á ser sangrador.

—¿Qué es eso?—preguntaron los demás.

—Que se le ha salido de su sitio la paletilla.

—¿Y no podrian metérsela otra vez?

—Cuando cayó, sí; pero ahora, es ya imposible.

—Si no es mas que cuestion de fuerza,—dijo un hombre de formas atléticas y gigantesca estatura,—yo me comprometo á volver á su sitio la paletilla.

—No conseguiríais mas que matarlo.

Fuese ó nó acertada la opinion del barbero, ello es que David quedó con su protuberancia, y que ésta iba creciendo á medida que él crecia y se desarrollaba, llegando á ser bastante grande para que no pudiera ocultarla ni disimularla de ningun modo.

Empero el niño no habia perdido nada de su agilidad, ni mucho ménos de su rara belleza, que era cada dia más expresiva y más interesante.

Volvió á su antigua vida; pero su situacion fué doblemente horrible, porque su joroba fué objeto de constante burla de todos.

Lo que sufrió no puede explicarse.

Además de esto, cuando apenas tenia nueve años, empezaron á echarle en cara el mísero pedazo de pan que le daban alguna vez, y en más de una ocasion lo trataron cruelmente.

David, sin haber salido de aquella casa, empezó, pues, á

recibir las más duras lecciones, á conocer el mundo, á apreciar el corazon humano.

Ya hemos dicho que David sentia y pensaba, no como un niño, sino como un hombre.

¡Pobre criatura!

De esto resultó lo que era natural que resultase: su alma se llenó de amarga hiel.

¿Era posible que el desdichado huérfano amase á los hombres que tan injustamente lo trataban?

Debia odíarlos, debia ser el mayor enemigo de la sociedad, y con todo su corazon grande y sensible, á pesar de su alma noble y generosa, extraviando el dolor su juicio, debia querer vengarse del mundo á que él no habia pedido pertenecer, debia buscar ocasiones de hacer mal á sus semejantes, debia gozar cuando todos sufriesen.

Cumplió diez años.

Se consideró un hombre, y efectivamente lo era, porque no es el tiempo el que hace á los hombres.

Examinemos sus condiciones morales, el estado de su alma.

Pero no: mejor será que escuchemos de sus lábios lo que sentia, porque lo explicará con más exactitud que nosotros.

La mayor parte de su historia, la conocemos: el resto, él mismo lo contará.

CAPITULO VIII.

Donde David dá á conocer su alma.

Mientras el abate intentaba apoderarse de Isabel, David se hallaba oculto cerca de la casa, esperando el resultado de aquel sùceso.

Como ya hemos dicho, la infeliz madre, tan aturdida por la sorpresa como trastornada por el terror, echó á correr, llevando en los brazos á su hija medio desnuda, sin cuidarse de otra cosa que de alejarse con cuanta rapidez le era posible.

El jorobado la vió salir, dejó su escondite y la siguió bastante de cerca; pero ella, en su trastorno, no se apercibió de semejante circunstancia.

Ambos corrieron largo rato.

Llegaron á un espeso bosque de castaños.

Isabel, sin aliento y sin fuerzas para sostenerse, detúvose y se volvió para convencerse de que nadie la seguia.

Entonces se encontró con la extraña y bella á la vez figura del jorobado, que la miraba con una expresion de ternura infinita y de dolor indescriptible.

Isabel exhaló un grito y quedó como petrificada.

—Tranquilizaos,—dijo David con su voz dulce y agradable, con aquel acento que algunas veces parecia llegar á lo más profundo del alma.—Tranquilizaos, que no os he seguido para haceros ningun mal, soy vuestro amigo, si es que así puedo llamarme, porque estoy dispuesto á dar la vida por vos.

Puede comprenderse la sorpresa con que Isabel escuchó estas palabras.

Su mirada se fijó afanosa en el desconocido, como si quisiera convencerse de que éste no mentia.

No sabiendo qué decir, guardó silencio.

Los negros ojos de David brillaban como dos carbunclos, y poco á poco iba revelándose en su semblante la más profunda conmocion.

Al cabo de algunos segundos se empañaron sus negras y brillantes pupilas, y bien pronto dos lágrimas oscilaron pendientes de sus largas y sedosas pestañas, rodando por sus pálidas mejillas.

El clarísimo resplandor de la luna, que daba de lleno en el expresivo rostro del jóven, permitió á Isabel observar aquel llanto, y más sorprendida, más aturdida que nunca, murmuró:

—¡Llorais!...

Pero David, en vez de contestar, se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, levantó los brazos, elevó al cielo una tiernísima mirada, y exclamó:

—¡Gracias, Dios misericordioso!... ¡Seguid protegiéndola!...

La voz se ahogó en su garganta.

Despues de algunos momentos, esforzóse y pudo añadir:

—¡Madre mia, madre de mi alma, tú cuyas virtudes te habrán hecho merecedora de un lugar en la eterna mansion de los justos, ruega á Dios por esta madre desgraciada, en la cual me parece verte y á la que creo que amaré lo mismo que á tí!

Esta sencilla plegaria, doblemente conmovedora en aquellos momentos, hizo experimentar á Isabel una emocion inexplicable de dulzura y á la vez de tristeza, y tambien de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

Las palabras de David podian haberse interpretado en más de un sentido; sin embargo, Isabel no vió en ellas más que la expresion de una ternura desinteresada, purísima, verdaderamente santa, la ternura de un hijo ó de un hermano.

Empero ¿por qué aquel hombre la amaba hasta el punto de estar dispuesto á toda clase de sacrificios?

Esto era incomprensible para ella, que ni lo conocia, ni siquiera lo habia visto nunca.

No importaba esto: aquellas dos almas, como todas las almas nobles y sublimes, se habian comprendido ya y necesitaban pocas ó ningunas explicaciones.

La infeliz se arrodilló tambien y oró fervorosamente, dando á Dios gracias porque la habia librado de su cruel enemigo.

Pasaron algunos minutos.

El jorobado limpió sus ojos y se levantó, diciendo:

—Sentaos, señora, descansad y recuperad las fuerzas, porque aún estais muy cerca de vuestros perseguidores.

—¿Quién sois?—preguntó al fin Isabel, dejándose caer sobre una piedra.—¿Por qué mostrais tanto interés por nuestra suerte?

Los ojos de David volvieron á relumbrar, entreabriéronse sus lábios y se dibujó en ellos una sonrisa profundamente amarga.

—¡Quién soy!—exclamó.—Un desdichado, cuya existencia no ha tenido un solo instante de dulzura; un infeliz que no ha tenido más esperanza risueña que la horrible esperanza de la muerte.

—¡Dios mio!—murmuró Isabel extremeciéndose.

—Vais á saber por qué me interesa tanto vuestra suerte; vais á saber á qué rarísimas circunstancias debeis vuestra salvacion; vais á conocer mi tristísima historia. Seré breve, porque el tiempo vuela con rapidez, y un solo minuto puede ser causa de nuestra perdicion.

—Vos debeis conocer al hombre que se ha introducido en mi casa y me ha librado de mi cruel enemigo,—repuso la infeliz madre.

—Ese hombre me obedecia.

—¡Ah!...

—Escuchadme, señora, y cuando me conozcais y os separeis de mí, no me olvideis, que vuestro recuerdo tampoco se borrará de mi alma.

Isabel abrigó, como mejor pudo, entre sus mismas ropas á su hija, y se dispuso á escuchar.

David guardó silencio por algunos segundos, como si quisiese coordinar sus ideas.

No repetiremos todo lo que dijo, porque de su historia conocemos la mayor parte.

Cuando refirió el triste suceso de su caida, añadió:

—No sé si me equivoco; pero creo que aquella enfermedad acabó de desarrollar mi inteligencia, que era todo lo peor que podia sucederme.

Mientras mi razon era la razon de un niño, mis sufrimientos no eran tan horribles.

Sin darme cuenta de ello, despues de aquella desgracia anhelé como nunca el consuelo de las caricias; mi instinto buscaba en el amor de los demás la compensacion de lo que me negaba la fortuna.

¡Vana esperanza!

Nunca habia sido mirado con tanta indiferencia y aun con tanto desprecio...

Me equivoco: hasta entonces se me habia mirado con indiferencia, y desde que fuí más desgraciado, fijaron en mí su atencion aquellas gentes descorazonadas.

Pero, ¿para qué tomaban en consideracion mi persona?

Para hacerme objeto de una burla, que bien pudiera calificarse de impía, porque impío es todo lo que escarnece los resultados de los fallos de la Providencia.

¡Cuánto sufrí!

Los niños de mi edad eran los que más me atormentaban.

Sea por la falta de juicio, ó por otra razon cualquiera, ello es que no hay crueldad que iguale á la de un niño.

Se mofaban de mí y me maltrataban de cuantas maneras puede imaginarse.

¡Y no podia castigarlos, no podia siquiera defenderme!...

¡Oh!...

No, no podia siquiera defenderme, porque entonces sus padres me hubieran echado en cara los grandes beneficios que creian haberme hecho, y me hubieran negado cruelmente el derecho de alimentarme con lo que á ellos les sobraba, y que á no dármelo á mí, lo hubiesen dado, no á los mendigos, sino á los perros.

Cuando á la criatura se le niega el derecho de la defensa, piensa en la venganza, por más que sus sentimientos sean nobles y generosos.

El que piensa en la venganza, desconoce tácitamente sus deberes y niega los derechos de los demás; ¿pero cómo habia yo de reconocer á nadie derecho alguno, cuando ningunos me concedian á mí?

La sociedad me imponia deberes, sin aceptar ninguno cuando de ella se trataba.

Yo debia necesariamente y por instinto revelarme contra injusticia tan atroz.

A pesar de mi ignorancia, yo comprendia que nadie está obligado á aceptar deber alguno, si al imponérselo no se le concede un derecho.

Dios mismo, que es omnipotente y sábio hasta la perfeccion, hasta lo infinito, no nos ha impuesto deberes sino concediéndonos derechos, puesto que nos ha dado el libre albedrío, nos ha dejado sin limitacion el uso de la inmensa fuerza de nuestra voluntad.

Reconozco que he debido aceptar los dolores que el Omnipotente se dignaba enviarme y que habian de acrisolar mi virtud; pero ¿se puede pedir á un niño esa santa resignacion de las almas grandes y sublimes?

Por lo mismo que mi inteligencia se desarrollaba con rapidez, era mucho más fácil que me extraviara.

Yo era entonces un sér bien extraño, una criatura con la cabeza de hombre y el corazon de niño.

Tal vez me encuentro ahora en el mismo estado, con el mismo corazon y la misma cabeza.

Empecé á odiar á los que me trataban tan injustamente, lo cual equivale á decir que odié la sociedad, porque para mí no habia más mundo que aquella casa, ni más criaturas que aquellas.

Si yo hubiera tenido las fuerzas de Sanson, no habria vacilado en arrancar las piedras angulares de aquel edificio, gozándome en verlo cómo se derrumbaba, aplastando á todos sus moradores, y quedando yo tambien enterrado entre sus ruinas.

Habia oido referir la historia del desdichado esposo de la traidora Dalila, y muchas veces me abracé á una de las columnas del patio de aquella casa, haciendo esfuerzos y exclamando: «¡Si yo fuera Sanson!»

No deseaba yo riquezas, no deseaba otra cosa que las fuerzas de un Hércules.

Lo único grato que habia para mí, era el recuerdo de mi madre; pero aun este mismo recuerdo, á pesar de su dulzura, era demasiado triste y me atormentaba horriblemente, porque más y más me convencia de la realidad de mi espantosa situacion.

Cuando uno es desgraciado, los recuerdos de la pasada dicha son un sufrimiento más.

A pesar de mi odio al mundo, si los que peor me trataban me hubiesen pedido cualquier sacrificio en nombre

de mi madre, no me habrian visto vacilar para hacerlo.

No pienso en mi madre con respeto ni con ternura, sino con adoracion, con una adoracion tan verdadera, tan profunda, que no sé si á la criatura le está permitido para otro sér, para otro objeto, para otro recuerdo, para otra cosa que el Omnipotente.

Empero legítima ó nó, así es, y por el recuerdo de mi madre soy capaz de todo, absolutamente de todo...

¡Madre mia, madre de mi alma!

David tuvo que interrumpirse.

La voz se ahogó en su garganta, y las lágrimas volvieron á correr por sus mejillas.

—¡Pobre niño!—murmuró Isabel con acento de profunda conmocion.

—Seis años pasaron,—repuso David despues de algunos momentos.—Seis años, durante los cuales fuí el criado de todos los vecinos, que me mandaban despóticamente, pagándome con algun pedazo de pan y algunos de los harapos que desechaban. Seguia desarrollándose mi inteligencia; pero ¿de qué me servia, si no la empleaba en aprender? Como antes he dicho, no me servia más que para explicarme mi situacion y sufrir más.

Pensé cambiar de vida; ¿pero qué hacer? ¿á dónde iria con mi absoluta ignorancia, sin apoyo ni recursos de ninguna clase?

Me empeñaba en luchar para hacer lo imposible, y tuve dias de una desesperacion que no puede concebirse.

No sé hasta dónde hubiera yo ido en aquellos fatales momentos de trastorno, de verdadera locura: quizá hubiese atentado contra mi existencia, si bien para hacer esto encon-

traba dos inconvenientes invencibles en mi propia naturaleza: el uno era mi valor, que se revelaba contra la cobardía del suicidio, y el otro era el recuerdo de mi madre. Ya que habia perdido á mi madre en este mundo, quería que mi alma estuviese con la suya en la eternidad, y esto no podria conseguirlo si era suicida, porque el alma de los suicidas no puede ir á la mansion de los justos, á la mansion de inefables goces, donde debe morar la de mi buena madre.

Si no hubiera necesidad de que aprovecháseis los momentos, os referiría por qué série de casualidades conocí hace tres años al abate Florentin; pero lo importante es que sepais que llegué á conocerlo, y que él debió, con su inteligencia y su rara astucia, penetrar hasta lo más recóndito de mi alma, conocerme como nadie me ha conocido, y decidirse á explotar mi aversion al mundo, haciéndome instrumento de sus tenebrosos planes.

Con una habilidad verdaderamente admirable, halagó mis malos instintos, ofrecióse á protegerme, y me llevó á su lado, dedicándose á instruirme con una solicitud verdaderamente paternal; pero inculcando en mi alma inocente los principios que á él le convenia que yo profesase, y encendiendo más y más mi devoradora sed de venganza contra los hombres, á la vez que friamente me exhortaba á perdonar á los que me hubiesen hecho daño.

Si el abate tuviera tanto corazon como inteligencia, si ésta la emplease en hacer bien, segun la emplea en satisfacer sus sórdidas pasiones, si tuviera conciencia, debería postrarse el mundo á sus piés. ¡Oh!... No sabeis lo que vale la cabeza de ese miserable.

Antes de un año lo conocí como él me habia conocido;

comprendí que se servia de mis sentimientos como el asesino de un puñal.

Pero ¿qué me importaba?

De todos modos yo me encontraba mejor á su lado, porque alimentaba mi alma con el estudio, y... ¡fuerza es confesarlo!... al ayudarle, obedeciéndole, satisfacia mi anhelo de venganza...

Desde que os conocí empiezo á mirarme con horror...

¡Oh!...

Nada quiero ocultaros, señora, porque quiero que conozcais mi alma; quiero hablaros como hablaria á mi madre.

Los juicios del Omnipotente son inescrutables.

La misma criminal pasion que se habia despertado en mi alma, ha venido á servir para un acto de justicia.

Mi sed de venganza os ha salvado.

Ved cómo ha sucedido esto, y alabad á Dios, que es sábio y grande sobre todas las grandezas; grande hasta lo infinito.

Aunque el abate sabia que vuestro esposo tenia en su casa un esqueleto, y aunque de público se decia que os entregábais al cultivo de diabólicas ciencias, necesitaba más para sus planes, y despues de enviaros por medio de uno de sus espías el aviso del peligro que os amenazaba, y que no tenia otro fin que el de amedrentar á vuestro esposo para que huyese, me mandó que os observase, para ver si sorprendia algun secreto que le sirviese de arma contra vosotros.

Obedecí, y anoche escalé la tapia del corral de vuestra vivienda, y conseguí llegar hasta una de las ventanas, por cuyas rendijas se escapaban destellos de luz.

Estábais sentados, y os pude contemplar sin inconve-

niente alguno; pero apenas examiné vuestro rostro, sentí...

No puedo explicar lo que sentí.

Recuerdo á mi madre tan perfectamente como si la estuviera viendo, y llegué á creer que habia resucitado, apareciendo á mis ojos tal como era en los últimos dias de su vida...

¡Ah!...

Sí, sois el fiel retrato de mi buena madre; teneis el mismo rostro, y debe ser tambien igual vuestra alma noble y vuestro sensible corazon.

Sí,—añadió con vehemencia David,—debe ser lo mismo, porque en vos el semblante no es una máscara engañosa que oculta el alma, sino del alma espejo...

Me trastorné hasta el punto de que no sé cómo pude sostenerme sobre la cornisa en que se apoyaban mis piés.

Mi corazon palpitó con violencia; me pareció que, roto en mil pedazos, iba á saltar del pecho.

¡Y me pedian que contribuyese á la desgracia de la infeliz madre que es el retrato de la mia!...

¡Jamás!...

Yo tenia necesidad de amar y de ser amado.

Desde aquel momento os amé; pero con el amor purísimo, con el santo amor de un hijo, y abrigué la esperanza risueña de que vos tuviéseis tambien para mí la ternura de una madre.

No me hice más reflexiones; me entregué completamente á mi corazon, y me consideré vuestro hijo...

¿Qué no hace un hijo por salvar á su madre?

Toda la noche hubiera permanecido allí contemplándoos; pero me era forzoso volver al lado del abate; de otro modo

hubiera desconfiado de mí, y nada me habria sido posible hacer por vos.

Me alejé; dí á Dios gracias con un fervor, desconocido para mí...

¡Me consideraba dichoso, completamente dichoso!

En aquellos momentos no me hubiera cambiado por nadie, absolutamente por nadie.

En pocos minutos tracé un plan que habia de dar por resultado vuestra salvacion.

Comprendereis que en la situacion en que me encuentro de nada puedo disponer; pero ¿faltan jamás recursos á quien tiene fé y una voluntad como la mia?

No.

Volví al lado de Florentin, lo engañé y empecé á trabajar.

El resultado ya lo estais viendo.

Dios nos ha protegido; pero aún no hemos hecho más que principiar.

Isabel no pudo ya contenerse; y abriendo los brazos, exclamó con una ternura sin igual:

—¡Pobre criatura!... Sí, yo os amaré como pudiera amaros vuestra madre... ¡Venid, hijo mio, venid!...

David abrazó á Isabel, mientras decia:

—¡Madre de mi alma!...

Y luego presentó su frente noble, recibiendo en ella un ósculo de inmensa y de purísima ternura.

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguna de aquellas dos criaturas pudiese pronunciar una palabra.

Lo que sentian, lo expresaron sus profundos suspiros y sus lágrimas.

Más tiempo hubieran pasado de este modo, si cada instante no fuese mayor el peligro; pero hubieron de esforzarse para recobrar algun tanto la calma y ocuparse de la situacion en que se encontraban.

—Tenemos que separarnos,—dijo David.—Yo os seguiria; me salvaria con vos ó con vos moriria; pero así, en vez de haceros un beneficio, os hago un mal; y para salvaros debo ahogar los impulsos de mi corazon. Para defenderos en caso necesario soy poco, porque me seria imposible luchar con una turba de esbirros; pero en cambio valgo mucho para protegeros, si el abate sigue teniendo en mí la confianza que ahora tiene. Cuando esteis completamente fuera del alcance de vuestros perseguidores, será otra cosa: entonces arrojaré la máscara y me reuniré á vosotros, si quereis tenerme á vuestro lado, si quereis que con vosotros sufra y con vosotros goce.

—Sí, sí...

—Ahora, escuchadme bien.

—Decid.

—¿Veis ese sendero?—preguntó David extendiendo un brazo.

—Sí.

—Pues bien, por ahí seguireis hasta llegar á unas montañas, donde el camino concluye. Una vez allí, examinareis el terreno y encontrareis una vereda, que á los pocos pasos se divide en dos. Tomad la de la derecha, seguid, y al cabo de una hora saldreis á un pequeño valle.

—¿Y luego?

—En el valle encontrareis un hombre que os dirá: «Yo soy el enviado de vuestro hijo.»

—¿Y ese hombre?...

—Os guiará y os pondrá en salvo.

—Proseguid.

—Nada más tengo que deciros ahora.

—Entonces...

—Idos, y que Dios os proteja.

Abrazáronse.

Isabel, con los ojos llenos de lágrimas, se alejó.

David, llorando tambien, permaneció inmóvil hasta que la perdió de vista.

Despues se arrodilló y oró fervorosamente.

—¡Soy feliz!—murmuró disponiéndose á volver á la villa.

Creo, lector, que ya conocerás perfectamente el alma del pobre jorobado, y por consiguiente me permitirás que dé fin á este capítulo, y principio á otro no ménos interesante.

CAPITULO IX.

El abate aguarda con afan, y David con terror.

El abate, que como precavido y astuto se habia preparado á todo, dió en poco tiempo las órdenes convenientes para que se persiguiese á Isabel, y antes de media hora se ponian en movimiento muchos esbirros y soldados, que en distintos grupos se alejaban de la poblacion en todas direcciones, explorando los caminos y la campiña.

Tal era el número de los perseguidores, caminaban con tanta prisa y buscaban con tanto acierto, que parecia imposible que no encontrasen á la desdichada Isabel.

Tomadas estas disposiciones y seguro de que conseguiria su objeto, el abate volvió á su vivienda, que no era, segun ya hemos dicho, la casa que estaba en frente de la habitada por Jacobo.

La calle que hoy se llama de Isabel la Católica, que antes se llamó de María Cristina, y que primero tuvo el nombre de

calle de la Inquisicion, no se parecia en nada en aquella época á la que hoy conocemos, á pesar de que de aquella época se conservan aún algunos edificios.

Uno de estos, el que hoy está señalado con el número 4, era el en que se hallaba establecido el consejo y tribunal del Santo Oficio, ó de Corte, segun se le llamaba, hasta que á fines del siglo pasado, el consejo supremo se trasladó á la magnífica casa que hizo construir en la calle de Torija, apellidada entonces de Corito.

Esta casa, que es una de las más notables de Madrid existe aún, y sobre su entrada hemos alcanzado á leer el terrible lema de *Exurge Domine et judica causam tuam*, y que estuvo tambien grabado sobre la puerta del edificio que hemos citado primero.

Tambien en la referida calle de Isabel la Católica se conserva la célebre casa de los condes del Aguila y de Trastamara, notable por la explendidez de sus salones y especialmente por los magníficos aposentos, que entonces se llamaban cuadras, caprichosamente enriquecidos de relieves y saltadores, de agua.

Casi en frente de este edificio, que ahora está señalado con el número 23, es decir, al final de la calle, se levantaba el convento de San Norberto de padres canónigos *premostratenses*, ó más bien se levantó cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos de referir, pues en la época de la primera parte de esta historia, aún no se habia edificado y estaba sin desmontar el terreno que debia ocupar algunos años despues.

Hoy ya no existe, y en su lugar se vé la plaza llamada de Mostenses, corrupcion de la palabra premostratenses.

Alrededor de este sitio y á la parte de la calle de San

Bernardo empezaban ya á formarse las de la Garduña, Enhoramala vayas, hoy travesía de la Parada, Aunque os pese, ahora travesía de las Beatas, y Sal si puedes, ahora Pretil alto.

Al otro lado se encontraban las estrechas y tortuosas que conocemos, y cuyo aspecto no ha cambiado más que por la edificacion de alguna otra casa, conservándose aún muchas de miserable aspecto y de las llamadas *á la malicia*, nombre que se les dió, porque maliciosamente se levantaban de un solo cuerpo para librarse de pagar la contribucion llamada de *Regalía y aposento.*

A la conclusion de la calle de la Inquisicion y esquina á lo que es plaza de Mostenses, habia unas cuantas casas de bastante pobre aspecto y que ninguna tenia más de dos pisos.

Tras estas, y dando á la calle de la Parada, habia otras aún más humildes y las tapias de algunos corrales, completándose así la manzana que termina por uno de sus lados en la calle de la Flor Baja.

En el piso bajo de la casa que hacia esquina, tenia su vivienda el abate Florentin.

Allí llegó escoltado por dos de los esbirros, despidiéndolos, sacó una llave, abrió la medio apolillada puerta y entró en un portal estrecho, húmedo y sucio.

Casi es excusado decir que el abate iba provisto de una linterna sorda, pues esto era indispensable para salir de noche en aquellos tiempos, tan alabados por algunos.

Luego abrió otra puerta y bien pronto se encontró en la habitacion que ordinariamente ocupaba.

Allí se veia una cama bastante pobre, una mesa de nogal, sobre la que habia un crucifijo de talla, de tres piés de

altura, un breviario, un gran tintero de piedra y algunos papeles.

Cerca de la mesa habia un pequeño armario con puertas de regilla de alambre y algunos libros religiosos.

Junto á la otra pared habia colocada una antiquísima gaveta, más allá un arcon de roble con cerradura de aldabon, y cuatro ó cinco sillas.

Tal era el mueblaje de Florentin.

Con la luz de la linterna encendió un velon, apagando luego la primera y dejando sobre la mesa el segundo.

En el escuálido rostro del abate se revelaba todavía la agitacion borrascosa de su espíritu.

Estaba densamente pálido y desfigurado.

Sus ojuelos relumbraban como dos carbunclos.

Arrojó el sombrero sobre una silla, cruzó los brazos y se puso á pasear á lo largo de la estancia.

Si la mirada hubiera podido penetrar en la cabeza de aquel miserable y ver sus pensamientos, el más indiferente se hubiera horrorizado.

Cerca de una hora trascurrió.

Florentin continuaba paseando como si no supiese lo que hacia.

Oyóse el ruido de una llave que giró en la cerradura.

Pocos momentos despues se abrió la puerta y entró David.

Entonces Claudio se detuvo, fijó su penetrante mirada en el jóven, y le dijo:

—Has tardado mucho.

—Pero no he perdido el tiempo,—respondió el jorobado con serenidad.

—Por lo ménos debes haber corrido: tienes las mejillas rojas y tu respiracion es violenta.

—Así es, señor: he corrido mucho y estoy fatigado.

Y al decir esto David, dejó su sombrero y se sentó.

—Supongo que has cumplido mis encargos.

—Todos.

—Para lo cual no necesitabas andar mucho.

—Despues de hacer cuanto me mandásteis, fuí á buscaros al arrabal.

—No me encontraste...

—Pero encontré á Perico Sutil y á Judas Granado, y me dijeron lo que habia sucedido.

—Y entonces, ¿por qué no te viniste?

—Porque quise hacer algo de provecho.

—Sepamos.

—Conozco personalmente á la criminal, y esto es una ventaja para buscarla.

—¿Adónde fuíste?

—Ya sabeis que soy fuerte y ligero, á pesar de mi joroba, y que hay muy pocos que corran tanto como yo.

—Es verdad.

—Me serví de mi agilidad para recorrer aquellos alrededores, á nadie encontré y tomé entonces por el camino de Hortaleza. Ya habia andado bastante y pensaba retroceder, cuando la suerte me deparó un campesino, á quien pregunté si habia encontrado á una mujer que llevaba en brazos un niño medio desnudo.

—¿Y qué te respondió?

—Habia encontrado efectivamente á la que buscamos y me indicó la direccion que llevaba.

—¡Ah!...

—No tengo necesidad de deciros que si antes habia corrido, entonces volé.

—Bien, David, estoy satisfecho de tu lealtad.

—Y yo me considero dichoso.

—Prosigue,—repuso afanosamente el abate.

—En aquel sitio debe dar muy poco el sol, porque aún estaba el suelo húmedo de la lluvia de ayer.

—¿Y qué tiene que ver la lluvia con la mujer á quien buscamos?

—¿Acaso no lo adivinais?

—Confieso mi torpeza.

El jorobado sonrió como quien siente halagado su amor propio, y dijo:

—No solamente la humedad, sino la luna me favorecia tambien.

—Eso sí lo comprendo, porque la claridad de la luna te permitia ver los objetos á larga distancia.

—Sin embargo, entonces me sirvió para examinar los que estaban más cerca.

—Estás incomprensible, mi querido David.

—Pues es muy sencillo: antes de seguir corriendo me arrodillé y busqué en el suelo las huellas que debian haber dejado al pasar por allí.

El abate no pudo contener una exclamacion de alegría, y acercándose al jóven y dándole algunas palmaditas en la espalda, le dijo con acento cariñoso:

—Hijo mio, serás un hombre de provecho y harás una gran fortuna.

—Con vuestra generosa proteccion.

—Díme si encontraste lo que buscabas.

—Lo encontré bien pronto, porque los pequeños piés de la fugitiva no pueden confundirse con los que andan por aquellos sitios.

—¿Y cómo sabes que sus piés son pequeños?

—Le he visto las manos y no necesito más.

—Bien, David, muy bien.

—Me fué muy fácil conocer la direccion que llevaba la persona que habia dejado aquellas señales, y además me convencí de que iba corriendo, ó por lo ménos muy de prisa.

—Me deleito escuchándote,—repuso Florentin, que sonreia con expresion del más dulce contento.—¿Cómo adivinaste que Isabel corria?

—Las huellas eran profundas y su contorno estaba á veces confuso, como si la fugitiva hubiese resbalado porque no mirase dónde ponia los piés.

—No te equivocas: cuando se corre, se pisa con más fuerza, lo cual produce el resultado que tú tan acertadamente buscabas.

—Seguí, deteniéndome alguna vez por un instante para reconocer el piso; pero le plugo á mi mala fortuna que el blando terreno se hiciese pedregoso, y por consiguiente que no hubiese allí ninguna huella.

—¡Oh!...

—Además, la vereda se dividia en otras tres, y á los pocos pasos quedaban separadas unas de otras por los accidentes del terreno, de modo que desde ninguna de ellas podian verse las demás. Tomé á la ventura por la de en medio, corrí desesperadamente, y... ¡Nada! Volví atrás, hice lo mis-

mo en las otras dos... ¡Tampoco! Vagué entonces por uno y otro lado, subí á los sitios de más elevacion, miré... ¡Trabajo perdido! A pesar de que soy fuerte, me encontraba ya muy fatigado, y sobre todo me convencí de que una vez perdida la huella, me seria imposible adelantar nada sin el auxilio de otra persona.

—Es verdad,—murmuró el abate, cuyo rostro volvió á contraerse.

—Me volví, y aquí me teneis. No he conseguido todo lo que deseaba; pero no es poco el saber hácia qué parte ha tomado la fugitiva. Ya habreis dado vuestras órdenes; pero con estas noticias podreis adoptar nuevas disposiciones si así conviene.

Florentin no respondió.

Volvió á cruzar los brazos y á pasear.

Nada habia sospechado, ni era posible que sospechase de David.

El semblante de éste no dejaba traslucir lo que pasaba en su alma.

Desde su niñez habíase acostumbrado á ocultar lo que sentia, y no era posible que el más astuto adivinase lo que el pobre jorobado se empeñaba en callar.

Esto lo sabia muy bien Claudio; pero ¿cómo habia de sospechar que el que siempre le habia servido tan fielmente se habia vuelto traidor en un momento?

En secundar las miras del abate, David obedecia á sus inclinaciones, y hasta se complacia, porque esto era equivalente á descargar terribles golpes contra la sociedad que lo habia maltratado, y á la que habia declarado la más cruda guerra.

Las criaturas no son jamás inconsecuentes consigo mismas, ó lo que es igual, no hacen nada contra sus instintos, contra sus sentimientos, contra su carácter, á ménos que los obligue una fuerza mucho mayor que la de su voluntad.

Todos nos dejamos arrastrar por nuestras inclinaciones, y por más que reconozcamos el error, por más que estemos seguros de que caminamos á nuestra perdicion, no retrocedemos, sino que todo lo más nos detenemos un instante; pero luego avanzamos quizá con mayor brío y más firme resolucion.

Se nos preguntará, cómo es que David, á pesar de sus inclinaciones, no solamente se detuvo, sino que retrocedió, y cómo en un instante cambió de tal modo, que á ver su alma no hubiera podido reconocérsele.

El error de Claudio consistia precisamente en la apreciacion que habia hecho de las inclinaciones del desdichado niño.

No, los instintos de David no eran malos; sino por el contrario, los más nobles y generosos.

Su corazon era todo ternura; pero en vano habia intentado amar, porque no solamente no habia sido correspondido, sino que se le habia despreciado.

Era generoso; pero no hay generosidad bastante para sufrir lo que él habia sufrido.

Todas las ofensas las habia perdonado; pero habian herido su dignidad, y esto era imposible que lo olvidara un alma grande como la suya.

La desesperacion es la locura, y el exceso del dolor produce las más veces la desesperacion.

David estuvo desesperado, y en su extravío quiso de-

fenderse, quiso vengarse, no por hacer mal, sino para no aceptar la humillacion.

¿No se comprende que así sucediera?

Claudio, al estudiar al pobre niño, habia confundido lastimosamente las naturales inclinaciones, con las consecuencias inevitables de ciertas circunstancias.

No es extraño que sucediese así: el abate, aunque tuviese mucha inteligencia y fuese muy astuto, era al fin un hombre, falible como todos.

El error podia costarle bien caro; porque, ¿cuánto no podria hacer David, despues de haber ganado la confianza de su señor y héchose dueño de los secretos de éste.

El jorobado, si no se dejaba arrebatar, si continuaba fingiendo con la habilidad que le era propia, podia ser para el abate el más terrible enemigo.

El mayor de todos los peligros es el que más desconocemos, porque no nos guardamos de él y nos sorprende cuando más tranquilos estamos.

Así precisamente debia sucederle á Florentin con su protegido y criado, mucho más cuando éste era por lo ménos tan astuto como su señor.

Pasó más de un cuarto de hora, durante el cual la mirada de David, aunque disimuladamente, no perdió uno solo de los gestos del abate.

Al fin éste se detuvo y dijo:

—Es muy tarde.

—Ya dieron las once.

—Acuéstate y descansa, porque mañana quizá tengamos mucho que hacer.

—¿Y he de dormir mientras vos velais?

—Quiero esperar el resultado de mis órdenes.

—Yo tambien, porque el asunto, por sus circunstancias, ha llegado á interesarme mucho.

—Eres uno de los más fieles servidores de la santa causa, y ya sé que no te importa la fatiga cuando se trata de cumplir el deber; pero repito que quizá te necesite muy temprano, y es preciso que recuperes las fuerzas.

David hubiera insistido en quedarse; pero no lo hizo por no infundir sospechas, y se concretó á decir:

—Buenas noches, padre y señor.

—Dios te bendiga, hijo mio,—respondió dulcemente Florentin.

El jorobado encendió otra luz, salió y se dirigió á su dormitorio, que era un aposento de reducidas dimensiones, ocupado casi todo por una mala cama que habia en el suelo, por una pequeña mesa desvencijada y sucia, y una silla en no mejor estado.

David entornó la puerta, apagó la luz, y sin desnudarse se dejó caer en su duro lecho.

No pensaba dormir, ni aun queriendo, hubiera podido conciliar el sueño.

¡Con cuánto afan y temor contó el infeliz los momentos que pasaban!

Si Isabel habia equivocado el camino, caeria en manos de sus perseguidores, porque las disposiciones tomadas por el abate eran desgraciadamente demasiado acertadas.

Nada más fácil sino que la desdichada esposa incurriese en la fatal equivocacion: no estaba acostumbrada á andar fuera de la poblacion: desconocia completamente aquellos sitios, y de noche y en medio de su trastorno habia de verse

muy apurada para seguir las indicaciones de David.

La agitacion de éste crecia por instantes.

Levantábase unas veces y acostábase otras sin encontrar sosiego.

Con el oido atento al más leve rumor, esperaba que de un momento á otro llamasen para dar la noticia del resultado de las pesquisas.

Empero á sus oidos no llegaba mas que el ruido acompasado, leve y monótono de las pisadas del abate, que no dejaba de pasear, esperando con una impaciencia imposible de describir.

Pasaron dos, tres y cuatro horas.

Nadie llamaba.

—¿Se habrá salvado?—murmuró David.

Y luego exclamó con acento de súplica desgarradora.

—¡Dios mio!...

El abate dejó de pasear, y reinó en toda la casa el más profundo silencio,

Otra hora pasó.

Resonaron algunos golpes dados á la puerta de la casa.

David se puso en pié de un brinco y como impulsado por un resorte de acero.

Su boca se abrió para exhalar un grito; pero pudo contenerse.

Oprimióse el pecho porque apenas podia respirar.

Pensó primero salir, diciendo que habia oido llamar; pero despues de un instante de reflexion, detúvose y dijo para sí.

—No me presentaré; pero escucharé.

Oyóse el ruido de una puerta que se abria.

Pocos segundos despues, el de otra.

No tardaron ambas en sonar al cerrarse.

David percibió el ruido de pasos de dos ó tres personas que atravesaban el portal, y entraban luego en el aposento de Florentin.

Los miembros del jóven temblaban convulsivamente.

Su rostro estaba inundado de frio sudor.

Hizo un esfuerzo sobrehumano.

Salió del dormitorio, y con el silencio de una sombra, adelantó por el pasillo.

En pocos momentos llegó á la habitacion del abate.

La puerta habia quedado abierta.

Detúvose, apoyándose en la pared, y escuchó.

¡Con cuánta violencia palpitaba su corazon en aquellos momentos terribles!

Nunca habia sufrido tanto el infeliz huérfano, nunca, ni en los dias de sus más espantosas desgracias.

Pero á pesar de todo, no le faltó el valor.

A sus oidos llegaron las siguientes palabras...

Perdona, lector; pero nos ocurre la idea de que para saber lo que sucedió á Isabel, en vez de escuchar como el pobre jorobado, será mejor que vayamos á buscarla, porque creemos que hemos de presenciar escenas de mucho interés, y sobre todo que te darán á conocer perfectamente qué clase de gentes eran los perseguidores.

CAPITULO X.

Una situacion horrible.

Retrocederemos para reunirnos á Isabel cuando se separó de David.

La desdichada siguió el camino que le habia indicado su protector.

Con frecuencia se detenia, miraba á su alrededor y escuchaba temerosa de que sus perseguidores le dieran alcance.

Cada ruido que se percibia, por leve que fuese, la hacia temblar.

No se agitaba el ramaje sin que ella se sintiera poseida de terror.

Estrechaba contra su pecho á su tierna hija; exhalaba profundos suspiros y lastimeros ayes, y unas veces vertian copiosas lágrimas sus negros ojos, y otras relumbraban con el fuego intenso de la fiebre.

Los sufrimientos de aquella madre infeliz no tenian igual.

Nada temia por ella; pero sentia destrozada el alma al pensar que su hija podia caer en manos del miserable Florentin.

—¡Hija mia, hija de mis entrañas!—exclamaba con frecuencia.

Y cubria de besos el rostro de la niña.

Ésta solia decir con dolorido acento:

—Tengo frio.

Isabel procuraba abrigar á la tierna criatura, envolviéndola en su ligero ropaje, y estrechándola más y más contra su palpitante seno.

Los dolores de aquella mujer solo puede comprenderlos una madre.

La atmósfera estaba fria.

Empero Isabel sentíase abrasada.

Al cabo de una hora empezaron á faltarle las fuerzas.

Sus endebles chapines estaban destrozados.

Sus piés estaban llenos de heridas y teñidos en sangre.

—¡Fuerzas, fuerzas, Dios mio!—exclamó la pobre madre.

Su acento, más que de súplica, era de desesperacion.

Su mirada no se dirigió al cielo con la ternura del que implora, sino con el fuego del que reclama, con el atrevimiento del que acusa.

¿Era posible que no se hubiera trastornado la razon de Isabel?

Estaba dotada de un espíritu grande y enérgico, de un espíritu privilegiado, y si no mas que á ella le hubiesen amenazado todos los peligros imaginables, la habriamos visto serena y resuelta á morir con la sonrisa en los lábios y el desden en la mirada.

Pero entonces no se trataba de la mujer, sino de la madre; y entre la madre y la mujer hay una distancia inmensa.

No le faltaba mucho para llegar al valle de que le habia hablado David.

¿Pero no se agotarian antes sus fuerzas?

Mucho puede la voluntad; pero la energía en el órden moral tiene tambien sus límites como la resistencia en el órden físico.

Cuando éste llega al aniquilamiento, á la nulidad, puede decirse, el espíritu es impotente tambien, porque no tiene sobre qué ejercer su influencia.

Isabel hizo ese supremo esfuerzo del náufrago que se encuentra próximo á la salvadora orilla.

Llegó donde el sendero se dividia en dos, aunque ya fuese por efecto natural del resplandor de la luna ó por aberracion de los ojos de Isabel, á ésta le pareció que en lugar de dos veredas habia tres.

—¿Cuál es, cuál es?—se preguntó con acento de mortal angustia.

Y despues de algunos momentos, añadió:

—Debe ser por aquí... ¡Protegedme, Dios mio!... No, no pido nada para mí... ¡proteged á mi hija!...

¡Pobre madre!

Aprovechando las últimas fuerzas que le daba la fiebre, y como y el torrente que se desborda, lanzóse por el sendero que ella creia de salvacion.

¿Se habia equivocado?

Pronto lo veremos.

A la derecha tenia una montaña de roca casi cortada á pico, y á la izquierda empezaba á marcarse la profundidad

de un abismo donde las inmediatas cumbres proyectaban grandes sombras.

A medida que avanzaba, estrechábase más y más el sendero.

Bien pronto éste no tenia más anchura que la absolutamente precisa para que la desdichada pusiese los piés.

Al cabo de algunos minutos oyó un ruido sordo, igual, prolongado y espantable como el mugido del huracan desolador.

Isabel se detuvo.

Sus miembros temblaron convulsivamente.

Empezó á sentir el frio desconsolador de la fiebre.

—Sea lo que quiera,—murmuró,—no es ruido de pasos... ¿Por qué me detengo?... ¿He de retreceder ante fantasmas, cuando debo huir de la realidad?

Y con toda la energía de su exaltacion calenturienta, añadió:

—¡Adelante, adelante!

Y adelantó con más rapidez que antes.

No tardó en saber de qué procedia el ruido: era un torrente que se precipitaba de peña en peña, levantando blancas espumas y esparciendo una lluvia de cristalinas perlas.

La claridad de la luna reflejaba en los líquidos borbotones.

Las aguas comprimidas se escapaban por una de las quebraduras de la roca, yendo á perderse en el abismo, á cuyo fondo no alcanzaba la vista.

Entonces se convenció Isabel de que habia equivocado el camino.

El torrente le cortaba el paso.

Examinar el terreno y decidirse á retroceder, todo fué obra de un instante.

Tenia que volverse con cuidado, por que, segun hemos dicho, apenas habia terreno donde afirmar los piés.

Con el brazo derecho sostuvo á su hija y extendió el izquierdo, asiéndose á la roca.

Empero en aquel momento empezó á desmoronarse el poco terreno que bajo sus piés estaba.

Sintióse la infeliz resbalar.

Exhaló un grito destemplado, un grito desgarrador.

Oprimió entre sus crispados dedos el trozo de roca donde habia colocado la mano.

En aquel instante sus fuerzas eran muy superiores á las de Sanson.

Pero por lo mismo debian concluir bien pronto.

Sus magníficos ojos, abiertos como si fueran á saltar de sus órbitas, miraron por un instante á sus piés.

Le faltó el valor para contemplar el abismo que amenazaba tragársela.

En su rostro lívido y desfigurado, se reveló un terror indescriptible.

Cada segundo rodaba una de las piedras que tenia bajo sus piés, y constantemente, aunque en poca cantidad, iba cayendo tierra á la negra sima.

Como si bajo sus plantas hubiese tenido un reloj de arena, por los granos de tierra que se desprendian, hubiera podido Isabel contar los momentos de su existencia.

La muerte es más ó ménos horrible, más ó ménos espantosa, segun las circunstancias.

En la situacion de Isabel, con el abismo á un lado y al

otro una inaccesible muralla de roca, el hombre de más valor y de más sangre fria hubiera temblado.

La infeliz no podia moverse para huir del peligro.

¿Cómo habia de huir cuando ni sostenerse podia?

Parecióle que la roca á que estaba asida empezaba tambien á moverse.

¿Qué seria de la desdichada madre si le faltaba aquel apoyo que hasta entonces habia sido su sosten único?

Era enteramente igual que falsease ó no la roca.

Isabel podria sostenerse algunos minutos, y aun cuando consiguiera prolongar una hora ó dos aquella situacion horrible ¿qué adelantaria?

El hombre que habia de guiarla, esperaria en el valle, no acudiria á socorrerla, porque para nada tenia que ir allí.

La niña, poseida tambien de espanto, abrazábase fuertemente al cuello de su madre, lo cual era para ésta otro inconveniente para que pudiera sostenerse largo rato.

¡Espantosa situacion!

La muerte hubiera sido mil veces preferible.

Isabel, con la garganta oprimida por los brazos de su hija, apenas podia respirar.

Sentíase ahogada, y esto disminuia considerablemente sus fuerzas.

Si hubiera tenido libre el brazo derecho, tal vez habria podido acabar de volverse y retroceder.

Empero con su hija en brazos, le era imposible hacer el menor movimiento.

Con voz penosa y entrecortada, dirigió la infeliz conmovedoras súplicas al Omnipotente.

Y en aquellos momentos, para los cuales no encontramos

calificacion, por entre las quebraduras de la roca viéronse asomar algunas cabezas.

¿Eran los perseguidores de la fugitiva?

Ella no se apercibió inmediatamente de semejante circunstancia.

Pero pasados algunos segundos oyó el ruido de varias voces.

Tembló Isabel mucho más de lo que habia temblado.

Los que gritaban podian lo mismo ser amigos que enemigos.

Quiso mirarlos; pero no pudo levantar la cabeza.

Ellos sí la veian perfectamente.

No debian ser amigos, puesto que en la cabeza de alguno de ellos relumbraba el acerado casco.

Hubo, por parte de Isabel, algunos momentos de horrible duda.

Escuchó y pudo entender que los otros decian:

—Esperad, buena mujer... sosteneos algunos minutos que necesitamos para llegar donde estais.

—¡En nombre de Dios!—gritó la infeliz con suplicante acento.—¡Por lo que más ameis!...

—Aguardad...

—Salvad á mi hija aunque yo perezca.

—Os salvaremos á las dos.

—¡Ah!...

—No perdais los alientos...

—¡Dios mio!...

—Algunos minutos...

—¡No puedo más!...

—Esperad, esperad...

—Pronto...

—Allá vamos.

Desaparecieron las cabezas de aquellos hombres.

No se oyó más ruido que el del torrente.

Las fuerzas de Isabel se agotaban.

Probablemente no llegarian á tiempo los que habian prometido salvarla.

¡Salvarla cuando debian ser sus crueles perseguidores!

¡Desdichada Isabel!

CAPITULO XI.

Una escena horrible.

No tuvo que esperar mucho Isabel, pues aún no habian pasado ocho minutos cuando vió llegar varios hombres, que tenian que caminar uno tras otro; porque la extrechez del sendero no les permitia ir de dos en dos.

A favor de la claridad de la luna, podia examinarlos perfectamente.

Entre ellos iban dos soldados; pero los demás, todos vestidos de negro, tenian un aspecto que no titubearemos en calificar de lúgubre.

Uno de estos últimos iba delante.

Era de estatura muy elevada y extremadamente flaco.

En los salientes pómulos de su cara, en sus lábios delgados y contraidos y en sus ojuelos grises y relumbrantes, se adivinaba un fondo de refinada malicia y de astucia sin igual.

Lo mismo examinado en los detalles de sus facciones, que en su conjunto, era horriblemente feo, y su semblante tenia un no se qué de repulsivo que infundia terror.

El alma de aquel hombre debia ser negra, si es que alma tenia semejante sér.

Segun parecia, los demás iban á sus órdenes.

Isabel dejó escapar un grito de espanto.

Apenas vió á los que llegaban, reconoció en ellos á los agentes de la Inquisicion.

Poco faltó para que la infeliz, en su nuevo trastorno, hubiera caido al fondo del abismo.

¿No hubiera sido esto preferible á caer en manos de sus perseguidores?

La muerte de aquellas dos criaturas debia considerarse una dicha en aquella situacion.

Si Isabel hubiera estado sola, no la habríamos visto vacilar: antes que entregarse, se hubiera lanzado al fondo del abismo.

Empero no se creyó con autoridad para decidir de la suerte de su hija.

—Que lleguen,—murmuro:—se apoderarán de mí; pero no conseguirán separarme de este pedazo de mis entrañas como antes no me quiten la vida.

El esbirro que iba delante se acercó cuanto pudo á Isabel, y extendiendo los brazos, dijo:

—Dadme á ese niño, porque si no, será imposible que os movais.

—¡Mi hija!—exclamó Isabel con febril exaltacion.

—Sí, vuestra hija... ¿Quién ha de ser?

—¡Jamás!

El esbirro se encogió de hombros, y replicó:

—Sin duda habeis perdido el juicio.

—¿Qué quereis de mí?

—Primeramente sacaros de donde estais y donde no podreis permanecer muchos minutos.

—¿Y despues?

—¿No lo adivinais?

—Sí, quereis llevarme presa.

—Nos es forzoso cumplir las órdenes que tenemos.

—¡Miserables!...

—Mirad cómo se desmorona el terreno sobre que estais... Dentro de algunos momentos vos tambien caereis.

Efectivamente, Isabel sintió que se reducia el espacio donde afirmaba los piés, y que muy pronto le seria imposible sostenerse.

Pero dejar á su hija en manos de aquellos hombres, que la entregarian al abate, separarse de ella para siempre...

Esto era demasiado horrible.

La desdichada volvió á dudar entre morir ó entregarse.

La niña, poseida de terror, se asia cada vez con más fuerza al cuello de su madre.

—Repito, buena mujer,—dijo el esbirro despues de algunos instantes,—repito que habeis perdido la razon. ¿Cómo quereis moveros mientras tengais en vuestros brazos á esa criatura?

—Antes que abandonarla á la crueldad de mis enemigos, prefiero morir y que ella muera tambien, porque la muerte no es tan horrible como el porvenir que le aguarda á mi pobre hija.

—¿Qué sabeis vos de lo porvenir?

—¡Jamás, jamás!...

—Dadme á esa criatura, y luego...

—¿Me la devolvereis?

—Os la devolveré cuando no os amenace ningun peligro.

—¡Ah!...

—Dádmela, pues.

—¿Jurais cumplir vuestra promesa?—preguntó Isabel, fijando en el esbirro una mirada ardiente y profunda.

—Lo juro.

—Haced la señal de la cruz.

—Puesto que lo quereis, os complaceré.

Y el miserable extendió la mano derecha, hizo la señal de la cruz, y añadió:

—Cuando ya no esteis en peligro, se os devolverá á vuestra hija; os lo juro por Dios...

—¿Teneis hijos?

—Uno.

—Juradlo por su vida.

—Por la vida de mi hijo tambien.

—Si no cumplís la promesa que acabais de hacer delante de Dios...

—Que caigan sobre mí y sobre mi hijo todos los males, y que se condene mi alma.

La pobre madre se tranquilizó.

—Tomad,—dijo, inclinándose cuanto le fué posible hácia su perseguidor.

Éste extendió sus larguísimos brazos, y cogió á la niña, que se resistia á separarse de su madre.

Luego que la hubo tomado, la entregó á otro de los esbirros, y volvió á extender los brazos.

Isabel pudo entonces volverse y asirse de las manos que se le alargaban.

Con este auxilio se encontró pronto en terreno firme.

—Mi hija, dádmela ya...

—Ahora no puede ser, salgamos de aquí.

Y anduvieron hasta dejar la vereda.

—¡Mi hija!—volvió á decir entonces Isabel.

—Siento deciros que me es imposible devolvérosla en este momento,—replicó el esbirro.

La desdichada madre sintió afluir á su cabeza su sangre toda, y exhaló un grito.

—Tranquilizaos, buena mujer...

—¡Oh!... Habeis jurado...

—Sí, he jurado devolveros á vuestra hija cuando no os amenace ningun peligro; pero este caso no ha llegado todavía, porque precisamente ahora correis más peligro que nunca, puesto que estais muy cerca de la horca y de la hoguera.

El abuso que cometia el esbirro, excusándose con el doble sentido de sus palabras, no podia ser más horrible.

Para esto no encontramos calificacion.

Era imposible que Isabel, al escuchar el juramento, hubiera pensado que se tratara de otros peligros que del que entonces corria.

Lo que sintió la infeliz es imposible explicarlo.

Relumbraron sus negros ojos como dos centellas.

Sus manos crispadas se levantaron.

Hizo un movimiento para lanzarse sobre el que tenia en brazos á su hija, que no cesaba de llorar y exhalar ayes lastimeros llamando á su madre.

Pero las duras manos de los esbirros sujetaron á Isabel.

—¡Oh!—exclamó la infeliz con el acento de una loca y clavando su terrible y ardiente mirada en el miserable que la habia engañado.

—¡Maldito seais!... ¡Oh!... ¡Maldito seais, y que vuestro propio hijo sea el instrumento del castigo de la justicia divina!

El esbirro no pronunció una palabra ni tuvo valor para mirar frente á frente á Isabel.

Esta se oprimió el pecho, extremecióse violentamente y cayó sin sentido.

Cuando recobró el conocimiento se encontró entre densas tinieblas y sobre un suelo húmedo y frio lo mismo que la atmósfera pesada y nauseabunda que la rodeaba.

—¿Dónde estoy?—murmuró con voz débil.

Incorporóse y extendió los brazos.

Pero no encontró más que el vacío.

El frio desconsolador de la fiebre agitaba sus miembros y alguna vez hacia chocar unos con otros sus dientes.

Hizo un esfuerzo y se puso en pié.

Con pasos vacilantes anduvo de un lado para otro.

Al cabo de algunos segundos sus manos encontraron una pared, más bien que húmeda, mojada.

No necesitaba más pruebas para convencerse de que durante su desmayo habia sido encerrada en los subterráneos de la Inquisicion.

Le era imposible sostenerse, y volvió á dejarse caer, exhalando gemidos y pronunciando el nombre de su hija.

El ruido de su voz se apagaba apenas se habia producido.

Al cabo de algunos minutos le faltaron las fuerzas para gritar.

Algunos gemidos leves se escaparon de su pecho.

Lo que habia sufrido era demasiado para las fuerzas humanas.

A no ser madre, no hubiera podido resistir tanto.

Una hora despues, en aquel lóbrego recinto no se oia más que la respiracion desigual y fatigosa de la desdichada madre.

Antes hemos dicho que la muerte era para aquellas dos criaturas una felicidad en la situacion en que se encontraban.

La dejaremos para volver á la vivienda del abate, y presenciar la escena que allí tuvo lugar.

CAPITULO XII.

Sufrimientos.

Dejamos á David con el rostro empapado en frio sudor, profundamente agitado y apoyándose en la pared cerca de la puerta del aposento de Florentin.

No podia el pobre jorobado ver al abate ni á los que acababan de llegar; pero le bastaba oir para que cesara su incertidumbre, y no necesitaba más que escuchar el acento para comprender lo que al hablar sentian aquellos miserables.

Algunos segundos pasaron de silencio absoluto.

—Se miran,—dijo para sí el jorobado,—y con la mirada se entienden... ¡Oh!... Tal vez se gozan en su triunfo.

No se equivocaba.

Claudio, sin hacer una sola pregunta, y sin escuchar explicacion ninguna, dejó escapar una exclamacion de júbilo satánico.

Todo lo comprendió David.

Su trastorno es indescriptible.

El infeliz puso una mano en la pared como si quisiera asirse para no caer al suelo, y apoyó tambien la frente, que se le abrasaba como si encerrase una hoguera.

Luego llevó á su pecho la otra mano, colocándola sobre el corazon, como si quisiera contener las violentas palpitaciones de este.

Aunque ya estaba seguro de que Isabel habia caido en manos de sus perseguidores, permaneció inmóvil en aquel sitio y escuchando con una angustia mortal.

Como si el abate hubiera querido disimular su contento, despues de la exclamacion de que hemos hablado, exhaló un suspiro y murmuró con acento que parecia ser de profunda tristeza:

—¡Loado sea Dios!... Me duelen los sufrimientos de esa desdichada; pero es forzoso castigar la heregía.

Y despues de un momento, añadió:

—Vuestro rostro me dice que habeis sido afortunados en vuestra noble empresa.

—Sí,—respondió una voz que parecia ser la misma del miserable que habia engañado á Isabel,—hemos sido afortunados; pero hemos tenido que vencer grandísimas dificultades, y ha faltado muy poco para que vuestras órdenes no puedan cumplirse sino á medias.

—No os entiendo.

—Nos hemos encontrado en el mayor de los apuros, en la situacion más grave y más extraña que puede imaginarse, y á no proceder con mucha astucia, de nada nos hubiera servido la fuerza.

—¿Acaso,—replicó Florentin,—estaba con ella ese miserable sacrílego que atentó contra mi vida?

—Nadie la acompañaba, nadie más que su hija.

—¿Entonces?...

—Habia tomado un sendero donde apenas habia sitio para colocar los piés, y llegó donde no pudo ni seguir adelante ni retroceder. A un lado tenia las rocas, al otro un precipicio....

—¡Oh!...

—Empezó á desmoronarse el terreno, y se asió á las peñas con una mano, mientras que con la otra sostenia á su hija, quedando inmóvil.

El jorobado tembló convulsivamente, y sintió que sus cabellos se le erizaban.

Para contener un grito, tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos.

Comprendió que Isabel habia equivocado el camino, que era el único peligro que él temia.

—¿Y cómo,—preguntó el abate,—se os ocurrió tomar por aquel sendero, cuando no era probable que ella hubiera pensado huir por donde no habia salida?

—No tomamos por allí, señor.

—No comprendo entonces cómo la encontrásteis.

—Ibamos por otra vereda en el corazon de la montaña; pero como anduvimos mucho sin descubrir á nadie en todo lo que alcanzaba nuestra vista, examinamos el terreno á uno y otro lado por si la fugitiva se habia ocultado entre las quebraduras de la roca, con el fin de dejarnos pasar sin que la descubriésemos.

—Perfectamente.

—Entonces fué cuando tuvimos la fortuna de verla; le gri-

tamos para que se sostuviese mientras llegábamos en su socorro, y ella, que no nos reconoció, hizo cuanto pudo para darnos tiempo.

—Proseguid.

—Hasta entonces todo iba bien; pero cuando nos encontramos donde ella estaba, principiaron los apuros.

—¿No podíais sacarla de allí?

—Sí; pero era menester que antes nos dejase tomar á su hija, y á esto se negó tan resueltamente...

—¿Preferia morir?

—Lo preferia.

—¡El suicidio!

—Parecia que estaba loca.

—Sí, el espíritu de Satanás la trastornaba, no debe dudarse.

—Seguro estoy de que hubiera puesto en ejecucion su loco intento; pues no tenia mas que soltarse de la peña á que se sujetaba, y no hubiéramos podido evitar que rodase con su hija al abismo.

—Del dicho al hecho...

—No hay gran trecho, señor, no hay ninguna distancia cuando se ha perdido la cabeza.

—Es verdad,—repuso tristemente el abate...—Será preciso exorcizar los malos espíritus que se han posesionado del alma de esa infeliz; porque mientras no la dejen, no volverá á la razon.

—Yo tambien creo que está poseida de Satanás, y esto es lo único que me tranquiliza.

—¡Que os tranquiliza!—replicó Florentin con extrañeza.

—Sí, por que...

—Explicaos, pues no adivino lo que quereis decir.

—No es nada, señor, no es nada,—replicó el esbirro, cuya voz pareció alterarse ligeramente.

—Decid.

—A veces... tiene uno el ánimo... ya sabeis que no soy cobarde, y sobre todo, que cuando cumplo mi deber, creo que hago méritos á los ojos de Dios.

—No os equivocais.

—Pero esta noche...

—Acabad de explicaros.

—Para conseguir que la delincuente me entregase á su hija, tuve que prometerle devolvérsela; me exigió un juramento y renové mi promesa; pero teniendo cuidado de decirle que le seria devuelta su hija cuando ella no corriese ningun peligro.

—Entiendo.

David entendió tambien lo que esto significaba; lo entendió, porque conocia demasiado los medios de que aquella gente se valia en ciertas ocasiones.

La indignacion produjo en el jorobado tanto trastorno como el dolor.

¡Cuán difícil le fué contenerse!

¡Qué esfuerzos tan inauditos tuvo que hacer para permanecer inmóvil!

Pero ¿qué hubiera adelantado con presentarse y arrojar al rostro de aquellos miserables toda la horrible fealdad de su inícuo proceder?

Se hubiera perdido inútilmente.

Se hubiera inutilizado para favorecer á la que amaba como á su madre.

David se oprimió más y más el pecho, clavando en él las uñas hasta hacer saltar la sangre.

Las palabras del esbirro le desgarraban el alma.

Sin embargo, debia continuar allí; era conveniente que siguiera escuchando.

Además, su noble corazon anhelaba participar de los sufrimientos de Isabel.

David hubiera creido cometer una ingratitud separándose de allí para evitarse nuevos dolores.

—Cumpliré mi deber,—murmuró.

Y apretó su abrasada frente contra el muro, cuya frialdad le consolaba.

—La delincuente,—repuso el esbirro,—me exigió que hiciese para jurar la santa señal de la cruz, y que mi juramento lo pronunciase en nombre de Dios y por la vida de mi hijo.

—¿Y vos?

—Juré.

—Bien, bien.

—Luego,—repuso el miserable alguacil,—la dije que el peligro no habia cesado para ella, puesto que estaba de la horca y de la hoguera mucho más cerca que antes, y por consiguiente, no habia llegado el caso de cumplir la promesa de devolverle su hija.

—¿Y ella?

—¡Oh!—exclamó el esbirro con voz más alterada que antes,—me maldijo con un acento que hacia temblar...

—¡Vos temblasteis!...

—Es que además de maldecirme...

—¿Qué hizo?

—Invocó á Dios, pidiéndole que hiciese á mi propio hijo instrumento de su justicia para castigarme...

—Tranquilizaos, que la maldicion de un réprobo equivale á la bendicion del Omnipotente.

—Pero mi juramento...

—No habeis sido perjuro.

—Perdonadme, señor abate; pero tengo una duda y os suplico...

—¿Qué quereis?

—¿Qué es lo que vale cuando se jura, la intencion ó la palabra?

—La palabra, que es la que expresa la intencion, porque ésta no puede verse por el que escucha.

—Hablo de la intencion del que exige el juramento.

—¡Oh!...

—Si la intencion de esa mujer...

—Ella,—interrumpió el abate,—no puede creeros obligado mas que á lo que vuestras palabras signifiquen: le dijísteis terminantemente que cuando no estuviera en peligro...

—Pero ella se referia solamente al peligro de morir entonces...

—La culpa no es vuestra: vos hablabais de todos los peligros y en todos pensábais.

—Me confundo un poco...

—Además, vos no jurásteis voluntariamente, sino á la fuerza, obligado por las circunstancias, y con el santo fin de servir la causa de la religion.

—Es verdad; pero...

—La Iglesia, en ciertos casos, está autorizada para relevar á una persona de la obligacion de cumplir un juramento.

—¿Y á mí?...

—Se os relevará, tranquilizaos.

—¡Ah!...

—Ya sabeis que desatado queda en el cielo lo que desata la iglesia en la tierra.

—Gracias, señor... Y en cuanto á lo que se refiere á mi hijo...

—¿Qué os importa? La delincuente desea que vuestro hijo sea la causa de vuestra desgracia; pero esto no pasa de ser un deseo criminal de esa mujer, y comprendereis que Dios no ha de concederle lo que pide.

—Teneis razon; yo estaba ofuscado... ¡Oh!... No sé lo que me sucedia cuando me miraba aquella mujer con los ojos relucientes como los de un tigre...

—En aquellos momentos estaba loca, y la mirada de un loco produce siempre ese mismo desagradable efecto; pero es extraño que vos, valiente y con vuestra conciencia tranquila...

—No hablemos más de esto, señor abate... Os aseguro que he vuelto á ser el mismo que siempre he sido.

—Proseguid vuestro relato.

—Queda muy poco que decir.

—Sepamos.

—Despues de maldecirme,—dijo el esbirro,—la delincuente se desmayó.

—Os mandé tratarla con todo miramiento, porque se puede castigar á los criminales sin dejar de ser caritativos.

—Se han cumplido fielmente vuestras órdenes.

—Bien.

—Con todo cuidado ha sido conducida á su prision, si bien

allí la hemos dejado como hacemos con todos, porque así nos lo mandásteis.

—¿Y la niña?

—La guardo hasta que dispongais lo que ha de hacerse.

—Lo dispondré muy pronto, apenas sea de dia; entre tanto cuidad de ella, porque la pobrecita no tiene al fin la culpa de los extravíos de sus padres.

—No tengo más que deciros.

—Idos, pues, y descansad, que bien lo necesitais.

—¿A qué hora he de venir?

—Yo mismo iré á buscaros, y mientras, no solamente no dejeis entrar á nadie en vuestra casa, absolutamente á nadie, sino que tampoco deis contestacion á los que llamen á vuestra puerta.

—¿Y si alguien se presentara en vuestro nombre?

—Se conoce que aún estais algo trastornado, porque de otro modo, no me haríais semejante pregunta.

—Perdonad...

—¿Qué quiere decir nadie?

—Comprendo.

No hablaron más.

El jorobado, apoyándose en la pared, porque no podia sostenerse, alejóse y entró nuevamente en su dormitorio, dejándose caer en su duro lecho, mientras murmuraba con acento desgarrador:

—¡Madre mia!... ¡Dios mio, cuánto sufro!...

Llevó las manos á la cabeza, se oprimió las sienes, y quedó inmóvil.

Pocos momentos despues oyóse que el abate decia:

—Habeis prestado un gran servicio á la santa causa; ha-

beis contribuido á la gloria del Omnipotente... Bien, estoy satisfecho... ¡Dios os bendiga, como yo lo hago en su divino nombre!

—Gracias, gracias,—respondió el esbirro.—¡Ah!... Jamás podré pagar tantas y tan inmerecidas bondades.

Luego sonaron las puertas al abrir y cerrarse, y la casa quedó silenciosa.

CAPITULO XIII.

David sigue perdiendo la esperanza.

A las seis de la siguiente mañana el abate estaba ya vestido y daba algunos golpes á la puerta del dormitorio de David, diciendo:

—Vamos, hijo, ya es tarde... Bien se conoce que anoche corriste mucho; pero es preciso sacudir la pereza.

El pobre jorobado, que contra su costumbre permanecia á semejante hora en el lecho, respondió con un gemido y algunas palabras, que no pudieron entenderse.

Algunos minutos despues salia con vacilantes pasos y se presentaba á Florentin.

Éste lo miró atentamente y le preguntó:

—¿Estás enfermo?

—No, señor,—respondió David, cuyo rostro, lívido y desencajado, revelaba sus horribles sufrimientos durante la pasada noche.

Esta contestacion fué una torpeza, que no hubiera cometido á no encontrarse aturdido aún, porque su aspecto debia ser sospechoso, á ménos que lo justificase la falta de salud.

A pesar de la ciega confianza que Claudio tenia en su protegido, fijó en éste una mirada escudriñadora y repuso:

—Algo te sucede.

—¡A mí!...

—Lo atestigua tu semblante, y en vano lo negarás.

—No estoy completamente bien; pero tampoco puedo decir que estoy malo.

—¿Qué sientes?

La frente de David se contrajo más de lo que estaba, y despues de algunos momentos, respondió:

—Confesaré mi pecado, porque á vos no debo ocultaros nada.

—Sepamos.

—Lo que tengo no es otra cosa que el efecto natural de la ira. Muchas veces me habeis aconsejado para que no me deje dominar por esta pasion; pero hay momentos en que toda mi voluntad es poca para tener calma.

—Sí, te he aconsejado y te aconsejo, porque ya sabes que la ira es un gran pecado y además uno de nuestros mayores enemigos, porque el hombre que pierde la calma comete torpeza tras torpeza y para nada sirve.

—Bien lo sé.

—¿Y cuál ha sido el motivo de tu enojo?

—Señor, hay momentos en que á uno le producen cierto efecto cosas que en otra ocasion se mirarian con indiferencia.

—No adivino...

—Por lo que me habíais dicho del alquimista y su mujer, me interesó grandemente este asunto.

—Ya lo he visto.

—Cuando supe anoche que ella habia logrado fugarse, tomé á empeño encontrarla.

—Poco te faltó para conseguirlo.

—Al estar sobre la huella, me consentí á realizar mi deseo, y no hay cosa peor que consentirse, porque el desengaño atormenta mucho. Ya sabeis lo que me sucedió; pero ignorais que me sentí desesperado, hasta el punto de que he pasado una noche de agitacion horrible, siendo mayor ésta, porque me mandásteis acostar en vez de darme gente para que me ayudara á buscar á la fugitiva.

—Pues tranquilízate,—repuso Florentin, que no cesaba de mirar al jorobado.—Tranquilízate...

—¿La han encontrado?

—Sí.

—¡Ah!...

—Ya está en lugar seguro.

Los ojos de David se animaron y relumbraron como dos centellas; pero, como puede suponerse, no era esto porque se alegrase, como fingia.

Lo que pasaba en su alma era imposible que lo adivinase Florentin.

Éste y aquel guardaron silencio.

Ambos pensaban en lo mismo; pero era bien distinto el objeto que se proponian.

Por de pronto era imposible salvar á Isabel: esto no podria conseguirse sino esperando á que se presentaran algunas circunstancias favorables, y aun así era muy dudoso

conseguirlo; pero ya que nada pudiera hacerse entonces en favor de la madre, David estaba resuelto á librar á la hija de la horrible suerte que la esperaba.

Para esto creia contar con medios seguros.

En todos los asuntos reservados y de importancia, daba Claudio la parte más principal á su protegido, y así creia éste que debia suceder en lo referente á la hija de Jacobo.

Cualquiera que fuesen los planes relativos al porvenir de la pobre niña, creia el jorobado que á él se le encargaria ponerlos en ejecucion, si bien le inquietaban las últimas palabras pronunciadas por el abate la noche anterior.

De cualquier modo, la cuestion era menester abordarla con muchísima habilidad.

Nunca habia sido tan necesario el disimulo, y sin embargo nunca se habia encontrado David con ménos fuerzas para disimular.

—Preciso es,—dijo para sí el desdichado.

Y despues de reflexionar algunos segundos, añadió en voz alta:

—Anoche me dijísteis que era preciso madrugar, porque tendríamos mucho que hacer, lo cual no me sorprendió, porque suponia que la delincuente no lograria escaparse.

—Pues yo temia que no la encontraran, y por eso creí que hoy nos ocuparia este asunto desde muy temprano; pero ya está encerrada.

—No me refiero á la madre, sino á la hija, porque supongo que no tendrá parientes que se encarguen de ella, y como además es preciso evitar que se pierda el alma de esa niña...

—Tienes razon; pero segun entiendo hay una familia cristiana que desea educar á esa criatura, y hoy mismo se la lle-

vará, si es que á estas horas ya no lo ha hecho, porque anoche mismo les envié un recado con los mismos que prendieron á la madre.

No necesitó más David para convencerse de que el abate queria en aquel asunto valerse de otras personas.

¿Qué razones habia para que Claudio obrase así?

¿Desconfiaba de su protegido?

No desconfiaba; pero no creia que fuese la persona á propósito para secundar sus planes en aquella ocasion.

—Si os parece,—repuso el jorobado con indiferencia,—iré á ver á esa familia, y si sobre su conducta hay necesidad de tomar informes...

—No es menester, hijo mio; la conozco perfectamente.

—Entonces...

—Descansa, que bien lo necesitas.

—Creo que me haria mal acostarme otra vez.

—Pues bien, almuerza y vete á pasear, procurando distraerte para olvidar el disgusto que anoche tuviste.

—Prefiero acompañaros segun costumbre, si en ello no hay ningun inconveniente.

—¡Inconveniente!... Al contrario, hijo mio; puedo necesitarte y me alegraré tenerte á mi lado.

No era prudente seguir aquella conversacion, porque se hubiera dado lugar á sospechas que á toda costa debian evitarse.

David guardó silencio, volvió á su dormitorio para arreglar su cama, y luego se ocupó en disponer el almuerzo.

Media hora despues salia con el abate, y á los pocos minutos llegaron al edificio donde estaba establecida la Inquisicion.

Cuando penetraron allí pudo conocerse mejor que nunca toda la importancia que tenia Claudio Florentin, á pesar de su aparente pobreza y de su exterior humilde.

A cuantas personas se dirigió le hablaron con el respeto más profundo y como si se tratase, no de un agregado al supremo consejo del Santo Oficio, sino del inquisidor general, que representaba tanto como el rey, y que mucho más poder que el mismo rey tenia.

Florentin recibia todas aquellas muestras de respeto con el aire humilde que lo caracterizaba, y para todos tenia sonrisas y palabras las más agradables.

Las primeras habitaciones que se encontraban en aquel edificio no indicaban el uso á que estaba destinado; nada se veia por allí que diese idea de que se entraba en una cárcel de donde muy rara vez salian los acusados sino para ir á la horca y á la hoguera.

No se encontraban macizas puertas ni grandes cerrojos, ni habia en apariencia más guardas que un portero completamente desarmado, y algun otro esbirro que andaba por aquellas habitaciones.

En el piso principal estaban las dependencias del consejo; en el segundo habia algunas habitaciones destinadas á cierta clase de acusados, y en las cuevas se encontraban los calabozos donde gemian muchos infelices.

Estas cuevas, segun hoy mismo puede verse, llegan hasta cerca de la plaza de Santo Domingo.

Algunos de sus departamentos recibian escasa luz y ventilacion por agujeros que daban salida á los patios, y decimos agujeros, porque aquellas estrechas aberturas no merecian el nombre de ventanas.

David recibió tambien saludos en que habia algo de respetuoso, porque todos sabian que el jorobado, no solamente poseia la más completa confianza de su protector, sino que tenia medios de hacer mucho mal.

Lo que no puede el cariño lo puede el miedo en las almas ruines y cobardes.

A no ser así, el pobre jorobado hubiera tenido que sufrir tambien de los esbirros de la Inquisicion las sangrientas burlas que habia sufrido de los vecinos de la casa donde se habia criado.

El abate, siempre seguido de David, atravesó algunas habitaciones y se encontró en una donde habia dos ó tres hombres de aspecto verdaderamente horrible.

Todos ellos estaban vestidos de negro de piés á cabeza, y no habia ninguno que fuese de escasa estatura ni dejase de tener formas atléticas.

Cada uno de aquellos hombres tenia un manojo de llaves pendiente de su cintura.

Pusiéronse en pié sin pronunciar una palabra y pareció que esperaban recibir órdenes.

El abate se dirigió á uno de ellos y le dijo con dulzura:

—Supongo que eres tú.

No necesitó el otro más explicaciones, porque respondió:

—Yo soy.

—Pues vamos, hijo.

El calabocero abrió una puerta, dejando el paso libre á Florentin y al jorobado, y entrando él luego y volviendo á cerrar.

Siguieron un pasillo, bajaron unos cuantos escalones y hubo necesidad de abrir otra puerta.

Entonces no entráron más que Claudio y su protegido: el otro cerró, quedando fuera.

Los dos primeros se encontraron en una habitacion bastante reducida y que no recibia más luz que la poca que entraba por una ventanilla abierta junto al techo.

Allí habia otro hombre, que tambien tenia en su cintura un manojo de llaves y que estaba sentado en una banqueta.

Al ver á Florentin, púsose en pié como habian hecho los otros; pero entonces no se cruzó una sola frase.

El hombre que estaba allí encerrado para guardar á otros, encendió una lámpara, abrió una puertecilla que estaba asegurada con dos cerrojos y dos cerraduras, y los tres entraron en un lóbrego pasadizo, á cuyo final habia otra puerta no ménos fuerte.

Esta no fué abierta como la anterior, sino que el carcelero dió en ella algunos golpes.

Abrióse entonces una ventanilla que tenia dos barrotes de hierro y se pudo ver la nariz de una persona, que desde el otro lado dijo:

—Voy en seguida.

Y sonó el ruido de la llave al girar en la cerradura y rechinaron al correrse algunos cerrojos.

En otro aposento, tambien escasamente iluminado, habia seis hombres, armados con espadas, puñales y pistolas, y vestidos de negro como los demás.

Todos ellos se inclinaron respetuosamente ante el abate, que les pagó con una dulce sonrisa, y el que habia abierto alargó la mano á David, estrechándola como la de un amigo.

—Buenos dias,—le dijo el jorobado.

Y siguió á Florentin.

Entramos en todos estos detalles, porque los misterios de la Inquisicion han de ser uno de los objetos principales de este libro, puesto que sin darlos á conocer no podríamos hacer una pintura exacta de aquella época tenebrosa, cuyo solo recuerdo espanta.

Sin más que lo que llevamos dicho, se comprenderá que el infeliz que era encerrado en los calabozos de la Inquisicion, debia perder la esperanza de salir de ellos, por mucha que fuese su astucia, por agudo que fuese su ingénio, por temerario que fuese su valor.

El sistema que allí se observaba para guardar á los reos, hacia imposible toda tentativa de fuga por ninguno de los medios imaginables.

La fuerza de nada servia, y el ingénio y el oro eran tambien inútiles, puesto que los mismos guardianes puede decirse que estaban presos tambien.

Para relevar á los sombríos vigilantes, se observaban tales precauciones, que no parecia sino que se trataba de devolver la libertad al reo de más consideracion.

El que llevaba las llaves, abrió otra puerta, y alumbrando con la lámpara empezó á bajar una escalera estrecha y húmeda.

Florentin y el jorobado lo siguieron silenciosamente.

Bien pronto se encontraron en un sótano donde apenas podia respirarse.

El llavero abrió otra puerta, siguieron andando bajo una bóveda ennegrecida y húmeda, dejando atrás las entradas de algunos calabozos, en cuyo interior de algunos de los cuales resonaban angustiosos lamentos.

Nunca le habia sucedido á David lo que entonces le su-

cedió: aquellos gemidos llegaron hasta lo más profundo de su alma.

Extremecióse David, experimentando alternativamente sentimientos de ira y de dolor.

El semblante de Claudio no se alteró en lo más leve.

Con una indiferencia horrible pasó junto á aquellas puertas como si á sus oidos no llegasen los mortales lamentos.

Cinco minutos despues se detuvieron, y el guardian se dispuso á abrir la puerta de un calabozo.

—¡Ah!—exclamó entonces Florentin, dándose una palmada en la frente.

Y volviéndose al jorobado, le dijo:

—Podias haberte quedado fuera y estarias mejor; pero ya que has venido, espérame aquí con la luz.

—¿Y yo?—preguntó el calabocero.

—Idos con los otros y volved luego para cerrar.

David se sentó en el suelo, cruzando los brazos y quedando inmóvil como quien está dispuesto á esperar sin impacientarse; pero sus negros ojos fijaron una mirada de avidéz en la puerta del calabozo, cuyos cerrojos y llaves empezaron á rechinar.

Allí estaba Isabel, allí estaba la infeliz á quien el huérfano amaba con filial cariño.

Entró el abate.

Cerróse la puerta y se fué el carcelero.

Entonces David se levantó, acercóse á la puertecilla, pegando á ella el rostro y escuchando, mientras decia para sí:

—Ahora saldré de dudas; ahora veré si me equivoco en mis sospechas.

CAPITULO XIV.

Cómo se encontraba Isabel.

Dejamos á Isabel tendida sobre el húmedo pavimento y presa de la más espantosa agitacion.

La fiebre la devoraba, y si Dios no se apiadaba de la infeliz, su existencia debia terminar brevemente.

No puede decirse si quedó aletargada ó dormida; lo cierto es que permaneció inmóvil, que al cabo de una hora cesaron sus gemidos, y que no se oyó más ruido que el de su respiracion penosa y desigual.

Probablemente si en aquellos momentos la hubiesen interrogado sobre su estado físico y su situacion, no le habria sido posible, ni explicar lo que sentia, ni decir dónde se encontraba.

Los recuerdos de cuanto le habia sucedido desde que se encontró junto al torrente, eran vagos, tan vagos como los que quedan de un ensueño.

Cuando nos parece imposible una cosa, no acabamos de convencernos de que ha sucedido, por más que toquemos las pruebas.

Esto le sucedia á Isabel: no creia posible que la separasen de su hija, y aunque no la sentia entre sus brazos, se resistia á creer que su desgracia fuese una realidad.

La pobre madre se encontraba en ese estado de aturdidimiento en que nada se ve claro.

Cuando recobrase por completo el uso de su razon, sufriria mucho más de lo que habia sufrido.

Sus ideas eran confusas, lo mismo que sus recuerdos en aquellas primeras horas de su desgracia, y no era posible que ésta la apreciase en su verdadero valor; pero despues debia sufrir mucho más de lo que habia sufrido, porque comprendería perfectamente hasta qué punto era horrible el porvenir que aguardaba á su hija.

No sabremos decir si por fortuna ó por desgracia, al amanecer empezó á calmar su agitacion y á sentir más despejada su cabeza.

Abrió los ojos y miró á su alrededor.

Ya no estaba envuelta en negras tinieblas.

El calabozo en que la habian encerrado no era de los peores, puesto que tenia un agujero por donde penetraba alguna luz.

No era de los peores, y sin embargo habia momentos en que las paredes destilaban agua, y el piso estaba húmedo y blando hasta el punto de que en él quedaban señalados los piés.

El abovedado techo, de poca altura, lo mismo que los gruesos muros, estaban ennegrecidos y daban un aspecto

doblemente triste, verdaderamente lúgubre á aquel lugar.

Isabel hizo un esfuerzo, incorporóse, se pasó las manos por la frente, y luego se levantó:

Los nombres de su hija y de su esposo salieron de sus lábios.

A pesar de lo que la preocupaba su situacion, hizo en aquel momento lo que hubiera hecho cualquiera, lo que hacemos todos instintivamente al encontrarnos en un lugar que nos es extraño; es decir, miró á su alrededor, lo cual no le sirvió para otra cosa que para sentirse más y más horrorizada.

En uno de los rincones habia un monton de paja medio podrida, y no lejos de allí veíase en la pared una anilla de hierro, de la que pendia una gruesa cadena, que terminaba con una argolla grande del mismo metal.

A poca distancia, y medio ocultos en la tierra, veíanse tres ó cuatro huesos de un cuerpo humano, cuya mate blancura se destacaba del negro color del pavimento.

Isabel no pudo contener un grito.

Aquella paja debia servirle de lecho, y los huesos le anunciaban el fin que podia tener.

En los calabozos de la Inquisicion murieron muchos infelices de hambre y de sed. Hubo acusados á quienes se les olvidó por completo, y cuyos cadáveres se corrompieron y consumieron, no quedando de ellos más que la hosamenta, que muchas veces ni siquiera se cuidaban de recoger sus verdugos.

De este modo se inculcaba en aquellos tiempos la cristiana fé, de este modo se cortaba la herejía, de este modo se daba ejemplo de virtud y santidad.

Para imitar á Jesucristo se convertian *aquellos* católicos en verdugos, y esto lo hacian invocando el santo nombre del Redentor de la humanidad.

El hijo de Dios fué azotado, martirizado, vertió su preciosa sangre y expiró en la cruz como el más depravado criminal...

Ahora se nos ocurre una idea: los católicos de aquellos buenos tiempos, tan alabados por algunos, no morian por su Dios; pero en nombre de Dios azotaban, atormentaban cruelmente y hacian morir en el suplicio á centenares de honradas criaturas. Estos infelices eran verdaderos mártires que probablemente fueron á la eterna mansion de los justos; eran sedientos de justicia, que la obtendrian con creces en la eternidad; eran desvalidos, que habian sufrido y llorado mucho en la tierra y habian de ser consolados en el cielo. ¿Se propondrian los inquisidores hacer mártires para aumentar el número de almas que debian alcanzar un lugar en la eterna mansion de los inefables goces?

¿Quién sabe?

La duda que acabamos de expresar puede ser hija de la candidez, por más que parezca desgarradoramente sarcástica; pero aun admitido el sarcasmo, de éste á la horrible crueldad de los verdugos de aquel tiempo hay una distancia inmensa.

Isabel recorrió con pasos vacilantes su calabozo, examinando cuidadosamente hasta el último rincon, y encontrando los más tristes recuerdos hasta en las paredes, pues en algunos sitios de estas se veian grabadas, probablemente con las uñas, palabras con que algunos infelices poco antes de expirar habian expresado lo que sentian.

En los calabozos de la Inquisicion era frecuente encontrar estas señales del dolor y de la desesperacion.

La desdichada esposa empezó á leer aquellos letreros, de los que muchos estaban ya medio borrados.

De pronto se detuvo, exhaló un grito desgarrador, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos: acababa de ver mal trazadas las palabras siguientes:

«¡Hija de mis entrañas!... Adios, hija mia; ruega por tu madre, y que Dios te bendiga.»

—¡Otra madre!—exclamó Isabel.—¡Otra madre, que ha sufrido lo que yo sufro y que sucumbió sin que tuviesen piedad de la infeliz, que dejó este mundo sin poder dar á su hija el último abrazo, el último beso, sin poder dirigirle la postrer mirada!... ¡Ah!... Yo tambien moriré sin ver á mi hija; yo tambien, para despedirme de ella, tendré que estampar su dulce nombre en estos negros muros... y tal vez soy más desgraciada aún, porque mi pobre hija queda en poder de ese miserable... ¡Oh!...

Isabel pareció recobrar instantáneamente las fuerzas...

Su cabeza se inclinó sobre el pecho y quedó pensativa.

Pocos segundos despues, su pálido rostro habia cambiado de expresion.

—Sí,—dijo con voz segura,—necesito vivir para mi hija, necesito vivir y recobrar la libertad... ¿Por qué he de abatirme?... Tengo un protector que vale mucho, tengo un hijo... ¡David, David!... ¡Ah!... David velará por mi hija, y como cuenta con grandes medios, me sacará de aquí; sí, me sacará, aunque tenga que sacrificar su vida, porque está dotado de un alma grande y generosa, y me ama con el amor de un hijo... ¡Pobre criatura!... Yo tambien lo amo como una madre.

Isabel debia sucumbir aquel mismo dia, ó entregarse á una risueña esperanza, y hé ahí cómo los ojos de su espíritu llegaron á entrever el primer destello de la esperanza más dulce.

Desde aquel instante renació su valor, y en vez de horrorizarse al examinar su calabozo, sintióse indignada cada vez que encontraba señales de sufrimientos y abusos.

Despues de concluido el minucioso exámen, volvió los ojos al agujero por donde entraba la luz, y lo miró atentamente: era una abertura circular practicada en la bóveda y con dos barrotes de hierro en forma de cruz.

Esta abertura daba á un pequeño patio, donde nadie entraba mas que los vigilantes, que rara vez dejaban de colocarse allí.

Isabel acabó por sentarse en el monton de paja: estaba resuelta á esperar los sucesos con un valor que nadie hubiera creido en semejante situacion.

No hay que decir que las esperanzas de Isabel reconocian un fundamento casi falso, porque si bien David contaba con grandes medios, nada le seria posible hacer en favor de la madre ni de la hija.

Entregada á sus pensamientos y esforzándose para justificar su risueña esperanza, pasó Isabel más de una hora.

Al fin crugió la puerta, que se abrió.

La esposa de Jacobo exhaló un grito, levantó la cabeza, y se encontró frente á frente con el abate.

CAPITULO XV.

Florentin sigue desesperándose.

Los ojuelos del abate relumbraron como dos carbunclos, y fijaron en su víctima una mirada de avidez indescriptible, mientras decia:

—¿Os infundo miedo?

Isabel se repuso bien pronto, levantóse, y con acento del más profundo desden, replicó:

—¡Miedo!... No, no es miedo lo que me hace experimentar vuestra presencia, sino una repugnancia invencible, la repugnancia que sentimos al ver el reptil asqueroso que se arrastra á nuestros piés.

Por un instante se contrajeron los músculos del rostro de Florentin; pero luego, dilatándose nuevamente para sonreir con expresion que lo mismo podia ser de lástima que de burla, dijo:

—Si no soy ó no me considerais mas que un reptil que á

vuestros piés se arrastra, un impotente reptil, ¿por qué con vuestros piés no me aplastais?... Nada valgo, señora, ya lo sé; bien poco, casi ninguno es mi poder; sin embargo, fué menester anoche que un miserable asesino me atacase traidoramente para libraros de mí... ¡Oh!... Pero la situacion ha cambiado completamente: ahora no se aparecerá ningun protector vuestro, y me escuchareis, y aun habreis de mostraros más dispuesta á transigir. Tiempo habeis tenido para reflexionar, y además estais viendo que mis amenazas no son vanas palabras para atemorizaros; ya no dudareis que cumplo lo que digo...

—No lo dudo ni nunca lo he dudado,—interrumpió Isabel con acento firme;—pero estoy decidida á no ceder á vuestras criminales exigencias.

—Hablemos con calma,—repuso Claudio, acercándose más á su víctima,—porque lo mismo á vos que á mí nos conviene aprovechar el tiempo. Nada adelantamos, vos con decirme que me odiais, yo con repetiros que no retrocederé. Examinemos la situacion y decidamos de una vez. Por mi parte no puedo hacer más sino dejaros que pronuncieis vuestra sentencia; pero no olvideis que no es de vos precisamente de quien se trata, sino de vuestra hija, de vuestra hija inocente, que está en mi poder.

—¡Oh!—exclamó Isabel con voz reconcentrada y oprimiéndose las sienes.—Idos, miserable, idos y dejadme morir en paz. Ya sé que nadie puede favorecerme; ya sé que mi pobre hija será la más desdichada de las criaturas; pero antes que su felicidad, antes que mi existencia, antes que todo es mi deber. No, mi hija me acusaria, si á costa de la honra comprara yo su reposo: me acusaria y me despreciaria, me

echaria en cara mi debilidad, y me preguntaria por qué no he sabido morir.

—Hay cosas que no quisiera deciros,—repuso el abate con una calma horrible;—pero me obligais á ello... Escuchad.

—No, no quiero escucharos.

—¿Qué hareis?

—Bien, hablad; pero no espereis contestacion.

—No habeis tenido mas que un solo dia de sufrimientos' uno solo, y en tan pocas horas el dolor ha hecho estragos increibles en vuestra belleza. Si ahora os viese yo por primera vez, estad segura de que vuestros magníficos ojos no encenderian en mi pecho la pasion que encendieron antes, porque, preciso es reconocerlo por más que sea muy triste, el dolor puede interesar, pero no enamora; el llanto conmueve, infunde lástima, pero no convida á los goces, porque no despierta el deseo... La naturaleza humana es así, y tenemos que aceptarla como es: tanto como atrae la alegría, repele la tristeza; tanto como la belleza entusiasma, desagrada la fealdad. Un rostro lívido y desencajado, donde no se ven sino huellas de lágrimas y expresion dolorosa; unos ojos enrojecidos por el llanto; unas pupilas que han perdido su brillo, y que si algo expresan es el sufrimiento...

—¡Oh!... ¡Basta, miserable, basta!

—Os hablo como siempre os hablé, con una franqueza que no habeis sabido apreciar y... Permitidme que continúe.

—No, no...

—Dentro de algunos dias, vuestra belleza me será indiferente; pero no por eso quedareis libre de mí, porque recordaré lo que habeis hecho, tendré necesidad de vengarme, y sobre todo me convendrá que desaparezcais para siempre,

porque de otro modo me seria imposible guardar á vuestra hija.

No podia llevarse más allá el cinismo.

El valor de Isabel no menguaba; pero empezaba otra vez á sentirse aturdida.

El abate la miró, y despues de desplegar una sonrisa horrible, añadió:

—Segun he podido observar, vuestra hija se os parece, hasta el punto de ser vuestro retrato más fiel, y dentro de algunos años no habrá diferencia ninguna entre su belleza y la que me cautivó cuando os conocí; dentro de algunos años podrá mirársela y creer que no ha pasado tiempo ninguno, y que sois vos misma, más jóven aún y con todos los encantos de la candidez y la pureza... ¡Ah!... ¿No adivinais?...

La desdichada madre, horrorizada, exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Si ahora,—dijo el abate,—no veo satisfecho mi afan, gozaré al ménos con una esperanza que forzosamente ha de realizarse, porque yo educaré á vuestra hija segun me convenga, y si preciso fuese, vivirá encerrada y sin ver á nadie mas que á mí.

A pesar de esta amenaza terrible, no vaciló Isabel: el sentimiento de su honor y de sus deberes estaba en ella sobre todo.

Sin embargo, las palabras de Florentin la atormentaban espantosamente, y á toda costa queria poner término á aquella conversacion.

La infeliz hizo un nuevo esfuerzo y replicó:

—Despues de los hombres, está la justicia del Omnipotente, y aun en este mundo, pensad que mi hija tiene padre,

que ese padre no se encuentra en vuestro poder, y que algun dia se os presentará para pediros cuenta de vuestra conducta, se os presentará, y entonces... ¡Oh!... Si supiérais de todo lo que es capaz un padre cuando se le hiere en el corazon...

—No halagueis la esperanza de que vuestro esposo os vengue algun dia, porque él ignora lo que sucede, lo ignora y jamás llegará á saberlo... ¿Y quién ha de decírselo? Ha huido creyendo que la Inquisicion lo perseguia; la Inquisicion, entendedlo bien, pero no yo. Si algun dia volviera, lo cual es casi imposible sin que venga á estos calabozos; si algun dia volviera, repito, os buscaria, sabria tal vez que el Santo Oficio se habia apoderado de vuestra persona, preguntaria por su hija, y... ¿Cómo ha de decirle nadie lo que todo el mundo ignora? El buen Jacobo sufrirá, pedirá á Dios justicia, porque no puede pedirla á los hombres; pero ni siquiera pensará en mí, porque la misma razon hay para que piense en Claudio Florentin que en cualquier inquisidor.

Desgraciadamente era demasiado verdad lo que el abate decia: Jacobo no podia pensar en él, y por consiguiente el horrible abuso quedaria impune y envuelto en el misterio, como otros muchos de la misma clase.

Además, ¿qué habia de hacer Jacobo, cuando estaba perseguido y tenia que huir y ocultarse de todos?

Si pasados muchos años, y á pesar de los peligros que le amenazasen, regresaba á su patria, ni siquiera recuerdo encontraria de los dos séres á quienes amaba tanto.

Anhelaria vengarse; pero ¿sobre quién descargaria sus golpes?

—No cedeis,—añadió Florentin,—porque teneis esperanza de salvaros y de salvar á vuestra hija.

—No.

—Sí, teneis esperanza porque sabeis que hay una persona decidida á protegeros, una persona á quien tal vez no conoceis, pero que anoche os dió una prueba del interés que le inspirais.

—Ya sé que una vez aquí, nada debo esperar.

—Esa persona no se ocultará mucho tiempo: hará nuevas tentativas, y entonces... ¡Oh!... Yo os juro que ha de pagarme con creces el abuso que cometió no hace muchas horas.

Al oir esto, sintióse la esposa de Jacobo poseida de terror.

Pensó en David: estaba segura de que éste no la abandonaria, y era probable que lo perdiese su deseo de salvarla.

Pero ¿qué habia de hacer la infeliz?

No creia tener derecho á sacrificar á nadie; pero tampoco estaba obligada á sacrificar su honra y sus deberes.

Cada observacion del abate era un motivo de nuevo tormento para Isabel, y por consiguiente, ésta deseó más vivamente que nunca poner término á la conversacion.

—¿Habeis concluido?—preguntó la desdichada, despues de algunos instantes.

—Espero vuestra resolucion.

—Ya la conoceis.

—Entonces, os haré la última advertencia.

—No la necesito.

—Aún os daré un nuevo plazo hasta mañana, y si persistís en vuestras locas negativas, la acusacion con las pruebas de vuestros crímenes será presentada al consejo.

—¡Las pruebas de mis crímenes!...

—Sobran.

—No espereis á mañana,—replicó Isabel,—hacedlo ahora

mismo, porque deseo presentarme al tribunal; sí, lo deseo, porque entonces todo el mundo sabrá quién sois...

—¡Vana esperanza!

—¿Acaso pensais que no diré la verdad?

—Es que no tendreis ocasion de decirla, porque yo, nadie más que yo, os tomará las declaraciones; nadie más que yo os interrogará, y si alguna vez os concede el consejo una audiencia, lo cual es casi imposible, se hará con vos lo que con muchos se hace, no se os escuchará...

—¡Oh!... ¡Y á eso llamais justicia, y eso lo haceis en nombre de Dios!...

—Pensad que no he venido para que examinemos el proceder de los hombres, sino para saber...

—Basta,—interrumpió Isabel.

—Pensad en vuestra hija...

—¡Basta, basta!

El rostro de Claudio volvió á contraerse, y un sordo rugido se escapó de su pecho.

—Soy un necio,—murmuró con voz ronca.—Soy un necio cuando suplico, pudiendo mandar... Sí, basta... Yo tambien quiero que esto concluya inmediatamente, y concluirá; concluirá tan pronto...

—Idos, ó no respondo de lo que haré,—gritó la esposa de Jacobo con acento de terrible amenaza.

—¿Qué hareis?

—Soy una mujer; pero el valor me sobra y la desesperacion me dá fuerzas... ¡Oh! No os acerqueis, no os acerqueis, porque me sobran alientos para ahogaros entre mis manos; no os acerqueis, si quereis vivir.

Era tan terrible la expresion del rostro de Isabel, relum-

braban sus negros ojos con tanta intensidad, que Claudio tuvo miedo, tembló y retrocedió á su pesar.

Isabel adelantó hácia su verdugo con las manos crispadas y las pupilas chispeantes.

—¡Oh!...—exclamó el abate fuera de sí y mientras seguia retrocediendo hácia la puerta.—Ya no os amo, ya no os amo; pero me vengaré, os aniquilaré, y vuestra hija... ¡Ah!... vuestra hija os reemplazará... Aún soy jóven... Esperad, esperad ahora que os salve vuestro misterioso protector.

Y al pronunciar estas palabras, Claudio soltó una carcajada estridente y espantable y salió del calabozo.

Isabel, cuyas fuerzas se habian agotado, cayó de rodillas, cruzó las manos, elevó al cielo una mirada, y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡Dios mio, salvad á mi hija!... ¡Hija de mis entrañas!

Entretanto Florentin se alejaba, diciendo al jorobado:

—Vamos, vamos.

Si no hubiera estado el abate tan trastornado por la ira como estaba, hubiera podido ver que el rostro de David revelaba una agitacion verdaderamente horrible, y que el infeliz andaba con pasos vacilantes y sin poder apenas sostenerse.

Lo que sufria se comprenderá con solo decir, que habia escuchado la conversacion.

Sin duda se habian disipado sus esperanzas y conocia perfectamente los motivos que habian impulsado á Florentin á tramar aquella horrorosa intriga.

David, noble y generoso, sufrió lo que no es concebible.

Isabel era la única persona que habia amado al pobre huérfano, y la vida de ella debia concluir bien pronto.

Salieron de los subterráneos y poco despues se encontraron en la calle.

Claudio se detuvo y meditó, como si dudara sobre lo que habia de hacer en aquellos momentos.

Tambien su rostro estaba lívido y descompuesto, y en él se adivinaba fácilmente la borrasca que agitaba su espíritu.

Sin embargo, Florentin sabia dominarse, estaba demasiado acostumbrado á fingir, y á los pocos minutos habia dado á su rostro la expresion que siempre tenia.

Cuando acabó de reflexionar, volvióse al jorobado y le dijo con dulzura:

—Nada hemos de hacer hasta la tarde: tú no estás mejor y te convendrá distraerte. Paséate mientras yo voy á casa y arreglo unos papeles... Anda, hijo mio, anda, que tu salud me interesa mucho.

David, que tambien habia reflexionado y empezado á trazar su plan, no hizo entonces observacion ninguna, sino que pronunciando algunas palabras de gratitud, se alejó hácia la plaza de Santo Domingo.

El abate, segun habia dicho, se encaminó á su vivienda, y cuando en ella estuvo, dejó el sombrero, cubrió su cabeza con un gorro negro de punto, sentóse junto á la mesa, apoyó en ésta los codos y la frente en las manos, y murmuró:

—Necesito meditar.

CAPITULO XVI.

David aprovecha el tiempo.

David, apenas perdió de vista á su protector, apresuró el paso, hasta el punto de que hubiera sido muy difícil alcanzarle.

Dejó atrás la plaza de Santo Domingo, las estrechas calles que rodeaban el convento de Santa Catalina y los Caños del Peral, y siguiendo en la misma direccion, llegó bien pronto á la puerta de Guadalajara.

Una vez allí, tomó hácia San Salvador, atravesó la calle de Puerta Cerrada, que hoy se llama del Sacramento, bajó por los derrumbaderos que dan á la de Segovia, y pasando al opuesto lado como si se encaminase á San Francisco, llegó al cabo de un cuarto de hora á las sombrías, sucias y tortuosas calles del barrio, entonces extramuros, que aún conserva el nombre de Morería.

El lector habrá adivinado que David iba en busca de Simon.

Así era, puesto que el pobre huérfano llegó á la vivienda del malhechor, llamando á la habitacion que éste ocupaba.

—¿Qué viento os echa por aquí?—preguntó Simon al abrir la puerta y ver al jorobado.

Éste pasó por debajo del brazo de aquel, que aún tenia la mano en la hoja de la puerta, y despues de entrar, le dijo:

—Cierra, siéntate y escúchame.

Obedeció el asesino, sentóse y replicó:

—Aquí me tienes, temblando por si te ha dado el capricho de favorecer á otra rubia, lo cual me desagradaría, porque ¡cien legiones! le tengo á tu amo más miedo que al mismo Satanás.

—Permíteme que descanse, porque he corrido mucho y apenas puedo hablar.

—Te permitiré cuanto quieras, ¡cuernos de Lucifer! porque me tienes cogido por las orejas y tengo que hacer por tí lo que no haria por el que me llenase de oro.

—Paciencia, Simon, ten paciencia, que mi recompensa no consistirá solo en mi silencio, sino que algun dia te daré el oro que tanto ambicionas.

—¡Oro tú! —exclamó el asesino, soltando una carcajada burlona.—¡Por mi abuela! que debió ser una bruja, ¿tienes esperanza de ser rico?

David miró desdeñosamente al gigante y se encogió de hombros.

—Si no tuvieras algo que pedirme,—añadió Simon,—no vendrias á verme... ¡Vive Dios!... Te quiero mucho, porque á pesar de que eres chiquitin y tienes el estorbo de la joroba, he visto pocos hombres con tanto corazon como tú. Mira, amigo David, tienes mucho entendimiento y si piensas un

poco, te convencerás de que no te conviene seguir haciendo el triste papel de perro del abate.

—¿Vas á proponerme que sea tu compañero,—replicó David,—y que unida mi astucia á la fuerza de tus puños nos hagamos ricos?

—Precisamente.

—Tengo tanto valor como tú, no muchas ménos fuerzas y más que otros hombres, como puedo probártelo, y debes comprender que si yo quisiera ser ladron, para nada necesitaria tu ayuda.

—Bien dicen, que todo chiquitin es atrevido.

—Dejemos lo que no nos interesa y escúchame.

—Vuelvo á temblar.

—Ante todo te diré que estoy satisfecho de tí.

—Ya lo creo... Si hubieras visto cómo pataleaba el sacristan... ¡Dios de Dios!... Debe estar hecho una furia con el que se atrevió á cogerlo por el gaznate y hacerle bailar fuera de la ventana... Pero sin duda no sabes lo mejor: allí me encontré un esqueleto...

—Sí, sí, ya lo sé.

—Si entraron en la casa despues que yo me fuí, creerian que era una aparicion del otro mundo... ¡Já, Já!... Fácil era que me hubiesen echado el guante; pero te confieso que me divertí... ¿Y la rubia?... ¡Cuerpo de Satanás!... Es un gran bocado; veo que tienes buen gusto; pero no entiendo que una mujer tan bonita se enamore de tí, á ménos que no te haya visto nunca por detrás.

—Simon,—replicó David severamente,—de la mujer á quien protegiste no debe hablarse sino con el más profundo respeto: yo amo á esa desgraciada con el sentimiento puro

que inspira una madre, y ella me ama como si yo fuese su hijo.

—Perdona; pero...

—Lo que hicimos de nada sirvió.

—¿Le echaron mano al fin?

—Está en los calabozos de la Inquisicion.

—¡Mil truenos!—exclamó el gigante.

—Y ahora...

—¿Quiéres que nos metamos en el negocio de sacarla de allí?... Pues te hablaré con franqueza: una cosa es el abate cuando está solo y otra es la Inquisicion, y prefiero que cumplas tus amenazas...

—Déjame hablar.

—Es que á tus palabras les tengo más miedo que á los corchetes, porque no sé cómo te las compones que siempre acabas por convencerme, y esto es precisamente lo que quiero evitar.

—Tranquilízate, que ahora no intento sacar de su calabozo á esa infeliz.

—Entonces, dispon lo que quieras.

—Tal vez más adelante, si nos favorecen ciertas circunstancias...

—Entonces hablaremos.

—Sí.

—Ya te escucho,—dijo Simon acomodándose lo mejor que pudo en su asiento.

—No sé si conoces á Crispin...

—¡Ira de Satanás!... ¿No he de conocerlo?... Es uno de los mejores sabuesos de la Inquisicion... ¡Líbreme el diablo de sus uñas!

—¿Y sabes dónde vive?

—No solamente sé que habita en la calle del Recodo, sino que tambien puedo ponerte al corriente de toda su historia, que no deja de ser interesante.

—La conozco perfectamente.

—¿Qué quieres que haga con ese bríbon?

—Que lo espíes y nada más.

—¡Que lo espíe!...

—Sí, ahora mismo irás á situarte en el sitio que mejor te parezca y estarás en observacion.

—Lo haré, aunque no me gusta andar por aquellos sitios.

—El abate irá á casa de Crispin.

—¿Y qué más?

—No te olvides de cuantas personas entran y salen allí.

—¿No he de hacer otra cosa?

—Sí.

—Sepamos.

—Crispin tiene en su casa una niña de tres ó cuatro años.

—Las orejas apuesto á que es la hija de la rubia que guardaba el esqueleto.

—No te equivocas.

—¿Es menester apoderarse de esa niña?

—Ese es mi deseo; pero me parece que no podremos conseguirlo.

—Entonces...

—Bien sea Crispin ó cualquiera otra persona, ello es que sacarán de allí la niña, y hay que seguir á quien se la lleve.

—Entiendo.

—Si cuando esto suceda hay ocasion de apoderarse de esa

criatura, lo haremos, aunque supongo que se tomarán toda clase de precauciones para evitarlo.

Simon cruzó los brazos y meditó algunos momentos.

—Mira,—dijo luego,—te sirvo por dos razones.

—La primera es porque me tienes miedo.

—Es verdad.

—¿Y la segunda?

—Te hablaré con franqueza, aunque abuses de mí.

—Acaba.

—Sin saber por qué, te he tomado cariño.

—Es extraño.

—A pesar de tu joroba, eres un hombre de provecho, y á mí me gustan los hombres que tienen corazon.

—¿Adónde vas á parar?

—Digo esto para que sepas por qué ahora quiero servirte.

—Lo que ahora me importa son los resultados; en cuanto á las causas...

—No me hables así, porque no te entiendo.

—Concluyamos.

—¡Voto á cien mil legiones!...

—No debemos perder el tiempo...

—Segun tus explicaciones, lo que deseas es ser dueño de esa niña.

—Si fuera posible...

—Lo intentaremos.

—¡Ah!...

—Dices que á esa criatura han de sacarla de la vivienda de Crispin, y es de suponer que esto lo haga una persona sola.

—Tal creo.

—Pues bien; al que la saque, se le sigue, y cuando llegue á un sitio conveniente...

—¿Qué intentas?

—Se le pide la niña, y si no la dá, se le quita, y si se resiste, con una puñalada se termina el asunto... ¡Por las uñas de Satanás!... Esto es una cosa muy sencilla...

—¡Sangre!—murmuró David con voz sombría.

—¿Sabes que no te reconozco?

—¿Por qué?

—Hoy eres otro hombre.

—Soy el mismo.

—Ayer no hubieras sido tan escrupuloso, mucho más cuando la persona que lleve la niña no ha de ser ningun santo.

David inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó silencioso.

Largo rato pasó.

—Acepto tu plan,—dijo al fin;—pero creo que tú solo no podrás llevarlo á cabo: quien quiera que se lleve á la criatura, tratará de hacer resistencia, y antes que se dé una puñalada, se grita, se llama la atencion...

—Estoy dispuesto á servirte.

—¿Y qué?

—Todo eso puede evitarse si me dejas hacer lo que me parezca.

—Explícate.

—Seguiré al que lleve á la criatura, y cuando estemos en sitio á propósito, antes de decirle una palabra...

—¡Oh!...

—No gritará, te respondo de ello, porque sé muy bien en qué parte he de herir.

El rostro lívido del jorobado se contrajo más y más.

Dos dias antes no hubiera encontrado inconveniente para hacer lo que Simon le proponia; pero entonces se sintió horrorizado.

Sin embargo, entre la perdicion de la hija de Isabel y la muerte de uno de los cómplices del abate, no era dudosa la eleccion.

David tuvo que esforzarse para decidirse; pero decidióse al fin.

—Sea,—dijo poniéndose en pié.

—Me parece el camino más corto...

—No hablemos más.

—Negocio concluido...

—Supongo que no necesitas más advertencias.

—No, porque todo lo comprendo: quieres proteger á esa familia, y ya que por ahora nada puedes hacer por la madre...

—Deseo salvar á la hija.

—Pues yo te aseguro que serás dueño de la chiquilla cuando la saquen de casa de Crispin.

—Adios, Simon,—repuso el jorobado alargando la diestra al asesino.

—¿Cuándo nos veremos?

—A la noche.

—¿Y si antes se concluye este negocio?

—Guardarás á la niña hasta que yo la recoja.

—¡Dios de Dios!... ¿Qué he de hacer con ella?

—La tendrás aquí...

—Pero llorará, gritará...

—Procura acallarla.

—Si me das licencia para que la zurre...

—Al contrario, la tratarás con el mayor cariño, la arrullarás como una madre si fuere preciso...

—¡Truenos y rayos!...

—Desgraciado de tí si le haces el más leve mal.

—Al cabo de mis años quieres convertirme en nodriza... ¡Vive el cielo!... Afortunadamente la criaturita ya no debe mamar y no me hará cierta clase de exigencias que me pondrian en el mayor apuro.

Y al decir esto, Simon empezó á reir estrepitosamente.

—No te detengas,—le dijo David.

—Descuida, que pronto me encontraré en la calle del Recodo.

—Dios nos proteja...

—O el diablo, que es igual si conseguimos lo que queremos.

David se envolvió en su raida capa y salió, mirando á todos lados para asegurarse de que nadie lo observaba.

Lo que acababa de hacer no podia dar ningun buen resultado, tratándose de un hombre tan prevenido y astuto como el abate.

Éste no sacaria de casa de Crispin á la niña sin tomar toda clase de precauciones, porque sabia desde la noche anterior que tenia un enemigo, que era tanto más temible, cuanto que no era conocido.

David, con cuanta rapidez le fué posible, encaminóse otra vez á su vivienda.

CAPITULO XVII.

Una bruja con apariencias de beata.

Cuando David llegó á su vivienda, ó para hablar con más exactitud, á la del abate, encontró á éste, si no en la misma postura que lo dejamos, pero sentado junto á la mesa.

Nadie hubiera conocido en el semblante de Florentin lo que pasaba en su alma.

El pobre jorobado habia hecho tambien lo posible para ocultar su agitacion y aparecer tranquilo.

No podríamos decir cuál de aquellos dos hombres valia más; pero esto precisamente nos disipa toda esperanza de que se salve la hija de Isabel.

—¿Te encuentras mejor?—preguntó cariñosamente Florentin á su protegido.

—Ya estoy completamente bien,—respondió éste, sonriendo como siempre sonreia.

—Me alegro.

—Supongo que tenemos mucho que hacer y espero vuestras órdenes.

—Si no me equivoco, son las diez.

—Creo que sí.

—Pues bien,—repuso el abate levantándose, quitándose el gorro y tomando el sombrero,—preciso es que pensemos en la comida.

—Hoy es viernes...

—Sí.

—Entonces prepararé un potaje y una ensalada, y además...

—Basta, David, basta: no podemos gastar mucho.

—Ya sabeis que yo me contento con bien poco; pero por vos haria tambien unas sopas de ajo...

—Puedes dejarlas para la cena.

—Como mandeis.

—Ocúpate del potaje, mientras yo salgo á evacuar algunos asuntos.

Extremecióse David, porque temió que el abate fuese entonces á casa del esbirro y se sacase á la niña sin dar tiempo á que llegara Simon.

—Señor,—dijo el jorobado,—tendreis que esperar algunos minutos, porque no hay judias y he de ir á comprarlas.

—Pon garbanzos, es igual.

—Tampoco tenemos.

—Pero sí debe haber lentejas.

—Muy pocas si acaso...

—No importa, porque apenas tengo apetito.

—¿Y la ensalada?

—Debe haber.

—Pero el vinagre...

—Pues bien, suprime la ensalada y la comeremos á la noche.

—El pan...

—Lo comprarás cuando yo vuelva.

No encontró David más observaciones que hacer.

—¿He de acompañaros?

—Ni es preciso, ni posible, puesto que has de ocuparte de la comida.

—Entonces...

—Volveré antes de las doce,—replicó Florentin.

Y salió.

David se dejó caer en una silla y quedó inmóvil.

¿Llegaria Simon á tiempo?

Esta duda atormentó horriblemente al pobre jorobado.

Pero era preciso no dar el más leve motivo de sospecha, y á los pocos segundos se levantó y fué á la cocina para preparar el potaje, porque hay que advertir que desde mucho tiempo hacia, David era tambien el cocinero de Claudio.

Éste subió la calle de la Inquisicion, y siguiendo con sus leves y menudos pasos y su aire humilde, se encontró al cabo de diez minutos junto á la iglesia de San Ginés.

Una vez allí, entróse por la calleja que termina en el cobertizo, que aún se conserva, y al llegar á éste se detuvo á la puertecilla de una casa, miró á su alrededor, y convencido sin duda de que no lo observaba nadie, entró en un portal muy estrecho, muy húmedo, muy sucio y muy oscuro, atravesándolo, entrando por otra puerta, y encontrándose en un lóbrego patio de poca extension.

Allí volvió á detenerse, levantó la cabeza, miró á las tres

ó cuatro ventanas que se descubrian, y no viendo en ellas á nadie, entró en un pasillo y dió algunos golpes con la mano en una puerta, que apenas se distinguia entre la oscuridad de aquel sitio.

Bien pronto oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Abrid, señora Justina,—respondió el abate.

Y un segundo despues se encontraba frente á una vieja, medio corcobada, medio derrengada, coja, pequeñuela, flaca, con el rostro cetrino y los ojos colorados como tomates, despestañados y lagrimosos.

Nada más feo ni más repugnante que esta mujer.

—Dios os bendiga, hermana,—le dijo Florentin con dulce acento.

—¡Ay, señor!—exclamó ella con voz agria y chillona,—ya me teníais triste y sin sosiego, porque hace más de una semana que no me dispensábais la honra de venir á consolarme. ¿Ha estado enfermo vuestra merced?... No lo quiera Dios... ¡Jesús!... Eso seria una desgracia, que yo no podria soportar.

—Tranquilizaos, señora Justina,—replicó Florentin entrando.

Y se sentó en una de las desvencijadas banquetas que habia en el aposento, cuyas amarillentas paredes estaban casi enteramente cubiertas de estampas, con imágenes de santos pegadas, las unas con engrudo, y las otras, por sus cuatro extremos, con pedazos de miga de pan reblandecida.

La vieja, que tenia todas las trazas de una condenada bruja hipócrita, estaba mal vestida de estameña negra, y pendiente de la cintura llevaba un gran bolsillo, ó más bien

talego de cuero del mismo color, amen de unas camándulas con medallas y cruces que le llegaban casi hasta los piés.

Sentóse frente al abate, y exhalando un suspiro, dijo:

—Aquí me tiene vuestra merced dispuesta á servirlo en todo cuanto sea menester, para mayor gloria de Dios y bien del prójimo.

—Precisamente vengo para haceros un encargo de mucha importancia, y que no podria confiarse á nadie más que á vos, cuya lealtad está probada.

—Ya sabeis...

—Sí, ya sé... pero...

Claudio se interrumpió, levantó la cabeza, miró á todos lados, aspirando repetidas veces como un perro que olfatea, y añadió:

—Me alegro, hermana Justina, me alegro mucho.

—¿De qué?—preguntó la vieja, mientras sacaba un trozo de sucio pañuelo y se limpiaba dos lágrimas amarillentas que empezaban á correr por entre las arrugas de su rostro.

—¿De qué ha de ser sino de que hagais fortuna?

—¡Fortuna!—repitió la vieja, mirando sorprendida al abate.

Éste, como quien tiene la más completa seguridad de lo que dice, replicó:

—Digo que haceis fortuna, porque teneis recursos para trataros bien.

—No os entiendo...

—¿Seriais capaz de mentir por primera vez en vuestra vida?

—¡Jesús, María y José!... ¡Dios me libre, padre!

—No teneis motivos para ocultarme nada, porque ya sa-

beis que deseo vuestro bienestar, y sobre todo, no hay nada más justo sino que cada cual procure pasarlo bien, siempre que no ofenda á Dios.

—Es verdad que hace algunos dias la Providencia ha querido favorecerme.

—Veamos vuestras provisiones,—dijo Florentin, sonriendo maliciosamente:—el olorcillo es agradable y debiérais como otras veces haberme ofrecido tomar un bocado, lo cual hoy me hubiera venido muy bien, porque he pasado mala noche y aún estoy en ayunas.

—Pues nunca mejor ocasion, porque es preciso que sepa vuestra merced que hace cinco dias me encargué de arreglar la comida á un sobrino que está de paso en la corte, y hoy le preparé algunas viandas para el camino, porque ha de irse al medio dia.

Y al decir esto, la señora Justina se levantó, abrió las puertas con celosía de una alacena y sacó dos platos de Segovia, el uno con trozos de jamon recien frito, y el otro con algunas tajadas de macho guisadas con cebolla.

La racion era más que suficiente para satisfacer á un hombre de buen apetito.

Florentin no hizo observacion alguna á lo del sobrino, á pesar de que estaba seguro que todo ello era una mentira.

—Ya veis,—dijo, volviendo á sonreir,—que tengo buen olfato.

—No cometeré la torpeza de ocultar nada á vuestra merced... Esto no es todo, pues tengo tambien pasas y queso, y si vuestra merced ha pasado mala noche, le convendria tomar un sorbito de vino añejo, que tambien puedo ofrecerle por casualidad.

—Bien, hermana, bien: dadme lo que mejor os parezca, y mientras me repongo, os hablaré del grave asunto que me ha traido.

Justina colocó una pequeña mesa delante del abate, puso en ella un mantelillo, el jamon, un vaso de estaño y una jarra con vino tinto, y fué á calentar el guisado.

Cuando todo estuvo dispuesto, volvió á sentarse la vieja, y dijo:

—Aquí me tiene vuestra merced dispuesta á servirlo con tan buena voluntad como siempre.

Claudio empezó á engullir con avidez y sin acordarse, segun santamente suponemos, de que era viernes.

Cuando dió fin al jamon, bebió un vaso de vino, y disponiéndose á comer el encebollado, dijo:

—Habeis de saber, buena hermana, que hemos tenido la fortuna de coger *in fraganti* delito á una desdichada que se habia entregado á Satanás, y era una de las brujas más temibles que se han conocido.

—¡Jesús!—murmuró la vieja santiguándose.

—La tal bruja, probablemente para sacrificarla y aprovechar la sangre, habia robado á una pobre criatura, que no tendrá más de cuatro años.

—¡Qué horror!

—Dios ha querido que lleguemos á tiempo para salvarla; pero todavía no ha sido posible hacer confesar á la bruja quién es la madre de la niña.

—¿Y qué pensais hacer de esa infeliz?

—Es preciso guardarla hasta que se averigüe quién es su familia.

—Sí, porque no ha de dejársela abandonada.

—Eso sería lo mismo que condenarla á morir.

—¿Es posible que haya criaturas tan malas?

—Tan posible es, como que estais viendo que no pasa mes sin que la santa Inquisicion se vea precisada á quemar á una, dos ó más de esas criaturas condenadas.

—¡Qué horror, qué horror!

—Hermana, Dios nos libre de las tentaciones de los espíritus infernales.

—Sí, Dios nos libre,—repuso la vieja, santiguándose otra vez.

—Pues bien,—dijo el abate, despues de llenar y apurar otra vez el vaso,—no solamente es menester cuidar de esa niña, sino evitar que se apoderen de ella las cómplices de la bruja, puesto que hay muchos motivos para creer que la tal bruja tiene cómplices.

—¡Pobrecita criatura!

—Para conseguir esto es menester confiarla á una persona temerosa de Dios, y que además sea bastante fiel y astuta para no dejarse engañar ni sorprender.

—Ciertamente.

—El consejo me ha encargado buscar una persona á propósito para el caso, y como os conozco y sé lo que de vos puede esperarse...

—Gracias, señor, muchas gracias.

—He pensado en vos...

—Pero yo no soy más que una servidora fiel...

—Y tambien astuta.

—¡Oh!...

—En fin, cuando yo creo que podeis guardar á la niña, mis razones tendré.

—Vuestra merced haga lo que mejor le parezca; pero es tan grave la responsabilidad...

—Por eso será bien recompensada.

—No he pensado en semejante cosa.

—Y por otra parte, esto no ha de durar más que algunas semanas, ó todo lo más algunos meses.

—Si vuestra merced lo ha dispuesto, bien está.

—Escuchad las advertencias que tengo que haceros.

—Ya escucho.

—Primeramente, nadie ha de saber que teneis aquí á esa niña, absolutamente nadie.

—Descuidad.

—Hay vecinos demasiado curiosos...

—No importa.

—Y no solamente no ha de saberse que estais encargada de semejante criatura...

—Entiendo, señor, entiendo: la niña no ha de salir de aquí; he de procurar que nunca grite ni llore...

—Y habeis de cuidarla con todo esmero.

—¿Qué más?

—En pago de este servicio se os darán seis ducados cada mes.

—Seis ducados,—murmuró la vieja.

Y despues de algunos momentos, añadió:

—Pero apenas bebeis, padre... Tomad, tomad.

Y llenó de vino el vaso.

El abate bebió, sonrió maliciosamente, y repuso:

—Os parece poco lo ofrecido, ¿no es verdad?

—Sí, es poco, porque todo está muy caro, y porque he de tratar bien á la niña.

—Y porque se os exige gran reserva y se os castigaria sin compasion si cometiéseis una torpeza, lo cual debe tambien pagarse.

—No lo digo por eso...

—En vez de seis ducados, tendreis ocho. ¿Os parece bien?

Justina hizo un gesto de duda, y volvió á llenar el vaso.

—El consejo,—añadió Florentin,—está escaso de fondos, porque tiene muchos gastos; pero se hará con vos lo que yo quiera, y para que veais hasta dónde llega mi buena voluntad, se os darán diez ducados... ¡serán doce!

—¡Ah!...

—¿Qué decís ahora?

—No hablemos más: venga la niña...

—Vendrá.

—¿Cuándo?

—A la noche, no sé á qué hora.

—Es lo mismo cualquiera.

—Estareis prevenida para abrir apenas oigais toser en la calle dos ó tres veces, porque si llamasen á la puerta, seria fácil que algun vecino observara lo que no es menester.

—Así se hará.

—Se os presentará un hombre, y sin deciros una palabra os entregará la niña.

—Yo la tomaré...

—Y nada le preguntareis.

—Está bien.

—Abrireis y cerrareis la puerta sin hacer ruido alguno.

—Eso es fácil, porque ya la habré untado jabon en los goznes.

—Sois prevenida, y eso me agrada.

—No queda más que un inconveniente, que me será imposible vencer.

—¿Cuál?

—Si á la niña le dá la gana de llorar en aquellos momentos...

—No llorará, porque estará dormida.

—Puede despertar...

—El sueño será pesado, porque se le habrá dado á beber cocimiento de adormideras.

—Vuestra merced no es ménos prevenido que yo.

—Es menester pensar en todo.

—Sigo escuchando.

—No tengo más que deciros, sino que yo vendré todos los dias por si algo ocurre.

Iba Justina á replicar; pero la interrumpió el abate con una exclamacion, que parecia ser del horror más profundo.

—¿Qué os sucede?—preguntó la vieja, fingiendo á su vez que se asustaba.

—¡Dios mio!... ¿Qué es lo que acabo de hacer?... ¡Ah!...

—Pero...

—¿Acaso, hermana, no habeis pensado que hoy es viernes?

—¡Viernes!...

—Sí.

—Es verdad... Jesús me valga... ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Hé aquí,—dijo el abate cruzando las manos,—hé aquí la obra de Satanás, cuyo soplo trajo á mis narices el olor de las magras, trastornando mi cabeza y anulando mi memoria... ¡Oh!... Verdad es que la desgracia de esa pobre niña

me tenia preocupado... Quitad, señora Justina, quitad esos platos de ahí; tirad los restos de ese tentador manjar...

—Sí, sí, voy á tirarlos ahora mismo, para que ni el gato los coma.

—¡Horror, horror!—murmuró el abate, ocultando el rostro entre las manos.

No quedaban de la comida mas que algunos trozos de cebolla: mientras tiraba los cuales, la señora Justina dijo:

—Me acuerdo que otra vez me sucedió esta desgracia y tuve que tomar un vomitivo y confesar aquel mismo dia.

—Yo no puedo hacer eso,—replicó el abate,—porque los eméticos me trastornan de tal modo, que me postran por dos ó tres dias lo ménos, y ahora tengo necesidad de estar en pié para ocuparme de gravísimos asuntos.

—Bien pensado, la intencion de vuestra merced...

—A pesar de eso...

—Voy á darle á vuestra merced el queso y las pasas, que nada tienen que ver con la vigilia.

—Nada me deis, hermana, porque el disgusto me ha quitado el apetito.

—¡Válgame Dios!...

—Señora Justina, no puedo detenerme.

—Hasta mañana, padre mio.

—Hasta mañana.

Salió Florentin.

—Me parece,—dijo la vieja mientras se limpiaba los ojos,—que el jamon lo ha encontrado tierno y dulce, y el guisadillo tampoco le ha desagradado... Doce ducados... ¿Qué diablos de enredo será este de la chiquilla?

CAPITULO XVIII.

El abate sigue dando pruebas de su prevision.

La calle del Recodo forma un ángulo casi recto, y tiene su entrada por la de Isabel la Católica, antes de la Inquisicion, y la salida á la de la Flor baja, de modo que desde uno de los extremos de calle tan irregular y fea es imposible ver el otro. El por qué se le dió el nombre que aún conserva, se adivina con solo ver su forma; lo que no se comprende es que aún subsista semejante calle en uno de los mejores barrios de Madrid.

En el segundo trozo, es decir, en el que está á la parte de la calle de la Flor, y en una casa de pobre apariencia y de negras paredes, tenia su vivienda Crispin.

Simon, segun habia prometido, situóse en la calle de la Flor, observando desde allí la morada del esbirro, y dirigiendo de vez en cuando miradas á uno y otro lado para ver si alguien fijaba en él la atencion.

Su trabajo fué completamente inútil durante el dia.

Llegó la noche, y se esparcieron las tinieblas en el espacio.

En aquella época no se conocia el alumbrado público, y en las calles no se veian más luces que la de algun sucio farol colgado delante de los nichos que con santas imágenes se veian en muchos sitios.

Pero aquella noche, lo mismo que la anterior, la falta de luces la suplió el claro resplandor de la luna.

La paciencia de Simon se agotaba, y si allí se detenia contra su voluntad, era por el miedo que con sobrada razon le infundia el jorobado.

Muy pocas personas transitaban por allí.

El asesino se paseaba, jurando y maldiciendo como un condenado.

Más de una vez se ocultó en el hueco de la puerta cochera de la suntuosa casa de los condes del Aguila, edificio de que anteriormente hemos hecho mencion al hablar de aquella parte de Madrid.

Pasaban las horas sin que nadie entrara en la calle del Recodo ni se oyese el menor ruido en la vivienda de Crispin.

En todos los campanarios de iglesias y conventos, que entonces eran muchos, resonó el toque de ánimas.

—¿Tendré que pasar aquí toda la noche?—murmuró Simon.—¡Por los cuernos de Satanás!... Si ese jorobeta no pudiera enviarme á la horca en un decir amen... ¡Voto á cien legiones!

Paseóse nuevamente.

Siguió trascurriendo el tiempo con la misma lentitud para el asesino.

El silencio era cada vez más profundo y ya nadie pasaba por allí.

Volvieron á sonar las campanas, dando el toque de *queda* para que los vecinos honrados se recogiesen y se apagasen las luces en el interior de las casas.

Aún pasó cerca de otra hora.

Entonces se oyó el ruido de algunos pasos por la parte de la calle de la Inquisicion.

—¿Serán ellos?—dijo Simon.

Y colocándose junto á la esquina de la casa de los condes del Aguila, miró y vió la luz de una linterna y el bulto de cinco ó seis hombres.

Estos avanzaban hácia donde se encontraba el asesino, que se retiró hácia la puerta cochera.

Acercándose á ellos, y á favor de la claridad de la luna y de la luz que llevaban, hubiera podido reconocerse al abate Florentin, á cuyo lado iba David, siguiéndolos cuatro esbirros con las espadas desnudas.

¡Con cuánta violencia palpitaba el corazon del huérfano!

Creia haber conseguido lo que tanto deseaba, puesto que iba á saber lo que se hacia con la hija de Jacobo.

El abate habia dicho á David que lo acompañara, y éste debia presumir que él iba á ser el encargado, si no de cuidar á la niña, de llevarla adonde hubiera de quedar.

—Ahora veo,—decia para sí el jorobado,—que han sido inútiles mis prevenciones; pero no importa: nada he perdido.

Entraron en la calle del Recodo.

Detuviéronse junto á la casa de Crispin, y el abate llamó.

Pocos momentos despues se abrió cuidadosamente una ventana.

Luego preguntaron desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Abrid,—respondió el abate, cuya voz no podia confundirse con ninguna otra.

Y cuando estuvo libre la entrada, Florentin dijo:

—Esperadme aquí.

Y penetró solo en la casa.

La frente de David se contrajo: era la primera vez que en asuntos de tal naturaleza el abate se mostraba reservado con su protegido.

¿Por qué le mandaba quedar en la calle?

Esto era incomprensible para el jorobado.

Lo que al principio habia parecido una prueba de confianza, era todo lo contrario.

Si Claudio habia dicho á David que lo acompañara, no habia sido para darle participacion alguna en el asunto, sino para asegurarse de que entretanto el huérfano no iria á ninguna otra parte ni hablaria con ninguna otra persona.

Esta desconfianza no reconocia motivo alguno que debiera tomarse en consideracion; pero desde la noche anterior Claudio miraba recelosamente á cuantos le rodeaban.

¿Quién era el protector misterioso que se habia introducido en casa de Isabel?

En fuerza de reflexionar, Florentin habia concluido por convencerse de que entre los servidores de la Inquisicion, entre los que más adictos se le mostraban, habia forzosamente un traidor.

David habia dado muchas pruebas de una lealtad nada comun; pero esto no importaba, porque Claudio sabia que la fidelidad de cien años desaparece en un minuto, puesto que la lealtad suele ser hija de las circunstancias, y por consiguiente cambia con estas.

A un hombre como Florentin podia sorprendérsele, pero no engañársele.

No trascurrieron más de cinco minutos cuando se abrió la puerta, saliendo Claudio con el esbirro que debia llevar la niña, segun podia colegirse por el bulto que se advertia bajo su ancha capa.

David fijó en ambos una mirada afanosa, y esperó con ansiedad lo que sucedia.

Pero Florentin no hizo otra cosa que decir:

—Vamos.

Crispin debia haber recibido instrucciones, porque echó á andar delante de todos sin preguntar el camino que debian seguir.

Nadie pronunció una palabra.

Salieron de la calle del Recodo y tomaron hácia la plazuela de Santo Domingo.

Simon lo habia observado todo, y á favor de la luna pudo reconocer al jorobado, cuya talla y figura no podia equivocarse con ninguna otra.

—¿Debo seguirlos?... Me parece innecesario, puesto que él vá; sin embargo, por lo que pueda ocurrir, observaré.

Y á distancia de unos quince ó veinte pasos, procurando no hacer ruido al andar y buscando siempre la sombra que proyectaban las casas, se fué tras de los otros.

Llegaron junto al convento de Santa Catalina.

Precisamente en aquel momento Simon se encontraba en medio de la plazuela, recibiendo de lleno los resplandores de la luna.

—Quietos,—dijo el abate.

Detuviéronse todos.

David se extremeció.

Florentin era de esos hombres que dirigen la mirada con tanto disimulo, que parece que de nada se aperciben precisamente cuando ven más.

—Mirad,—dijo á los esbirros, señalando hácia donde estaba Simon.

—Sí, un hombre...

—Tened cuidado con él.

—¿Hemos de prenderlo?

—No más que tener cuidado, ya os lo he dicho.

Los cuatro esbirros se volvieron y fijaron su mirada en el gigante.

Entonces Claudio, dirigiéndose al que llevaba la niña, le dijo:

—No me equivoqué...

—Ya lo veo, señor.

—No necesito deciros lo que habeis de hacer...

—Descuidad.

—Pues que Dios os proteja.

Crispin echó á andar nuevamente como si se encaminara al Arenal de San Ginés.

Sin saber lo que hacia, David dió un paso para seguirlo.

Empero Florentin lo detuvo, diciéndole:

—Nosotros hemos de quedarnos.

El pobre jorobado sintió afluir á su cabeza toda su sangre; pero logró contenerse y no pronunció una palabra.

Ya habia desaparecido Crispin, cuando los demás continuaban en el mismo sitio.

Simon permanecia tambien inmóvil.

Al cabo de algunos minutos, el abate dijo al huérfano:

—No habrás olvidado lo que me sucedió anoche....

—¡Olvidarlo!... ¡Oh!...

—¿Te parece imposible que se llegue á descubrir al miserable que me sorprendió y me arrojó por la ventana?

—Si no imposible, por lo ménos muy difícil.

—¿Quieres,—replicó Florentin sonriendo maliciosamente, —quieres que yo te diga dónde se encuentra en este momento ese miserable?

—¡Señor!...

—Míralo allí,—repuso Claudio volviendo á señalar hácia Simon.

—¿Cómo sabeis?...

—No me sorprende verlo aquí esta noche, ni tampoco será la última vez que lo encontremos. Ayer se presentó á favorecer á la madre, y hoy quiere llevarse á la hija; pero anoche podia contar con la sorpresa y no ha pensado que á mí no se me sorprende mas que una vez.

—Me parece,—se atrevió á decir el jorobado,—que vuestra sospecha no es muy fundada. Ese hombre...

—Es un criminal.

—Lo supongo,—respondió David,—porque á estas horas y en este sitio...

—No se encuentra por casualidad.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé, porque lo he visto en la calle de la Flor cuando íbamos á entrar en la del Recodo.

—¡Ah!...

—¿Qué te admira?

—Me sorprende...

—Además, repara bien y te convencerás de que es poco

ménos que un gigante y de que debe tener unas fuerzas hercúleas.

—¿Y qué deducís de eso?

—El que anoche me sorprendió parecia tener las manos de hierro.

—Hay muchos hombres así...

—Estoy seguro de no equivocarme.

—Fácilmente podemos convencernos.

—¿Cómo?

—Somos bastantes para apoderarnos de él aunque intente resistir.

Claudio volvió á sonreir y replicó:

—Dios me libre de cometer semejante torpeza.

—¡Torpeza!...

—Sí.

—No os entiendo.

—David, te sobra talento y eres astuto; pero aún tienes pocos años.

—No puedo compararme á vos.

—A veces no eres tan reflexivo como debieras y te dejas llevar de la primera impresion.

—Pero ahora...

—Voy á probarte que cometeríamos una gran torpeza si intentáramos prender á ese hombre en estos momentos.

—Os agradeceré que os expliqueis.

—Mientras permanezcamos aquí, ese hombre no se moverá.

—¿Y bien?...

—Apenas demos un solo paso, lo verás huir, seguramente hácia el barranco de los Caños del Peral.

—Si de todos modos hemos de dejarlo esta noche, no creo

que se pierda nada por intentar cogerlo. Si él corre, correremos tambien, y si no conseguimos darle alcance, porque nos lleve mucha delantera...

—Entonces él conseguiria lo que quiere.

—Cada vez os entiendo ménos.

—Al huir, dará la vuelta por Santo Domingo y procurará salir al encuentro de Crispin, logrando así averiguar adónde éste deja la niña, ó tal vez sorprendiéndolo y quitándosela.

David se mordió los lábios y apretó los puños desesperadamente.

Como se vé, no hemos exagerado al decir que era imposible engañar al abate, y que todo lo más que podia conseguirse era sorprenderlo.

Pasó un cuarto de hora más.

Ya no era posible que Simon, por mucho que corriese, diese alcance á Crispin.

—Vas á ver si me equivoco,—dijo el abate.

Y dirigiéndose á los esbirros, añadió:

—Haced todo lo posible para apoderaros de aquel hombre.

Inmediatamente echaron á correr hácia donde estaba Simon; pero éste, haciendo lo mismo, tomó por la Cuesta de Santo Domingo.

David corrió tambien.

Perseguido y perseguidores dejaron atrás el convento; pero al llegar á lo que es hoy calle de la Escalinata, y que entonces no era más que un barranco, Simon desapareció sin que pudiera decirse dónde se habia ocultado.

Los esbirros y David buscaron por todas partes cuidadosamente; pero en vano.

Convencidos de que no habian de encontrar al presunto

delincuente, tuvieron que abandonar aquel sitio y volvieron donde los aguardaba el abate.

Éste, que ya esperaba lo que al fin sucedió, no parecia contrariado y se concretó á decir al huérfano:

—¿Te has convencido?

—Sí,—respondió David, esforzándose para disimular lo que sentia;—me he convencido de que aún me falta aprender mucho.

—Hijo mio,—repuso Florentin, mientras se encaminaban nuevamente á la calle de la Inquisicion,—entre los que me rodean hay un traidor, y es preciso conocerlo.

—¡Un traidor!—murmuró David con voz sombría.

—Sí.

—Todos tienen bien probada su lealtad...

—Para la lealtad no hay pruebas posibles: despues que un hombre nos ha servido fielmente en una ocasion, podemos estar seguros de que hasta entonces no nos ha engañado; pero no debemos tener la misma seguridad para el dia siguiente, para despues de una hora ni de un minuto.

—Eso me parece exagerado...

—Judas habia dado muchas pruebas de lealtad á su divino maestro...

—Señor...

—Entre los que me sirven hay tambien un Judas.

—¿Sospechais de alguno?

—De ninguno y de todos.

—Entonces...

—No me tomaré el trabajo de buscarlo.

David miró con sorpresa al abate.

—No,—añadió éste,—no me tomaré ese trabajo, porque

él mismo ha de venir muy pronto á darme el ósculo falso, y en seguida se descubrirá.

—¡Oh!...

—¿Lo dudas?

—Me parece que tan grave asunto no debe fiarse á la casualidad.

—David, ten presente que es casi imposible averiguar si un hombre es traidor, porque no hay medios de penetrar en su alma; pero en cambio al traidor le es imposible ocultarse por mucho tiempo, porque más ó ménos tarde comete una torpeza, siempre deja un cabo suelto y concluye por darse á conocer.

—¿Es decir que para buscar á los traidores?...

—No hay que buscarlos, es preciso dejar que ellos se presenten.

Por extraña que fuese esta teoría, no dejaba de ser acertada, y con ella el abate acababa de dar una prueba más de su nada comun inteligencia y de su refinada astucia.

No, el abate Florentin no era un hombre vulgar.

Pero cada vez que demostraba lo mucho que valía, sufria más y más el pobre huérfano, porque perdia la esperanza de vencer en la sorda lucha que habia entablado con aquel hombre singular.

David tembló; pero no por miedo á que se descubrieran sus intenciones y se le castigara, sino porque le fuera imposible salvar á la tierna hija de Jacobo, ni mucho ménos á Isabel.

Llegaron á la humilde morada de Florentin, entrando éste y el jorobado despues de despedir á los esbirros.

Un cuarto de hora despues llegó Crispin y dijo:

—Sin novedad.

Y se fué sin recibir contestacion.

No necesitaba David más explicaciones.

Las palabras del esbirro significaban que la niña habia quedado en poder de la persona que debia guardarla.

La primera tentativa del huérfano habia sido, pues, inútil.

CAPITULO XIX.

Acaba de conocerse la situacion de David.

Aquella noche, lo mismo que la anterior, no durmió David.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó mil veces.

Pero no acertaba á responderse mas que:

—¡Están perdidas, están perdidas!... ¡Oh!...

El tiempo debió parecerle demasiado breve, porque á medida que pasaba se hacia más grave la situacion de las dos víctimas, y sin embargo, le pareció que las horas eran interminables, como si hubiera debido esperar algo bueno á la mañana siguiente.

Una vez que Claudio desconfiaba de todos, no creia el jorobado que se le dijese dónde estaba la hija de Jacobo.

En esto no se equivocaba.

¿Y qué medios habia para descubrirlo?

No habia más que uno, y éste no podia ponerlo en práctica David, porque se haria sospechoso desde el momento que hablase de semejante asunto.

Para comprender bien esto, es preciso dar á conocer algunas circunstancias que ignora el lector.

La confianza ó aprecio que muestra un superior á cualquiera de sus inferiores, es bastante para que los compañeros de éste miren hasta con odio al que recibe la distincion.

El criado que consigue captarse la voluntad de su señor, es para los demás sirvientes un enemigo.

Así sucedia con el jorobado.

Todos cuantos trataban de cerca al abate, guardaban toda clase de consideraciones á David; pero interiormente lo miraban con envidia y deseaban una ocasion en que hacerle mal.

Crispin era el que más motivos tenia para considerar al huérfano como un rival temible, ó más bien como un estorbo para hacer su fortuna, porque creia que solamente en él hubiera depositado Florentin toda su confianza, si no hubiese tenido á su lado al otro.

Aunque el esbirro hubiera estado dispuesto á dejarse sobornar, al intentar esto David, hubiera el miserable aprovechado la ocasion para decirle á Claudio:

—Ahí teneis al traidor que nos era desconocido.

No se ocultaba esto al jorobado, y por consiguiente, debia guardarse muy bien de dar paso alguno con Crispin.

Además, ¿qué habia de conseguir tampoco sin dinero con que ganar al esbirro?

Con éste no le era posible hacer lo mismo que con Simon, porque los crímenes de Crispin, aunque muchos, eran los cometidos para servir á la Inquisicion, y por consiguiente, en vez de castigo, merecian un premio á los ojos del abate.

En vano caviló toda la noche el pobre jorobado.

No encontró mas que dos medios, pero de resultado nada seguro.

Uno consistia en encargar á Simon que se entendiera con Crispin; pero esto ofrecia dos inconvenientes: el primero, que Simon no podia disponer del oro necesario para sobornar á un hombre como el esbirro, y el segundo, que podia darse así á conocer, no dejando duda de que él era el misterioso protector que se habia introducido en casa de Isabel la noche de la prision.

El otro medio consistia en espiar al abate; pero ¿qué se conseguiria, cuando éste estaba prevenido y creia ver un traidor hasta en su propia sombra?

Al amanecer, fatigado el espíritu y agotadas las fuerzas de sus miembros, se durmió el jorobado.

Empero su sueño no fué ni reparador ni tranquilo.

Al dia siguiente estaba quizá en peor estado que el anterior; pero esforzóse cuanto pudo para ocultar lo que sentia, y aguardó con impaciencia los acontecimientos.

El abate no hizo alteracion ninguna en su sistema de vida, ni se mostró preocupado.

Sus delgados lábios se entreabrian para sonreir como de costumbre y sus ojuelos brillaban como siempre.

Nadie hubiera podido adivinar la borrasca que agitaba el espíritu de aquel hombre.

Solo á David le era dado leer á través de la máscara con que el abate ocultaba su alma.

Despues que hubieron almorzado, éste se dispuso á salir, diciendo como siempre al huérfano:

—Vamos, hijo mio.

David lo siguió como la sombra sigue al cuerpo.

Fueron al tribunal.

Florentin, despues de saludar á los que encontró á su paso, entró en el aposento donde trabajaba.

El huérfano quedó en una antecámara, donde habia varios dependientes del Santo Oficio.

Esto mismo sucedia diariamente.

El jorobado, con su perdon, más que un criado, parecia un perro de Florentin.

Cuando tenia ganas de hablar, dirigia la palábra á los dependientes que estaban á su lado, y estos le respondian amablemente, lo cual para ellos equivalía á acariciar al perro del señor para adular á éste.

Si David no tenia ganas de conversacion, sentábase en el rincon más oscuro y nadie le incomodaba, ó andaba de aposento en aposento.

Se habian acostumbrado todos á verlo vagar por el edificio, y su presencia no interrumpia ninguna conversacion ni extrañaba á nadie.

Así pasaba el tiempo hasta el medio dia, hora en que amo y criado iban á comer.

Si por la tarde ó por la noche tenia Florentin que trabajar, sucedia lo mismo, y cuando iban á visitar á algun personaje ó á palacio, tambien lo seguia David, quedando en las antecámaras, pensativo y callado unas veces y hablando otras con los criados.

Raras veces quedaba en casa David; pero cuando esto sucedia, mientras aguardaba á su protector, entregábase á la lectura ó á sus sombríos pensamientos.

Con este sistema de vida resultó que David fuese tan conocido como el mismo abate, y lo que es más, que llegase á

tener esa importancia, nada halagüeña las más veces, que tienen los séres raros en cualquier concepto.

Muchos, en vez de llamar al huérfano por su nombre, al hablar de él no decian sino «el perro del abate,» y con decir esto ya se sabia de quién se hablaba.

Para la plebe, que aunque fanática, odiaba la Inquisicion, y particularmente para los que habian sido perseguidos por ésta, el pobre David tenia en el cuerpo el espíritu de Satanás, y no le faltaba más que haber sido cojo para que se hubiera creido que era el mismo Asmodeo.

Las más veces, cuando la Inquisicion se apoderaba de algun infeliz, al hablar del suceso sonaba el nombre del jorobado, culpándolo de la desgracia, por más que fuese completamente ageno á ella.

¿Puede la fatalidad ensañarse más cruelmente con nadie que se ensañaba con el pobre David?

Imposible hubiera sido encontrar una criatura tan desdichada.

Se le acusaba, se le miraba con horror y se le odiaba.

Y sin embargo, el huérfano tenia un corazon sensible y generoso, era un sér como pocos, digno de compasion, de consideracion y de cariño.

¡Pobre David!

Todo esto, que él lo sabia perfectamente, habia contribuido á encender más y más su odio contra la sociedad.

¿Qué habia hecho para ser desde su niñez víctima de la injusticia de los hombres?

Imposible parecia que en fuerza de sufrimientos y desesperacion, no hubiese llegado David á una depravacion la más completa y de imposible remedio.

Se necesitaba toda su grandeza de alma para conservar los gérmenes de nobleza que al fin dieron su fruto cuando encontró á Isabel.

Despues de comer, el abate dijo á su protegido:

—Puedes quedarte ó salir.

—¿No he de acompañaros?

—No.

—¿Volvereis tarde?

—A las oraciones,—respondió Florentin.

Y salió con la sonrisa en los lábios.

—¡Oh!—exclamó David, dejando entonces ver en su rostro lo que sentia,—¡ahora debe ir á verla!... ¿Qué haré?

Meditó algunos instantes.

—Tal vez,—añadió luego,—me deja en completa libertad para tenderme un lazo. Lo conozco bien: desconfia de todos, de todos, sin hacer excepcion de mí... Sin embargo, así no puedo estar, algo he de hacer... probaré y veremos.

Volvió á reflexionar.

Decidióse al fin.

Tomó el sombrero, se envolvió en su negra y larga capa y salió.

El abate se encontraba todavía en la calle de la Inquisicion y dirigíase hácia la plazuela de Santo Domingo.

—No he de hacerme sospechoso si me encamino al centro de la poblacion,—murmuró David.

Y tomó tambien calle arriba.

Llegó Florentin á la plazuela, atravesándola hasta la embocadura de la calle de los Preciados.

Pero allí se detuvo.

—¡Oh!—exclamó el huérfano;—no quiere seguir hasta

convencerse de que nadie lo observa... Tomaré por aquí y veré lo que hace.

Y se colocó tras una de las esquinas de la calle de Convalecientes, que es la misma que despues tomó el nombre de Ancha de San Bernardo.

Desde allí pudo ver cómo Claudio se volvia y miraba disimuladamente á todos lados, dirigiéndose luego hácia Santa Catalina.

El jorobado atravesó entonces tambien la plazuela, bajó corriendo la cuesta de Santo Domingo, y sin detenerse un instante siguió junto á las tapias de la huerta de la Priora, dejó á la derecha los barrancos de los Caños del Peral, y se encontró bien pronto en el Arenal de San Ginés.

Entonces dejó de correr, y andando siguió como si fuese á la Puerta del Sol.

A los pocos minutos vió que el abate desembocó por la calle de Santa Catalina, y que se detuvo mirando á derecha é izquierda.

No le fué posible á David ocultarse.

Florentin sonrió, esperó, y cuando llegó el jorobado, le dijo con dulzura:

—Cuando nos separamos, nos reune la casualidad.

—Es que yo debo haber nacido para estar á vuestro lado.

—¿Adónde vas por aquí, hijo mio?

—A la Puerta del Sol...

—Y luego á las gradas de San Felipe, ¿no es verdad?

—Tal vez me acerque por allí.

—Bien, bien: así oirás lo que cuentan los desocupados y murmuradores, y luego podrás darme noticias.

—¿Venís hácia ese lado, señor?

—Hasta San Ginés, donde pienso entrar á ver á mi amigo el cura.

—Si quereis que os acompañe, os esperaré rezando en la iglesia.

—Tiempo tienes de rezar: ahora paséate, distráete.

—Me es indiferente.

—No importa: la distraccion es precisa de vez en cuando, para que descanse el espíritu.

—Me encuentro bien.

—Hace dos ó tres dias que te veo triste y preocupado, y ya sabes cuánto me intereso por tí.

—Mi carácter no es alegre...

—Adios, hijo, hasta luego.

Habian llegado á San Ginés, donde entró el abate.

¿Era prudente hacer nuevas tentativas de observacion?

No, porque si Florentin hubiera encontrado por segunda vez al jorobado, no habria necesitado más para fijar sus sospechas.

Convencióse David de que nada conseguiria espiando al abate, porque éste estaba demasiado sobre aviso.

Lo que acababa de suceder lo probaba así.

El pobre jorobado se desesperaba.

Para no cometer una grave imprudencia, para contenerse y evitar que la situacion de todos se hiciese más crítica, necesitábase toda su fuerza de voluntad, y aun más que ésta, la costumbre de sufrir, callar y disimular.

Si no hubiese habido mas que peligros para él, David se hubiese abandonado á la suerte de la mujer á quien daba el nombre de madre, y de la inocente criatura á quien él miraba ya como á una hermana.

Era, pues, preciso hacer algo.

¿Pero qué?

En vano cavilaba el huérfano, en vano se atormentaba.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y andando lentamente, llegó á la Puerta del Sol.

Allí se detuvo y siguió meditando.

Enteramente absorto en sus tristes ideas, no se apercibia de nada de lo que pasaba á su alrededor.

Muy cerca de media hora trascurrió, media hora tan perdida como las anteriores.

Si Isabel hubiese tenido parientes, estos podrian haber acudido, pidiendo que se devolviera la libertad á la interesada ó que se les entregase á la niña; pero si tales parientes habia, lo ignoraba David.

Éste se convenció al fin de que no habia más que un solo medio: el de que Simon intentara arrancar á Crispin el secreto del paradero de la inocente criatura.

No era semejante medio el que ofrecia mejores resultados; pero no pudiendo disponer de ningun otro, David se decidió á ponerlo en práctica, y sin detenerse un instante más tomó por la calle de la Almudena para ir en busca del asesino.

CAPITULO XX.

A Simon le ocurre una idea como suya.

Posible es que á muchos de nuestros lectores les parezca inverosímil y aun absurdo lo que vamos relatando, porque no todos saben lo que era la Inquisicion.

Se creerá que por muy rigoroso que aquel tribunal fuese, era al fin un tribunal, y no podian cometerse abusos como el que ahora nos ocupa.

¿Cómo, preguntarán algunos, podia prenderse á una persona sin acuerdo del tribunal?

¿Cómo se la encerraba sin otras formalidades y se la dejaba poco ménos que olvidada en un calabozo?

¿Y cómo sin un motivo, aunque fuera muy leve, podia condenársela?

A todo esto debemos decir que cualquiera de los inquisidores ó secretarios del tribunal tenia sobrado poder para mandar que se apoderasen de una persona, sin que los demás se cuidasen de ello ni les importase mucho.

El secreto, el engaño, la perfidia y todos los abusos eran la regla de conducta de los inquisidores.

Si la silla de San Pedro la ocupaba un Pontífice bondadoso é inclinado á la justicia, la Inquisicion se valia de todos los medios imaginables para eludir el cumplimiento de los breves pontificios, y que esto no es una exageracion, lo probaremos con los hechos en el trascurso de esta historia.

Y así como los tribunales y el inquisidor general hacian lo posible para no cumplir las órdenes superiores cuando no les convenia, los inquisidores engañaban al general, y del mismo modo engañábanse unos á otros, pudiendo hacerlo así porque todo entre ellos era secreto y misterioso.

Concretándonos á Isabel, debemos advertir que habia motivo sobrado para que la Inquisicion la condenase, haciéndole sufrir el más horrible de los castigos, y la sentencia podia fundarse en que la infeliz, como esposa de Jacobo, era cómplice de éste, y Jacobo estaba acusado de nigromancia, brujería y no sabemos cuántas cosas más.

Verdad es que aun probada la criminalidad del marido, no era posible hacer lo mismo con la complicidad de la esposa; pero ésta habia dejado de cumplir su deber, puesto que no se habia presentado á delatar á su marido, segun estaba terminantemente mandado por el tribunal.

Esto es horrible, espantoso y hasta repugnante; pero desgraciadamente es verdad; desgraciadamente en aquellos tiempos de tinieblas llegaron los pueblos á tal extremo de barbárie, y hubo muchos hombres que hasta tal punto abusaron del santo nombre del Omnipotente, puesto que en nombre de Dios se hacia todo esto, en nombre y para esplendor de la religion católica.

Las ordenanzas de la Inquisicion imponian á los hijos el espantoso deber de ser delatores de sus padres, y solo haciéndolo así se libraban de ser castigados, á pesar de ser inocentes.

El hijo que delataba á su padre heredaba los bienes de éste y quedaba en el ejercicio de sus derechos civiles, otorgándole esta gracia porque se consideraba que así habia probado ser buen católico.

¡Buen católico el hijo que acusa á sus padres!...

Y el que esto no hacia, quedaba privado de su herencia, su nombre era infamado, y además se le inhabilitaba para ejercer empleo ni oficio alguno, y aun se le condenaba al destierro.

Esto solo bastaria para dar idea de lo que era la Inquisicion; pero aún es muy poco.

Una simple sospecha, una delacion sin más pruebas ni fundamento que la fé del desconocido que la hacia, era bastante para encerrar á un infeliz en los calabozos de la Inquisicion, para atormentarlo y llevarlo á la hoguera.

Bastaba que una persona, cualquiera que fuese su clase ó rango, pronunciase una sola palabra que no fuese muy favorable á los inquisidores, bastaba esto, repetimos, para que se le tratara peor que al último criminal.

Y el delator no faltaba nunca; no faltaba, porque aun entre la gente honrada y de nobles sentimientos, habia quien impulsado por el fanatismo de aquella época, se convirtiese en delator, creyendo con toda su alma que así hacia una buena obra y que quedaba absuelto de todos sus pecados.

La Inquisicion nada respetaba; su autoridad no era dependiente mas que de la autoridad pontificia, que la dejaba obrar;

no reconocia por superiores ni aun á los obispos, y por consiguiente obraba á su antojo.

Más de una vez fueron excomulgados jueces y oidores de las chancillerías por haberse atrevido á sentenciar en un pleito civil con arreglo á derecho y á justicia, pero contra uno de los individuos del tribunal llamado Santo.

¿No habian de hacer esto con un juez, cuando lo hacian con los reyes?

¿Y quién era bastante osado para oponerse á las resoluciones del Santo Oficio?

Nadie, porque la excomunion por lo ménos se levantaba inmediatamente sobre su cabeza.

La Inquisicion no necesitaba ejércitos para ser dueña del mundo, y más particularmente en nuestra patria, porque era un pueblo fanático, y bastaba una amenaza espiritual para hacerle inclinar la cabeza.

Despues de decir esto, se comprenderá que nada era más fácil que condenar á Isabel, y por consiguiente se comprenderá que David debia perder la esperanza de salvar á la que daba el nombre de madre.

El esqueleto, los crisoles, los instrumentos de física, y sobre todo las murmuraciones de los vecinos del arrabal de San Ginés, eran más que suficiente para que Jacobo de Tordesillas y su esposa fuesen condenados á la hoguera, sin que nadie se cuidara más de la niña, como no fuera para hacerla mucho más infeliz que dejándola abandonada.

¡Pobre Isabel!

David encontró en su casa á Simon, hablándole de lo que era preciso hacer para descubrir el paradero de la niña.

El gigante escuchó atentamente.

Su frente se contrajo.

Luego juró y blasfemó segun su costumbre, y concluyó por decir:

—Ni que estés ni que no estés enamorado de la rubia, es lo cierto que te has vuelto loco.

—No, Simon, no estoy loco: lo que exijo de tí es posible.

—Cualquiera diria que no sabes lo que es la gente de la Inquisicion. ¡Voto á cien mil legiones!

—Yo mismo haria lo que te propongo; pero Crispin me aborrece, y no dejaria pasar esta ocasion sin perderme.

—¿Y qué crees que hará conmigo?

—Contra tí no tiene motivos de odio.

—No puedes tener queja de mí: ya sabes lo que hice anteanoche sin que nada me detuviera; pero entonces, con ahogar al abate en caso de apuro, todo estaba concluido.

—¿Es decir?...

—Que nó,—replicó el gigante con firmeza.

—Simon...

—Haz lo que quieras.

—Piénsalo bien...

—Lo he pensado. ¿Qué adelantaré con intentar servirte? Nada, porque me echarán mano y me encerrarán, y antes de quince dias me habrán quemado vivo. ¡Por el mismo Lucifer!... Despues de lo que ha sucedido, no es menester más sino que yo hable á Crispin de esa niña, para que se adivine quién tiró al abate por la ventana. Y si esto me lo perdonarian, tú mismo puedes decirlo... ¡Dios de Dios!... No, chiquitin, no: si hago lo que quieres, me arriesgo á perder mucho y á no ganar nada. De todas maneras, si han de llevarme á la Inquisicion, más vale que sea por cualquier cosa que por

haber puesto las manos sobre Florentin; porque por esto, despues de descoyuntarme, me asarian vivo, y por otro delito cualquiera, aun por hereje, quizá se contentarian con ahorcarme.

A su modo Simon razonaba perfectamente, y lo que decia no podia ser más exacto.

David hizo un gesto de desesperacion.

—No te enfades, ¡cuernos de Lucifer!—dijo el gigante.—No te enfades, que me sobra la razon.

—¡Oh!... De todo soy capaz...

—¿Hasta de una injusticia conmigo?

—Sí.

—¡Vive el cielo!... Me pides un imposible, y porque no lo hago...

Interrumpióse Simon, y fijó en el huérfano una mirada siniestra.

Quizá en aquellos momentos le ocurrió la idea de que fácilmente saldria del compromiso acabando con la vida de David.

Éste debió adivinar el pensamiento del asesino, porque lo miró con desden, diciéndole:

—Eres un cobarde...

—¡Yo cobarde!—gritó Simon, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Y además de cobarde, eres estúpido.

—David, no me tientes la paciencia...

—¿Crees que vengo aquí, que pongo mi vida en tus manos sin prevenirme de modo que no puedas tocarme á un solo cabello?

El gigante rugió y apretó los puños; pero no se movió.

—Si antes de que yo saliese de aquí intentases tú hacerlo...

—Entiendo.

—Y si pasasen tres horas y yo no hubiese salido...

—Entiendo, entiendo, ¡voto á Satanás!

—Hablemos, pues.

—Bien, hablemos y dime cómo he de hacer para conseguir lo que deseas.

—Puedes hacer lo que te parezca mejor, con tal que yo sepa dónde está esa criatura.

—Para hacerle hablar á Crispin no hay más que dos medios: la fuerza ó el oro. La fuerza no podemos emplearla, porque seria necesario apoderarnos de ese bribon, y tú mismo sabes que esto es imposible, y en cuanto al dinero... Mira.

Simon puso las manos sobre sus bolsillos, añadiendo:

—No tengo un maravedí ni de donde sacarlo, y así estaré hasta que caiga algun negocio, que no querrá el diablo que sea tan bueno que me saque de apuros.

El jorobado inclinó tristemente la cabeza.

No encontraba razones contra las del asesino.

—Si tú tienes dinero,—añadió éste,—dámelo y empezaré á trabajar. ¡Rayos y truenos! ¿Crees que ni Crispin ni nadie se compromete, si no ha de ganar nada? ¿qué he de ofrecer á ese tunante en pago de su traicion? Ya conoces que por mi bella cara no ha de servirme, y como tampoco puedo amenazarle...

—Tú sueles tener dinero...

—Pero no lo tengo ahora: proporcióname un buen negocio y...

El gigante soltó una carcajada, y luego añadió:

—¡Buena idea!... ¡Por el infierno!... Voy á probarte que no soy un estúpido, así como te he probado que me sobra corazon.

—¡Dices que te ocurre una buena idea!—replicó David sorprendido.

—¿No lo crees?

—Lo dudo.

—No eres tú solo quien tiene entendimiento.

—Explícate.

—Con mucha facilidad podemos hacer un doble negocio, ó lo que es lo mismo, salir tú de tu apuro y yo del mio.

—No te comprendo.

—Tu amo debe tener mucho dinero.

—Te equivocas.

—No me equivoco, porque tengo pruebas de lo contrario.

—¡Dinero el abate!...

—Te digo que sí...

—Pero...

—Lo que ignoro es si lo guarda en su casa ó en otra parte, y esto es lo que necesitamos averiguar. Una vez averiguado, yo me comprometo á dar el golpe...

—¡Simon!...

—No hay nada más justo sino que él pague el mal que ha hecho; y además, ¿no gozarias viendo cómo el dinero de ese sacristan servia para hacerle á él mismo la guerra? ¡Voto al infierno!... Solo por tener este gusto, soy capáz de exponerme á que me lleven al quemadero. Mira, David, hay cosas que á mí me divierten mucho y me recompensan todos los trabajos y peligros. Cuando tiré al abate por la ventana, me divertia

verlo patalear, y por aquel buen rato que pasé, dí por bien empleado todo cuanto habia hecho desde que entré allí.

—¡Quieres que yo sea tu cómplice para robar al abate!...

—Primeramente debes saber, que el dinero que tiene ese hombre es mal ganado.

—¿Y qué me importa? Esa es cuestion de su conciencia.

—Luego has de considerar, que lo que tú llamas robo no es más que un castigo; y últimamente, que no hay nada más justo sino que sea él quien pague el rescate de esa niña á quien ha robado.

—¡Jamás, jamás!

—Y si estas razones no te convencen, piensa en que nada podremos hacer sin el dinero del abate.

Por segunda vez Simon decia la verdad; pero una verdad demasiado horrible para David.

El desdichado huérfano, fuerza es decirlo, empezó á dudar.

Su rostro se contrajo y palideció más de lo que estaba.

Pocos momentos despues se le vió agitado como nunca.

Sostenia una lucha verdaderamente mortal.

Su deseo de salvar á la inocente niña era tan vehemente, que dudaba si para verlo satisfecho debia seguir el consejo del asesino.

Iba á favorecer la justicia y á castigar un crímen; pero ¿le era lícito cometer otro crímen para conseguir aquello?

Por una madre se hace todo, y hace más quien, como David, se vé abandonado de todo el mundo.

En aquellos momentos sufrió David tal vez mucho más de lo que habia sufrido las noches anteriores.

Pasóse las manos por la frente, que tenia empapada en

frio sudor, y con desiguales pasos recorrió en todos sentidos la estancia.

—Vales mucho,—le dijo Simon;—pero eres un niño, y así lo pruebas en muchas ocasiones.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

—¿Sabes á qué hora has venido?—preguntó al fin el gigante.

—Sí,—respondió el jorobado, dejándose caer en un banquillo.

—Digo esto, porque el tiempo pasa, y como me hablastes de un término de tres horas...

—Descuida.

—No, no quiero descuidar en esta clase de asuntos.

—Aún nos sobra tiempo.

—Pero has tenido bastante para decidirte...

—Ya estoy decidido.

—¿Y qué?

—Harás lo que mejor te parezca, con tal que arranques el secreto á Crispin.

—¿Peró los escudos del abate?...

—No te ayudaré á robarlo.

—¡Dios de Dios!...

—Si cometes ese crímen como otro cualquiera, ha de ser bajo tu propia responsabilidad, y en la inteligencia de que si yo llegara á entender cuándo ibas á robar al abate Florentin, te lo estorbaría.

—Acabo de creer que estás loco.

—No te concederé mas que una cosa.

—Algo será que de nada me sirva.

—Un plazo.

—¡Mil demonios!...

—¡Un plazo de quince dias!...

—Como si fueran quince minutos.

—Y si pasadas dos semanas no has obligado á Crispin...

—No necesito más explicaciones.

David se levantó, envolvióse en su capa y se dirigió á la puerta.

—¿Ya te vas?... ¡Voto á Lucifer!... ¿Cuándo nos veremos?

—Dentro de quince dias,—repuso el jorobado.

Y sin decir más, salió de la casa.

No iba más tranquilo ni tenia más esperanzas que antes.

¿Qué habia conseguido?

Nada.

Por más que Simon quisiera obedecerlo, ¿qué habia de hacer contra lo imposible?

Aquella noche los pensamientos de David y Simon eran muy parecidos, puesto que ambos se ocupaban del dinero del abate.

El asesino no se equivocaba al asegurar que Florentin era dueño de una respetable cantidad de oro.

Esto lo sospechaba tambien el jorobado, y fácilmente adivinaba cómo aquel oro habia ido á manos de su protector; porque es preciso advertir, que los que eran muy ricos conseguian con frecuencia quo el inexorable tribunal de la Inquisicion se mostrase blando y misericordioso.

Esto no es una acusacion gratuita, porque consta en documentos respetables, como son algunos breves del Pontífice romano y escritos del piadoso rey Cárlos I, que los inquisidores muchas, muchísimas veces, absolvieron libremente á cambio de respetables sumas.

La pureza no era la cualidad que más resaltaba en aquellos hombres.

No podia suceder otra cosa, ni otra cosa debia esperarse de ellos.

Casi todos los inquisidores, á los pocos años de serlo, eran ricos, como se veia muy particularmente por las pingües herencias que dejaban al morir, y como tambien podia observarse averiguando su vida privada.

Casi todos se regalaban como potentados, si bien aparentaban vivir modesta y hasta pobremente.

Todo esto no era un inconveniente para que los dias de vigilia, los esbirros de la Inquisicion anduviesen acercándose á todas las puertas y haciendo uso del olfato para averiguar si alguna persona se permitia guisar carne, llegando el caso de castigar cruelmente á los enfermos que por órden del médico se atrevian á tomar una taza de caldo con sustancia de carne.

En nuestra época es difícil que una persona conciba cómo podia vivirse en aquellos tiempos.

Y sin embargo, esto es verdad, y se vivia; ¿pero cómo?

Nadie, ni el más virtuoso y católico más ardiente, podia considerarse libre á ninguna hora.

¿Quién al dormirse hubiera podido asegurar que no lo despertaran los esbirros de la Inquisicion, ni quién al despertar estaba seguro de no dormir en los calabozos del Santo Oficio?

No era menester haber cometido la ligereza de pronunciar una palabra, cuyo sentido pudiera ser sospechoso; bastaba un enemigo que quisiera vengarse, y al enemigo, para ver satisfecho su deseo de venganza, le bastaba delatar, sin temor

alguno á las consecuencias, porque el nombre de los delatores era un secreto inviolable.

De lo que servia la virtud para librarse de la Inquisicion, puede saberse recordando á San Ignacio, San Juan de Dios y otros muchos que seria largo enumerar, y que despues de haber estado en los calabozos del Santo Oficio, han sido canonizados por la Iglesia.

Sí, en el largo catálogo de las víctimas de la Inquisicion se encuentran los nombres de muchos santos.

Perdona, lector, si por algunos instantes olvidamos los sucesos que nos ocupan.

Volvemos á David y á Simon.

El primero, á pesar de los motivos que tenia para estar muy preocupado y de que no pensaba secundar el criminal proyecto del gigante, quiso convencerse de si era verdad que el abate tenia mucho dinero.

Siendo así, el jorobado tendria un motivo más de odio contra Florentin.

En cuanto á Simon, habia empezado á tomarle demasiado cariño á los escudos del abate, desde que le habia ocurrido la idea de ocuparse de ellos.

Y hé ahí cómo estos dos hombres, que en nada se parecian, pensaban en lo mismo, el uno por codicia y el otro por curiosidad.

CAPITULO XXI.

Cómo se encontraba Isabel.

Pasó una semana sin que tuviera lugar ningun nuevo suceso de importancia.

Isabel continuaba en su calabozo sin haber visto á nadie mas que á su carcelero, que se presentaba cada veinticuatro horas con un pedazo de pan y un plato de lentejas cocidas con un poco aceite. Este era el mejor alimento que se daba á los presos en la Inquisicion, pues al mayor número no se le concedia mas que el pan, y aun éste muy malo y escaso.

Cada dos ó tres dias llenaban de agua un cantarillo sucio, dejándolo allí sin cuidarse de otra cosa.

El carcelero no pronunciaba nunca una palabra: entraba en el calabozo, dejaba el plato con las lentejas, y se llevaba el del dia anterior.

En vano Isabel habia dirigido algunas preguntas á aquel hombre: todo lo más que habia conseguido era que la mirase y se encogiese de hombros, saliendo despues con la más completa indiferencia.

Durante los ocho dias que la desdichada llevaba de encierro, habia cambiado muchas veces el estado de su espíritu.

Tenia momentos de espantosa desesperacion, así como otras veces; dejándose llevar de su dolor y entregada á los queridos recuerdos de su esposo y de su hija, dejaba correr amargo llanto por espacio de muchas horas.

En los ocho dias que habian trascurrido, los sufrimientos habian impreso en su hechicero rostro huellas tan profundas, que hubiera sido muy difícil reconocerla.

Poco á poco habia ido desapareciendo la rara energia con que la hemos visto luchar, y bien pronto la infeliz madre, la desgraciada esposa, no seria más que un sér débil, cuya mísera existencia debia consumirse sin que ella misma pudiera darse cuenta de su estado.

En fuerza de sufrir se embota la sensibilidad.

Así empezaba á sucederle á Isabel.

Lloraba cada dia con ménos frecuencia y pasaba muchas horas sentada en un rincon ó tendida sobre la paja con los ojos abiertos é inmóviles y la mirada incierta.

¿En qué pensaba entonces?

Ella misma no lo sabia.

Sus recuerdos iban siendo cada vez más confusos.

Sus ideas tenian esa vaguedad que tienen las del que sueña.

No podia suceder otra cosa.

Habian sido demasiado violentas sus conmociones para que pudieran prolongarse mucho.

En semejante situacion no hay más que dos términos: la insensibilidad ó la muerte.

En un período de tiempo más ó ménos largo, todos los presos en los calabozos de la Inquisicion concluian por el estoicismo ó poco ménos.

El mayor número de las víctimas iba al patíbulo sin verdadera conciencia de su situacion.

Con frecuencia se veian infelices que en la hora suprema se dejaban conducir por las calles, contemplando á la apiñada multitud con mirada estúpida y como si nada oyesen, ni comprendiesen nada de lo que veian.

Hubiérase dicho que aquellos desgraciados habian sido repentinamente trasportados á un mundo que les era completamente desconocido, y que todo para ellos era nuevo y extraño.

Solo cuando llegaba el momento de morir, volvian á la vida: el instinto de conservacion les sacaba entonces de su triste estado, y algunos no recobraban la sensibilidad sino cuando las llamas de la satánica hoguera empezaban á devorar sus miembros.

Instintivamente habia concluido Isabel por pronunciar la misma palabra que á los pocos dias de encierro pronunciaban todos los acusados cuando iban á llevarles la comida.

—¡Audiencia, audiencia!—gritaba la infeliz.

¿Por qué todos decian lo mismo?

¿Por qué ninguno usaba de distintas frases para pedir que lo escucharan?

No parecia sino que la atmósfera de aquellos calabozos

hacia sentir á todos lo mismo, les comunicaba iguales ideas y les enseñaba un lenguaje que para ellos era nuevo, pero que á todos ellos debia ser comun.

A Isabel le sucedia lo que á todos los presos: nunca recibia contestacion; pero no por eso dejaba de repetir diariamente la misma palabra, unas veces con acento de súplica desgarradora, y otras con desesperacion.

Cuando la puerta del calabozo se cerraba, Isabel, como si sus fuerzas todas se hubiesen agotado al pedir que la oyesen, caia en el monton de paja y quedaba inmóvil y muda, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos cerrados, sin dar de su vida otras señales que su agitada respiracion.

Luego, al cabo de media hora, resonaban en aquel recinto tenebroso los lánguidos suspiros de la infeliz, ó los destemplados gritos que exhalaba en su desesperacion.

Tal era su estado.

No hay que decir que su salud se quebrantaba, y que no debia tardar en contraer una de esas enfermedades que con más ó ménos rapidez conducen irremisiblemente al sepulcro.

Al fin una mañana, en uno de esos momentos de falsa energía, que gastaban más y más las fuerzas de la infeliz, se acercó á su carcelero, lo asió por un brazo, y le dijo:

—No, hoy no saldreis sin haberme respondido.

Miróla él fria y desdeñosamente sin pronunciar tampoco una palabra.

—¿No me oís?... ¡Oh!... No saldreis de aquí, no saldreis sin haberme contestado.

El carcelero la rechazó brutalmente y se dirigió hácia la puerta.

Isabel, que habia caido al suelo, levantóse con los ojos

chispeantes, fuera de sí, dió un salto, volvió á ponerse delante de su guardian, y gritó:

—No, no saldreis.

El miserable se contentó con extender un brazo y señalar á la cadena y la argolla de que ya hicimos mencion, llevando luego una mano á su boca é introduciendo y atravesando en ella el dedo índice.

—Me amenazais con atarme, con ponerme una mordaza...

El carcelero movió la cabeza, haciendo una señal afirmativa.

Isabel rugió como un tigre.

—¡He pedido audiencia!—exclamó.

Entonces, probablemente para no perder más tiempo, dijo el guardian:

—He dado parte... Se os concederá... no sé cuándo.

Y volviendo á rechazar á la pobre víctima, salió del calabozo.

No por esto dejó ella de repetir diariamente la palabra que á la misma hora pronunciaban todos los presos.

Pasó otra semana.

Las fuerzas de Isabel habian seguido disminuyendo.

Habia momentos en que apenas podia sostenerse.

Nadie se habia presentado á tomarle declaracion.

Aún no le habian dicho en qué consistia su crímen.

¿Qué pensaban hacer con ella?

¿Habian decidido dejarla morir allí?

Esto era lo probable, á juzgar por lo que se veia.

Sin embargo, á ella no le sucedia nada que no le sucediese á otros muchos.

Con frecuencia entraban en los calabozos de la Inquisi-

cion desgraciados á quienes se les dejaba uno y dos meses sin decirles por qué se les habia llevado allí.

¿Qué importaba que á alguno se le declarase inocente?

Más de un desgraciado murió en su calabozo antes de que se reconociese su inocencia.

Y con esto creian los inquisidores que habian hecho un acto de justicia y aun de gracia.

Verdad es que una familia quedaba huérfana; pero esto no debia tener valor para aquellos tigres.

En cuanto á lo demás, todos sufrian la misma suerte que Isabel, pues á ninguno se le permitia comunicarse con nadie, á ninguno se le daban noticias del estado de su familia, y no solamente les estaba prohibido nombrar un abogado que los defendiese y conferenciara con él, sino que se les negaba hasta un sacerdote cuando pedian confesion, se les negaba por los que decian castigar en nombre de Dios y en bien de la Iglesia católica.

Si algun reo se empeñaba en tener abogado, habia de ser éste precisamente uno de los nombrados por el Santo Oficio, y aun así sin permitirle que para la defensa tuviera más antecedentes que algunos, no todos, de los que resultaban del sumario.

Era casi imposible que diesen á Isabel la audiencia que pedia, porque esto no se concedia á ningun acusado sino despues de haberles tomado declaracion y examinar muchos testigos.

Los que como Isabel no tenian parientes que reclamasen por ellos, bien apelando al inquisidor general ó al Papa, quedaban muchas veces olvidados en sus calabozos y allí acababan su existencia.

¿Qué hacian entretanto los inquisidores?

¿Se ocupaban de la causa de Isabel?

Esto nadie lo sabia, ni el mismo David hubiera podido averiguarlo, á pesar de su ventajosa situacion.

Tal era el estado en que se encontraba la víctima de Florentin al cabo de quince dias.

CAPITULO XXII.

Donde daremos á conocer un gloton que duerme, un tonto que sonrie, y un tigre que acecha.

Isabel acabó de perder toda esperanza, si es que la esperanza se desvanece del todo sin perder la vida.

Rechinaron las llaves y cerrojos de la puerta de su encierro; pero ella, en vez de disponerse como los demás dias á suplicar á su carcelero, permaneció inmóvil sobre el monton de paja donde hacia más de una hora que se habia colocado, contrayendo sus miembros cuanto le fué posible, porque sentia un frio desconsolador que parecia helarle la médula de los huesos.

El carcelero se presentó; pero no iba solo, sino que lo seguian cuatro esbirros de horrible aspecto.

La infeliz los contempló sorprendida y sin acertar lo que significaba la presencia de aquella gente.

—Vamos,—dijo el guardian con aspereza.—No podeis quejaros de la fortuna, porque se hace con vos lo que con muy pocos.

Lo que sintió Isabel no puede explicarse.

Renacieron instantáneamente sus fuerzas y se puso en pié.

Pasóse las manos por la frente, separando los mechones de cabellos que la ocultaban, y replicó:

—¿Qué decís?

—Que á pesar de que aún no se os ha tomado declaracion, el santo tribunal, para daros una prueba de su misericordia, os concede audiencia.

Dejó escapar Isabel un grito de alegría sin igual.

En su situacion aquello era una fortuna inmensa.

Cuando á uno se le niega todo, le parece mucho lo poco que se le concede.

La esperanza reanimó nuevamente su espíritu.

Creyó que se le diria por qué se la acusaba y que se le permitiria defenderse, y aun cuando no sucediera así, por lo ménos le dirian lo que habia sido de su hija.

En su concepto, los horribles proyectos del abate iban á quedar desbaratados, porque ella diria que le habian arrebatado á la hija de sus entrañas y no callaria tampoco el nombre del que habia cometido tan criminal abuso.

Podrian cometer con ella toda clase de injusticias; pero lo que se habia hecho con la inocente niña no quedaria envuelto en el misterio.

Vana esperanza.

¡Pobre Isabel!

Ignoraba lo que significaban las audiencias que de vez en cuando solian conceder los crueles inquisidores á sus desdichadas víctimas.

Estas audiencias, segun se daban, no eran un acto de

justicia ni mucho ménos de bondad, sino un verdadero escarnio del dolor.

—Sí,—dijo Isabel convulsa de alegría,—vamos, vamos.

Los cuatro esbirros la rodearon y salieron del calabozo.

La desdichada aspiró con avidez el aire frio y húmedo de los pasillos y aposentos que ya conocen nuestros lectores.

Con solo poder moverse fuera del calabozo, parecíale que habia recobrado la libertad.

Y sin embargo, nunca como entonces pudo convencerse de que era imposible salir de allí sin que lo permitieran sus jueces.

Su mirada se fijaba afanosamente en todos lados.

En aquellos momentos era para ella una dicha incomparable el ver otras paredes que las de su calabozo.

Cuando llegó á la habitacion donde vimos á tres ó cuatro de los carceleros, la alegría de Isabel no tuvo límites: la luz era allí más brillante, más intensa, y por una ventana que daba á un patio, aunque á través de unos vidrios verdosos y sucios, logró descubrir algun horizonte.

—¡Cielo, el cielo!—exclamó con un acento, que parecia salir de lo más profundo de su alma.

Y su pálido rostro, antes contraido, se dilató.

Y sus negros ojos, antes sombríos, relumbraron como en los dias de completa felicidad.

Para comprender lo que experimentó la pobre madre, seria preciso haberse encontrado en su misma situacion.

Con gran sentimiento de ella no se detuvieron en aquella habitacion.

Abrieron una puertecilla y empezaron á subir una escalera muy empinada, estrecha y oscura.

Luego atravesaron un pasillo, donde penetraba por una ventana bastante luz.

Isabel volvió á mirar á todos lados y casi á considerarse dichosa.

Pero á los pocos minutos la hicieron entrar por una puerta y se encontró en una sala bastante espaciosa, y donde la luz era escasa, pareciéndole á ella mucho más escasa todavía.

Las paredes de aquella habitacion estaban revestidas de paño negro.

En el pavimento habia una alfombra del mismo color, donde se apagaba el ruido de los pasos.

En el fondo de la habitacion y sobre un estrado habia una mesa cubierta con paño negro tambien, y encima de la cual veíase un libro, un crucifijo de marfil y una calavera, cuya blancura mate se destacaba doblemente de la oscuridad que la rodeaba.

A los dos lados del crucifijo ardian dos cirios de amarilla cera.

Entre la mesa y la pared y en sitiales, negros como allí era todo, habia sentados tres inquisidores que, como casi todos, eran frailes dominicos.

Junto á uno de los extremos de la mesa y en una silla de estrecho y alto respaldo, habia otro hombre todo vestido de negro y cubierta la cabeza con un bonete.

Era el abate Florentin, que hacia de secretario y tenia cerca de sí un legajo de papeles amarillentos y un libro con forro de cordoban.

De los tres frailes, el que estaba en medio como presidente, era extremadamente grueso.

Se habia recostado en el respaldo del sillon, y su re-

dondo y abultado abdómen veíase por encima de la mesa.

Habia cruzado las manos, descansándolas en lo que no sabemos si llamar vientre, habia cerrado los ojos, y quizá pensando en la santidad de su mision, se habia quedado profundamente dormido.

La costumbre puede mucho, y el obeso fraile, como el niño que al arrullo del dulce cantar de su tierna madre se entrega á un sueño el más tranquilo, se dormia tambien mientras escuchaba, unas veces la voz del secretario que leia, y otras los ayes desgarradores y súplicas de los acusados.

El que estaba á su derecha no se le parecia en nada: era alto, flaco, de color cetrino, rostro aguileño, ojos pequeños, redondos, verdes, brillantes, expresivos, y revelaba una malicia la más refinada y sutil.

Aunque permanecia sentado, no estaba quieto un solo instante: volvia la cabeza de un lado á otro, y sin cesar hacia gestos ó agitaba las piernas ó los brazos; es decir, que estaba siempre en movimiento alguno de sus miembros.

El que estaba á la izquierda no tenia tampoco ninguna semejanza con los otros dos: no era ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, ni feo ni hermoso, y en su semblante, siempre dilatado para sonreir con una candidez sin igual, no se traslucia nada, no se adivinaba más sino que el buen padre era el hombre más feliz del mundo, completamente feliz, y que no habia nada, absolutamente nada que fuese bastante para alterar en lo más leve su dulcísima tranquilidad.

Éste, cuyo nombre era Domingo, no servia en el tribunal mas que para llenar un hueco, ocupar un sitio que era menester que estuviese ocupado. El papel era triste: sin embargo, para fray Domingo era el mejor, por ser el más cómodo.

Como se vé, de los cuatro que entonces componian el tribunal, á dos solamente debemos tomar en consideracion: Florentin, á quien conocemos perfectamente, y *fray* Tadeo de San Joaquin, que así se llamaba el flaco y nervioso.

Ambos, por lo mismo que se asemejaban mucho en sus cualidades morales, se odiaban tan profundamente como podian odiar sus almas ruines.

Si con una mirada hubieran podido aniquilarse, lo habrian hecho.

Sin embargo, disimulaban admirablemente lo que sentian, y aun aparentaban lo contrario.

Al ver cómo se trataban, hubiérase creido que eran los mejores amigos del mundo.

Por supuesto que ellos no se engañaban, y cada cual sabia que era odiado por el otro como él odiaba.

Nunca se les habia visto en disidencia; apoyábanse el uno al otro en cuantas cuestiones se trataban en el tribunal.

¡Qué armonía tan admirable la de aquellos dos hombres!

¿Se contentarian con aborrecerse?

No, sino que deseaban exterminarse.

Empero ninguno de ellos habia encontrado aún la ocasion y no eran hombres que se decidiesen con ligereza.

No, ellos no descargaban nunca un golpe en falso, no lo asestaban sin estar completamente seguros de que habia de ser mortal.

Ninguno de ellos se hacia ilusiones sobre lo que el otro valia; se conocian perfectamente, como se conocen dos tigres, y se acechaban, prontos á aprovechar el menor descuido.

Alguna vez se habia pensado enviar á fray Tadeo al tribunal de Toledo, donde sus servicios se creian necesarios;

pero Florentin habia empleado toda su elocuencia y su influencia para evitarlo, apoyándose siempre en graves razones.

—Los inquisidores,—decia el abate,—son casi todos canonistas, y un teólogo en el tribunal es un tesoro inapreciable, porque un teólogo es el más competente para conocer en las delicadas cuestiones de dogma, así como el canonista es el que más vale para la instruccion de los sumarios.

A esta razon no habia ninguna que oponer, y fray Tadeo quedaba en Madrid, y aumentaba su reputacion de sábio, debiéndola en gran parte á Florentin.

En justa recompensa, el fraile hacia lo mismo cuando se trataba del abate, asegurando que éste en el tribunal debia ser considerado como la piedra angular del edificio.

¿Por qué se apoyaban y protegian ardientemente?

Así ocultaban lo que sentian.

Por otra parte, no querian perderse de vista, porque á ninguno de los dos le bastaba que se quitase al otro, sino que cada cual necesitaba aniquilar á su rival y enemigo.

Eran dos hombres que no cabian en el mundo: sobraba uno, sin duda porque aspiraban á lo mismo.

De dos enamorados que aspiran á la posesion de la misma mujer, uno está de más, es imposible que ambos vivan, porque seria imposible que ambos á la vez llegaran al logro de sus deseos, y más imposible cuando la mujer amada, sin dar preferencia á ninguno, tiene para los dos iguales sonrisas, y les dice: «Me entregaré al que para llegar á mí pase por encima del cadáver de otro.»

La ambicion de ambos se encaminaba al mismo punto, y la fortuna les tendia la mano sin preferencia.

¿Cuál de los dos triunfaria?

¿Les sucederia lo que á muchos rivales, que al cruzar la espada se atraviesan á la vez el corazon?

¿Les volveria la espalda la fortuna, favoreciendo á un tercero y dejándolos iguales?

Todo era posible.

La fortuna es demasiado caprichosa, coqueta y voluble, y todo debe esperarse de ella.

Los dos rivales parecian tener iguales fuerzas y valor, y empleaban armas iguales.

No era, pues, fácil adivinar el resultado de la lucha.

Ésta, entre ellos, podia llamarse noble, por más que fuese una lucha sorda, de astucia, de alevosías.

Era noble, porque no podian engañarse.

Lo sabian así y no lo intentaban siquiera.

Pero cada cual abrigaba la esperanza, no de engañar, sino de sorprender al otro.

El tigre es constante para acechar, su paciencia no se agota; pero aunque sea poco, necesita dormir y puede aprovecharse la ocasion de su sueño.

Tal era la situacion de estos dos personajes: ya la conocemos, y tambien al astuto dominico, y podemos ocuparnos nuevamente de Isabel.

CAPITULO XXIII.

Cómo daban audiencia los inquisidores.

Isabel se detuvo, ó más bien fué detenida por los esbirros en el centro de la estancia y en sitio donde la poca luz que allí habia, daba de lleno en su rostro.

Fray Tadeo fijó en ella una mirada penetrante y escudriñadora.

Florentin miró á su vez al fraile, observando con profunda atencion el rostro de éste.

Trascurrieron algunos segundos, durante los cuales Isabel, completamente aturdida, no acertó á pronunciar una palabra.

Luego el dominico volvió los ojos hácia el abate; pero éste bajó los suyos, mientras hojeaba el libro de que hemos hecho mencion.

En tanto fray Domingo sonreia dulcemente, segun su costumbre, y el presidente comenzaba á roncar.

Entonces Claudio dijo leyendo:

—Isabel de Linares, mujer de Jacobo Tordesillas, habitantes en el arrabal de San Ginés, y ambos acusados de herejía, brujería y otros crímenes y delitos, segun delaciones y declaraciones de diez testigos.

—¡Mentís!—gritó la pobre madre sin poder contenerse.

Fray Tadeo, dirigiéndose entonces á la acusada, replicó con severidad:

—Se os ha concedido audiencia y debeis limitaros á decir lo que quereis, cuidando de no pronunciar palabras ofensivas á nos, como acabais de hacerlo, porque de otro modo no se os permitirá hablar y se aumentará el número de los cargos que se os hacen... Ya os escuchamos.

Isabel se oprimió fuertemente el pecho, extendió los brazos, cruzó las manos y exclamó con desgarrador acento:

—Mi hija, quiero saber lo que ha sido de mi hija, á quien me han arrebatado cruelmente...

—Hermano,—dijo fray Tadeo con dulzura, dirigiéndose á Florentin,—manifestad lo que conste y puede manifestarse sobre la hija de la acusada.

El abate examinó algunos de los papeles del legajo, y luego respondió con tranquilidad:

—Su hija, de menor edad, y cuyo nombre aún se ignora, en lugar seguro, y bajo la custodia y direccion de personas competentes, que deben educarla en el santo temor de Dios.

—Ya lo sabeis: podeis, pues, estar tranquila y aun felicitaros,—repuso fray Tadeo.

—Ese miserable miente,—gritó Isabel fuera de sí:—ni mi hija se encuentra en lugar seguro, ni mi esposo ha cometido los crímenes de que se le acusa...

—Silencio...

—No, no callaré,—volvió á gritar la infeliz, que parecia haber perdido la razon:—no callaré, ni saldré de aquí sin haber arrancado la máscara con que se cubren mis hipócritas perseguidores: no saldré de aquí sin que se sepa que soy víctima de una venganza horrible...

—Silencio,—repitió el dominico.

—Ese miserable...

—Callad, ó se os pondrá una mordaza, siquiera sea para evitar que agraveis vuestra situacion.

Los cuatro esbirros, que hasta entonces habian permanecido inmóviles como estátuas, asieron brutalmente por los brazos á Isabel, mandándole callar.

Pero ella, que en el último grado de exaltacion no podia contenerse, empezó á luchar con toda la fuerza de su desesperacion, mientras seguia gritando y pronunciando el nombre del abate.

Su voz se confundia con la de los esbirros y el ruido sordo de aquella lucha desigual y cruel, de modo que era imposible entender lo que la infeliz decia.

No se alteró el rostro de Florentin: tenia la misma fria expresion de siempre, y su mirada se dirigió alternativamente á fray Tadeo y á fray Domingo, como si les preguntara lo que debia hacerse.

En aquellos momentos, y sin duda por efecto del ruido, despertó el obeso presidente, y con voz soñolienta y sin pensar lo que decia, preguntó:

—¿Qué es eso?

Miró al grupo que formaban los esbirros con Isabel, y añadió:

—Se proveerá en justicia... Llevaos á la acusada y que siga la audiencia.

Estas palabras alentaron más á los esbirros, que ya sin ninguna consideracion sujetaron á Isabel, le taparon la boca y la arrastraron fuera de la estancia.

Las fuerzas de la pobre víctima se agotaron bien pronto y dejó de luchar y oponer resistencia.

Su rostro, que habia enrojecido como si fuese á brotar la sangre, se cubrió de mortal palidez.

Sostenida por los esbirros pudo llegar á su calabozo, donde la dejaron sin pronunciar una palabra.

Cayó pesadamente Isabel sobre el monton de paja y miró á su alrededor como si quisiera convencerse de que no estaba dormida.

Parecíale un sueño lo que habia sucedido.

Hizo un esfuerzo y exhaló un suspiro penoso.

Por su fortuna no estaba en aquellos momentos en estado de pensar en su situacion.

Empero no tardaria en apreciarla, convenciéndose de que seria inútil cuanto hiciera para arrancar á Florentin la máscara con que ocultaba su maldad.

¿Y su hija?

Este era el único pensamiento de la desdichada madre.

Aun cuando ella fuese criminal, ¿con qué derecho le arrebataban á su hija?

¡Con qué derecho!...

Con el que cometian todos sus abusos los inquisidores.

Ni una lágrima corrió por las mejillas de Isabel en aquellos momentos de mortal angustia.

Sus ojos se cerraron y quedó inmóvil.

Su respiracion era violenta y desigual.

Devorábala una fiebre intensa.

¿Quién la socorrería?

Nadie.

¡Infeliz!

Entretanto los inquisidores permanecian tranquilos y como si nada de particular ni extraño tuviera lo que acababa de suceder.

Antes de que se presentara otro acusado de los que habian obtenido audiencia, el presidente volvió á quedar dormido con el más grato de los sueños.

Fray Domingo tosió, cambió de postura, y siempre sonriendo cándida y dulcemente, aguardó.

Fray Tadeo, aparentando la mayor indiferencia, miró hácia la puerta por donde debia entrar otro infeliz.

El abate se ocupó en hojear el libro.

La verdad es que por más que fuese muy grave lo que habia sucedido, nada de particular tenia.

Todas las audiencias eran poco más ó ménos como la que hemos pintado, y con frecuencia tenian lugar escenas semejantes, pues rara vez los acusados salian buenamente del salon.

El objeto que todos se proponian al pedir que se les oyese, era preguntar por sus familias, cuya suerte ignoraban, ó rogar que se abreviasen los procedimientos, absolviéndolos ó condenándolos pronto.

A todos se les respondia lo mismo: sobre sus familias, se les decia siempre:

—Están bien, vivid tranquilo.

Y en cuanto á que se les juzgase pronto, se les contestaba:

—Se proveerá.

Apenas pronunciadas estas palabras, que se acomodaban á toda clase de peticiones, se les mandaba salir, y si oponian resistencia, se les sacaba arrastrando como á Isabel.

No se les permitia ninguna clase de explicacion, porque estas debian dejarse para cuando fuesen interrogados.

Concretándonos al caso que nos ocupa, preguntaremos: ¿Qué debia esperar Isabel?

Nada.

Para condenarla al último suplicio sobraban pruebas y razones.

En cuanto á su inocente hija, ¿quién habia de cuidarse de ella?

CAPITULO XXIV.

Dos nuevos personajes y una escena incomprensible.

Aquella misma noche, á las diez, dos hombres envueltos en negras y anchas capas entraron en la estrecha calle de San Nicolás y se detuvieron á la puerta de una casa de modesta apariencia.

Antes de llamar, uno de ellos dijo al otro:

—Me aguardarás aquí, procurando situarte donde nadie te vea.

—Entiendo, señor.

—En cuanto á lo demás, nada tengo que advertirte.

—Sobra con lo que me habeis dicho, porque estoy al cabo del negocio.

—Dos horas...

—Entiendo.

El llamado señor dió algunos golpes en la puerta, y ésta se abrió pocos momentos despues, apareciendo un hombre

que podia tener cuarenta y cinco años, y que estaba todo vestido de paño negro.

—Dios os guarde,—dijo el recien llegado, desembozándose y dejando ver su riquísimo traje de terciopelo azul y su rostro aguileño, expresivo, y sus grandes ojos negros de brillante pupila.

—Mi noble señor,—respondió el otro, inclinándose con aire de humildad más que de respeto,—que el cielo os colme de felicidades.

Y sin hablar más, atravesaron un estrecho pasillo y entraron en una habitacion pobremente amueblada.

Sentáronse, iluminando la luz de un velon aquellas dos figuras tan distintas.

El semblante del caballero revelaba una de esas inteligencias nada comunes, y bastaba el primer golpe de vista para convencerse de que era un hombre de gran corazon.

El otro, por el contrario, no parecia estar dotado mas que de alguna astucia ó malicia, y debia ser uno de esos espíritus débiles y mezquinos, incapaces de nada bueno, de nada grande y noble, y muy á propósito para aceptar el triste papel de instrumento de agena voluntad y de agenos intereses.

Contempláronse algunos instantes aquellos dos hombres.

La mirada penetrante del caballero pareció llegar en seguida hasta el fondo del alma del otro.

—Aquí me teneis.

—Empezaré por daros las gracias, pues nunca he podido esperar recibir la señalada honra de que me visiteis.

—¿Y por qué?

—Porque vos sois un caballero muy noble y poderoso, mientras que yo, pobre hidalgo...

—Todos los hombres son iguales, mucho más cuando se necesitan. Vos podeis prestarme un gran servicio, y yo vengo á prestaros otro de no menor importancia.

—Y ambos servimos así la santa causa de la justicia...

—Lo que vos os proponeis,—interrumpió el caballero,—no lo sé, ó más bien no es del caso ahora, ni me importa tampoco.

—¿Dudais?...

—Nada dudo; pero tampoco nada creo. Vos sois dueño de una cosa que puede interesarme, os la pido...

—Y yo me ofrezco á entregárosla...

—Con ciertas condiciones, es decir, á cambio de otra cosa, que probablemente á vos os interesa mucho más. No disimuleis, porque es en vano: os conozco perfectamente; conozco tambien á las personas con quienes estais en relaciones, y nada se me oculta.

—Caballero...

—Ya os he dicho que no me importa el fin que os proponeis, ni mucho ménos los sentimientos á que obedeceis. Es probable, casi es seguro que de esta intriga ha de resultar algo bueno, algo justísimo; porque Dios, cuyos fines son inescrutables, lo dispone todo de manera, que concluye por triunfar la inocencia y la verdad. ¿No sois de mi opinion, señor Alfonso?

Este bajó los ojos y exhaló un suspiro.

—Este asunto,—añadió el caballero,—no es ni más ni ménos que una intriga, una lucha sorda y tenaz sostenida para satisfacer ambiciones. Así como yo os conozco, vos me conocereis tambien, y no debe sorprenderos oirme hablar con esta franqueza, porque ya sabeis que soy enemigo del disi-

mulo, y mucho más enemigo de la hipocresía con que vos y los vuestros engañan á los incautos.

—¡Señor don Martin!...

—¿Creeis que os ofendo?

—Todo lo que vos digais, me honra, porque sale de vuestros lábios.

El caballero lanzó al señor Alfonso una mirada de profundo desden, y replicó:

—Ya lo estais viendo; no puede llevarse más allá la hipocresía.

—Perdonad; pero con vos...

—Sois lo mismo que con todos, y desdichado de mí si yo no os conociera. A pesar de vuestra posicion humilde, estais convencido de que valeis más que yo, en lo cual reconozco que no os equivocais, porque no sois vos, sino vuestros hermanos, vuestros compañeros, ó como quiera que os llameis.

—Os juro, señor de Quiñones...

—¿Vais á jurar que no sois jesuita?

—¡Oh!...

—¿Quereis que os diga cuánto tiempo hace que perteneceis á la compañía de Jesús? ¿Quereis que os diga con quién os entendísteis para afiliaros á esa asociacion tenebrosa que se ha propuesto ser dueña de los destinos del mundo?

—Señor don Martin,—murmuró el hipócrita hidalgo con voz entrecortada.

—No ignorais que yo nací para conocer los secretos de todo el mundo.

—Lo sé, lo sé, y de ello tengo una prueba en el asunto que nos ocupa.

—Llegará dia en que os dé muchas más.

—Sí, el dia en que esteis decidido á descubrir por completo el secreto de esa familia, y lo que aún quereis ocultar sobre el abate.

—De vos depende que todo se descubra.

—Si no depende más que de mí...

—Dadme el ejemplo.

—No sé más de lo que os he dicho.

—Lo sabrán vuestros compañeros.

—Tampoco, señor, tampoco.

Quiñones desplegó una sonrisa irónica, y repuso:

—Si no lo saben, peor para ellos, y si lo saben y lo ocultan...

—Nada conseguirán.

—Nada conseguiremos, debiérais decir.

—Puesto que os empeñais...

—Ocupémonos del objeto principal de mi visita.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Teneis ya todos los papeles?

—Los tengo.

—Yo tambien.

—Entonces...

—Cambiaremos y negocio concluido.

El señor Alfonso reflexionó algunos instantes.

—Sí,—dijo,—negocio concluido por ahora.

—Y para siempre.

—¿No quereis más que lo que esta noche vais á recibir?

—No, porque el tiempo y mi buena fortuna me proporcionarán cuanto necesito.

—Vuestra buena fortuna...

—¿No sabeis que soy muy afortunado?

—Eso dicen; pero...

—¿No lo creeis?

—Lo que creo, señor don Martin, es que vuestra fortuna está en vuestra cabeza, porque no consiste en otra cosa que en vuestro talento.

—Si acaso, más bien consistirá en mi corazon, en mis sentimientos; porque si siempre se me ha visto triunfar, ha consistido, no en mí, sino en la bondad, en la justicia, en la santidad de las causas que he defendido.

—Sin embargo, en esta ocasion podrá suceder que no tengais suficiente con lo que ahora os contentais.

—Dadme la base y yo buscaré lo demás; conozca yo el camino, que para andarlo no necesito ayuda de nadie.

—Sea como quereis; pero si algun dia necesitais de mí...

—Si algun dia necesito de la compañía de Jesús, veré lo que puedo darle en cambio de lo que haya de pedirle, y lo mismo que ahora hemos hecho, cada cual verá lo que le conviene y decidirá.

—Prescindid por un momento de los jesuitas, os lo suplico.

—No volveré á nombrarlos.

—¿Creeis en mis deseos de serviros?

—No,—replicó sin vacilar el caballero.

El señor Alfonso exhaló un penoso suspiro, hizo un gesto de resignacion é inclinó tristemente la cabeza.

—Vos no podeis servir á nadie más que á los vuestros, no podeis favorecer otros intereses que los de la compañía, porque sobre ser así vuestro deseo, habeis renunciado á vuestra voluntad desde el momento en que os ligásteis á esa gente.

Extremecióse el hipócrita hidalgo como si se horrorizase

de oir hablar con tanto desden de los padres de la compañía de Jesús.

—No,—murmuró,—con vos no puede tratarse como con cualquier otro.

—¿Y por qué?

—Lo sabeis demasiado para que yo tenga necesidad de decíroslo.

—Todo ello consiste en que os conozco demasiado,—replicó el caballero.

—O en que teneis la seguridad de lo mucho que valeis y de que nos es imposible hacer con vos lo que hariamos con cualquier otro.

—En cambio yo, que puedo haceros mucho mal, no os hago ninguno, y cuando llega la ocasion, todavía os favorezco.

—Gracias, caballero, gracias: por mi parte...

—Me correspondeis, ya lo veo.

—Voy á daros la prueba,—dijo el señor Alfonso.

Y sacó del bolsillo algunos papeles, presentándolos al caballero.

Éste los tomó, acercóse á la luz y los examinó cuidadosamente.

—¿Están bien?—preguntó al cabo de algunos minutos el hidalgo;—¿es cuanto deseábais?

—Sí.

—Me alegro.

—Espero que vos no quedareis ménos satisfecho, porque os traigo algo más de lo prometido.

—¡Oh!...

—Tomad.

A su vez recibió el señor Alfonso otros papeles, leyéndolos con avidez.

Su rostro se dilató, brillaron sus ojos, y sus lábios se entreabrieron para sonreir con una dulzura sin igual.

—Esto vale mucho, vale mucho,—murmuró.

—Estamos, pues, en paz.

—No, porque os debo...

—Nada me debeis,—replicó don Martin poniéndose en pié.

—¿Tan pronto os vais?

—Sí, porque hemos concluido, y porque podria costaros un disgusto el que yo permaneciese más tiempo aquí.

—Comprendo: desconfiábais, y...

—Soy prevenido, y nada más.

—Cuando necesiteis de mí...

—Ahora, ocupaos de vuestro viaje...

—¡Mi viaje!

—No ignoro que teneis que salir de la corte.

Procuró el señor Alfonso disimular el disgusto que le habian producido las últimas palabras del caballero, y lo despidió respetuosamente, acompañándolo hasta la puerta.

Cuando Quiñones estuvo en la calle, se le reunió el hombre que lo esperaba, y preguntó:

—¿Estais contento?

—Sí.

—Vamos, pues.

Desaparecieron en pocos segundos sin pronunciar una palabra más.

Al rayar el dia, el señor Alfonso cabalgó en una mula de paso y salió de la villa por la puerta de Anton Martin.

—¿Adónde iba?

No tardaremos en encontrarlo: por ahora lo dejaremos, porque tenemos que ir en busca de Jacobo de Tordesillas, cuya situacion no es ménos triste ni ménos interesante que la de Isabel.

CAPITULO XXV.

Donde volveremos á ver á Jacobo.

Jacobo habia sido más afortunado en su fuga que su esposa, pues si bien desde que ésta manifestó ser irrevocable su resolucion de no ceder á las criminales exigencias del abate, desplegó éste la mayor actividad y puso en juego toda clase de recursos para descubrir al mal llamado alquimista, nada se habia conseguido hasta entonces.

Jacobo habia tenido tiempo de alejarse, y además conocia perfectamente el terreno que debia recorrer.

Sin embargo, su situacion no podia ser más crítica: sin recursos de ninguna especie, y teniendo que ocultarse á las miradas de todos, debia experimentar toda clase de sufrimientos.

No se atrevia á entrar en ninguna poblacion, porque creia que lo seguian muy de cerca, y así debia creerlo, puesto que era imposible imaginara que el aviso que se le habia dado no

tenia más objeto que obligarlo á huir y atemorizar á su esposa.

A pesar del frio, que ya era bastante intenso, pasó muchas noches á la intemperie, ya en las escabrosidades de las montañas, ya en la espesura de los bosques.

Muy rara vez se atrevió á pedir asilo en alguna cabaña, y no siempre que lo pidió se lo dieron, porque en aquella época eran tan frecuentes las persecuciones de esta clase, que los más caritativos se negaban á dar hospitalidad, temerosos de que el viajero que la demandaba fuese algun acusado de herejía, en cuyo caso el que le daba asilo era castigado con las mismas penas que el delincuente, á ménos que justificase que lo habia hecho por ignorancia. Y aun probándose así no habia medio de que el caritativo se librara de algunos meses de encierro mientras probaba su inocencia, ni tampoco de la multa que por su falta de prevision ó ligereza se le imponia.

Preciso es advertir que los inquisidores andaban muy diligentes en lo de imponer multas y secuestrar los bienes de los acusados, y para que no se descuidasen, para que sobre este punto fueran demasiado celosos, habia una razon poderosísima: lo mismo ellos que los notarios, fiscales, oficiales y demás dependientes del Santo Oficio, no cobraban sus sueldos, derechos y emolumentos del Tesoro Real, como entonces se llamaba, sino de los fondos que iban reuniéndose procedentes de las multas y confiscaciones, de lo cual resultaba que estas fuesen miradas por ellos como propios intereses.

A nadie tenian que rendir cuentas del uso que hacian de aquellos caudales, y no es difícil adivinar que se los repartirian como buenos hermanos, como lo prueba el que en nin-

guna ocasion tuvo el Santo Oficio fondos sobrantes en sus cajas.

Para lo que Jacobo encontró más facilidad fué para obtener una limosna; pero se la daban, mandándole seguir su camino.

Esto no era bastante: muchos dias los pasó sin alimentarse apenas, y bien puede decirse que lo sostuvieron su organizacion resistente y su fuerza de voluntad.

No podia adelantar todo lo que deseaba, puesto que tenia que huir, no solamente de las poblaciones, sino tambien de los caminos; por lo cual, al cabo de los diez y nueve dias que habian trascurrido desde que salió de su casa, encontrábase aún en territorio español y tan en peligro como antes.

Su plan era el de internarse en las montañas de la provincia de Huesca, buscando una ocasion de pasar á Francia por el lado de Canfranc; pero aún le faltaba bastante para llegar á aquellos escabrosos sitios que habia recorrido en su juventud y donde podia considerarse seguro.

Lugares atravesó donde tenia verdaderos amigos; pero no era entonces prudente recurrir á la amistad, porque sobre ésta estaba el fanatismo: el mejor amigo lo hubiera delatado, creyendo con toda su alma que así cumplia sus deberes de católico y que ganaba el cielo.

¿Cómo fiar en un amigo, por verdadero que fuese, cuando no podia fiarse en un hermano ni tampoco en un hijo?

Cada año, el tercer domingo de Cuaresma, publicaba la Inquisicion un edicto, que se llamaba de las *delaciones*, porque de ellas trataba solamente, y bajo pena de excomunion y otros castigos exteriores y los más terribles, imponia sobre las delaciones deberes que ahora son hasta inconcebibles.

En aquellos tiempos de ignorancia lastimosa, en aquellos siglos de espantosas tinieblas, los católicos, que eran todos los españoles, como ahora lo son y siempre lo serán, se sometian á lo dispuesto por los que en aquellos edictos no tenian inconveniente en llamarse apóstoles, y obedecian ciegamente, porque creian que de otro modo se condenarian sus almas.

No hay lucha más difícil que la lucha contra el fanatismo, cualquiera que éste sea.

Contra el fanatismo se estrellan todos los esfuerzos, pierden su valor todas las razones, se rompen todas las armas; contra el fanatismo es inútil hasta la evidencia.

¿De qué le hubiera servido á Jacobo apelar al noble corazon de sus amigos?

El fanatismo no tiene corazon ni razon; es el extravío, es el delirio.

Cuando trateis con un loco, adelantareis lo mismo apelando á su juicio que á sus sentimientos.

Y además del hambre, de la sed y de la falta de reposo, Jacobo de Tordesillas tenia otro enemigo que le hiciese sufrir tambien: su corazon, sus nobles sentimientos.

Era esposo y padre.

¿Qué habia sido de la mujer á quien tanto amaba?

¿Qué habia sido de su inocente hija, de aquel ángel que con sus sonrisas dulcificaba todas las penas, borraba todos los recuerdos tristes y aun infundia esperanzas halagüeñas de un brillante porvenir?

Mil veces se arrepintió Jacobo de haber abandonado á tan queridos séres.

Mil veces se acusó de cobarde y decidió retroceder para

cumplir lo que él creia sus deberes de padre y esposo, aunque tuviese que sacrificar la existencia.

Y hubiese retrocedido; pero lo detuvo una consideracion: ¿cumplia sus deberes, volviendo al lado de su familia?

El mayor sacrificio era estar separado de ella.

Nunca seria su familia más desgraciada en todos conceptos que cuando él hubiese perecido en las hogueras de la Inquisicion.

Era preciso huir.

Tenia el sagrado deber de vivir para su esposa y para su hija.

Esta idea le dió alientos y siguió alejándose.

Empero no hay fuerzas que no se agoten empleándolas sin cesar; no hay organizacion que resista al constante trabajo y al contínuo sufrimiento.

Podrá resistir el espíritu; pero la materia sucumbe más ó ménos tarde, y cuando la materia sucumbe, nada puede hacer el espíritu por sí solo en este mundo.

Jacobo sintió quebrantada su salud.

Al cabo de ocho dias le era imposible trepar las montañas con la misma agilidad que antes, y á los quince fatigábase en los caminos llanos.

¿Qué seria de él si llegaban á faltarle las fuerzas?

A pesar de esto, avanzó.

Una tarde, despues de subir á la cumbre de una montañuela, dejóse caer sin alienlo sobre un peñasco.

Tan débil se sentia, que si en aquellos momentos hubiesen llegado sus perseguidores, no habria podido huir á pesar del valor y las fuerzas que comunica el instinto de conservacion.

Con la frente apoyada en las manos y los codos en las rodillas, quedó inmóvil por espacio de más de una hora.

No pensaba entonces en el peligro que corria, sino que pensaba en los dos séres adorados á quienes habia tenido que abandonar.

Dios tuvo piedad del infeliz, porque permitió que pudiese llorar.

Hay sufrimientos que se dulcifican con el llanto.

Jacobo, despues de haber derramado algunas lágrimas, se sintió más aliviado.

Pero no recobró las fuerzas.

Comprendia que al emprender nuevamente su penosa marcha, no podria resistir quizá ni una hora.

¿Encontraria un asilo cuando cerrase la noche?

Tendió la mirada á su alrededor.

A la falda de una cercana colina descubrió una aldea.

En todo lo demás que la vista alcanzaba, no se veia ni una miserable choza.

No hay que hacerse ilusiones; cuando nos atormenta y nos agobia el hambre, la sed y el cansancio, quitando á nuestros miembros la energía, mengua tambien el valor, y el que ménos ama la existencia, no se decide á dejarse morir, si entrevé un solo rayo de esperanza.

Decidió Jacobo no entrar en la aldea; pero de la aldea no se apartaba su mirada.

¿Cómo habia de apartarse, si desde el amanecer no habia tomado alimento, y las seis noches anteriores las habia pasado á la intemperie?

Las humildes casas de aquel pueblecito fueron para sus ojos magníficos palacios.

¡Qué dichosos debian ser sus habitantes, á pesar de su pobreza!

Sí, dichosos, completamente dichosos, porque tenian pan, un solo pedazo de pan, y porque les era permitido reposar en sus moradas.

Además veia Jacobo cómo reflejaba el sol en los líquidos cristales de un arroyo que corria junto á la aldea.

¡Agua!...

El fugitivo se sentia abrasado por la sed, y el apagar ésta hubiera sido en aquellos instantes el mayor de todos los goces.

¿Seria causa de su perdicion aquel arroyo cristalino y de frescura tentadora?

Era posible que por apagar la sed, Jacobo cayera en manos de sus perseguidores.

Al fin empezó á dudar.

Si no tomaba ningun alimento, si no encontraba agua, al dia siguiente le seria enteramente imposible dar un solo paso, porque ya no tendria fuerzas para moverse.

Sucedió, pues, lo que era forzoso que sucediese: Jacobo se decidió á llegar hasta el arroyo, creyendo que despues de haber bebido tendria valor para alejarse de la aldea.

Sin más reflexion volvió á ponerse en marcha.

Sus pasos eran inseguros.

Avanzó el desdichado con cuanta rapidez le permitia su debilidad.

Al cabo de un cuarto de hora se encontró junto al arroyo.

Cerca de éste habia tres ó cuatro casas de muy pobre apariencia; pero á nadie se veia por allí.



Su actitud revelaba el abatimiento más profundo.

Arrodillóse el fugitivo, inclinóse, y sus abrasados lábios tocaron al fin el agua.

No es posible pintar la avidez con que bebió.

Sus ojos, antes apagados, brillaron nuevamente.

Exhaló un suspiro.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Por algunos minutos permaneció sentado sobre la blanda yerba.

Satisfecha la sed, sintió como nunca los tormentos del hambre.

Entonces miró á las humildes casitas, como si dudase en acercarse á ellas para pedir una limosna.

A la puerta de una de aquellas moradas vió entonces una persona, que debia haberse colocado allí mientras él bebia y descansaba.

Era una mujer que no tendria más de diez y ocho años.

Estaba sentada sobre una piedra.

Su actitud revelaba el abatimiento más profundo, y en su rostro se pintaba el más intenso dolor.

De vez en cuando levantaba la cabeza, y su mirada se fijaba afanosamente en un tortuoso sendero que se perdia entre los accidentes de la vecina montaña.

CAPITULO XXVI.

Las penas de la aldeana y la generosidad de Jacobo.

Se pintaba un sufrimiento tan intenso en el semblante de la jóven aldeana, que no podia mirársela sin sentirse conmovido.

No era menester observarla con mucha atencion para ver las señales que el llanto habia dejado en sus pálidas mejillas; pero en aquellos momentos sus hermosos ojos, pardos y expresivos, no dejaban escapar ni una lágrima.

El llanto se agota lo mismo que las fuerzas.

En fuerza de llorar, niegan los ojos al corazon el triste desahogo de las lágrimas.

No era posible que á Jacobo se le ocultase el triste estado de aquella criatura; y olvidándose de sus propios pesares, el esposo de Isabel se sintió conmovido.

Esto no es extraño en un alma tan noble como la suya.

Casi sin pensar lo que hacia, levantóse, dió algunos pasos, y se encontró junto á la aldeana, que permanecia inmóvil.

No se apercibió ella de la llegada del caminante.

Jacobo la contempló con ternura.

Así trascurrieron algunos minutos.

—¡Dios mio!—murmuró ella con acento angustioso y fijando otra vez la mirada en el sendero.

Y á los pocos instantes añadió:

—¡No viene!

—¡Pobre niña!—dijo entonces Jacobo.

La aldeana volvió la cabeza, miró al fugitivo y suspiró.

—¿Qué os sucede?—preguntó el caminante con acento cariñoso.—Sufrís mucho y vuestras palabras indican que esperais á alguien.

—Sí,—respondió la jóven como si hablase á una persona conocida.—Sufro mucho, y espero... ¡Ah!...

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos, y la voz se ahogó en su garganta.

—Si yo pudiese aliviar vuestros pesares...

—No,—murmuró tristemente la aldeana.

—Nada valgo, hija mia; soy un desdichado que necesita el auxilio de todos; sin embargo...

—Solo Dios puede remediar mi desgracia.

—Perdonad, pobre niña, si os pregunto: no me mueve una curiosidad importuna, sino el deseo de seros útil. ¿En qué consiste vuestra desgracia? Debe ser horrible, espantosa, porque así lo dice vuestro rostro, que en pocas horas debe haberse marchitado en fuerza de llorar.

—Sí, he llorado mucho en poco tiempo,—repuso la aldeana con sencillez;—he llorado mucho, y aún lloraré lo que me queda de vida.

—Para llorar hemos nacido.

—Sufro y no me quejo; pero sufro.

—¿La causa de vuestro dolor?...

—No tengo más parientes, ni amigos, ni apoyo que mi madre; no hay quien me ame como ella, ni tengo á quien amar como á mi madre amo.

—¿Y vuestra madre?

—Se muere.

—¡Ah!...

—Somos pobres, y en fuerza de súplicas pude conseguir que el cirujano de la vecina aldea viniese á ver á mi pobre madre; pero de nada ha servido, porque desde ayer que la sangró, su vida se acaba por momentos. Uno de nuestros vecinos, condolido de mi desgracia, fué hace más de tres horas á buscar otra vez al cirujano; pero no vuelve...

—¿Quereis permitirme ver á vuestra madre?

—¿Acaso vos?...

—Algo entiendo, y con la ayuda de Dios...

—¡Ah!...

—Si contáseis con el auxilio de un médico, no me ofreceria á serviros; pero si ha de estar completamente abandonada vuestra pobre madre...

—Venid,—replicó vivamente la jóven, poniéndose en pié.

Y un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

Jacobo la siguió.

Entraron en la casa, y bien pronto se encontraron en un miserable aposento, donde la enferma estaba en un lecho no ménos miserable.

Debia encontrarse en la agonía, en ese estado en que apenas se tiene conciencia ni aun de lo que se sufre, porque pareció no apercibirse de la presencia del esposo de Isabel.

Éste la miró atentamente, la pulsó, hizo algunas preguntas á la jóven, y despues de reflexionar, murmuró como si hablase para sí:

—La han matado.

—¿Qué decís? —preguntó afanosamente la jóven.

—Es grave el mal, muy grave...

—Ya lo veo... No tengo esperanza...

—Tampoco debeis perderla completamente.

—¡Dios mio!...

—Sí, rogad á Dios, mientras yo hago cuanto humanamente puede hacerse.

—Salvad á mi madre, salvadla y pedidme la vida...

—Tranquilizaos.

A pesar del hambre y del cansancio, Jacobo sintió renacer sus fuerzas, y sin detenerse salió de la casa despues de mandar que se calentase agua.

Pocos minutos despues volvió con unas yerbas.

Con la seguridad del que obra con perfecto conocimiento de causa, hizo cuanto era conveniente al peligroso estado de la enferma.

Una hora despues, ésta parecia más tranquila y empezó á recobrar el uso de su razon.

Imposible nos seria pintar el contento de la jóven.

Dejándose llevar del primer arrebato de su alegría, cayó á los piés de Jacobo, le cogió las manos, y se las besó y cubrió de lágrimas.

—¿Qué haceis, pobre niña?

—¡Dios os ha enviado!... ¡Ah!... ¿Con qué os pagaré?... Bendito seais, bendito seais...

—Está mejor; pero aún no se ha salvado.

Para dominar la emocion de su alegría tuvo la jóven que esforzarse más aún que para no dejarse arrebatar por su dolor.

—Os quedareis aquí,—dijo,—¿no es verdad?

Entonces fué cuando Jacobo pensó que tenia que alejarse; pero no atreviéndose á decirlo, guardó silencio.

—Sí,—añadió la aldeana,—os quedareis, porque sois noble y bueno, sois muy generoso, y no me abandonareis en este horrible trance, no dejareis sin acabar vuestra buena obra.

—Ya veis cuánto es mi deseo de salvar la vida de vuestra buena madre.

—Sí, sí.

—Pero me es imposible permanecer en este sitio.

—¿Por qué?—preguntó cándidamente la jóven.

Jacobo abrió la boca para decir que estaba perseguido y tenia necesidad de huir; pero se contuvo.

Decir que lo perseguian, era exponerse á ser delatado.

¿Quién sabe si la jóven, impulsada por el ciego fanatismo de aquella época, olvidaria los sagrados deberes que la imponia la gratitud, y creyendo agradar á Dios, entregaria á su bienhechor á la justicia?

Esto no era sorprendente que sucediera en aquellos tiempos de tristísima memoria.

—Somos pobres,—dijo la aldeana,—y no puedo ofreceros oro en pago de vuestros beneficios; pero...

Interrumpióse, exhaló un triste suspiro y dejó correr sus lágrimas.

—¡Pobre niña!

—Si los beneficios pudieran pagarse con el corazon...

—Sí, sí, con el corazon pueden pagarse los mayores beneficios.

—Tal vez para quedaros aquí teneis que abandonar otros intereses... Idos, caballero, idos, que la vida de mi madre no tiene valor para nadie más que para mí... ¡Dios mio!...

—Tengo que huir,—replicó Jacobo sin poder contenerse.

—¡Huir!...

—Sí, me persiguen; si me detengo...

—¡Que os persiguen!

—Pero no soy criminal,—se apresuró á decir el esposo de Isabel.

—No sois criminal y os persiguen...

—No, os lo juro.

—Os creo: un hombre que tiene un corazon como el vuestro, no puede hacer mal á nadie.

—Desde este momento mi vida está en vuestras manos.

—¡Vírgen Santísima!...

—Y mi vida significa la viudez de mi buena esposa y la orfandad de mi inocente hija, porque si se apoderasen de mí..,..

—Me haceis temblar.

—Una sola palabra puede perderme...

—¿Y por eso quereis iros?

—¿No os parece motivo bastante?

—No,—respondió la jóven,—porque aquí nada teneis que temer: yo os ocultaré...

—Si llegaran mis perseguidores y por casualidad preguntasen...

—Antes que decir que os he visto, me dejaria matar.

Y estas palabras las pronunció la jóven con tal acento de

seguridad y firmeza, que tranquilizaron completamente á Jacobo.

—Aunque hubiéseis cometido el mayor de los crímenes, yo no veria jamás en vos mas que al salvador de mi madre. Quedaos, quedaos para que yo pueda demostraros hasta qué punto soy agradecida.

—¡Noble corazon!

—No os ireis, ¿es verdad?

—Para ocultarme...

—Nadie os ha visto entrar, porque á estas horas mis vecinos están en el campo.

Meditó Jacobo.

Para quedarse encontró muchas razones: su deseo de hacer bien y la necesidad que tenia de alimento y descanso.

Lo segundo hubiera sido bastante para que cediese á las instancias de la jóven.

Ésta lo llevó á otro aposento, levantó un brazo y señaló á un desvan.

—Subíos ahí como os sea posible,—dijo:—os daré para comer lo que tengo.

—Ningun alimento he tomado desde esta mañana; pero me bastará un pedazo de pan.

—Algo mejor puedo daros...

—No lo necesito.

—Lo que no me es posible ofreceros es cama.

—No importa.

—Cuando lo creais necesario, bajareis á ver á mi madre.

—Descuidad.

—Yo os avisaré cuando no me haga compañía ninguno de mis vecinos.

—Sí, porque es preciso tener mucha prudencia: la más leve indicacion seria bastante para perderme: nadie tendria compasion de mí, porque es preciso que sepais que quien me busca son los esbirros de la Inquisicion.

—¡La Inquisicion!—exclamó la jóven con acento que revelaba el terror más profundo.

—Sí, quiero que lo sepais, porque si llegaran á descubrirme...

—No importa; os ocultaré, os protegeré, á pesar de los edictos, á pesar de todo. Dios vé mi corazon, conoce mis intenciones y me perdonará.

—¡Que os perdonará!... ¿Y de qué?

—Os persigue la Inquisicion...

—Y debo ser hereje, ¿no es verdad?—replicó Jacobo sonriendo con amargura.

—Dicen...

—Tranquilizaos, que yo os juro por la vida de mi hija, que soy católico.

La aldeana no hizo más observaciones; pero le parecia imposible que la Inquisicion cometiese el abuso de perseguir á un padre de familia que fuera inocente.

Para combatir este error era menester haber luchado con el ciego fanatismo de la jóven, y Jacobo, seguro de los nobles sentimientos de ella, calló tambien, disponiéndose á subir al camaranchon, lo cual hizo fácilmente colocándose sobre una mesa.

Pocos minutos despues, la jóven le llevó la frugal comida de que podia disponer, y que al fugitivo le pareció la más suculenta y delicada.

CAPITULO XXVII.

Un nuevo personaje.

Cuando Jacobo subió al desvan, empezaba á ocultarse el sol.

Entonces á bastante distancia, y en el sendero donde la jóven fijaba tan afanosamente sus miradas, levantóse un remolino de polvo, y bien pronto se distinguió un bulto negro, pudiendo verse despues que era un religioso, caballero en una mula de paso.

Antes de diez minutos llegó el viajero á la aldea y se detuvo á la puerta de la casa, que estaba al lado de la habitada por la enferma.

Descabalgó el reverendo, y dando un paso en el interior de la casa, dijo:

—Loado sea Dios.

Inmediatamente salió á recibirlo una vieja, que con voz destemplada y humilde acento, respondió:

—Por siempre alabado y bendito... No esperaba que vuestra merced honrase hoy esta pobre choza.

Y volviendo la cabeza, gritó:

—Juanillo... ¿dónde estás?... Ven, toma la mula de nuestro padre y cuida de ella.

El religioso bendijo á la huéspeda y la siguió al interior de la casa, como persona que no es la primera vez que entra allí, y aun como si tuviese derecho á entrar y á ser servido.

Ofrecióle la vieja un asiento, le preguntó por la salud con muestras del más vivo interés, y le dijo que iba á prepararle la cena.

A todo respondió el religioso con dulces palabras, y luego, cambiando de conversacion, dijo:

—¿No habeis recibido ningun aviso?

—Ninguno,—contestó la vieja.

—No importa.

—Por eso creí que no vendria vuestra merced hasta otro dia.

—Esta noche,—repuso el jesuita, porque tal era,—tendreis que velar, porque tal vez á deshora...

—Entiendo.

—Ya sabeis, hermana Camila, que para esto no tengo en Juanillo la más completa confianza.

—Y vuestra merced no ignora tampoco que yo no estoy satisfecha cuando otro hace por mí cualquiera cosa.

—Bien, dadme de cenar.

Camila salió para cumplir esta órden.

El jesuita, que frisaba en los cuarenta y cinco, y estaba por consiguiente en todo el vigor de tal edad, era de regular estatura, y aunque no grueso, bastante robusto y bien formado.

No habia más que observar sus enérgicos movimientos

para convencerse de que estaba dotado de una fuerza nada comun.

Sus facciones no presentaban nada digno de llamar la atencion: eran regulares, y solamente sus ojos hacian que su semblante no tuviera nada de vulgar.

Sus pupilas eran negras como el azabache y relucientes como carbunclos.

Su mirada tenia una viveza singular y era penetrante y dominadora, sin que se hubiera podido decir por qué.

Aquella mirada era irresistible ni por un segundo, y muy rara persona habia podido sostenerla frente á frente.

Esto es inexplicable: hay criaturas cuya alma parece ser de fuego y residir en los ojos.

¿Qué expresaba el semblante del jesuita?

Inteligencia, mucha inteligencia, y no ménos audacia.

Empero á pesar de que aquel rostro estaba muy lejos, nó solamente de lo horrible, sino aun de la fealdad, al mirarlo, hacia experimentar un sentimiento de repulsion tan inexplicable como el poder de su mirada.

Llamábase Fulgencio.

De sus antecedentes casi nada podemos decir, porque de un jesuita ha sido siempre muy difícil saber algo.

Su convento estaba en Zaragoza; pero ignoramos si en la comunidad representaba algun papel más importante que sus compañeros, si bien debemos decir que entre los individuos de la compañía de Jesús era muy raro encontrar uno que en cualquier concepto no fuese utilísimo á los intereses de la órden.

Tampoco sabemos por qué el padre Fulgencio iba de vez en cuando á la aldea, ni qué clase de relaciones tenia con la

vieja, que lo recibia en su casa como recibe el siervo al señor.

Hay que advertir que los jesuitas contaban en todas las clases de la sociedad con un gran número de personas de ambos sexos, que pudiéramos llamar afiliados, porque en realidad lo eran, y que estaban á todas horas dispuestos á obedecer ciegamente; tan ciegamente como que, por grave, por difícil de cumplir, ó por descabellada que fuese la órden que recibian, no hacian ninguna observacion, ni para que obedeciesen era menester darles explicacion alguna, sino que bastaban las palabras *ad majorem Dei gloriam*, que les servian de lema, y *para mayor gloria de Dios* eran capaces de hacerlo todo.

A esta frase mágica no resistian los afiliados; esta frase allanaba todos los inconvenientes y acallaba todos los escrúpulos.

Y efectivamente, á los fanáticos servidores ¿qué les importaba lo demás?

Podia suceder que aparentemente fuese criminal ó de bondad dudosa lo que se les mandaba ejecutar; pero una vez que se les aseguraba que era para la mayor gloria de Dios, no habia motivo de resistencia, puesto que todo puede hacerse, todo es legítimo, todo es bueno y santo cuando el fin es glorificar al Omnipotente.

Habia otras razones para que los afiliados fuesen ciegos instrumentos de los misteriosos planes de la compañía: sobre prestar un juramento, que bien puede calificarse de terrible, sabian perfectamente que la apostasía no quedaba nunca impune.

Para castigar á los traidores y aun á los que no mostraban el más ardiente celo, tenia la órden los medios de que

acabamos de hacer mencion, y por consiguiente no habia ninguno que pudiera librarse del golpe asestado á favor de la sombra y por la mano que debia parecerle más amiga.

Para que se comprendan los sucesos que hemos de referir, y no se califiquen de invenciones inverosímiles de la febril imaginacion del novelista, añadiremos que los jesuitas y los dominicos eran esencialmente antagonistas, de lo cual resultaba que entre la compañía de Jesús y la Inquisicion hubiese constantemente una lucha sorda y tenaz, aunque tan disimulada, que era muy difícil apercibirse de ella.

Acusando de hereje á San Ignacio, fundador de la compañía de Jesús, quiso la Inquisicion destruir en sus cimientos el gran edificio que debia levantarse.

No lo consiguió, porque San Ignacio, gigante de inteligencia, valía demasiado para no triunfar de sus necios perseguidores.

Empero no por esto cesó la lucha.

Los jesuitas no hacian la guerra al Santo Oficio como institucion, puesto que estaba en sus intereses sostenerlo; á lo que aspiraban era á los privilegios que tenia la órden de Santo Domingo, ó lo que es igual, al derecho de nombrar inquisidores, y serlo ellos única y exclusivamente.

Conseguido esto, hubiera sido tan ilimitado, tan absoluto, tan incontrarestable el poder de los jesuitas, que bien pudiera asegurarse que en pocos años habrian llegado á ser dueños del mundo.

De ello tenemos una prueba con solo recordar la época tristísima y hasta vergonzosa de la historia de nuestro país, la época horrible del rey de los hechizos, del desdichado Cárlos II; aquella época en que, empezando á triunfar como nun-

ca el jesuitismo, fué nombrado inquisidor general el padre Nithard, de la compañía de Jesús, y favorito de la reina madre.

¿Adónde no hubieran llegado los jesuitas si además de su poder hubiesen tenido la autoridad é influencia de la Inquisicion, autoridad tan omnímoda que en alguna ocasion osó levantarse sobre la santa del Sumo Pontífice, del legítimo representante de Dios, del que para los católicos debe ser mirado como la divina persona de Jesucristo?

Sí; para que se comprenda lo que era la Inquisicion, es preciso recordar que el Papa Sixto V fué sumariado por el Santo Oficio de España, y no solamente sumariado, sino que despues de su muerte, los inquisidores anularon uno de los santos breves de aquel Pontífice.

Fomentar la institucion del Santo Oficio, á la vez que se desautorizaba y aun desacreditaba á los inquisidores, hé ahí lo que se proponian los discípulos del eminente Loyola.

Ya iremos conociendo el objeto de las visitas que fray Fulgencio hacia á la vieja.

Le hemos oido preguntar si habia llegado algun aviso.

Esto se explica fácilmente.

Siempre que el jesuita iba á la aldea, tenia con otro personaje misterioso largas entrevistas.

La morada de Camila era el punto de reunion, elegido sin duda para que en la ciudad no se apercibiese nadie de aquellas conferencias.

Mientras Camila preparaba la cena, el padre Fulgencio miró á todos lados, examinando hasta los más insignificantes objetos.

¿Qué buscaba?

Tenia la costumbre de hacer esto mismo hasta cuando entraba en su celda.

No encontró nada nuevo, y entonces sacó un breviario, lo abrió y pareció entregarse á la lectura, aunque en realidad lo que hacia era meditar.

Antes de media hora volvió Camila con la cena, compuesta de manjares apetitosos.

El padre Fulgencio empezó á comer sin pronunciar una palabra.

Anocheció y la vieja encendió un candil, que colgó en la pared y cerca de la mesa donde cenaba con el mejor apetito el buen jesuita.

Cuando estuvo satisfecho su apetito, levantóse, tomó el candil, y dijo:

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, padre mio.

El padre Fulgencio, como quien está en su casa, sacó una llave, abrió una puerta y la volvió á cerrar despues de haber entrado en otro aposento.

Despues, con la misma llave, abrió una segunda puerta, encontrándose en una habitacion de regulares dimensiones, y donde habia una cama, una mesa y algunas sillas.

Como se vé, aunque Camila hubiera querido escuchar lo que allí se hablase, era imposible, porque entre la habitacion que ocupaba el jesuita y las de Camila, habia otra de bastante extension y las dos puertas de que hemos hablado.

El padre Fulgencio sacó algunos papeles y empezó á examinarlos.

Leyendo unas veces y meditando otras, dejó el jesuita que pasara el tiempo.

Trascurrieron más de cinco horas sin que diera muestras de impacientarse.

En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba el silencio más profundo.

Levantóse el padre Fulgencio, y con la cabeza inclinada y los brazos cruzados empezó á pasear á lo largo de la habitacion.

De pronto se detuvo, escuchó, y dijo:

—Debe ser él.

Debia tener un oido muy delicado, porque apenas se percibia mas que un ruido leve y lejano.

A los pocos segundos sonó éste más cerca y en breve cesó.

Luego llamaron á la puerta de la casa con golpes que á poca distancia no hubieran podido oirse.

Oyóse el chirrido de la cerradura.

El padre Fulgenio abrió las dos puertas y dejó el paso libre á un hombre, que por su vestido parecia ser un hidalgo.

El nuevo personaje no era otro que el hidalgo señor Alfonso.

Saludó al jesuita respetuosamente, le besó la diestra y luego se sentó, poniendo el sombrero sobre la mesa.

—¿Traeis los documentos?—preguntó el fraile.

—Sí, padre mio.

—Veamos.

—Antes os haré algunas observaciones.

—¿Sobre el asunto que nos ocupa?

—Sí, y nó.

—Explicaos, porque eso es incomprensible, y ya sabeis que yo soy algo torpe.

—Me explicaré.

—Ya os escucho.

—Lo que tengo que deciros no es más que una sospecha; pero nada se pierde porque la conozcais.

—Es verdad, nada se pierde por saber.

—Me refiero al hijo de la hermana Camila.

—¡Oh!...

—¿Teneis en él completa confianza?

—He tenido toda la que puede inspirar una criatura.

—¿Y ahora?...

—Observo, porque me parece oportuno observar.

El hidalgo desplegó una sonrisa de satisfaccion, sacó una caja de plata, ofreció un polvo de rapé al jesuita y él tomó otro, sorbiéndolo con delicia y diciendo despues:

—Veo que mis sospechas se confirmarán al fin, lo cual me halaga, porque eso prueba que he tenido acierto.

—Hermano, la vanidad es un pecado,—replicó el jesuita.

—No es precisamente vanidad,—repuso el otro algo confuso,—es la satisfaccion de ser útil á los intereses de la órden.

—Por lo demás, yo soy el primero que os reconozco una penetracion privilegiada, porque de ella habeis dado muchas pruebas.

—No... yo...

—Continuad vuestras explicaciones.

—Vuelvo á ellas.

—Y yo á escucharos.

—Pues bien; habeis de saber que ya hace bastante tiempo que me ocurrió la idea de que Juanillo no era completamente fiel.

—¿Y en qué os fundásteis?

—En nada.

—Proseguid.

—Me puse en observacion; pero no encontré motivos que justificasen mi desconfianza.

—¿Y al fin?...

—Tengo uno.

—¿Cuál?

—Hace tres dias, uno de mis criados, al volver á casa, me dijo: «Señor, os traigo noticias de la tia Camila.» Le pregunté quién se las habia dado, y me respondió que Juanillo, á quien habia encontrado por casualidad.

La frente del jesuita se contrajo ligeramente.

—Juanillo,—replicó,—ha ido á la ciudad y no os ha visitado...

—Eso mismo me llamó la atencion.

—Debísteis preguntar á vuestro sirviente en qué sitio habia encontrado al mozo.

—Se lo pregunté.

—¿Y la respuesta?...

—Fué para mí de mucha importancia.

—¿Dónde estaba Juanillo?

—Salia del convento de Santo Domingo.

—¡Del convento de Santo Domingo!—murmuró el jesuita, cuya mirada se hizo sombría.

—¿Comprendeis ahora, padre?

—Demasiado.

—Nada más he sabido que tenga importancia.

—Es bastante.

—Vos me direis lo que debo hacer.

—Nada.

—Ya sabeis que puedo disponer de criados de confianza que observen á Juanillo.

—Lo que conviene,—interrumpió el fraile,—no lo sabeis vos ni yo, lo sabe únicamente nuestro superior, y en cuanto á los medios que deban emplearse para esclarecer la verdad, tampoco son de nuestra incumbencia.

—No hago más observaciones.

—Ni os acordeis más del hijo de Camila.

—Sereis obedecido,—dijo humildemente el hidalgo.

El rostro del padre Fulgencio volvió á tomar la expresion que antes tenia.

—Los papeles,—dijo.

El hidalgo desabrochó su jubon y sacó un paquete de papeles, entregándolos al jesuita.

Éste los tomó y empezó á leer muy atentamente.

Volvió el hidalgo á sacar la caja del tabaco y á tomar otro polvo, mientras sonreia como un hombre que es completamente feliz.

Luego se acomodó en la silla, cruzó las piernas, descansó en la mesa un brazo y en la mano la mejilla, y se dispuso á esperar á que el padre Fulgencio terminara la lectura.

CAPITULO XXVIII.

Una rendija.

Jacobo cenó en el desvan y bien pronto sintió la necesidad de dormir.

Su capa debia servirle de lecho; pero antes de acostarse y por lo que pudiera suceder, quiso reconocer el lugar donde se encontraba.

Para un caso de apuro le hubiera convenido que el desvan tuviese otra salida.

Andando cuidadosamente, y á favor de la escasa claridad que subia del aposento, anduvo en todos sentidos por espacio de algunos minutos.

No encontró en ningun lado puerta ni ventana, y ya iba á dar por terminado el reconocimiento, cuando se apercibió que una de las paredes estaba medio destruida.

A juzgar por el sitio en que ésta se encontraba, debia ser la medianería del edificio inmediato.

Miró Jacobo y no encontró mas que tinieblas.

—Hé aquí,—pensó Jacobo,—lo que más bien que medio de salvacion puede ser nuevo peligro, porque si intentara salvarme huyendo por aquí, me encontraria con gente que de seguro no seria tan generosa como la de esta casa. Sin embargo, bueno será conocer perfectamente el terreno, porque si en ese otro desvan hubiese una ventana, me consideraria casi seguro.

El tabique que separaba ambos camaranchones estaba destruido en su mayor parte, y Jacobo pudo pasar sin dificultad ninguna y cuidando siempre de no hacer el más leve ruido.

Tampoco allí encontró ventana ni puerta que lo favoreciese en críticos momentos; pero cuando ya iba á retirarse, quiso la casualidad que viese algunos destellos de luz á través de las rendijas que dejaban las uniones de las tablas que cubrian el suelo.

Esto nada tenia de particular: aquellas tablas formaban el techo de las habitaciones que habia debajo.

Como la casa estaba habitada y habia cerrado la noche, era natural que hubiesen encendido luz.

¿Qué le importaba á Jacobo lo que habia bajo sus piés?

Sin embargo, ya fuese por un impulso espontáneo de curiosidad, ó por otra razon cualquiera, inclinó el cuerpo, buscó la más ancha de aquellas aberturas, y miró.

Inmediatamente se extremeció.

Acababa de ver al jesuita.

En su situacion y en aquellos momentos, un fraile tenia para Jacobo muchísima importancia; un fraile era para él entonces mucho más temible que un arcabuz.

¿Por qué estaba en aquel sitio el religioso?

¿Qué hacia enteramente solo y entregado á la lectura de manuscritos?

La abertura era bastante ancha, y como el techo tenia poca elevacion, pudo fácilmente el esposo de Isabel examinar el aposento, convenciéndose de que el jesuita estaba completamente solo y habia cerrado la puerta.

En realidad esto no tenia nada de extraño: los frailes viajaban con frecuencia y en todas partes tenian amigos que los hospedaran.

Jacobo concluyó por creer que la presencia del religioso no tenia ninguna importancia, doblemente cuando no le vió hacer cosa que infundiese sospechas de ninguna clase.

El cansancio y el sueño molestaban al fugitivo, y despues de algunos minutos de inútil observacion, volvióse á su desvan, acomodándose sobre su capa, hecha dobleces y haciendo almohada del sombrero.

No tardó en dormirse profundamente, y desde aquel momento no se oyó mas que el ruido de su respiracion violenta.

Así pasaron cinco ó seis horas.

Nunca habia dormido tanto Jacobo: sin embargo, hubiera seguido dos ó tres horas más entregado á quel sueño reparador si no le hubiese despertado la voz de la jóven aldeana.

Levantóse el alquimista, se acercó á la entrada del desvan, y preguntó:

—¿Hay novedad?

—Mi madre...

—¿Está peor?

—Se queja mucho, se revuelve sin cesar...

—Tranquilizaos.

—Perdonad que haya interrumpido vuestro sueño...

—Habeis hecho muy bien,—replicó Jacobo.

Y de un salto se puso en la habitacion, añadiendo:

—Veamos cómo está la enferma.

Fueron donde la anciana se encontraba.

El rostro de ésta habia cambiado de expresion, ó para hablar con más exactitud, era ya expresivo.

Sus pupilas, antes sin brillo y dilatadas, se habian contraido.

Como habia dicho la jóven, su madre se quejaba sin cesar, moviéndose frecuentemente como si no se encontrase bien en ninguna postura.

—Debe sufrir mucho,—dijo María, porque éste era el nombre de la hija.

—Sufre más que antes,—respondió el fugitivo,—porque ahora siente más.

Y despues de examinar cuidadosamente á la anciana, añadió:

—Dad á Dios gracias...

—¿Qué decís?

—Ya teneis madre.

María no pudo contener un grito.

Cayó de rodillas, cruzó las manos, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—¡Vírgen Santísima, Dios misericordioso!—exclamó con voz ahogada.

La paciente volvió la cabeza y miró á su hija, diciendo:

—Hija mia... ¿Qué haces? ¿Dónde estás?... Ya te veo... rezas...

—Sí,—replicó la jóven levantándose, acercándose al lecho, y besando repetidas veces el rostro lívido y desfigurado de su madre;—sí, rezo para dar á Dios gracias porque os habeis salvado...

—¿Quién te acompaña?—preguntó la enferma, volviendo los ojos hácia el alquimista.

Éste retrocedió hasta colocarse en el rincon más oscuro.

La jóven, que estaba dotada de una imaginacion muy viva, comprendió instantáneamente que no debia decir la verdad á su madre, porque era fácil que ésta, en el estado en que se encontraba, cometiese una imprudencia, por lo cual, sin detenerse, respondió:

—Es nuestro vecino, el tio Pedro, que me hace compañía desde esta tarde.

—¿Y por qué no se acerca?

—No os conviene hablar.

—Dices que se ha salvado mi vida...

—Sí.

—Me siento mucho peor...

—A pesar de eso estais mucho mejor.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo la anciana.

Y exhalando un penoso suspiro, cambió otra vez de postura y cerró los ojos.

Jacobo salió del aposento, haciendo seña á María para que lo siguiese.

Cuando estuvieron en el inmediato, dijo el primero:

—Dios ha querido ayudarme, ha escuchado mis súplicas á pesar de que me acusan de hereje, y nada teneis que temer por la vida de vuestra madre.

—A vos os la debe...

—Al Omnipotente nada más; al Omnipotente, de quien yo he sido el instrumento, el medio de que se ha valido y no otra cosa. ¿Qué podríamos hacer las pobres criaturas sin el auxilio divino?

—Pero vos, por salvar á mi madre, os habeis quedado, quizá con riesgo de vuestra vida.

—He cumplido mi deber.

—Eso es más que cumplir un deber....

—Hablemos de otra cosa que puede interesarme mucho.

—Decid.

—¿Quién habita en la inmediata casa?

—Una viuda muy temerosa de Dios, y de la que dicen que es poco ménos que una santa.

—¿Tiene familia?

—Un hijo, mozo de unos veinticuatro años, que es tambien honrado y trabajador, aunque sucede con él una cosa muy rara.

—¿Qué es ello?

—A nadie ha hecho mal ni dado á nadie motivo de queja, y sin embargo, ningun mozo del lugar es verdadero amigo suyo.

—¿Y no sabeis en qué consiste eso?

—Sin duda su carácter... A mí tambien me sucede lo mismo: no sé por qué me desagrada que se acerque á mí. Dios me perdone; pero no puedo quererlo tanto como merece por su honradez.

Jacobo reflexionó.

No le fué difícil explicarse lo que decia la aldeana; pero no hizo ninguna observacion, porque María, aunque dotada de entendimiento claro, no hubiera podido comprenderlo.

Despues de algunos instantes, preguntó el esposo de Isabel:

—¿No suele visitar un fraile á esa familia?

—Alguna vez.

—Un jesuita...

—Sí.

—¿Y no sabeis ó sospechais con qué fin viene á ver á la viuda?

—Nadie ha encontrado nada de particular al ver que cuando el fraile pasa por la aldea, se hospeda en esa casa, como pudiera hacerlo en cualquiera otra.

—¿Lo habeis visto venir hoy?

—Hoy no he podido ver nada, porque no me he ocupado más que de mi madre.

—Decís que la viuda goza opinion poco ménos que de santa...

—Sí.

—Y que el hijo tiene un carácter, un aspecto que repele sin saber por qué...

—Eso he observado.

—Os haré una advertencia.

—Cuantas os parezcan bien.

—Ahora importa más que nunca guardar el secreto de mi estancia aquí.

—¿Por qué?

—El jesuita está en la vivienda de la viuda, y esta circunstancia debemos tenerla presente.

—¿Cómo lo sabeis?—preguntó la jóven sorprendida.

—Lo he visto.

—¡Que lo habeis visto!

—Sí.

María miró á Jacobo como si empezase á creer que éste era efectivamente brujo, hechicero ó cosa parecida.

—Tranquilizaos,—repuso el esposo de Isabel, sonriendo con dulzura;—no tengo ojos de lince, ni estoy en relaciones con Satanás.

—¡Jesús!...

—He visto al fraile por entre las tablas del suelo del otro desvan.

La jóven respiró como si se sintiera libre de un peso enorme.

—Y bien,—replicó luego,—¿qué tiene que ver el buen padre con la mayor reserva que me encargais ahora?

—Un fraile es un hombre de más talento, y sobre todo de más perspicacia que los sencillos aldeanos vuestros convecinos, y por consiguiente, una palabra indiscreta que para nadie tuviese valor, tendria mucho para él, y le permitiria comprender lo que otros no pudiesen adivinar.

—Bien: sea como fuese, os he prometido guardar el secreto, y mi promesa la cumpliré, porque le habeis salvado la vida á mi madre.

Jacobo dió las gracias á la jóven y volvió al desvan, donde pensaba seguir oculto hasta que su presencia en aquella casa no fuera indispensable para que la enferma recobrase la salud.

Acostóse; pero no pudo conciliar el sueño en seguida.

Desde que habia visto al fraile no estaba tranquilo.

—Mis temores son vanos,—dijo para sí,—necesito descansar, y debo hacer lo posible por dormir. Dios sabe cuándo encontraré otra ocasion de reposar al abrigo de la intemperie.

Pasó media hora.

Aunque confuso y lejano, oyó ruido.

Incorporóse y escuchó.

Pocos minutos despues, sintió como si se abriesen y cerrasen las puertas en la casa inmediata.

—¿Se irá el jesuita?—murmuró.

Levantóse, y á tientas se dirigió al otro desvan, mientras decia:

—No sé por qué me ha llamado la atencion el fraile. Verdad es que las noticias que de esa familia me ha dado María son de algun interés. Ella no comprende todo el valor de sus pocas palabras; pero yo las aprecio como debo.

Llegó al sitio donde las mal unidas tablas le permitian ver.

Púsose en observacion, precisamente cuando el hidalgo comenzaba á manifestar sus sospechas sobre Juanillo.

La conversacion que hemos referido fué un rayo de luz para Jacobo.

Tenia sobrada inteligencia y conocimiento del mundo para no adivinar el objeto de la reunion de aquellos dos hombres.

Lo que el fraile y el hidalgo hacian no era en suma sino preparar alguna emboscada á un inquisidor.

En la mente de Jacobo surgió una idea tan atrevida como importante.

—Si yo,—pensó,—pudiera hacerme dueño de un secreto que interesara á mis crueles perseguidores... ¡Oh!... Esto seria un arma terrible, que si no me servia para herir, me serviria para defenderme.

No le ocurrió pensar que semejantes armas suelen ser

más peligrosas para el que las tiene que para aquel á quien deben dirigirse.

Un secreto de gran interés para los inquisidores ó para los jesuitas era una sentencia de muerte.

El dia que Jacobo, para defenderse, amenazara, los amenazados le condenarian á morir, concluyendo así, no solamente con el arma, sino con el brazo que la blandia.

Empero el esposo de Isabel no tenia tiempo para reflexionar, y aun teniéndolo, es preciso no olvidar que en su crítica situacion era fácil que se perturbara su entendimiento.

Tal vez su desgracia era mayor al sorprender el secreto de los jesuitas; pero en vez de una desgracia, lo consideraba esto una fortuna.

Como la rendija, aunque bastante ancha, no le permitia á Jacobo ver y escuchar al mismo tiempo, cuando los otros dejaron de hablar, él se concretó á mirar tan afanosamente como el caso lo exigia.

¿Qué documentos eran los que el hidalgo habia entregado al fraile?

Jacobo esperaba conocer completamente el secreto.

Momentos hubo en que se creyó al abrigo de todas las persecuciones, y recobró por completo la tranquilidad.

—¡Ah!—dijo para sí.—Tal vez dentro de muy pocos dias estrecharé entre mis brazos á mi esposa y á mi hija; tal vez dentro de muy pocos dias podré entregarme nuevamente á mis estudios, y si Dios me ilumina, perfeccionaré mi invento, con el cual conseguiré las tres cosas que más pueden halagar á un hombre: la satisfaccion de haber hecho á la humanidad un inmenso beneficio, la gloria para mi nombre y las riquezas para el bienestar de mi familia.

Media hora despues desplegó el jesuita una sonrisa de júbilo incomparable.

Dejó los papeles sobre la mesa, y fijó su penetrante mirada en el hidalgo.

Quizá entonces iba á ser la conversacion más interesante que nunca.

Jacobo escuchó con afan.

CAPITULO XXIX.

El jesuita y el hidalgo siguen la conversacion.

El hidalgo sonrió tambien; pero como se rien los tontos, es decir, una risa de esas que no reconocen más causa que la risa de otro, y que nada expresan, nada indican, que son, en fin, la prueba más clara de la estupidez.

—¿Qué os parecen esos apuntitos?—preguntó, sacando por la quinta vez la caja del tabaco.

—Tenemos andada una parte del camino...

—Una gran parte, ¿no es verdad?

—Al contrario, muy pequeña.

—Yo creo que con eso...

—Con esto,—interrumpió el jesuita poniendo la mano sobre los papeles,—con esto y bastante más, puede empezarse á minar el cimiento, á destruirse la base, porque es preciso buscar la base y pulverizarla, para que el coloso se hunda de una vez.

—Vuestro talento no tiene igual.

—El mérito de estas observaciones no es mio, sino de nuestro superior,—repuso humildemente el jesuita.

—¿Es decir, que la empresa?...

—Es muy difícil.

—Ya lo veo, puesto que asegurais que esto no basta.

—No, no basta, ni para hacer que una simple sospecha tenga valor.

—¡Oh!—exclamó el hidalgo abriendo desmesuradamente los ojos y arqueando las cejas.

—Esto lo comprendereis con solo pensar que el abate se encuentra en Madrid y nosotros en Zaragoza, y por consiguiente que para hacer llegar allí lo que aquí es de mucha importancia, hay que sacrificar algo de su valor. Las cosas vistas de lejos, pierden mucho.

—Os sobra la razon.

—La piedra que se arroja de lejos no hiere con tanta fuerza como la que desde cerca se tira.

—Pues esa observacion tan oportuna no es seguramente de nuestro respetable superior.

—Prosigamos.

—Sí, sí.

—Se examinará el asunto, y si se cree conveniente, en seguida pasará á nuestros hermanos de Madrid.

—Y ellos...

—Continuarán la obra.

—Debo recordaros que mi situacion especial nos ofrece grandes ventajas.

—No olvido que debe considerárseos como á dos personas, y que tanto podeis hacer en Madrid como en Zaragoza.

—Perdonad si os hago una observacion.

—Decid.

—En Madrid ha de hacerse todo, y sin embargo, se me hace venir á todo prisa, en vez de entregar allí esos papeles.

—Hermano, si vos no comprendeis eso, yo tampoco: ambos obedecemos, y nada más; y ya sabeis que para mayor gloria de Dios hemos jurado obedecer como cadáveres.

Él hidalgo inclinó la cabeza.

—¿Quereis,—preguntó,—que hablemos de don Martin de Quiñones?

—¿Y para qué?... Don Martin nos conoce, nosotros le conocemos...

—Esas han sido sus palabras.

—Llegará un dia en que le convenga servirnos, y nos servirá: por ahora olvidaos de él.

—¿Y fray Tadeo?

—Tambien nos será muy útil; pero sin que estemos de acuerdo con él. Tened presente que es dominico.

—A pesar de eso...

—Y además muy astuto, muy malicioso...

—Eso dicen.

—La reputacion de Florentin no es de las que se hieren de un solo golpe.

—Es menester muchos, teneis razon.

—Es preciso la gota de agua que lentamente carcome.

—¡Admirable comparacion!—exclamó el hidalgo.

Y sacó su caja, tomó un polvo, la presentó al jesuita, y añadió:

—Tomad, tomad... Es exquisito...

—Gracias, hermano.

—¿Con que decíais?...

—Decia que habeis prestado un gran servicio; pero que todo esto no es bastante para conseguir lo que deseamos.

El hidalgo hizo un gesto, con el cual reveló que su vanidad estaba mortificada.

El padre Fulgencio aparentó no apercibirse de semejante cosa.

—Ahora,—dijo el primero,—indicadme la conducta que debo seguir.

—Nada teneis ya que hacer mas que esperar.

—¡Esperar solamente!...

—Sí.

—Eso no es hacer nada.

—Despues de haber hecho mucho, debe descansarse.

—Padre mio, nunca me canso de servir á Dios.

—Lo que decís no me sorprende, porque vuestro celo es conocido de todos.

—Cuando pasa un dia sin hacer algo, no estoy tranquilo.

—Pronto se os dará ocupacion.

—Os lo agradeceré.

El jesuita meditó, y luego dijo:

—Ya es muy tarde.

—A vuestro lado las horas me parecen minutos.

—Debeis iros á descansar.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Os avisaré cuando sea necesario.

El hidalgo se puso en pié, tomó su sombrero y arregló la capa sobre sus hombros.

El padre Fulgencio abrió las dos puertas, y lo despidió afectuosamente.

Luego volvió á cerrar, sentóse, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

—¡Florentin!—murmuraba entretanto Jacobo.—Conozco sú nombre. Es el mismo que reveló á mi amigo el secreto de lo que contra mí se preparaba... ¡Oh!... Es un hombre que vale mucho y que ejerce una influencia poderosísima. Han hablado tambien de un dominico que se llama Tadeo: será algun inquisidor... ¿Qué significa todo esto?

Jacobo reflexionó tambien.

—Lo que no debe dudarse,—pensó,—es que se prepara un golpe terrible contra el abate Florentin. Esos papeles deben ser un arma terrible... ¡Si yo los poseyera!

Desear esto, era desear un imposible.

Bastante haria el fugitivo con huir y ocultarse, y no era poco hacer.

Aun cuando no hubiera estado perseguido, le habria sido imposible entablar una lucha con un jesuita, que era lo mismo que entablarla con todos los individuos de la compañía de Jesús.

Pero por lo mismo que se encontraba en tan desesperada situacion, imaginaba planes tan descabellados y tenia deseos tan irrealizables.

Trascurrieron diez minutos.

El padre Fulgencio levantó la cabeza.

Miró los papeles que tanta importancia parecian tener, y dijo á media voz:

—¿Qué haré con esto?... No me conviene llevarlo, y dejarlo aquí tampoco es prudente... Sin embargo, si alguien encontrase estos documentos, no seríamos nosotros los perjudicados, y todo lo que podria suceder seria perder algun tiem-

po, si es que las manos en que ca yesen no nos ayudaban para tranquilizar su conciencia.

Púsose en pié, empezó á pasear, y añadió:

—Ya no tengo duda de que el hijo de Camila es un traidor; pero no importa, porque un abuso claro y manifiesto nos daria derecho para castigarlo. Sí, estoy decidido; aquí quedarán los documentos hasta que convenga sacarlos. Tal vez me espian... ¿Quién sabe lo que puede suceder?... Estos papeles no deben encontrarse en mi poder.

El padre Fulgencio separó del sitio en que estaba un pesado arcon de nogal.

Luego se inclinó y levantó uno de los ladrillos que habian quedado descubiertos y que servia de tapa á un hueco en cuyo fondo brillaba un objeto.

Introdujo el jesuita allí la mano, sacó una caja bastante grande de hojalata, la abrió y metió en ella los papeles, volviendo á colocarla en el hoyo, y cubriendo éste con el ladrillo.

En seguida puso en su sitio el arcon.

—Ahora, descansemos hasta el amanecer.

Despojóse de sus hábitos, dió un soplo á la luz y se acostó.

Pocos minutos despues, su respiracion indicaba que dormia profundamente.

Jacobo permaneció inmóvil largo rato.

—Veamos,—dijo.

Y empezó á recorrer á gatas el desvan, palpando las tablas.

¿Qué intentaba?

No es posible adivinarlo.

No sabemos si encontró lo que buscaba: lo único que po-

demos decir es, que al cabo de un cuarto de hora volvió al otro desvan y se dejó caer sobre la capa.

No durmió.

Tenia demasiado en qué pensar, y como ya habia descansado, le hubiera sido imposible conciliar el sueño.

Verdad es que tampoco queria dormir.

Ningun ruido volvió á interrumpir el profundo silencio de aquella morada.

Los dulces resplandores de la aurora empezaron á disipar las tinieblas que durante la noche habian sido dueñas absolutas del inmenso espacio.

Jacobo abandonó el improvisado y duro lecho.

Escuchó, y creyendo que no encontraria mas que á la jóven aldeana, salió del desvan.

No se equivocó.

María, que habia pasado la noche al lado de la cama de su madre, lo esperaba con impaciencia.

—¿Y la enferma?—le preguntó el alquimista.

—Duerme.

—Entonces...

—¿Creeis que se ha salvado?

—Sí,—respondió Jacobo.

Pero reflexionando un instante, añadió:

—Sin embargo, no es prudente abandonarla, porque hay peligro de una recaida.

—¡Dios mio!...

—Tranquilizaos, porque con cuidado y esmero no hay nada que temer.

—Pero si os vais,—dijo tristemente María,—no sabré qué hacer.

—Si os atreveis á seguir ocultándome, no me iré.

—¡Que si me atrevo!... ¿Hay algo que yo no haga por la vida de mi madre?

—Pues bien; me quedaré.

—¡Gracias!...

—No tengo que advertiros que vuestra madre...

—No sabrá que estais aquí.

—Le hago la justicia de creer que me ampararia lo mismo que vos.

—No os equivocais.

—Pero en su estado de debilidad y trastorno...

—Entiendo.

—Permaneceré oculto en el desvan.

—Es lo más prudente, porque antes de una hora empezarán á venir nuestros amigos para saber cómo se encuentra mi madre.

—Si algo os ocurre, llamad.

—Subid, que voy á prepararos el almuerzo.

—No me deis mas que un pedazo de pan.

—A Dios gracias, puedo ofreceros algo mejor.

Jacobo volvió á su escondite.

CAPITULO XXX.

Donde daremos á conocer al hijo de la viuda y un nuevo plan del jesuita.

Juanillo, como habia dicho María, era un mozo de veinticuatro años, de rudo aspecto, de estatura escasa, pero de constitucion robusta y fuerte.

Una cabellera negra, encrespada y abundante coronaba su frente, que era muy estrecha, pareciéndolo aún más por la espesura de sus cejas bastante salientes, y bajo las cuales, en el fondo de unas órbitas muy cóncavas, relumbraban unos ojos perfectamente redondos, de color pardo oscuro y sombría mirada.

El resto de sus facciones no ofrecia nada de particular; pero la expresion de su rostro, moreno y tostado por la accion del sol, no era nada agradable, consistiendo esto en que casi siempre estaba contraido, y muy principalmente en que nunca miraba de frente á la persona con quien hablaba.

A juzgar por el exterior, dos cualidades debian distin-

guir á Juanillo: la más refinada malicia, y como consecuencia inevitable, la desconfianza más exagerada.

Debia ser imposible hacer creer á Juanillo en la amistad ni el amor, no porque dudase de la existencia de estos nobles sentimientos, sino por la dificultad de convencerse de haberlos merecido, porque no creia en la sinceridad de nadie, y siempre temia ser engañado.

Ni aun su madre consiguió inspirarle confianza.

Juanillo, si bien creia en el amor maternal, dudaba del de su madre.

Verdad es que era muy dudosa la sinceridad y nobleza de sentimientos de Camila.

A no ser por semejantes cualidades, tiempo hacia que el aldeano hubiese solicitado el amor de la encantadora María, porque es preciso advertir que la rara belleza de la jóven le habia inspirado al mozo una pasion bastante intensa; pero como siempre le sucedia, temia ser engañado; y no solamente no dijo una palabra de amor á su vecina, sino que ocultó, disimuló tan cuidadosa y perfectamente sus sentimientos, que ni la jóven ni nadie los adivinó.

Juanillo hablaba muy poco, lo absolutamente preciso, y rara vez daba contestaciones categóricas, ni aun cuando se le preguntase sobre el asunto más sencillo.

Estaba en buena armonía con todos; pero con nadie tenia verdadera amistad.

Si gozaba ó sufria, lo ignoraban todos; porque para sí guardaba sus penas lo mismo que sus alegrías; de lo cual resultaba que los jóvenes de su edad tampoco fuesen con él francos y espansivos, ni mucho ménos que depositasen en él esos secretos inocentes, pero muy interesantes para la juven-

tud, que mutuamente se confian los amigos para desahogar el corazon.

No sin razon el jesuita miraba con recelo al hijo de la viuda.

Las observaciones del hidalgo eran tambien muy oportunas, porque tenian gran significacion las visitas del mozo al convento de Santo Domingo.

Desde que esto supo el padre Fulgencio, dijo para sí:

—En esta casa tenemos un aliado y un enemigo. Nosotros podemos contar con la madre; pero ellos cuentan con el hijo. ¿Quién tiene hoy por hoy más ventajas?

Juanillo no era un enemigo muy temible por su inteligencia; pero en compensacion de su falta de entendimiento, estaba dotado de la astucia del zorro.

Además, bien instruido, podia hacer mucho, y sobre todo, los jesuitas conocian la sábia máxima, de que no hay enemigo pequeño ni despreciable.

En aquella ocasion, el padre Fulgencio habia cometido una torpeza, ó por lo ménos un descuido, no preparándose á recurrir al medio infalible de hacerse dueño absoluto de Juanillo, y este descuido era tanto más imperdonable, cuanto el reverendo conocia perfectamente el lado flaco del mozo.

La avaricia era la pasion dominante en el alma de Juanillo, si bien habia tenido cuidado de ocultarla, y solo el jesuita la habia traslucido, pues ni la viuda habia llegado á comprender que su hijo era codicioso.

Sin embargo, el descuido del padre Fulgencio tenia su explicacion: muy rara vez los jesuitas se hacian dueños de nadie por medio del dinero.

En esto obraban con el acierto que les era propio.

Y en efecto, ¿qué seguridad puede haber en quien nos sirve solo por el dinero?

Por crecida que sea la cantidad con que pagamos, otro puede ofrecer mayor cantidad.

El oro no sirve en tales casos mas que para comprar á un hombre cuyo servicio termine inmediatamente, no dando tiempo á la traicion; pero no para que sea siempre leal, porque el que se vende, sirve al que más largamente le paga.

Hé ahí explicado por qué el padre Fulgencio no habia querido explotar la avaricia de Juanillo.

Desconfiaba de él, temia que se entregase á los contrarios, y estaba en observacion; pero nada más.

Al sonreir la aurora, Juanillo dejó la cama, dió los buenos dias á su madre, y ensilló la mula del reverendo, teniéndola de la rienda fuera de la casa.

El fraile abrió las dos puertas de su habitacion, y Camila le presentó el chocolate.

Mientras lo tomaba, dijo á la viuda:

—¿Y vuestro hijo?

—A la puerta, esperando con la cabalgadura.

—¿Tiene necesidad de ir estos dias á Zaragoza?

—Por ahora no: estuvo hace poco para algunos encargos.

—¿A quién conoce en la ciudad?

—A nadie más que á nuestro arrendador y á uno de los criados del señor Pedro Atienza.

—¿Estais segura de ello?

—Así lo creo, padre.

—Bien.

—¿Por qué lo preguntais?

—Para saberlo,—respondió severamente el fraile.

La viuda inclinó respetuosamente la cabeza, y dijo:

—Perdone vuestra merced, que lo he preguntado sin pensar lo que decia.

—Pues no olvideis, hermana, que son muy peligrosas las palabras dichas sin meditacion.

—Ya sé, padre mio, que en los libros santos, si no estoy trascordada, se dice que la criatura deberia tener el cuello tan largo como la cigüeña, porque así, antes de que las palabras llegasen á los lábios, habria tiempo de meditarlas.

—El consejo es prudente.

—No lo olvidaré.

—Voy á daros otro, del cual, bajo delito de perjurio, no podreis hablar á nadie.

Camila volvió á inclinar la cabeza.

El fraile añadió:

—Nadie está tan expuesto á quemarse como el que está cerca del fuego.

—Sin duda.

—De esto deducireis que nadie está en mayor riesgo de abrasarse en las santas hogueras de la Inquisicion, como el que más se aproxima á ellas, ó á los inquisidores, que es lo mismo, y de esto teneis la prueba en los dos últimos autos de fé, donde vísteis perecer en las llamas un familiar y dos alguaciles del Santo Oficio.

—Muy cierto.

—Vuestro hijo venderia el alma por unos cuantos escudos.

—¡Padre!...

—Escuchadme con calma.

—Escucho.

—Vuestro hijo no está lejos de los inquisidores, y por consiguiente está cerca de las hogueras.

—¡Dios mio!...

—Yo velaré por él, descuidad; pero es preciso que observeis muy cuidadosamente...

—Pero...

—No tengo más que deciros,—replicó el fraile.

Y tomando el último sorbo de chocolate y bebiendo agua, se levantó.

Camila quedó como anonadada.

¿Qué significaban las indicaciones del jesuita?

Por más que fuese una mujer sin corazon, aunque el amor maternal no era en ella tan intenso como en otras mujeres, al fin Juanillo era su hijo, y sobre todo, para que temblase habia una razon de mucha importancia. Si su hijo caia en manos de los inquisidores, ella tambien tendria que sufrir, porque no la dejarian tranquila.

Salieron, cerrando el jesuita las dos puertas, y guardando la llave.

Cuando estuvieron fuera de la casa, encontraron á Juanillo con la mula; pero tan preocupado, que no se apercibió de los que llegaban.

¿En qué pensaba?

No eran solamente sus pensamientos los que lo tenian tan distraido, sino más bien lo que veia; porque en aquellos momentos, María se encontraba á la puerta de su casa hablando con una vecina sobre la enfermedad de su madre.

El mozo habia fijado una mirada ardiente y profunda en la jóven, aprovechando la ocasion de encontrarse ésta ocupada con las vecinas y no apercibirse, por consiguiente, de

que el otro la contemplaba con tan significativa expresion.

El jesuita, que segun hemos visto, por donde quiera que iba lo observaba todo, al advertir la distraccion de Juanillo, volvió los ojos hácia donde éste los dirigia, sin necesitar más explicaciones para comprenderlo todo.

Antes de dar tiempo á que Camila llamase la atencion de su hijo, el padre Fulgencio exclamó:

—¡Ah!... Se me olvidaba... Venid.

Y retrocedió, seguido de la viuda, volviendo á su habitacion.

Una vez allí, abrió el cajon de la mesa y aparentó que buscaba un papel entre varios que allí habia.

Entretanto dijo:

—Varias veces he querido haceros una pregunta, y siempre se me ha olvidado.

—Pues ahora que se acuerda vuestra merced...

—Necesito conocer algunas circunstancias de vuestras vecinas.

—¿Cuáles de ellas?

—Esas que viven en la casa de este lado, y que si mal no recuerdo, me habeis dicho ser una pobre viuda con una hija.

—Sí, la Bonifacia Lopillo, viuda de Anton Gutierrez, á quien Dios haya perdonado.

—Eso es, Bonifacia y María, muy honradas, segun me dijísteis.

—No salen de casa mas que para trabajar y cumplir sus deberes de cristianas.

—Es extraño.

—Pues á mí no me sorprende, pues vuestra merced me ha oido repetir, que fuera de la condenada bruja que para

servicio de Dios y nuestro bien quemaron el año pasado, no hay en todo el lugar quien no sea buen católico.

—No hablo de eso, sino de que es raro que una jóven tan bella y tan virtuosa no haya encontrado marido.

—Los tiempos están muy malos, y apenas pueden ganar los hombres para vivir; de modo que antes de casarse lo piensan mucho y no se deciden á echarse encima obligaciones, si la mujer no tiene un pedazo de pan.

—Pues esa muchacha puede ser la más rica de toda la aldea.

La viuda miró con expresion de profunda sorpresa al jesuita.

Lo que éste decia era para sorprenderse.

¡Rica María, la más rica de la aldea!

¿Cómo se explicaba esto?

—Tanto es posible,—añadió el padre Fulgencio,—cuanto que no es menester más sino que yo quiera.

—Si vuestra merced no hubiera de llevar á mal mi pregunta...

—Os aclararé el misterio y vereis que todo ello es cosa muy sencilla.

—Si he de hablar con franqueza, tengo curiosidad de saber eso.

—Uno de mis hijos de confesion, hombre muy rico, para cumplir en todas sus partes la penitencia que le impuse, tiene que hacer una obra de caridad. Me consultó sobre este punto; pero no quise aconsejarle, porque cualquiera que fuese el beneficio que hiciera, habia de ser agradable á Dios. Despues de bien meditado, ha decidido destinar quinientos ducados para dote de una doncella honrada, huérfana de padre, y pobre;

pero á condicion de que se case con un hombre muy honrado tambien y buen cristiano.

—Empiezo á entender.

—Como yo tengo ocasiones de conocer mejor la conciencia de muchas personas, me ha hecho depositario de los quinientos ducados, rogándome que los entregue á quien mejor me parezca.

—Ya.

—Esa jóven es buena.

—Lo es.

—Pobre.

—Mucho.

—Trabaja y puede decirse que es el sosten de su madre.

—Sí, sí,—repuso Camila, esforzándose para ocultar la envidia que empezaba á roerle el alma.

—Si se decidiera á ponerse bajo mi direccion espiritual para que yo quedara convencido de su virtud...

—Tal vez... aunque desde niña se confiesa con el señor cura...

—Eso no importa.

Camila hizo un gesto como indicando que nada tenia que ver en semejante asunto.

El jesuita, como si no adivinase lo que pasaba en el alma de la viuda, añadió:

—Hé aquí una ocasion de que Juanillo hiciese su fortuna.

—¿Cómo?

—Casándose con esa jóven.

Los ojuelos de Camila brillaron como dos carbunclos.

—¡Ah!—exclamó.

—¿No os parece bien?

—Lo que me parece es, que no merecemos tantos favores de vuestra merced.

—Parece imposible que una mujer como María no le agrade á vuestro hijo.

—Lo ignoro.

—Pensadlo, esplorad el ánimo de Juanillo, y decidme lo que os parezca.

—¿Qué ha de parecerme sino una fortuna?...

—Entonces...

—Pero ella...

—Tambien aceptará si se le hace ver su conveniencia. ¿Y quién sabe si ya se miran con interés?... Dejad este asunto á mi cuidado.

—¿Y qué he de hacer?

—Lo que sea conveniente para que yo hable con la anciana madre de María, sin que esto llame la atencion de nadie.

—Está enferma tan gravemente, que anoche creimos que se moria.

—Es una desgracia; pero ninguna ocasion mejor para que la jóven piense en su porvenir.

La vieja exhaló un suspiro, no de dolor por la desgracia de sus vecinos, sino porque le parecia imposible que se realizase tan gran fortuna.

El padre Fulgencio meditó algunos momentos.

—¿Está,—dijo luego,—gravemente enferma?

—Sí.

—¿No tendrá médico?...

—Vino anteayer el cirujano y la sangró; pero en vez de mejorarse...

—Bien, bien.

—La pobrecita...

—¿Habeis preguntado cómo se encuentra hoy?

—No, padre.

—Pues id á saberlo.

Salió Camila.

—La codicia,—murmuró el jesuita,—vencerá su desconfianza y se casará. Está enamorado, y... La influencia de su mujer contra la influencia de los inquisidores... ¡Oh!... Es menester que se casen.

La viuda no tardó en volver, diciendo:

—Está mejor; pero muy mal todavía.

—Me voy, para dejaros en libertad de que averigüeis los sentimientos de Juanillo, aunque desde ahora os aseguro que está enamorado de María.

—¡Enamorado!

—Ciegamente.

—¿Cómo puede saberlo vuestra merced?

—¿Y cómo,—replicó el jesuita,—sé que está muy cerca de la Inquisicion?

—¡Jesús!...

—No hableis una palabra del dote.

—Descuidad, padre.

—Hoy mismo volveré.

—¿A la hora de costumbre?

—Más temprano.

—Dios os dé larga vida...

—El cielo os guarde, hermana.

Salieron otra vez.

Ya no estaba en la calle María.

Juanillo se quitó el sombrero y besó respetuosamente la diestra del jesuita.

Éste cabalgó y partió.

—Ven, ven,—dijo la viuda á su hijo.

—¿Ya está el almuerzo?—preguntó Juanillo, mientras echaba una mirada á la casa de la jóven.

—No se trata del almuerzo.

—¿Pues de qué?

—De otra cosa.

—Vamos.

Entraron en la casa.

Camila cerró la puerta para que nadie la interrumpiese durante la conversacion que iba á entablar con su hijo.

CAPITULO XXXI.

La madre y el hijo.

Juanillo se sentó y miró de reojo á su madre, mientras se preguntaba:

—¿Qué me querrá?... Parece que me habla más cariñosamente que nunca... Escucharé y responderé de modo que no pueda comprometerme, porque de seguro todo será cosa del jesuita, de quien no me fio.

Camila reflexionó, y despues de algunos segundos, dijo:

—Ya hace algunos dias que me parece haber adivinado una cosa, y no he querido preguntarte, por si me habia equivocado; pero he seguido observando y me parece que mis sospechas eran fundadas.

Juanillo se encogió de hombros y replicó:

—Lléveme el diablo si entiendo lo que decís.

—¡Jesús!—exclamó la vieja santiguándose.

—¿Qué os sucede?

—Tienes el mal vicio de nombrar á Lucifer...

—Lo hago sin malicia.

—Con malicia ó sin ella, si á cualquiera se le antojase dar el soplo...

—Descuidad.

—Bien dice el padre Fulgencio.

—¿Qué dice?

—Nada, nada.

—Me parece que su paternidad se ocupa mucho de mí.

—Sí, se ocupa, porque me encarga que cuide de tu salvacion eterna, y eso debieras agradecerlo: si fray Fulgencio fuera tu padre, no se interesaria más por tí.

—Creo que no tiene nada de qué acusarme.

—No, pero... En fin, dejemos esto y volvamos á lo que interesa.

—Aún no os habeis explicado.

—Lo haré en seguida.

—Pues ya os escucho.

—Me parece, hijo mio, que no miras con indiferencia á María.

El rostro de Juanillo se alteró por un instante; pero volviendo á tomar su expresion de siempre, replicó:

—¿A qué María os referís?... Hay varias en el lugar.

—Nuestra vecina.

—¡Nuestra vecina!

—Sí, la hija de la tia Bonifacia.

El mozo hizo otro gesto de indiferencia, y repuso:

—Sí, María es desgraciada y la miro con el interés que á todo el que sufre. ¿Hago mal?... Esto lo manda Dios.

—No, no haces mal; pero no es de ese interés del que yo te hablo.

—Entonces, no os entiendo.

—Quiero decir que María te agrada, y que si no estás enamorado de ella, te falta muy poco.

Tosió Juanillo para disimular lo que sentia y no verse obligado á responder inmediatamente.

—¿Me has entendido ahora?—le preguntó su madre.

—Sí.

—¿Y qué me dices de eso?

—Nada,—respondió el mancebo, sonriendo cándidamente.

La viuda lo miró con enojo, y replicó:

—Cuando te hablo, es para que me contestes.

—Decís que estoy enamorado...

—Sí.

—Pues os equivocais.

—Piensa que soy tu madre.

—¿Acaso lo olvido?

—Y que si me dices una mentira...

—¡Bah!...

—He sorprendido ciertas miradas...

—Maricuela es bonita; pero...

—¿Qué?

—Hay tambien otras muchas que no son feas, y á todas ellas las miro igualmente, porque lo bonito se mira con agrado.

—¿Responderás á derechas?

—A eso voy.

—¿Cuándo dejarás la pícara costumbre de dar cien rodeos para decir que sí ó que nó?

—Yo no sé lo que es estar enamorado: ya sabeis que no me ocupo mas que de mis trabajos y de estar bien con Dios, y si alguna vez me ha gustado una mujer bonita, no puedo decir si ese gusto con que la miro es lo que llaman amor, ni tampoco me importa saberlo, puesto que con ninguna he de casarme.

—¿Y por qué no has de casarte?

—Porque no me conviene.

—Explícate con más claridad.

—Madre mia, ahora nadie nos oye y puedo hablar con franqueza.

—Sí, sí.

—No hay mujer á quien no le encuentre un defecto: la que no es fea, suele no ser honrada...

—Pero María reune todas las buenas cualidades.

—Es bonita y virtuosa; pero ¿lo será siempre?... Lo diré de una vez: no me fio de ninguna mujer...

—Ni de ningun hombre,—dijo con acento colérico la viuda.

—No os equivocais.

—Ni quizá de mí...

—¡Oh! en cuanto á eso...

—Acaba.

—De vos sí me fio, porque sois mi madre,—repuso el jóven con frialdad.

Camila hizo un gesto de incredulidad.

Juanillo, segun su costumbre, tenia la mirada fija en el suelo y no pudo ó no quiso ver el gesto de su madre.

Era muy difícil que ésta obtuviera explicaciones satisfactorias, porque el taimado mozo no las daba jamás.

Encerrándose en su tenaz reserva Juanillo, seria imposible arreglar la deseada boda.

Así lo pensó la viuda, y á pesar de la prohibicion del jesuita, decidióse al fin á nombrar el dote.

Sin embargo, quiso hacer la última prueba, y cambiando de gesto y de tono, ó lo que es igual, dejándose de todo disimulo, dijo con aspereza:

—Mira, te conozco bien y tú debes conocerme.

—Creo que sí.

—Eres muy taimado...

—Eso me lo habeis dicho cien veces.

—Conmigo no te valen palabras, que nada significan.

El rostro de Juanillo cambió de expresion tambien y sus ojos se levantaron, mirando á su madre frente á frente como tal vez no la habia mirado dos veces en su vida.

—Bien,—replicó;—puesto que nos conocemos y nadie nos oye, hablemos con claridad.

—Es lo que deseo.

—¿Qué os importa que yo esté enamorado de María?

—¿Y eso me dices con tal desvergüenza?—replicó la viuda, lanzando á su hijo una mirada terrible.

—¿No quereis que yo diga lo que siento?

—Para decirlo no es menester que te olvides de que soy tu madre.

—Hace algun tiempo que me amenazais por la más leve cosa, y todo ello no es más sino porque el jesuita me aborrece...

—Calla, Juan,—interrumpió la vieja.

—No me importa su odio, porque si algo intentara contra mí, alguien habria que me defendiese.

—Ya lo sé,—dijo Camila, cuyo arrebato le hacia perder la cabeza;—ya sé que andas en tratos con gente muy poderosa, y que cuando vas á la ciudad...

—¿Qué estais diciendo?—gritó Juanillo sin poder contenerse.

—Nada, nada.

—¡Oh!... ¡el padre Fulgencio!... Ajustaremos cuentas...

—¡Desdichado!... ¿Has perdido el juicio?

—Puede ser.

—Caminas á tu perdicion.

—¿No hablábamos de María?

—Sí.

—Pues bien; acabemos la conversacion, porque ya es tarde y tengo que irme á trabajar.

—Ya podíamos haber acabado si de una vez me hubieses dicho...

—Os he dicho,—interrumpió el mozo,—que poco importa semejante amor, si no he de casarme ni con ella ni con ninguna.

—No necesito saber más.

—Entonces...

—Peor para tí.

—¿Por qué?

—Por nada.

—Lo peor seria casarme, para estar á todas horas con el alma en un hilo.

—Quédate soltero, sí, que para eso eres rico.

—Pues á fé que me hablais de una mujer que tiene lindo dote.

—¿Qué sabes tú?

Juanillo soltó una carcajada burlona.

—Ríete, ríete, que algun dia llorarás.

—Yo no hablaré con claridad; pero vos...

—Aunque me pierda, será preciso decírtelo todo.

—¡Decírmelo todo!—repuso Juanillo con sorpresa.

—Sí, porque si alguien supiese que te he hablado de semejante asunto, todo se lo llevaria la trampa.

—Pero...

—Juan, cásate con María Gutierrez.

—No quiero casarme.

—Es bonita.

—Tanto peor.

—Es honrada.

—No sabemos lo que será despues.

—Y tiene un dote de quinientos ducados.

—¡Quinientos ducados!—exclamó Juanillo, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, quinientos ducados, que le dará una persona caritativa.

—Lo que decís es incomprensible.

—Por Dios, guarda el secreto, porque no me perdonarian habértelo revelado.

—Sepamos, porque aún no puedo convencerme de lo que decís.

La viuda, resuelta ya á cometer la indiscrecion, refirió á su hijo todo lo que le habia contado el jesuita.

Juanillo escuchó con atencion religiosa y quedó meditabundo.

Ya no se trataba de la belleza ni de las virtudes de María, sino de un dote de quinientos ducados, que para cual-

quiera de aquellos aldeanos que nada poseian era una gran fortuna.

¿Necesitaba más para decidirse á casarse?

Era sobrado para él lo que se le ofrecia.

Su ambicion podia quedar satisfecha, y además de su ambicion, sus amorosos deseos.

Su natural desconfianza le hizo sospechar si aquel dote era el fruto ó el precio de alguna debilidad de María.

Empero por grande que fuera este temor, la codicia pudo más en el alma de Juanillo.

—¿Qué decides?—le preguntó su madre despues de algunos minutos.

—Me casaré, si es posible.

—Posible es, con tal que tú quieras.

—¡Que si quiero!... La verdad, ya hace mucho tiempo que estoy enamorado de María; y si no se lo he dicho, ha sido porque me parece que ella no me mira con afecto.

—María es muy recatada y honesta para atreverse á dar á entender con los ojos lo que siente su corazon.

—Mucho temo que no quiera casarse conmigo.

—¿Qué ha de hacer? Si ahora no se muere su madre, se morirá pronto; y lo que le conviene es tener un marido para no quedar desamparada.

—Sí; pero con quinientos ducados de dote podrá escoger entre todos los mozos de la aldea, y de seguro no seré yo el preferido.

—Lo del dote no lo sabe nadie.

—Basta con que ella lo sepa.

—Creo que tampoco le dirá nada el padre Fulgencio hasta despues que haya consentido ser tu esposa.

—¿Y le parecerá bien al jesuita que yo sea el que me case con la hija de Bonifacia?

—Sí.

—Lo extraño mucho.

—¿Por qué?

—Ya os he dicho, y vos no lo ignorais, que el padre Fulgencio no me quiere.

—Te equivocas: lo que no quiere es que te metas en intrigas con ciertas personas.

—¡Yo en intrigas!...

—Dejemos esto, que ahora no importa.

—No quiero dejarlo,—replicó el mozo,—porque me interesa mucho.

—Piensa en tu casamiento...

—Y en lo demás.

La viuda se puso en pié, dando un paso hácia la puerta. Juanillo la detuvo.

—Esperad,—dijo.

—¿Qué quieres?

—Es menester que me deis explicaciones sobre eso de las intrigas, porque si me han calumniado, quiero defenderme y que se vea la verdad.

—No puedo decirte más de lo que te he dicho...

—Madre mia...

—Déjame.

—No, no os dejaré.

—Mira que no puedo hablar.

—Nadie nos oye.

La viuda, que sin duda aquel dia estaba inspirada por Satanás, como si desease su perdicion, dijo:

—No te daré tantas explicaciones como deseas, porque á mí no me las han dado.

—Me contentaré con lo que sepais.

—Se asegura que andas cerca de los inquisidores.

—¡Ah!...

—Y segun dice con mucha razon el padre Fulgencio, acercarse á los inquisidores es acercarse á las hogueras de la Inquisicion.

La frente de Juanillo se contrajo, y su rostro palideció.

—Nadie nos oye, tú mismo lo has dicho,—añadió Camila.

—¿Y qué quereis?

—Respóndeme con franqueza. ¿Te han calumniado?

—Venga el dote, y lo demás nada me importa.

—Ya lo ves, me han dicho la verdad.

—Pues olvidad eso, porque yo no me ocuparé de otra cosa que de María.

—Es lo que te conviene.

—Aunque soy tonto, no dejo mi conveniencia por nada del mundo.

—Mucho disimulo, mucho cuidado...

—Descuidad, que ya me conoceis.

La viuda fué á preparar el almuerzo.

Juanillo empezó á pasearse en la habitacion.

Parecia estar muy agitado.

La sola esperanza de ser dueño de quinientos ducados, le producia un efecto inexplicable.

Nadie lo veia entonces, y no intentaba disimular.

Sus ojos brillaban con el fuego devorador de su codicia.

Hubiérase dicho que se gozaba nombrando el dote, puesto que con frecuencia murmuraba:

—¡Quinientos ducados, quinientos ducados!

Y otras veces, haciendo proyectos sobre su vida futura, decia:

—Iremos á vivir á un lugar realengo, y así podré comprar tierras y no seré vasallo mas que del rey.

Por primera vez en su vida habian logrado entenderse la madre y el hijo.

Cuando hubieron almorzado, Juanillo fué á casa de sus vecinas para informarse del estado de la enferma.

María lo recibió como siempre.

Pero él la miró como nunca la habia mirado, y sus miradas fueron tan ardientes y significativas, que la jóven bajó los ojos más de una vez.

Lo mismo Juanillo que su madre se mostraron extremadamente cariñosos con sus vecinas, haciéndoles toda clase de ofrecimientos.

¿Qué significaba semejante cambio de conducta?

Esto se preguntó María, porque le llamó la atencion el interés cariñoso que sus vecinos le mostraban, siendo así que siempre la habian mirado con bastante frialdad.

Empero era imposible que la jóven adivinara la causa.

CAPITULO XXXII.

La ofuscacion de Jacobo y las casualidades que contra él conspiraban.

El dia pasó sin otra novedad digna de mencionarse que la de mejorar notablemente la enferma.

Jacobo permaneció en su escondite, sin salir mas que una vez para informarse del estado de la anciana y pedir algunas noticias más á la jóven sobre las visitas del padre Fulgencio á Camila.

Como habrán adivinado nuestros lectores, el plan de Jacobo, plan demasiado atrevido, consistia en introducirse por el techo en la habitacion de Camila y apoderarse de los papeles que el jesuita habia recibido del hidalgo.

Para esto le bastaba levantar un par de tablas, volviendo á colocarlas despues, lo cual era fácil, segun habia podido convencerse.

¿Cuál era el momento más oportuno para esta peligrosa operacion?

Jacobo habia meditado y decidido esperar á la noche y á

hora que los habitantes de la casa estuviesen entregados al sueño.

Entonces, con pretexto de leer, pediria una luz á la jóven aldeana, y acometeria su peligrosa empresa.

Si era sorprendido, no tendria remedio su perdicion.

A más de hereje, se veria acusado de ladron.

No era, pues, solamente la vida lo que jugaba, sino tambien la honra.

Y de nada le valdria manifestar el motivo que le habia impulsado á introducirse en casa agena; de nada le serviria, porque acusado como estaba de hereje, el Santo Oficio tendria la preferencia para juzgarlo, y cuanto dijese en los calabozos de la Inquisicion seria completamente inútil.

Tal vez con sus revelaciones trastornaría los planes del padre Fulgencio; pero con hacer á éste un mal, no mejoraba el acusado su situacion, sino que probablemente la agravaría, porque un secreto de tanta importancia lo hacia demasiado temible para que sus enemigos no desearan deshacerse de él.

Los sufrimientos producen la ofuscacion en la inteligencia más clara, y preciso es reconocer que Jacobo estaba ofuscado y que su intento era ni más ni ménos que una locura.

Y no consistia en esto solamente su locura, pues debia cometer otra torpeza demasiado peligrosa.

Era fácil bajar al aposento que solia ocupar el jesuita; pero no era posible subir sin haberse prevenido de una escala ó al ménos de una cuerda, que quedase pendiente del techo.

No habia pensado Jacobo en semejante cosa, ni era probable que pensara despues, aunque parece que nada debiera haberle ocurrido primero.

Lo más sencillo es lo que más fácilmente se olvida ó se descuida, por lo mismo que es lo que ménos cuidado nos dá.

Llegó la noche, y el esposo de Isabel esperó hasta que calculó ser más de las diez, hora en que debian dormir todos los habitantes de la aldea.

Así era.

Ni el más leve ruido sonaba en el interior de ninguna casa, ni un solo destello de luz se escapaba por ninguna rendija.

Jacobo fué á la entrada del desvan y escuchó, tosiendo luego.

Inmediatamente se presentó María.

—¿Hay novedad?—preguntó el fugitivo á media voz.

—Ninguna.

—¿Y vuestra madre?

—Duerme con mucha tranquilidad.

—Necesito examinar unos papeles, ¿podríais darme una luz?

—Sí, tomad esta,—respondió la jóven, alargando el candil que llevaba.

—Gracias... Pronto os la devolveré.

—No me hace falta, porque tengo otra.

Jacobo se internó otra vez en el desvan, disponiéndose á poner en práctica sus planes.

Para que se comprenda lo que vá á suceder, es preciso que lo dejemos y volvamos á la vivienda de Camila.

No habrá olvidado el lector, que el padre Fulgencio habia prometido volver aquel mismo dia más temprano que de costumbre, y debemos decir que su promesa la cumplió con toda exactitud, pues antes de que el sol tocara á su ocaso, presentóse y entró en su aposento.

María, que rara vez se movia del lado de su madre, no

lo vió llegar, ni aun viéndolo hubiese dado la noticia á Jacobo, porque ignoraba toda la importancia que esto tenia.

¿Cómo habia de sospechar ella el intento del fugitivo?

Despues de haber descansado algunos minutos, el jesuita preguntó á la viuda:

—¿Teneis algo que decirme?

—Mucho y bueno,—respondió Camila.

—Explicaos.

—No os equivocásteis: Juanillo me ha confesado que hace ya mucho tiempo que está locamente enamorado de nuestra vecina.

—Pero no por eso habrá pensado en casarse.

—No.

—La novia es pobre...

—Vuestra merced debe considerar que en los tiempos que corremos...

—Sí, sí.

—A pesar de eso, yo...

—Le habeis aconsejado, ¿no es verdad?

—Y se ha convencido de que tarde ó temprano acabaría por casarse con una pobre, y por consiguiente, que no debe perder la ocasion de hacerlo con María, que al ménos es virtuosa como ninguna.

—Raro es que Juanillo se haya convencido tan pronto.

—Así ha sucedido, padre.

El jesuita sonrió maliciosamente, porque adivinó lo que habia sucedido entre el hijo y la madre; pero no hizo sobre este punto ninguna observacion.

—Ahora,—añadió Camila,—vuestra merced se servirá decirme lo que debo hacer.

—Nada por hoy.

—Está bien.

—¿Y la enferma?

—Sigue mejorando.

—La veré mañana.

—¿He de anunciárselo?

—No.

—Entonces...

—Dejadme hasta la hora de cenar.

Salió Camila.

Cerró el jesuita, y sin duda para que se le hiciera ménos pesado el tiempo, separó el arca, sacó los papeles que habia guardado la noche anterior y volvió á cerrar la caja, dejándolo todo como si no lo hubiese tocado.

Entretenido con la lectura y sus pensamientos, aguardó la noche.

La viuda le llevó luz y la cena.

El padre Fulgencio, que parecia tener buen apetito, vació los platos.

Luego dió las buenas noches á Camila, encargándole que le avisara al amanecer.

Quedó solo.

Paseó á lo largo del aposento y pareció meditar.

No sabemos por qué, cambió de opinion y guardó en sus bolsillos los preciosos documentos que codiciaba Jacobo.

Una hora despues, decidió acostarse.

Si no habia de hacer más que meditar, la cama era el sitio más cómodo.

Desnudóse, dió un soplo á la luz y se acostó.

Si se durmió en seguida, lo ignoramos; pero debemos ad-

vertir que el buen jesuita tenia un sueño muy ligero.

Sonó en la negra techumbre del aposento un ruido extraño.

Luego pareció que crujía una de las tablas.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el jesuita.

Y se incorporó, escuchando atentamente.

Repitióse el ruido.

Levantó la cabeza el padre Fulgencio.y vió algunos destellos de luz.

—¡Diantre!—murmuró con calma.—Diríase que alguien tiene deseos de meterse aquí.

Un minuto despues, pudo convencerse de que no se equivocaba.

Entonces se bajó del lecho, procurando que las ropas de éste quedasen bien arregladas, tomó sus hábitos, que habia dejado sobre una silla, y dijo para sí:

—No pueden ser ladrones. Me conviene que entre quien quiera que sea, y así sabré lo que busca.

Sin perder un instante se ocultó debajo de la cama, llevando consigo los hábitos para que no quedase señal alguna de su estancia allí.

Oyéronse nuevos crujidos y bien pronto penetró bastante luz por el techo.

Volvamos al desvan.

CAPITULO XXXIII.

Trabajo perdido.

Con la ayuda de su puñal logró Jacobo levantar dos tablas que estaban mal sujetas en sus extremos con pequeños clavos.

El espacio que quedó abierto era suficiente para que pudiera pasar una persona.

El fugitivo colgó el candil al borde de una de las vigas, de modo que el aposento quedó perfectamente iluminado.

Luego asomó la cabeza, miró á todos lados, y dijo:

—La fortuna me favorece. Esta habitacion debe estar destinada al jesuita solamente, y se conoce que nadie sino él entra aquí. Puedo, por consiguiente, bajar con todo descuido.

No se detuvo.

Descolgóse por la abertura y se dejó caer sobre la mesa, bajando inmediatamente al suelo y deteniéndose para escuchar.

No percibió el más leve ruido.

¡Cuán ageno estaba de que el jesuita, desde su escondite, lo observaba con la más escrupulosa atencion!

Aunque no temia ser sorprendido, por lo que pudiera suceder quiso Jacobo aprovechar el tiempo.

Dió algunos pasos, cogió con mano trémula una de las anillas que servian de asidero al pesado arcon, y lo separó de su sitio como lo habia hecho la noche anterior el astuto padre Fulgencio.

Arrodillóse en seguida y bien pronto encontró el ladrillo que cubria la caja, y el cual levantó fácilmente.

—¡Ah!—exclamó al ver brillar el objeto que con tanto peligro buscaba.

Y sus negros ojos brillaron como dos carbunclos.

—¡Dios mio!—murmuró mientras sacaba la caja.—Protegedme algunos minutos más, y será mio este tesoro, con el que quizá podré salvar á mi familia.

Sus manos temblaban convulsivamente.

Por instantes crecia su agitacion.

A pesar de lo mucho que le interesaba salir de allí cuanto antes, volvió á quedar inmóvil para escuchar, porque temia ser sorprendido.

Hasta el ruido de su violenta respiracion lo puso más de una vez en cuidado, pareciéndole que era rumor de pasos que se acercaban.

Bajo cualquier punto de vista que se examine el proceder de Jacobo, resulta siempre que era un abuso inexcusable lo que estaba haciendo.

Así se lo decia su conciencia, y por más que él no quisiese escucharla en aquellos momentos, experimentaba la

intranquilidad que experimentamos siempre que ejecutamos una mala accion.

Si Camila, anciana y débil como era, se hubiese presentado entonces, habríamos visto que Jacobo, á pesar de todo su valor, temblaba como el más cobarde.

¿Qué pensaba hacer el jesuita?

Permanecia inmóvil debajo de la cama, concretándose á mirar.

Jacobo colocó el ladrillo y el arca en su lugar, y sujetando como mejor pudo la caja entre su jubon, volvió á subirse en la mesa.

Entonces comprendió que habia cometido una torpeza imperdonable, porque despues de levantar los brazos, no podia llegar con las manos al techo.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente.—¡Soy un estúpido!

¿Cómo salir?

La puerta estaba cerrada con llave y era bastante fuerte.

No podia levantar la voz para pedir ayuda á María, porque antes que ésta, la viuda Camila ó su hijo lo hubiesen oido.

Una y otra vez levantó los brazos el infeliz, como si no quisiera convencerse de que su perdicion era cierta.

El padre Fulgencio continuaba inmóvil, y habia concluido por encontrar muy divertida la escena.

El esposo de Isabel miró á todos lados sin saber lo que buscaba.

Dejó la mesa y recorrió el aposento.

Su desesperacion se aumentaba por instantes, revelándose en su rostro pálido y contraido, y en su sombría y terrible mirada.

Probablemente, cuanto más sufria él, más gozaba el padre Fulgencio.

—¿Y he de quedarme aquí hasta que lleguen y me cojan, burlándose de mí como del raton que cae en la ratonera?... ¡Vive Dios!... antes me mataré.

Volvió á subir en la mesa y á levantar los brazos para probar si saltando podria conseguir asirse de las tablas.

Su esperanza se desvaneció, porque sobre la mesa, que no era ni muy grande ni muy fuerte, no podia hacer grandes esfuerzos sin dejarla caer.

Al fin le ocurrió un medio que creyó seguro.

Para llegar al techo, le bastaba elevarse como unos dos palmos más, y creyó que una silla seria suficiente para salir del apuro.

No se concibe cómo desde luego no imaginó semejante traza; pero hay que tener en cuenta su trastorno.

No perdió un instante.

Colocó sobre la mesa una silla, subió en ésta y así consiguió llegar con las manos al techo.

Más tranquilo ya, le fué posible ocuparse de lo que despues sucederia.

—Es preciso,—murmuró,—que no quede señal alguna de cómo se ha penetrado aquí, y esta silla hará pensar en el techo, y despues en los desvanes, y últimamente en la infeliz que me ha dado albergue con tan buena voluntad. No, no quiero que la pobre María pague mis culpas.

Reflexionó algunos instantes.

—¡A muerte ó á vida!—exclamó.

Y al levantar el cuerpo, dió con un pié á la silla, haciéndola caer al suelo.

El ruido que esto produjo pudo despertar á los habitantes de la casa; pero Jacobo preferia ser sorprendido á que otros sufriesen por él.

Cuando se encontró en el desvan, quedó inmóvil y escuchó, decidido á presentarse si entraba gente en la habitacion.

Trascurrieron algunos minutos sin que percibiese el más leve ruido.

—Dios me favorece,—dijo.

Ocupóse entonces de colocar las tablas en su sitio, asegurándolas como mejor pudo.

Ya nada tenia que temer.

Tomó la luz y volvió al desvan de la casa de María.

Estaba impaciente por conocer la importancia de los papeles que habia robado.

Sentóse y abrió la caja...

No pudo contener un grito de sorpresa, de rábia y de desesperacion.

Ya sabemos que la caja estaba vacía.

¿De qué le habia servido arriesgarse en tan peligrosa empresa?

El rostro de Jacobo, que habia enrojecido como si fuese á brotar la sangre, se tornó lívido y se desfiguró.

Despues del primer arrebato de su ira, dejó caer los brazos como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

La caja se escapó de sus manos.

Inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

Su frente estaba empapada en frio sudor.

Todas sus halagüeñas esperanzas se habian desvanecido.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó.

Pero esta pregunta no podia ser más cándida ni más inoportuna.

¿Qué habia de hacer mas que alejarse de allí apenas se esparciese la claridad del alba?

Se encontraba en la misma situacion que antes de poner en práctica su loco intento.

Ya la enferma no necesitaba sus cuidados.

Al cabo de media hora, el desdichado hizo lo posible para sacudir su abatimiento.

Llamó á María y le devolvió la luz, anunciándole que partiria al amanecer, á ménos que la enferma se sintiese peor.

Quiso dormir; pero le fué imposible.

Si no echaban de ménos los papeles, advertirian que faltaba la caja.

¿Adivinarian por dónde se habian introducido en la habitacion del jesuita?

Todo era posible.

Jacobo se sintió horriblemente atormentado por el temor de lo que pudiera suceder á María.

Mil veces se arrepintió de lo que habia hecho; y como ya no podia deshacerse, sufrió como pocas veces habia sufrido en su vida.

¿Qué hacia entretanto el padre Fulgencio?

¿Por qué habia dejado escapar á Jacobo?

CAPITULO XXXIV.

Lo que hizo el padre Fulgencio.

No habiéndose llevado los papeles, ¿qué le importaba al jesuita que el ladron saliese de allí?

Mucho le interesaba saber quién era aquel hombre, y por qué con tanta seguridad se habia dirigido al sitio en que se ocultaba la caja.

Empero el astuto religioso contaba con medios de apoderarse de Jacobo, y además, mientras estaba debajo de la cama, habia trazado un plan el más ingenioso que puede imaginarse.

Apenas Jacobo volvió á colocar las tablas, el jesuita se apresuró á salir de su escondite, vistióse en un abrir y cerrar de ojos, y se dirigió hácia la puerta.

Aunque estaba á oscuras, conocia perfectamente toda la casa, y estaba seguro de no tropezar.

Con el mayor cuidado abrió, salió, y siguió andando sin

dejar de tentar las paredes y como si se encaminara á la puerta de la calle.

Pero antes de llegar á ésta se detuvo, dió tres ó cuatro golpecitos, y dijo, reconcentrando la voz:

—Hermana Camila, levantaos inmediatamente.

—¿Quién es?—se oyó preguntar.

—Soy yo... Salid á la calle...

—¡A la calle!—exclamó la viuda mientras se levantaba.

—Sí, á la calle, donde os esperaré... Procurad no hacer ruido.

Y siempre á tientas, avanzó nuevamente el jesuita.

No tardó en encontrarse fuera de la casa.

Su mirada se fijó en la vivienda de María.

Pocos minutos despues, Camila, á medio vestir, agitada y dejando ver en su rostro la sorpresa y el miedo, se presentó.

—¿Qué sucede?—preguntó con voz alterada.

—No hableis tan alto,—replicó á media voz el padre Fulgencio.

—¡Dios mio!...

—Tranquilizaos, que no hay que temer ninguna desgracia; sino que por el contrario, la fortuna se nos declara decidida protectora.

—Estoy aturdida.

—Sosegaos.

—Si vuestra merced quiere explicarse...

—Ahora no puede ser.

Camila, con los ojos extremadamente abiertos, miraba unas veces á su alrededor y otras al jesuita.

—Entrad,—dijo éste,—despertad á Juanillo, y decidle que venga.

La viuda obedeció maquinalmente.

El padre Fulgencio permaneció inmóvil y con la mirada fija en la vivienda de Bonifacia.

Cinco minutos despues salió el taimado mozo no ménos sorprendido que su madre.

—Escúchame, hijo, escúchame,—le dijo el jesuita con dulzura.

—Ya escucho á vuestra merced,—respondió Juanillo.

—¿Quieres casarte con María?

—¡Casarme!...

—Si deseas de veras que tu boda se realice, colócate aquí, mira á la puerta de tu vecina, y si saliese un hombre, procura detenerlo mientras gritas pidiendo socorro.

—No entiendo una palabra de lo que dice vuestra merced.

—¿Y no te basta saber que de esto depende que te cases con María?

Juanillo se restregó los ojos como si creyera que soñaba y se esforzase para despertar.

—No estás dormido.

—¡Un hombre ahí!...

—Sí, un hombre que bien puede ser un ladron, ó para hablar con más exactitud, que es un ladron, á quien no debe dejarse escapar.

—Entonces pediremos ayuda á los demás vecinos, entraremos...

—No.

—Pues no lo entiendo.

—¿Y qué te importa?

—Cuando vuestra merced lo dice...

—Si te empeñas en saber más de lo que ahora puedo decirte, véte y renuncia á la dicha que tanto deseas.

Cualquiera que fuese el significado de aquella situacion extraña, fuese el que fuese el propósito del jesuita, Juanillo creyó que no debia mirar otra cosa más que el dote que se le habia ofrecido con la mano de María.

Si le daban quinientos ducados, ¿qué le importaba lo demás?

Bien hubiera querido que le explicasen lo del ladron, que supuso ser una mentira; pero ya que entonces no querian satisfacer su curiosidad, decidió obedecer, puesto que en último resultado seria dueño de una gran fortuna, que era lo que más le interesaba.

El padre Fulgencio no pronunció una palabra más y volvió á entrar en la casa, donde la viuda le esperaba con impaciencia.

Con ésta podia en aquellos momentos entrar el jesuita en más explicaciones, y así lo hizo, dándole á conocer, si no todo, al ménos una buena parte de su extraño plan.

Entretenidos en esta conversacion, dejaron correr las horas, que para ellos pasaban con mucha lentitud.

Ninguno de los tres se sintió dominado por el sueño, porque les interesaba demasiado estar despiertos, y tenian mucho y de mucha importancia en qué pensar para que les fuera posible dormir.

Por fin las tinieblas empezaron á disiparse y brillaron los resplandores de la aurora.

—No debo esperar más,—dijo el jesuita.

Y salió de la casa, dirigiéndose á la de María mientras preguntaba á Juanillo:

—¿Hay novedad?

—Ninguna, padre.

—¿Estás seguro de que nadie ha salido?

—Ni una mosca.

—Bien, ya puedes ir á descansar.

El mozo entró en su casa.

Aún no se habian dejado ver los primeros rayos del sol.

El jesuita se detuvo junto á la puerta de la morada de María, y escuchó.

Nada oyó.

—¿Dormirán?—dijo.—No importa.

Llamó.

No tuvo que esperar, porque á los pocos segundos se abrió la puerta, presentándose la jóven, que miró sorprendida al reverendo.

CAPITULO XXXV.

Una alternativa horrible.

El padre Fulgencio fijó en la jóven una mirada melancólica y dulcísima, y con acento cariñoso le dijo:

—Bendígaos Dios, pobre niña.

—Padre mio,—murmuró María con voz entrecortada.

Y bajó sus magníficos ojos sin acertar á decir otra cosa.

—Por vuestra vecina,—repuso el jesuita,—he sabido la horrible desgracia de la enfermedad de vuestra madre.

—Parece que Dios ha querido salvarla.

—Sin embargo, yo deseaba dirigiros palabras fortificantes y consoladoras.

—Gracias, padre mio.

—Y además, tengo que hablaros de otros asuntos bastante graves...

—¡Asuntos graves!...

—Sí.

—Entrad, padre mio, entrad y sentaos.

Quiso María llevar al religioso á la habitacion donde estaba la enferma; pero el jesuita se acomodó junto al hogar, diciendo:

—Mejor estaremos aquí, porque hemos de hablar bastante y podriamos incomodar á vuestra madre.

La jóven permaneció en pié y en actitud respetuosa, y si al fin se sentó, fué porque el reverendo se lo mandó varias veces.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

El padre Fulgencio, sin apartar su mirada penetrante de María, dijo:

—Vuestra virtud, que es de todos conocida, y vuestra belleza, han cautivado á un hombre honrado tambien y que puede haceros dichosa.

Las mejillas de la jóven se tiñeron de púrpura.

—Vuestro rubor,—añadió el jesuita,—es una prueba más de la pureza de vuestros sentimientos.

—Me favoreceis demasiado, padre mio.

—Os hago justicia.

—Vuestras palabras me sorprenden...

—¿No adivinais quién es el hombre que aspira á ser vuestro esposo y que me ha rogado que pidiese vuestra mano y os protegiese?

—No lo adivino,—respondió María, cuyos miembros se agitaban convulsivamente.

—No ha sido precisamente el interesado, sino su madre quien me ha suplicado que interponga en su favor la respetabilidad de mi carácter.

—Aún no comprendo...

—Se trata del hijo de vuestra vecina Camila.

—¡Juan!

—Sí, Juanillo, como le llamamos todos.

—¡Que quiere ser mi esposo!...

—Eso es.

—¡Ah!...

—¿Qué os sorprende, hija mia?

—No sé... es que... decíais...

—Digo que el mejor dia quedareis desamparada,—repuso el padre Fulgencio;—que Juanillo es trabajador y honrado; que os ama mucho...

—¡Que me ama!...

—Mucho, repito.

María inclinó más la cabeza y guardó silencio.

—¿Qué decidís?—preguntó el jesuita.

La infeliz se puso alternativamente pálida y roja, y no sin hacer un grande esfuerzo, dijo:

—Yo creo que una mujer no debe casarse sin amar al que ha de ser su esposo, y como yo no amo á Juanillo...

—No es preciso sentir una de esas pasiones violentas que trastornan la razon.

—Es que yo no siento nada...

—Con el tiempo, con el trato...

—No,—interrumpió vivamente María.

Y cerrando los ojos y apretando los puños, añadió:

—No me casaré con ese hombre.

—Respondeis con mucha ligereza,—dijo con calma el jesuita.

—Es mi última resolucion.

—No hablemos más entonces de semejante asunto, porque yo deseo vuestra dicha lo mismo que la de Juan.

La aldeana no se atrevió á levantar la cabeza ni á pronunciar una palabra.

El jesuita prosiguió diciendo:

—El otro asunto es mucho más desagradable, y me es imposible evitaros lo que habeis de sufrir.

Tampoco entonces respondió María.

—Veamos,—dijo el padre Fulgencio:—¿quién hay en vuestra casa?

—Mi madre y yo,—respondió la jóven, cuyo rostro se tornó lívido.

—¿Y quién más?

—Nadie.

—Ahora mentís.

—Padre mio...—exclamó aterrada la doncella.

—Sí, estais mintiendo.

—¡Ah!...

—En vuestra casa se oculta un criminal, ¿lo entendeis bien? un criminal, y vuestras negativas prueban que sois su cómplice, porque si inocentemente le hubiéseis dado asilo, no ocultaríais la verdad.

Eran demasiado terminantes las palabras del jesuita, y sobre ser terminantes, convenian demasiado bien á las circunstancias del fugitivo.

Éste debia haber sido espiado y descubierto.

Así lo creyó María.

Sin embargo, dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazon, decidió seguir negando por si de este modo podia salvar la vida del que habia salvado la de su madre.

Lo que en aquellos momentos sintió María, es imposible hacerlo comprender.

Creyó que ella, solamente ella era la causa de la perdicion del fugitivo.

Si éste no hubiera permanecido allí mas que una sola noche, si hubiese continuado su marcha cuando queria, sin atender á la vida de la enferma, sus perseguidores habrian llegado tarde.

La infeliz jóven se acusó por lo que entonces creyó ser efecto de su egoismo.

—Sois demasiado inocente,—dijo el jesuita despues de algunos segundos,—y no comprendeis que vuestras negativas solo servirán para hacer más peligrosa vuestra situacion y la de vuestra madre. Si no declarais la verdad, llamaré, acudirán los que están prevenidos y prontos á obedecerme, y se registrará la casa; pero tened entendido que si este caso llegare, me será imposible protegeros. Pensadlo bien; aún es tiempo de que vosotras quedeis libres de toda responsabilidad.

Convencióse María de que las negativas eran completamente inútiles, y trastornada por el dolor, sin saber qué conducta seguir, cayó de rodillas, cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡Padre mio, padre mio, tened compasion de mí!

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

No era posible mirarla sin sentirse profundamente conmovidos.

—¡Pobre criatura!—murmuró el padre Fulgencio;—levantaos, recobrad la calma y habladme con sinceridad. Como prueba de mi buen deseo, teneis el paso que doy, advirtién-



—¡Padre mio, tened compasion de mí!

doos el peligro para que podais evitarlo. Yo estoy convencido de vuestra inocencia, profundamente convencido...

—Entonces, padre mio, me protegereis.

—Pero una cosa es mi convencimiento y otra las apariencias. Mi opinion no es una prueba para los tribunales, y mucho ménos para un tribunal tan escrupuloso como el del Santo Oficio. Las apariencias os condenan, son tan fatales para vosotras, que no se necesitan más pruebas. Y bien mirado, hija mia, habeis delinquido, porque sabeis muy bien que no solamente os está prohibido proteger á un criminal, sino que estais obligada á delatarlo. A pesar de todo esto, yo os protegeré en cuanto me sea posible; pero es menester que vos me ayudeis siguiendo mis consejos, porque de otro modo, ¿qué he de hacer?... Sentaos, pues, y habladme como se habla, no al juez severo, sino al amigo cariñoso.

María empezó á tener esperanza de salvar á Jacobo, y despues de volver á sentarse, dijo:

—La situacion en que me encuentro no puede ser más crítica.

—Ya lo veo.

—Ignorais lo principal.

—Decid.

—Es verdad que en mi casa se oculta un hombre que está perseguido por la Inquisicion; pero yo no le he dado asilo porque mi voluntad sea protegerlo.

—¿Ignorábais quién fuese?

—Llegó cuando mi madre agonizaba, la vió, me aseguró que tal vez con la ayuda divina podria salvarla, y efectivamente, en pocas horas mi buena madre mejoró hasta el punto de que ya su existencia no peligraba.

—¿Y luego?

—Quiso partir; pero yo lo detuve con mis súplicas, y entonces fué cuando me dijo que la Inquisicion lo perseguia, aunque jurando por la vida de su hija que era buen católico, y que su conciencia estaba limpia de toda culpa.

—Puede ser; pero mientras esté acusado, es nuestro deber ayudar á la justicia.

—Fuí débil, padre mio, lo confieso: no pensé mas que en la vida de mi madre, y á trueque de que el fugitivo acabara su buena obra, le ofrecí ocultarlo. No sé por qué la voz de ese hombre me llegaba al alma, ni sé por qué sus palabras me convencian hasta el punto de que no dudé de su inocencia. Su proceder no ha podido ser más noble y generoso, puesto que por salvar á mi madre se quedó con riesgo de la vida.

—Efectivamente, es una accion muy noble.

—¿No estoy obligada á dar por ese hombre la existencia?

—Sí.

—Vos me comprendeis, padre mio.

—Todo, absolutamente todo debeis sacrificarlo por el que ha salvado la vida á vuestra madre, doblemente cuando el hacer este beneficio podia costarle á él mismo la existencia.

—Ya lo veis,—repuso la jóven, recobrando toda su energía;—yo no puedo entregar á ese hombre, y no lo entregaré; para llegar adonde se encuentra, seria preciso que antes me mataran.

—¡Gran corazon!

—Ayudadme, padre mio; os lo pido en nombre de mi madre infeliz, en nombre de Dios que nos manda ser generosos y agradecidos...

—Me pedís demasiado.

—Padre mio...

—Yo no tengo ninguna deuda de gratitud con ese desdichado, sino un deber de conciencia, que me es forzoso cumplir.

—¡Ah!...

—Con dejaros matar, no libertaríais á ese hombre, ni conseguiríais mas que hacer mucho daño á vuestra madre, y habeis de pensar que vuestros deberes de hija son antes que todos los deberes.

María inclinó tristemente la cabeza y quedó silenciosa.

El padre Fulgencio añadió despues de algunos instantes:

—Para conseguir lo que deseais se necesitaria contar con la influencia de uno de esos personajes á quienes no se les niega nada, y esto no lo podríamos obtener mas que por un solo medio, que vos rechazareis.

—Todo lo aceptaré, todo, ménos la deshonra.

—Líbreme Dios de proponeros nada que pueda empañar vuestra pureza.

—Decid, padre mio.

—Hay un hombre muy rico que desea proteger y asegurar la suerte del hijo de vuestra vecina; pero quiere hacerlo de modo que su beneficio aproveche á más de una persona, á toda una familia.

—No os comprendo.

—La persona á quien me refiero, que no quiere darse á conocer, ha desestimado la cantidad de quinientos ducados para dote de la que se case con Juanillo, siempre que sea una mujer virtuosa y cristiana. Como es natural, si vos os casáseis con Juanillo, vuestro protector no se contentaria con dar

el dote, sino que emplearia su influencia para que la Inquisicion no se ocupase de si habíais dado asilo á un hereje, y en tal caso, éste podria seguir su camino y vos ser dichosa y proporcionar á vuestra madre lo que tanto necesita en su vejez.

María fijó en el fraile una mirada de profunda extrañeza.

—Tal vez en este momento,—añadió el jesuita,—no comprendereis bien lo que acabo de deciros; pero decidíos á ser esposa de Juan, y yo os respondo de lo demás.

—¡Esposa de Juan!...

—Sí.

—Pero...

—A nada os obligo.

—Y casándome con el hijo de Camila...

—Tendreis un dote de quinientos ducados...

—¿Qué me importa el dote? Yo no vendo mi corazon, padre mio.

—No os propongo vender el corazon, sino comprar la vida del que há salvado la de vuestra madre.

—¡Oh!...

—Si no os conviene, dejadlo. Por mi parte me es imposible sacaros del apuro sin la influencia de ese hombre poderoso.

—Y si me niego á casarme...

—Dentro de pocas horas el acusado, vos y tambien vuestra madre, estareis en las cárceles secretas de la Inquisicion.

—¡Mi madre!—exclamó con terror María.

—Sin que el estar enferma le valga, porque debeis saber que esto no es excusa para el Santo Oficio.

—¡Dios mio!...

—Si vuestra madre no tiene fuerzas para ir por su pié, la llevarán en un carro...

—Eso es una crueldad horrible...

—Eso es justicia severa, es la verdadera justicia, que en nada repara, con nada transige, ante nada se detiene.

—No, no es posible tanto horror...

—Preguntad y sabreis que más de una vez se ha llevado á los calabozos del Santo Oficio á un enfermo que ha espirado á los pocos dias ó á las pocas horas.

María exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos

El jesuita no exageraba.

Muchas veces la Inquisicion encerró en sus calabozos á enfermos que estaban próximos á la agonía, y que murieron antes de que se les llegara á decir por qué se habia cometido con ellos tan horrenda crueldad.

Y esto era doblemente criminal y espantoso, puesto que algunos de aquellos cómplices fueron despues de su muerte declarados inocentes.

Por supuesto que todo esto se hacia en nombre de Dios, en nombre de la justicia divina, y para esplendor y bien de la religion católica.

Si la iglesia católica pudiera concluir antes que el mundo; si fuera posible, que no lo es, el descrédito ó el desprestigio de la santa doctrina del Hijo de Dios, la Inquisicion, en vez de acabar con los herejes y la herejía, hubiera bastado y sobrado para que no quedase un solo católico sobre la faz de la tierra.

Pero afortunadamente la verdad y la justicia siempre triunfan, y aquella época de tinieblas y crímenes pasó para no volver.

Largo rato pasó sin que ni el padre Fulgencio ni María pronunciasen una palabra.

La alternativa en que se encontraba la jóven no podia ser más espantosa: ó tenia que entregar á sus perseguidores al que habia salvado la vida á su madre, y aun exponer á ésta á ser tratada como criminal, ó habia de hacer el sacrificio de unirse á un hombre, cuya sola presencia le hacia experimentar un sentimiento invencible de repulsion.

Para un alma tan noble como la de María, la eleccion no debia ser dudosa.

Antes que sacrificar á otro, se sacrificaria ella cien veces.

Antes que ser ingrata con el hombre á quien tanto debia, era preferible morir.

—¿Os habeis decidido?—preguntó al fin el padre Fulgencio.

—Sí,—respondió la jóven con acento breve.

—¿Y cuál es vuestra resolucion?

—Me casaré.

—¿Lo prometeis así?

—Lo prometo.

—Tened entendido que si luego os arrepentís...

—Yo sé cumplir mis promesas.

—¿Consentirá vuestra madre?

—Sí, consentirá, porque yo le diré que amo á Juan con todo mi corazon.

—Sois un tesoro, hija mia.

—¿Qué más debo hacer para salvar á ese hombre?

—Nada más.

María se puso en pié como significando que queria concluir aquella conversacion que tanto la atormentaba.

El jesuita hizo lo mismo, mientras decia:

—Llevadme donde está ese hombre.

—¿Qué intentais?

—Cumplir lo prometido.

—Pero...

—Tengo que hacerle algunas advertencias, porque si no, al salir de esta casa caeria en manos de los alguaciles del Santo Oficio.

—¡Ah!...

—Tranquilizaos: ya os he dicho que se salvará.

—¿Le ocultareis el sacrificio que hago por él?

—Sí.

—Entonces, venid.

—Veo que teneis fé en mis promesas.

—Como vos en las mias.

—No os arrepentireis.

—Así lo espero.

—Vamos.

María llevó al religioso á la habitacion por donde se entraba al desvan, y llamó á Jacobo.

Éste, que empezaba á impacientarse porque avanzaba el dia, se asomó, quedando mudo de terror y sorpresa al ver al jesuita.

—Nada temais,—le dijo la aldeana,—bajad.

De todos modos era ya imposible ocultarse, y Jacobo, recobrando su valor, se puso de un salto en el aposento.

—Dejadnos,—dijo entonces el padre Fulgencio á María.

Ésta obedeció.

CAPITULO XXXVI.

Un convenio inexplicable.

Lo primero que pensó Jacobo es que se habia echado de ménos la caja, y que reconocido el techo, habíase adivinado cómo y por quién pudo cometerse el abuso.

Sin embargo, la jóven le habia dicho que nada tenia que temer, y sobre la buena fé y discrecion de María no debia dudarse.

Cualquiera que fuese el significado de aquella inesperada situacion, era preciso arrostrar las consecuencias, y Jacobo, en su actitud y en su mirada, demostró que no era un hombre vulgar y que estaba dotado de un alma grande y enérgica.

Para conocerlo así, le bastó al jesuita una mirada.

Bien pronto debian entenderse aquellos dos hombres, porque ambos poseian igual inteligencia.

—Supongo,—dijo el padre Fulgencio,—que me conoceis.

—Ignoro quién sois.

—Pero no es esta la primera vez que me veis.

Jacobo dudó un instante; pero luego respondió con voz segura:

—No, no es la primera vez.

—Yo tambien os he visto anoche cuando entrásteis por el techo en mi dormitorio, y os llevásteis la caja donde creíais que estaban aún los papeles que yo habia guardado.

El esposo de Isabel fijó una mirada penetrante en el jesuita.

—No he venido,—añadió éste con calma,—para perder el tiempo en afirmar lo que vos negueis, ni para haceros confesar lo que ya sé, pues para mi gobierno me es de todo punto indiferente que declareis ó nó la verdad.

—¿Qué quereis?

—Hace dos noches, por entre las tablas del techo, me observásteis, ó más bien nos observásteis, porque éramos dos, escuchásteis lo que hablamos, y decidísteis apoderaros de los documentos á que dimos tanta importancia, porque efectivamente la tienen.

—Todo eso es verdad.

—Lo que habeis hecho prueba una de dos cosas: ó que sois mortal enemigo del abate Florentin, ó el mejor de sus amigos.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Hoy he tenido pruebas de que sois lo primero.

—Os equivocais.

—Reconozco que no me he explicado con bastante exactitud.

—Entonces...

—Escuchadme.

—No sé si con razon ó sin ella, la Inquisicion os persigue.

—¿Y qué deducís de eso?

—Si sois inocente...

—Lo soy.

—No podeis, pues, ser amigo de los que son injustos con vos.

—No, yo no soy amigo de los miserables.

—Sin embargo, podeis ser su cómplice cuando os convenga.

—Padre...

—Tened calma.

—Concluid.

—En vuestra situacion os conviene ser dueño de un arma que pueda hacer temblar al abate Claudio Florentin, cuya influencia en el tribunal de Madrid y aun en el consejo de la Suprema es de todos conocida; porque así le diríais: «Haced que la Inquisicion deje de perseguirme, ó con estos documentos os arrancaré la máscara y os aniquilaré.» ¿Me equivoco?

Jacobo se convenció de que en la situacion en que se encontraba era inútil todo disimulo, y decidido á concluir de una vez, respondió:

—No os equivocais.

—Bien,—repuso tranquilamente el jesuita;—ahora, aunque parece innecesario, os advertiré que me basta dar un solo grito para que se apoderen de vos.

—No me hago ilusiones sobre ese punto.

—Así probais que no sois un hombre vulgar.

—Creo que ya nos conocemos, padre.

—Me parece que sí.

—Proseguid.

—Antes tendreis la bondad de decirme si sois inocente.

—Se me acusa con tanta justicia, como se acusó á vuestro padre Ignacio de Loyola.

—¿Os atreveríais á jurarlo?

—Lo juro por la salvacion de mi alma, por mi vida y por la de la hija que me ha dado el cielo.

—¿De qué se os acusa?

—Segun he podido entender, de hereje, de hechicero, de nigromántico, y no sé de cuántos crímenes más.

El padre Fulgencio desplegó una sonrisa.

—¿Y no sabeis en qué se fundan vuestros delatores? Porque supongo que delaciones habrá.

—Me he dedicado al estudio de la medicina, y muy particularmente al de la física y la química. Tengo en mi casa un pequeño laboratorio y un esqueleto humano.

—Comprendo.

—Sé que mis vecinos hacen comentarios sobre los rojizos ó azulados resplandores que algunas noches han visto á través de mis ventanas, y tengo además motivos para creer que una mirada indiscreta se ha fijado en el esqueleto.

—No es menester más.

—Con la ayuda de Dios y con mi ciencia he salvado la vida á más de un moribundo, y no ha faltado quien asegure que esto no he podido hacerlo sino con la ayuda de Satanás.

—Basta, basta.

—Teneis sobrada inteligencia para necesitar más explicaciones.

—¿Me direis cómo os llamais?

—¿Qué inconveniente he de tener en decíroslo si estoy en vuestro poder?

—Es verdad.

—¿No hemos convenido en que seria una necedad malgastar el tiempo?

—Sí.

—Me llamo Jacobo de Tordesillas, estoy casado con Isabel de Linares, y tengo una hija de cuatro años, que se llama lo mismo que su madre.

—Perdonad,—dijo el jesuita.

Y sacó un papel y un lápiz, trazando unos signos, cuya representacion nadie hubiera podido conocer; pero que sin duda equivalian á las letras que componian los nombres que acababa de oir.

—¿Dónde,—preguntó luego,—teneis vuestra vivienda?

—En Madrid, arrabal de San Ginés, una casa aislada, y para cuya edificacion se aprovecharon los restos de una antiquísima fortaleza.

—¿Huísteis cuando iban á prenderos?

—Un amigo me advirtió el peligro, y abandoné mi familia.

—¿Adónde os dirigís?

—A Francia.

—¿Hace muchos dias que emprendísteis vuestra marcha?

—Quince.

—¿Y sabeis si han dejado en paz á vuestra esposa?

—Lo ignoro.

—Supongo que la infeliz estará en los calabozos de la Inquisicion.

—¡Oh!—exclamó Jacobo, apretando los puños.

Y de sus negros ojos se escaparon dos centellas.

—Debeis pensar,—repuso el jesuita,—que el Santo Oficio ha de considerar á vuestra esposa como cómplice vuestra, ó que al ménos la acusará por no haberos delatado, puesto que semejante omision es, segun los edictos, un crímen igual al que se oculta.

—¡Dios mio!...

—Y aun cuando los inquisidores no acusasen á vuestra mujer, la encerrarian y le aplicarian el tormento para obligarla á declarar dónde os encontrais. ¿Acaso no sabeis que esta es la costumbre del Santo Tribunal?

—Mi esposa habrá huido tambien.

—Era su única salvacion.

Las observaciones del jesuita renovaron los temores de Jacobo.

Olvidóse del peligro que corria, se arrepintió de haber huido, y pensó volver á Madrid para averiguar lo que habia sido de su esposa y de su hija.

—Estais meditando una locura,—dijo el padre Fulgencio;—sin embargo, si yo tuviese completa confianza en vuestra sangre fria, no me tomaria la molestia de haceros desistir de vuestro propósito, y aun tal vez os aconsejaria que lo pusiéseis en ejecucion.

—¿Qué creeis que medito?

—Correr en busca de vuestra familia.

—No os equivocais.

—Ya es tarde, porque en quince dias debe haberse decidido la suerte de vuestra esposa.

Jacobo no respondió.

—Nos hemos entendido,—añadió el jesuita,—y podemos seguir hablando con franqueza.

—Sí, sí.

—Aunque hubiérais conseguido apoderaros de los papeles que me entregó el hermano Alfonso, nada podríais hacer ahora, yo os lo aseguro; pero cuando trascurra algun tiempo, la cuestion habrá cambiado, y entonces estos documentos serán un arma terrible contra el abate.

—¿Qué me importa si yo no los tengo?

—Hagamos un trato.

—¡Un trato!...

—Sí.

—No se me alcanza...

—Tal vez me sea posible proteger á vuestra esposa y á vuestra hija.

—¡Ah!...

—Se las defenderá.

—¿Qué decís?

—Y en cuanto á vos, puedo hacer de modo que llegueis á Francia sin que nadie os incomode.

—¿Pero todo eso?...

—Debe ser á trueque de algo.

—Tal supongo.

—Algun dia volvereis á España, y entonces sereis mi amigo, mi aliado...

—Comprendo.

—Trabajaremos, no para satisfacer una venganza, sino para conseguir la justicia que mereceis.

—¡Oh!...

—Para reparar en cuanto sea posible los perjuicios que os hayan hecho sufrir.

—Lo que me proponeis...

—No tiene nombre,—replicó el jesuita, sonriendo maliciosamente.

—¿Y si no acepto?

—Peor para vos.

—¿Me hareis prender?

—No.

—Esa generosidad...

—Un capricho.

Jacobo meditó.

—Acepto,—dijo despues de algunos instantes,—aunque con una condicion.

—Decid.

—No se me exigirá verter sangre humana, ni despojar á nadie de lo que sea suyo.

—No se os exigirá ningun crímen, no se os exigirá nada que no sea legítimo y bueno, porque, tenedlo entendido, los discípulos de Ignacio de Loyola no son criminales.

—Perdonad...

—Hemos concluido.

—¿Y ahora?...

—Esperad un momento.

El jesuita volvió á sacar su lápiz y un trozo de papel, trazó unos cuantos signos, y dijo luego:

—Tomad: con esto os presentareis á un hombre que se llama Lucas Perales y que vive honradamente en el primer pueblo adonde habeis de llegar, siguiendo el camino que os indicaré.

—¿Y luego?

—Llegareis á Francia sano y salvo, ya os lo he dicho. Tomad vuestra capa y vuestro sombrero y seguidme.

Jacobo, sin darse cuenta de lo que hacia, obedeció.

Despues de dirigir á María algunas frases de cariño y de consuelo, salió de la casa con el jesuita.

Pocos minutos despues se alejaba de la aldea sin que fuera posible que sospechase cuán cara habia pagado la jóven la proteccion del jesuita.

CAPITULO XXXVII.

Nueva resolucion de Jacobo.

Jacobo, completamente aturdido y sin poder aún darse cuenta exacta de lo que acababa de sucederle, caminó hasta el medio dia, hora en que dió vista al pueblecito designado por el padre Fulgencio.

Entonces se detuvo, se sentó sobre una piedra, y dijo:

—Reflexionemos.

Reflexionar en la situacion en que se encontraba, no era otra cosa que pensar en los dos queridos séres de quienes se habia separado, y cuya suerte ignoraba.

Ya sabemos que las palabras del jesuita habian aumentado los temores del fugitivo, y no continuó su marcha sino como el que contra su voluntad obedece á una fuerza superior á la suya.

Más de una vez se habia preguntado si su fuga no era una cobardía y un olvido de sus sagrados deberes de padre y esposo.

Sentíase atormentado por la conciencia, sin que lo tranquilizara la idea de que permaneciendo en su casa hubiera caido en poder de los inquisidores, haciéndose doblemente penosa la situacion de su familia.

¿Qué habia sido de Isabel?

La duda es muchas veces peor que la más horrible realidad.

En los quince dias que habian trascurrido, Jacobo, en su afan de huir y de ocultarse, no se habia dado cuenta exacta de la situacion; pero desde el momento en que se creyó seguro, sus ideas fueron distintas y acabó por pensar si debia cambiar de resolucion.

No tardó mucho en suceder así.

Antes de media hora decidió arrostrarlo todo y volverse á Madrid.

—Así,—dijo,—no falto á mi promesa, puesto que el jesuita no desaprobaba mi regreso, sino que solamente temia que me faltase la calma. De todos modos seré leal y no ocultaré mi resolucion.

No meditó más.

Púsose en pié y entró en la aldea, encontrando fácilmente á la persona á quien buscaba, y que era un viejecillo flaco y amarillento como un pergamino, sucio y casi haraposo, á pesar de que, segun era fama, tenia sobrados recursos con que vivir muy decentemente.

Despues de examinar atentamente á Jacobo y de saludarlo con frialdad, le preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

El esposo de Isabel por toda respuesta le presentó lo que podriamos llamar su misterioso salvo conducto.

El viejecillo sacó una cajita de hojalata, y de ésta unos anteojos, que se colocó al extremo de su puntiaguda nariz, mirando luego por todos lados el papel, y diciendo con la misma calma y frialdad que antes:

—Sentaos y decidme lo que necesitais.

—No sé hasta qué punto,—respondió Jacobo,—se os darán explicaciones en este papel.

—No os pido ningunas.

—Mi objeto era entrar en Francia para ponerme á cubierto de la persecucion del Santo Oficio...

—Perdonad,—interrumpió el aldeano;—pero no solamente son inútiles vuestras explicaciones, sino que me hareis un favor con no dármelas.

Tordesillas lo miró con extrañeza.

—Es que tal vez,—dijo,—se os pedirán noticias mias, y es menester que sepais que en vez de seguir mi camino hácia la frontera, he decidido volver á la corte para saber lo que ha sido de mi familia.

El viejo se encogió de hombros y replicó:

—Decidme lo que necesitais, y que Dios os proteja.

—Pero...

—Os persiguen segun indicais.

—Sí.

—¿Es un disfraz la ropa que ahora llevais?

—No.

—Entonces os daré uno para que no seais conocido.

—Bien.

—¿Llevais dinero?

—Ninguno.

—Vais muy mal.

—Soy pobre...

—Esperad.

Jacobo estaba casi aturdido por la sorpresa y guardó silencio.

El aldeano se levantó, sacó de una alacena algunas viandas y un jarro con vino, y poniéndolo todo en una mesa junto al esposo de Isabel, le dijo:

—Comed mientras saco vuestro disfraz y dinero. Esa ropa me la dejareis, porque podrá servir para otro.

Y salió del aposento.

El fugitivo, mientras se entregaba á sus tristes pensamientos, comió maquinalmente.

¿Qué relaciones habia entre el jesuita y el aldeano?

¿Qué significaban los misteriosos signos estampados en el papel?

Al cabo de un cuarto de hora, Jacobo habia comido y su huésped le presentaba un traje completo de aldeano y un Sambenito.

—¿Qué significa esto?—preguntó el esposo de Isabel, mirando con profundo disgusto aquel signo ignominioso.

—Esto significa que habeis sido acusado de herejía, que habeis abjurado vuestros heréticos errores, se os ha reconciliado por el Santo Oficio y se os ha castigado con la confiscacion de vuestros escasos bienes, imponiéndoos la obligacion de llevar toda vuestra vida el Sambenito: miradlo bien y vereis que no es el de los relajados, sino el de los reconciliados. Cuando os encuentren los que os buscan, no se cuidarán de vos y os dejarán seguir tranquilamente vuestro camino. Esto es una precaucion por lo que pueda suceder, puesto que en Zaragoza, si es que allí quereis entrar, ó en Calatayud, adon-

de es más prudente que desde luego vayais, encontrareis otro hermano que os proteja como yo y con el cual tratareis si es conveniente nuevo cambio de disfraz.

Y poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro y plata, añadió el viejecillo:

—Ved si necesitais más dinero, porque os daré todo el que me pidais.

—Aún me sobra,—respondió Jacobo, á quien la sorpresa tenia cada vez más aturdido.

Era inútil hacer ninguna observacion.

El aldeano habia dicho que no queria que se le diesen más explicaciones, lo cual podia ser con objeto de no verse obligado él á darlas, en cuyo caso debia respetarse su reserva.

—¿Tengo que agradecer algo á este hombre? — preguntó Jacobo.—Nada, porque segun parece no hace más que obedecer.

Sin detenerse se despojó de su ropa, vistió la de aldeano, colgó á su cuello el Sambenito, no sin extremecerse y que palideciera su rostro, y guardando las monedas se dispuso á marchar.

La despedida fué tan fria y reservada como la presentacion.

—El cielo os proteja,—le dijo el anciano.

Y cerró la puerta de su pobre morada.

Jacobo se alejó de la aldea y volvió á sentarse donde antes habia descansado.

Entonces necesitaba meditar más que nunca: entonces queria á toda costa darse explicaciones claras sobre su situacion, extraña hasta lo inverosímil.

No era muy difícil esto.

Para comprenderlo todo le bastaban algunos minutos de reflexion, porque hay que tener en cuenta que Jacobo conocia bastante el mundo.

Una hora despues habia conseguido desaturdirse.

Vió entonces con más claridad los peligros á que se exponia con su nueva resolucion; pero no por esto pensó cambiarla.

A toda costa queria saber lo que habia sido de su esposa y de su hija, y no retrocederia ante ningun obstáculo ni ante ningun peligro, por grande que fuese.

Concluyeron sus vacilaciones.

Emprendió otra vez su marcha, y al fin, como siempre se acogen con ansiedad las ideas que nos halagan, creyó que con su disfraz y el misterioso papel estaba completamente seguro.

No tenemos para qué seguirlo paso á paso: solamente debemos decir que en Calatayud encontró otro protector tan misterioso como el primero, y que despues, en cuantas poblaciones tenia que descansar, el papelito del padre Fulgencio era como una varita mágica, ante cuya virtud se allanaban todas las dificultades y se vencian todos los obstáculos.

Ya no era, pues, Jacobo el fugitivo que implorando la caridad tenia que sufrir todas las privaciones, atormentado unas veces por el hambre, otras por la sed y muchas por la necesidad de dormir.

Por donde quiera que iba se le daban buenos alimentos y hospitalidad, ofreciéndole además dinero sin tasa.

Ocho dias despues llegó á las cercanías de Madrid.

Lo que sintió es imposible hacerlo comprender.

El desdichado tuvo que detenerse, porque le faltó el aliento.

Sintió el corazon oprimido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, que corrieron por sus pálidas mejillas.

Su mirada se fijó con insistencia en un objeto.

¡Contemplaba su pobre vivienda!

—¡Ah!—exclamó con voz ahogada;—¿estarán allí las criaturas á quienes tanto amo?

Y como si hubieran de responderle, añadió:

—¡Isabel, hija de mi alma!...

Empero el silencio más absoluto siguió á sus palabras.

Habia empezado á ocultarse el sol.

Sus últimos rayos iluminaban el pardo torreon donde los vecinos del arrabal creian que moraba Satanás.

A pesar de los vivos deseos que Jacobo tenia por llegar á su morada, no se atrevia á seguir su marcha.

Una voz secreta le decia que iba á experimentar el más horrible de los dolores, y que ya era tarde para defender ni salvar á las dos inocentes criaturas que habia dejado allí.

En aquellos momentos faltóle la resolucion que hasta entonces le habia dado fuerzas.

—¿Qué será de mí?—se preguntó.—¿Qué será de mí si llego tarde?

Y sus miembros temblaron á impulsos del más profundo terror.

Largo rato permaneció inmóvil, contemplando los sombríos muros de su morada.

Luego exhaló un suspiro, arrodillóse, levantó al cielo

los ojos y oró con todo el fervor de un alma dolorida.

Ocultáronse los últimos rayos del sol y no se vieron más que los dorados resplandores del vespertino crepúsculo.

—Ya es hora,—murmuró el infeliz.

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, púsose en pié y adelantó hácia el arrabal.

Nunca se habia encontrado en tan inminente peligro.

A pesar de su disfraz, al llamar á su casa seria reconocido por cualquier vecino que observase.

Como á nadie habia de encontrar en su antigua morada, era natural que intentase hacer averiguaciones, y esto seria causa de su perdicion.

No, no pasarian muchas horas sin que el desdichado estuviera en poder de sus perseguidores, no pasarian muchas horas sin que de su vida pudiera disponer el abate.

Un cuarto de hora despues y cuando ya no habia mas que esa luz dudosa que es el último adios del dia y el primer saludo de la noche, Jacobo llegó junto á la tapia, que ya hemos dicho se levantaba tras de su vivienda.

Allí se detuvo.

Oyóse el metálico sonido de las campanas que daban el toque del Angelus.

El esposo de Isabel descubrió su cabeza y rezó devotamente.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo Jacobo entró en su casa y lo que hizo.

No tardó en cerrar la noche.

Jacobo buscó afanosamente un rayo de luz que se escapase por las rendijas de las ventanas de su vivienda.

Empero nada vió.

Acercóse más y escuchó sin percibir tampoco el más leve ruido.

Un sudor copioso y frio inundó su frente.

A otras horas, aquella oscuridad y aquel silencio no le hubiesen infundido tanto cuidado; pero entonces no era posible que su esposa hubiese salido.

Sus dudas y sus temores lo atormentaron como nunca.

¿Qué conducta aconsejaba la prudencia en aquella situacion?

Afortunadamente, pensó Jacobo que no debia llamar á la puerta ni preguntar á ningun vecino.

No necesitó mucho tiempo para decidir.

Dió algunos pasos, miró á su alrededor, y seguro de que nadie lo observaba, trepó la tapia y de un salto se puso en el corral.

Pero entonces le ocurrió que nada le seria posible hacer sin luz, y para obtenerla en aquel tiempo era preciso vencer muchas dificultades.

Jacobo reflexionó.

—Conozco el interior de la casa y podré entrar y subir á oscuras; luego me será fácil encontrar lo necesario para encender, porque sé el sitio donde está.

Fiado en esto se acercó á una puerta y la empujó.

El paso quedó libre.

Jacobo entró, y á tientas anduvo por espacio de tres ó cuatro minutos.

—Aquí, la escalera,—murmuró deteniéndose.

Como si aún abrigase alguna esperanza, volvió á escuchar.

Pero ni el más leve rumor llegó á sus oidos.

Dió un paso más.

—¿Qué es esto?—preguntó parándose otra vez.

Habia puesto las manos sobre el esqueleto, que aún permanecia donde lo dejó Simon.

Ya no tuvo duda alguna el fugitivo de que algo extraordinario habia tenido lugar allí, y este algo no podia ser más sino que los inquisidores hubiesen invadido la casa.

¿Pero se habian salvado Isabel y su hija?

¿Habian tenido tiempo de huir?

Jacobo se sintió desfallecer y tuvo que permanecer inmóvil largo rato.

Por fin subió la escalera y llegó adonde debia encontrar lo necesario para encender luz.

Excepto la osamenta, todo lo demás estaba en su sitio.

Bien pronto pudo examinar con la mirada la habitacion.

Sin detenerse buscó cuanto podia revelarle la suerte de su familia.

Estaba en su lugar toda la ropa de Isabel.

Las ropas del lecho se encontraban perfectamente arregladas; pero no así las de la cuna, cuyo desórden era claro indicio de que la niña se habia levantado sin que su madre pudiera despues ocuparse de otra cosa que de huir precipitadamente, puesto que no habia tenido tiempo ni aun para tomar las prendas más necesarias del equipaje de ninguna de las dos.

En esto, como saben nuestros lectores, no se equivocaba Jacobo; pero ¿significaba aquello una fuga ó la falta de todo respeto y consideracion de los esbirros del Santo Tribunal?

Esto era imposible adivinarlo.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó desesperadamente Jacobo.

Y elevó al cielo una mirada, que lo mismo podia ser una impía reconvencion que una súplica desgarradora.

Imposible es pintar la borrasca espantosa que en aquellos momentos agitó el alma de Tordesillas.

—¿Y mi hija, y mi hija?—gritó con voz ronca.

Y rugiendo como un leon, recorrió todas las habitaciones.

Del dolor y el abatimiento habia pasado á la ira, á una ira reconcentrada, profunda, rabiosa.

No pasó ménos de media hora en semejante estado.

Luego, agotadas las fuerzas, se dejó caer de rodillas jun-

to á la cuna, besando las sábanas con una ternura infinita.

Dios tuvo piedad del infeliz.

Por su lívido rostro volvió á correr el llanto.

Su dolor era mortal; pero más que su dolor era su anhelo de salvar á su esposa y á su hija.

Esto no era posible conseguirlo dejándose llevar de los trasportes de la desesperacion.

En semejante estado, la razon de la criatura está perturbada; pero Jacobo era padre, y al pensar en su hija le sobraron fuerzas y valor para dominarse y pudo reflexionar.

Al cabo de un cuarto de hora entreabrió los lábios para sonreir con expresion de amargura, de una amargura profunda, horrible.

Habia recobrado toda su energía.

—¡Oh!—exclamó.—Es preciso que el noble leon se convierta en tigre astuto... Tigre seré... ¡Por Dios vivo!... No hay ofensa que yo no perdone; pero si hieren mi corazon de padre... ¡Oh!...

De sus negros ojos se escaparon dos llamaradas.

Luego con más calma, pero una calma verdaderamente terrible y espantosa, volvió á recorrer todas las habitaciones, fijando la atencion hasta en lo que parecia más insignificante.

Meditó.

—Hé aquí,—dijo, volviendo á sonreir irónicamente,—cómo se me proporciona seguro asilo donde pasar la noche, porque no será aquí ciertamente donde vengan á buscarme, si es que temen ó sospechan mi regreso.

Efectivamente, Jacobo podia permanecer allí con todo descuido.

El Santo Oficio habia cerrado y sellado la puerta de la casa, despues de hacer un inventario de cuanto en ella habia; pero como nada de valor habian encontrado allí, podia tenerse por cierto que los inquisidores no volverian.

Jacobo apagó la luz, bajó al corral y salió, volviendo á salvar la tapia.

Embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas, dió algunos pasos lentamente, mirando á los muros del edificio y sin reparar que una mujer se le acercaba, diciendo con voz desagradable:

—Sí, buen hombre, esa es la casa, esa misma. No sois el primero que viene á verla por curiosidad. Que digan ahora que la Inquisicion se mete en lo que no le importa.

Jacobo miró á la mujer, que era una vieja, y replicó:

—Me han dicho que aquí vivia gente sospechosa...

—¡Ya lo creo!... Un condenado mágico y su mujer, que era otra tal, y su hija, que no era ni más ni ménos que un retoño de Lucifer.

—¡Un mágico!...

—Desgraciadamente á él no han podido cogerlo.

—¿Y á ella?—preguntó Tordesillas sin poder contenerse.

—Dicen que ya está en los calabozos del Santo Oficio, y así debe ser, porque una mañana vino uno de los señores del tribunal con el notario y algunos alguaciles, entraron en la casa y luego sellaron la puerta.

—¿Pero no se sabe de fijo?...

—No tardará en saberse, porque si á ella la han cogido, la quemarán viva con el retoño en el primer auto de fé, y os aseguro que si Dios me dá vida iré á verla.

Jacobo hacia esfuerzos inauditos para dominarse.

—Me han asegurado algunos vecinos, que la noche antes vieron por aquí muchos bultos negros, y mi compadre maese Blas jura que por una de las ventanas salió volando un demonio, tambien negro como la pez.

—Todo eso no significa nada.

—¡Que no significa nada!... Bien se conoce que no os han enterado de todo. Los que aquí vivian eran hechiceros y muy hechiceros, y yo puedo asegurarlo, porque tengo pruebas.

—¡Pruebas!

—Mirad, una hija mia, que es la moza más guapa de todo el barrio, estuvo muriéndose la primavera pasada. Los médicos dijeron que no habia salvacion, y cuando ya iban á sacramentar á la pobrecita, vino el señor Jacobo, trajo unas yerbas, las coció y no sé qué más puso allí ni qué palabras diabólicas dijo; pero es lo cierto que mi pobre Ramona empezó á revivir y á los ocho dias se levantó.

—Si ese hombre es médico,—se atrevió á decir Tordesillas.

—¡Médico!... Sí, lo mismo que yo.

—Pero...

—Ahora estamos en observacion, no sea que al medicinarla le metiera los diablos en el cuerpo á la pobrecita, aunque afortunadamente hay sacerdotes que conjuren los malos espíritus, y algun dia tendré el gusto de ver cómo arde ese condenado y su mujer y su retoñito.

A juzgar por las palabras de la vieja, Isabel debia estar en los calabozos de la Inquisicion.

Así lo pensó Jacobo, y sin poder ya dominarse se alejó de la mujer, que quedó sorprendida de no haber sido escuchada con más atencion.

¿Adónde iba?

No hubiera sabido decirlo.

Algunos amigos tenia de la más completa confianza; pero el más noble y mejor de todos ellos lo hubiese delatado, porque la amistad, como era consiguiente, tenia por límite la conciencia.

Segun el edicto de las delaciones, que se publicaba solemnemente en un domingo de cada Cuaresma, se imponia la pena de excomunion *lata* á todo el que tuviese noticias de dónde se encontraba algun hereje, ó siquiera acusado de herejía, y no lo delatase inmediatamente al Santo Oficio.

No habia, pues, amistad á prueba de una excomunion, mucho ménos en aquella época de fanatismo y de ignorancia.

Para cualquiera, por inclinado que fuese á hacer un bien, era antes que todo la salvacion de su alma, y de aquí, segun ya tenemos indicado, que hasta los hijos se convirtiesen en delatores de sus padres.

¿Cómo habia de confiar Jacobo en ningun amigo?

Érale forzoso recurrir á las casualidades, por si éstas le proporcionaban las noticias que tanto interesaban á su corazon.

Despues de haber andado algunos minutos, detúvose, y mirando el ignominioso escapulario que formaba parte de su disfraz, dijo:

—Ahora esto puede servirme más bien de estorbo que de proteccion.

Miró á todos lados sin ver á nadie.

Quitóse el Sambenito y lo arrojó lejos de sí.

—¡Dios mio, ayudadme!—exclamó.

Y envolviéndose en su capa, entró por el Postigo de San

Martin, tomando á la derecha para buscar las calles que desembocan en la plaza de Santo Domingo.

Su intencion era dirigirse á la de la Inquisicion, por si en aquellos sitios encontraba, como junto á su vivienda, algun curioso charlatan que le hablase de lo que le interesaba tanto.

A semejante hora y en aquel lugar, debian ser pocos los transeuntes; y sin embargo, Jacobo se sorprendió al ver que en la calle donde estaba situado el Santo Tribunal, habia mucha gente agrupada, advirtiéndose gran confusion y movimiento y oyéndose el ruido de muchas voces.

—¿Qué sucede?—se preguntó el fugitivo.

En otro sitio cualquiera no se hubiera cuidado de averiguar lo que pasaba; pero allí todo tenia para él un interés vivísimo, y adelantando, se confundió entre los grupos que obstruian la calle.

Para que se comprenda lo que hemos de referir, es preciso que retrocedamos y demos á conocer los sucesos que habian tenido lugar desde el dia que abandonamos la corte.

CAPITULO XXXIX.

David observa.

Dejamos á David desesperado y buscando inútilmente medios de averiguar el paradero de la hija de Isabel y salvar á ésta.

Despues de mucho reflexionar, acabó el pobre jorobado por convencerse de que al asesino le sobraba la razon en cuanto á que era imposible adelantar nada sin tener mucho dinero.

La curiosidad de David con respecto á los tesoros del abate llegó, pues, á ser un asunto quizá el más importante en aquella situacion.

¿Habia decidido poner la mano en el supuesto tesoro, creyendo que era legítimo hacerlo así cuando se trataba de salvar á dos infelices víctimas del mismo Claudio?

Tal vez, extraviado en fuerza de los sufrimientos, extraviado su juicio como le habia sucedido más de una vez, el

infeliz jorobado intentaba faltar á sus deberes, en la falsa creencia de que favorecia la justicia y castigaba al criminal.

De cualquier modo que fuese, David, despues de una noche de febril delirio, tomó una resolucion, y no era fácil, ni quizá posible que retrocediera ante ninguna consideracion ni obstáculo.

Desde aquel momento espió en cuanto pudo al abate, y cuando éste despues de cenar se entraba en su dormitorio, aquel, en lugar de acostarse, pasaba hora tras hora en observacion, colocado en el pasillo y mirando por las rendijas de la puerta.

Unas noches leia Florentin hasta las once ó despues, y luego apagaba la luz y se acostaba, y otras se ocupaba en escribir.

Cuatro dias trascurrieron sin que otra cosa hiciese.

David empezaba á perder la esperanza de averiguar nada que tuviese relacion con el dinero de que le habia hablado el asesino.

—No perderé la paciencia,—se dijo el huérfano:—de todos modos continuaré ocupándome de los preparativos para la fuga de Isabel.

Y la quinta noche, segun costumbre, despues de haber cenado y rezado, preguntó á Florentin:

—¿Teneis algo que mandarme?

—Nada, hijo mio, puedes acostarte y descansar.

—Dios nos dé buena noche.

—Así sea,—respondió Claudio.

Y tomó un libro, disponiéndose á leer.

David fué á su dormitorio, se desnudó y apagó la luz; pero en vez de acostarse, volvió á salir y con el silencio que se

arrastra una culebra, deslizóse por el pasillo hasta el sitio donde acostumbraba colocarse todas las noches.

La puerta no estaba completamente cerrada, y por consiguiente, por el claro, aunque estrecho, que quedaba entre la hoja y el marco, pudo el huérfano mirar mejor que otras veces.

El abate permanecia junto á la mesa y parecia seguir leyendo.

David miró afanosamente y esperó.

Cinco minutos trascurrieron.

Florentin cerró el libro, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y quedó inmóvil.

Despues de otros cinco minutos se puso en pié.

Las arrugas de su frente eran más profundas.

Su mirada era más sombría.

Todo su rostro estaba contraido y sus pupilas brillaban como dos carbunclos.

Acercóse al arca de que hemos hecho mencion, arrodillóse, la abrió y empezó á sacar y á dejar en el suelo toda la ropa, por cierto mala y escasa que guardaba allí.

Esto lo miró David con más sorpresa que interés, porque no era posible que sospechase que tenia ninguna importancia semejante operacion.

Sin embargo, siguió observando muy atentamente.

Cuando el abate hubo sacado toda la ropa, se inclinó aún más sobre el mueble y metió en él los brazos.

Oyóse entonces un ruido como el que produce la madera al crugir.

—¿Qué hace?—se preguntó el jorobado.

Y desde entonces miró y escuchó con más interés.

Bien pronto percibió otro ruido que en nada se asemejaba al primero, porque era un sonido metálico.

—Dinero,—pensó David;—es oro... ¡Ah!... Simon no se equivocaba.

El ruido cesó en breve.

Claudio se puso en pié sin cerrar el arca ni guardar la ropa.

En sus manos tenia, no el oro que habia sonado, sino algunos papeles.

Volvió junto á la mesa, sentóse y se puso á leer.

En el espacio de media hora no movió mas que las manos para desdoblar y doblar los papeles, que parecian absorber toda su atencion.

Fué otra vez á colocarse junto al arca, guardó aquellos papeles, que debian ser de una importancia incalculable, crugió la madera en el fondo del mueble, puso la ropa donde antes estaba y cerró, dejando la llave sobre la mesa como siempre hacia.

De este modo, es decir, dejando aquella llave á disposicion de David, quitaba toda importancia al arcon, alejaba toda sospecha de que allí pudiera guardarse objeto alguno de valor que escitara la codicia ni picara siquiera la curiosidad.

Ya no habia duda: en un doble fondo de aquel mueble se encontraba el tesoro.

Pero éste, ¿en qué consistia?

¿Eran los papeles ó el dinero lo que tenia más importancia?

Para el huérfano no era difícil averiguarlo, porque le sobrarian ocasiones en que examinar los papeles y ver si el oro era mucho.

Florentin, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, empezó á pasear, mientras decia:

—¿Dónde está, dónde está?... ¡Oh!... ¡Y no puedo encontrarlo, de nada me sirven los grandes medios de que dispongo!

En la violencia de sus movimientos revelaba la agitacion de su espíritu, y no podia dudarse que alguna contrariedad terrible le hacia sufrir mucho.

Algunos minutos despues se paró y apretó los puños como quien está desesperado.

—¿Dónde está, dónde está?—volvió á decir.—¡Y esto es lo único que me falta para ver cómo en pocos meses, tal vez en pocos dias mis sueños se convertian en realidad!

¿Qué buscaba el abate?

¿Qué era lo que necesitaba para realizar sus sueños, ó lo que es igual, para ver completamente satisfecha su ambicion?

Y decimos su ambicion, porque de ambicion eran sus ensueños, sus ilusiones y sus esperanzas.

No era posible que lo adivinase ni el mismo David que tantos secretos de su señor conocia.

Claudio repitió muchas veces las frases que antes habia pronunciado; pero no dijo una sola palabra que aclarase sus misteriosos pensamientos.

Al fin se le vió recobrar la calma, porque ya sabemos cuán fácil le era dominarse; pero no se le vió sonreir, lo cual probaba que habia meditado en vano, que no habia logrado acertar con un medio seguro de realizar sus deseos.

Indudablemente el jorobado habia visto todo cuanto de importancia habia de observar aquella noche, y alejándose si-

lenciosamente, volvió á su dormitorio y se dejó caer en su cama.

Florentin se desnudó, apagó la luz y se acostó tambien.

La noche acabó de pasar en completa calma y silencio.

A la mañana siguiente almorzaron y fueron al tribunal.

—Si has de aburrirte aguardando mucho, puedes ir á pasearte,—dijo Claudio á su protegido,—porque hoy he de trabajar bastante, y tal vez á las doce no me sea posible salir.

—Haré lo que dispongais,—respondió el jorobado con fingida indiferencia.

—Lo que sea de tu gusto: licencia tienes hasta el medio dia.

—Entonces daré un paseo, volveré, y si aún seguís ocupado, iré á casa á preparar la comida.

—Adios, hijo mio.

Entró el abate en el sombrío edificio.

David siguió calle arriba.

Luego tomó paso entre paso por la de Convalecientes, y decidiéndose al fin á aprovechar aquella buena ocasion, dijo:

—Ahora no debo temer que me sorprenda.

Volvió á la izquierda, entróse por la calle de la Garduña, y pocos minutos despues se encontró en su vivienda.

CAPITULO XL.

En qué consistia el tesoro del abate.

En efecto, David no debia temer que lo sorprendiera el abate, porque éste no habia de volver hasta despues de las doce.

Sin embargo, el huérfano tembló al encontrarse junto al arca.

Su rostro, antes pálido, se tornó lívido.

Abriéronse sus ojos y se iluminaron con extraño fuego.

Palpitó con violencia su corazon, y sintió como si su sangre se hubiera convertido en una corriente de fuego.

Por primera vez en su vida sintióse poseido de terror.

—¿Qué es lo que me sucede?—se preguntó con voz alterada.

No era otra cosa que su conciencia, que se levantaba para acusarlo.

Riesgos mayores habia corrido sin temblar, porque nunca

tiene miedo quien en fuerza de sufrir acaba por considerar la existencia como una carga pesada.

Largo rato pasó el desdichado huérfano sin acertar á moverse.

Al fin hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, y dijo:

—¿Por qué me detengo? ¿Acaso se detienen ante nada los miserables que me han destrozado el corazon?

Y como impulsado por una sacudida nerviosa, extendió los brazos y sus manos trémulas se apoderaron de la llave.

Ya no debia detenerse.

Sentíase abrasado por ese ardor febril que trastorna el cerebro y no dá lugar á la meditacion.

Como el avaro que quiere convencerse de que no le han robado su tesoro, abrió el arca.

Miró hácia la puerta y escuchó.

No percibió ruido alguno.

—Adelante, adelante,—murmuró con ronca voz.

Sacó la ropa y examinó el fondo del mueble.

No se veia ningun asidero ni resorte.

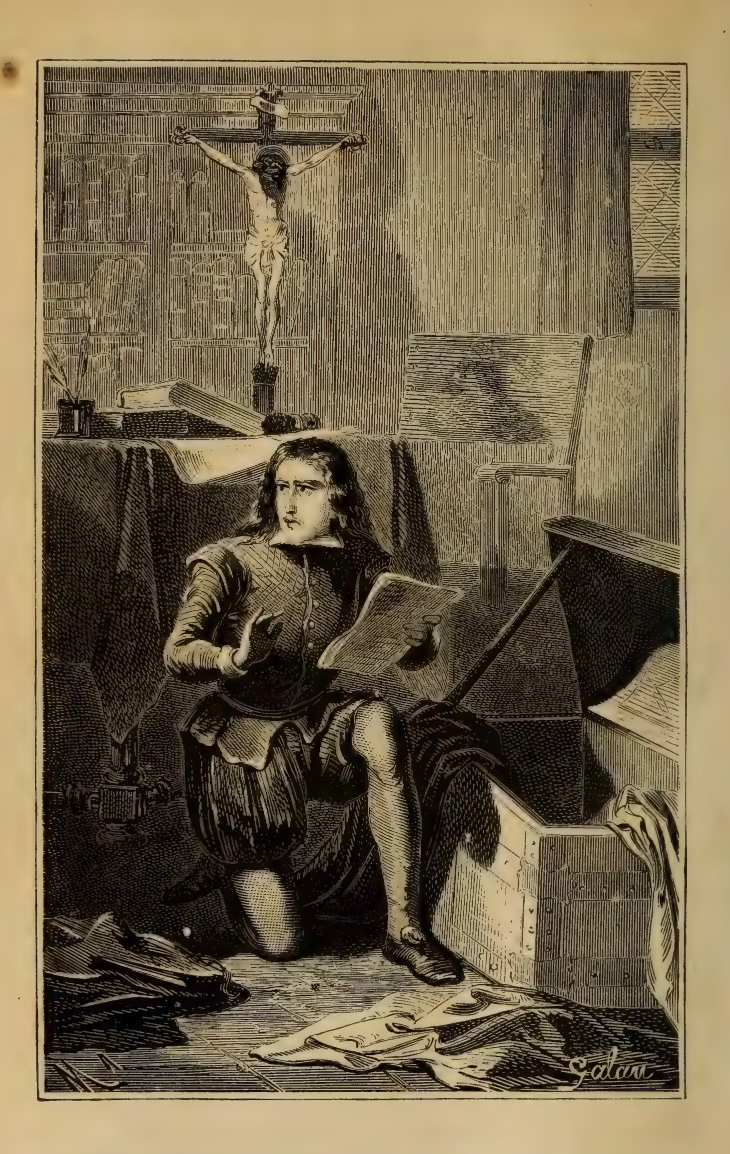
¿Cómo podia levantarse la tabla que constituia el falso fondo?

En fuerza de mirar con un afan indescriptible, encontró una pequeña hendidura, donde introdujo una de sus uñas, tirando violentamente.

La tabla se levantó, girando sobre ejes ó goznes invisibles.

David no pudo contener un grito: acababa de ver una porcion de monedas de oro.

Estas, sin embargo, no eran tantas que debieran conside-



Miró hácia la puerta y escuchó.

rarse una riqueza, pues á lo sumo representarian mil ducados.

—No,—dijo el huérfano,—esto no es un tesoro: puede ser el principio de una fortuna, pero nada más.

Era evidente que el abate, más que al dinero que allí habia, daba importancia á los papeles, que se encontraban junto á las monedas.

El jorobado no se cuidó, pues, de éstas y se apoderó de aquellos.

Antes de examinarlos corrió á la puerta y volvió á escuchar.

Su pálida frente estaba empapada en frio sudor.

Le sobraba tiempo, y sin embargo él creia que no podia disponer mas que de algunos instantes.

Sus manos, cada vez más trémulas, desdoblaron los papeles.

Lo primero que vió fué una carta, cuya fecha demostraba haber sido escrita la víspera de la célebre batalla de Villalar.

Su contenido era el siguiente:

«Mi buen Martin: En estos momentos pende de un hilo el honor y la felicidad de nuestra patria: Dios tenga misericordia de nosotros, que aunque pecadores, le rogamos con fé, como espero que tú lo hagas por mí y por todos los que como yo defienden la santa causa de nuestros fueros, de nuestras libertades.

»El señor Gil Perez de Tordesillas estaba para escribirte sobre el negocio de su caudal; pero ha tenido que partir apresuradamente para Villalar, de donde no volverá hasta mañana, y me ha rogado que para que puedas cumplir lo que

te encargó de palabra y lo que se trata en los demás papeles que van unidos á esta cuenta, te diga que la persona con quien debes entenderte y cuyo nombre ignoras todavía, es fray Benito de San Lorenzo, de la comunidad de San Francisco de Madrid.

»Nada más te digo, porque todo lo sabes: de fray Benito y de tu lealtad depende la suerte de una familia.

»No puedo detenerme más.

»Ruega al cielo por nosotros, que mucha falta nos hace la proteccion divina.»

Despues de esto, no habia más que la firma con el nombre de Alfonso de Lara.

Algo empezó á traslucir el huérfano, y con el afan que era consiguiente, empezó á leer los otros manuscritos.

Dos de estos habia ya recorrido su mirada, y tal vez no necesitaba más para comprenderlo todo; pero no queriendo que nada se le quedase oculto, decidió continuar la lectura.

Un ruido, cuya causa no era posible adivinar, llegó en aquel instante á los oidos de David.

El desdichado dejó escapar un grito de terror, y de un brinco se puso junto al arca.

Oyóse otra vez el mismo ruido.

El huérfano estaba tan turbado que creyó que abrian la puerta de la casa, y sin perder un instante dejó en su escondite los papeles, cerró el secreto fondo del arca, puso en ésta la ropa con toda la precipitacion que el caso requeria, y cerrando, dejó la llave sobre la mesa.

Todos sus miembros temblaban convulsivamente.

Su rostro estaba contraido y desfigurado.

Escuchó; pero nada oyó.

Mientras se esforzaba, si no para tranquilizarse, para aparecer tranquilo, salió del aposento y fué hasta la puerta que daba á la calle.

Luego recorrió toda la casa.

Ni vió á nadie, ni encontró nada que debiera infundirle temor.

El ruido que le habia puesto en tan gran cuidado debió ser uno de tantos como durante el dia suenan en todas las casas.

El huérfano debió sacar los papeles otra vez y continuar la lectura; pero dudó si tenia tiempo bastante para hacerlo así.

¿Qué hora era?

No lo sabia.

A él le pareció que habia trascurrido un siglo desde que entró en la casa; y sin embargo, aún no hacia hora y media que se encontraba allí.

No habia tocado el dinero, y en cuanto al secreto que habia sorprendido, podia ser suyo lo mismo que de otro cualquiera; pero la verdad es que su intencion habia sido cometer un abuso de confianza, un verdadero crímen.

El criminal es siempre cobarde, vacila, tiene miedo y donde quiera vé fantasmas que lo detienen.

Como si no estuviera seguro de haber registrado bien, volvió á recorrer la casa.

—¿Qué haré, qué haré?—se preguntó.—Me conviene acabar de leer y aun tomar algunos apuntes, si bien es verdad que ya todo lo comprendo. Se trata de una fortuna inmensa, de cincuenta mil escudos en oro que pertenecen á una familia, tal vez sumida en la miseria: este dinero fué deposita-

do en manos de un fraile de San Francisco, y por lo que he podido ver, el fraile estaba encargado de entregar el depósito á los herederos de Gil Perez, cuya familia habrá desaparecido á consecuencia de las persecuciones que siguieron á la batalla de Villalar.

David reflexionó.

—El fraile,—añadió luego,—debió morir hace bastantes años, y al dejar de existir entregaria el depósito á persona de su confianza, instruyéndole sobre las obligaciones que el encargo llevaba consigo. ¿Quién es esta persona y dónde se encuentra? Hé ahí lo que busca el abate, porque encontrar al depositario es encontrar el tesoro, y con cincuenta mil escudos no hay ambicion que no pueda satisfacerse.

Así era la verdad: en la posicion del abate y con mucho dinero todo podia conseguirse, porque es menester que se sepa que en aquellos tiempos el oro era rey mucho más poderoso y absoluto que en nuestros dias.

Hoy, dando pruebas de una ignorancia lastimosa, se nos acusa de no conocer otro móvil que el dinero, y se nos presenta como ejemplo que debemos seguir la pureza de nuestros antepasados.

Si hubiéramos de creer á los llorones panegiristas de aquella época, borron de la historia y de la humanidad, nos avergonzaríamos de las condiciones morales de nuestra generacion.

Pero afortunadamente es todo lo contrario.

Entonces, los que se encontraban en cierta posicion, siquiera cerca de los que gobernaban, consideraban como suyo lo que era de todos, y en pocos años se levantaban fortunas verdaderamente fabulosas.

En nuestro tiempo se cometen abusos; pero no con la frecuencia ni el descaro que en aquella época.

Todo entonces se vendia, absolutamente todo, y nunca como entonces se especulaba con la conciencia.

Esto nos seria muy fácil probarlo, y lo probaríamos si la índole de esta obra no nos señalase límites que no podemos traspasar.

Con su inteligencia, su astucia y su conocimiento del corazon humano, sin conciencia ni escrúpulos de ningun género y con cincuenta mil escudos, el abate Florentin podia ser casi dueño del mundo.

David perdió lastimosamente el tiempo, haciendo reflexiones que en su situacion eran completamente inútiles.

Y á medida que pasaban las horas, se aumentaban sus temores de ser sorprendido.

No se atrevió, por consiguiente, á sacar otra vez los papeles; pero sí decidió aprovechar las ocasiones que se le presentasen.

Más tranquilo, porque acabó por estar seguro de que el abate nada sospecharia, salió el huérfano de la casa y fué al tribunal.

Allí conoció su error.

Aún no eran las once.

—Aprovecharé el tiempo,—dijo para sí.

Ya sabemos que nadie se cuidaba allí del pobre jorobado, y que éste á su antojo entraba y salia, hablaba ó callaba sin llamar la atencion.

Al decir que pensaba aprovechar el tiempo, debe suponerse que algun otro proyecto traia entre manos desde el dia en que lo vimos conferenciar con Simon.

Por más que David hubiese perdido la esperanza de salvar á Isabel, ó que su esperanza fuera muy débil, no podia resignarse y dejar correr los dias sin hacer nada, porque esto no estaba en armonía con su carácter.

¿Qué era lo que intentaba ó proyectaba?

No lo sabemos; pero lo veremos bien pronto.

Despues de cruzar algunas palabras con los que encontró á su paso, empezó David á vagar de uno en otro aposento, deteniéndose algunas veces como para meditar.

Así recorrió una buena parte del interior del edificio, y cuando se encontraba en una habitacion donde ningun mueble se veia, murmuró:

—Creo que por aquí es más fácil.

Entonces se asomó á una ventana que daba á un patio dónde nadie habia, y pareció medir con la mirada la altura á que estaba colocado.

Más de un cuarto de hora permaneció en aquel sitio.

Al verlo, no se hubiera creido sino que distraidamente se habia puesto allí como pudiera haberse detenido en otra parte.

Sin embargo, sus negros ojos solian brillar con extraño fuego, y su frente se contraia con frecuencia.

Para un observador astuto, David revolvia en su mente pensamientos de mucha importancia.

No era en aquellos momentos el hombre que espera, se aburre y mira á su alrededor distraidamente y sin darse cuenta de lo que vé: era el hombre que medita y que con profunda atencion examina cuanto le rodea.

Separóse de la ventana, fué en busca de los porteros y preguntó si el abate seguia trabajando.

Respondiéronle afirmativamente, y entonces, aparentando la mayor indiferencia, salió del edificio para ir á preparar la comida.

Aquel dia, lo mismo que habia hecho los anteriores, fué David á ver á Simon, separándose de éste á los diez minutos.

No podemos decir otra cosa, sino que el asesino parecia muy preocupado al despedir al huérfano.

Llegó la noche, cenaron protector y protegido y fueron á la Inquisicion, porque Claudio tenia que trabajar.

Antes de salir de su casa, el jorobado habia entrado en su dormitorio.

A las diez, hora que en aquellos tiempos era muy avanzada, y despues de haber hablado alegremente con unos y otros, David, lo mismo que por la mañana, empezó á vagar de aposento en aposento, llegando al fin á los que estaban desiertos y á oscuras, y colocándose bien pronto junto á la ventana de que hemos hecho mencion.

Una vez allí, dejó caer la capa y el sombrero, y á favor de la escasa claridad de la luna, cuyos resplandores parecian resistirse á penetrar en aquel recinto de horrores, pudo verse como el huérfano desenvolvia una cuerda con muchos nudos, sujetaba uno de los extremos de ésta al marco de la ventana y dejaba pendiente el resto hácia la parte exterior.

—Si no me equivoco,—dijo para sí,—habré dado un paso más, y con la ayuda de Simon, solo me faltaria dar el último, que si bien es el más peligroso, hará cesar toda incertidumbre y resolverá de una vez la situacion.

Escuchó mientras sus ojos, brillantes como dos luciérnagas, se revolvieron en sus órbitas dirigiéndose á todos lados.

—Adelante,—murmuró.

Y poniéndose sobre el marco de la ventana, se asió de la cuerda y se deslizó rápidamente hasta encontrarse en el patio.

Arrimado á una de las paredes de éste, anduvo con el silencio de una sombra hasta llegar á una puertecilla que se encontraba abierta, y por la que penetró en un pasillo muy estrecho.

A tientas siguió avanzando.

A los pocos minutos percibió claridad y encontró otro patio no ménos solitario y silencioso que el primero.

Tampoco allí el resplandor de la luna iluminaba más que una parte de los muros, donde no se veia ninguna ventana.

El suelo estaba muy húmedo, tanto, que en algunos sitios se hundian los piés en la tierra hecha blando barro.

Donde esto se advertia más se detuvo David.

Inclinóse y se movió de un lado para otro como si reconociera el terreno.

—Aquí,—dijo despues de algunos segundos.

Puso en el suelo las manos, que bien pronto sintió mojadas.

—No me equivoqué,—añadió.

Y luego, mientras sus negras pupilas relumbraron como nunca, exclamó:

—¡Ah!... Se acerca el dia.

Sin duda habia encontrado lo que buscaba, porque ya no se detuvo, y retrocediendo, llegó donde estaba la cuerda.

Subió con una agilidad que hubiera envanecido al mejor gimnasta.

—Dios me proteja,—dijo.

Quitó la cuerda, la dobló y la guardó bajo su jubon con el mismo cuidado que se guarda un tesoro.

En seguida fué á esperar al abate.

Aún tardó éste cerca de media hora en salir.

El huérfano habia tenido tiempo de sosegarse y nada podia sospecharse por su aspecto.

CAPITULO XLI.

El jorobado acaba de prepararse.

Tres dias pasaron, durante los cuales David se ocupó en hacer sus observaciones y preparativos.

Despues de comer y mientras el abate iba á visitar á uno de los consejeros de la suprema, el huérfano se encaminó á la vivienda del asesino, encontrando á éste con semblante de mal humor.

—¿Qué te sucede?—preguntó el huérfano como si ignorase lo que al otro le inquietaba.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el gigante.—¡Eso me preguntas, cuando tú tienes la culpa de que yo esté desesperado!...

—Cálmate, que el enredo toca á su fin.

—¡Dios de Dios!...

—Esta misma noche...

—¡Por Satanás!

—¿Tienes ya lo que necesito?

—Sí, míralo y permita el diablo que la madre y la hija desaparezcan del mundo, para que yo quede tranquilo.

—La madre ha de darnos ya poco que hacer,—repuso David, mientras tomaba y examinaba una piqueta que habia en un rincon.

—Pero nos queda la chiquilla.

—Que es preciso encontrar, ya lo sabes.

—¡Por el infierno!... Eres demasiado testarudo y te empeñas en que se hagan imposibles.

—¿No es mucho más difícil lo que yo estoy haciendo?

Sin duda el asesino encontró la razon muy convincente, porque inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Escúchame,—dijo el jorobado, que á toda costa queria poner de buen humor á su amigo.

—¿Qué tienes que decirme?

—Empiezo á creer que no te equivocas.

—¿En qué?

—En lo del tesoro del abate.

—¡Vive Dios!...

—He observado ciertas cosas que van convenciéndome de que el buen Florentin guarda algunos miles de ducados.

El rostro de Simon cambió de expresion repentinamente, y acercándose al huérfano, le dijo con toda la dulzura de que era susceptible su voz:

—Vamos á ver, monigote, explícate.

—No puedo decirte más, y creo que es bastante.

—Con que opinas...

—Que tiene dinero.

—¿Y dónde lo guarda?

—Eso es lo que ignoro.

—Te advierto que no he pensado en este negocio para aprovecharme yo solo de él.

—¿Qué quieres decir?

—Que partiremos como buenos amigos.

—Nada quiero: ya sabes que miro el dinero con indiferencia.

—Si eso es verdad...

—¿Lo dudas?

—Tú lo aseguras...

—Te daré una prueba.

—Está visto,—replicó Simon, encogiéndose de hombros: —los más tontos son los que tienen más entendimiento.

—Dejemos este asunto.

—¡Que lo dejemos!... ¡Mil legiones!... Precisamente el dinero del abate me interesa mucho más que la rubia, aunque es una de las mujeres más bonitas que he visto.

—Pues por ahora me es imposible darte más noticias ni hacer más que repetir lo que te he dicho, que voy creyendo que Florentin es avaro y que guarda algunos miles de escudos.

—¿Y en qué te fundas para creerlo así?

—En mucho y en nada.

—No te entiendo.

—Ni es menester.

—¿Y no sospechas dónde tiene el dinero?

—He registrado hasta el último rincon de la casa sin encontrar un solo maravedí.

—Algun escondite...

—Ninguno puede haber oculto para mí.

Simon quedó pensativo.

David volvió á examinar la piqueta y la dejó.

Como se comprenderá, no habia pensado el huérfano favorecer los deseos criminales de su amigo, sino alentarlo con aquellas palabras que ningun valor tenian y de las cuales nada podia deducirse.

Empero el ladron encontró motivo para tomar una resolucion y desde luego empezó á meditarla.

—¿En qué piensas?—le preguntó el jorobado despues de algunos minutos.

—En lo que vá á suceder.

—¿Te refieres?....

—A lo que has de hacer esta noche.

—Ahora,—repuso David,—no me llevaré la piqueta.

—¿Piensas volver esta tarde?

—No.

—Entonces...

—A las siete te situarás en la entrada de la calle de Convalecientes, yo iré, y allí...

—Entiendo.

—Si tardo...

—Esperaré.

—Una, dos, tres horas.

—Ya sabes que tengo paciencia cuando es menester.

—Adios, pues.

—Espera un momento.

—¿Qué quieres?

—Supon que algun dia se me antoja hacer algo con el abate.

—¡Simon!—exclamó el huérfano, fijando en el asesino una mirada escudriñadora.

—Lo que yo haga será por mi cuenta y para mi conveniencia, ¿lo entiendes?

—Pero...

—¡Por Satanás!... ¿No soy dueño de mis acciones? Si el abate fuera un hombre á quien tú quisieras mucho, no extrañaria que lo defendieses; pero tu mayor fortuna seria que se me pusiese en la cabeza retorcer el pescuezo á ese bribon. Mientras tú no me ayudes, mientras no lo consientas ni lo apruebes, puede estar tranquila tu conciencia, ya que tienes una conciencia tan escrupulosa.

—¿Qué intentas? Quiero saberlo,—dijo David con imperioso tono.

—¿Sabes que me dan ganas de no hacerte caso?... ¡Truenos y centellas!... Que el diablo me lleve si nadie creeria que un hombrecillo como tú me manda y me amenaza sin que yo le haga echar los hígados por la boca: no, esto no es creible ¡rayos de Satanás!

—Pero ello es que así sucede y que tú me has obedecido y me obedecerás.

—Porque me tienes cogido por las orejas.

—Déjate de observaciones importunas y respóndeme con claridad.

—Pues bien, para que no te coja de susto te diré que el dia que ménos lo imagines iré á buscar los escudos del abate.

—No los encontrarás.

—Tendré paciencia, porque en último caso no será el primer golpe en falso, y lo mismo que me he resignado otras veces, me resignaré entonces.

—Si llegan á descubrirte...

—Ya sé lo que me sucederá: iré á los calabozos de la Inquisicion, que es á lo único á que tengo miedo.

—Sí, porque un atentado contra cualquier individuo dependiente del Santo Tribunal, aunque sea contra el último alguacil, contra un barrendero, se considera una herejía.

—No lo ignoro.

—Mira bien lo que haces.

—Me consuela, que en semejante caso tú me protegerías.

—Te equivocas: si desprecias mis consejos y vas á la Inquisicion...

—Harás los imposibles para sacarme: te conozco bien.

—Simon...

—Ya no puedes decir que te oculto nada.

Hablar sobre este asunto, era perder el tiempo.

Así lo comprendió David, y como además habia otras cosas que le interesaban doblemente que los escudos de Claudio, despidióse del asesino, salió de la casa, y bien pronto se perdió entre las estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Llegó la noche.

Cuando dieron las siete en el reloj que con admiracion y orgullo de los habitantes de la coronada villa habia entonces colocado en una de las torres que coronaban la puerta de Guadalajara, un hombre se detuvo junto á una de las esquinas de la calle de Convalecientes.

Era Simon.

Aún no brillaba la luna, ni quizá en toda la noche brillaría, porque algunas nubes empezaban á encapotar el horizonte.

El asesino permaneció inmóvil como una estátua.

Muy cerca de media hora pasó.

Un bulto negro, muy negro se vió salir de la calle de la Inquisicion y aproximarse al que aguardaba.

Nadie pasaba por allí en aquellos momentos.

—¿Eres tú?—preguntó Simon al ver al otro.

—Sí,—respondió el jorobado.

—Ya ves con cuánta exactitud acudo á las citas.

—¿Traes la piqueta?

—La traigo.

—Dámela.

—¿Estás seguro de poder dar el golpe hoy mismo?

—No hay ningun inconveniente.

—¿Y no te echará de ménos el abate?

—Tiene que trabajar y no podrá salir hasta media noche.

—Pero si no puede salir, ¿cómo sales tú?

—Porque trabaja en el tribunal, donde acabo de dejarlo.

—¡Ah!...

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Ya sabes que te quiero y me intereso por tí.

—Gracias.

—Si crees que puedo serte útil...

—No te necesito.

—De todos modos no me alejaré de aquí: lo que vá á suceder producirá un gran alboroto, habrá mucha confusion, y...

—Entiendo: piensas aprovecharte de la ocasion...

—Veremos.

—Dame la piqueta.

Bajo la capa de Simon sonó un ruido como el que producen al chocar dos trozos de hierro.

David, que estaba muy preocupado, no se apercibió de esta circunstancia.

Tomó la piqueta, la ocultó, despidióse del asesino y se alejó, encaminándose al Santo Tribunal.

No podian verse las facciones de David; pero sí sus ojos, que brillaban cada vez con más intensidad.

Su respiracion era desigual y violenta.

¿Tenia miedo?

Sí; pero no por él, sino por la desdichada madre, cuya suerte iba á decidirse.

¿En qué consistia el plan del jorobado?

Vamos á verlo en seguida; pero entretanto no tememos equivocarnos al decir, que el intento era demasiado peligroso, y que para devolver la libertad á Isabel se la exponia á perder la existencia.

Sí, el plan del huérfano era uno de esos planes que produce el cerebro candente, la imaginacion febril del que ha llegado al último grado de la desesperacion, era un acto de extravio, una locura.

En su situacion no podia suceder otra cosa, y era muy probable que él tambien se perdiese sin salvar á la inocente víctima de Florentin.

El huérfano atravesó rápidamente el anchuroso portal del edificio, subió la escalera principal y se detuvo en una habitacion donde habia tres ó cuatro alguaciles esperando órdenes.

David los saludó sin detenerse, haciendo lo mismo con cuantos encontraba.

Nadie estrañó esto, porque no era la primera vez que sucedia.

¿Quién se cuida del perro ageno cuando se muestra pacífico?

El jorobado, ya lo hemos dicho, era considerado como un perro del abate Florentin.

Tenia necesidad de aprovechar el tiempo, porque tal vez pasarian muchos dias sin que se le presentase una ocasion tan oportuna.

Cinco minutos despues se encontraba junto á la ventana por donde la noche anterior lo vimos bajar al patio.

Allí se detuvo, quedando inmóvil como una estátua.

Si no hubiera sido tan profunda la oscuridad en aquel sitio, hubiera podido verse el rostro del jorobado lívido y descompuesto; pero solo se veia el brillo de sus ojos, que era más intenso cada vez.

CAPITULO XLII.

David pone en ejecucion su plan.

A pesar de la prisa que mostraba David por terminar su empresa, dejó pasar algunos minutos sin moverse.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó al fin con voz ahogada.

No pudo articular una sílaba más.

Escuchó, y creyéndose seguro de una sorpresa, arrojó al suelo la capa y el sombrero, sujetó á un cinturon la piqueta, y sacando el cordel, lo ató á la ventana.

Hecho esto, se arrodilló, levantó la cabeza y volvió á invocar el santo nombre del Omnipotente.

En su acento se revelaba su profunda conmocion.

Entonces no brillaban sus ojos, que debian estar llenos de lágrimas.

—Madre mia, madre de mi alma,—murmuró el infeliz con ternura infinita.—Mírame transido de dolor, solo en el mundo... ¡Ah!... Ruega á Dios por mí, ruega como lo hace una

madre, siquiera porque á una madre desdichada voy á proteger.

Calló.

De su palpitante pecho se escaparon algunos suspiros penosos.

¡Cuánto debia sufrir!

Destrozábale el alma la sola idea de que Isabel pereciese en lugar de salvarse.

Aún pasó largo rato sin que pudiera dominarse y recobrar la energía de que tanto necesitaba.

Empero al fin aquel espíritu privilegiado volvió á ser lo que siempre habia sido.

Sus negros ojos relumbraron nuevamente como dos luces fosfóricas.

—¡Oh!—exclamó.—Veremos, señor abate, veremos quién de los dos vale más.

Ya no vaciló, ya no se detuvo.

Saltó sobre la ventana, se agarró á la cuerda y en pocos instantes se encontró en el patio.

No llegaba allí otro ruido que el lúgubre y pavoroso de los gemidos y lamentos de algunos desdichados que desde el interior de sus calabozos llamaban en su auxilio al Omnipotente.

David, á pesar de que estaba acostumbrado á oir aquellos gritos desgarradores, se extremeció.

Una misma causa produce en nosotros distintos efectos, segun la situacion en que nos encontramos.

En aquel momento no hubiera vacilado el jóven en hacer por cualquiera de los presos lo que hacia por Isabel.

—Esperad,—murmuró:—alguno de vosotros podrá tal vez

aprovecharse de lo que hago por ella, y quizá ella sucumba mientras vosotros os salvais.

Entró en el pasillo y salió al otro patio.

Allí era más densa la oscuridad, y David se vió obligado á buscar con las manos lo que le era imposible encontrar con los ojos.

Empuñó la piqueta.

¿Qué le hubiera sucedido si en aquellos momentos hubiera sentido caer sobre su cabeza la mano del abate?

Estando entre inquisidores era posible y hasta probable que sucediera así.

—En nombre de Dios,—dijo.

Y dejó caer la piqueta, sin producir mas que un leve y sordo ruido, porque, segun advertimos, la tierra estaba allí convertida en barro.

Descargado el primer golpe, no se hicieron esperar los demás.

Antes de tres minutos la piqueta sonó como si hubiese chocado con un cuerpo más duro que la tierra.

David dejó escapar un grito de alegría.

Arrodillóse y siguió trabajando con febril ardor.

—¡Ya está!—exclamó pocos momentos despues.

Levantóse y retrocedió algunos pasos.

En el suelo se dibujó un círculo argentado y brillante que se extendia con rapidez.

Bien pronto, y á pesar de las tinieblás, pudo verse que del pavimento se escapaba una cantidad de agua muy considerable.

Lo que acababa de hacer David no era otra cosa que romper una cañería formada por tubos de barro.

Con ojos centelleantes contempló David el cristalino líquido, calculando el tiempo que deberia pasar para que el patio se convirtiese en una laguna.

—Media hora,—murmuró,—despues otra por lo ménos, y luego otra media... Bien, bien... Mi obra toca su fin... ¡Dios mio, Dios mio!

Dejó la piqueta y salió, llegando en breve al otro patio, agarrándose á la cuerda y subiendo á la ventana.

Tomó la capa y el sombrero y abandonó aquel sitio precipitadamente.

Cuando llegó á un aposento donde la luz de un farol esparcia sus rojizos rayos, se dejó caer en una banqueta.

No era menester mas que mirarlo para comprender lo que pasaba en su alma.

Afortunadamente nadie acertó á pasar por allí.

El pobre jorobado respiraba con dificultad.

Sus ojos giraban con algun desconcierto en sus órbitas.

Por su rostro, lívido y desfigurado, corria en abundancia el sudor.

Sus miembros se agitaban convulsivamente.

—¿Me faltará el valor?—dijo.—No, no es debilidad, es miedo... ¿Qué será de Isabel? Empieza á llenarme de espanto mi propia obra.

Como si se hubiesen agotado sus fuerzas, permaneció recostado sobre la pared.

Media hora pasó.

El agua, que seguia saliendo abundantemente, habia inundado el patio.

La agitacion de David habia empezado á calmarse.

Oyéronse pasos.

Entró en el aposento un alguacil, que mirando al huérfano, le dijo con alegre tono:

—¿En qué pensais, señor David?

—En nada,—respondió maquinalmente el jorobado.

—Eso significa que aguardais y os aburrís.

—Sí, esta noche cada minuto me parece un siglo.

—Siento no poder detenerme y hablar un rato con vos,—repuso el esbirro.

—Luego nos veremos.

—Sí, porque esta noche creo que nos tendrán aquí hasta muy tarde.

—¿Pues qué sucede?

—Hay prisa de sentenciar, porque ya sabeis que no tardaremos en tener un auto como pocos se han visto,—respondió el alguacil.

Y se alejó.

—Sí,—murmuró el huérfano con voz ronca,—pronto algunos infelices inocentes perecerán en la hoguera.

Cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y volvió á quedar inmóvil.

Siguió pasando el tiempo con una lentitud cruel.

Cada media hora sonaba la campana de un reloj de péndola que habia en una habitacion inmediata.

—¡Las nueve y media!—exclamó al fin el jorobado.

Y como impulsado por un resorte, se puso en pié.

Atravesó varios aposentos, subió una estrecha escalera, dejó atrás un largo pasillo y se encontró en medio de la oscuridad.

Allí no llegaba ruido alguno.

Sacó David un eslabon, pedernal y yesca, que encendió;

sirviéndose de aquel fuego para comunicarlo á una mecha de azufre de que iba prevenido.

Esparcióse una claridad azulada y pudo verse que el jóven se encontraba junto á un desvan ó camaranchon, en cuyo interior habia amontonados algunos muebles inútiles y rollos de estera.

—Sea,—dijo.

Y adelantando hácia el camaranchon, arrojó la mecha entre los muebles, añadiendo:

—Si no consigo salvarla, moriré.

En pocos instantes la luz prendió en el esparto, tomando incremento con rapidez.

—Ya no se apagará,—dijo el huérfano.

Retrocedió, buscó la escalerilla, bajó con cuanta ligereza le fué posible, y no se detuvo hasta que llegó á sus oidos la voz de algunos hombres que hablaban.

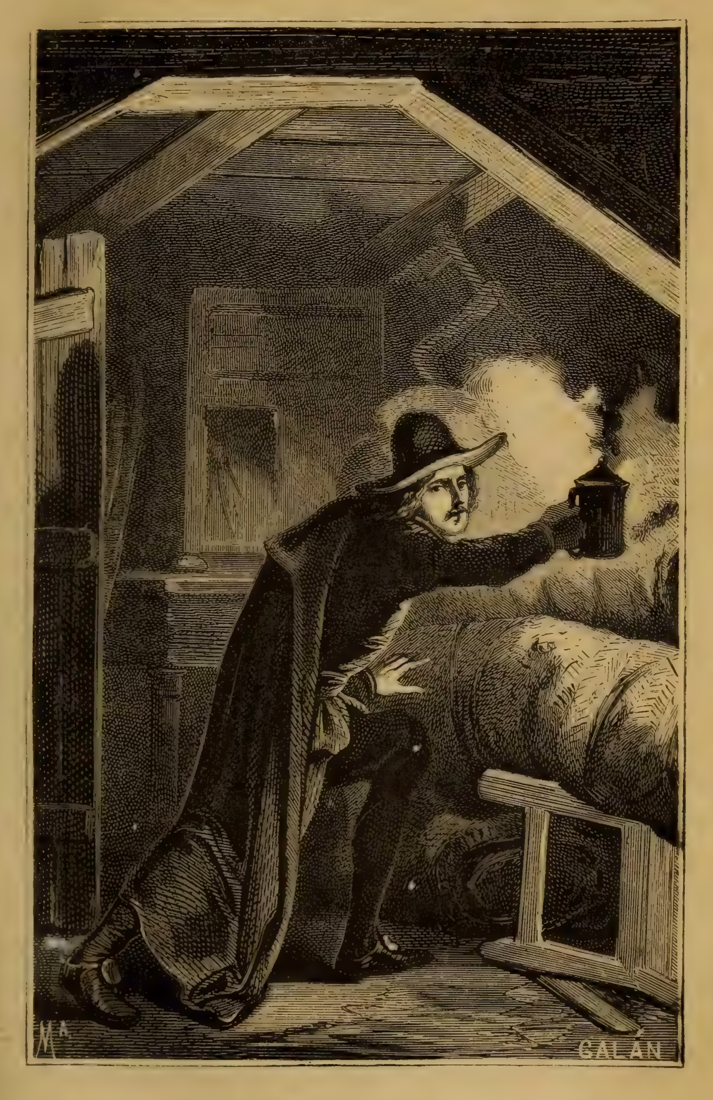
En situaciones como la suya la voluntad despliega unas fuerzas inconcebibles.

Era preciso que nadie advirtiera la alteracion de David, y tales esfuerzos hizo su voluntad, que en pocos segundos acabó por aparecer bastante tranquilo para no llamar la atencion de nadie.

Una sonrisa irónica entreabrió sus lábios.

—Ahora,—dijo,—que averigüen la causa de la inundacion y del fuego y que busquen al criminal; así tendrán ocasion de dar una prueba de su sagacidad prodigiosa, de esa sagacidad con que tanto se envanecen.

Pasó al inmediato aposento, encontrando á seis ó siete dependientes del tribunal que hablaban como quien no tiene que hacer otra cosa.



En pocos instantes la luz prendió en el esparto, tomando incremento con rapidez.

—¡Hola, señor David!—dijo uno de ellos con tono un tanto burlon,—¿qué habeis hecho del arpa?

—Aquí la llevo,—respondió alegremente el jóven señalando á su joroba.

Todos soltaron la carcajada, y no atreviéndose á burlarse del que se burlaba de sí mismo, alabaron la despreocupacion y la feliz respuesta del huérfano.

La conversacion se animó, y de este modo pasó más de un cuarto de hora.

De repente todos callaron.

—¿Qué sucede?—dijeron algunos.

—Corren...

—Gritan...

—¿Qué pasa, qué pasa?

CAPITULO XLIII.

Agua y fuego.

Efectivamente, en la planta baja del edificio sonaba gran ruido de precipitados pasos y voces.

¿Qué acontecimiento turbaba el silencio y quietud de aquel recinto?

Nadie más que David comprendió la causa.

—Veamos lo que sucede,—dijeron algunos.

Y en compañía del jorobado corrieron á la escalera, bajaron y se dirigieron al sitio donde sonaban las voces.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Recordará el lector que en uno de los aposentos del piso bajo habia tres ó cuatro carceleros y que por este aposento se entraba y bajaba á una parte de los subterráneos, en que habia varios calabozos, entre estos el de Isabel. Pues bien, cuando los carceleros estaban más descuidados y hablaban tranquilamente, abrióse la puerta que á los sótanos conducia

y uno tras otro salieron todos los demás guardianes que, segun dijimos, se encontraban en distintas habitaciones y separados los unos de los otros.

Los rostros de todos estaban pálidos y contraidos, revelándose en ellos y en su agitacion el miedo y la sorpresa.

—¿Qué sucede?—les preguntaron los otros sorprendidos tambien.

—La casa se inunda,—respondieron, mirando atrás como si temieran que los siguiese un enemigo.

—¿Estais locos?

—Bajad y vereis.

—Pero...

—Avisemos, pidamos socorro...

—No, no os movereis de aquí, porque habeis salido sin licencia.

—Cuando el agua llegue aquí, saldremos y vosotros tambien.

—¿Quereis explicaros?

—Escuchad...

—Sí, un ruido particular...

—El ruido del agua.

—¡Vive el cielo!

—Yo estaba medio dormido en mi banqueta cuando me despertó un frio que me helaba los huesos; miré y ví que la habitacion se habia convertido en un estanque y que el agua me llegaba á los tobillos.

—¿Qué agua?

—La que entraba por la ventanilla que dá al patio chico y por debajo de la puerta.

—Y nosotros, que habiamos cenado más que de costumbre

y dormitábamos tambien, sentimos ruido y nos encontramos como Tomás en una laguna.

—Yo llamé entonces para que estos me abriesen la puerta, y cuando me dejaron salir...

—Hicimos lo mismo todos...

—Y yo tambien, aunque en mi habitacion entraba el agua por la ventana y salia por la puerta sin encharcarse.

—Los calabozos deben estar inundados.

—Y algunos presos se habrán ahogado ya.

—Y lo peor es que los que hay encerrados por allí son todos herejes de los que deben ir al quemadero, y por consiguiente si se ahogan, la pérdida será mayor, porque no podrá llevarse á la hoguera mas que sus estátuas.

—Si al ménos fueran de los que han de ser reconciliados...

—¿Qué hacemos aquí?

—Avisemos, avisemos.

Y el modo de avisar fué empezar á correr en todas direcciones, pidiendo á gritos socorro y repitiendo:

—¡El agua, el agua!... ¡Se ahogan, se ahogan!

Estas voces se repitieron en todos los ángulos del edificio, y David llegó cuando tambien llegaban algunos inquisidores y empleados.

Bien pronto se reunieron en aquel sitio cuantos se encontraban en la casa.

Todos preguntaban, sin que respondiera ninguno.

Aumentábase la confusion por instantes y acabaron por no entenderse.

Iban y venian sin saber adónde, y gritaban sin saber que lo hacian.

Entretanto el agua seguia penetrando en los sótanos, cu-

yas bóvedas repitieron con ecos lúgubres los lamentos de los infelices que estaban encerrados y que pedian socorro.

Florentin pensaba en Isabel, cuyo calabozo debia ser uno de los inundados.

La fatalidad iba á arrebatarle su víctima, trastornando sus planes.

Intentaron algunos inquisidores restablecer el órden para acudir á los presos; pero no pudieron conseguirlo tan pronto como era menester.

—¡Quietos!—gritó entonces el abate.

No más que algunos se detuvieron.

—¡Silencio!—añadió.

Tampoco callaron mas que algunos.

Era menester una amenaza terrible, y Claudio, esforzándose para que todos lo oyesen, exclamó:

—Pena de excomunion lata al que se mueva ó hable y al que no obedezca.

Estas palabras produjeron el resultado apetecido.

El ruido cesó repentinamente y todos quedaron tan inmóviles como si se hubieran petrificado.

El abate aprovechó aquellos momentos para decir:

—Inmediatamente los llaveros abrirán los calabozos y con ellos entrarán á sacar los presos cuantos me escuchan, sin distincion de clases ni categorías, exceptuándose solamente los señores del tribunal, notarios y fiscales, en la inteligencia de que será considerado hereje relapso y contumaz el que no obedeciere.

Oyóse un murmullo sordo, cuyo significado era fácil comprender.

Todos aquellos miserables tenian miedo de entrar en los

sótanos, aunque el peligro no era muy grande, ni muy difícil salir en caso de apuro.

—¡Cobardes!—gritó David.

Y arrebatando á uno de los carceleros el manojo de llaves, se lanzó al pasillo que conducia á los sótanos.

—¡Bravo, David!... ¡Bien, hijo mio!...—exclamó el abate. —Ya lo veis, un niño os dá el ejemplo... ¿No os morís de vergüenza?

Más que el pundonor, el miedo á doscientos azotes ó tal vez á ser ahorcados, decidió al fin á aquella canalla, empezando unos tras otros á entrar por la puertecilla por donde habia desaparecido David.

Empero en aquel instante y en la parte superior de la casa, resonó otro grito más aterrador, el grito de:

—¡Fuego, fuego!

Y los que iban á entrar en los sótanos se detuvieron, y algunos de los que habian entrado retrocedieron.

Y los inquisidores, y hasta el mismo abate, pensaron en huir.

Todos los rostros se tornaron lívidos.

En todos los ojos se pintó el espanto, y los dientes de más de uno castañetearon mientras temblaban convulsivamente sus miembros.

Hubo algunos momentos de silencio profundo y de absoluta inmovilidad.

Ni á respirar se atrevia ninguno.

Se hubiera oido el vuelo de una mosca.

Pero esto no duró mas que algunos segundos.

De repente, como el barril de pólvora que estalla, resonó un grito, y en confuso tropel quisieron todos salir, aunque

muchos estaban tan turbados por el miedo, que se dirigieron al lado opuesto de la puerta, y aun uno dió con la cabeza en los vidrios de la ventana, chocando fuertemente con los hierros de la reja.

Los ayes que exhaló y el ruido de los cristales al romperse y caer, aumentaron el estrépito, el terror y la confusion.

Repitiéronse las voces de «fuego» por los unos y de «agua» por los otros.

Y por espacio de diez minutos todos iban y venian aturdidamente, y gritaban todos sin que ninguno acudiese al remedio que debia ponerse con tanta prontitud.

Los que salieron á la calle pusieron con sus voces en conmocion la vecindad.

Acudió gente, y bien pronto la confusion y el ruido eran tan grandes fuera como dentro de la casa.

Las llamas habian abierto anchas brechas en el tejado, y se escapaban, menguando unas veces, creciendo otras, siempre oscilando y esparciendo un resplandor rojizo, siniestro y espantable, que iluminaba el horizonte como el fuego de un cometa, permitiendo ver las negras espirales de humo que se elevaban y perdian en el espacio.

No hay nada más imponente que el fuego: aun los que no corren peligro de quemarse, se extremecen al contemplar un edificio devorado por las llamas.

En aquellos momentos fué cuando Jacobo de Tordesillas llegó á la calle de la Inquisicion.

¡Cuán ageno estaba de que el siniestro era producido por la atrevida mano de una infeliz criatura que queria salvar á Isabel!

Vista la confusion y el desórden, le ocurrió á Jacobo una idea.

—¿No podré,—se dijo,—salvar á algunos de los desdichados que gimen en esos calabozos?

Perseguido como estaba por la Inquisicion, era natural que esto pensase el fugitivo, porque para él seria un inmenso goce arrebatar alguna víctima á sus perseguidores.

Esto era casi una venganza á la par que un beneficio á los desgraciados.

Como venganza, era noble, y como beneficio, no podia ser más generoso.

Jacobo no reflexionó.

No era su cabeza la que entonces le hablaba, sino su corazon, y de los impulsos de éste se dejó llevar.

La situacion no permitia entrar en reflexiones.

Perder un minuto podia ser perderlo todo.

No se detuvo el alquimista mas que para convencerse de que conservaba en su cinturon su puñal.

Estaba dotado de bastante fuerza, y codeando, empujando y atropellando sin miramiento alguno, logró abrirse paso y entrar en el edificio.

Lo que intentaba era bastante fácil en aquellos momentos, aunque no dejaba de ofrecer peligros.

Pero el peligro es lo último en que piensa un hombre como Jacobo.

¿Y David?

Lo buscaremos.

CAPITULO XLIV.

Lo que hizo David.

David, segun vimos, se lanzó como un loco en el primer pasillo.

Los momentos eran preciosos, porque el calabozo de Isabel era uno de los inundados, y algunos minutos bastarian para que la infeliz se ahogase.

Llegó el jorobado á la primera escalerilla, que ya sabemos era muy empinada y estaba muy húmeda, y empezó á bajar precipitadamente, lo cual fué causa de que sus piés resbalasen, cayendo pesadamente y chocando su cabeza contra uno de los escalones.

El infeliz exhaló un grito de dolor y desesperacion.

Aturdido por el golpe, no pudo levantarse en algunos segundos.

Al fin hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso en pié, pasándose las manos por la frente, que sentia mojada.

Habíase herido y la sangre corria en abundancia por su rostro.

No por esto se detuvo.

Mientras se limpiaba con su pañuelo, siguió atravesando pasillos y habitaciones y bajando escaleras.

Un vértigo horrible lo impulsaba, lo animaba, comunicaba á sus miembros una energía prodigiosa, una fuerza incalculable.

No se ocupaba del peligro que corria, no se acordaba de su existencia.

Su pensamiento único era la mujer á quien debia el nombre de madre.

En algunos sitios el agua le llegaba hasta cerca de las rodillas; pero aunque hubiese subido hasta su garganta, no se le habria visto retroceder.

Bien puede decirse que en aquellos supremos instantes estaba loco.

Llegó al encierro de Isabel, abrió la puerta y gritó:

—¡Venid, venid, y salvaos!...

—¿Quién me llama?—respondió una voz angustiosa en medio de la oscuridad de aquel recinto, porque allí no llegaban los débiles rayos de la luz de un farol que habia colocado en la pared al extremo de la galería.

—Soy yo, vuestro hijo; soy yo, madre mia,—repuso David extendiendo los brazos y adelantándose hácia donde sonaba la voz de Isabel.

Ésta reconoció á su protector generoso y exhaló un grito de inmensa alegría.

Un momento despues se habian encontrado en medio de lo que ya era una laguna.

Los miembros de Isabel temblaban violentamente, y sus dientes se chocaban con fuerza.

Ni su agitacion ni su trastorno, ni las circunstancias permitian entrar en explicaciones.

—Venid, venid,—dijo el jorobado, asiendo por un brazo á la desdichada madre.

—¡Dios mio, Dios mio!...

—Valor, madre mia, tened valor por unos cuantos minutos.

No pronunciaron una palabra más.

Salieron del calabozo, y luchando con el agua, que subia por momentos, llegaron al final de aquella galería, subieron una escalera y se encontraron en una de las habitaciones que tenian que atravesar.

David advirtió entonces que empezaban á faltarle las fuerzas.

Sus rodillas solian doblarse, y para sostenerse tenia que hacer esfuerzos inauditos.

Un zumbido sordo resonaba en el interior de su cabeza.

Pocos momentos despues empezaron á oscurecerse sus ojos.

Tuvo que detenerse para tomar aliento.

Estaban junto á un farol.

El agua era muy poca en aquel sitio.

Isabel, tambien muy fatigada, se apoyó en la pared y fijó la mirada en su salvador.

No pudo la infeliz contener un grito de espanto.

—¡Sangre!—exclamó acercándose al huérfano.

—No es nada,—murmuró éste con débil voz.

—Os debilitais por instantes...

—Vamos, vamos...

—No, no me moveré de aquí sin haber reconocido vuestra herida y haberla vendado...

—Nos perdemos... Venid,—replicó el jóven haciendo el último esfuerzo.

Y arrastró tras sí á Isabel, mientras colocaba el pañuelo en su frente para evitar que saliese más sangre.

Ella quiso resistir; pero el brazo de David parecia de hierro y sus fuerzas eran incalculables, eran las fuerzas de la fiebre y la desesperacion.

—Si me veis caer,—dijo el huérfano mientras adelantaban,—seguid, que no faltará quien me recoja; seguid, aprovechaos de la confusion y salvaos... Además de la inundacion, hay fuego... todo es obra mia...

—¡Ah!...

Oyeron ruido de pasos.

Estaban en un sitio donde la luz era tan escasa, que no podian verse los objetos sino confusamente.

Isabel se detuvo poseida de terror.

—Aquí, aquí,—dijo el huérfano.

Y la llevó al rincon más oscuro, añadiendo:

—Callad... dejad que pasen...

Bien pronto un hombre todo vestido de negro y con los ojos relumbrantes como dos carbunclos atravesó rápidamente la habitacion.

Era Jacobo, que pensando solamente en adelantar hácia donde sonaban lamentos, no volvió la cabeza, ni pudo por consiguiente apercibirse de su esposa.

Ésta, por la escasez de la luz, por su turbacion y por el disfraz de Jacobo, tampoco pudo reconocerlo.

¡Y desapareció el fugitivo y ella lo vió con alegría desaparecer!

¡Desdichados!

—Vamos,—volvió á decir el huérfano, siempre comprimiendo su herida.

Y con vacilantes pasos, y más que conduciendo á Isabel, apoyándose en ella, subieron la última escalera, llegaron al aposento que los carceleros ocupaban.

Detuviéronse otra vez.

David ya nada vió ni nada oyó.

Extendió los brazos, vaciló su cuerpo y cayó pesadamente sobre el duro pavimento.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Isabel.

Imposible es dar una idea de la horrorosa lucha que se entabló entonces en el alma de la infeliz.

Su primer impulso fué quedarse para socorrer al jóven.

¿Pero qué adelantaria?

David tenia razon al decir que no faltaria quien lo recogiese, que era cuanto necesitaba.

Sin hacer nada por él, ella se perderia.

Era un sacrificio estéril, que hacia tambien inútil el generoso sacrificio del huérfano.

Isabel elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Luego se arrodilló, estampó un beso de maternal ternura en la frente ensangrentada de David, y se alejó sin saber adónde iba.

CAPITULO XLV.

De cómo Isabel se sorprendió muy agradablemente, y muy desagradablemente Florentin.

Aún no se habia restablecido el órden ni se habia hecho nada para atajar los efectos destructores del incendio y de la inundacion.

La confusion era completa y todos se agitaban, iban y venian sin cuidarse los unos de los otros, sin que nada llamase la atencion.

Esto favoreció á Isabel, que á pesar de presentarse á la vista de todos, no fué detenida por ninguno.

¿Quién habia de ocuparse de una mujer, cuando otras muchas llevadas por la curiosidad andaban por allí, averiguando lo que sucedia y manifestando su opinion sobre lo que era conveniente hacer?

Verdad es que el aspecto de la desdichada esposa era muy diferente del de las demás; pero ¿quién se cuidaba de esto?

Sin más inconveniente que los que la multitud oponia á sus vacilantes pasos, Isabel, al cabo de cinco minutos, se encontró en la calle.

Su mirada se fijó afanosamente en el cielo, donde brillaban innumerables estrellas y donde la luna habia empezado á resplandecer.

—¡Libre!—exclamó sin poder contenerse.

Acostumbrada al triste silencio y á la soledad de su calabozo, el ruido y el bullicio le produjeron un efecto inexplicable.

Por algunos segundos se sintió aturdida, hasta el punto de no acertar á avanzar ni retroceder.

Dudó si dormia y soñaba.

Se pasó las manos por la frente, se restregó los ojos y volvió á mirar á su alrededor.

No era un sueño, era una realidad.

El aire que aspiraba era el fresco y puro que Dios habia creado para todos los séres.

El dulce resplandor de la luna era el reflejo de los rayos de un sol vivificante y alegre, tambien creado para todos, lo mismo para los buenos que para los malos, lo mismo para los ricos que para los pobres, lo mismo para los afortunados que no han tenido que hacer más que reir, que para los desheredados que han tenido necesidad de llorar á todas horas.

—¿Con qué derecho,—se preguntó Isabel,—se priva á una criatura de esta atmósfera, de esa luz y de la vista de ese cielo donde mora Dios, á cuya misericordia todos tenemos que acudir?

Y efectivamente, si la sociedad tiene derecho para castigar al que delinque, no puede jamás tenerlo para ser cruel,

para privar á la criatura del aire y de la luz que el Omnipotente dejó al fratricida Cain y á los que desconocieron su divinidad cuando se presentó á los ojos materiales con humana forma.

No, ni de ese aire, ni de esa luz, ni de la existencia tiene el hombre derecho para privar al hombre, porque la obra de Dios, solo Dios puede anularla ó destruirla, porque en la divina obra, solo puede ponerse la divina mano.

Isabel, á pesar de su privilegiada inteligencia, no hubiera pensado jamás en esto, si no hubiera estado encerrada en los calabozos de la Inquisicion.

¡Libertad, aire, luz!...

¿Sabeis lo que esto vale?

En aquellos tiempos hubo muchos infelices que supieron apreciarlo, muchos que no vieron la luz del sol sino para morir entre las llamas de una hoguera, porque antes se habian pasado muchos meses en lo que se llamaba en la Inquisicion *cárceles secretas*.

Cárceles secretas era en aquel tribunal santo, piadoso y caritativo, los calabozos abiertos debajo de tierra y donde no penetraba la luz del dia ni podia renovarse el aire.

A los pocos dias de estar en uno de aquellos calabozos un infeliz, la atmósfera se llenaba de miasmas deletéreos, producidos por las materias infectantes que iban acumulándose allí como consecuencia forzosa de las funciones naturales del mismo preso, y muchos de ellos contraian enfermedades que acababan en breve con su existencia, pues hay que advertir que cuando enfermaba un preso en la Inquisicion, no se le permitia ser asistido por el médico ni se le facilitaba medicamento alguno, y lo que es más, que á pesar de que el Santo

Oficio obraba en nombre de Dios y para bien de la religion católica, no se permitia tampoco á ningun acusado que confesase y recibiese el sacramento de la Eucaristía, dejándolo morir como muere un perro rabioso.

¡Y estos eran los tiempos de santidad!...

No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido Isabel absorta en sus amargas reflexiones, si no la hiciera volver en sí un brusco movimiento de la multitud, que la hizo vacilar y perder el equilibrio por algunos instantes.

Era preciso aprovechar el tiempo y huir.

Pocos minutos despues la habrian echado de ménos, la buscarian y la encontrarian allí fácilmente.

—¿Adónde iré?—se preguntó.

No lo sabia.

Pero ante todo, era urgente alejarse de aquel sitio.

No pensó en otra cosa y se metió entre la multitud, adelantando cuanto ésta se lo permitia.

Cerca de media hora tardó en encontrarse donde podia moverse con libertad.

Sus fuerzas empezaban á agotarse.

Sin embargo, el terror hace prodigios, y la infeliz se alejó sin mirar hácia dónde se dirigia.

De lo único que se cuidaba era de huir por donde habia ménos gente.

Cuando llegó á lo que es hoy plaza de Santo Domingo, tomó á la derecha y bajó hácia los Caños del Peral, andando junto á la tapia de la huerta de la Priora.

Hasta entonces la habian sostenido las fuerzas ficticias de la fiebre; pero aquella energía de su nerviosa excitacion debia concluir bien pronto.

Le faltó el aliento al fin y tuvo que detenerse.

Se apoyó en la pared.

Cruzó las manos y elevó al cielo una mirada suplicante.

Luego quedó inmóvil.

Desde aquel momento, puede decirse que ni veia ni oia.

Estaba en ese estado en que en fuerza de sentir, ya no se siente.

El resplandor de la luna daba de lleno en su pálido y desfigurado rostro.

Su figura se destacaba del blanco fondo de la pared, aún más blanca por el reflejo de la reina de la noche.

Desde larga distancia se la distinguia, lo cual, como se comprende, era un peligro más.

Empero Isabel no se encontraba en estado de pensar en nada de esto.

Si le hubieran preguntado, no habria podido tal vez explicar su situacion.

En el corto espacio de una ó dos horas habia experimentado tantas y tan diversas emociones, habia pasado por circunstancias tan distintas, que sin tiempo para reflexionar, era natural que se aturdiera completamente y que todo le pareciera un sueño.

Sus recuerdos eran confusos y sus ideas eran vagas, tan vagas como la sombra en medio de una ténue claridad.

Debiera haberse ocupado de lo que era preciso hacer para ocultarse y ponerse luego en relaciones con David; pero en nada pensaba mas que en recobrar las fuerzas.

Verdad es que nada podia tampoco hacer.

Para acudir á los amigos encontraba los mismos inconvenientes que habia encontrado su esposo.

Tenia que entregarse al azar, esperando que la favoreciese una casualidad feliz.

¡Triste esperanza!

Si los amigos no la amparaban y protegian, ¿cómo habian de ampararla los extraños?

En vez de recobrar la energía con el descanso, sentíase desfallecer.

Esta reaccion era consiguiente; nada más natural sino que despues de la violenta excitacion por que habia pasado, se enervasen sus miembros como si fuese á concluir su existencia.

¡Pobre Isabel!

Al cabo de algunos minutos ya no lloraba ni aun tenia fuerzas para rogar al Omnipotente.

Más de media hora pasó en tan triste estado.

Afortunadamente no era hora de que nadie transitase por allí.

Las pocas personas que estaban fuera de sus casas habian acudido al lugar del siniestro, los unos para satisfacer su curiosidad y los otros para ver con secreta alegría, cómo á los inquisidores les tocaba su vez de morir en una hoguera.

Las esperanzas de estos últimos debian quedar defraudadas, porque los señores del Santo Oficio eran demasiado prudentes y dejarian que el edificio y los presos se redujesen á cenizas antes que ponerse ellos en peligro de quemarse.

Sonaron pasos, y luego un hombre de elevada estatura llegó donde estaba Isabel, deteniéndose y mirándola con sorpresa.

Ella no se apercibió de la presencia del importuno curioso y permaneció inmóvil y tan descuidada como antes.

Ya hemos dicho que el resplandor de la luna iluminaba el pálido y bellísimo rostro de Isabel.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el hombre despues de algunos segundos y con voz ronca y desagradable.

La infeliz levantó la cabeza, lo miró y exhaló un grito de espanto.

—El diablo me lleve si no es ella... ¡Cien legiones!... Sí, sí, esa cara no puede equivocarse con ninguna...

—¡Tened piedad de mí!—exclamó al fin Isabel con acento de conmovedora súplica.

El hombre, que no era otro que Simon, se acercó más á la desdichada, y con cuanta dulzura le fué posible, le dijo:

—No os asusteis, que si no estoy equivocado, os protegeré, aunque la proteccion puede costarme que me cuelguen el Sambenito, me encasqueten la coroza y me lleven al quemadero.

—¿Quién sois?—preguntó Isabel, recobrándose un tanto y mirando afanosamente al asesino.

—Eso es precisamente lo que vos debeis decirme, porque si no, ¡rayos del infierno! seria empezar al revés.

—Vuestro rostro...

—No es la primera vez que me habeis visto, ¿no es verdad?

—No, no es la primera vez... ¡Dios mio!... Mis recuerdos...

—Acabemos, señora, que no me conviene estar mucho tiempo aquí.

—¡Ah!... Sí, sois vos el que me ha salvado otra vez en mi casa...

—Y vos sois...

—La esposa de Jacobo de Tordesillas...

—Basta, señora, basta... ¡Truenos y venablos!... ¿Os acordais con qué habilidad acogoté al abate?... Pues aquello no era nada para lo que sucedió despues... ¡Ira de Satanás!... Hubiérais reventado de risa si lo hubieseis visto patalear cuando lo eché por la ventana... Pero en fin, esto pasó: ya sé que esta noche el jorobadin, que es más listo que un raton, habia de armar una de mil demonios para sacaros de entre las garras de esos tigres.

—Sí; David, á quien amo como á un hijo, lo ha arrostrado todo...

—¿Pero dónde diablos se ha metido? ¿Cómo os ha dejado sola, para que al salir de las manos de Pilatos cayéseis en las de Herodes?

—David está herido...

—¡Dios de Dios!...

—Perdió el conocimiento rogándome que huyese, y he llegado hasta aquí... ¿Dónde estoy?

—Ya lo veis, muy cerca del alcázar, junto á la tapia de la huerta de la Priora y no lejos de los Caños del Peral.

—Protegedme, os lo suplico...

—No teneis que suplicarme; es obligacion mia, porque lo que haga por vos lo hago por David, á quien he llegado á tomar cariño. Además, estoy contento, porque acabo de hacer un buen negocio, y quiero que participeis de mi alegría.

—¿Teneis donde ocultarme?

—Por esta noche, en mi casa, y mañana veremos lo que se hace.

—Sí, sí.

—Lo pasareis muy mal, porque no puedo ofreceros más

que un detestable gergon y una manta. En cuanto á cena, ya es otra cosa: tengo dinero y os obsequiaré como mereceis.

—¡Ah!... Soy muy egoista...

—¿Qué se os ocurre?

—Sois amigo de David, conoceis sus secretos, puesto que os habia confiado el de su atrevido plan.

—Ciertamente.

—David debe saber lo que ha sido de mi hija...

—¡Rayos del infierno!...

—¿Dónde está mi hija?

—Eso es lo que queremos averiguar.

—¿Acaso lo ignora David?

—Lo mismo que vos.

—¡Dios mio!...

—Pero tenemos el hilo, y acabaremos por encontrar el ovillo.

—Explicaos...

—Venid y os diré todo lo que puedo deciros.

Isabel se apoyó en un brazo de Simon, y ambos tomaron en direccion á San Nicolás.

—El jorobadin,—dijo el asesino,—es á veces injusto, porque exige imposibles, y vos misma vereis cómo vuestra hija me tiene en el mayor apuro.

—Nada me oculteis.

—Nada os ocultaré.

—Ya os escucho.

Los dejaremos alejarse mientras Simon referia lo que habia pasado con la niña inocente, cuyo paradero se ignoraba.

Entretanto habia empezado á restablecerse el órden en la

Inquisicion y empezado á dominarse el incendio y á tapar la abertura hecha en la cañería.

Fácilmente se comprendió que el doble siniestro no era producido por una desgraciada casualidad, sino intencionadamente, efecto de un plan muy meditado.

¿Quién era el culpable?

No podia sospecharse en aquellos momentos; pero los inquisidores se prometian averiguarlo.

Poco despues de haber salido Isabel, recogieron á David, le vendaron la herida y le hicieron recobrar el sentido, colocándolo sobre unas mantas hasta que se dispusiese una camilla para trasportarlo á su vivienda.

El abate manifestó grandísimo interés por la salud de su protegido y mandó que inmediatamente se fuera en busca de un médico.

David era presa de una intensa fiebre y empezaba á delirar, no pudiendo, por consiguiente, dar explicaciones ningunas sobre su caida.

A las doce de la noche estaba completamente apagado el fuego y podia transitarse, aunque con trabajo, por los sótanos.

Entonces pudieron ver que las puertas de muchos calabozos estaban abiertas.

Unos presos habian sido encerrados en otras habitaciones, otros se encontraban casi sin vida en medio del agua, y tres que debian ser quemados en el primer auto solemne, habian tenido la fortuna de ahogarse.

Entre estos últimos habia dos mujeres jóvenes; pero sus rostros estaban mutilados, sin duda por efecto de la lucha que habian sostenido, y fué imposible reconocerlas. Lo único

que pudo verse era que una de ellas tenia los cabellos rubios.

¿Era Isabel?

Hé ahí la duda que atormentó al abate.

Los tres ahogados habian sido arrastrados por el agua fuera de sus encierros.

¿De qué calabozo habia salido la rubia?

No se sabia; y por consiguiente no era posible hacer ninguna deduccion.

Contáronse los presos y faltaban cinco: tres hombres y dos mujeres.

Con la fuga ó la muerte en la inundacion, se habian salvado, pues, ocho víctimas, y entre estas se contaba la esposa de Jacobo de Tordesillas.

El abate se inclinó á creer no solamente que Isabel se habia salvado, sino que la inundacion y el incendio eran obra del misterioso protector de la desdichada madre.

El traidor no se descubria; pero sí daba señales de su existencia.

¿Quién era?

—Aquí,—pensó Claudio,—aquí debe estar, entre nosotros... ¡Oh!... Yo lo encontraré, sí, lo encontraré y le haré pagar caras su traicion y su osadía.

Por fortuna no pensó Florentin en el pobre jorobado, cuya herida era una prueba de su celo por la Inquisicion.

Los curiosos fueron alejándose.

Quedó la calle desierta y silenciosa.

El médico habia declarado que la herida de David no era grave por sí, pero mucho por sus consecuencias, puesto que en el paciente empezaban á observarse alarmantes síntomas

de una enfermedad que podia llevarlo al sepulcro en pocas horas.

Mostróse muy afligido Florentin, y á las dos de la madrugada volvió á su vivienda con cuatro alguaciles, que llevaban en una camilla al pobre jorobado.

Sacó Florentin la llave, abrió la primera puerta y entraron en el portal; pero al abrir la segunda, ésta giró sobre sus goznes antes de que la llave acabara de entrar en la cerradura.

Claudio dejó escapar un grito de sorpresa y de terror y quedó como petrificado.

Los alguaciles dejaron la camilla, dieron un paso atrás y sacaron las espadas.

—¿Estais seguro de haber cerrado al salir?—preguntó uno de los esbirros.

—Sí,—respondió el abate con voz sorda.—Yo mismo cerré.

Y levantando la linterna, vió que la cerradura estaba arrancada.

La puerta habia sido, pues, forzada con una palanqueta.

—¡Ladrones!...

—Sí, ladrones...

—Entremos,—dijo uno de los alguaciles.

—¡Entrar!—replicó otro.—¿Y si no se han ido?

—Tanto mejor,—añadió un tercero,—porque así nos apoderaremos de ellos.

—¿Y si son tres ó cuatro?

—Cuatro somos nosotros.

—¿Y si son seis, ocho, diez ó doce?

—Eres muy cobarde.

—Adelante,—dijo entonces Florentin.—Es preciso salir de dudas.

Entraron, olvidándose del enfermo, y despues de escuchar y no percibir ruido alguno, decidieron reconocer primero el dormitorio de Florentin.

Bien pronto salieron de dudas, porque vieron el arca abierta y las ropas por el suelo.

El terror del abate creció hasta el punto de que en largo rato no pudo moverse ni articular una sílaba.

Su rostro estaba pálido, desfigurado y cubierto de frio sudor.

Hizo al fin un esfuerzo, y exhalando un gemido, dió algunos pasos y miró al fondo del arca.

La segunda tapa estaba levantada tambien y habian desaparecido las monedas y los papeles.

—¡Oh!—exclamó.

Y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, porque le faltaron las fuerzas para sostenerse.

—Afortunadamente,—dijo uno de los alguaciles,—vuestra señoría no es rico y no han podido llevarse dinero.

—Pero es extraño,—añadió otro,—que hayan dejado la ropa, que era lo único que tenian que robar.

—No habrán tenido tiempo bastante.

—O creerian que iban á encontrar un tesoro, y se han ido desengañados.

—A Dios gracias, no tenemos que lamentar mas que el susto.

—Idos,—interrumpió el abate con débil voz.

—¿Y el señor David?

—Entradlo, ponedlo en su cama y dejadnos.

—Será prudente que se quede alguno de nosotros...

—Bien, quedaos uno al lado de David.

—Nos quedaremos dos.

—Lo que os parezca.

—Tranquilícese vuestra señoría...

—Sí, ya estoy tranquilo.

—Verdad es que no se han llevado dinero, y por consiguiente...

—¿Pero y el susto?

—Y además, si los ladrones aprenden el camino, podria suceder que se aficionasen á estas visitas.

—¡Lástima que ya se hubieran ido!...

—Esto no es nada, no es nada,—dijo el abate.

—Vuestra señoría tiembla, está palido...

—La sorpresa... Dejadme, dejadme.

Los alguaciles llevaron al huérfano á la cama, quedando allí dos de ellos y yéndose los otros.

Florentin cerró la puerta de su cuarto y se dejó caer en una silla, ocultando entre las manos el rostro.

Lo que sufria es imposible hacerlo comprender.

El oro que le habian robado era para él una pérdida horrible; pero lo que más le atormentaba era que con el oro se hubiesen llevado los papeles.

¿Era esto casual?

¿Cuál de las dos cosas buscaba el ladron?

Aún entrevió el abate un rayo de esperanza, creyendo que quizá los papeles estarian entre la ropa que habian dejado en el suelo.

Los buscó; pero inútilmente, porque habian desaparecido, lo mismo que las monedas.

¿Era aquello obra de la misma mano que habia roto la cañería, habia prendido fuego y habia arrojado á Florentin por la ventana de la casa de Jacobo?

—Sí, sí,—murmuró;—la misma mano, el mismo traidor, que debe estar muy cerca de mí para sorprender todos mis secretos.

No hay que decir que Simon era el autor de aquel robo.

CAPITULO XLVI.

El abate sospecha y Simon se decide.

A pesar de que habia recobrado la libertad, si es que libertad puede llamarse la del fugitivo que tiene que ocultarse y vive con el constante temor de que lo descubran, á pesar de que habia empezado á recobrar los alientos con la risueña esperanza de encontrar á su hija y poder reunirse á su esposo, Isabel pasó una noche horrible, sin que calmaran su agitacion los cuidados y el respeto con que Simon la trataba.

A la mañana siguiente el asesino preguntó á la infeliz:

—¿Qué tal, habeis recobrado las fuerzas?

—Ya estoy bien, gracias á vos, amigo mio.

—No me llameis amigo, porque no soy digno de tanta honra.

—Me habeis salvado...

—He servido á David.

—No quiteis el mérito á vuestra accion.

—Preciso es que sepais que soy un miserable, un ladron, un asesino de oficio, y...

—Teneis un corazon grande: tal vez vuestros extravíos son consecuencia de vuestra educacion...

—A mí no me han educado nunca, ni he conocido padres, ni he tenido más amigos que los que me han enseñado á robar.

—Ya lo veis...

—No hablemos de eso ahora.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que tenemos que ocuparnos de otras cosas más interesantes.

—Mi hija...

—Eso, despues.

—Y David...

—Procuraré averiguar cómo se encuentra, aunque por lo que me habeis referido, su herida no debe ser cosa de cuidado.

—Pero habia experimentado grandes conmociones...

—Veremos, veremos.

—Además, deseo saber si han descubierto que él ha sido el autor de lo que ha pasado anoche.

—Descuidad, que aunque muy jóven, es astuto como una zorra, y todo lo habrá hecho de modo que no se sospeche de él.

—Sin embargo, no estoy tranquila.

—Antes que de David, tengo que ocuparme de vos.

—Primero de él y de mi hija.

—Eso es una locura.

—Me encuentro bien aquí.

—No podríais estar muchos dias en mi casa sin que os descubriesen.

—¡Oh!...

—Ahora voy á traeros el almuerzo, porque sin comer no sirve uno para nada, y necesitais fuerzas y valor, porque no sabemos lo que puede suceder.

—Sí, quiero fuerzas para encontrar á mi hija y reunirme á mi esposo.

—¡Mil diablos!... Por ahora es preciso que olvideis á vuestro marido, porque él no ha de venir, ni vos podeis ir á buscarlo. ¡Emprender un viaje!... ¡Voto al infierno! Eso seria una locura, sin contar con que no teneis medios para hacerlo.

—Pero mi hija...

—La buscaremos, ya os lo he dicho, y entretanto vivireis con una mujer de toda mi confianza; pero á la que no diremos una palabra de verdad sobre vuestra situacion, porque el asunto es muy delicado, y en tratándose de la Inquisicion, no puede uno fiarse ni de su camisa. Dejareis esa ropa, que aunque mala, huele desde lejos á persona de cierta clase. Afortunadamente me sobra el dinero, porque ya os dije anoche que venia de hacer un buen negocio.

Isabel se extremeció.

—¿Temblais porque adivinais la verdad?—añadió Simon.—Tranquilizaos, que no he quitado el pan á ninguna familia: donde estuve anoche fué en casa del abate, y aunque con mucho trabajo, pude dar con un escondite, donde tenia en oro de buena ley más de mil escudos... ¡Rayos y truenos!... Guardé el oro y unos papeles, porque sospeché que cuando tan ocultos los tenia, debian ser de importancia, y ya que

David no acepta una parte del dinero, le daré los papelotes, por si le sirven de algo.

Si Isabel no hubiera estado tan preocupada por la suerte de su hija, habria mostrado deseos de ver aquellos papeles, cuyo valor no era posible que Simon apreciase, porque no sabia leer; pero la pobre madre no fijó la atencion en esta circunstancia y guardó silencio.

El asesino salió, volviendo al cabo de un cuarto de hora con el almuerzo, y yéndose otra vez para preparar el alojamiento de la fugitiva y ver si le era posible averiguar algo con respecto á David.

Isabel hizo un esfuerzo para comer, porque á toda costa queria conservar la existencia para buscar á su hija y consolar á su esposo.

Dos horas pasaron antes de que volviera Simon.

—¿Me traeis algunas noticias?—le preguntó afanosamente Isabel.

—Sí.

—Sepamos.

—Por los vecinos he podido averiguar que el pobre David está enfermo de gravedad.

—¡Dios mio!...

—Segun parece, tardaremos muchos dias en volver á verlo.

—Proseguid.

—Lo demás que me han contado no tiene para vos ninguna importancia, puesto que todo ello se refiere al robo, ó al intento de robo, porque nadie cree que el abate tenia dinero.

Isabel inclinó tristemente la cabeza y dejó correr sus lágrimas.

—Vuestra nueva habitacion,—añadió el asesino,—está preparada ya, y hoy mismo, ó á más tardar mañana, empezaré decididamente á buscar á vuestra hija.

—¡Dios os premie!...

—No me faltaba más que dinero, ahora lo tengo en abundancia, y me atreveré á llegar á ese bribon de Crispin, proponiéndole el negocio.

—Pero si ese hombre fuera leal...

—¡Bah!... No hay lealtad que se resista al dinero, y yo pienso ofrecerle una cantidad respetable.

—Si algun dia...

—¡Voto al diablo!—interrumpió el gigante.—Nada me debeis, señora. En conciencia la mitad del dinero del abate corresponde á David, y por consiguiente debo gastarlo en su servicio.

Muchas observaciones hubiera hecho Isabel á los planes de Simon; pero esto hubiera sido hacerle vacilar, y su egoismo de madre le impuso silencio.

Dueño de más de mil escudos, el asesino se creyó más poderoso que el mismo rey.

No se equivocaba al creer que la lealtad de Crispin era más débil que su codicia; pero sí cometia la torpeza de no pensar en que el esbirro obtendria mayor recompensa delatando al que le propusiera vender el secreto del paradero de la niña.

Aquella noche, la desdichada Isabel se trasladó á la morada de una mujer que aparentaba vivir con el producto de los rosarios, escapularios y medallas, que vendia á la puerta de los templos cuando en estos habia solemnidades religiosas que atraian á los fieles.

Por ahora no debemos dar á conocer á la especuladora: lo haremos más adelante.

Como habian dicho á Simon, la vida del jorobado peligraba.

El abate Florentin pasó todo el dia triste y preocupado, y cuando se le preguntaba qué era lo que tenia, contestaba sin vacilar:

—Ya sabeis que casi he criado á David: por lo ménos, le he dado educacion, le he formado su alma, puede decirse, y como él ha correspondido á mi cariñoso afan, he concluido por amarlo como se ama á un hijo. David vale mucho, está dotado de una inteligencia elevada y de un gran corazon; su cuerpo deforme es como el arca tosca donde se encierra un tesoro.

—¿Pero temeis por su vida?—le replicaban.

—Sí,—decia al abate, exhalando un suspiro:—si se salva, será un milagro, porque los médicos declaran que la enfermedad es mortal, y que lo que no haga la naturaleza no pueden hacerlo ellos.

Así encubria Florentin la causa verdadera de su preocupacion, y que no necesitamos decir era la pérdida de los papeles y el no haber podido descubrir al traidor.

Hay un refran que dice, «que tanto vá el cántaro á la fuente, que al fin se rompe,» y una cosa parecida debia suceder al jorobado; es decir, que en fuerza de dar golpe tras golpe á su protector, éste debia concluir por sospechar quién era el traidor.

Florentin, dotado de un talento analítico admirable y de una astucia prodigiosa, empezó á reunir detalles y antecedentes, que para nadie más que para él hubieran tenido valor.

Un dia se dijo:

—Desde la prision de Isabel he visto á David preocupado, y parece que desde entonces tambien se ha enfriado su odio contra la sociedad.

Luego añadió:

—Nadie más que David sabia que habia de prenderse á Isabel, y por consiguiente nadie pudo presentarse á protegerla.

Tras estas reflexiones, hizo la siguiente:

—El que ha prendido fuego y roto la cañería debe tener libre entrada en el edificio y conocer perfectamente hasta el último rincon. Isabel se ha salvado, no me cabe duda; David estaba herido, y antes habia corrido hácia los calabozos con un entusiasmo inexplicable; en el manojo de llaves que se llevó, estaba la del encierro de ella... ¿Fué casualidad esto?... ¡Oh!... Desde la prision de Isabel, parece que David ha intentado espiarme, y en cuanto al tesoro de mis papeles, nadie más que él podia conocerlo... Creo que tengo ya un punto de partida... Observaré.

Y así pasaron cuatro dias.

David continuaba entre la vida y la muerte.

Con frecuencia la fiebre le hacia deliberar, y entonces sus palabras eran escuchadas afanosamente por el abate.

No se necesitaba más para la perdicion del huérfano.

Más ó ménos tarde, seria descubierta su traicion.

¿Quién le protegeria entonces?

La suerte que le aguardaba, segun todas las probabilidades, no podia ser más espantosa.

En su situacion, su mayor fortuna hubiera sido que la enfermedad acabase con su mísera existencia.

Empero un nuevo acontecimiento debia complicar la situacion, y por entonces al ménos salvar á David.

El mismo dia que Florentin se hizo las últimas reflexiones sobre la lealtad del jorobado, Simon, con una rectitud de conciencia sorprendente en él, se dijo:

—El pobre David está muriéndose, y nada puede hacer contra mí; pero por lo mismo, seria cometer una cobardía el engañarlo. Tengo dinero, que es cuanto necesito, y esta misma noche daré á Crispin la primera acometida. ¡Por los cuernos de Satanás!... Es preciso acabar este enredo.

Y despues del toque de oraciones, se caló el sombrero, se embozó en su capa, y con los bolsillos llenos de oro, salió de su vivienda.

CAPITULO XLVII.

De cómo el asesino dió el primer paso hácia los calabozos de la Inquisicion.

Simon conocia perfectamente las costumbres de Crispin, y sabia que todas las noches éste iba á una taberna que por aquel tiempo habia á la entrada de la calle del Factor.

Allí pasaba el esbirro una hora por lo ménos, saboreando un vinillo de Chinchon, que segun era fama, no tenia igual.

A este vino, cuyas buenas cualidades ponemos desde luego en duda, á pesar de su reputacion, debia tal vez el dueño de la taberna los numerosos parroquianos que lo enriquecian.

Crispin se situaba siempre en el más apartado y oscuro rincon, y se entregaba solo á sus libaciones.

Muchos de los parroquianos habian mostrado su disgusto porque concurriese allí un dependiente del Santo Oficio, pues durante aquella hora no habia nadie que se atreviese á hablar con libertad.

Quejáronse algunos á maese Fidel, dueño de la taberna, proponiéndole que en vez de vino diese vinagre á Crispin para hacerle perder la aficion al establecimiento; pero maese Fidel se mostró inflexible, diciendo que, sobre ser esto un abuso rechazado por su conciencia, no queria exponerse á las iras del esbirro, quien con la mayor facilidad podia pagar el vinagre con una delacion.

Simon fué á la taberna, y vió á Crispin, como de costumbre, en un rincon medio oscuro, y sin más compañía que la de un jarro y el vaso ó cubilete de estaño en que bebia.

Con el mayor desembarazo, como quien se acerca á un amigo, acercóse el gigante al alguacil, que lo miró con sorpresa y desagrado.

—Ya sé que no me conoceis, señor Crispin,—dijo Simon mientras se sentaba y apoyaba los brazos en la mesa;—pero esto no es una razon para que dejeis de escuchar lo que tengo que deciros sobre un asunto de mucha importancia, doblemente cuando ha de resultaros un beneficio.

—No, no os conozco,—se concretó á decir el esbirro.

—Si me lo permitís, pediré vino, porque tengo seco el paladar, y si no lo remojo no podré explicarme.

Que el recien llegado era un criminal, no podia ocultársele á Crispin.

Cualquiera que fuese el motivo de la conducta de Simon, convenia escucharlo, porque para desembarazarse de él, siempre habia tiempo.

—Haced lo que mejor os parezca,—dijo el alguacil.

—Muchas gracias.

Pidió vino el gigante, y cuando se lo trajeron y bebió, dijo:

—Señor Crispin, teneis un enemigo muy temible y que está resuelto á daros una puñalada.

—¿Qué decís?—replicó el esbirro extremeciéndose y fijando una penetrante mirada en Simon.

—Lo que estais oyendo.

—Empezais la conversacion de un modo bien extraño.

—Permitidme brindar por vuestra salud...

Y haciéndolo como lo decia, añadió Simon:

—No hay hombre á quien, por mucho que se guarde, no pueda dársele una puñalada, y por consiguiente hariais muy mal en burlaros del peligro.

—Acabad de explicaros.

—Antes es preciso que me deis vuestra palabra de que no habeis de mirarme con malos ojos, porque yo no soy más que el enviado de otra persona, y ninguna gracia tiene que me hagan pagar culpas agenas.

—Os lo prometo.

—Suceden en este mundo cosas bien raras. ¡Ira de Satanás!...

—No jureis.

—Perdonad...

—Pueden oirnos,—repuso el alguacil,—y mi posicion es muy delicada...

—Entiendo, entiendo.

Crispin bebió, apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos, y fijó una mirada penetrante y escudriñadora en Simon.

—Ya sabeis,—repuso éste,—lo que dice el refran: «que en este mundo no se sabe más que lo que no se hace.»

—Por eso mañana se sabrá que habeis hablado conmigo.

—Pero si hemos de vernos por segunda vez, lo haremos en otra parte.

—Decidme quién es ese enemigo que quiere asesinarme, y por qué me odia.

—A eso voy.

—Si he de hablaros con franqueza, empezais á ponerme en cuidado.

—Sobra motivo para tenerlo.

—Explicaos.

—El delito que habeis cometido no consiste en otra cosa que en ser dueño de un secreto.

—¡Un secreto!

—Sí.

—No comprendo lo que quereis decir.

—Me explicaré.

—Sí, sí.

—Voy á contaros una historia ó parte de una historia que conoceis demasiado.

—Conozco muchas.

—Esta es muy reciente.

—Las hay de todas épocas.

—Una noche fuísteis al arrabal de San Ginés para llevaros presa á la mujer de un nigromántico.

Se contrajo la frente de Crispin; pero no replicó.

Desde aquel momento la conversacion tenia grandísimo interés para el esbirro.

¿Iba á saber quién era el traidor á quien inútilmente se habia buscado, y por cuyo descubrimiento daria el abate la mitad de su vida?

—Lo que allí sucedió no tengo que repetirlo; únicamente

recordaré que vos tuvísteis la fortuna de dar alcance á la mujer que habia logrado escaparse. ¿No es verdad?

—Esas cosas se me olvidan fácilmente.

—¿Teneis mala memoria, señor Crispin?

—Casi puedo decir que no tengo ninguna.

—Sin embargo, tal vez recordareis que aquella mujer tenia una hija, una niña de trés ó cuatro años.

—Algo recuerdo.

—Y que esa niña, separada de la madre, quedó á vuestro cuidado y en vuestra casa hasta la siguiente noche en que vos la llevásteis...

Interrumpióse Simon y miró al alguacil.

Éste permaneció inmóvil, concretándose á decir:

—Proseguid.

—¿Os acordais ó nó?

—Algo, algo... Continuad.

—Hay quien se interesa por la suerte de esa niña.

—Lo supongo: tiene padre...

—Que huyó.

—Tendrá parientes...

—Lo ignoro.

—No le faltarán amigos...

—Uno por lo ménos.

—¿Y ese?

—Es el que quiere asesinaros.

—¿Y qué tengo yo que ver con lo que sucede á esa niña?

—Nada, y mucho.

—Me mandan y me es forzoso obedecer.

—Es verdad.

—Además, á esa criatura no se le ha hecho otro mal que

separarla de su madre; pero esto era preciso, porque ya sabeis que es la costumbre.

—Pero á esa niña se la busca sin encontrarla.

—¿Es culpa mia?

—No lo es aún; pero lo será.

—Ahora sí que no os entiendo.

—Vos sabeis dónde está esa criatura, puesto que vos fuísteis el encargado de llevarla donde dispuso el abate.

—¿Y bien?

—Ese amigo quiere que vos le digais dónde está la niña.

—¡Yo!...

—Si lo haceis, os pagará generosamente vuestro servicio.

—¿Y si me niego?...

—Más ó ménos tarde os dará una puñalada en el corazon.

—¡Oh!...

—Os es muy fácil echarme mano y encerrarme en los calabozos de la Inquisicion; pero como no conoceis al que me envia, nada conseguireis.

Crispin se esforzó para disimular lo que sentia.

—Bebamos, dijo.

—Sí, bebamos y acabemos.

—Vuelvo á escucharos.

—No me queda que deciros mas que una cosa, haceros una advertencia para vuestro bien.

—Cuantas gusteis.

—¿Me habeis mirado bien?

—Sí.

—¿Creeis que puede faltarme el valor, aunque me caiga el infierno encima?

—No.

—Mirad,—repuso Simon, enseñando sus robustos puños.

—Ya veo que sois un gigante.

—¿Os parece que podré resistir las cuerdas del tormento?

—¡Oh!...

—¡Por Satanás!... ¡Rayos y truenos!... ¡Mil legiones de condenados!...

—Callad.

—Me sobra corazon para sufrir todos los tormentos y morir antes de decir lo que quiero callar.

—Lo creo, lo creo.

—Pues bien, si para averiguar quién es el protector de la niña me llevais á la Inquisicion, y para obligarme á declarar recurrís á las cuñas, á la escalera, al agua, á la cuchilla, al fuego...

—Descuidad, descuidad,—se apresuró á decir el esbirro, que de vez en cuando se extremecia poseido de terror, á pesar de que tenia por muy afortunado el encuentro con Simon.

—Y sobre no decir una palabra en el tormento, os asesinarian más pronto si me encerráseis, y asesinarian tambien á Florentin, porque quien ha de hacerlo tiene alma que le sobra para eso y mucho más.

Crispin guardó silencio y reflexionó.

Ya sabemos que era sobradamente astuto, con lo cual no habia tal vez contado el asesino.

Trascurrieron algunos segundos sin que ninguno de los dos hablase.

—Recapitulemos,—dijo al fin el esbirro.

—Lo que teneis que hacer es decidiros.

—Decidirme...

—Sí, escoged entre el dinero ó la puñalada.

—La eleccion no es dudosa.

—Sin embargo, muchas veces uno se ofusca...

—Si me conoceis, debeis saber que no soy tonto.

—Lo sé.

—Y por consiguiente debeis pensar que no he de cometer la torpeza de rechazar vuestras proposiciones, inmolándome así en bien del Santo Oficio, al que sirvo porque me paga; pero no por aficion.

—Sois un hombre de provecho, ¡voto á Satanás!

—Vuestros juramentos pueden comprometerme...

—Disimulad.

—Pues bien, como os decia, no he de cometer una necedad, que no cometeria el más estúpido.

—Entonces, bebamos y hablemos del precio del negocio.

—¿Estais completamente decidido?

—Acabaré por decidirme.

—Decid dónde está la niña y se os darán doscientos escudos.

—Doscientos escudos...

—¿Os parece poco?

—Muy poco.

—Pero...

—Por doscientos escudos no se vende ningun hombre que se estime en algo.

—Verdad es que valeis mucho...

—Y que el servicio es de importancia.

—Sean trescientos.

—Tampoco.

—Trescientos cincuenta...

—No.

—Olvidais la puñalada.

—No la olvido; pero sabed que yo tampoco soy cobarde.

—Señor Crispin...

—No haremos nada si no subís el precio.

—¿Cuánto quereis?

—Quinientos escudos.

—Quinientos...

—No me ofrezcais ménos, porque será inútil.

—Es una fortuna...

—No muy grande.

—Con quinientos escudos puede un hombre buscarse un pedazo de pan para toda la vida.

—Precisamente eso es lo que yo quiero; porque si arreglamos el negocio, dejaré mi plaza de alguacil, me retiraré á mi pueblo y viviré tranquilo.

—No hay más que hablar.

—Pero es menester que me dejeis tiempo para reflexionar, porque necesito convencerme de que mi traicion no puede ser descubierta, convencerme de que por huir de un peligro probable no caia en otro seguro.

—¿Cómo ha de descubrirse?

—Todo puede suceder.

—No habeis de hacer más que decir dónde dejásteis á la niña, porque de lo que haya de hacerse despues, yo me encargaré.

—A pesar de eso, no decidiré hasta mañana, y á condicion, por supuesto, de que he de saber quién sois y quién es la persona que paga.

—Quién soy, os lo diré ahora mismo; pero la otra persona no es menester que la conozcais.

—Ha de darme el dinero...

—Os lo daré yo.

—He de descubrirle el secreto...

—Me lo direis á mí.

—¿Vuestro nombre?...

—Simon.

—¿Qué más?

—No sé quiénes fueron mis padres.

—¿Dónde vivís?

—En la Morería.

—¿Vuestro oficio?

—Mi oficio... ¡Rayos y truenos!... Mi oficio...

—Comprendo.

—Vivo no sé cómo, y moriré cuando al diablo se le antoje cargar con mi alma.

—Mañana os contestaré definitivamente.

—Pero si no aceptais y vengo á buscaros...

—Nada temais: os diré sí ó nó, y despues que nos hayamos separado...

—Bien, así es como hablan los hombres.

—¿No bebeis?

—A vuestra salud.

Muy poco hablaron ya.

El gigante pagó todo el gasto, cometiendo la imprudencia de sacar una moneda de oro sin evitar que las demás sonasen, cuya circunstancia no pasó desapercibida para Crispin.

—Hasta mañana,—dijo éste.

—¿Aquí?

—Aquí y á la misma hora.

Salió el asesino.

Pocos momentos despues hizo lo mismo el alguacil, mientras decia:

—Veamos si me engaña.

Favorecido por la oscuridad, siguió al gigante.

Éste se encaminó á su casa.

Pensando en lo que acababa de hacer, le ocurrió que habia sido quizá demasiado imprudente dándose á conocer, y que habia cometido una torpeza concediendo un plazo.

Cuando esto pensó, se detuvo y volvió la cabeza para ver si lo espiaban.

Pero el esbirro, acostumbrado á esta clase de intrigas, iba arrimado á la pared y no tuvo mas que hacer un movimiento para quedar oculto en el hueco de una puerta.

—De esta canalla,—dijo para sí el asesino,—debo temerlo todo, y me parece que haré bien en esconder el dinero hasta ver lo que resulta.

Efectivamente, apenas entró en su casa, reunió las monedas robadas al abate, las envolvió en un trapo, y dijo:

—Tambien los papeles, porque quizá tengan más valor que este dinero.

Luego, sirviéndose de una mesa, subió á un camaranchon, llevando el tesoro.

Cinco minutos despues volvió á bajar, diciendo:

—Aunque registrasen, no lo encontrarian.

Entretanto Crispin se alejaba convencido de que Simon le habia dicho la verdad sobre su nombre y vivienda; pero no en cuanto á lo demás.

¿Habia otra persona interesada por la niña y resuelta á cometer un asesinato?

Era probable que la hubiese, porque Simon no tenia tra-

zas de protector generoso de nadie; pero lo del asesinato no debia ser mas que una mentira inventada para obligar, y el que habia tirado al abate por la ventana, era indudablemente Simon, porque le sobraban fuerzas y osadía para esto y mucho más.

El esbirro creyó haber encontrado un tesoro.

Se le ofrecian quinientos escudos, sin pensar que el abate daria mil por el descubrimiento del traidor á quien buscaba.

Tal vez no podria conseguirse por medio del tormento que Simon hablase; pero en último caso Florentin podria castigar al que lo habia tirado por la ventana.

La lucha entre el alguacil y el gigante no era igual: en aquella situacion la fuerza no servia de nada, mientras que la astucia podia conseguirlo todo.

—Decididamente,—pensó Crispin,—la fortuna se empeña en protegerme. No solo dinero me dará el abate, sino empleos honrosos y lucrativos y cuanto se me antoje. ¡Oh!... antes de un mes seré rico.

Apoderándose de Simon, tal vez se conseguiria averiguar si Isabel se habia escapado, y dónde se encontraba.

Tras un descubrimiento debia venir otro, siguiéndose como se siguen los eslabones de una cadena.

No debia equivocarse en mucho el desalmado alguacil.

La suerte de nuestros amigos no habia estado nunca tan comprometida.

¿Y qué haria el gigante cuando se viese en la Inquisicion sin esperanza de que nadie lo protegiese?

Por temor á los calabozos del Santo Oficio, servia el asesino á David; pero una vez que estuviera en aquellos calabozos, ¿tendria bastante abnegacion para dejar que le destroza-

sen los miembros y lo llevasen á una hoguera sin declarar la verdad?

Este proceder noble no era ciertamente el que debia esperarse de un hombre de alma depravada como Simon, mucho más cuando éste sabia que el único medio que las víctimas de la Inquisicion tenian para librarse del tormento y la hoguera, era el confesarse culpables y acusar á muchas personas como cómplices, porque así solia considerárseles arrepentidos y ahorcarlos en vez de quemarlos vivos, ó reconciliarlos, imponiéndoles otras penas.

Crispin no volvió á la taberna ni á su casa, sino que fué á la del abate, porque el asunto no era para perder un momento.

CAPITULO XLVIII.

De cómo Simon ocupó el lugar de Isabel.

Media hora despues de la escena que hemos referido, el horizonte empezó á cubrirse de negras nubes, ocultando la luna y las estrellas, y al cabo de otra media hora, una lluvia menuda y espesa regaba las calles de Madrid.

Simon no volvió á salir de su casa: cenó y se acostó, quedándose profundamente dormido.

Pasaron dos, tres y cuatro horas.

Continuaba lloviendo.

Las calles estaban desiertas y tenebrosas.

Dieron las doce.

Con pasos silenciosos, como si fuesen impalpables sombras, por las estrechas calles de la Morería, uno tras otro y arrimados á la pared, se deslizaban doce negros bultos.

Una vieja supersticiosa hubiera creido al verlos que era una procesion de fantasmas, de espíritus infernales que se

encaminaban á la cumbre que todavía se conoce con el nombre de las Vistillas, y adonde, segun en aquellos tiempos era fama, acudian los enviados de Satanás y aun él mismo para responder á los desesperados que querian entregarle el alma.

No eran condenados, aunque poco ménos, pues eran esbirros del Santo Tribunal que iban á cumplir su santa mision, y que adelantaron silenciosamente hasta llegar á la casa de Simon.

Entonces salieron de debajo de las capas algunas linternas, cuyas luces esparcieron trabajosamente sus rayos á través de la lluvia y permitieron ver las relucientes hojas de algunas espadas y los sombríos rostros de los alguaciles, así como el pálido y enjuto del abate Florentin, á cuyas órdenes iban.

Todos quedaron inmóviles por algunos segundos.

—Llamad,—dijo Claudio.

Y uno de los esbirros golpeó la puerta con el pomo de la espada.

Nadie respondió.

—Más fuerte,—añadió el abate.

El alguacil se inclinó, buscó una piedra y con ella descargo nuevos y más récios golpes, que resonaron en toda la calle.

—¿Quién llama?—gritó entonces una voz ronca que parecia salir de las profundidades de la tierra.

—Abrid,—dijo Claudio.

—¡Que abra!... ¡Mil rayos!...

—Abrid inmediatamente.

—¿Pero quién es?

—El Santo Oficio.

Estas palabras fueron contestadas por un rugido de desesperacion.

No fué menester repetir la órden.

La puerta se abrió, apareciendo el asesino.

—Ese es,—dijo Crispin.

—Sí,—replicó Simon, cuyos ojos despedian llamaradas;—yo soy; pero...

Interrumpióse, lanzó á Crispin una mirada furiosa, y luego añadió:

—Pero aún no habeis ganado la partida, y os convencereis de que es muy peligroso engañarme...

—Silencio...

—¡Mil legiones de condenados!...

—Callad os digo,—replicó el abate.

Crispin se encogió de hombros y sonrió con expresion de triunfo.

—Bien,—repuso Simon,—callaré ahora, callaré hasta que me convenga; pero cuando hable, ¡por Satanás!...

—¿Os llamais Simon?

—Sí.

—¿No teneis apellido?

—Ni lo quiero, porque si lo tuviera, me estorbaria para muchas cosas.

El abate hizo una señal y dos alguaciles se acercaron al asesino y le ataron los brazos á la espalda.

—Trabajais en balde, porque no me pasa por las mientes huir: cuando me convenga, recobraré la libertad.

—Este debe ser,—murmuró Florentin, examinando las atléticas formas de Simon;—sí, era una mano de hierro como la de este miserable.

El asesino miró con insolencia á Claudio, y replicó:

—¿Hablais de la noche de marras?

—Tú eras, reconozco tu voz...

—Sí, yo os cogí por el cogote y os eché por la ventana.

—Y tú tambien, miserable, penetraste anoche en mi casa...

—No.

—Vamos, vamos,—repuso Florentin, entrando en la vivienda de Simon.

Inmediatamente registraron por todas partes, sin dejar el camaranchon; pero no encontraron nada digno de llamar la atencion.

Entretanto el asesino, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia meditar.

Cuando hubieron concluido, salieron, cerrando y guardando la llave Florentin.

Simon no opuso resistencia ni pronunció una palabra.

En su rostro no se pintaba el abatimiento, sino la ira.

De vez en cuando lanzaba miradas terribles á Crispin; pero éste continuaba tranquilo, porque estaba seguro de que aquel no tardaria mucho tiempo en ir á la hoguera.

Claudio no podia disimular el júbilo de que estaba poseido.

Tenia esperanza de que el gigante, á pesar de sus fuerzas y su valor, reveléra en el tormento el nombre de la persona á quien obedecia, si bien le habia sorprendido y le desagradaba que desde luego aquel desalmado hubiese declarado ser él quien la noche inolvidable de la prision de Isabel se habia presentado tan inesperadamente.

La comitiva atravesó silenciosamente calles y calles.

Ya estaban calados hasta los huesos cuando llegaron á la Inquisicion.

Simon fué encerrado precisamente en el mismo calabozo que habia ocupado Isabel; pero se le puso la argolla, dejándolo así sujeto á la cadena y sin libertad para moverse mas que en un pequeño espacio.

—Aquí,—le dijo el abate, sonriendo con diabólica expresion,—estuvo tambien ella.

—Ya lo sé,—respondió el gigante, dejándose caer en el monton de paja, que aún estaba empapado en agua. —No necesito que me lo digais.

—¡Que lo sabeis!...

—Sí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Alguien, puesto que no soy adivino.

El abate se sorprendia más cada vez, porque las contestaciones de Simon no eran las que debian esperarse.

Los hombres tienen momentos en que hacen lo que nunca harian, y creyendo Florentin que se le presentaba una buena ocasion, repuso:

—Ciertamente no sois adivino, y averiguado está que no obrais por vuestra propia cuenta, sino que sois instrumento de otra persona.

—Está claro.

—¿Pero qué persona es esa?

—Hé ahí, señor abate, lo que por ahora no estoy de humor de decir.

—No pensais que vuestras respuestas anteriores, dadas delante de testigos, os comprometen demasiado, y que ya os será imposible negar.

—Nunca he tenido intencion de negar que os acogoté casa de Jacobo de Tordesillas.

—Y que despues, valiéndoos no sé de qué medios, os habeis introducido aquí, habeis roto una cañería para inundar los sótanos, habeis prendido fuego en las boardillas, y...

—Os equivocais: todo eso sabia yo que habia de suceder; pero no he sido yo quien lo ha ejecutado, sino la persona á quien he servido. ¿No se os alcanza que á la hora en que todos estabais aquí, me era imposible introducirme en los patios para romper la cañería y subir á los camaranchones para incendiar los trastos viejos y las esteras? Señor abate, esta noche debeis estar muy turbado y desmentís vuestra astucia y vuestra penetracion.

—Sea como quiera, ello es que hay otra persona...

—Lo he confesado y no necesitais cavilar.

—¿Y esa persona?...

—Volvemos á lo mismo, y perdonad si os advierto que habeis cometido una torpeza.

—No comprendo...

—Es muy sencillo.

—Sepamos.

—Si en vez de prenderme os hubiérais presentado solo y me hubiéseis dicho: «Simon, vamos á tratar un negocio como hombres razonables...»

—¿Qué hubiera sucedido?

—Tal vez conoceríais ya á esa persona, y en lugar de encerrarme á mí, la hubiérais encerrado á ella.

—Aún no es tarde...

—Me parece que sí.

—Figuraos que estais en vuestra casa...

—¡Mil legiones de condenados!... No me gusta hacerme ilusiones.

—Pues bien, colocaos en la realidad...

—Señor abate, dejadme descansar, porque me habeis interrumpido el sueño y necesito dormir. ¡Vive Dios!... Mañana será otro dia. Esta noche no diré más de lo que he dicho, y cuando me propongo una cosa, hay que dejarme, porque tengo la cabeza más dura que un tudesco.

Y al pronunciar estas palabras y sin miramiento alguno, se tendió el asesino con la firme resolucion de dormir.

Dudó el abate sobre la conducta que le convenia seguir, y al fin salió del calabozo con la risueña esperanza de que todo lo averiguaria.

Despues de reflexionar, creyó que con aquel hombre no era conveniente apelar á la fuerza, sino á la habilidad, y que en vez de obligarlo con el tormento, seria más prudente conquistarlo con el oro.

Esto parecia desprenderse de las frases del asesino.

No habia delaciones escritas, no habia para los demás inquisidores noticia oficial de aquella prision, y por consiguiente Florentin podia tener á Simon encerrado sin que nadie se mezclara en el asunto.

Si para averiguarlo todo era preciso transigir, no convenia que el fiscal presentase acusaciones, porque en este caso hubiera sido difícil conceder á Simon todo lo que pidiera.

Pasó el dia siguiente sin que Claudio tomara una resolucion.

En el estado de David empezaba á advertirse alguna mejoría.

El gigante, lo mismo que Claudio, continuaba meditando

sobre la conducta que le convenia seguir para librarse del tormento y de la hoguera; pero su imaginacion no era tan viva ni tan fecunda que lo sacase inmediatamente del apuro.

En el barrio de la Morería no tardó en saberse que Simon estaba en las cárceles del Santo Oficio, y como del árbol caido todos hacen leña, alguna vecina fanática empezó ya á pensar en presentarse á los inquisidores para declarar cómo el acusado juraba y maldecia con frecuencia, añadiendo que nadie lo habia visto oir misa ni mucho ménos confesar.

Una semana de encierro seria sobrado para que lloviesen las declaraciones contra Simon, apareciendo éste, no como un criminal cualquiera, á quien debian juzgar los tribunales civiles, sino como un hereje que debia ser castigado por la Inquisicion.

Estas declaraciones espontáneas hubieran comprometido los proyectos del abate.

Éste quiso dejar á Simon tiempo para reflexionar.

Pasaron otros cuatro dias.

Una mañana, al entrar en el tribunal, fray Tadeo, despues de saludar cortesmente á Florentin, le dijo:

—Parece que la otra noche hicísteis buena caza en la Morería. ¿Quién es el criminal?

Sintióse vivamente contrariado el abate; pero acostumbrado á disimular y á fingir, respondió sencillamente:

—No es cosa de importancia.

—¡Ah!—repuso con candidez el dominico.

—Ya sabeis lo que me sucedió cuando fuí á prender en el arrabal...

—¿A la rubia?

—Sí, hermano.

—Ya.

—Aquello y lo del incendio, prueban...

—Que hay un traidor entre nosotros.

—Un traidor, que á mí particularmente me odia.

—¿Y no lo habeis descubierto?

—Estoy en camino de descubrirlo todo.

—Me alegro, hermano.

—El hombre á quien la otra noche prendimos, no es un criminal; pero puede dar mucha luz, y he querido atemorizarlo, hacerle creer que está acusado de hereje, cuando no hay tal acusacion, ni puede haberla, porque ni hay ninguna delacion, ni él declara haber pecado.

—Entiendo.

—Sin embargo, no sé lo que puede resultar...

—Entiendo, entiendo,—volvió á decir el dominico con la más completa indiferencia.

Y despues de algunos instantes, añadió:

—¿Y al fin estamos en la misma duda sobre la personalidad de las mujeres ahogadas?

—La misma.

El fraile no hizo más observaciones; pero la frente de Claudio, cuando quedó solo, se contrajo.

—Es preciso concluir,—murmuró.—Fray Tadeo no se olvida de Isabel, y aun me atrevería á jurar que sin interesarle tanto como á mí, ha conseguido más que yo y sabe quién es el traidor á quien busco.

Quizá no se equivocaba el abate.

Decidido á terminar de cualquier modo aquella situacion, se dirigió al calabozo del asesino.

Veamos lo que sucedió entre el hombre de la fuerza y el de la astucia.

Parece que el resultado de la lucha no debia ser dudoso.

Teniendo en cuenta los antecedentes y circunstancias de cada uno de estos dos personajes, parece natural, forzoso, el triunfo de Claudio Florentin.

La fuerza no era el medio más ventajoso en aquella situacion.

CAPITULO XLIX.

Simon dá una sorprendente prueba de ingénio.

El abate entró en el calabozo, no como un juez severo, sino como un amigo.

Sus lábios se entreabrian para sonreir, y frotándose las manos, se acercó á Simon, en tanto que fijaba en él una de aquellas miradas penetrantes y escudriñadoras á las que nada se escapaba.

—¡Diantre!—dijo con melífluo tono.—La verdad es, Simon, que aquí no se está muy bien.

—No, no se está muy bien, porque sobre ser malo el aposento, lo dejan á uno morir de hambre.

—¿Pues qué, no te dan buena comida?

—Habas, lentejas y cosas por el estilo, mal cocidas y con poco aceite.

—Me alegro el saberlo, porque yo habia encargado que te tratasen bien, como era justo que se hiciera, puesto que á tí

no debe considerártese criminal. No me mires con sorpresa, que lo que digo es exacto: hasta este momento, no hay en el tribunal ninguna acusacion contra tí, si bien podrá haberla dentro de una hora.

—No entiendo una palabra.

—Pues es muy sencillo,—repuso Florentin con la misma dulzura.

—¿Quereis decir?...

—Quiero decir que si no te muestras razonable...

—Ahora comprendo.

—¿Cuántos dias llevas encerrado aquí?

—¡Vive Dios!... Cinco...

—Los cuentas bien.

—Ya me falta la paciencia.

—Hablemos, Simon.

—¡Rayos y truenos!... ¡Ira de Satanás!... Eso estoy deseando.

—Te suplico que no jures, porque...

—Bien, bien.

—Escúchame.

—No tengo mas que oidos.

—Te acordarás que me dijiste que en buena amistad...

—Me parece,—interrumpió Simon,—que será mejor que vos me escucheis ántes.

—Como quieras.

El asesino, que debia ya tener bien estudiado lo que pensaba decir, repuso sin detenerse:

—Yo me gano la vida como puedo.

—Está comprendido, y eso no me importa.

—Un dia me buscó cierta persona, que en esta casa vale

bastante, y me dijo: «Mira, Simon, has de hacer esto y esto, y si no lo haces, irás á la Inquisicion, y aunque eres buen católico, aunque no eres mas que ladron, habrá quien jure que has cometido mil herejías, y despues que te descoyunten, te llevarán al quemadero.»

—¿Y tuviste miedo?

—¡Voto á mi abuelo!... ¿Habia cosa más fácil que cumplir esta amenaza?

—Si es persona que conoce las interioridades del Santo Oficio...

—Ya os he dicho que sí.

—Prosigue.

—Esa persona, me dijo tambien: «Si haces lo que te pido, te daré cien escudos.»

—¡Cien escudos!...

—Ya veis, una fortuna.

—Bien, bien.

—Dudé que se cumpliera lo prometido; pero el otro me aseguró que podia mostrarse liberal, porque al fin de la jornada vos seríais quien pagara todos los gastos.

—¡Oh!—exclamó el abate apretando los puños.—Ya se contaba con los mil escudos mios que me robaron la noche del incendio.

—Sobre ese punto no me dieron explicaciones, y obraron con mucha prudencia, ¡vive Dios! porque si me hubieran dicho que vos teníais mil escudos guardados, ¡por Satanás! que para nadie hubieran sido más que para mí.

—Prosigue, Simon, prosigue, y cuenta con mi proteccion si me lo descubres todo... ¿Qué exigieron de tí?

—Que por el corral me metiera en la casa de Jacobo y

que hiciera lo que se me antojase, con tal de que la mujer del alquimista tuviera tiempo de escapar.

—¿Y no te encargaron respetar mi vida?

—¿Qué les importaba vuestra vida?

—¡Miserables!...

—Solamente me dijeron que si podia excusarse mataros, era mejor, porque así se evitarian escándalos graves, que podian tener malas consecuencias.

—Adelante,—repuso Florentin con visible agitacion.

—Ya sabeis lo demás que sucedió.

—Sí, fué presa Isabel...

—Y os encargásteis de su hija.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La misma persona que aquella noche me encargó espiaros para averiguar adónde llevábais á la chiquilla, por si á él le ocultábais el secreto.

—¿Quién es ese hombre, quién?

—Esperad, que aún falta lo mejor, falta que sepais que si ese hombre ha sido para vos desleal, para mí ha sido un villano infame... ¡Oh!... ¡Por el alma del mismo Satanás!... ¡Rayos del infierno!—exclamó el asesino con acento de la más reconcentrada ira.

—Calma, Simon, calma.

—La tendré, porque estoy seguro de vengarme, aunque siento no castigar á ese bribon por mis propias manos. A mí se me acusa, se me desprecia, y se me trata como á un animal dañino; pero ese hombre es cien veces más criminal que yo. Sí, yo soy ladron, soy asesino; pero cuando doy una palabra la cumplo: soy ladron; pero soy leal.

—Tienes corazon, ya lo veo.

—¡Dios de Dios!...

—Prosigue.

—Os espié y no habreis olvidado que junto á Santo Domingo, cuando llevábais á la niña...

—Sí, sí.

—Pues bien, todo quedó en tal estado.

—¿Te dieron los cien escudos?

—En buenas monedas de oro, eso sí; pero porque les convenia tenerme contento.

—¿Y despues?

—El traidor me dijo que era menester sacar á la niña de donde estaba, y que yo habia de encargarme de esto, porque él no podia hacer nada que infundiese sospechas.

—¿Es decir, que ese hombre sabe dónde se encuentra la hija de Isabel?

—¡Ya lo creo!... Lo mismo que vos.

—¿Y tú?

—Respondí que no me metia en semejante negocio, porque tanto se provoca á la fortuna, que al fin...

—Pensaste cuerdamente.

—Se me ofreció más dinero, aunque advirtiéndome que no podria dárseme hasta que se terminara otro negocio, que sin duda era el de apoderarse de vuestros mil escudos.

—No te equivocas.

—Despues se me reveló el plan de la inundacion y el incendio.

—¿Cuándo?

—La misma noche en que esto debia hacerse.

—Supongo que el objeto no era otro que el de sacar á Isabel.

—Ese era.

—¿Y lo han conseguido?—preguntó afanosamente el abate.

—Mi hombre asegura que Isabel es una de las que se han ahogado.

—¡Oh!—murmuró Florentin, cuya frente se contrajo.

—Al hablarme de eso me exigia que yo esperase por estos alrededores y me hiciese cargo de la rubia.

—¿Y por qué no aceptaste la proposicion?

—Por la razon misma que no quise meterme en lo de la muchacha. Esto iba siendo el cuento de nunca acabar; tras de una cosa me pedian otra, y así hubiéramos estado eternamente. ¿Qué debia suceder? Que en fuerza de tiempo y de locuras, se descubriese todo y yo viniera adonde ahora estoy, que es lo único á que le tengo miedo, pues el que me coja la justicia ordinaria y me ahorque, es cosa que no me importa un comino.

Florentin reflexionó.

—En lo que refieres,—dijo luego,—encuentro una contradiccion.

—¿Cuál?

—Si ese hombre sabe dónde está la niña y tú no querias robarla, ¿por qué preguntas por ella á Crispin y le ofreces la enorme suma de quinientos escudos?

Simon desplegó una sonrisa maliciosa y replicó:

—Ese punto quedará bien aclarado.

—Veamos cómo.

—Antes concluiremos sobre lo demás.

—Bien, concluye.

—Como me negué á todo, se me amenazó otra vez; pero me reí de la amenaza, porque no creí que el que habia sido

mi cómplice, ó más bien me habia obligado á serlo suyo, se convirtiera en mi delator.

—Pero...

—Señor abate, antes de proseguir es preciso que me digais una cosa.

—Pregunta.

—¿Qué ganaré si descubro al traidor?

—¿Qué quieres ganar?

—Mi situacion no es la más á propósito para hacerme de rogar.

—Ciertamente que no.

—Debo contentarme con lo que más me importa.

—Y aun considerarte feliz.

—¿Podeis hacer de modo que yo salga de aquí, volviendo á quedar completamente libre?

—Ahora mismo, si quiero, puesto que en el tribunal no resulta nada contra tí.

—Pues bien, os descubriré al traidor en cambio de mi libertad.

—¿Y me dirás tambien por qué ese hombre protege á la mujer de Jacobo?

—No me lo ha confiado; pero segun he podido entender, se enamoró de ella la misma noche que la prendieron, y además...

—Acaba.

—Creo que tiene otro motivo, que no os descubriré hasta que terminemos nuestro contrato.

—Terminado está.

—¿Me prometeis devolverme la libertad?

—Ahora mismo, te lo juro.

—Pues bien, el traidor es Crispin.

—¡Crispin! —exclamó el abate, fijando una mirada de incredulidad en el asesino.

—Crispin,—repuso éste;—os lo juro por quien soy.

—¡Oh!...

—La última vez que nos vimos, fué en la taberna de la calle del Factor, la misma noche que me prendísteis, y allí me dijo estas palabras: «Si no te apoderas de la niña, antes de tres horas estarás en los calabozos de la Inquisicion, y si te apoderas de ella, te daré inmediatamente doscientos escudos, porque ya tengo dinero.»

—¡Miserable!...

—Me negué; en vez de doscientos escudos, me ofreció trescientos, luego cuatrocientos, y quinientos al fin; pero mi respuesta fué volverle la espalda.

El rostro del abate estaba lívido y descompuesto.

Con desiguales pasos recorrió dos ó tres veces el calabozo.

—Ahora que ya sabeis quién es el traidor, debo deciros que si ha de creérsele, tiene una razon de conciencia para proteger á esa mujer y particularmente á la niña.

—¡Una razon de conciencia!—replicó Florentin con profunda sorpresa.

—Sí, dice que ella lo maldijo, y que...

—Es verdad, es verdad.

—Ya lo veis.

—No, ya no dudo.

Este último detalle acabó de convencer á Claudio, puesto que creia que David ignoraba lo de la maldicion de Isabel.

Además, ¿por qué no habia de ser Crispin el traidor?

Lo mismo que el jorobado, el alguacil tenia medios de hacer lo que todos habian visto con tanta sorpresa.

Simon habia dado sus explicaciones con una habilidad admirable.

La única contradiccion en que parecia haber incurrido, no existia, puesto que se comprendia perfectamente que Crispin habia hecho la delacion trocando los papeles para satisfacer su deseo de venganza.

—Otra prueba de que digo verdad,—repuso el asesino.

—¿Qué prueba es esa?—preguntó Florentin deteniéndose.

—La noche que Crispin fué á buscarme para hacerme la primera proposicion, estaba yo con un amigo, que tiene que andar ocultándose por cierta travesura.

—¿Y ese amigo?...

—Cuando oyó que llamaban, se metió en el camaranchon que vísteis la otra noche y desde el cual, en caso de apuro, podia huir por los tejados.

—¿Y escuchó vuestra conversacion?

—Sí.

—¿Y declararia?

—Si vos garantizais que no ha de hacérsele nada...

—Sí, lo garantizo.

—Ya os he dicho que le persigue la justicia...

—No importa, puede venir, declarar, y como el nombre de los testigos es un secreto en la Inquisicion...

—Entonces lo dirá todo.

—Quieres vengarte, ¿no es verdad?

—Lo deseo con toda mi alma.

—¿No tendrás inconveniente en firmar la delacion contra Crispin segun yo la estienda?

—No tengo más inconveniente que el de no saber escribir.

—Harás una cruz, el notario dará fé, y esto será bastante.

—Lo mismo,—repuso el gigante,—tendrán que hacer con mi amigo.

—Se hará; pero ten entendido que en la delacion no ha de ponerse otra cosa que lo que yo dicte.

—No siendo nada que pueda perjudicarme...

—Descuida.

—Estoy dispuesto.

—Y cuando salgas de aquí...

—Si en algo puedo serviros, disponed de mí.

—Sí, podrás prestarme algun servicio, que te pagaré largamente.

—De eso hablaremos despues.

—Ya estás libre... Ven.

—¡Rayos y truenos!... ¿Quereis que me lleve detrás la pared?

—Es verdad, te se puso la argolla... Voy á mandar que te la quiten.

El abate se asomó á la puerta y llamó.

Acudió un carcelero, y pocos segundos despues, Simon podia moverse con toda libertad.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo.

—Sígueme.

Salieron del calabozo.

Diez minutos despues el asesino en presencia de un notario empuñaba la pluma y trazaba una cruz al pié de la delacion, escrita conforme á los deseos de Florentin.

—Se os llamará para que os ratifiqueis,—le dijo el abate.

—¿Ya puedo irme?

—Sí.

Simon salió con aire triunfante.

En el portal encontró á Crispin, que lo miró con la más profunda sorpresa.

Detúvose el asesino, y mientras miraba al alguacil con expresion y aire de triunfo, le dijo:

—Señor Crispin, el señor abate os llama y me ha encargado decíroslo.

—¡A mí!...

—Sí, á vos.

—Pero vos...

—Creo que es para explicaros lo que ahora no acertais á comprender.

El esbirro se puso pálido como un cadáver y se extremeció convulsivamente.

—Esperad, esperad...

—¿Qué quereis?

—Os veo en libertad.

—No puedo detenerme, ni debeis tampoco hacer aguardar al señor abate.

—¡Ah!...

—¿Qué os sucede, seor guapo?

—Escuchadme un momento...

—Compadre,—replicó el asesino,—debíais haber pensado, que donde las dán las toman.

—Esto es incomprensible...

—Todo os lo dirá el señor abate, y vos seguid mi ejemplo, cantad claro, muy claro... Quedaos con Dios y hasta el

dia en que os achicharren, que tendré el gusto de ir á ver cómo bailais en la hoguera y qué gestos haceis.

Y soltando una carcajada de alegría brutal, desapareció el gigante.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó Crispin, que seguia temblando.

Acababa de comprenderlo todo y pensaba en huir, cuando se presentó el abate con otros alguaciles.

Cinco minutos despues ocupaba Crispin el mismo calabozo que habian ocupado Isabel y Simon.

CAPITULO L.

David se sorprende, se impacienta y se alegra.

Cuanto más reflexionó el abate, más se convenció de que Simon le habia dicho la verdad.

Repasaba en su memoria los sucesos que habian tenido lugar desde la noche de la prision de Isabel, y cada vez que esto hacia, encontraba un nuevo detalle, que era para él como un rayo de luz, una prueba más de la traicion del esbirro.

Así suelen ser las cosas en este mundo.

Florentin, con toda su inteligencia, con toda su astucia y su penetracion acababa de ser engañado por un hombre de tan limitado entendimiento como el asesino.

Muy rara vez se fiaba Claudio de apariencias, y sin embargo entonces las apariencias fueron para él pruebas palpables que no podian ofrecer ninguna duda.

Verdad es que las invenciones de Simon estaban combinadas admirablemente, porque eran el fruto de cinco dias

consecutivos de meditacion, durante los cuales ninguna otra idea distrajo el pensamiento del gigante.

Ya hemos dicho más de una vez, y sin que lo hubiéramos dicho lo sabe todo el mundo, que el miedo hace tantos prodigios como el amor: estos dos sentimientos producen siempre resultados inconcebibles, si bien tocando extremos opuestos.

El miedo y el amor iluminan tanto el entendimiento como lo trastornan y lo anulan.

El miedo y el amor hacen de una persona de agudo ingenio, de elevada inteligencia, la criatura más torpe que puede imaginarse, mientras que en otras ocasiones al torpe lo hacen perspicaz.

Los papeles se habian trocado: el hombre que no contaba mas que con la hercúlea fuerza de sus músculos de acero, se volvió astuto é ingenioso, engañando al que siempre lo habia sido sobre todos los demás.

Bien puede decirse que estaba pronunciada la sentencia de Crispin, porque á la delacion del asesino se uniria la declaracion, falsa como se comprende, que para servirlo prestaria uno cualquiera de sus desalmados camaradas, á quienes les importaba muy poco jurar en falso.

Claudio llegó hasta el punto de acusarse por haber sospechado de David, sin que esto signifique que tenia remordimientos ni pesar; pero debia suceder que el jorobado mereciese desde entonces y como nunca habia merecido la más ciega confianza de su protector.

Durante aquel dia siguió mejorando notablemente el huérfano.

La fiebre cedia con rapidez.

La noche la pasó tranquila, hasta el punto de que cuando amaneció sintióse completamente despejada su cabeza y aun habló de abandonar el lecho.

Empero Florentin, que desde el dia anterior habia redoblado sus cuidados, le dijo cariñosamente:

—No, hijo mio, no te levantarás hoy: aún estás muy débil, y es prudente aguardar á mañana. No tengo mucho que hacer, estaré á tu lado más tiempo que otros dias y te referiré lo que ha sucedido durante tu enfermedad.

David fijó en el abate una mirada ansiosa, porque sospechó que se trataba de Isabel, y temió que la infeliz hubiera vuelto á caer en poder de sus perseguidores.

—Sí,—dijo con voz débil,—contadme lo que pasa y así me distraeré.

—¡Cuánta vá á ser tu alegría!—murmuró el abate, cuyos ojuelos relumbraron con expresion de júbilo.

—¿Habeis hecho algun descubrimiento de importancia?—preguntó el huérfano, esforzándose para disimular sus temores.

—Sí, de mucha importancia.

—Ante todo habladme de la noche de la inundacion, porque ya sabeis que mi herida me hizo perder el conocimiento, y por consiguiente ignoro lo que sucedió despues.

—Yo tambien ignoro cómo tuvo lugar tu desgracia,—repuso el abate.

—Es muy sencillo: al bajar una de las escaleras, con la precipitacion y el agua que corria por todas partes, resbalé y caí: á pesar del dolor que sentia y de la sangre que en abundancia se escapaba por mi herida, quise llegar á los calabozos; pero bien pronto me faltaron las fuerzas y compren-

dí que iba á caer en una de aquellas lagunas, donde me hubiera ahogado antes de que nadie me socorriese.

—¡Pobre David!

—Entonces retrocedí tan oportunamente, que apenas me fué posible llegar al sitio donde debísteis encontrarme y que á punto fijo me seria imposible designar, porque me encontraba completamente trastornado.

—¿No llegaste á oir las voces de «fuego» que sonaban por todas partes?

—¡Fuego!—replicó David con fingida sorpresa.

—Sí; mientras se inundaban los sótanos, ardian los camaranchones.

—¿Qué estais diciendo?

—¿No te parece sospechosa la doble desgracia al mismo tiempo?

—No,—respondió el huérfano,—no puede ser casual el fuego y la inundacion...

—No lo ha sido.

—¿Y se ha descubierto al criminal?—preguntó David afanosamente.

—Sí.

—¡Ah!...

—Y al descubrir al criminal, se ha descubierto al traidor que inútilmente he buscado desde la noche del suceso inolvidable en el arrabal de San Ginés.

—¡Que se ha descubierto al traidor!—murmuró el huérfano, empezando á sentirse aturdido.

—Sí, se ha descubierto: ya te dije que á todos los traidores no hay que buscarlos, porque más ó ménos tarde, ellos mismos se dán á conocer.

—Es verdad, la impunidad los alienta, cometen abuso tras abuso...

—Y al fin, una torpeza que los descubre.

—¿Y qué se proponian con la inundacion y el incendio?

—Lo que han conseguido,—respondió Florentin, suspirando tristemente.

—Decid, padre mio.

—Se proponian producir el desórden y la confusion, aprovechando la cual, algunos presos han recobrado la libertad, y entre ellos, segun todas las apariencias, la mujer de Jacobo de Tordesillas.

—¡Se ha escapado ella!...

—Creo que sí.

—¿Cómo no podeis afirmarlo?

—Se encontró ahogada una mujer, rubia como Isabel...

—Pero el rostro...

—En las convulsiones de la agonía debió dar muchos golpes contra los muros, porque tenia la cara medio deshecha.

David respiró como quien se siente libre de una mano que lo ahoga, porque recordaba que Isabel habia quedado en sitio donde no era posible que se ahogase.

Los negros ojos del pobre huérfano brillaron un instante como dos luciérnagas.

Empero consiguió dominarse y ocultar su alegría.

—¿Y quién es el traidor?—preguntó;—yo debo conocerlo...

—Sí lo conoces.

—Decidme su nombre...

—Adivina, David, adivina.

—No acierto...

—Escucha y verás lo que son las coincidencias y las casualidades.

—Ya os escucho.

—Hace seis dias vino Crispin y me dijo que habian querido sobornarlo, ofreciéndole quinientos escudos, porque revelára el secreto que le confié, y que tanto me importa guardar.

—¿Qué secreto?

—El del lugar donde se encuentra la hija de Isabel.

—¡Ah!...

—Esto se lo proponia un miserable, uno de esos ladrones y asesinos que desgraciadamente abundan en Madrid, y cuyo nombre es Simon.

—¡Simon!—exclamó el jorobado sin poder contenerse.

—¿Lo conoces acaso?

—No... pero... me parece que he oido nombrarlo...

—Es posible.

—Proseguid.

—Aquella misma noche fuimos á la Morería, donde habita el asesino, registramos su casa y nos apoderamos de él.

David se limpió algunas gotas de sudor que corrian por su frente.

—¿Te sientes peor, hijo mio?

—No.

—Aún estás muy débil y quizá la conversacion...

—Proseguid,—repuso el huérfano, cambiando de postura.

—Descansa, y luego...

—Me interesa mucho lo que estais diciendo.

—Antes que todo es tu salud.

—Si me faltasen las fuerzas, os lo advertiria.

—Bien.

—Decíais que prendísteis á ese Simon...

—Quien con sorpresa mia confesó desde luego, que él era el que me habia echado por la ventana, cumpliendo las órdenes de otra persona; pero que nada tenia que ver con el robo de mi dinero.

—¿Qué robo?

—¡Ah!... Es verdad, ignoras que la misma noche del incendio rompieron la cerradura de nuestra casa, y cuando volví me encontré abierto el arcon y un segundo fondo que tiene... ¿No lo sabias?

—Nunca me lo habeis dicho.

—Pues sí, el arca tiene un doble fondo, y allí guardaba yo los ahorros de toda mi vida, el fruto de quince años de privaciones... Yo creí que alguna vez te habia hablado de estos ahorros, con los cuales en su dia debia recompensar tu lealtad y tu cariño y ponerte á cubierto de la miseria.

—Gracias, padre mio.

—Con el dinero, guardaba unos papeles de mucho interés, y que para mí tienen doble valor, porque pertenecen á una pobre familia, cuyo paradero ignoro, pero que descubriré.

—¿Y se llevaron el dinero y los papeles?

—Todo, ménos la ropa.

—Es extraño.

—¿Comprendes el robo del dinero?...

—Sí, pero el de los papeles no.

—Desde que conozco al traidor, que es el ladron tambien, me lo explico todo perfectamente.

—No, no es un ladron cualquiera el que ha cometido el robo.

—No es Simon, ya lo he visto, porque él no se hubiera llevado los papeles, y porque mil escudos no pudo gastarlos en un dia, y se hubieran encontrado en su casa.

—Teneis razon,—dijo David, que no pensaba lo mismo que el abate, pues tenia la conviccion más profunda de que Simon era quien habia cometido el robo.

—Cinco dias ha estado encerrado ese hombre.

—¿Y al fin?...

—Ayer tuve con él una conferencia, y á trueque de que se lé devolviera la libertad sin ninguna condicion, me descubrió la verdad, dándome noticias y presentándome pruebas que no pueden ponerse en duda.

—¿Pero ese traidor?...

—Es Crispin.

—¡Crispin!...

—El mismo, y desde ayer lo tienes encerrado y acusado en virtud de la delacion hecha por Simon.

David no acertó á articular una sílaba.

Parecíale que soñaba.

Dudó si la fiebre habia trastornado otra vez su cabeza.

¿Era posible que Simon hubiese sido tan leal, y sobre todo tan ingenioso y astuto?

La admiracion de David creció más y más cuando el abate le refirió punto por punto su conversacion con el asesino, concluyendo por decir:

—Ahora necesito adoptar nuevas precauciones con respecto á la hija de Isabel, y en este asunto nadie más que tú ha de ayudarme; solo en tí, cuya lealtad no tiene límites, depositaré mi confianza.

—¡Ah!—exclamó David,—esa prueba de vuestro cariño..

—La mereces.

—Padre mio...

—Piensa en recobrar las fuerzas, sigue siendo leal, y yo haré tu fortuna.

—Ya lo veis,—repuso el jorobado, volviendo á incorporarse.

—¿Qué haces?

—Es preciso que me levante.

—Hoy no.

—Un dia que se pierda...

—No importa, porque ningun peligro nos amenaza, y si pienso en adoptar nuevas precauciones, es por lo que pueda suceder.

—Sin embargo...

—No, David, no te permitiré hacer una locura, porque tu vida vale mucho para mí.

—¿Con qué os pagaré?

—Con cariño y nada más.

Para no hacerse sospechoso no quiso el huérfano insistir, si bien era mucha su impaciencia, no solamente por ver á Simon y entrar con él en explicaciones, sino para ver si podia averiguar lo que habia sido de Isabel.

Por de pronto ésta se habia salvado.

¿Pero estaba en lugar seguro?

Aunque no todo lo que deseaba, el desdichado David habia conseguido mucho, y con su pensamiento dió á Dios gracias porque escuchaba sus ruegos.

No tenia el jorobado mas que motivos de contento, y esto contribuyó mucho al aumento de sus fuerzas; así que, al siguiente dia, á pesar de las observaciones del abate, dejó el

lecho y decidió salir de casa, pretextando la necesidad de respirar aire libre, que debia hacerle mucho bien.

Así lo hizo acompañando á Florentin, que fué al tribunal para ocuparse con todo el ardor de su odio del proceso de Crispin.

—Si te sientes con fuerzas,—dijo el abate al jorobado,—puedes dar un paseo.

—Descansaré algunos minutos y saldré,—respondió David.

CAPITULO LI.

Fray Tadeo empieza á dejar ver su interior.

David se sentó entre los alguaciles y porteros que habia en una antesala, contestando á los saludos y felicitaciones que le dirigian; pero como era cada vez mayor su impaciencia por hablar con Simon, á pesar de sus pocas fuerzas, no se detuvo mas que algunos minutos y volvió á salir, diciendo que iba á dar un paseo.

En el portal encontró á fray Tadeo, que acababa de entrar, y quitándose el sombrero, le saludó respetuosamente el jorobado, mientras se dirigia hácia la puerta; pero el fraile se detuvo, y con cariñoso acento le dijo:

—¿Cómo te sientes, David?

—A Dios gracias,—respondió el huérfano,—ya he recobrado la salud.

—Me alegro, hijo mio, me alegro mucho.

—Padre mio, vuestro cariñoso interés...

—Ya sabes que todos te queremos, y en cuanto á mí,—repuso fray Tadeo, mientras miraba á su alrededor para convencerse de que nadie le oia,—en cuanto á mí, voy á darte una prueba de que te quiero más que nadie.

Estas palabras, aunque en apariencia muy sencillas, llamaron la atencion de David.

El dominico, bajando la voz, y á la vez que hacia gestos muy expresivos, añadió:

—Supongo que no vas á ningun negocio urgente.

—A respirar el aire libre.

—Pues encamínate hácia mi convento, que allí me encontrarás.

—¡Hácia vuestro convento!...

—Sí, y á nadie digas adónde vas; á nadie, si en algo estimas tu persona.

—¡Padre!—exclamó David sin poder contenerse.

—Cuidado, que pueden oirnos...

—Pero...

—La ventana, la cuerda, la cañería, el camaranchon,—dijo fray Tadeo mientras sonreia maliciosamente.

El jorobado palideció como un cadáver.

—Adios, hijo, adios,—añadió el dominico en voz alta y dirigiéndose á la escalera:—no andes mucho, no te fatigues, que aún estás débil y puedes recaer, y una recaida es mucho más peligrosa que la enfermedad.

David quedó inmóvil.

Su secreto era conocido; habia por lo ménos una persona que podia hacer declaraciones en favor de la inocencia de Crispin.

Puede comprenderse el terror que esto le produciria.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominar su estupor.

Despues de algunos minutos, se pasó las manos por la frente, y salió á la calle.

Entonces se empeñó en adivinar qué era lo que se proponia fray Tadeo.

Pero nada consiguió.

Para el primer dia de convalecencia, era aquello demasiado.

Era forzoso obedecer al dominico.

—No quiero atormentarme más,—dijo al fin el huérfano; —obraré segun las circunstancias.

Efectivamente, en su extraña situacion le era preciso aguardar los sucesos para determinar.

Pensativo, preocupado, sin apresurarse ni detenerse, siguió andando, y quince minutos despues llegó al convento de Santo Tomás.

Fray Tadeo, que debia haber vuelto por otro camino y apresuradamente, salió al encuentro del jorobado.

—Venid.

Entraron ambos en el extenso edificio, y á los pocos minutos se encontraron en la celda del fraile.

El rostro de éste no habia cambiado de expresion: no podia adivinarse en él ningun pensamiento de importancia.

Hizo sentar á David, y haciendo él lo mismo, guardó silencio por algunos instantes.

El huérfano comprendió que toda negativa era completamente inútil si llegaba á tratarse de los sucesos de las noches anteriores.

—Hijo mio,—dijo al fin fray Tadeo,—has obrado muy

cuerdamente al acudir á mi llamamiento, y darias otra prueba de que vales mucho, si desde luego te colocases francamente en el terreno en que al fin nos hemos de colocar.

—Padre,—replicó David, intentando hacer la última prueba,—me habeis dicho que venga, y mi deber era obedeceros.

—Demasiado sabes que ninguna obligacion tienes de cumplir mis órdenes.

—Lo demás, vuestras últimas palabras...

—¿No las entendiste?—replicó el dominico, sonriendo maliciosamente.

—Sí, entendí vuestras palabras como las hubiera entendido cualquiera.

—¿Pero no comprendes la intencion con que las pronuncié?

—Padre mio, no se me alcanza por qué para mandarme venir me hablábais de las desgracias ocurridas hace una semana.

El fraile, que no podia estarse quieto, arrastró su sillon, acercándose más al jorobado, y luego dijo:

—Mira, hijo, es preciso que hablemos con claridad, ¿me entiendes? y para abreviar esta conversacion, te daré el ejemplo.

David no pronunció una palabra.

Aumentábanse sus temores, y crecia su agitacion.

—Te conozco mejor que el abate,—añadió el dominico,—ó lo que es igual, te conozco como nadie te ha conocido, y te lo probaré bien pronto, haciéndote ver que al entrar en relaciones contigo, me propongo ayudarte en la noble obra que has emprendido con verdadera heroicidad.

—¡Vos en relaciones conmigo!...

—¿Te sorprendes?

—Perdonad; pero...

—Te parece un imposible que el dominico fray Tadeo, que tanto vale como hombre de ciencia, que tanto puede como inquisidor, que es, en fin, un verdadero personaje, una gran palanca, entre en relaciones de verdadera amistad con un pobre huérfano, desvalido, despreciado, y á quien, si en algo se estima, es porque se le concede esa lealtad humillante, esa fidelidad estóica del perro.

Los negros ojos de David relumbraron como dos centellas.

Luego sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre por ellas, y al fin, palideciendo densamente, se entreabrieron sus lábios para sonreir con una expresion profundamente dolorosa y horriblemente amarga.

—Empiezas á darme la razon,—prosiguió el dominico, volviendo á cambiar de postura;—pero tranquilízate, hijo, que aún eres muy jóven, y aún puede ser tuyo el porvenir. Yo he visto en tí algo más que esa fidelidad que te ha proporcionado la estimacion de tu amo y te ha dado la reputacion más triste que puede tener un hombre; yo he visto algo más; he visto mucho, y en cuanto á tu lealtad de perro, nunca he creido en ella, no; no he creido en ella, porque no ha existido; porque tú no has querido ser leal y fiel de ese modo; porque lo que tú has hecho ha sido seguir la senda que te trazaba tu desesperacion, la senda fatal hácia donde te ha empujado el mundo, adonde te arrastraban las ruindades y las miserias de los hombres, la senda en cuyo término debias encontrar el insondable y negro precipicio de tu eterna perdicion. Pero afortunadamente un rayo de luz divina ha lle-

gado á los ojos de tu alma, has visto lo que no te habian dejado ver, has comprendido lo que te era imposible adivinar y te has detenido, y te esfuerzas para retroceder, y hoy te atormenta, no lo que hayas de hacer ni lo que puedas conseguir, sino lo que has hecho y que no puedes borrar.

Al decir esto, era grave, severo, imponente el acento del dominico.

David lo miraba con profunda sorpresa y no lo reconocia.

¿Cómo habia de reconocerlo?

Nunca habia visto en el fraile mas que un hombre astuto, perspicaz y travieso, impulsado en su proceder por los mismos sentimientos, las mismas ideas, las mismas ó parecidas pasiones que el abate.

Y sin embargo, en aquellos momentos, sin dejar de ser el hombre de rara penetracion y de rara inteligencia, empezaba á revelar los sentimientos de un alma grande, elevada, verdaderamente sublime.

¿Qué significaba esto?

Nosotros mismos aseguramos que fray Tadeo tenia la mirada fija en el mismo punto que el abate, que ambos caminaban al mismo fin, y que por consiguiente no cabian los dos en el mundo.

Se les veia luchar sorda, pero terriblemente.

¿Sostenian esta lucha alevosa, porque con el abate era imposible una lucha franca y noble?

Posible es que tambien á nosotros nos hayan engañado las apariencias.

Posible es que fray Tadeo, más que aniquilar á un enemigo, se propusiera castigar á un criminal, desembarazándose á la vez del único rival temible que le era conocido.

Pero no hemos podido hacer más que presentarlo tal como él se presentaba, y juzgarlo por las apariencias como lo juzgaban todos.

Si en el fondo del alma de aquel hombre habia otra cosa que nadie habia visto, ya la encontraremos y rectificaremos nuestras opiniones.

—Hijo mio,—añadió el fraile,—tú no conoces el miedo ni las bastardas ambiciones que agitan á la humanidad, y sin temor alguno, con el descuido de la inocencia, con la seguridad de todo espíritu grande, adelantarias risueño por el espinoso camino de la vida; pero no sucede así, porque al huir de lo pasado, que es horrible, ves siempre ante tí espantosos recuerdos. Y sin embargo, yo te aseguro que hay en tu conciencia una pureza envidiable, porque cuando has obrado mal, no ha sido tu razon la que te ha impulsado, no han sido tus instintos, sino tu desesperacion, tu locura, el vértigo de tus dolores.

—¡Oh!—exclamó al fin el huérfano profundamente conmovido.—Sí, ha sido mi desesperacion, padre mio, y os lo juro por la santa memoria de mi madre; mi desesperacion, mi locura, porque el sufrimiento habia llegado á enloquecerme.

—No jures, no: ya te he dicho que te conozco, y no es menester que niegues ni concedas, porque ni tus afirmaciones ni tus negativas harian cambiar mi opinion, que se funda en una observacion constante. Por lo demás, doy el valor que debo á los lazos que te unen á mi colega Florentin, y nada tengo que echarte en cara sobre este punto.

El huérfano inclinó tristemente la cabeza y exhaló un suspiro.

—Ahora,—repuso el fraile,—volvamos al asunto que ha motivado esta conversacion.

—Ya os escucho.

—Llamábame la atencion lo que al buen abate habia sucedido la noche que fué al arrabal de San Ginés.

—¿Y qué habeis deducido de eso, padre mio?

—Deduje, como era consiguiente, que cerca del abate habia lo que él llamaba un traidor, y yo, un hombre grande, generoso y amante de la justicia...

—Proseguid.

—Quise averiguar quién era, y á los pocos dias, despues de observar en tí cierta preocupacion inexplicable...

—¿Y cómo sabíais que yo estaba preocupado, cuando aún no me habíais hecho el honor de dirigirme la palabra?

—No hay mas que ver á un hombre para conocer eso, porque lo dice su mirada y su actitud. Te observé y dije: «Ese es el llamado traidor.»

—¡Ah!...

—Pero necesitaba pruebas.

—Que no habreis tenido...

—Que tengo.

—¡Pruebas decís!...

—Unas veces yo disfrazado, y otras una persona de mi confianza...

—¿Me habeis espiado?

—Sí.

—Padre,—replicó severamente David,—eso...

—Es indigno, ¿no es verdad?

—Sí,—replicó con firmeza el jorobado.

—No lo sé,—repuso con calma el dominico;—tú lo sabrás

mejor, porque antes lo habias hecho con Claudio Florentin.

El huérfano bajó los ojos y se ruborizó, mientras murmuraba:

—Pero yo me proponia un fin noble...

—¿Y conoces tú ya el mio?

—Me obligaban las circunstancias.

—A mí tambien.

—Proseguid, padre.

—Has ido muchas veces á la Morería.

—¡Yo!...

—Sí, tú, has estado en la Morería, has tenido largas conferencias con un hombre desalmado, con el mismo, y esto es una deduccion, que habia puesto sus manos sobre el abate.

David se limpió el sudor que empezaba á correr por su pálida frente.

—Tranquilízate,—añadió fray Tadeo,—que no te habla un enemigo, sino un amigo, ó por lo ménos un aliado. Digo que tuviste conferencias con Simon, y hoy probablemente ibas á verlo cuando te encontré.

—Iba á pasear,—replicó maquinalmente el huérfano.

—Hace ocho dias, mientras que por la noche trabajaba en el tribunal tu amo, tú andabas como distraidamente de uno en otro aposento, y sin duda por efecto de tu distraccion, te entraste por un pasillo donde no habia luz...

—Padre...

—Llegaste á una ventana que dá á cierto patio, ataste una cuerda...

—¡Ah!...

—A la noche siguiente,—repuso con calma el dominico,—

desapareciste por la misma ventana, luego subiste á los camaranchones...

—¡Oh!... Basta, basta...

—Todo esto lo ví yo, ¿entiendes? yo mismo... y se inundaron los sótanos, y tú, con un celo admirable, entraste en ellos, queriendo la casualidad que en vez de otro cualquier manojo de llaves, cogieses el en que estaba la del calabozo de la esposa de Tordesillas...

—¿Y luego?—preguntó afanosamente David, que ya no intentaba negar, y que empezaba á tener esperanzas de averiguar el paradero de Isabel.

—Luego,—respondió el dominico con su inalterable tranquilidad,—luego se oyó por todas partes la voz de «fuego,» y los que entraban en los sótanos, retrocedieron para ir á los desvanes.

—Todo eso es verdad.

—Yo solo quedé allí cerca y desde donde sin ser visto pudiera ver la puerta de los sótanos.

—¿Y me visteis salir?...

—Antes entró un hombre, á quien reconocí á pesar de que iba disfrazado, porque para su semblante, para sus ojos no hay disfraz posible.

David fijó una mirada de extrañeza en fray Tadeo.

—Aquel hombre,—prosiguió el fraile,—debia encontrarse con vosotros y lo dejé pasar, porque yo nunca intento oponerme á lo que dispone la Providencia.

—¿Pero qué tiene que ver ese hombre?...

—Era Jacobo de Tordesillas.

—¡Dios mio!...

—¿Acaso no lo visteis?

—Una sola persona encontramos, huimos de ella...

—Dios lo quiso así.

—¡Oh!...

—No sabemos dónde está el bien ni el mal, y tal vez si os hubiéseis reunido, perdiendo imprudentemente algunos minutos, os hubiéseis todos perdido.

—Pero vos al ménos sabreis dónde se encuentra.

—Seguí esperando; salistes con Isabel y caiste; ella te besó en la frente como una madre besa á su hijo.

—¡Ah!—exclamó David, cuyos ojos se humedecieron.—Esa infeliz es el vivo retrato de mi madre...

—¿Con que se parece á tu madre?

—Como si fuera ella misma...

—Empiezo á comprender.

—Por el recuerdo de mi santa madre...

—Sí, entiendo, entiendo.

El huérfano, cuya agitacion crecia por instantes, extendió los brazos y dijo con acento de súplica conmovedora:

—Acabad, padre mio, acabad.

—Isabel huyó y creí que ella necesitaba mis socorros antes que nadie.

—Sí, sí.

—Su esposo no podia salir sin que yo lo viese, mientras que ella desapareceria en pocos instantes.

—¿Y la seguísteis?

—La seguí; salimos á la calle, donde habia tanta gente que no se podia transitar; ella se detuvo y miró al cielo, yo tambien me detuve y miré á mi alrededor para ver si alguien me observaba; luego dí un paso hácia la fugitiva; pero una oleada de gente nos separó.

—¡Infeliz!...

—En vano la busqué, y en mi afan por encontrarla, llegué á olvidarme de su marido.

—¿Y cuando volvísteis?...

—Habia desaparecido Jacobo.

—¿Qué habrá sido de esos desgraciados?

—No lo sé.

—Ella no puede haber salido de Madrid.

—Así lo creo; pero el encontrarla no depende de nuestra voluntad; es menester que las circunstancias nos favorezcan.

David guardó silencio.

—De lo que ha sucedido despues, sé una parte y sospecho lo demás; pero tú podrás darme noticias exactas; porque el abate debe haberte referido todo lo que ha pasado con Simon, resultando la acusacion y encierro de Crispin.

Una vez dado el primer paso, no era posible detenerse.

El jorobado miraba ya á fray Tadeo como al mejor amigo, y no solamente no trataba de negar, sino que estaba resuelto á hablarle con la más completa franqueza.

Repitió, pues, todo lo que Claudio le habia dicho el dia anterior, manifestando su esperanza de poder al ménos velar por la hija, ya que por entonces le era imposible hacer nada en favor de la madre.

Fray Tadeo escuchó con la atencion más profunda y luego dijo:

—Bien, tenemos lo principal.

—¿Qué pensais que conviene hacer?

—Antes de decírtelo es preciso que yo sepa en qué disposicion de ánimo te encuentras con respecto á mí.

—¿No lo habeis conocido por mi franqueza?

—Hasta este momento no has hecho mas que convenir en lo que no podias negar.

—Pues bien, si quereis protegerme, yo acepto con gratitud vuestra proteccion.

—Te protegeré, aunque con ciertas condiciones.

—¿Qué he de hacer mas que aceptarlas todas?

—No hay nada que te obligue.

—Conoceis mi secreto...

—¿Qué te importa?

—Con una sola palabra podeis perderme.

—Pero esa palabra,—replicó gravemente el dominico,—no la pronunciaré jamás.

—Aún no hace una hora que me amenazábais.

—Quise obligarte á venir y á escucharme.

—¿Qué haríais, padre mio, si yo me negase á daros participacion en lo que se refiere á la suerte de esa familia?

—Lo sentiria, porque nada puedes hacer solo, y despues de haber luchado en vano, acabarias por perderte, resultando además, que el abate triunfaria.

—Pero...

—Guardaria este secreto, y por mí jamás se sabria lo que has hecho.

—¡Ah!...

—¿Esperabas encontrar en mí un hombre ruin y vengativo?

—Padre...

—Vete y no vuelvas, mírame como al último extraño; pero hazme justicia.

—Perdonad...

—¿Quieres conocer las condiciones que impongo?

—Sí, padre mio.

—Has de obedecerme ciegamente, tu inexperiencia ha de someterse en todos los casos á mi conocimiento del mundo.

—Si no lo llevaseis á mal...

—¿Qué deseas saber?

—Vuestra conducta puede tener tres móviles.

—El primero...

—El interés que por cualquier motivo os inspire la suerte de esa familia.

—¿El segundo?...

—Simplemente un sentimiento de humanidad ó de justicia.

—¿Y el tercero?...

—Un sentimiento de odio contra el abate.

—Débil criatura como soy, bien puede ser que no uno, sino esos tres móviles existan.

—El odio...

—No creo abrigar ninguno; pero tampoco me atrevo á responder de mis sentimientos, porque no hay nada más difícil que examinar uno mismo su conciencia, así como es muy fácil examinar la de los otros.

—Nos queda la justicia...

—Dejemos esto, que á nada conduce.

—Debo saber á qué atenerme.

—Por eso te he prometido clara y terminantemente que haré en tu favor y en el de esa familia cuanto puede hacer un hombre, y ahora te prometo que no haré nada, ni por ellos, ni por tí, que no sea justo, bueno y santo.

—Me tranquilizais.

—Esto es lo que te importa.

—Teneis razon.

—En cuanto á mi conciencia... ¡Oh!... Deja mi pobre conciencia, que ya se entiende conmigo, quitándome el sueño alguna vez, y en su dia se entenderá con el Omnipotente, á quien no puede engañarse. Y si es que tienes el capricho, la curiosidad de conocerme, estúdiame como yo te he estudiado, estúdiame y juzga, y si te equivocas, peor para tí, porque si por malo me juzgas y soy bueno, tu fallo, aunque lo calles, será un crímen de que tendrás que dar estrecha cuenta, y si siendo malo me tuvieres por bueno y así lo manifiestas al mundo, peor para tí tambien, porque habrás contribuido á que yo engañe á los demás.

David tenia que someterse á la superioridad de aquel hombre extraordinario.

Por más que el huérfano estuviese dotado de un alma grande y noble y de una inteligencia privilegiada, era al fin un niño.

—Padre mio,—dijo,—vuestro soy, disponed de mí: os obedeceré; pero me permitireis que os haga observaciones cuando las crea convenientes.

—Puedes hacérmelas y te las agradeceré.

—Hablemos, pues, de esos desgraciados.

—Hablemos de la niña, que es á quien ahora podemos favorecer.

CAPITULO LII.

Donde continúa el anterior.

Fray Tadeo se levantó, dió algunos paseos por la celda, y volviendo á sentarse, dijo:

—Jacobo de Tordesillas y su esposa son inocentes, á pesar de que segun resulta de la causa, habrá que condenarlos y será muy probable que se les queme en estátua.

—¡Oh!...

—Esto no debe sorprenderte, porque tú sabes tan bien como yo de qué modo se juzga en el Santo Oficio, cuya institucion, si no se reforma, concluirá.

—No, no me sorprende.

—Se les ha calumniado, y aunque esa calumnia es hija de la supersticion, el fanatismo y la ignorancia, el abate la ha fomentado cuando tal vez hubiera podido evitarla.

—No os equivocais.

—¿Qué interés tenia Florentin en todo esto?

La frente de David se contrajo.

—No es menester que me lo digas,—añadió el fraile,—no es menester, porque yo lo adivino.

—Entonces...

—Satanás encendió en el pecho de Claudio una pasion...

—Sí, sí.

—Esa mujer es de una belleza prodigiosa.

—Como mi madre,—murmuró el huérfano con expresion de noble orgullo.

—Pero su virtud,—repuso el dominico,—es aún más rara que su hermosura.

—La virtud de mi pobre madre.

—¿Por qué huyó Jacobo de Tordesillas antes que se le prendiese?

—No faltó un amigo que le advirtiera el peligro que corria.

—Sí, era preciso separar al esposo de la esposa, era preciso que la infeliz se viese en la situacion más angustiosa y horrible que puede imaginarse, porque así podia ponérsela en la más cruel alternativa; así, lo que no pudiera alcanzarse de la esposa fiel, de la mujer virtuosa, se conseguiria de la madre angustiada que todo, hasta su honra y su virtud, lo sacrificaba para salvar á su hija.

—Ese era el plan de Claudio Florentin.

—Ya ves que no me equivoco.

—No, no.

—Bien: una vez que estamos de acuerdo, ocupémonos de la pobre niña.

—El abate la guarda no sé con qué fin...

—Dios lo sabe.

—Supongo que quiere servirse de ella como una garantía, como una amenaza...

—Sí, con esa criatura en su poder puede amenazar á los padres, como el traidor infante don Juan amenazó al leal Guzman el Bueno.

—Pero los padres...

—Otros fines puede proponerse; pero ahora no nos importa adivinarlos.

—Lo que nos importa es arrebatar á esa criatura del poder de Florentin.

—Desgraciadamente no podemos.

—La situacion, las circunstancias.

—Una vez que yo conozca el lugar donde se encuentra esa criatura...

—No habrás conseguido mas que saber dónde está.

El jorobado fijó su ardiente mirada en el fraile.

—Hijo mio,—añadió éste,—has perdido algun terreno con las nuevas demostraciones de confianza que te ha dado el abate.

—No os comprendo.

—Si no te se hubiera dicho dónde estaba esa criatura, habríamos seguido buscándola con más habilidad que Simon.

—Ciertamente.

—Y más ó ménos tarde habríamos concluido por encontrarla.

—Creo que sí.

—Llegado este caso y apelando á cualquier medio, hubiéramos sido dueños de la niña, sin que á tí te culpasen como no te han culpado de lo demás.

—Ahora...

—Todo es distinto: si la niña desaparece, como no hay nadie más que tú que conozca el secreto, sobre tí recaerán todas las sospechas.

—Os sobra la razon.

—Además debemos mirar á lo porvenir: hoy por hoy nada puede probarse contra tu amo, y es preciso dejarlo hacer.

—Así el dia de mañana...

—Podremos inutilizarlo para que no cometa nuevos abusos.

—Padre mio, sois un tesoro de inteligencia.

—Conozco el mundo y nada más.

—Vuestra prevision es admirable.

—Para ponerse frente á frente al abate, seria menester arrancarle la máscara.

—Se la arrancaremos.

—Desdichado de tí si ahora lo intentases.

—¿Qué sucederia si una persona cualquiera revelase estos secretos?

—Primero se le pedirian pruebas.

—¡Oh!...

—Y como no las tienes...

—Es verdad.

—En la apariencia, Florentin, no solamente ha cumplido con su deber, sino que ha hecho una buena obra.

—¡Una buena obra!...

—Ha recogido á esa niña para educarla cristianamente.

—Se la han arrebatado á su madre.

—Ya sabes que la Inquisicion no permite á ninguna madre conservar á su lado á sus hijos.

—No hace mucho que hemos tenido un ejemplo...

—Sí, el de una mujer que fué presa pocos dias antes de dar á luz á su hijo. ¿No conoces los detalles de esta historia? Yo te los diré en cuatro palabras. La infeliz á que me refiero fué encerrada, pocos dias despues abrazó á la criatura que llevaba en sus entrañas; á los cinco dias se la arrebataron, trasladándola á uno de los calabozos que hay en los sótanos; una semana despues, cuando aún no habia recuperado las fuerzas, se la puso en el tormento, tratándola tan cruelmente que las cuerdas destrozaron sus carnes, y penetraron hasta los huesos. No pudo resistir y murió á los cinco ó seis dias.

—¡Qué horror!

—Se vió la causa, y á pesar de lo que habia sucedido, fué forzoso declararla inocente.

Esto que ponemos en boca de fray Tadeo, no es producto de nuestra imaginacion de novelista, sino la narracion sucinta, pero fiel, de uno de tantos espantosos abusos de la Inquisicion, en cuyos archivos se encontraba la causa de la infeliz víctima á quien se referia el dominico.

Muchos, muchísimos casos se vieron de acusados que murieron en sus calabozos á consecuencia de las torturas y que fueron declarados inocentes.

¿Compensaria esta honrosa declaracion á los hijos de la pérdida de sus padres?

Cuando encontramos algun fanático que aún defiende la Inquisicion, creemos que soñamos.

El huérfano se cubrió el rostro con las manos.

—Ya lo ves,—añadió fray Tadeo,—recogiendo á esa niña engendrada por herejes, Florentin ha hecho una buena obra, ha cumplido el cristiano deber de amparar á un huérfano desvalido.

—¡Dios mio, Dios mio!...

—Acúsalo, acúsalo y levantarás su reputacion hasta las nubes.

—Pero los padres...

—Hay contra ellos una delacion, y las declaraciones de más de veinte vecinos del arrabal de San Ginés.

—¿Pero en qué se fundan?

—En lo que yo mismo podria fundarme para acusarlos,—respondió el dominico.

—¡Vos!—replicó admirado David.

—Sí, yo.

—¿Acaso conocíais á Jacobo de Tordesillas?

—Hace un año.

—Decidme, padre mio, decidme lo que sepais de él.

—Jacobo es un sábio.

—Tal creo.

—Yo estuve á las puertas del sepulcro sin que ningun médico entendiese mi enfermedad, y aun hubo quien empezase á creer que los malos espíritus se habian posesionado de mi alma.

David sonrió burlonamente.

—Y por una série de circunstancias que ahora no son del caso, me vió Jacobo, y aún recuerdo que despues de haberme examinado, dijo: «Lo han matado, es una víctima de la ignorancia.»

—¿Y qué hicísteis?

—Yo veia y oia; pero apenas podia moverme. Un compañero que ya no existe le rogó que hiciera por mí cuanto pudiera, y gracias al hechicero, al brujo, al nigromántico, al hereje, se salvó mi pobre existencia.

—Teneis, pues, una deuda que pagar.

—Sí.

—¡Ah!...

—Ya ves que la pago.

—¡Padre mio, padre mio!—exclamó el jorobado, asiendo las manos del sacerdote y cubriéndolas de besos y de lágrimas.

—Sosiégate, hijo mio.

—Vuelvo á escucharos.

—No des á Florentin motivos de desconfianza.

—Descuidad.

—Tú serás probablemente el encargado de vigilar á esa pobre niña.

—Creo que sí.

—Aceptas el encargo y lo cumples con toda fidelidad, excepto en lo que toca á nuestras relaciones.

—Pero esa infeliz criatura en poder del abate...

—Mientras no encontremos á sus padres, nada se pierde.

—Buscaremos á la madre.

—La buscaremos.

—Y á Jacobo tambien.

—Sí.

—Y el dia que los encontremos...

—Veremos lo que conviene hacer.

—Devolverles su hija.

—David, tienes todo el ardimiento de tus veinte años.

—Tengo el sentimiento de la justicia.

—Pero no el conocimiento del mundo.

El jorobado guardó silencio.

El dominico calló tambien.

—O todo ó nada,—dijo David despues de algunos segundos.

—Bien, hijo, bien; aún guardabas algo y te decides á descubrirlo.

—Así es.

—Te escucho.

No necesitamos repetir las palabras del huérfano: nos basta decir que habló con ingenuidad de todas sus observaciones, del dinero y de los papeles que tan cuidadosamente guardaba el abate, y del robo que, en su opinion, habia hecho el asesino.

Fray Tadeo sonrió con la dulzura que acostumbraba, y luego dijo:

—Hoy mismo verás á Simon.

—De aquí saldré para ir á su casa.

—Supongo que te dirá la verdad.

—Tal creo.

—Ese hombre ha tomado ya como cuestion de amor propio lo que antes no le interesaba.

—¿Opinais que ahora me servirá lealmente?

—Lo hará, con poco que halagues su interés en cualquier concepto, porque al fin y al cabo es un miserable y no ha de corregirse en pocas horas.

—Esos papeles...

—Es menester recuperarlos á toda costa.

—Se trata de un tesoro.

—Y Dios sabe si está sumida en la miseria la familia á quien ese tesoro pertenece.

El huérfano se puso en pié.

—¿Ya te vás?

—En cuanto acabeis de darme vuestras instrucciones.

—Nada más tengo que decirte por ahora.

—Voy á ver á Simon.

—Excuso advertirte que no debes hablarle de mí.

—La advertencia es inútil.

—El tiempo ha pasado velozmente...

—Volveré cuanto antes pueda al tribunal.

—Dios te bendiga, hijo mio.

David besó respetuosamente la diestra del dominico y salió de la celda.

Fray Tadeo apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y contra su costumbre quedó inmóvil como una estátua.

¿Podemos ya decir que lo conocemos?

No.

A pesar de lo que hemos visto, no nos atrevemos á fallar, si bien nos inclinamos á creer que tendremos que rectificar nuestra opinion.

David tomó hácia la plaza del Arrabal, y luego por Puerta Cerrada se encaminó á la Morería.

CAPITULO LIII.

Donde se dá la primera noticia de un suceso inesperado.

Al ver á David atravesar rápidamente las calles, no se hubiera sospechado que acababa de salir de una grave enfermedad.

La voluntad le comunicaba sus fuerzas prodigiosas.

No puede hacerse comprender la impresion que habian producido en el ánimo de David las explicaciones del dominico.

El infeliz huérfano sentia en su sér un cambio incomprensible.

Nunca como entonces habia tenido ánimos para luchar.

Á pesar de que aún eran un misterio impenetrable los sentimientos de fray Tadeo, nuestro jorobado estaba firmemente decidido á cumplir lo pactado, siguiendo adelante sin que nada le hiciera retroceder.

No tardó en llegar á la miserable vivienda de Simon.

Éste se encontraba allí, y al ver al que ya podia llamar su amigo, frunció el entrecejo y pareció turbarse.

David, preocupado con lo que acababa de sucederle, no advirtió el gesto del asesino, no pensó sino que éste habia hecho cuanto puede hacer un hombre de corazon y de inteligencia, y alargándole la mano, le dijo:

—Simon, desde este momento...

—¿Qué te pasa?—le preguntó el gigante.

—Tu mano, amigo mio, tu mano...

—Toma y aprieta.

—¡Ah!... Tienes un corazon grande...

—¿Estás contento de mí?

—Has hecho, no solamente más de lo que yo esperaba, sino mucho más de lo que tenias obligacion de hacer.

—¿De manera que ahora creerás en mi amistad?

—Perdona, Simon...

—Siéntate y escúchame, porque quiero explicarme como mejor pueda.

—Sí, sí,—repuso el jorobado sentándose frente al asesino.

—¡Por los cuernos de Satanás!—exclamó éste, cuyo rostro aparecia cada vez más sombrío.—Ese bribon de Crispin me dió una palabra, y yo, aunque soy ladron, soy leal, ¿lo entiendes? soy leal.

—Ya lo sé.

—Me engañó; y el que me engaña... ¡Voto á cien mil legiones de condenados!

Y lanzó una mirada tan terrible el asesino, que nadie hubiera podido sostenerla sin temblar.

—¡Por las tripas de Lucifer!—añadió.—Soy leal; pero por

lo mismo, el que me hace una traicion ¡vive el cielo!! me la paga.

—Todo lo sé, porque nada me ha ocultado el abate.

—Esto ha sido una desgracia con fortuna, ó una fortuna desgraciada.

—No veo más que la fortuna.

—¡Dios de Dios!...

—Parece que estás desesperado...

—Sí, lo estoy.

—¿Qué te sucede?

—¡Rayos y truenos!...

—¿Acabarás de jurar?

—Deja que me desahogue.

—Bien, bien, desahógate; pero explícate, porque empiezas á ponerme en cuidado.

—Mira, David, este negocio es ya cosa mia, porque es á mí á quien han hecho una mala jugada, y porque yo, sin que nadie me obligara á ello, porque quise, porque me dió la gana, ¿lo entiendes? porque me dió la gana la favorecí.

—Estás incomprensible.

—Y ese miserable tiene la culpa de todo, porque si no hubiera sido por su traicion, yo no hubiera estado encerrado cinco dias, y por consiguiente...

—Me parece que esos cinco dias de encierro...

—Me han servido para pensar; porque francamente, en un solo dia no hubiera yo podido combinar bien mi plan.

—Resulta, pues, que ha sido una fortuna...

—No.

—¿Y por qué?

—Porque los vecinos empezaron á charlar de mi prision,

y no hubo un amigo mio que al otro dia no supiese que me habian encerrado. Ya se vé, todos tenian miedo, porque ya sabes lo que suele suceder, y ella tampoco se creyó segura.

—¿Quién es ella?

—Espero que seas razonable.

David miraba con extrañeza á Simon.

—Tú mismo,—añadió éste,—conocerás que nada me era posible hacer mientras estaba en el calabozo.

—Has hecho más de lo que parecia posible.

—Pero no pierdas la esperanza, ¡voto á Lucifer! que Simon no se dá fácilmente por vencido.

—¡Esperanza!...

—Y aunque he prometido al abate ser su amigo, nunca he tenido más ganas de retorcerle el pescuezo.

—Calma, Simon, mucha calma.

—Descuida.

—Hasta ahora has hablado mucho y no has dicho nada.

—Es que hay cosas que no quisiera decirlas.

—Lo cual significa que hay algo de importancia que ignoro.

—Sí, lo más interesante.

—Si te refieres al dinero del abate...

—¡Ira de Satanás!...

—¿Tambien á mí me dirás que tú no has sido el ladron?

—A tí te diré siempre la verdad.

—Entonces...

—En ese camaranchon tengo casi todo el dinero del abate, porque á estas horas no llega á cinco escudos lo que he gastado.

—¿Y los papeles?

—Tambien los tengo ahí.

—¡Ah!...

—Te los daré, ya que no quieres dinero.

—¿Pero por qué te llevaste tambien los papeles?

—No soy tan tonto como tú te has figurado: cuando ví que el zorro de tu amo guardaba esos papelotes con tanto cuidado como sus monedas, comprendí que debian valer mucho y pensé que los papeles podian servirte tanto como á mí el oro.

—No te has equivocado.

—Ya lo ves.

—Amigo mio, cada dia descubro en tí una cosa nueva, y acabaré por convencerme de que estás dotado, no solamente de un gran corazon, sino de una gran inteligencia.

—Pues ahora...

—Ante todo, dame esos papeles, y en cuanto al dinero...

—¿Quieres la mitad?

—¡Yo!

—Déjalo.

—Lo que quiero es que ese oro se devuelva á su dueño.

—El dinero no tiene otro dueño que la persona que lo guarda en su bolsillo.

—Simon...

—No hablemos de esto, David,—replicó el gigante con acento que no dejaba duda de la firme resolucion de guardar los escudos de Claudio.

—Bien, hablaremos otro dia: dame ahora los papeles.

—Antes escúchame.

—Es verdad, me habias dicho que yo ignoraba...

—Lo más importante.

—Ya te escucho.

—Me seria muy fácil ocultártelo todo, puesto que ningun antecedente tienes; pero me he propuesto ser contigo leal, y lo seré.

—Gracias, amigo mio.

—Prepárate, porque lo que he de decirte es muy desagradable.

—Sepamos.

—Aquella noche, cuando acabé mi negocio, me vine á mi casa; pero al pasar junto á las tapias de la huerta de la Priora, encontré una mujer...

—¡Simon!..

—Era ella.

—¡Ah!...

—La conocí...

—¡Dios mio!...

—Ella tambien me reconoció.

—La hemos encontrado,—exclamó David, convulso de alegría.

—Sí, yo la encontré.

—¿Y qué hiciste?—preguntó el huérfano con indescriptible afan.

—¿Qué habia de hacer?... ¡Vive Dios!—repuso el gigante. —La traje á mi casa...

—¿Dónde está, dónde está?

—Si la hubiera dejado aquí, á la noche siguiente la habria encontrado tambien el abate, porque registraron hasta el último rincon.

—¿Adónde la llevastes?

—A la vivienda de una mujer medio beata y medio bruja, que es amiga mia.

—¿Dónde vive?—replicó David poniéndose en pié.

—Ya iremos á verla; pero antes escúchame.

—Despues, despues...

—¡Vive Dios!...

—Vamos, Simon, vamos.

—Aguarda te digo.

—¿No comprendes mi impaciencia?

—¿Y no comprendes tú que me pides un imposible?

El huérfano volvió á dejarse caer en la silla.

—No me contenté con ponerla en lugar seguro, sino que le compré ropa y dí á mi amiga dinero para cuanto fuese menester.

—Gracias, Simon, gracias.

—No dirás que el dinero del abate lo malgasté, y si yo hubiera sido tan escrupuloso como tú, me hubiera encontrado sin un maravedí para atender á estas urgentes necesidades.

—Prosigue.

—Estabas enfermo, y no pude verte.

—Y á la siguiente noche...

—Me encerraron.

—Y despues de esos cinco dias...

—Por la noche fuí á ver á Isabel.

—¿Cómo la encontraste?

—Me hubiera alegrado de encontrarla enferma.

—¿Qué dices?

—Sí, porque enferma y todo, hubiera estado allí.

—¡Simon!...

—Habia desaparecido... ¡Rayos del infierno!...

—¡Oh!—exclamó el pobre jorobado, apretando los puños con toda la fuerza de su desesperacion.

Y despues, con acento que parecia llevarse tras sí el alma, murmuró:

—¡Perdida otra vez!

El infeliz dejó caer la cabeza entre las manos y quedó inmóvil y mudo.

Simon empezó á pasearse, jurando y maldiciendo.

Largo rato pasó.

El huérfano levantó al fin la cabeza y dijo:

—Siéntate, Simon, y dame explicaciones.

—Cuantas quieras.

—¿Cómo ha desaparecido Isabel?

—Voy á decírtelo.

—Pero la mujer á cuyo cuidado estaba...

—No sabe más sino que la otra se ha ido.

—Eso es incomprensible...

—Pronto lo comprenderás.

—Sin que otra cosa me digas, comprendo la desgracia.

—No debemos culpar á nadie, y mucho ménos á la bruja en cuya casa estaba tu protegida.

—Pero...

—La ví un momento, no más que un momento, y ¡por Satanás!... Como se apagó la luz... Tengo el consuelo de haber dado muchas cuchilladas, particularmente la primera fué magnífica.

—¡Cuchilladas!...

—¡Qué confusion!... ¡Rayos del infierno!

—Acaba, Simon, acaba...

—Voy á explicarme.

—Antes de darme ninguna explicacion, dime si tienes esperanza de que la encontremos.

—La esperanza nunca se pierde.

—Refiéremelo todo y no omitas ningun detalle.

—Descuida.

En vez de repetir las palabras de Simon, referiremos lo que habia sucedido á Isabel, y para ello retrocederemos dos dias, pudiendo así dar á conocer detalles de importancia, ignorados por el asesino.

CAPITULO LIV.

Una coincidencia rara.

En la época á que nos referimos empezaba á formarse la extensa barriada, cuyos terrenos habian pertenecido á la huerta de la Encomienda y otras, ó lo que es igual, empezaba á edificarse desde la Latina y el Colegio Imperial en direccion al Sur, por donde la poblacion debia extenderse y aumentarse con rapidez.

La calle de Embajadores y sus travesías y adyacentes, no eran por consiguiente lo que ahora son, y el mayor número de edificios eran casas miserables, construidas á la malicia muchas de ellas, y unas cuantas de dos ó tres pisos.

Donde hoy se levanta la manzana de casas que está junto á San Millan, no habia entonces mas que un grupo de cinco ó seis edificios, miserables los unos y feísimos los otros.

A una de estas casas, que no tenia mas que un solo cuerpo, al cual se unian las tapias de un corral, vamos á llevar á

nuestros lectores, porque allí habitaba la vendedora de escapularios y medallas, á cuyo cuidado habia sido confiada Isabel.

Era la vendedora una mujer de sesenta años, menguada de estatura, flaca, medio corcobada y horrible, que vestia constantemente de estameña negra, con ancho y largo manto de lo mismo, ocultando además la frente por un pañuelo mugriento, que se colocaba á manera de casquete, y con cuyo abrigo decia preservarse de las jaquecas que solian atormentarla.

En apariencia vivia honradamente con su comercio; pero en realidad era espía y encubridora de ladrones y asesinos, y cuando se presentaba la ocasion, demostraba tambien ser muy hábil zurcidora de voluntades.

A pesar de sus exterioridades de santa, mirábasela de reojo, y no era difícil que algun dia la Inquisicion la pidiera cuentas de su conducta, pues ya existia la Bula pontificia en que se mandaba vigilar muy cuidadosamente á las que hacian profesion de beata, porque se habia descubierto que casi siempre esta profesion encerraba algun misterio nada santo.

Todas estas noticias fueron dadas por Simon á Isabel, la cual, desde el primer momento, no estuvo muy tranquila.

Sin embargo, la vieja procuró complacer á su pupila, cuyo verdadero nombre ignoraba, y la ocultó cuidadosamente, de modo que en el barrio no se supo que semejante persona habia allí.

La beata no salia mas que á las horas en que debia situarse á la puerta de algun templo para vender á los devotos sus mercancías; pero siempre estaba de vuelta en su casa para el toque de oraciones, hora en que tambien se cerraban las puertas de los conventos.

Así pasaron tres dias, durante los cuales Isabel sufrió y lloró lo que no es decible, doblemente cuando su huéspeda le dijo:

—Tengo que daros una mala noticia.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la pobre madre, temiendo que se le mandara dejar aquel asilo.

—El pobre Simon está en los calabozos del Santo Oficio.

—¡Dios mio!—exclamó Isabel.—Quizá el haberme salvado, quizá el protegerme...

—Hija mia, no las tengo todas conmigo.

—¿Pues qué temeis?

—Yo no sé lo que sois de Simon, porque no me lo ha dicho.

—¡Lo que soy de Simon!—exclamó Isabel indignada.

—Ni quiero saberlo,—repuso la vieja,—porque en las cosas de hombres y mujeres no me gusta mezclarme.

—Simon es mi amigo, mi protector...

—Pues bien, porque es vuestro protector y vuestro amigo, y porque es amigo mio tambien, no estoy tranquila.

—¿Pero qué temeis, os pregunto?

—Ya sabeis lo que suele hacer la Inquisicion, que pocas veces se contenta con encerrar á uno, sino que hace lo mismo con sus parientes y hasta con sus conocidos, y puede suceder que el dia ménos pensado vengan á preguntarme lo que yo sepa de la conducta de Simon, y si mi respuesta no les agrada, me encerrarán tambien, aunque tengo personas respetables que respondan por mí.

Isabel guardó silencio.

La infeliz veia y temia mucho más de lo que la vieja podia ver y temer.

Simon no era, en último caso, un verdadero amigo, sino un hombre que obedecia por fuerza ó por dinero, y por consiguiente no debia esperarse que sufriera los dolores del tormento sin revelar dónde se encontraba la fugitiva.

Isabel sintióse, pues, desde aquel momento poseida del más profundo terror, y el más leve ruido que se oia, particularmente durante la noche, se le figuraba que era el de los pasos de los esbirros que iban á buscarla.

Dos dias pasó en esta mortal angustia, sin poder apenas dormir ni tranquilizarse.

Además pensaba que la vieja acabaria por despedirla, puesto que Simon no saldria de su calabozo en muchos meses.

Semejante situacion debia complicarse por una casualidad.

La vendedora de rosarios, en su calidad de zurcidora de voluntades, no habia sido siempre tan feliz como deseara en todos sus negocios, y tenia, por consiguiente, algunos enemigos.

Uno de estos, jóven hidalgo, rico y calavera, que habia sido engañado por la beata, buscaba una ocasion oportuna para vengarse, y hacia ya bastantes dias que rondaba por allí, aprovechando las tinieblas de la noche para acercarse á la casa, escuchar y aun mirar por las rendijas de la puerta y las ventanas, rendijas de las cuales eran algunas bastante anchas.

Una noche vió entrar dos personas: un hombre y una mujer.

Se acercó, escuchó y oyó hablar, aunque sin entender lo que decian.

Pero si no entendió, pudo ver el rostro hechicero de la

esposa de Jacobo, rostro que le pareció más encantador aún, porque no podia examinarlo como hubiera querido.

No hay nada que más excite el deseo que lo que se adivina sin poderlo ver, y todos los hechizos adivinados por el calavera, tuvieron para él doble atractivo.

Isabel estaba vestida humildemente y á la usanza de las mujeres del pueblo, precaucion que ya sabemos habia tomado el gigante para alejar toda sospecha.

El hidalgo, cuando vió que el hombre salia y se quedaba la mujer, exclamó:

—¡Por quien soy! que la fortuna se empeña en protegerme, hasta el punto de hacerse pesada. Hé aquí un tesoro que esa pícara bruja reservará Dios sabe para quién, y que le valdrá mucho dinero; pero ¡por Dios vivo! que no ha de lograr el negocio ó yo he de borrarme el nombre de mis abuelos. Ya tengo mi venganza, venganza que me proporcionará á la vez la dicha de ser el dueño de esa rubia encantadora. ¿De dónde habrá salido esa mujer?

No era el hidalgo mozo que se detuviera para cometer una locura, y acudiendo á tres ó cuatro amigos á quienes él en ocasiones semejantes habia prestado ayuda, les reveló su atrevido intento, que por más que fuera bastante peligroso, encontraron los demás muy divertido.

—¿Y cuándo daremos el golpe?—preguntó uno de ellos.

—Cuando mejor nos parezca.

—Establezcamos, pues, las condiciones.

—No seais exigentes.

—Pero tampoco hemos de ser bobos.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un tristísimo papel el que nos destinas.

—¿Por qué?

—¡Voto á Satanás!... ¿Crees que nos divertiremos mucho al lado de la vieja, mientras tú te ocupas de la jóven?

—¿Entonces qué quereis?

—¿No lo adivinas?

—Lo adivino; pero...

—Estamos dispuestos á transigir.

—¿Cómo?

—La rubia no se quedará con la vieja.

—Sí, nos la llevaremos.

—Tendrás tres dias...

—Es poco.

—Una semana...

—Acepto.

—No hay más que hablar.

—¿Iremos esta noche?

—Yo tengo que hacer.

—¿Mañana?

—Si no vamos esta noche, habreis de aguardar dos dias, á ménos que os decidais á pasaros sin mí,—observó uno de ellos.

—Esperaremos, porque tus buenos puños nos harán mucha falta si se aparece algun protector de la bruja.

—Convenidos.

—No hay más que hablar.

Esta y otras calaveradas por el estilo eran en aquellos tiempos las diversiones de los jóvenes nobles y ricos, de cuya cultura podrá formarse idea, diciendo que cuando no tenian otra cosa en qué entretenerse, solian recorrer de noche las calles, rompiendo á pedradas los cristales y armando quere-

llas con el primer transeunte á quien encontraban, y aun con los mismos alguaciles.

Llegó la noche designada.

A las diez, hora en que las calles estaban desiertas, cinco embozados se detuvieron junto á la casa de la vieja.

¿Habia salido Isabel de un peligro para caer en otro mayor?

Así parecia probable, porque el plan del hidalgo era de éxito seguro, toda vez que le sobraba audacia para ponerlo en ejecucion.

No pensában los jóvenes libertinos romper la puerta ni valerse de otros medios semejantes para entrar, porque así hubieran dado tiempo á los habitantes de la casa para gritar y poner el barrio en conmocion.

Para evitar esto habian decidido llamar sin miramiento alguno, y cuando preguntasen quién era, responder que el Santo Oficio.

No era posible que dejara de abrirse la puerta al anunciarse la temible autoridad inquisitorial, y aprovechando los primeros momentos de sorpresa, era muy fácil caer sobre aquellas dos mujeres, y sujetarlas y taparles la boca antes de que conociesen su engaño ni pudiesen exhalar un grito.

A poca distancia habìa quedado prevenida una silla de manos, donde Isabel habia de ser conducida á cierta casa de uno de los arrabales.

Todo estaba previsto y bien combinado.

No faltando la serenidad á los acometedores, el golpe se daria sin ningun inconveniente.

En cuanto á las consecuencias, nada temian los atrevidos jóvenes, porque todos ellos pertenecian á familias poderosas,

y porque la vieja, que tenia muchos pecados ocultos, no se atreveria á quejarse.

A la hora en que estamos, la beata dormia profundamente, porque no solo duermen á pierna suelta los que tienen la conciencia limpia.

Isabel, por el contrario, á pesar de la pureza de su alma, no podia conciliar fácilmente el sueño.

Encerrada en un aposento reducido y casi desamueblado, sin más luz que la rojiza de un candil, habia pensado toda la noche en los séres á quienes tanto amaba, habia llorado mucho, y al fin habia caido de rodillas, empezando á orar fervorosamente.

—¡Dios mio, mi hija, devolvedme á mi hija y proteged á mi esposo!—exclamaba con frecuencia la infeliz.

No sabemos cuántas horas hubiera permanecido arrodillada, porque la interrumpió el ruido de algunos golpes dados á la puerta de la casa.

Isabel se extremeció, se puso en pié y escuchó, conteniendo el aliento.

¿Quién podia llamar á tales horas?

Tuvo esperanza de haberse equivocado.

Pero su esperanza se desvaneció bien pronto, porque volvieron á llamar con más recios golpes.

Dudó Isabel si debia despertar á la vieja ó responder; pero decidió hacer lo segundo, y abriendo la puerta de su cuarto y acercándose á la que daba á la calle, preguntó con voz trémula:

—¿Quién es?

—Abrid,—respondió una voz hueca.

—¿Pero quién sois y qué quereis?

—Abrid al Santo Oficio.

Isabel exhaló un grito y quedó inmóvil.

Creyó la infeliz que habia entendido mal, porque así se lo hizo creer su deseo de salvarse.

Volvió á preguntar.

Pero respondieron otra vez:

—Abrid inmediatamente al Santo Oficio.

CAPITULO LV.

Tras de una locura otra mayor.

Los que estaban en la calle debieron oir el grito y comprender que era producido por el terror, lo cual probaba dos cosas: primera, que no se habia sospechado la farsa, y segunda, que la vieja ó la jóven, ó tal vez las dos, tenian algo que temer.

Volvieron, pues, á llamar, redoblando los golpes y repitiendo:

—Abrid pronto al Santo Oficio.

No puede explicarse la turbacion de Isabel.

Poseida del más profundo terror, volvió hácia todos lados sus negros ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Lo primero que debió hacer fué despertar á su huéspeda; pero no estaba en estado de pensar en otra cosa que en su propio peligro.

Creyó, y esto era lógico, que Simon habia declarado, y que iban á buscarla con la certeza de encontrarla allí.

El horror que esto debia inspirarle era consiguiente despues de lo que habia sufrido.

Si volvia á los calabozos de la Inquisicion, ya no saldria jamás, porque no se hace dos veces lo que habia hecho el jorobado, mucho más cuando debia creerse que el infeliz huérfano habria sido tambien víctima de las declaraciones de Simon.

La muerte no hubiera producido en Isabel tanto espanto como el anuncio de los esbirros de la Inquisicion.

No le ocurrió, pues, mas que huir, ocultarse, sin reflexionar sobre lo que despues sucedería, sin averiguar hasta qué punto le era posible la fuga.

No podia temer ningun peligro mayor que el que en aquellos momentos le amenazaba, y por consiguiente nada arriesgaba intentando huir.

¿Pero cómo?

No estaba la cabeza de la desdichada para combinar planes.

Los momentos eran preciosos y no debian perderse en vacilaciones.

Esto es cuanto pensó.

En el fondo del aposento habia una puertecilla, y sin detenerse á tomar la luz, la esposa de Jacobo salió precipitadamente por allí, cerrando y echando la llave.

Se encontró en la cocina.

A tientas anduvo algunos segundos y bien pronto llegó á otra puerta.

La abrió, salió y se encontró en el corral.

La claridad era muy débil, pues la luna, ó no se habia dejado ver, ó estaba oculta por algunas nubes.

Isabel se acercó á la tapia, carcomida y medio derruida, y con esa agilidad y esas fuerzas que el miedo comunica al que huye de un gran peligro, subió y saltó al otro lado de la pared sin detenerse á buscar el sitio más á propósito.

Afortunadamente la tapia tenia muy poca elevacion, si bien es verdad que lo mismo hubiera sucedido á tener mucha.

Todo lo que podia sucederle á la fugitiva era morir, y esto era para ella ménos horrible que volver á los calabozos de la Inquisicion.

¿Adónde iba?

No podemos decirlo, porque ella misma lo ignoraba.

Sus pupilas, dilatadas por el terror, distinguian los objetos como á la luz del dia.

Una rápida ojeada le bastó para hacerse cargo del sitio en que se encontraba.

En aquel patio ó corral no habia mas que una puertecilla, que por casualidad estaba abierta.

Isabel escuchó.

No percibió más ruido que el de los golpes que daban los atrevidos calaveras.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó la desdichada con acento de súplica desgarradora.—Deparadme un alma caritativa.

Y entró por la puertecilla y adelantó por un pasillo, volviendo á la derecha y distinguiendo á pocos pasos una línea resplandeciente, que debia ser la luz que se escapaba por debajo de otra puerta.

Entretanto los golpes habian despertado á la beata, que

saltando del lecho, preguntó con no ménos espanto que antes lo habia hecho Isabel:

—¿Quién llama?

Los otros repitieron su terrible contestacion.

—¡Dios bendito!—exclamó la vieja.—No me equivoqué... De todo esto tiene la culpa el pícaro Simon; pero quizá se contenten con llevarse á Isabel.

Ya sabemos que ésta habia dejado la luz, circunstancia que en aquellos momentos no podia llamar la atencion de la beata, preocupada solamente por el peligro.

A medio vestir para que no se impacientasen los que llamaban, la vendedora de escapularios abrió la puerta, mientras decia:

—Entren vuestras señorías, que nada tengo que temer, porque á Dios gracias...

Pero no la dejaron concluir, porque dos de los jóvenes cayeron sobre ella, asiéndola el uno por la garganta y tapándole la boca con un pañuelo, y sujetándola el otro.

Era demasiado débil la vieja para resistir á las duras manos de sus acometedores; pero aun cuando hubiera sido fuerte, no se habria movido, porque la sorpresa la dejó completamente aturdida.

Sintióse medio ahogada la infeliz y cayó al suelo, dejando que la atasen y sin hacer otra cosa que mirar con espantados ojos á los atrevidos jóvenes.

Los otros tres, de los cuales uno llevaba una linterna, miraron á su alrededor, y con la prontitud que el caso requeria, entraron en los dos aposentos que habia á derecha y á izquierda, volviendo á salir mientras el hidalgo autor de la calaverada, exclamaba con desesperacion:

—¡Vive el cielo!... No está...

Y mirando la puerta por donde habia salido Isabel, añadió:

—Por aquí... Quizá no ha despertado...

Empujó la puerta y al ver que no cedia, dió en ella tan fuerte patada, que hizo saltar la endeble cerradura.

Esperaba oir un grito y tener que entablar una lucha; pero no sucedió así.

Los tres se encontraron en la cocina, donde no habia más sér viviente que un gatazo rubio que dormia al calor del hogar, y que despues de fijar un momento en los jóvenes sus relumbrantes ojos, se puso de un salto en el otro extremo de la habitacion y desapareció por la puerta del corral.

Los otros dos mancebos, que habian atado á la vieja, dejándola con la boca tapada, acudieron tambien.

—¡No está!—volvió á decir el hidalgo.

Y jurando y maldiciendo, examinaron todos los rincones y salieron al corral.

No encontrando á la encantadora rubia, recorrieron por segunda vez la casa y al fin hubieron de convencerse de que habian trabajado en balde.

—Ella estaba aquí,—dijo uno de los calaveras.

—Debe haber huido,—añadió otro.

—¿Pero por dónde?

—Por aquí, por el corral.

—Pues vamos tras ella.

Esto propuso el más atrevido; pero los demás se miraron sin moverse.

—¿No me seguís?

—¡Vive Dios!... Has perdido la cabeza.

—¿Teneis miedo?

—Si no se tratara mas que de andar á cuchilladas ..

—¿Qué más puede suceder?

—La rubia se habrá refugiado en la casa inmediata.

—Por donde haya entrado, entraremos nosotros.

—Pero en esa casa habrá gente.

—Les exigiremos que nos entreguen á la fugitiva....

—Antes de vernos, con solo sentir nuestros pasos gritarán, acudirán los vecinos...

—Por aquí no viven mas que villanos.

—Pero los villanos saben dar voces...

—Les haremos callar á palos, y si no bastan palos, cuchilladas.

—Y si acude una ronda...

—No será la vez primera que hemos calentado las costillas á los alguaciles.

—Pueden conocernos, se sabrá que hemos abusado del nombre del Santo Oficio...

—¡Por Satanás!...

—Ya sabeis que la Inquisicion no respeta á nadie, y no nos valdria ser quienes somos.

Esta observacion contuvo al que parecia más atrevido, pero que despues de algunos momentos, replicó:

—Que ha huido, no puede dudarse.

—No, porque esa puerta estaba cerrada por dentro.

—Interroguemos á la vieja.

—No podrá decirnos más de lo que ya sabemos.

—Sí, nos dirá quién vive en esa otra casa...

—¿Es decir que insistes?...

—Ya sabeis que no me gusta retroceder.

—Me parece que llevamos demasiado lejos la broma...

—Pues bien, dejadme solo, que para buena compañía, me sobra con la espada.

A estas palabras arrogantes no encontraron los otros nada que replicar, porque se sintieron vivamente heridos en su amor propio y quisieron probar, que á pesar de su prudencia les sobraba el valor para todo.

Volvieron donde estaba la vieja.

El que habia propuesto invadir la otra casa y que era un jóven de veinticinco años, ricamente vestido, de rostro aguileño, rodeado de negra y fina barba, y de ojos negros tambien, redondos, vivos, ardientes y de mirada penetrante, éste, repetimos, fué el que tomó la palabra, diciendo:

—Vamos á ver, condenada bruja, si quieres vivir ó morir.

La vieja, que si no más tranquila, más desaturdida al ménos, habia reconocido al autor de la calaverada y comprendido que se buscaba á Isabel, dirigió una mirada suplicante al que la hablaba, como si quisiese dar á entender que estaba dispuesta á todo con tal de que no la maltratase.

—Ya lo veis,—dijo el de los negros ojos, á quien los otros daban el título de vizconde,—pide cuartel, y yo, con la benevolencia que me distingue, voy á mostrarme compasivo, á destaparle la boca, aunque dispuesto á meterle la daga en el corazon si abusa de mi generosidad.

La vieja hizo una señal negativa con la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso, hija de Satanás? ¿Significa que no cometerás la locura de gritar ó que no quieres obedecer?

Una segunda mirada y un lastimero gemido revelaron las intenciones de la beata.

El vizconde le quitó el pañuelo y las ligaduras de los brazos, hecho lo cual, ella se arrodilló, y cruzando las manos, exclamó:

—Tengan vuestras señorías lástima de mí, que estoy dispuesta á servirlos con la mejor voluntad.

—Bien, conoces tus intereses, y yo prodigaría á tu talento las merecidas alabanzas, si no tuviéramos que aprovechar el tiempo. Siéntate, bruja, siéntate, escucha y responde con claridad y pocas palabras, en la inteligencia de que si sale de tus asquerosos lábios una mentira, te ahogo y acabas de pasar la noche en compañía de tu amigo y protector Lucifer.

La vieja, cuyos miembros temblaban convulsivamente, se dejó caer en una silla y esperó el interrogatorio.

—Ya sabes,—añadió el vizconde,—que te hemos hecho el honor de poner sobre tí nuestras manos, y no te habrá quedado duda de que nos sobra fuerza para aniquilarte antes de que des un solo grito.

—No lo daré, ni vuestras señorías me honrarán otra vez con sus nobles manos, porque estoy dispuesta á obedecerlos.

—En este nido horrible, entre estas paredes sombrías, guardabas una perla, un tesoro, tenias aprisionada una mujer de dorados cabellos y singular belleza.

—Yo no la tenia aprisionada, noble señor, ella estaba por su voluntad, me la habian traido para que la guardase y la cuidase.

—¡Hola, hola!...

—Os juro que esta es la verdad...

—Ya vereis cómo descubrimos algo de interés... ¿Y quién te habia traido ese tesoro?

—Un conocido...

—Su nombre.

—¿Qué os importa?...

—Su nombre, señora bruja,—replicó imperiosamente el vizconde.

—Se llama Simon.

—¿Y quién es ese Simon?

—Un hombre grosero, brutal, un bandido que hace cinco dias fué encerrado en los calabozos de la Inquisicion, no sé por qué, aunque le sobran pecados para ir al quemadero.

—¡Esa mujer sublime era la querida de un criminal!... ¡Oh!... Prosigue, vieja condenada.

—No sé otra cosa: Simon me dió tres escudos, me prometió pagarme generosamente, pero me amenazó con retorcerme el pescuezo si me metia en lo que no me llamaban, es decir, si intentaba siquiera averiguar nada que tuviese relacion con su protegida.

—¿Y lo has obedecido?

—A Simon hay que obedecerlo, porque nunca deja de cumplir lo que promete, y ya os he dicho que me prometió retorcerme el pescuezo. Pero ahí la teneis á ella, preguntadle... ¿Cómo es que no ha despertado con el ruido que habeis hecho?

—La encantadora rubia se encerró en la cocina mientras llamábamos.

—Abrid la puerta...

—Ya lo hemos hecho sin aguardar tu permiso.

—¿Y ella?...

—Se ha ido por la tapia del corral.

—¡Vírgen santa!...

—Se habrá refugiado en la casa inmediata...

—¿Qué vá á ser de mí?... Afortunadamente, Simon está preso y acabarán por ahorcarlo.

—¿Quién vive en esa casa?

—Un hombre.

—¿No más que un hombre?

—Un viejo, á quien no he logrado ver mas que dos veces.

—Su nombre, su calidad...

—Nadie sabe cómo se llama.

—Cuidado con mentir.

—Os juro que digo la verdad.

—¿No hay en la casa nadie más que ese viejo?

—Nadie más, ó al ménos á nadie se ha visto.

—Ya lo estais oyendo,—dijo el vizconde dirigiéndose á sus amigos:—un hombre solo y viejo.

—¿Qué intentais, señores?

—Seguir á nuestra paloma, y desde este momento, tú, vieja condenada, eres nuestra cómplice, por cuya razon te conviene callar.

—Hagan vuestras señorías lo que les parezca y no tengan cuidado, que demasiado comprendo mi situacion.

—Luego te haremos otras preguntas; pero ahora no debemos perder un minuto.

—¿Y por qué,—replicó la vieja,—no entrais en la otra casa como habeis entrado aquí, y haceis con mi vecino lo que conmigo habeis hecho? Me parece que así el golpe seria más seguro.

—Tu consejo,—repuso el vizconde,—no es del todo desacertado; pero bien puede suceder que tu vecino, en vez de hacer lo que tú, antes de abrir quiera convencerse de que efectivamente somos alguaciles del Santo Oficio, y como no

hay mas que mirarnos para averiguar la verdad, sucederia que tendriamos que tocar retirada sin haber conseguido nuestro deseo. Lo mejor es la sorpresa... Vamos, señores, que me siga el que no tiemble.

Los otros contestaron con un juramento.

El vizconde tomó la linterna, cerrándola y guardándola para un caso de necesidad.

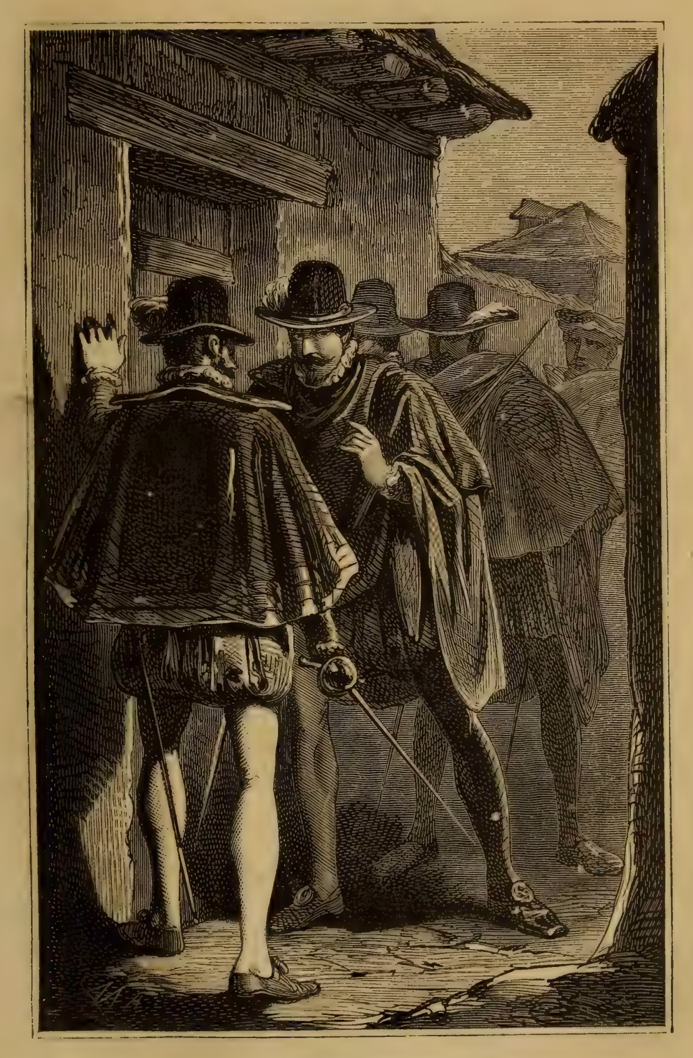
Sin pronunciar una palabra fueron al corral, y un minuto despues habian saltado la tapia.

Acercáronse á la puertecilla por donde había huido Isabel.

Allí se detuvieron y escucharon con toda la atencion que el caso requeria.

Nada oyeron.

Desenvainaron las espadas y se dispusieron á entrar.



Desenvainaron las espadas y se dispusieron á entrar.

CAPITULO LVI.

A quién encontró Isabel.

Antes de proseguir es preciso que digamos lo que habia sido de Isabel.

La dejamos en el pasillo, mirando la luz que se escapaba por debajo de una puerta.

Por espacio de algunos segundos detúvose la infeliz; pero temerosa de que la persiguiesen y convencida de que no podia sucederle nada peor que caer en poder del abate, avanzó resueltamente y empujó la puerta, que cedió sin ninguna dificultad.

El cuadro que se presentó á sus ojos no podia ser más extraño, porque lo formaban dos hombres, uno anciano y jóven el otro, cuyas negras figuras, porque estaban vestidos de negro, se destacaban sobre el blanco mate de las paredes de la habitacion, donde no se veia un solo mueble.

Es probable que á nuestros lectores se les ocurra pre-

guntar qué habia de extraño ni sorprendente en que dos hombres estuvieran en aquel aposento.

Vamos á explicarnos.

Hemos dicho que el uno era anciano y jóven el otro.

El primero representaba sesenta ó sesenta y cuatro años, era de regular estatura, buenas formas, y parecia conservar el vigor de la juventud, segun así se colegía de su continente y de la mirada ardiente de sus negros y grandes ojos, que aún parecian más negros por el contraste que formaban con sus cejas y su larga y espesa barba, blancas como la nieve.

De su ropa, que era de paño negro, y en regular estado de uso, nada podia deducirse: no debia ser un hombre rico, ni pobre, ni noble de primera calidad, ni plebeyo, sino un hidalgo de más ó ménos fortuna.

Su rostro era hermoso, con esa hermosura apacible y venerable de la ancianidad.

Bajo su brazo izquierdo veíase un talego, no muy grande, pero que debia pesar mucho, porque se conocia el esfuerzo que para sostenerlo hacia el hidalgo.

Su compañero, que no tendria más de treinta años, estaba vestido con igual ropa, y sostenia otro talego tambien igual; pero en la mano derecha tenia una linterna que acababa de coger del suelo.

Ambos parecian disponerse á salir, cuando se presentó Isabel, y no hay que decir cuál seria la sorpresa de ambos al ver que la puerta se abria para dar paso á una persona.

El jóven dejó la linterna en el suelo, y los dos llevaron la diestra á la empuñadura de la espada.

Empero quedaron inmóviles y no desenvainaron los aceros al ver que la persona que acababa de entrar era una mu-



—¡Amparadme, amparadme! ¡Socorredme en nombre de Dios misericordioso!.....

jer que se dejaba caer de rodillas, cruzaba las manos, extendia los brazos y exclamaba con acento de terror profundo y conmovedora súplica:

—¡Amparadme, amparadme!... ¡Socorredme en nombre de Dios misericordioso!...

Los hidalgos, porque así los llamaremos mientras no sepamos quiénes son, continuaron inmóviles por algunos segundos, contemplando á la fugitiva.

Ésta, con los cabellos en desorden, el rostro pálido y descompuesto, agitada y convulsa, miraba con afan indescriptible á los misteriosos personajes, esperando á que pronunciaran su sentencia de vida ó muerte.

La situacion no podia ser para todos más embarazosa ni difícil, puesto que ninguno sabia explicarse lo que sucedia: solamente Isabel hubiera podido decir que huia, y que necesitaba que la ocultasen; pero nada más.

Al fin el anciano rompió el silencio para decir:

—¿Quién sois? ¿Qué buscais? ¿Cómo habeis llegado aquí?

—Socorredme, socorredme,—volvió á exclamar la pobre madre con acento cada vez más angustioso.

Aunque no pudieran explicarse la presencia de aquella desolada mujer, comprendieron los dos hidalgos que nada tenian que temer por el tesoro que, segun las apariencias, encerraban los talegos, ni mucho ménos por sus personas, y acabaron por no ver en la encantadora rubia mas que una infeliz que se encontraba en una apurada situacion.

El anciano, acercándose á ella, le alargó cariñosamente una mano y la dijo:

—Levantaos y explicaos...

—Pero me socorrereis, ¿no es verdad?—repuso Isabel, le-

vantando sus grandes y magníficos ojos, brillantes con el fuego de la fiebre, y fijando una mirada tierna, suplicante y angustiosa en el rostro venerable del hidalgo.

—Os socorreremos,—respondió éste,—si nos es posible, porque es deber de todo buen cristiano dar ayuda al que la há de menester, y consolar al que sufre.

—Sí,—repuso la desdichada, estrechando la diestra del anciano y besándola respetuosamente;—sí, en vuestro semblante se revela un alma noble y generosa, y no me abandonareis, no, porque soy una infeliz madre, una esposa la más desgraciada... ¡Ah!... Pero ocultadme... Decidme por dónde puedo huir... Me persiguen... Pronto llegarán... No, no quiero caer nuevamente en poder de los miserables que me han separado de mi esposo y que me han arrebatado á mi hija... Antes prefiero morir... Ocultadme, ocultadme.

Y al decir esto, Isabel miraba con profundo terror á todos lados, y sus miembros temblaban convulsivamente.

Aunque no eran una explicacion sus palabras, los dos hombres se sintieron conmovidos.

Fuese quien fuese aquella mujer, era una madre que sufria, una madre á quien habian arrebatado á su hijo, para lo cual en ningun caso podia haber razon ni derecho.

Antes de saber otra cosa, pintóse ya en los rostros de los hidalgos el sentimiento de indignacion que experimentaban, y mientras sus frentes se contraian como si la cólera empezase á hervir en sus pechos, el más anciano replicó:

—Tranquilizaos, hija mia. A nuestro lado nada teneis que temer. Decidnos quién sois, si es que no os importa guardar el secreto, y qué clase de peligros os amenaza.

Isabel pareció dudar.

¿Era prudente decir la verdad?

¿Seguirian protegiéndola cuando dijese que quien la perseguia eran los inquisidores?

Ya por escrúpulos, hijos del fanatismo, tan comun en aquella época, ó ya por miedo á la Inquisicion, ¿no la abandonarian aquellos hombres que parecian haber empezado á interesarse por ella?

Y por otra parte, era una ingratitud casi criminal el pagar con engaño la generosidad de los dos desconocidos.

Aunque fuesen pocos, ¿no habia espíritus elevados que se sobreponian al fanatismo estúpido de aquella época, no habia grandes corazones que supieran cumplir humanitarios deberes?

Los nobles y elevados sentimientos de Isabel triunfaron, y se decidió á decir la verdad.

—Sí, todo lo sabreis,—dijo;—pero huyamos...

—¡Huir!... ¿De quién?

La infeliz volvió á dudar; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo:

—De la Inquisicion.

—¡La Inquisicion!—exclamaron á la vez el anciano y el jóven.

Y sus rostros palidecieron, y sus miradas se tornaron sombrías.

Pero no dieron muestras de querer apresurarse á huir, sino que pusieron nuevamente la diestra en la empuñadura de la espada, y se miraron como si quisieran recordarse que era una imprudencia obrar sin haber reflexionado.

—Pero os juro,—añadió Isabel,—os juro por la vida de mi hija, que somos inocentes, y que si se me persigue es por-

que he querido cumplir mis deberes de esposa, porque lo he preferido todo á manchar mi honor.

—Sosegaos, y aunque con brevedad, explicaos más claramente, no sea que por huir de un peligro imaginario, vayamos á caer en uno real. ¿Cómo habeis entrado aquí?

—Hace cinco dias que me oculto en esa casa inmediata, donde habita una mujer anciana, y de la que apenas tengo ningun antecedente.

—¿Y esta noche?...

—Han llamado, he preguntado quién era, y me han contestado que abriese al Santo Oficio.

—¡Oh!...

—He huido, y por el corral...

—Comprendo.

—Ya habrá despertado mi huéspeda, habrá abierto, y cuando no me encuentren...

—Sí, seguirán vuestras huellas.

—Huyamos, huyamos...

—No, no puede ser.

—¡Dios mio!...

—Si son los inquisidores, habrán entrado en la casa algunos alguaciles, y otros habrán quedado en la calle.

—¡Ah!...

—Si intentamos salir, nos verán...

—¡Estoy perdida!...

—¿De qué se os acusa?

—Mi esposo es médico y químico...

—Empiezo á comprender.

—Vivíamos en el arrabal de San Ginés...

—¿Quereis guardar el secreto de vuestro nombre?

—No, para vosotros no... Mi desgraciado esposo, que tuvo tiempo de huir hace cerca de un mes, se llama Jacobo de Tordesillas.

—¡Jacobo de Tordesillas!—murmuraron á la vez los dos hidalgos.

Y cruzaron una mirada, quedando luego pensativos y como si se olvidasen del peligro que corrian.

Isabel los contempló con más afan y con mayor angustia, preguntando despues de algunos instantes:

—¿Acaso conoceis á mi esposo?

Pero el anciano, en vez de responder, se volvió al jóven y le dijo:

—¿Quién sabe si la trae la mano de Dios?

—¡Mis nobles señores!...

—Esperad.

—Van á venir...

—Ahora más que nunca necesitamos calma y prudencia... Dejadnos obrar, señora,—repuso el generoso hidalgo, —dejadnos obrar, que á nosotros nos amenaza tal vez mucho mayor peligro que á vos.

—¿Acaso estais tambien perseguidos?

—No.

—Entonces el peligro es porque me protegeis... No, no debo aceptar vuestro sacrificio...

—Ningnno hacemos... Aguardad,—replicó el anciano.

Y dirigiéndose al jóven, le dijo:

—Leandro, vé á la sala, entreabre la ventana con cuidado, observa lo que sucede en la calle y determinaremos. Entretanto, yo vigilaré aquí.

—Bien, padre mio,—respondió el jóven.

Pero al dar el primer paso hácia una puerta, detúvose y dijo:

—¿Oís?

Efectivamente, hácia la parte del corral sonaba un rumor sordo como de pasos.

Isabel lanzó un grito y se colocó detrás de sus protectores.

Estos, cuyos ojos relumbraron como centellas, desnudaron las espadas.

Ni siquiera les ocurrió cerrar la puerta que daba al pasillo.

Eran demasiado valientes para pensar en otra defensa que la de sus brazos.

Además, el peligro era el mismo habiendo cerrado, porque la puerta era endeble y hubiera sido abierta con facilidad.

Aún no sabemos de estos dos personajes más, sino que el anciano era padre del jóven; pero nos interesamos en su suerte, siquiera porque en aquellos momentos estaba ligada á la de Isabel, y por los nobles sentimientos que habian empezado á mostrar.

A aquellas horas, en aquel aposento desamueblado, cargados de oro y despues de haber oido los informes de la vieja, podia sospecharse que aquellos hombres eran unos criminales, y que los talegos representaban el fruto de sus crímenes.

Empero no habia más que mirarlos para que se disipase toda sospecha.

Aquellas nobles frentes tenian ese sello inequívoco de la honradez, que no se oculta á los ojos del más torpe.

Reinó en la estancia el más profundo silencio y la inmovilidad más absoluta.

¿Qué podrian hacer los dos hidalgos contra cinco hombres valientes, resueltos y acostumbrados á aquella clase de luchas?

La que iba á entablarse no era dudosa en sus resultados.

De nada serviria el valor ante fuerzas superiores.

¡Pobre Isabel!

CAPITULO LVII.

Principia el combate.

El silencio duró bien poco.

En el pasillo brilló una luz, que en seguida se apagó, y sonaron pasos.

Los cinco jóvenes, al ver que no estaba oscura la habitacion inmediata, cerraron la linterna, que para nada les servia.

Los dos hidalgos apretaron con fuerza convulsiva la empuñadura de sus espadas; pero sus rostros no cambiaron de expresion.

Sus frentes se erguian con fiereza, á pesar de que creian que tendrian que habérselas con los esbirros del Santo Tribunal.

Aparecieron los cinco jóvenes, entrando primero el vizconde y el autor de la calaverada, y quedando los otros tres á la puerta.

En el primer momento se pintó en sus semblantes la sorpresa.

Creian encontrar solamente á un débil anciano poseido de terror al verlos, y tenian enfrente dos hombres con las espadas desnudas y en actitud resuelta de rechazar cualquier ataque.

Por entre los hombros de los dos hidalgos se divisaba la cabeza de Isabel, cuyo rostro lívido y descompuesto, cuyos ojós desencajados, revelaban su terror.

Ninguno de los cinco acometedores sabia lo que era miedo, y si se detuvieron, no fué por temor á las dos espadas, sino por sorpresa, y porque les era preciso reconocer el terreno y hacerse cargo de las respectivas situaciones de los unos y los otros.

Los defensores de Isabel, que si bien estaban encendidos por la ira, no se sentian tampoco turbados ante el peligro, comprendieron inmediatamente que no era con los esbirros de la Inquisicion contra quien tenian que habérselas, sino contra jóvenes desalmados, á quienes sin duda la belleza de Isabel llevaba á aquel extremo.

Para unos y otros cambiaba la cuestion, y era la situacion muy distinta de la que esperaban.

Puesto que no eran representantes de la autoridad los acometedores, sino cinco miserables que querian llevar á cabo un abuso, los dos hidalgos se encontraban en su derecho de defenderse, de rechazar la fuerza con la fuerza, si no bastaba la razon.

Que eran nobles y ricos los acometedores, no podia dudarse, porque claramente lo decian sus ricos trajes y su altivo continente.

Por espacio de un segundo se contemplaron con ojos centellantes, con mirada ardiente y provocadora.

Para que se acometiesen con el encarnizamiento de los más odiados enemigos, no faltaba más sino que cualquiera de ellos pronunciase una palabra, diese un paso, hiciese el más leve movimiento, porque en casos tales un simple gesto suele ser la señal de combate.

El anciano rompió al fin el silencio, y con voz grave y reposada, con una calma que en aquellos momentos no debia esperarse, dijo:

—Sin duda, señores, os habeis equivocado.

—No,—replicó atrevidamente el vizconde.

—Esta es mi casa.

—Lo cual no nos importa.

—Sí os importa; porque yo, dueño y señor absoluto aquí...

—¿Nos echareis?—interrumpió el vizconde, desplegando una sonrisa desdeñosa.

—Antes de echaros,—repuso el anciano con la misma calma,—os advertiré que habeis entrado en mi casa sin mi licencia.

—Lo sabemos ya, buen viejo.

—Y que habeis entrado como entran los ladrones...

—Como mejor nos ha parecido, y con la firme resolucion de no salir sin llevarnos á esa hermosa rubia que se ha parapetado tras de vosotros.

—La empresa es difícil.

—Si no es imposible...

—Tal vez.

—¿Os atrevereis, villanos?...

—Hidalgos somos, y lo probaremos.

—Pues bien, señores hidalgos, si no habeis de entregarnos á esa mujer, ya podeis empezar á dar gritos pidiendo socorro.

—No necesito ayuda para defender mis derechos; no he menester socorro mientras tenga mi espada.

—¡Vive Dios!... El viejo es atrevido...

—Salid...

—Que apurais nuestra paciencia...

—Salid os digo.

—Viejo chocho,—replicó el vizconde,—pronto vereis cómo sabe hacerse obedecer gente de nuestra calidad.

—Sí,—replicó el anciano con acento de profundo desden,—muy pronto veré cómo cinco valerosos nobles se convierten en cinco bandidos cobardes, y prueban su nobleza y su valor acometiendo á dos hombres...

—¡Por el infierno!—gritó el vizconde fuera de sí.—Nos llama cobardes porque somos cinco contra dos... ¡Oh!... Ahora lo veremos.

Y volviéndose al que á su lado tenia, le dijo:

—Tú y yo en buena lid disputaremos el derecho de llevarnos á esa mujer, y si uno de nosotros es vencido, le reemplazará cualquiera de nuestros compañeros.

—Sí, sí,—respondieron los cuatro.

—Pero yo,—añadió uno de los que estaban detrás,—quisiera ser el primero en dar al viejo hidalgo una leccion, que no la olvidase fácilmente.

—Y yo,—dijo otro,—os ruego que me permitais pagar al jóven con una buena estocada la sonrisita burlona que nos envia desde que vinimos.

Efectivamente, Leandro habia empezado á sonreirse tan

desdeñosa ó más bien burlonamente, que no podia mirársele con calma.

—No,—replicó el anciano,—no es menester que deis esa prueba de vuestro valor y vuestra nobleza, porque para mí no sois más que cinco ladrones miserables que habeis penetrado en mi casa, y á los cinco os acuchillaré si no quereis salir.

—¡En guardia!—gritaron el vizconde y el primer aspirante á Isabel.

—¡Atrás!—exclamaron el padre y el hijo.

Y se cruzaron instantáneamente las cuatro espadas.

Isabel lanzó un grito y se apoyó contra la pared, porque empezaban á faltarle las fuerzas.

Los aceros chocaron y empezaron á moverse con rapidez, reflejando en ellos la luz de la linterna, que aún conservaba Leandro en la mano.

Los tres que estaban junto á la puerta permanecieron inmóviles, aunque dispuestos á reemplazar al primero de sus amigos que cayese.

En los primeros momentos no se advirtió ventaja de parte de unos ni de otros.

A cual más, los cuatro combatientes manejaban admirablemente las espadas, y para acometer tenian tanto acierto como habilidad para defenderse.

Asestábanse á menudo estocadas que revelaban su destreza; pero con la misma maestría eran paradas y contestadas con otras no ménos certeras.

El padre y el hijo parecian hombres de más calma que los otros.

Su sangre fria era en aquellos momentos una gran venta-

ja; pero en cambio tenian la desventaja de los pesados talegos, que no habian soltado y que los embarazaban bastante.

Isabel, haciendo de la necesidad virtud, como se dice vulgarmente, ó sacando fuerzas de flaqueza, como tambien suele decirse, habia conseguido dominarse algun tanto, y contemplaba con espantados ojos el combate.

¿Por qué no gritaba pidiendo socorro, puesto que no se trataba de inquisidores ni gente de justicia?

Ella misma no hubiera podido decirlo.

Desde el momento en que sus dos protectores no tenian que luchar mas que con otros dos hombres y con armas iguales, comprendió instintivamente la infeliz que pedir ayuda hubiera sido lo mismo que poner en duda el valor y el honor del padre y el hijo.

Ni unos ni otros pronunciaron una palabra.

Los aceros seguian chocándose sin que la sangre hubiese enrojecido ninguno.

Leandro, sin dejar de combatir, rompió al fin el silencio para decir á Isabel:

—Señora, cuando veais rodar una espada, hacedme el favor de cogerla, ponerle encima un pié y romperla.

—¿Teneis la pretension de desarmarme?—preguntó el mancebo enamorado.

—Tengo simplemente el deseo de disminuir el número de los enemigos sin verter mucha sangre.

—Bueno es saberlo...

—Ya estais avisado.

—Tanta arrogancia...

—Ved si cumplo lo que prometo,—dijo Leandro.

Y la espada de su contrario saltó, cayendo junto á Isabel.

Ésta, como un autómata que obedece á sus resortes, cogió el arma y la rompió con la fuerza febril que la animaba en aquellos momentos.

El calavera dejó escapar un rugido de desesperacion, dando un paso atrás.

Uno de sus compañeros ocupó su lugar inmediatamente mientras decia:

—Me toca á mí... Que nadie me dispute mi derecho.

Y su relumbrante tizona se cruzó con la de Leandro.

Este segundo adversario era más temible, porque parecia más dueño de sí y no era tan fácil hacerle perder la calma como al otro.

—Señor hidalgo,—dijo el vizconde, mientras su amigo el desarmado se arrancaba y destrozaba los riquísimos vuelos de encaje de Bruselas que asomaban por las mangas de su jubon;—señor hidalgo, perdeis la línea, os quedais en descubierto...

—¿Y por qué no aprovechais la ocasion?—replicó el anciano, que, como su hijo, empezaba á sonreir burlonamente.

—Soy noble y leal.

—Pues bien, para todo teneis licencia, porque es mi gusto batirme así.

—Entonces...

—A fondo, caballero, tiraos á fondo, que la ocasion la pintan calva.

Y el anciano, siempre en descubierto, atacó más impetuosamente.

—Puesto que lo quieres, sea,—dijo el vizconde.

Y se tiró á fondo, yendo su espada derecha al lado izquierdo del pecho de su enemigo.

Pero en lugar del pecho, la espada encontró el talego oculto bajo la capa, y en vez de penetrar, se dobló y partió en dos pedazos.

—¡Ira de Satanás!—gritó el vizconde fuera de sí.

Y lo mismo que su amigo, se vió precisado á retroceder.

Otro se puso en su lugar y siguió el combate.

—Dos enemigos ménos...

—¡Por el infierno!...

—Despues de las espadas harán su papel las dagas...

—Adelante, adelante...

—Atrás digo yo, atrás, miserables.

Los dos que estaban desarmados, en un rincon del aposento, apenas se atrevian á levantar los ojos.

Volvió á reinar un silencio profundo, solamente interrumpido por el estridente chis chas de los aceros y la respiracion violenta y fatigosa de los combatientes.

Leandro intentó hacer con el segundo adversario lo mismo que con el primero.

Pero no lo consiguió.

—¡Diantre!—dijo,—teneis buena muñeca, lo reconozco.

—A mí no me engañareis,—dijo el que entonces peleaba con el anciano:—si teneis una cota...

—Lo que tengo es un monton de oro, y ya sabeis, caballero, que ante el oro todo sucumbe en este mundo.

—Puede que digais verdad, porque vuestros movimientos...

—Ya lo veis, mis movimientos son penosos.

—Pues si os mato...

—Si nos matáseis, os llevaríais dos tesoros; la mujer á quien defendemos y el oro que llevamos encima.

Al pronunciar estas palabras el anciano, detrás de los calaveras, es decir, en el pasillo, resonó una voz ronca, desagradable, una voz semejante al mugido de un toro, que gritaba:

—¡Cien mil legiones de demonios y condenados!... ¡Rayos del infierno!...

CAPITULO LVIII.

Cómo terminó el combate.

Al resonar en el pasillo aquella voz, lo mismo los calaveras que los dos hidalgos, dejaron escapar un grito, que tanto podia ser de sorpresa como de terror.

Los que estaban junto á la puerta, se volvieron; pero antes de darse cuenta de lo que sucedia, vieron relumbrar una espada, que cayó sobre uno de ellos, abriéndole el cráneo.

No era posible que en aquellos primeros instantes acertara ninguno á decir en socorro de quién llegaba el nuevo personaje.

Ni unos ni otros esperaban ayuda, y por consiguiente todos creyeron que era un enemigo.

Al caer sin vida uno de los nobles mancebos, retrocedieron los demás, haciendo lo mismo los dos hidalgos, de lo cual resultó la confusion más completa que puede imaginarse, sin

que ninguno pudiera decir otra cosa sino que á la puerta acababa de aparecer un gigante, cuyos ojos despedian llamaradas, y que el acero que habia quitado la vida á uno, se agitaba en todas direcciones y amenazando á todas las cabezas.

Al volverse, moverse y confundirse, rodaron las linternas, y la habitacion quedó en la más profunda oscuridad.

Resonó otro grito, cuyo significado tampoco hubiera podido comprenderse.

Y tras el grito se oyó el ruido de las espadas, ya chocando unas con otras, ya contra las paredes.

Y á este ruido se mezcló el de las roncas voces que proferian terribles amenazas, juramentos y blasfemias.

¿Cómo seguian peleando, si entre las densas tinieblas no podian distinguirse los amigos de los contrarios?

Seguian, porque todos ellos estaban ciegos ya, trastornados, locos por la ira.

Con las espadas ó las dagas, y como impulsados por un vértigo infernal, descargaban golpes hácia todos lados, experimentando un satánico gozo cuando acertaban á herir á alguno, sin pensar si habia sido amigo ó enemigo.

En nuestros dias no hubiera durado la horrible confusion mas que algunos instantes, porque la luz de un fósforo hubiera disipado las tinieblas; pero entonces no se encendia luz con la misma facilidad, y aquellos hombres, sin que les quedara ni aun el recurso de huir, porque no sabian dónde estaban las puertas, debian continuar luchando hasta aniquilarse todos.

¿Y qué seria de Isabel?

Más de un golpe debia herir á la desdichada y acabar con su existencia.

Bien pronto á los juramentos y amenazas se mezclaron los ayes lastimeros de la agonía.

Más de una vez se oyó el ruido sordo de un cuerpo que caia pesadamente en tierra.

Más de una vez los ciegos combatientes, al dar un paso, sintieron bajo su pié el cuerpo de un infeliz que se agitaba con las convulsiones de la muerte.

No puede concebirse nada más horrible, nada más espantable, nada más aterrador.

Ayes, blasfemias, golpes, todo resonaba en infernal confusion.

¿Qué término debia tener aquella lucha de ciegos y locos?

Un monton de cadáveres, entre los que se veria el de la infeliz esposa de Jacobo; un monton de cadáveres entre montones de oro, porque los talegos debian haberse destrozado, esparciéndose su contenido.

Horrible y extraño á la vez debia ser el cuadro que se presentase á los ojos del primero que con una luz penetrara en aquel aposento.

Segun nuestro cálculo, no duró ménos de cinco minutos aquella espantosa confusion.

El número de voces habia disminuido notablemente, así como el número de golpes, lo cual probaba que era tambien mucho menor el número de combatientes, ó lo que es igual, que ya muchos de ellos habian perdido la existencia ó estaban heridos tan gravemente, que no podian moverse del lugar en que habian caido.

Cuando la ira llega á cierto grado, se pierde por completo la razon, y el hombre no es ni más ni ménos que una fiera más temible que ninguna.

Aunque alguno de los combatientes hubiese encontrado la puerta, no habria salido, porque ya todos ellos necesitaban sangre, mucha sangre, para quedar satisfechos.

—¡En nombre del rey!... ¡Alto á la justicia!—se oyó gritar cerca de allí.

Y pocos segundos despues brilló una luz.

Y al disiparse las tinieblas se distinguieron cinco ó seis hombres que, espada en mano, penetraron en la habitacion.

Pero apenas se oyeron las nuevas voces y brilló la claridad, uno de los combatientes, cuya estatura era gigantesca, desapareció por el opuesto lado, ó lo que es igual, por el pasillo que ya conocen nuestros lectores.

De esto no pudo apercibirse nadie.

Los recien llegados eran un alcalde y seis alguaciles.

Lo mismo ellos que los que allí estaban antes, quedaron inmóviles.

Instantáneamente reinó un silencio absoluto.

Unos y otros se miraron con asombro.

¿Qué habia sucedido?

En el suelo habia tres hombres, que eran tres de nuestros calaveras.

Uno con el cráneo dividido, primera víctima del espadon del aparecido gigante.

Otro, aunque vivo, con una herida en el pecho; era el que aspiraba á la belleza de Isabel, y habia promovido el lance, cuyo sangriento fin nadie esperaba.

El tercero tenia tres ó cuatro heridas y el rostro cubierto de sangre, y era el que parecia estar mejor.

De los dos restantes, el uno habia recibido una cuchillada

en el brazo izquierdo, y el otro, que era el vizconde, no tenia ni el más leve rasguño.

Hubiérase dicho que su misma audacia lo protegia.

En la diestra empuñaba la daga con que probablemente habia herido á alguno de sus compañeros.

¿Y la esposa de Jacobo y sus dos protectores?

Estos conocian perfectamente el interior de la casa, y apenas se apagó la luz y empezó la confusion, sin detenerse á herir ni dar tiempo á ser heridos, asieron á Isabel por los brazos y la arrastraron fuera del aposento.

A los pocos minutos se encontraban en la calle.

No por olvido, sino á propósito, dejaron la puerta abierta de par en par, y se alejaron presurosamente.

Quiso la casualidad que una ronda pasase por allí, y como oyesen el ruido de la pelea y viesen abierto, entraron para averiguar lo que sucedia.

Nuestros lectores habrán adivinado que el gigante que tan oportunamente se habia presentado, era Simon.

Éste, al ver llegar á la justicia, no pensó mas que en huir, y la misma confusion que habia producido con su presencia, le sirvió para escapar, volver á la morada de la vieja, y decirle:

—Buena la has hecho, bruja... pagarás la torpeza.

Y desapareció.

La beata cerró la puerta y empezó á temblar.

El alcalde reconoció en seguida á los cadáveres, y dirigiéndose al vizconde, que era el único que se encontraba sano, le dijo:

—¿Quereis explicarme lo que esto significa, caballero?

—Amigo mio,—respondió el jóven, envainando la daga,—

esto no significa más, sino que entramos aquí tras de una mujer, encontramos atrevidos que pusieron la mano sobre nosotros, nos defendimos, apagaron la luz y huyeron como villanos, y... no sé más, porque ahora veo el triste resultado de la refriega.

—Pero esta casa parece estar deshabitada...

—Así parece.

—Es cosa extraña.

—Y sobre todo, desagradable.

—Nadie vive aquí...

—Sin embargo, aquí nos trajo engañados una sirena...

—Comprendo, os han tendido un lazo; pero los criminales no pueden estar lejos,—repuso el alcalde.

Y volviéndose á los alguaciles, les dijo:

—Corred, apoderaos de cuantas personas encontreis por estos alrededores y traed un cirujano.

El vizconde habia desfigurado la verdad para evitar que la justicia hiciese averiguaciones y se produjeran graves escándalos.

—De todos modos,—dijo para sí mientras los alguaciles se alejaban,—á los muertos no puede resucitárseles, y la verdad á nadie le interesa más que á mí, porque dejaré de ser quien soy, ó he de averiguar quiénes son esos hidalgos y esa mujer misteriosa.

Y luego añadió en voz alta:

—Ya nos conoceis, señor alcalde, y...

—Descuidad.

—Es preciso evitar el escándalo.

Lo que despues de esto sucedió, no es menester que lo digamos.

Los alguaciles no encontraron alma viviente á quien prender.

El cirujano reconoció las heridas.

Al uno lo encontró muerto; pero de los otros dos dijo que habia esperanzas de que salvasen la vida.

Por lo demás, tratándose de personas como el vizconde y sus amigos, la justicia haria lo que estos quisiesen.

CAPITULO LIX.

David vuelve á desesperarse.

Simon no pudo hablar más de lo que á él se referia, puesto que ignoraba todo lo demás.

El dia anterior no habia ido á ver á Isabel antes de la noche, y para obrar así se fundó en prudentes y graves razones.

En efecto, la vieja pasaba la mayor parte del dia fuera de su casa, y los vecinos, que en todos tiempos han sido muy curiosos, no habrian dejado de observar que en la vivienda de la beata habia gente que abriese á ciertos amigos, y tras esta observacion peligrosa, habrian tenido el deseo, mucho más peligroso, de averiguar quién quedaba en la casa cuando la mujer salia.

Fué, pues, Simon á la noche y á hora bastante avanzada; lo recibió temblando la vieja, le refirió lo que acababa de sucederle, y él, sin detenerse á reflexionar, corrió tambien á

la casa inmediata, produciendo con su presencia el efecto que ya sabemos.

Apenas se oyeron las voces de «alto á la justicia» y asomó la luz, Simon no pensó mas que en huir.

¿Era esto una cobardía?

No.

¿Significaba su fuga que no queria comprometerse por Isabel mas que hasta cierto punto?

Tampoco, porque en aquellos momentos el gigante no habria tenido inconveniente en sacrificar la vida.

Segun antes habia dicho, la cuestion era para él una cuestion de amor propio, y en esto no mentia.

Pero Simon era, como vulgarmente se dice, perro viejo, no tenia la fogosa imaginacion de los veinte años, ni mucho ménos era impresionable como una mujer; sabia dominarse cuando convenia, y en ningun caso cometia la torpeza de hacer sacrificios estériles.

¿De qué habria servido su presencia en la casa misteriosa despues de la llegada de la justicia?

De nada más que de perderse él tambien, porque no le habrian guardado ninguna consideracion.

Ya hubiera muerto Isabel, ya estuviese viva, nada podia hacerse por ella.

Tampoco le era posible detenerse para ver el resultado del combate: solo se atrevió, y no fué poco hacer, á perder un instante y echar una rápida ojeada á su alrededor, aprovechando el primer destello de luz que penetró en el aposento, y le pareció que, entre los que estaban en tierra y los que quedaban en pié, no componian el número de ocho personas, es decir, los cinco calaveras, Isabel y sus dos defensores, pues-

to que al llegar habia visto Simon que eran dos hombres los que resistian á los acometedores.

Tambien le pareció que ni en pié, ni en el suelo, habia ninguna mujer, cuyo bulto, por la ropa, no debia confundirse con los demás.

En opinion del gigante, aprovechando la confusion, Isabel habia huido, salvándose al ménos por aquella noche.

Pero esto no era más que una suposicion, tanto ménos tranquilizadora, cuanto que no se fundaba mas que en una mirada rápida, incierta, echada en momentos de confusion y turbacion y casi en medio de la oscuridad.

Cualquiera que hubiese sido el resultado del extraño suceso de la noche anterior, habia mucho que temer por la suerte de la infeliz madre.

La situacion de ésta, si habia librado la vida, era peligrosa como nunca.

Todo esto lo pensó David, haciendo otras muchas reflexiones á cual más tristes y desconsoladoras.

El infeliz quedó como anonadado.

Inclinó sobre el pecho la cabeza y pasó largo rato sin que pronunciase una palabra.

—Veamos, Simon, veamos,—dijo al fin, pasándose las manos por la frente.

—¿Qué quieres?

—Lo primero que necesito es poner mis ideas en órden, aclararlas, porque bullen en mi cabeza y todo lo veo confuso.

—Preciso es que te tranquilices, porque de otro modo no cometerás mas que torpezas. Mira, yo anoche estaba desesperado y tuve que hacer un verdadero sacrificio para alejarme

de aquella casa, porque tenia la sangre encendida y mi único deseo era seguir dando cuchilladas hasta que no hubiera quedado una persona viva delante de mí; pero ya ves, es preciso ser prudentes, porque no siempre se remedian las cosas con golpes.

—Tienes razon.

—Es menester disimular.

—Sí, yo tambien sé dominarme, y te lo probaré. En la situacion en que nos encontramos, no es la bravura del leon la que ha de servirnos, sino la astucia del tigre.

—David, tienes mucho entendimiento, y cuando hablas me quedo con la boca abierta. Yo pensaba eso mismo; pero no sabia explicármelo. ¡Voto á Satanás! Te aseguro que cuando te sosiegues hemos de dar mucho que hacer, tú con tu cabeza y yo con mis manos.

—Reflexionemos.

—Sí, sí, reflexionemos, ó más bien reflexiona tú por los dos, puesto que yo no sirvo para el caso.

—Mi querido Simon, en estos últimos dias has dado pruebas de que vales tanto por la inteligencia como por los puños.

—¡Rayos y truenos!...

—¿Te enfadas?...

—Antes me amenazabas y ahora me adulas.

—Antes eras el instrumento de que se servia mi voluntad, antes eras el esclavo á quien se hace obedecer á la fuerza......

—¿Y ahora?

—Eres mi amigo,—dijo el huérfano, estrechando la mano del gigante.

—Mira,—replicó éste con su natural rudeza,—todo esto no es más que música celestial.

—Simon...

—Vamos á ver lo que sale de tu cabeza.

—De mi joroba debieras decir,—repuso el huérfano, sonriendo con amargura.

—Pues bien, si no has de llevarlo á mal, te diré que tu joroba es un zurron, donde creo que guardas cosas muy buenas.

—Ayer has hecho heroicidades, has dado pruebas de tener un gran corazon.

—David,—interrumpió el gigante,—lo que estás diciendo no nos sirve ahora para salir de apuros.

—Bien, entremos en explicaciones.

—Te he dicho cuanto sabia.

—Pero me has de repetir algo, para que yo acabe de poner en órden mis ideas.

—Pregunta y responderé.

—La vieja te dijo...

—Repetiré sus palabras con toda exactitud.

—Sí, sí.

—Llegué, llamé y la bruja me abrió despues de preguntarme cien veces quién era. Entré, la ví temblando... ¡Ira de Satanás! Le pregunté por la otra y me respondió: «Se ha ido, y tras ella han ido tambien los otros»... ¡Cien legiones de condenados!... Me quedé como el que vé visiones, le pregunté quién eran los otros, y entonces me dijo: «Llamaban desaforadamente á la puerta, gritaban para que abriese al Santo Oficio, abrí, cayeron sobre mí, me ataron y taparon la boca... Ella se habia puesto en salvo por las tapias del corral

y despues de preguntarme quién vivia en esa otra casa, han tomado el mismo camino.»

—Pero ella habria conocido su error...

—Sí, me dió algunas explicaciones, por las cuales comprendí que los nobles caballeros querian apoderarse de Isabel, sin más motivo que el de encontrarla hermosa, y como ellos pueden hacerlo todo sin miedo á la justicia, siguieron á la infeliz como el cazador persigue á la cierva que vá herida.

—Sí, eso es; pero no hay duda que alguno de esos hombres habia visto á Isabel.

—Puesto que la buscaban...

—Espera, Simon: voy á recapitular.

—Como quieras.

—Si pudiéramos probar que esos miserables han tomado el nombre del Santo Oficio...

—Es fácil probarlo.

—¿Cómo?

—Declarará la vieja.

—Sí; pero esa mujer diria otras cosas que no nos conviene que se digan.

—Y que tal vez haya descubierto á estas horas.

—Entonces...

—Oye, David, lo que hè pensado sobre este negocio.

—Te escucho.

—La justicia habrá encerrado á la beata y habrá sabido la verdad ó no tardará en saberla, lo cual es un peligro para mi persona, y como no quiero salir de Herodes para ir á Pilatos, como me desagrada el haber escapado de la Inquisicion para que me encierren en la cárcel, esta mañana muy temprano he salido á buscar nueva vivienda.

—¿Y la has encontrado?

—Sí.

—Prosigue.

—El señor alcalde no dejará de dar parte á los inquisidores sobre el suceso.

—Lo hará, porque se ha tomado el nombre del Santo Oficio.

—Y como la pícara bruja hablará de cierta rubia...

—Comprendo.

—Tu amo adivinará en seguida quién era la mujer que estaba bajo mi proteccion.

—¡Oh!...

—Me parece,—repuso el gigante, desplegando una sonrisa,—que esto puede ser motivo para que Crispin justifique su inocencia.

Esta observacion fué para David un nuevo golpe.

—Simon,—dijo,—es menester averiguar el desenlace y las consecuencias de los sucesos de anoche.

—Aseguras que soy valiente, y me parece que no te equivocas; pero con todo mi valor no me he atrevido á dar un paseo por los alrededores de San Millan.

David meditó.

Al cabo de algunos minutos pareció más tranquilo y brillaron sus ojos.

—Bien,—dijo,—todo lo sabremos.

—¿Cómo?

—Déjame hacer.

El asesino se encogió de hombros.

—Tú,—añadió David,—ocúltate hasta que sepamos si te amenaza algun peligro.

—Mudaré de vivienda.

—Cuanto antes, mejor.

—No esperaré á mañana.

—Cuando yo sepa cuál ha sido el resultado de los sucesos de anoche, veremos lo que conviene hacer.

¿Qué medios pensaba poner en juego el jorobado?

Los más sencillos: él nada podia averiguar, porque cualquiera pregunta lo hubiera comprometido; pero decidió acudir á fray Tadeo y contárselo todo, y éste sabria bien pronto la verdad.

No quiso detenerse más el huérfano, guardó los papeles, que tambien pensaba enseñar al fraile, y despues de preguntar á Simon las señas de su nueva morada, despidióse y salió en el angustioso estado que era consiguiente.

Encaminóse á Santo Tomás; pero fray Tadeo habia salido.

Volvió al tribunal, y pocos minutos despues de haber llegado, vió á Florentin.

—¿Cómo te encuentras, hijo mio?—preguntó éste al huérfano con acento cariñoso.

—Ya estoy bien.

—¿Has paseado mucho?

—Bastante.

—Por eso estás agitado...

—Como aún no he recobrado todas mis fuerzas...

—Vamos, hijo, vamos y descansarás.

—Sí, vamos, que ya es hora de comer.

—Y que tenemos que hablar mucho,—dijo el abate mientras se alejaban del sombrío edificio.

—¡Que tenemos que hablar mucho!...

—Supongo que no te habrás olvidado del asunto que tanto nos interesa.

—¡Ah!...

—La hija de Isabel...

—No, padre mio, ni un solo instante me he olvidado de esa criatura.

—Desde hoy tú serás mi único confidente...

—Gracias, señor.

—¡Oh!... Ese miserable Crispin...

—Es muy hábil, y tal vez...

—No me engañará, descuida.

Hablando así, llegaron á la vivienda del abate y se dispusieron á comer.

CAPITULO LX.

Averiguaciones.

Tratándose de personas de tanta importancia como los cinco jóvenes, habiendo perdido la vida uno de ellos, y encontrándose otros dos en peligro de morir, era imposible guardar secreto sobre tales desgracias; y mientras David hablaba con fray Tadeo y con Simon, cundia la noticia del extraño suceso de la pasada noche, haciéndose mil comentarios, porque nadie acertaba á dar satisfactorias explicaciones.

Y efectivamente, ¿cómo se comprendia lo que habia pasado?

Fácilmente conoció el alcalde que no se le habia dicho la verdad, doblemente cuando las declaraciones de los heridos no estaban en completa armonía con la del vizconde.

Sin embargo, en vez de mirar á los calaveras como criminales, se les consideró víctimas de una emboscada, creyendo ó aparentando creer que se les habia tendido un lazo para robarlos, aunque era inconcebible que esto se hiciera con cin-

co hombres á la vez, y cinco hombres que tenian fama de valientes, y más de una vez habian probado que la fama era justa.

La autoridad vió, pues, un misterio, y quiso ponerlo en claro.

Para conseguirlo se presentó aquella mañana en la casa que habia sido teatro de la sangrienta lucha; pero allí nada encontró mas que las manchas de sangre que enrojecian el pavimento.

Reconoció todas las habitaciones y no vió de particular otra cosa que una puertecilla de roble forrada de hierro, y que pertenecia á la pequeña cueva del edificio.

¿Por qué se habia forrado aquella puerta?

Otra circunstancia llamó la atencion: la cerradura habia sido arrancada, y todo lo que pudo deducirse era que aquella cerradura debia ser de valor y no habian querido dejarla allí.

Presentáronse en las casas inmediatas; pero nada consiguieron, porque solo un vecino, cuyo dormitorio estaba contiguo á la habitacion donde habia tenido lugar el combate, declaró que habia sido despertado por un ruido confuso, y cuya causa le fué imposible adivinar en el primer momento; que levantándose y escuchando con atencion, pareciósle oir sonido de espadas y voces; que se vistió apresuradamente para salir y buscar una ronda; pero que el ruido cesó de repente, y aunque se asomó á una ventana, no pudo ver nada de particular.

¿Pero quién vivia en aquella casa?

—Una ó dos veces,—decian todos,—hemos visto un anciano entrar ó salir; pero ni sabemos su nombre ni ninguna de sus circunstancias.

—Pero su aspecto,—decia entonces el alcalde,—revelaria por lo ménos si era persona de clase distinguida.

—Parecia un hidalgo, y siempre se le vió vestido de paño negro.

—¿Y no habeis visto ninguna mujer?

—Ninguna.

—¿Y no ha entrado ni salido otra persona?

—Ninguna.

—¿Ni habeis intentado averiguar?...

—La verdad,—respondió algun vecino,—hemos intentado averiguar, hemos observado, y nada hemos conseguido.

El misterio se hacia cada vez más impenetrable.

El alcalde era astuto, perspicaz, y tenia larga experiencia.

No se quiso dar por vencido.

Habláronle de la beata, diciéndole que ella tal vez podria dar más noticias, porque su casa comunicaba con la otra por el corral.

—Bien,—dijo el alcalde,—no falta otro vecino á quien pedir declaracion.

Y llamó á la puerta de la vivienda que se le habia indicado.

Nadie respondió.

Volvió á llamar una y otra vez, y como tampoco le contestasen, decidió abrirse paso en nombre de la ley.

Entraron, reconocieron escrupulosamente todas las habitaciones, y lo primero que les llamó la atencion fué que habia dos camas, lo cual probaba claramente que la beata no vivia sola, como aseguraban todos.

A esta observacion no supieron los vecinos qué responder, pues quedaron tan sorprendidos como el mismo alcalde.

Luego advirtieron que la puerta que comunicaba con la cocina habia sido forzada.

El alcalde examinó atentamente aquella puerta y reflexionó.

—Mirad, esto me parece digno de ser observado,—dijo al escribano que le acompañaba.

—Sí,—respondió éste, que no era ménos astuto;—á esta puerta se le ha dado un golpe por este lado.

—Efectivamente, así lo prueba el que por el otro está la llave.

—Habia, pues, una persona en esta cocina, y la susodicha persona se habia encerrado.

—Pero rompieron la cerradura los que habia en esa otra habitacion...

—Esto es claro, es evidente,—repuso el escribano sonriendo.

—Sí, uno ó más huian, otros perseguian; el perseguido se refugió aquí y cerró; los perseguidores hicieron saltar la cerradura...

—Y luego unos tras otros fueron al corral, que es lo mismo que nosotros debemos hacer ahora, si vuestra señoría lo encuentra acertado.

—Vamos.

En la tapia del corral encontraron las señales del escalamiento, y siguiendo las huellas, llegaron en breve al aposento donde habia tenido lugar el combate.

El escribano volvió á sonreir maliciosamente.

El alcalde, con su gravedad de costumbre, dijo:

—Leedme otra vez la declaracion del señor vizconde.

Obedeció el hombre de la fé pública.

—Vinieron,—murmuró el alcalde, como si hablase consigo,—vinieron tras una mujer.

—Y creo que es verdad, señor; solamente que el noble vizconde ha olvidado decir si entraron por la puerta ó por la tapia.

No quiso responder á esta maliciosa observacion el buen alcalde; aparentó no haberla entendido y acabó el reconocimiento.

Era indudable que la vieja no habia querido esperar á que la justicia le pidiese explicaciones y habia huido, abandonando su vivienda y su mísero ajuar.

Otro misterio, pues.

La beata tenia en su casa á otra persona.

¿Quién era ésta?

La mujer objeto de la sangrienta lucha.

Así lo comprendió el alcalde despues de reflexionar.

No le quedaba mas que un solo resorte que tocar: la declaracion del dueño de la casa donde vivia el misterioso anciano.

Aquel mismo dia se tomó esta declaracion; pero el propietario no pudo decir más sino que hacia tres años que se le habia presentado un hombre jóven y de buen aspecto, alquilándole la casa con condiciones muy ventajosas.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?—preguntó el alcalde.

—Juan Lopez, segun me dijo; pero bien pudo mentir.

—¿Era hidalgo?

—Lo parecia.

—¿Y con qué condiciones le alquilásteis la casa?

—Por treinta escudos al año.

—Buen precio.

—Y en el acto me entregó el importe de la primera anualidad.

—¿Y despues?

—No tendré otro inquilino igual: para nada absolutamente me incomodó, y el mismo dia que terminaba el plazo del arrendamiento, se me presentó y me dió los treinta escudos del año siguiente.

—¿Y despues del segundo plazo?

—Me pagó con la misma exactitud el tercero, que aún no ha cumplido.

—¿Cuándo cumplirá?

—Dentro de ocho dias.

—Es extraño que en tanto tiempo no se os haya ocurrido ver á ese hombre.

—¿Y para qué?... Me pagaba religiosamente y nunca me pidió nada. Otras casas tengo, señor, y sobre no poder cobrar tan cómoda y exactamente, los inquilinos me están siempre exigiendo obras y reparos, que de hacerse todos, me costarian más de lo que me pagan por alquiler.

Por primera vez en su vida el alcalde tenia que darse por vencido, lo cual le mortificaba tanto, que decidió dar un paso que podia comprometerlo.

—Veré al vizconde,—dijo.

Y se presentó en la vivienda del mancebo, precisamente cuando éste acababa de levantarse, porque habia dormido toda la mañana.

Saludáronse amable y cortesmente, y el vizconde, con alguna sorpresa, dijo:

—No esperaba que tan pronto me hiciéseis el honor de visitarme, porque supongo que no os dareis tanta prisa en ter-

minar nuestro asunto, que en pocas horas se hagan necesarias dos declaraciones.

—Ahora, más que como juez, vengo como amigo, porque si he de hablaros con franqueza, el negocio que nos ocupa me tiene algo inquieto.

—¿Por qué?... Soy vuestro amigo, ya lo sabeis: en cualquiera ocasion debíais contar conmigo para todo, y en la presente mucho más. ¿Qué temeis, caballero?

—Los misterios me desagradan, porque son peligrosos.

—¡Misterios decís!...

—Mi querido vizconde, hablemos con franqueza para que yo pueda obrar con acierto, y así se eviten escándalos y disgustos para vos y quede á cubierto mi responsabilidad. El negocio es grave, muy grave, y no puede dejársele en el olvido, que seria lo más conveniente, porque un ilustre caballero ha perdido la vida, y hay una familia que pide venganza.

—Pues será preciso que esa familia deje de pedir.

—Si se tratara de un duelo, el honor cerraria todas las bocas; pero segun vos mismo decís, se os ha tendido un lazo y milagrosamente no habeis perecido todos en el nido de los criminales adonde se os llevó. Una reyerta entre caballeros, aunque cueste la vida á alguno, no dá lugar á reclamaciones, y cuando el juez dice que nada ha podido averiguar, que no encuentra al criminal, todo el mundo calla, porque los más interesados en vengarse son los primeros en hacer que se olvide el asunto; pero el caso es completamente distinto: el muerto y los dos heridos más graves tienen familia, y estas familias me asedian y llevàn sus clamores hasta el trono, y no tardarán en decir que soy torpe ó poco celoso en el cumplimiento de mi deber.

—Yo tambien, mi buen amigo,—replicó el vizconde tranquilamente,—daria la mitad de mi fortuna porque se encontrara á los criminales.

—Pues bien, ayudadme.

—¿Y qué he de hacer para ayudaros?

—¿Hablamos como amigos?—preguntó el alcalde, fijando en el mancebo una escudriñadora mirada.

—¿Lo dudais?

—No lleveis á mal que os pida una prueba.

—Pedidla.

—La tendré en la contestacion que me deis á una sola pregunta.

—Sí, tendreis esa prueba y acabareis de conocerme.

—¿Es verdad, es exacto lo que habeis dicho en vuestra declaracion?

La frente del vizconde se contrajo ligeramente.

—Caballero,—replicó,—la pregunta que me haceis...

—Os la hace el amigo, no el juez.

—Entonces...

—No habeis declarado la verdad.

—No,—repuso el jóven,—y puesto que como amigos hablamos, os referiré á vos, al amigo, nuestra aventura de la noche pasada, que á pesar de todo no deja de ser divertida.

—Gracias, mi querido vizconde.

—Escuchadme.

—Tengo ese placer,—dijo el alcalde, inclinándose ligeramente.

—En una de aquellas casas,—repuso el vizconde,—vive una vieja, una bruja...

—Lo sé.

—Hace algunos dias observó mi amigo Lainez que la vieja no estaba sola.

—Habia con ella otra mujer...

—Jóven, hermosa, tan hermosa como no he visto ninguna. ¡Vive el cielo!... ¿De dónde habia salido aquella perla?

—Empiezo á comprender.

—A Lainez le ocurrió lo que me hubiera ocurrido á mí; que tanta belleza, tanto hechizo no debian estar entre harapos en un oscuro rincon, y que puesto que para alguien se guardaba el tesoro...

—Sí, no era cosa de dejarlo perder despues de haberlo descubierto.

—¿No sois de nuestra opinion?

—Me parece que os equivocábais.

—¿En qué?

—En haber creido que esa mujer era una mercancía depositada en manos de la vieja.

—¿Y en qué se funda vuestra opinion?

—Proseguid.

—Posible es que acerteis, porque hay circunstancias... ¡Oh!—exclamó el vizconde, apretando los puños,—por descubrir á esa mujer y á sus protectores, por levantar un extremo del velo misterioso que los encubre, daria la mitad de mi vida.

—Cualquiera diria que os habeis enamorado de esa mujer.

—No la he visto mas que un instante y medio oculta por los que la amparaban; pero os juro que no puede ser lo que parece, y aunque no me he enamorado...

—El retrato de esa mujer misteriosa ha quedado...

—No en mi corazon, no; pero sí en mi cabeza para siempre.

—Decidísteis apoderaros de ella.

—Sí.

—Sobornásteis á la vieja...

—No.

—Ello es que entrásteis en la casa sin apelar á violencias.

—Apelamos á la astucia, llamamos, mandamos abrir en nombre del Santo Oficio y oimos un grito de terror, grito que seguramente no fué lanzado por la vieja.

—Eso es grave, muy grave, señor vizconde,—repuso el alcalde, cuya frente se oscureció.

—Sí, es grave, porque los señores del Santo Oficio...

—No hablemos de la Inquisicion.

—¡Diantre! á mí tampoco me gusta nombrarla; pero despues de haber reflexionado, lo cual hice detenidamente mientras lograba conciliar el sueño esta madrugada; despues de haber reflexionado, repito, empiezo á creer que los misteriosos personajes que han convertido en tragedia la comedia, tienen algo que ver con el Santo Tribunal.

—Peor para vosotros entonces.

—Sin embargo, me tranquiliza que ahora no hablo al juez, sino al amigo, y que no hareis uso de lo que os estoy diciendo, sino para que os sirva de guia en vuestras investigaciones.

—Descuidad.

—Teneis primeramente una vieja beata, lo cual es ya sospechoso.

—Es verdad.

—Luego una mujer jóven, bella, y cuyo rostro, sin miedo de equivocarme, aseguro que es el de una persona distinguida.

—Y esa mujer, que indudablemente no es lo que os figurábais...

—No, caballero: ya os he dicho que no pude mirarla detenidamente; pero su semblante habla en su favor.

—Proseguid.

—¿Dónde estaba?...

—Mandásteis abrir y oísteis un grito de terror.

—Luego, pasos precipitados y el ruido de una puerta que se cerraba, y de una llave que daba vueltas en la cerradura.

—La jóven que se refugiaba en la cocina.

—No os equivocais.

—¿Seguísteis llamando?

—Yo no hago nunca las cosas á medias, ni mis amigos estaban tampoco dispuestos á retroceder. Dado el primer paso, el honor ó el amor propio, como mejor os parezca, nos mandaba imperiosamente dar el último, y por consiguiente llamamos con mayores brios, despertó la vieja, repetimos nuestra órden, cayó en el lazo y abrió.

—Ya no necesitábais más que una amenaza y una bolsa.

—Por lo que pudiera suceder, sujetamos á la bruja, le tapamos la boca, y empezamos á registrar la casa. De un puntapié abrimos la puerta de la cocina, y cuando llegamos al corral sin haber encontrado á la hechicera rubia, comprendimos que ésta se habia puesto en salvo por la tapia.

—Corrísteis tras ella...

—Eso quise; pero mis compañeros fueron más prudentes, y antes interrogamos á la vieja.

—¿Qué os dijo?—preguntó el alcalde con vivo interés.

—Que en la casa inmediata no vivia mas que un anciano á quien habia visto una ó dos veces.

—¿Y el nombre de ese anciano?...

—Ignoraba su nombre y sus circunstancias.

—Lo mismo que todos los vecinos.

—Dejamos á la vieja...

—Perdonad,—interrumpió el juez.

—¿Qué quereis?

—¿No se os ocurrió preguntar á la beata quién era la jóven?

—Sí, y nos respondió que se la habia llevado allí para que la cuidase, un amigo suyo.

—¿Y ese amigo?...

—Es un ladron, un asesino, segun se explicó la bruja.

—¿Su nombre?

—Simon.

—Simon,—repitió el alcalde, como para retener este nombre en la memoria.

Y despues de reflexionar un momento, añadió:

—Continuad.

—Saltamos la tapia, atravesamos un pasillo y penetramos en la habitacion donde nos vísteis... ¡Oh!... Os confieso que la sorpresa me dejó inmóvil.

—¿Qué vísteis?

—Un anciano de noble aspecto; pero un anciano con tantos brios como yo. ¡Vive el cielo!... A pesar de los años, su muñeca era de hierro.

—¿Y con el anciano?...

—Habia otro hombre, que podria tener unos treinta años, y tras ellos la rubia poseida de terror.

—Nada de eso es sorprendente.

—Nos recibieron con las espadas desnudas.

—Eso tambien es muy natural.

—Pero advertí otra cosa que no esperaba ver.

—Decid.

—Cada uno de aquellos hombres tenia bajo el brazo izquierdo un talego que debia estar lleno de oro.

—¡Oro decís!

—Por el esfuerzo que hacian, conocíase que los talegos pesaban mucho, y á esta circunstancia se debió que mi espada se rompiese, imposibilitándome de seguir el combate, y teniendo que sustituirme uno de nuestros amigos, porque es preciso que sepais que el viejo nos llamó bandidos, y además cobardes, porque éramos cinco contra dos, y nosotros no quisimos aprovecharnos de nuestras ventajas.

—¿Cómo, pues, el combate se hizo general?

—Lainez fué desarmado por el jóven, y lo mismo que yo, sustituido por otro.

—Y á pesar de vuestro hidalgo proceder...

—No podemos quejarnos de ninguno de aquellos dos hombres, que se batian como valientes y como caballeros.

—Bien, vizconde, bien, sois imparcial y justo, porque no sois cobarde.

—Antes de que la sangre corriera llegó á nuestros oidos una voz que hizo retemblar las paredes, y por donde nosotros habiamos entrado, entró tambien un hombre que de una cuchillada dividió la cabeza al pobre Santibañez. Esto produjo el movimiento y confusion que era consiguiente; rodaron las linternas y se apagaron las luces, y como ya estábamos ciegos de corage, sin darnos cuenta de lo que haciamos, empezamos á descargar golpes en medio de las tinieblas.

—Yo llegué entonces...

—No sé más, caballero.

—Aprovechándose de la oscuridad huiria la mujer y sus dos primeros defensores, y el otro saldria por donde habia entrado.

—Supongo que el aparecido era ese amigo de la vieja, ese Simon...

—Y yo lo creo.

—Ya sabeis la verdad.

El alcalde hizo un gesto de disgusto.

—¿Creeis que al fin podreis averiguar quiénes son esos hombres?

—Lo dudo.

—La vieja...

—Ha desaparecido.

—¡Oh!...

—Lo cual no me sorprende, porque tendrá otros muchos pecados.

—Entonces...

—Nos queda ese Simon, á quien buscaré, y si puedo encontrarlo...

—¡Ah!—exclamó el vizconde dándose una palmada en la frente.

—¿Recordais alguna otra circunstancia?

—Sí, todo lo sabremos, todo, amigo mio.

—¿Cómo?

—Encontrareis á ese Simon.

—Hará lo que la vieja...

—No puede hacerlo.

—¿Por qué?

—Ahora recuerdo que la pícara beata nos dijo que su ami-

go Simon habia sido encerrado en las cárceles del Santo Oficio.

—Ya lo veis.

—Sí, sí, en todo esto tiene algo que entender la Inquisicion.

—Pero si ese hombre está preso, no pudo ser él quien se presentó.

—Seria otro.

—¿No dijo la beata si hacia mucho tiempo que estaba en la Inquisicion su amigo.

—No, ni era menester que lo dijese, porque ese Simon habia llevado allí á la rubia, y de esto no habian pasado más de cinco ó seis dias.

—Pues en cinco ó seis dias no puede haber salido de su encierro, aunque sea el más inocente del mundo, á ménos que aprovechara como otros la confusion del incendio...

—No, porque una ó dos noches despues fué cuando Lainez vió á ese hombre entrar con su protegida en la vivienda de la beata.

El alcalde quedó pensativo.

Lo que acababa de oir no podia ser más extraño.

¿Qué significaban los talegos que, segun todas las probabilidades, estaban llenos de oro?

¿Aquellos dos hombres á quienes el vizconde mismo reconocia como caballeros, eran dos ladrones?

El misterio, en vez de aclararse, se hacia más impenetrable cada vez.

Lo único que parecia puesto en claro era la razon que el misterioso inquilino habia tenido para forrar de hierro la puertecilla de la cueva.

Allí debian haberse guardado los talegos llenos de oro de que hablaba el vizconde.

Éste rompió el silencio para decir:

—Supongo que como amigo me ayudareis á descubrir á esos hombres, y sobre todo á la mujer.

—Os lo prometo.

—No tengo que advertiros que en la causa...

—Hemos convenido en que ahora no soy el juez.

—Perfectamente.

—En cuánto á ese Simon, haré averiguaciones extrajudicialmente, y para ello me valdré de la amistad del abate Florentin.

—Y por mi parte, desde este momento me pongo en campaña.

—Os comunicaré todo lo que llegue á descubrir.

—Y yo me apresuraré á daros cuantas noticias adquiera.

—Muchos medios teneis, señor vizconde.

—Y á vos no os faltan.

—No.

—Creo que no trabajaremos en balde.

—Yo os aseguro que trabajaré; pero no abrigo risueñas esperanzas, porque esa gente, segun voy viendo, sabe lo que se hace; obra con tanta prevision, con tanta astucia, que no deja suelto un solo hilo de su trama.

El alcalde, que al parecer daba mucha importancia á conquistarse la voluntad del vizconde, le enseñó todo lo que se habia escrito en la causa, dándole algunos consejos para cuando llegase el caso de prestar nuevas declaraciones.

Esta prueba de amistad produjo su efecto.

El jóven calavera dió la mano al alcalde, diciéndole:

—Nada temais, mi buen amigo.

—Nada temo mientras me honreis con vuestra amistad y os digneis apoyarme con vuestra influencia.

—Contad con ella.

—Gracias.

—Ya me conoceis y sabeis que lo que prometo lo cumplo.

Cruzaron algunas frases más de cortesía, y el alcalde salió, diciendo para sí:

—Aquí no hay más criminales que estos nobles y locos mancebos; no puedo castigarlos, y por consiguiente, ya que ha de quedar impune el abuso, aprovechémonos de lo mucho que puede valer la amistad del vizconde. Sí, sí, la amistad del vizconde significa la de su poderosa familia, y la proteccion de esa familia equivale al favor del rey. Por de pronto soy dueño de un secreto que es un arma terrible: este asunto es de la Inquisicion, y con tal que la palabra Inquisicion no se estampe en la causa, la familia del vizconde hará milagros por mí.

El mancebo habia sido un poco imprudente.

Todo lo que le sobraba de audacia y de valor, le faltaba de juicio y de prevision.

Su afan de descubrir el misterio que rodeaba á la encantadora rubia, pudo en el vizconde más que todo.

¿Se habia enamorado?

No lo creemos así; pero un hombre como él, acostumbrado á vencer todos los inconvenientes, no podia sufrir con paciencia que una mujer se le escapase de entre las manos, como se habia escapado Isabel.

Además, ésta tenia dobles encantos para el jóven, tenia los encantos de lo misterioso y de lo imposible.

El vizconde la habia visto un momento, medio oculta por sus defensores y envuelta en la sombra que éstos proyectaban.

Un momento no más habia visto aquella rubia cabellera, aquel rostro pálido y aquellos ojos negros, grandes y magníficos que brillaban como dos carbunclos.

Si hubiera visto más y por más tiempo, tal vez no se hubiera impresionado tan profundamente, á pesar de que la belleza de Isabel era más encantadora cuanto más se la contemplaba.

Otra circunstancia hubo que acabó de trastornar la cabeza al vizconde: Isabel, como ya vimos, cogió la espada de Lainez y la partió en dos pedazos, arrojándola lejos de sí.

Esto lo ejeçutó con toda la energía y la fuerza que en aquellos momentos le comunicaba la fiebre, lo cual para el vizconde fué una prueba de que aquella mujer no se parecia á ninguna, no era una mujer vulgar, sino un espíritu grande, elevado y fuerte.

Otra en lugar de Isabel, en aquella crítica situacion, perdida como estaba, puesto que contra sus dos defensores habia cinco enemigos resueltos y valientes, otra, decimos, no habria podido resistir, y en el último grado del terror se habria desmayado.

Esto era, en concepto del vizconde, lo que debia esperarse de cualquiera mujer.

Verdad es que la hechicera rubia pareció al principio poseida de espanto; pero cuando el peligro se aumentó porque los acometedores mostraron su resolucion firme de no retroceder, cuando las espadas se cruzaron y la sangre iba á correr, cuando se acercó el momento de quedar indefensa, el

espanto, en vez de aumentarse, convirtióse en ira, la debilidad en fuerzas y la natural cobardía femenil, en varonil valor, ó al ménos así pareció suceder.

Aquella mujer era, pues, una mujer excepcional, y por esta razon ejerció mayor influencia en el ánimo del vizconde.

—No,—dijo éste cuando se quedó solo,—una mujer así no puede desaparecer para siempre. Yo la encontraré, ¡vive el cielo! la encontraré ó dejaré de ser quien soy.

CAPITULO LXI.

El alcalde favorece las miras de Florentin lo mismo que el vizconde habia favorecido las miras del alcalde.

El alcalde, mostrando no ménos afan que el vizconde, aunque por diferente motivo, no perdió un momento y se encaminó inmediatamente á la calle de la Inquisicion, en busca de Florentin; pero cuando iba á entrar en el edificio ocupado por el Santo Tribunal, encontróse con el abate, que salia acompañado de David.

Saludáronse los dos amigos y despues dijo el alcalde:

—A buscaros venia.

—Pues ya veis,—respondió Claudio,—que si tardais un minuto, no me hubiérais encontrado aquí y hubiérais tenido que honrar mi pobre vivienda para verme, á ménos que me hubiéseis enviado un aviso, lo cual hubiera sido bastante para que yo me apresurara á visitaros.

—Gracias, amigo mio;—pero no me hubiera tomado esa

libertad con una persona como vos, á ménos de encontrarme postrado.

—Entrad, descansad y decidme á qué debo este placer...

—¿Íbais á vuestra casa, señor abate?

—Sí, caballero.

—Pues entonces os acompañaré y allí hablaremos despacio y con más libertad, porque el asunto es reservado y de alguna importancia para la justicia.

—Como gusteis.

—Vamos, pues.

Echaron á andar, y tras ellos David, como el perro que sigue á su amo.

La presencia del huérfano no podia llamar la atencion del alcalde. Todos estaban acostumbrados á que David se encontrase siempre junto á su señor, como la sombra junto al cuerpo que la proyecta.

—¿Y qué tal?—dijo Claudio, con su dulzura y su sempiterna sonrisa;—trabajais mucho como siempre, ¿no es verdad?

—Bastante.

—Desgraciadamente se multiplican los criminales, como si el castigo de uno hiciese brotar otros ciento: las costumbres se relajan más cada vez, y será preciso que acabeis por tomar nuestro sistema, tratando con el más severo rigor á los delincuentes.

—Ahora me ocupa un asunto bastante grave y que no puedo poner en claro por más que me esfuerzo.

—¿El asunto de que queríais hablarme?

—Sí, el mismo, porque creo que vos podreis servirme de mucho, de lo cual me alegraré, porque si esta esperanza se me frustra, tendré que darme por vencido.

—Ya sabeis que podeis contar conmigo para todo, y mucho más cuando se trata de favorecer la justicia.

—Ya lo sé, y por eso acudo á vos con la más completa confianza.

—Explicaos.

—¿Teneis buena memoria?

—Así, así,—respondió el abate, haciendo un gesto de fingida modestia.

—Por muchos que sean los presos que haya en las cárceles del Santo Oficio, no habreis olvidado el nombre de ninguno.

—Es probable que me acuerde de casi todos,—repuso Florentin, que cuidaba de que no le comprometiesen sus respuestas.

—Sí, seguro estoy de que os acordareis, no solamente de sus nombres, sino de las circunstancias de todos ellos.

—Las de muchos son de tal naturaleza, que no pueden olvidarse.

—Segun tengo entendido, ó más bien, segun informes ciertos, no hace muchos dias que el Santo Oficio prendió á uno de esos criminales más depravados que desgraciadamente abundan en la corte.

—¿Cómo se llama?—dijo el abate, respondiendo con una pregunta, lo cual hacia muchas veces.

—No sé más que su nombre de pila.

—¿Y ese nombre?...

—Simon.

Claudio hizo un movimiento de sorpresa, y fijó su penetrante mirada en el alcalde.

David, que todo lo habia oido, se extremeció y su frente se contrajo.

Desde aquel momento escuchó con indecible afan el infeliz jorobado.

—Simon, Simon,—murmuró el abate como quien se esfuerza para recordar.

—Sí,—repuso el alcalde.

—¿Decís que ignorais el apellido?

—Lo ignoro.

—Simon, Simon,—volvió á murmurar Florentin.

—¿No recordais ese nombre?

—Esperad... ¡Ah!... Me parece que sí... Son muchos los presos, y no tengo seguridad...

—No lo dudeis; ese hombre está en las cárceles de la Inquisicion.

—No lo dudo... Simon, Simon... Creo que sí... Continuad, que vuestras explicaciones ayudarán á mi memoria.

En esto llegaron á la vivienda de Florentin.

Entraron, y David se dirigió á su dormitorio; pero un segundo despues volvió á salir para colocarse en sitio desde donde pudiera escuchar la conversacion.

Florentin y el alcalde se sentaron.

El primero dijo:

—Vamos á ver: ese Simon... ¿no decíais que se llamaba Simon?

—Sí.

—Continuad, pues.

—Hace cinco ó seis dias, todo lo más siete, es decir, despues del incendio, ese hombre fué á casa de cierta mujer de sospechosos antecedentes, y le llevó para que la cuidase á otra mujer, jóven y bella, cuyo nombre ignoro, y que no debia ser lo que parecia.

La mirada del abate, más intensa cada vez, parecia querer penetrar hasta el fondo del alma del alcalde.

—Pero,—replicó,—si no sabeis el nombre de esa mujer jóven y bella, de esa mujer á quien podriamos llamar misteriosa...

—Sí, una mujer misteriosa.

—Si no podeis decir el nombre, podreis dar sus señas.

—Pocas, pero algunas,—respondió el alcalde sin caer en la cuenta de que no era de la mujer de quien debia tratarse en aquel momento, sino del llamado Simon.

—Sepamos.

—Esa mujer tiene los cabellos rubios como el oro.

—¡Rubios!...

—Esto no es sorprendente.

—No,—repuso el abate, disimulando lo que sentia;—no es sorprendente, porque hay muchas mujeres rubias.

—Pero no todas las rubias, sino muy pocas, tienen los ojos negros.

—¡Negros!...

—Lo encontrais raro, ¿no es verdad?

—Sí, es raro... Cabellos rubios, ojos negros...

—Rostro blanco...

—Pálido tal vez...

—Pálido estaba cuando la vieron los que me han dado los informes.

—¡Oh!...

—El aspecto de esa mujer...

—Debia ser distinguido.

—¿Cómo lo sabeis?

—Es muy sencillo,—respondió Florentin, entreabriendo

sus delgados lábios para sonreir dulcemente;—si no fuese distinguido su aspecto, no diríais que debia ser otra cosa de lo que aparentaba, no convendríais en llamarla mujer misteriosa.

—La deduccion no tiene réplica, señor abate, y me doy por vencido.

—Decíais que la noche del incendio en la Inquisicion...

—No sé si la misma noche.

—O la siguiente, que para el caso es igual.

—Sí.

—Decíais que ese Simon se habia presentado en la vivienda de una mujer de sospechosos antecedentes, digna amiga suya.

—Una beata que debe estar mejor con el diablo que con Dios.

—Y á Simon lo acompañaba...

—La jóven rubia.

—Y la llevó allí para que la beata la ocultase...

—Ese debió ser su objeto, porque los vecinos no sabian que semejante mujer estaba en la morada de la vieja.

—¿Y aún se encuentra allí?

—No.

—¡Ah!—exclamó el abate sin poder contenerse.

—¿Qué os sucede?—preguntó el alcalde sorprendido.

—¿Qué quereis que me suceda?—repuso Florentin, sonriéndose otra vez.—Me referís una historia tan extraña...

—Lo es en verdad.

—Estábamos en que la jóven rubia ha desaparecido...

—Sí.

—Y la beata..

—Tambien.

—¿Y cuando?

—Anoche.

—¡Anoche!...

—Sí.

—Picais mi curiosidad, y si lo sabeis, decidme porqué Simon se llevó á la jóven.

—No se la llevó Simon, puesto que lo teneis encerrado.

—¿Quién se la llevó, pues?

—Eso es lo que me falta averiguar,

—Entonces sabeis bien poco; tan poco, que no es nada.

—Sigo las huellas de la mujer y sus protectores.

—¿Sus protectores decís?

—Eso he dicho.

—¿Acaso tiene más de uno?

—Otros dos que le deparó la casualidad, segun he podido entender.

—¿Son de la misma clase que el primero?

—No.

—¿Los conoceis?

—Únicamente sé que tienen el aspecto de dos hidalgos honrados, anciano el uno y jóven el otro.

—¿Y esos se la llevaron?

—Sí.

Florentin guardó silencio y meditó.

Forzoso es que reconozcamos su habilidad.

El alcalde queria saber si efectivamente Simon estaba preso, y sobre este punto no habia recibido mas que contestaciones vagas.

Tampoco tenia intencion de descubrir la verdad sobre el

suceso de la noche anterior, y poco á poco iba descubriéndola y colocándose en tal situacion, que tendria que concluir por decirlo todo.

—Amigo mio,—dijo el abate despues de algunos segundos,—habeis acabado por aturdirme.

—¡Aturdiros!...

—Ni más ni ménos, porque me hablais como si yo estuviera al corriente de ciertas intrigas, os referís primero á una persona, despues á otra, á otras luego, y me es imposible comprender lo que quereis decir, me es imposible adivinar el fin que os proponeis.

—Pues es muy sencillo.

—Debe serlo; pero si quisiérais amoldaros á mi torpe comprension, os lo agradeceria.

—Principiaré por manifestaros con franqueza el fin que me propongo.

—Bien, bien.

—¿Quién es esa jóven misteriosa que nos ha ocupado hace un momento?

—¿Y á mí me lo preguntais?

—No os lo pregunto; pero os digo que necesito saberlo.

—¿Puedo acaso averiguarlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo he de hacerlo?

—Interrogando á Simon ó permitiéndome que le interrogue.

—Ya.

—¿Entendeis ahora?

—Entiendo.

—¿Y me complacereis?

—No encuentro mas que una dificultad.

—Decidme cuál es.

—No conozco á ese hombre.

—Pero está preso...

—Es posible.

—Y en semejante caso...

—Concluyamos,—interrumpió el abate;—nada perdemos por suponer, y en la suposicion de que ese hombre está en las cárceles del Santo Oficio, trazaremos nuestro plan; despues iremos al tribunal, os enseñaré los registros, y si tenemos allí á Simon...

—Perfectamente.

—Entonces, y como suele decirse, empezad por el principio,—repuso Florentin, sonriéndose y cambiando de postura.

El alcalde dudó; pero al fin le sucedió lo mismo que le habia sucedido al vizconde, es decir, que su afan de hacer descubrimientos fué mayor que su prudencia.

—En este momento,—dijo,—hablo con el amigo, no con el inquisidor, y al amigo le revelaré un secreto que á nadie puedo revelar.

—Si soy digno de tanta confianza...

—La mereceis.

—Aunque os advierto que para mí la carga más pesada es un secreto, y si he de hablaros con franqueza, os diré que siento que me hagais ninguna revelacion.

—Lo que acabais de decir, prueba que sois hombre discreto.

—El que guarda un secreto tiene un deber más que cumplir, y ese deber es el más penoso de todos, porque no lleva consigo derecho alguno.

—He apelado á vuestra amistad, señor abate.

—Y á la amistad haré el sacrificio,—repuso Florentin, levantando al cielo los ojos.

—Sois un santo...

—Caballero, ya estoy decidido...

—Os escucho.

¿Para qué hemos de repetir las palabras del alcalde?

Nada ocultó de cuanto le habia dicho el vizconde.

Se necesitaba toda la fuerza de voluntad, toda la astucia, y más que nada, la costumbre de fingir del abate, para escuchar aquel relato con la frialdad que él lo escuchó, á pesar de que en aquellos momentos sentia lo que es imposible hacer comprender.

Ya no podia dudar: la mujer misteriosa era la esposa de Jacobo de Tordesillas.

Nada se ocultó á su refinada astucia.

—Simon me ha engañado,—dijo para sí.

Pero como no era hombre que se dejase arrebatar fácilmente, entró en seguida en reflexiones sobre los dos hidalgos, los talegos llenos de oro y la ferrada puerta.

Despues de pensar en todo esto, volvió á decirse:

—Simon me ha engañado; pero no sé si en todo. Simon ha protegido á Isabel; pero quizá no ha mentido al acusar á Crispin, aunque ahora me parece más probable que Crispin sea inocente.

Y luego añadió:

—¿Y ese tesoro en manos de dos hombres que parecian tan pobres como honrados?

Por la mente del abate atravesó una sospecha.

Sin saber por qué pensó en el depósito confiado al francis-

cano por Gil Perez pocos dias antes de la fatal batalla de Villalar.

Florentin era, pues, el más interesado en descubrir, no solamente á la rubia de ojos negros, sino á los dos misteriosos hidalgos.

Hizo algunas observaciones al alcalde sobre los medios de averiguar el paradero de aquellas tres personas; pero el alcalde habia apurado todos los medios imaginables, y no le quedaba más recurso que Simon.

La frente del abate se contrajo.

—¿Me ayudareis?—preguntó el alcalde.

—De muy buena gana,—respondió Florentin.

—Por supuesto, esto ha de ser cosa nuestra solamente, sin que la Inquisicion entienda en ello.

—Ahora no soy el inquisidor.

—Si está preso Simon...

—Vos mismo le hablareis.

—Gracias, amigo mio, gracias.

—Es cuanto puedo hacer.

—¿Pero no recordais ese nombre?

—Haré con vos lo que con nadie se ha hecho ni se hará, lo que no se haria ni con el mismo rey.

—Explicaos.

—Vamos al tribunal, os enseñaré los registros...

—No es menester.

—Sí.

—Vos los vereis...

—Vos tambien.

—Tanto no quiero...

—Quiero yo.

—Señor abate...

—Venid,—dijo Claudio, poniéndose en pié y tomando su sombrero.

El alcalde estaba encantado.

No aspiraba á tanta condescendencia, á tanta bondad.

Salieron del aposento.

Como si el ruido de sus pasos hubiera sido un llamamiento, se presentó David; pero Claudio le dijo con dulzura:

—Quédate, hijo mio, que pronto volveré.

—Siquiera por no aburrirme...

—Tienes razon... Ven.

A los cinco minutos se encontraban en el tribunal.

Florentin hojeó dos ó tres libros, haciendo gestos de disgusto.

—¿No está?—preguntó afanosamente el alcalde.

—No.

—¡Oh!...

—Desde la noche del incendio...

—Tal vez la fecha esté equivocada.

—Veamos antes.

Volvió á hojear los libros.

De pronto se detuvo y exclamó:

—¡Ah!...

—¿Lo habeis encontrado?

—No; pero...

—Decid.

—Mirad,—repuso el abate, señalando con el dedo índice en una de las hojas del libro que revisaba.

—¿Qué es eso?

—Leed.

Hízolo así el alcalde, leyó el nombre de Isabel y se encogió de hombros, diciendo:

—¿Y bien?...

—Esta debe ser,—respondió el abate.

—¡Esta!...

—Las señas son las mismas.

—Pero...

—Desapareció la noche del incendio, y no podemos asegurar si fué una de las mujeres ahogadas.

—Aún no comprendo.

—Al fin mi memoria ha dejado de mostrarse rebelde.

—Explicaos.

—Ese hombre, que se llama Simon, fué encerrado en las cárceles del Santo Oficio; pero ayer se le puso en libertad, porque las sospechas que sobre él recaian se desvanecieron completamente.

—Sí, deben ser ellos...

—No lo dudeis.

—¿Y ahora?...

—Buscad, amigo mio, buscad, y entretanto...

—¿Qué hareis vos?

—Buscaré tambien.

El alcalde entrevió un nuevo rayo de esperanza, preguntó por la vivienda del asesino y alargó la diestra al abate, disponiéndose á salir.

Florentin lo detuvo, diciéndole:

—Hemos de quedar de acuerdo en lo más importante.

—Decid.

—¿Hemos de ser el severo alcalde de casa y corte y el concienzudo inquisidor?

—No, no,—se apresuró á responder el alcalde.

—Dos amigos, pues...

—Sí, dos amigos que trabajan, que se ayudan...

—¿Y despues?

—Siempre dos amigos, porque hay de por medio cinco familias respetables, cinco familias muy poderosas á quienes no debemos comprometer.

—Soy de vuestra opinion.

—¿Nada más teneis que decirme?

—Nada más.

—Vendré á veros ó vos ireis á buscarme.

—Convenidos.

—Que el cielo os guarde...

—Y á vos os guie.

El alcalde salió.

Claudio guardó los libros, llamó y dijo algunas palabras al portero que se presentó.

Pocos momentos despues habia en una antecámara diez alguaciles.

El rostro de David estaba lívido y descompuesto, y sus miembros temblaban convulsivamente.

No era menester que le dijeran lo que iba á suceder.

El abate se presentó, diciendo:

—Vamos, vamos.

El jorobado y los alguaciles lo siguieron sin pronunciar una palabra.

Cuando llegaron á Santa Catalina, Florentin dijo al huérfano:

—¿Sabes que empiezo á creer que Crispin no es el traidor que buscábamos?

David no se alteró, porque estaba ya demasiado prevenido.

—Bien puede ser,—respondió,—que no hayamos andado mas que la mitad del camino.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, que quizá sean dos los traidores.

—No olvidaré tu observacion.

El pobre huérfano siguió hablando, y con frecuencia se paraba con el fin de ganar tiempo, porque un minuto, no más que un minuto era bastante para que todo se perdiese.

No hay que decir que iban en busca de Simon.

¿Qué sucederia si lo encontraban?

El gigante habia buscado nueva vivienda; pero no era probable que ya hubiese dejado la antigua.

Si por segunda vez se le encerraba en la Inquisicion, de nada le servirian ingeniosos cuentos para salvarse, y el tormento le obligaria á confesar la verdad, delatando á David, puesto que éste era el único medio de conservar la existencia.

No bastaba que Simon considerase aquel asunto como propio: su generosidad no podia ir hasta el punto de morir en una hoguera por favorecer al huérfano.

De un hombre como el gigante pueden esperarse ciertos rasgos de nobleza; pero estos son pasajeros, porque no reconocen por causa una verdadera grandeza de corazon, sino impresiones que terminan al producirse otras completamente opuestas.

No le espantaba al jorobado el peligro que su persona corria, sino el abandono en que iba á quedar la inocente hija de Isabel; y semejante idea era doblemente horrible despues

de haber arrullado la grata esperanza de proteger á la tierna criatura.

Llegaron á la vivienda de Simon, llamaron varias veces, y como nadie respondiera, sin consideracion alguna violentaron la puerta y entraron.

A nadie encontraron allí; pero estaban en su lugar la miserable cama y los pocos muebles del asesino.

Éste habia, pues, salido; pero volveria.

El huérfano no se atrevió á pronunciar una palabra.

Florentin sonrió.

—Cuatro de vosotros,—dijo á los alguaciles,—aquí, y los demás á la calle, porque tarde ó temprano volverá el delincuente.

Cumplióse esta órden y esperaron.

Pasó una hora sin que Simon pareciese.

David no hacia el menor movimiento.

Miraba á la puerta y escuchaba con mortal angustia, que muy difícilmente podia disimular.

El sol empezaba á ocultarse.

Luego las tinieblas empezaron á extenderse en el inmenso espacio.

Por fin cerró la noche.

La frente del abate se contrajo.

Empezaba á temer que Simon hubiese llegado por cualquier medio ó casualidad á tener noticias del peligro que le amenazaba.

A medida que el tiempo pasaba, David respiraba con más libertad.

Sin embargo, no acababa de tranquilizarse, ni se tranquilizaría aunque pasase toda la noche, porque nada tenia de

particular que un hombre que llevaba la clase de vida que Simon, no volviese á su casa hasta el amanecer.

No le era posible á Florentin esperar allí el nuevo dia.

Meditó y combinó su plan, que fué puesto en ejecucion inmediatamente.

Uno de los alguaciles fué en busca de un cerrajero, y antes de media hora quedaba otra vez arreglada la cerradura que habian arrancado.

Hecho esto, el abate preguntó á David:

—¿Cómo te encuentras de fuerzas, hijo mio?

—Bien, señor, muy bien,—respondió el huérfano.

—Entonces vas á quedarte aquí con toda la gente. Si quieres dormir, puedes hacerlo en ese gergon, y entretanto ellos velarán.

—Creo,—se atrevió á decir el jorobado,—que vamos á perder el tiempo.

—Te equivocas, porque ese miserable, que nada teme porque no puede sospechar cómo se ha descubierto su traicion, no ha cambiado de vivienda, segun lo dicen todos estos objetos.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Esperareis, lo dejareis entrar, ocultándoos en los rincones apenas suene la llave en la cerradura, y como sois diez hombres prevenidos contra uno que nada teme, caereis sobre él y lo sujetareis con facilidad.

—¿Y si hace resistencia?

—Repito que sois diez, ó más bien once, puesto que tú algo puedes ayudar. Nos interesa mucho que no muera, y por consiguiente hareis todo lo posible para sujetarlo sin herirlo.

A esto no podia replicarse nada sin hacerse sospechoso.

El jorobado tuvo, pues, que callar.

Salió el abate, cerraron con la nueva llave y se dispusieron á cenar con algunas provisiones que habia llevado uno de los alguaciles mientras componian la cerradura.

El pobre huérfano, jefe en aquellos momentos de los esbirros, caviló inútilmente, buscando medios para hacer inútiles las precauciones de Florentin.

Ocurrióle proponer á los alguaciles echar un trago para pasar más alegremente el tiempo, con el fin de emborracharlos y que no se apercibiesen de la llegada de Simon, dando así lugar á que éste huyese.

Pero no era probable que el asesino volviera en toda la noche, y por consiguiente cuando esto sucediera, la embriaguez habria pasado.

No le quedaba á David mas que un recurso, que consistia en cometer la torpeza de tropezar con un mueble y hacer ruido cuando Simon abriese la puerta, haciéndole así retroceder, ó por lo ménos entrar con precaucion, pudiendo defenderse del primer ataque y huir.

No hubiera podido decir el huérfano si las horas le parecian demasiado largas ó breves, porque tanto temia que pasase la noche como afanaba que llegase el dia.

Le fué imposible dormir, lo cual hicieron por él algunos de los alguaciles; pero otros permanecieron despiertos y sobre aviso, porque la presencia del jorobado equivalía para ellos á la del abate.

Por fin alumbró el sol.

—Creo, señor David,—dijo uno de los esbirros,—que no os habeis equivocado, y que todo lo que hemos conseguido es pasar una mala noche.

No tardó Florentin en presentarse.

Su mirada era sombría.

—¿Hay novedad?—preguntó.

—Ni el aire ha penetrado en este nido.

—¿Estais seguros de que nadie se ha acercado á la puerta?

—No se ha oido en toda la noche el ruido más leve.

—¿Habeis guardado silencio?

—El más profundo, señor.

—¡Oh!... Si hubiéseis cometido una torpeza...

—No,—replicó David,—porque yo tampoco he dormido.

—Esto es muy extraño...

—Mucho; pero ello es que Simon no vuelve.

—Ni volverá.

—Esperaremos.

A Florentin le costaba mucho trabajo renunciar á su esperanza.

Aguardó y trascurrieron cerca de tres horas.

Ya era forzoso darse por vencido.

A medida que se nublaba su semblante, se despejaba el de David.

Por lo que pudiera suceder, dispuso Claudio que quedasen allí cuatro alguaciles, y él salió seguido de los demás y del huérfano.

¿Debemos considerar en salvo á Simon?

Sí, porque habia resuelto no volver á su antigua vivienda, y como tenia mucho dinero, dejó abandonado su miserable ajuar, que sobre no valer nada, era prudente dejar allí, para evitar observaciones y comentarios de los vecinos curiosos.

Los alguaciles esperaron en vano todo aquel dia y el siguiente.

Al fin se convenció el abate de que Simon habia desaparecido.

Todos habian, pues, trabajado inútilmente; lo mismo Florentin, que el alcalde y el vizconde.

CAPITULO LXII.

De lo que supo Jacobo y de lo que hizo.

¿Qué habia sido de Jacobo?

No lo hemos olvidado; pero es bien poco lo que de él tenemos que decir.

En su situacion no podia suceder mas que una de dos cosas: que fuese conocido y preso, ó que aburrido y desesperado saliera otra vez de la corte para buscar un refugio en tierra extraña.

Su propia casa, de la que parecian haberse olvidado los inquisidores, le servia de abrigo durante el dia, y cuando llegaba la noche, empezaba el infeliz á recorrer las calles, entrando en las tabernas y hosterías, procurando escuchar las conversaciones de los que comian ó bebian cerca de él, y entablándola muchas veces con los habladores que se prestaban á ello.

Así pudo llegar á saber con certeza que su esposa habia

sido encerrada en las cárceles del Santo Oficio; pero nada logró averiguar con respecto á su hija.

¿Pero se habia salvado Isabel la noche del incendio, ó habia perecido en la inundacion?

No es menester decir que por espacio de muchos dias se habló á todas horas en Madrid de lo sucedido aquella memorable noche, y que cada cual referia distintos episodios y daba noticias de los que se habian salvado y habian perecido. Estas noticias, como sucede en tales casos, eran contradictorias, exajeradas muchas, y otras completamente falsas.

Jacobo no pudo, pues, saber nada cierto sobre el número de víctimas, ni mucho ménos de los que habian logrado escapar, y ya desesperaba averiguarlo, cuando la fortuna lo favoreció, ó al ménos pareció que lo favorecia.

Una noche, la sesta precisamente de su llegada á Madrid, entró en una taberna ó más bien bodegòn que por entonces habia en el ángulo ó rincon que formaba la calle del Cofre, taberna que aunque trasformada cien veces, se ha conservado hasta nuestros dias, no desapareciendo sino porque tambien desapareció la calle, con su vecina la de la Zarza, cuando la piqueta de la reforma trasformó el célebre sitio llamado Puerta del Sol.

Entonces, lo mismo que despues, aquella taberna, bodegon ó como quiera llamársele, era muy concurrido por toda clase de gente del pueblo, es decir, lo mismo por criminales que por gente honrada, lo mismo por hombres que por mujeres, pues cerca de allí, en otra calleja que desapareció tambien cuando la reforma, y que comunicaba desde la calle Mayor á la del Arenal, calleja que más que otra cosa era basurero asqueroso, porque se habian establecido allí última-

mente retretes públicos; en esta calle, repetimos, se hallaba establecida una de las mancebías públicas de la corte, que en vano habia tratado el municipio de trasladar á otro sitio más apartado del centro de la poblacion.

No se sorprendan nuestros lectores: en aquella época de tan decantada moralidad, en aquella época de sentimientos tan profundamente religiosos, segun sus panegiristas, y de tanta hipocresía segun nosotros, no pudieron las autoridades conseguir que desapareciese de la parte más concurrida de la poblacion el inmundo establecimiento donde pública y descaradamente se ofendia con repugnante escándalo el pudor; no, no pudieron conseguirlo las autoridades, porque los dueños de la mancebía tuvieron bastante habilidad ó bastante prestigio para hacer valer sus derechos de propiedad.

Pero dejando esto á un lado, porque en este momento no nos importa, diremos otra vez que Jacobo entró en la taberna que nos ocupa, sentóse, pidió vino y una tortilla y se puso á comer y á beber entre una porcion de personas de ambos sexos que hacian lo mismo.

Su mirada investigadora se dirigió á todos lados; pero no vió un solo rostro conocido.

Entonces, como siempre hacia, se puso á escuchar lo que hablaban unos cuantos hombres que estaban muy cerca de él, y fijando en ellos la atencion, pareciόle que uno, todo vestido de negro y que ceñia larga espada, debia ser alguacil ó esbirro de la Inquisicion.

Pronto pudo convencerse de que no se equivocaba.

El fugitivo debió haber temblado; pero no solamente no tembló, sino que se alegró, empezando á entrever esperanzas de averiguar lo que tanto le interesaba saber.

Era el corchete un hombrecillo de cuarenta años, que tendria escasamente cuatro piés y medio; pero que en cambio era robusto, y en su rostro de abultados mofletes, blanco y colorado como una cereza, resplandecia la más completa felicidad.

Hay criaturas que no pueden quejarse de su destino, que en vano llorarian y hablarian sin cesar de sus desdichas y penas, porque su semblante los desmiente. Sí, lector, examina un poco y verás que hay rostros, que aunque estén cubiertos de lágrimas, parece que van diciendo á gritos: «Soy feliz, soy completamente feliz.»

Una de las cosas que contribuian á la felicidad de nuestro alguacil, era su buen apetito, su estómago de buitre.

Como todo el que come mucho, ó lo que es igual, como todo el que digiere cuanto come y á cualquier hora, el corchete estaba siempre contento, y lo que para otro hubiera sido amargas penas, sufrimientos horribles, no eran para él mas que leves emociones, alternativas que daban doble valor á sus goces favoritos.

Comia como siete, bebia como diez, y hablaba como ciento.

A pesar de su volúmen y de su temperamento, su voz era atiplada, chillona y desagradable, y aun cuando no hiciese ningun esfuerzo, cuando hablaba se le oia á larga distancia.

Cenaba en compañía de algunos amigos, y empezaba á animarse cuando entró Jacobo.

Para éste no ofrecia entonces ningun interés la conversacion; pero bien pronto recayó ésta sobre los últimos sucesos, lo cual no era extraño, puesto que, segun hemos dicho, por

espacio de muchos dias no se habló de otra cosa en la corte.

Jacobo prestó la atencion que el caso requeria.

—Veamos, señor Anton Colin,—dijo uno de aquellos hombres al esbirro.

—¿Qué quereis, señor Colás?—replicó el alguacil, mientras llenaba su vaso y se disponia á beber.

—Quiero saber de una vez la verdad de lo sucedido, porque se cuentan muchas cosas y no sabe uno á qué debe atenerse.

—¿Y á mí me lo preguntais?

—A vos os lo pregunto, puesto que teneis motivo para saberlo.

—¿Y puede uno decir todo lo que sabe?

—¡Voto al diablo!...

—Jesús,—replicó el alguacil, dejando una sardina que iba á llevar á la boca, quitándose el sombrero y santiguándose.

—¿Qué os sucede, maese Anton?

—No jureis, señor Colás, os lo suplico; no jureis, segun vuestra costumbre, si quereis que os haga compañía.

—No juraré; pero sed complaciente y responded á nuestras preguntas.

Jacobo creyó que la ocasion era favorable, y quitándose tambien el sombrero y santiguándose, murmuró:

—San Juan mi patron me asista.

—Ya lo veis, señor Colás, escandalizais, y este buen hombre que tambien os ha oido, parece dispuesto á separarse de nosotros.

—No soy beato,—dijo entonces Tordesillas, dirigiéndose al alguacil;—pero me desagrada oir ciertas frases, porque soy

buen católico, soy cristiano viejo, y antes que á la dicha de este mundo, aspiro á la gloria en el otro.

—Teneis razon.

—Perdonad, pues, si os he distraido...

—No tenemos nada que perdonar, buen hombre.

—Empezábais una conversacion muy interesante, tan interesante, como que se referia á esos pícaros herejes á quienes Satanás ha protegido con el incendio y la inundacion, porque obra de Satanás debe ser todo eso.

—No os equivocais,—dijo el alguacil llenando su vaso.

—¿Cómo de otro modo se comprende que mientras ardian los tejados se convirtiesen en lagunas los calabozos?

—No, esto no es una casualidad.

—La mano de algun hereje anda en todo eso, tal vez alguno de los herejes que estaban encerrados allí.

—Os digo que no os equivocais,—repuso el corchete con entusiasmo.

—¡Bah!—dijo Jacobo como hombre que presume de astuto y perspicaz.—Yo sé de alguna persona que á pesar de estar encerrada allí era peligrosa.

—¡Oh!—murmuró Colin, mirando á Tordesillas con profunda atencion;—parece que estais bien enterado.

—No mucho; pero... en fin, yo sé lo que me digo, señor Anton.

—¿Me conoceis acaso?

—Honrárame mucho en conoceros.

—Sabeis mi nombre...

—Hace poco lo pronunció vuestro amigo...

—Es verdad, es verdad.

—En cuanto al mio, si quereis saberlo...

—El nombre de un buen católico es siempre interesante.

—Me llamo Juan Ledesma, y mi oficio es curtidor.

—No me sorprende.

—¿El qué?

—Que seais tan buen cristiano.

—¿Por qué?

—Porque todavía no ha ido á las cárceles del Santo Oficio un solo individuo del gremio de curtidores.

—Tenemos á gala ser honrados.

—Ya sabeis que se os distingue...

—Y á nuestra honradez debemos los privilegios de que gozamos.

—Y decid, señor Juan Ledesma, ¿qué os parece del incendio y la inundacion?

—Antes os lo he dicho,—repuso Jacobo, acercándose al alguacil.

—Hablásteis,—dijo entonces el llamado Colás,—de lo temible que era alguno de los presos.

—Y segun dísteis á entender,—añadio otro,—estábais bien seguro de lo que decíais.

—Pues bien; eso he dicho y lo sostengo.

—Vamos á ver,—dijo el alguacil entusiasmado.

—¿No teníais en los calabozos ninguna bruja, hechicera, ó cosa parecida?

—Más de una.

—Entonces...

—Pero eso no es decir nada.

—¿Quereis que me explique más claramente?

—Sí, sí,—respondieron todos.

—Esto son asuntos muy delicados.

—Hablais con gente honrada.

—No lo dudo, puesto que de otro modo no veríamos aquí al señor Anton.

—Bien dicho.

—Porque todos sabemos aquel refran de «dime con quien andas y te diré quién eres.»

—Hablais como un sábio.

—Pero en fin, sepamos vuestra opinion sobre el incendio.

Jacobo miró á todos lados como si temiese ser oido.

—No tengais cuidado,—le dijo el alguacil.

—Pues bien, supongo que sabreis, y si no lo sabeis todos, lo sabrá el señor Anton, que en los calabozos del Santo Oficio se encontraba la mujer de un famoso nigromántico que vivia en el arrabal de San Ginés.

—Cierto.

—A ella la prendieron; pero el marido se escapó.

Anton Colin bebió, se puso las manos en las caderas, contoneóse orgullosamente y luego dijo:

—Y á mí, solamente á mí, se debe la prision de esa mujer...

—¡A vos!—exclamó Jacobo sin poder contenerse y fijando una mirada terrible en el esbirro.

—¿Qué os sorprende, señor Juan Ledesma?

—Nada,—murmuró Tordesillas,—nada, porque bien mirado...

—Voy á deciros cómo sucedió.

—Sí, sí.

Lo que en aquel momento sufria Jacobo, es imposible hacerlo comprender; pero tuvo fuerzas y valor para dominarse, y disimuló.

Volvió á beber Anton Colin, y despues de toser dos ó tres veces, dijo:

—Voy á referiros un caso bien extraño.

—Os escuchamos ya.

—Habeis de saber que ese nigromántico tomó las de Villadiego y no encontramos en su casa mas que á su mujer, ó para hablar con más exactitud, quien la encontró fué el santo abate Florentin, porque nosotros nos quedamos á la puerta.

—¿Y por qué no entrásteis todos?—preguntó Tordesillas.

—Porque el señor abate quiso ver si con buenas razones sacaba algun partido de la mujer y averiguaba el paradero del marido.

—Entiendo.

—Esperábamos, como he dicho, cuando sobre nosotros resonó cierto ruido, y levantando la cabeza vimos un bulto negro que cayó á nuestros piés.

—¿Y qué era?—preguntaron algunos.

—Era el señor abate, á quien acababan de echar por la ventana.

—¡Ah!...

—Sí, lo echó por la ventana un hombre que se apareció, dando así lugar á que huyese la mujer del hechicero.

—¿Y qué hicísteis?

—Lo primero que hicimos fué socorrer al señor abate; luego entramos en la casa...

—¿Y los encontrásteis?

—Al pié de la escalera nos recibió un esqueleto.

—¡Un esqueleto!...

—Los criminales habian desaparecido.

—¿Pero cómo, si estábais á la puerta?

—Por otra que hay en la tapia de un corral.

—Ya.

—Se destacaron varias partidas en su persecucion, y yo formaba parte de la que mandaba un compañero mio llamado Crispin. Corrimos cerca de dos leguas, y yo, sintiéndome inspirado, dije: «Miremos por aquí.»

—¿Por dónde?

—Por entre las quebraduras de una roca.

—¿Y qué visteis?

—A la fugitiva con un niño en brazos, que estaba para caer en un precipicio.

Jacobo no pudo articular una sílaba.

Sentíase trastornado.

—Ya veis,—añadió Colin,—que si no hubiéramos mirado, no la hubiéramos visto.

—¿Y le echásteis el guante?

—¡Ya lo creo!

—¿Y el niño?—preguntó Jacobo, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Engañando á la madre se lo quitó Crispin, y supongo que los señores lo habrán puesto en parte segura.

—¿Pero esa mujer?...

—Era una de las que estaban en los calabozos inundados.

—¿Logró fugarse?

—Unos creen que sí, y otros que nó.

—Eso es incomprensible.

—Es muy fácil de entender.

—Explicaos.

—Se han ahogado tres mujeres.

—¡Oh!...

—Una de ellas era rubia.

—¡Rubia!...

—Lo mismo que la mujer del nigromántico.

—Pero fácilmente se reconocería...

—Tenia la cara medio deshecha.

—Por el calabozo en que estaba...

—Las tres se encontraban fuera de sus calabozos. Habia dos rubias presas, las dos jóvenes y hermosas, la mujer del hechicero y una luterana que debia salir en el primer auto de fé para morir en la hoguera. Una de esas dos rubias ha desaparecido, y la otra murió ahogada. ¿Cuál de las dos era la bruja del arrabal de San Ginés? Todos creen que la que estaba muerta, y yo tambien lo creo.

—¿Y en qué os fundais?

—En que su cuerpo estaba casi á la puerta del calabozo de la mujer del nigromántico, mientras que á la otra la teníamos encerrada al final de la galería.

—¿Y nada habeis podido deducir por la ropa?

—Las dos estaban vestidas de negro.

—Rara coincidencia.

—Bien,—dijo el señor Colás;—pero no es eso lo que más nos interesa, sino saber quién fué el autor del incendio.

—Sobre ese punto no puedo explicarme ni deciros más, sino que el señor Juan Ledesma no anda descaminado al creer que todo fué obra del nigromántico del arrabal, de su mujer ó de sus amigos.

—Eso quiere decir que se ha conseguido hacer algun descubrimiento importante...

—Esto no quiere decir nada,—replicó vivamente el alguacil.

—Ya sabeis que somos discretos.

—Lo sé; pero tampoco ignoro mis deberes.

—Señor Anton...

—No hablemos más de este asunto.

Y con una firmeza admirable, Anton Colin se negó á continuar aquella conversacion.

Un cuarto de hora despues se despidió y se fué, á pesar de que Jacobo le proponia una segunda cena.

El desdichado esposo sentia perder las fuerzas, y salió pocos minutos despues que el alguacil.

¿Habia muerto Isabel?

¿Qué era de su hija?

En su desesperacion acusóse Jacobo de cobarde por haber huido, abandonando á su familia.

Aquella noche fué horrible para él.

Momentos hubo en que pensó poner fin á su existencia; pero si Isabel habia muerto, quedaba su hija, su inocente hija, á quien tarde ó temprano podria encontrar y proteger.

Tres dias pasó como un loco.

Las noches siguientes fué á la taberna con esperanzas de encontrar al alguacil; pero ni en la taberna ni en ninguna otra parte volvió á verlo.

Jacobo no podia hacer lo que hubiera hecho en otra situacion, porque le era preciso ocultarse.

El dinero se le acababa, su casa seria invadida nuevamente por los inquisidores, y le era forzoso huir y buscar la proteccion del padre Fulgencio.

¿Qué habia de hacer?

Transido de dolor, decidióse al fin y partió.

¿Seria esta vez tan afortunado como la primera?

Sí, puesto que al cabo de ocho dias se encontraba en la aldea donde ya lo vimos salvar la existencia de la anciana madre de María.

¿No se interesa el lector por la suerte de esta jóven?

Suponemos que sí; pero preciso es que tenga paciencia, porque antes de ocuparnos del casamiento de María y Juanillo, tenemos que volver á Madrid para averiguar el paradero de Isabel y de sus dos misteriosos protectores.

CAPITULO LXIII.

Lo que habia sido de Isabel.

Hemos de volver á la noche del combate para reunirnos con Isabel y sus dos protectores en el momento en que favorecidos por la oscuridad salieron de la casa.

Cuando estuvieron en la calle, precisamente cuando el peligro desaparecia, Isabel empezó á perder las fuerzas que hasta entonces la habian sostenido.

Detuviéronse algunos momentos para mirar á su alrededor.

Los ojos de los dos hidalgos relumbraban como centellas; pero los de la infeliz madre empezaban á perder el brillo que poco antes los animaba.

—¡Dios mio, Dios mio!—murmuró con voz débil la fugitiva.

Y elevó al cielo una mirada de angustia mortal.

Apenas podia sostenerse.

Sentíase en aquellos momentos completamente aturdida.

—¿Qué le habia sucedido? ¿Cuál era su situacion?

No lo sabia.

Parecíale que era presa de una pesadilla horrible.

Las fuerzas humanas tienen su límite, y por grandes que fuesen las de Isabel, ya no podian resistir más.

Aquellos dos hombres la habian defendido; pero una vez terminada la lucha, una vez pasado aquel peligro, ¿qué harian?

¿Habian hecho frente á los cinco jóvenes por defender á la perseguida ó porque llevaban consigo un tesoro?

A esto no podia responderse en aquellos momentos, y para Isabel, aturdida como estaba, era todo mucho más oscuro, más inexplicable, más inconcebible.

Despues de invocar al Omnipotente, exhaló la infeliz un gemido.

—El último esfuerzo, señora, el último, y nos habremos salvado,—le dijo uno de sus protectores.

—¡Ah!... ¿Qué vá á ser de mí?... ¿Adónde me llevais?

—Venid, que si el cielo nos protege, nada teneis que temer.

La desdichada hizo instintivamente un esfuerzo sobrehumano, el esfuerzo de la desesperacion, y repuso:

—Vamos, pues.

El más jóven le ofreció su brazo, en el cual se apoyó Isabel.

—Tenemos que andar bastante, señora,—dijo el anciano: —quiera Dios que no os falten las fuerzas, porque á pesar de nuestros buenos deseos, á pesar del deber de protegeros que nos imponen las leyes de la humanidad y los preceptos divi-

nos, tendríamos que abandonaros, sí, os abandonaríamos, porque hay otro deber más imperioso, más sagrado, que esclaviza nuestra voluntad.

Isabel miró con asombro á sus protectores, y replicó:

—Aún me sobran fuerzas.

—Con tal que no os engañe vuestro deseo...

—Pronto lo vereis,—repuso ella, como si la fiebre le devolviera la energía que hasta entonces la habia sostenido.

Y efectivamente, siguió á los hidalgos con paso firme.

Hubiérase dicho al verlos que ella era la más fuerte y la que daba ejemplo de valor.

Los tres guardaron silencio.

Brillaba la luna; pero ellos buscaban la sombra, para evitar las miradas indiscretas.

A aquellas horas estaban las calles silenciosas y solitarias.

Subieron por la de Toledo, y á los pocos minutos llegaron á la del Arrabal.

Este sitio era muy peligroso en aquella época.

Detuviéronse allí para mirar y escuchar.

Ni vieron á nadie ni percibieron el más leve ruido.

—Vamos,—dijo á media voz el jóven.

—Sí, vamos,—respondió el otro.

De vez en cuando los miraba Isabel, como si á través del rostro quisiese escudriñar el alma.

¿Quiénes eran aquellos dos hombres?

¿Qué significaba el tesoro que llevaban consigo?

Porque no podia dudarse ya de que los talegos estaban llenos de oro.

Era imposible penetrar semejante misterio.

Atravesaron la plaza, que todavía no era mas que un gran

espacio, rodeado de edificios en su mayor número de aspecto miserable.

Cada vez con más precipitacion, dejaron atrás la calle de la Almudena, San Miguel, y la Puerta de Guadalajara, y se encontraron al fin en los derrumbaderos que terminaban en los barrancos y Caños del Peral.

—Aún falta bastante,—dijo el anciano.

—Descuidad,—respondió Isabel, mientras hacia dolorosos esfuerzos para sostenerse.

Si no hubiera pensado en su hija, á quien siempre esperaba encontrar, si el amor maternal no la hubiese alentado, la desdichada se habria dado por vencida, y con la resignacion del mártir se habria dejado morir.

Empero era madre, repetimos, y tenia que cumplir sagrados deberes.

La desdichada era madre, y tenia que satisfacer su maternal anhelo.

Era tambien esposa, amaba con infinita ternura, y su corazon le mandaba sufrir y le imponia la obligacion de salvarse, para volver algun dia á los brazos del esposo querido.

Diez minutos despues atravesaban las tortuosas y estrechas calles que rodeaban los conventos de Santa Catalina y Santo Domingo, y se encontraban junto á San Martin.

Más de una vez hemos hecho la descripcion de estos sitios, y creemos que si no podemos omitirla enteramente ahora, nos es al ménos permitido excusar muchos detalles, que ya debe conocer el lector.

La iglesia de San Martin, unida al convento del mismo nombre, cerraba por aquel lado la plazuela que hoy conocemos con el nombre de las Descalzas Reales, y que era el cen-

tro, puede decirse, ó la parte principal del arrabal que se extendia por aquel lado de la corte.

Al otro lado de la iglesia, y entre ésta y la calle de Trujillo, habia y aún existe una manzana de casas, sin más diferencia que la de ser entonces edificios de un solo cuerpo, en cuyo lugar se levantaron despues grandes casas.

Todo pertenecia en aquel barrio á los monjes de San Martin, cuyo abad conservaba sus antiguos privilegios, y puede decirse que era un señor feudal, pues nadie sin su consentimiento podia establecerse allí, y á él solo en muchos casos correspondia administrar justicia.

De lo que era la comunidad de San Martin, nos ocuparemos oportunamente, dando así, en cuanto es posible, la idea más exacta de aquel siglo.

A las miserables casas de que hemos hecho mencion se acercaron los hidalgos.

Para los que hayan leido nuestra novela titulada *El Tribunal de la sangre*, estas casas son un recuerdo de sucesos bien extraños y de bastante importancia.

El padre y el hijo miraron cuidadosamente á todos lados, y convencidos de que nadie los observaba, abrieron la puertecilla de una de aquellas casas.

—Demos gracias á Dios,—dijo el anciano mientras entraban.

Y cerró en tanto que el jóven, sacando eslabon, pedernal y yesca, hacia fuego y encendia una mecha de azufre, con la cual hizo arder la de un velon que habia en el suelo.

Isabel miraba y callaba.

Debia creer que ya no corria ningun peligro; pero cada vez estaba más aturdida.

Dejaron atrás un pasillo, y entraron en un aposento de regulares dimensiones y amueblado con decencia.

—Sentaos y descansad,—dijo el anciano á Isabel,—porque necesitamos algunos minutos antes de ocuparnos de vos.

—Estoy bien,—replicó ella, dejándose caer en una silla.—Lo que habeis hecho por mí es más de lo que puedo desear, y por consiguiente...

—Señora, hemos cumplido nuestro deber de cristianos y caballeros.

—Más, mucho más...

—Perdonad; pero tenemos que dejaros.

Leandro encendió otra luz, y ambos salieron de la habitacion.

Cuando Isabel quedó sola, se pasó las manos por la frente, que sentia abrasada, y miró á su alrededor.

—¿Dónde estoy?—se preguntó.—¿Qué me ha sucedido? ¿Qué suerte me aguarda?

No acababa de convencerse de que estaba despierta.

Parecíale imposible que fuese una realidad lo que en el espacio de dos horas habia visto.

No, no era posible que en aquellos momentos se explicase su situacion; no era posible, porque la fiebre trastornaba su razon.

Los negros ojos de la infeliz estaban animados con extraño brillo.

Sus miradas eran inciertas y vagaban sin cesar.

Su rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado, y sus miembros se agitaban convulsivamente.

—Tengo frio,—murmuró.

Y apoyándose en el respaldo de la silla, dejó caer so-

bre el pecho la cabeza, cruzó los brazos y quedó inmóvil.

¡Infeliz!

En aquellos momentos podian haber llegado sus perseguidores sin temor de que la desdichada hiciese resistencia.

Media hora pasó.

Isabel no hubiera podido decir cuánto tiempo habia trascurrido desde que la dejaron sola.

Se encontraba en ese estado en que sin estar dormidos, ni se vé, ni se siente, ni se piensa, ó por lo ménos las ideas son tan vagas, tan confusas y se suceden con tal rapidez, que no se puede dar forma ni valor al pensamiento.

La puerta se abrió, apareciendo el anciano.

Isabel de nada se apercibió.

Dió él unos cuantos pasos y se detuvo.

Ya no llevaba el talego y habia dejado tambien el sombrero, la capa y la espada.

Sus negros ojos se fijaron en la fugitiva con una expresion de ternura y compasion indefinibles.

Hubiérase dicho que era un padre que contemplaba á su hija.

Trascurrieron algunos segundos.

Ella permaneció inmóvil como una estátua.

No hubiera podido concebirse una imágen más perfecta y expresiva del dolor; pero no de ese dolor que solamente nos inspira lástima, y despierta el deseo noble de calmarlo, sino ese dolor silencioso, melancólico y triste, que parece comunicarse, que conmueve profundamente, que interesa de una manera poderosa, enternece y nos hace amar más bien que compadecer.

Ya fuese porque en el rostro y en la actitud de Isabel se

pintase su sufrimiento con rara verdad, se revelase con desgarradora exactitud el estado de su alma ó ya que á tales efectos contribuyese su encantadora belleza, ello es que el anciano dejaba ver en sus ojos cómo el sentimiento de su ternura se graduaba y elevaba por instantes, haciéndose cada vez más intenso y como si avanzara rápidamente en lo infinito.

Bien pronto los ojos de aquel hombre, que antes habian despedido centellas aterradoras, se humedecieron con el llanto; pero debió luego pensar que en la situacion en que se encontraban era más útil la cabeza que el corazon, ó al ménos que éste por sí solo no era bastante; así debió pensarlo, decimos, puesto que se le vió esforzarse y su rostro volvió á tomar la expresion tranquila y bondadosa, pero grave que siempre tenia, y acercándose á Isabel, le dijo con dulzura:

—Señora...

La infeliz se extremeció tan violentamente como si el estampido de un cañon la hubiese despertado del más pesado sueño.

Levantó la cabeza, abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas y fijó en el hidalgo una mirada que lo mismo podia ser de sorpresa que de terror.

—Os sentís muy fatigada y sufrís mucho,—dijo el anciano con el mismo cariñoso tono que antes.

Isabel se pasó las manos por la frente, separando los mechones de cabellos que por ella caian en desórden y volvió á mirar al anciano como si quisiese recordar quién era éste.

—¡Ah!—exclamó despues de algunos momentos.

Y se puso en pié como impulsada por un resorte, y asiendo y estrechando con fuerza convulsiva las manos de su

protector, dijo mientras miraba recelosamente á todos lados.

—¡Protegedme, protegedme!... Necesito vivir para mi hija, para la hija de mis entrañas, vivir para mi esposo... Soy inocente, os lo juro por Dios que nos escucha, por mi alma, por mi pobre hija, por mi esposo infeliz... Yo os lo diré todo, yo arrancaré la máscara con que se cubre ese hipócrita miserable...

—Sosegaos...

—¡Protegedme, amparadme!...

—Nada teneis que temer, porque estais en lugar seguro.

—Me persiguen,—replicó Isabel con acento que revelaba el extravío de la fiebre.

—¡Dios mio!—murmuró el anciano extremeciéndose.

Y fijó en la pobre madre una mirada de temor y angustioso afan.

—Quieren mi honra... ¡Oh!... Y me han arrebatado á mi hija... ¿Dónde está mi hija, dónde?... ¡Miserable!... ¡Me has destrozado el corazon!... ¡Maldito seas, mil veces maldito!... Sí, maldito, y que tu hijo sea el instrumento de la justicia Omnipotente; sí, tu hijo, para que sientas despedazado el corazon de padre como despedazas el mio.

—Pierde la razon... ¡Ah!... Esto es horrible...

—Defendedme...

—¡Desdichada!...

—¡Me persiguen!...

—Tranquilizaos... Vuestros perseguidores no saben dónde estais, no pueden llegar aquí... Yo os ampararé, yo buscaré á vuestra hija y os la devolveré...

—¿Me devolvereis á mi hija?... ¡Ah!... ¡Bendito seais, bendito seais!

Y la infeliz madre besó con frenesí las temblorosas manos de su generoso protector.

—Llorad, hija mia, llorad...

—¡Que llore!... ¿Y por qué?...

—Llorad...

—¿No vais á traerme á mi hija?... Soy feliz, no debo llorar, porque voy á estrecharla entre mis brazos; sí, voy á estrecharla entre mis brazos, no habrá poder bastante para separarla de mi corazon; no, no la separarán, porque desconfiaré de todo el mundo... ¡Ah!... ¡Bendito seais!

Isabel volvió á besar las manos del hidalgo.

—Sí,—dijo éste,—yo buscaré á vuestra hija y os la devolveré; pero es preciso que descanseis, que os tranquiliceis...

—Ya estoy tranquila.

—Venid.

—¿Adónde me llevais?

—Ya os he dicho que es menester reposar.

—Estoy bien... Mirad... Me sobran fuerzas...

—Pero hemos de esperar á que venga el dia, y entretanto...

—Esperaré.

—En la cama, venid.

—No necesito acostarme.

—Si no os acostais, tampoco yo podré hacerlo, y necesito recuperar las fuerzas que he gastado en la lucha...

—¡La lucha!...

—Sí, la lucha que hemos tenido que sostener para defendernos, y que me ha fatigado mucho.

—Es verdad... ¡Dios mio!... ¿No estais herido?

—Dios ha querido protegerme...

—Pero... ¡Ah!... ¿Y el otro?... ¿Y nuestros enemigos?

—Están lejos, muy lejos.

—¡Oh!...

—Sí, ya me acuerdo, un combate horrible, imprecaciones, sangre, tinieblas...

—Callad, esos recuerdos...

—Vamos, vamos... ¿Adónde queríais llevarme?

—A descansar,—respondió el noble anciano;—me habeis prometido hacerlo...

—Sí, sí, voy á ser dichosa...

—Apoyaos en mi brazo.

—¡Ah!...

Isabel empezó á languidecer nuevamente.

El anciano lo observó y se sintió algo más tranquilo.

Si aquella horrible crisis hubiera continuado, probablemente la infeliz habria concluido por perder para siempre la razon; pero si debia esperarse que su razon se salvara, no podia tenerse seguridad de que sucediera lo mismo con su existencia.

Habia sufrido mucho desde que se separó de su esposo, y antes de que recuperara las perdidas fuerzas, antes de que se templara su dolor, habia experimentado nuevas y grandes conmociones, tan violentas, tan espantosas como las anteriores.

No era posible que una criatura resistiese tanto sin sucumbir, era ya demasiado para la delicada organizacion de una mujer.

El hidalgo llevó á Isabel á otro aposento donde habia una cama modesta, pero bien arreglada y limpia.

Tiempo era ya, porque la desdichada habia perdido las

últimas fuerzas, y dejándose caer pesadamente en el lecho, quedó inmóvil.

La fiebre era por momentos más intensa.

No tardó en presentarse nuevamente el delirio.

Los nombres de su hija y de su esposo se escapaban con frecuencia de sus lábios.

¡Infeliz!

CAPITULO LXIV.

Que puede considerarse continuacion del anterior.

El resultado de los sucesos que habian tenido lugar aquella noche, debió mejorar la triste situacion de Isabel, porque las explicaciones de ésta habrian sido bastante para que los hidalgos buscasen á David, volviendo así éste á ponerse en relaciones con aquella, y por consiguiente, reuniéndose la madre y la hija, pues ya sabemos que el jorobado iba á conocer el lugar donde se guardase á la niña, y aun tal vez á ser su guardian.

Empero la fatalidad, complaciéndose en mostrarse cruel, ponia constantemente un obstáculo á la reunion de aquellas desdichadas criaturas, y cuando estaban más cerca los unos de los otros, algun acontecimiento inesperado los separaba nuevamente y á mayor distancia que antes.

Cada vez que la casualidad favorecia de algun modo á Isabel, se preparaba otra desgracia mayor que ninguna: no

parecía sino que el implacable destino se habia propuesto atormentar á la infeliz, dejándole entrever esperanzas para desvanecerlas.

Cuando Isabel y Simon se encontraron, debió creerse que nada se opondria á que volviese á ver á David; pero la enfermedad de éste lo estorbó.

¿Qué inconveniente se presentaria despues de ser amparada por los hidalgos?

Uno semejante al anterior.

La violenta fiebre que habia postrado á Isabel, trastornaba su razon unas veces, y otras la enervaba hasta el punto de que no le era posible hablar.

En sus horas de delirio nombraba á su hija, á su esposo, al huérfano y á Florentin, y hablaba de su prision, recordando horrorizada los dias que habia estado en el calabozo.

El padre y el hijo escuchaban aquellas frases y se miraban tristemente.

Nada podian comprender: todo lo más deducian que Isabel habia estado en las cárceles de la Inquisicion, siendo tal vez una de las víctimas que se habian salvado la noche del incendio, y que el abate Florentin era la persona á quien la pobre madre acusaba y maldecia.

¿Pero quién era la persona llamada David?

A la mañana siguiente y á riesgo de ser conocido, Leandro fué á buscar á la vieja beata, suponiendo que ésta podria darle algunas noticias con respecto á Isabel; pero le sucedió lo que al alcalde, es decir, que no la encontró, teniendo que volverse sin adelantar nada, á pesar de que se aventuró á preguntar á algunos vecinos.

No se sorprendió Leandro: suponia que la desgraciada á

quien habian protegido se albergaba casa de la vieja, y ésta, cómplice probablemente de los cinco jóvenes, se habria ocultado para no caer en manos de la justicia.

No les era posible ir más allá en sus averiguaciones.

Era preciso esperar á que Isabel estuviese en estado de dar explicaciones.

Y así pasaron tres dias.

Los hidalgos estaban en la situacion más apurada que puede concebirse, tratándose de hombres de nobles sentimientos.

Era menester ser muy torpes para no conocer que peligraba la vida de Isabel.

¿Debian llamar á un médico?

Sobre este punto dudaron; porque tras semejante pregunta se hicieron otras.

¿Quién era aquella mujer?

No habia que tener en cuenta el grosero ropaje de la infeliz, porque su rostro y sus maneras decian claramente que aquella mujer no era lo que parecia.

Las casualidades son espantosamente temibles, y ningun hombre prudente las olvida, ni mucho ménos las desprecia.

¿No podia suceder que el médico á quien llamasen conociese á la fugitiva?

Todo era posible.

Y si por falta de auxilio de la ciencia llegaba á morir aquella desdichada, ¿cómo se justificarian ellos ante su conciencia?

Cada vez que de esto hablaban, manifestaban distinta opinion, resultando que los tres dias se pasaron en vacilaciones.

El estado de la enferma era muy grave; pero como no

presentaba esos síntomas de muerte que comprenden todos, entre vacilaciones y dudas pasaron los tres dias.

—Me ocurre una idea,—dijo Leandro.

—Sepamos cuál es,—le contestó su padre.

—No seria difícil,—repuso el jóven,—encontrar un médico que viniese con los ojos vendados, de modo que, aunque conociese á esta infeliz mujer, no podria luego decir dónde la habia visto.

El anciano movió la cabeza é hizo un gesto que significaba:

—No hay que fiarse de eso.

—¿No os parece bien mi plan?—preguntó el jóven.

—Es demasiado conocido.

—No importa, si es seguro.

—Desde el momento que á un hombre le tapas los ojos, no piensa en otra cosa sino en el medio de saber adónde vá, y si es un poco astuto, lo averigua.

—¿Cómo?

—Cuenta los pasos que dá en línea recta, y hace lo mismo cuando le mandan volver á cualquier lado. Cada vez que su pié se fija en el suelo, procura guardar en la memoria si tropieza con una piedra, ó si se hunde en un hoyo; no olvida si en tal ó cual trozo el piso es blando, hace lo posible por tentar las paredes para saber si son de piedra ó de ladrillo, si están deterioradas ó nó, y en fin, lo observa todo, sin contar con que se aprovecha de cualquiera circunstancia para dejar en su camino una ó más señales que pueda luego reconocer.

—Todo eso se evita fácilmente.

—Te equivocas.

—Un hombre metido en una litera no puede contar los pasos.

—Sabe cuando vuelve á la izquierda ó á la derecha.

—Es verdad; pero...

—Cuenta las pulsaciones.

—¡Oh!...

—Al dia siguiente se hace conducir de la misma manera.

—¿Pero con igual rapidez?

—Sí, porque puede apreciarla muy aproximadamente por el movimiento.

—Exagerais, padre mio.

—Estas exageraciones son precisamente las que hasta hoy han salvado el tesoro de Gil Perez, la fortuna de sus hijos.

Leandro no encontró nada que replicar.

Afortunadamente al cuarto dia cedió la fiebre lo bastante para que Isabel empezase á recobrar la razon.

No parecia tan urgente el auxilio del médico.

Aguardaron, pues.

Al otro dia la enferma, aunque muy debilitada, encontrábase en el pleno uso de sus facultades intelectuales.

El padre y el hijo se consultaron.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó éste.

—Dudo.

—Ya puede darnos explicaciones.

—Pero se agitará, se conmoverá y temo una recaida.

—Nada os aconsejo, padre mio.

—Y sin embargo, yo quisiera que me aconsejases.

—No me atrevo.

—Esa infeliz mujer ha llegado á interesarme.

—Tambien á mí, y la miro como á una hermana.

—Sus sufrimientos deben ser horribles.

—Y por consiguiente se conmoverá demasiado.

—¿Y qué opinas con respecto á su marido?

—Nos ha dicho bien poco y cualquiera deduccion seria muy aventurada.

—El nombre...

—Tordesillas; es un apellido como otro cualquiera.

—Pero ya sabes que Gil Perez tenia la costumbre de añadir á su nombre y apellido, las dos palabra «de Tordesillas.»

—¿Y el Perez?

—El hijo del señor Gil, que en gloria esté, pudo suprimirlo para ocultarse mejor.

—Todo eso, padre mio, es bastante para fijar nuestra atencion; pero nada más.

—Bien, Leandro, muy bien.

—¿Qué quereis decir?

—Que veo con placer tu prudencia, tal vez excesiva; pero conveniente en nuestra delicada situacion.

—Sigo vuestros consejos, padre y señor.

—Y yo moriré tranquilo, porque estoy seguro de que tú conservarás intacto el honor de la familia.

—No hablemos de la muerte.

El anciano hizo un gesto de indiferencia y desplegó una leve sonrisa.

—Ya sabes,—dijo,—que has de quedarte sin padre el dia que ménos esperes semejante desgracia.

—Os habeis empeñado...

—Mi padre, mi abuelo, mi visabuelo, todos nuestros ascendientes...

—Entonces yo...

—Tambien.

Leandro se encogió de hombros.

—Por fortuna te sucede lo que á mí,—repuso el anciano,—no tienes miedo á la muerte.

—Mi sangre es la vuestra, padre mio.

—No por esto dejará de perpetuarse nuestra familia, porque la seguridad de que has de morir cuando te sientas más vigoroso, no es un inconveniente para que busques una compañera y legues nuestro nombre á tus hijos.

—No,—repuso Leandro,—no es un inconveniente, y con doble motivo cuando ninguno de nuestros antepasados ha muerto jóven.

—El que ménos, ha vivido sesenta y ocho años, y por consiguiente hay la probabilidad de que pases de los sesenta.

—Estoy, pues, á la mitad de mi vida.

—Próximamente.

Estas frases se cruzaban entre el padre y el hijo con la mayor tranquilidad, casi con indiferencia.

¿Qué significaban?

Pronto lo sabremos, puesto que no hemos de tardar en conocer su historia y su situacion.

De la consulta, no resultó nada.

Dudando el uno y el otro, pasó el dia.

Isabel les dirigió muchas veces la palabra con intencion de entrar en explicaciones.

Empero el anciano la interrumpió siempre, recomendándole el silencio y la quietud, si bien prometiéndole que bien pronto hablarian.

Isabel obedeció, porque á toda costa queria recobrar las fuerzas.

Pero no por esto dejaba de parecerle el tiempo ménos penoso y largo.

En la situacion en que la infeliz se encontraba, cada hora era un siglo de cruel agonía.

La noche llegó y el Omnipotente quiso que un tranquilo sueño cerrase los ojos de la pobre madre.

CAPITULO LXV.

Explicaciones interesantes.

Aunque Isabel estuviera muy débil, se encontraba en disposicion de entrar en explicaciones, y estas eran tan necesarias y urgentes, que no debian dilatarse.

El padre y el hijo se sentaron junto al lecho.

Ella les dirigió una mirada de inmensa gratitud.

—¿Cómo os encontrais, hija mia?—preguntó el anciano, que sin saber por qué, se habia acostumbrado á dar á la infeliz el dulce nombre de hija.

—Bien, muy bien,—respondió ella con débil voz y dulce acento;—muy bien, gracias á vuestros cuidados, á vuestra generosidad...

—Hemos cumplido nuestro deber.

—¡Ah!... Habeis hecho todo lo que pueden hacer un padre y un hermano: no habeis vacilado para arriesgar vuestra vida por mí...

—No,—replicó el anciano,—no ha sido por vos solamente, puesto que teníamos que defender otra cosa.

—¿Quereis rebajar el mérito de vuestro noble proceder?

—Lo que quiero, hija mia, es que nos ocupemos de lo que ahora más nos interesa.

—Hablad, caballero, que ya os escucho con el respeto y la atencion que mereceis.

—No me mueve un sentimiento de impertinente curiosidad, y la prueba es que os defendimos antes de saber quién sois.

—Esas advertencias me ofenden, porque parecen una duda de mis sentimientos.

—No tal.

—Sí, diríase que no estábais seguro de que yo os hiciese justicia...

—Pues bien, haceos cuenta que no he dicho nada.

—A mí me toca hablar, solamente á mí, y no para satisfacer vuestra curiosidad, sino para que sepais en quién habeis empleado vuestra generosidad; para que me ayudeis, porque quien ha hecho lo que vosotros por mí, no puede abandonarme: almas como la vuestra, corazones tan grandes, nunca hacen á medias una buena obra, y si yo no os diese los medios de concluir la que habeis empezado, os quejaríais de mí, me acusaríais de no haber hecho justicia á vuestros sentimientos, de no haberos apreciado en lo que valeis, de haberos confundido con esos hombres, que si no son malos porque les falta el valor, tampoco son buenos porque les falta nobleza y virtud, y que deben considerarse como la mayor desdicha de la sociedad.

—Gracias, hija mia, gracias.

—Todo lo sabreis, pues, todo lo sabreis, lo mismo lo que he sufrido, que lo que deseo, y no solamente me compadecereis, sino que me ayudareis.

—Sí, sí.

—No, no sois hombres vulgares.

—Sea cual fuere la causa de vuestros sufrimientos...

—Escuchadme.

El padre y el hijo guardaron silencio.

Isabel meditó algunos instantes, y luego dió principio al relato de sus últimas desgracias.

Excusado es decir que nada ocultó, absolutamente nada: otra cosa hubiera sido una ingratitud, y esta falta no era posible que ella la cometiese.

Los hidalgos escucharon con atencion profunda.

El acento de Isabel era el acento de la verdad.

No era, pues, posible poner en duda sus palabras.

Sobre el último suceso no podia dar explicaciones satisfactorias, puesto que ignoraba por qué los cinco jóvenes habian cometido el abuso que ya conocemos.

Empero esto se adivinaba fácilmente y no tenia tampoco más importancia que la del peligro que por algunos minutos habian corrido todos y que ya habia cesado.

Aquello era, segun parecia, un hecho sin relacion ninguna con los sucesos anteriores, por más que pudiese ejercer en lo porvenir alguna influencia.

Cuando Isabel acabó de hablar, sus protectores inclinaron sobre el pecho la cabeza, quedando inmóviles y como si se entregasen á meditaciones profundas.

Un cuarto de hora pasó.

El anciano rompió al fin el silencio para decir:

—No sois un delincuente que merece castigo, sino una víctima á quien se debe, no solamente compasion, sino proteccion. Han abusado de vuestra buena fé, os han engañado, os han separado de vuestro esposo, os han arrebatado á vuestra hija...

—¡Hija de mi alma!...

—No quiero entrar en consideraciones sobre estos criminales abusos, porque no conseguiria mas que aumentar vuestro dolor.

—¡Ah!...

—Todo eso es horrible, tan horrible que á nada puede compararse, y se necesita un alma tan grande como la vuestra para no haber sucumbido.

—No puedo expresar lo que he sufrido...

—Llegará el dia de la justicia, no lo dudeis; pero entretanto...

—Me ayudareis á buscar á mi hija, ¿no es verdad?—preguntó afanosamente Isabel.

—Sí.

—Dios os bendecirá.

—Ante todo, buscaré á esa desdichada criatura que os ha protegido.

—¡David!...

—Puede hacer mucho por vos.

—Me ama como un hijo.

—Pruebas ha dado de su amor y su generosidad.

—No os será difícil encontrarlo.

—Hoy mismo iremos á buscarlo; pero antes es preciso que me deis algunas explicaciones sobre puntos muy interesantes.

—Preguntad: para vosotros no tengo secretos.

—¿Cuánto tiempo hace que os casásteis?

—Cinco años.

—¿Y cuántos tiene vuestro esposo?

—Treinta y cinco.

El anciano volvió á meditar.

—Bien,—dijo luego:—tiene treinta y cinco años y se llama Jacobo de Tordesillas.

—Sí.

—¿No sabeis si tiene otro apellido?

—El de su madre.

—¿Quereis decírmelo?

—Belmonte.

—Belmonte,—murmuró el anciano como si hablase para sí.

Y luego añadió:

—Sucede en muchas familias que uno de sus individuos, por una razon cualquiera, adquiere la costumbre de suprimir ó añadir uno de sus apellidos, y esta costumbre se trasmite á sus descendientes, acabando por sufrir un cambio el nombre de la familia, haciéndose muy difícil poner en claro la verdad cuando han pasado una ó dos generaciones.

—Esperad,—dijo Isabel.

Y á su vez reflexionó como quien quiere recordar.

—Algunas veces,—dijo despues de un rato,—me ha hablado mi esposo de grandes desgracias en su familia.

—¿Qué clase de desgracias?

—A propósito de la última, me decia: «No me sorprende que á pesar de mi inocencia me persiga la Inquisicion, porque parece que nuestra familia está destinada á sufrir persecuciones tan injustas como tenaces.»

—¿Y no le pedísteis la explicacion de esas palabras?—preguntó el anciano.

—Sí; pero no me respondió más sino que su padre, á pesar de haber sido el hombre más honrado, habia tenido tambien necesidad de ocultarse y aun cambiar en alguna manera su nombre.

—¡Cambiar su nombre!...

—Sí, porque, segun parece, los abuelos de mi esposo han llevado otro apellido.

—¿Cuál?—preguntó afanosamente el anciano.

—Perez.

—¡Ah!...

—¿Qué encontrais en eso de particular?

—¿Teneis noticia de cómo terminó la existencia del padre de vuestro esposo?

—Sé que murió tranquilamente en su cama, dos años antes de nuestro casamiento.

—¿Y su abuelo?

—Tuvo un fin desgraciado, pero glorioso, porque sacrificó su vida por el honor y las libertades de su patria.

—¿Cuándo, señora, cuándo?

—El abuelo de Jacobo murió en la batalla de Villalar.

—¡Dios mio!—exclamaron á la vez los dos hidalgos.

Isabel los miró con tanta más sorpresa, cuanto que lo que ella acababa de decir no tenia nada de particular.

En Villalar habian muerto muchos buenos españoles, y no era para llamar la atencion de nadie que el abuelo de Jacobo hubiera sido uno de tantos.

—Recordad, señora, recordad,—dijo el anciano despues de algunos instantes.

—¿Pero qué os sucede? Mis palabras más sencillas son las que producen más sensacion en vosotros.

—Continuad, todo lo comprendereis.

—Nada más tengo que deciros: he satisfecho vuestras preguntas. ¿Quereis saber más? Para vosotros no tengo secretos.

—Segun vos, lo que acabais de revelarnos no tiene ninguna importancia.

—La tendria si viviese el padre de mi esposo, porque segun él me ha indicado, hasta despues de algunos años de la batalla de Villalar, debia temer esas injustas y horribles persecuciones que muchos hijos inocentes sufren por la conducta de sus padres; pero en este mismo caso se encontraban las familias de los que se unieron á las comunidades.

—¿Ignorais el nombre de pila del abuelo de vuestro esposo?

—Lo sé por casualidad.

—Vamos á salir de dudas...

—¿Quereis saberlo?

—Sí, sí.

—Su abuelo se llamaba Gil.

—¡Ah!—exclamaron otra vez el padre y el hijo.

Y despues de algunos momentos, añadió el anciano:

—Gil Perez de Tordesillas, ¿no es verdad?

—Sí, Gil Perez era natural y vecino de Tordesillas, hidalgo y rico, segun he podido comprender por algunas indicaciones de mi esposo.

—Debe ser el mismo,—murmuró el anciano;—la Providencia lo dispone así... ¡Oh!... La mano Omnipotente, sí; en todo se vé la mano Omnipotente.

—Caballero,—replicó Isabel, cada vez más aturdida,—explicaos...

—Me explicaré; pero antes decidme todo cuanto sepais del abuelo de vuestro esposo.

—Sé bien poco.

—No importa.

—Gil Perez, como todos los buenos castellanos, se adhirió á la causa de las comunidades y murió en Villalar.

—¿Y su familia?

—No tenia mas que un hijo, mancebo entonces de pocos años; pero que, segun creo, siguió á su padre, sacó tambien la espada en defensa de nuestras leyes, y tuvo que huir y ocultarse, porque fué perseguido, como todos los que no perdieron la vida en aquella fatal jornada.

—¿Salió de España?

—Creo que no hizo más que cambiar el nombre ó más bien alterarlo, suprimiendo el Perez, y poniendo en su lugar el del pueblo de su naturaleza, acabando así por ser conocido por Tordesillas solamente, razon por la cual mi esposo no usa tampoco otro apellido.

—Bien; pero los bienes de esa familia...

—Hé ahí un misterio que tal vez no pueda aclarar ni aun mi marido.

—Es extraño.

—Voy á deciros lo que sé sobre ese punto.

—Lo que os parezca más insignificante, es quizá lo de mayor importancia.

—Escuchadme, pues.

—Hablad.

Isabel se incorporó en el lecho, y dijo:

—Despues de algunos años, el hijo de Gil Perez, ayudado por algunos amigos leales, intentó recuperar los bienes de su padre; pero sus diligencias no le dieron más resultado que un triste convencimiento. Las tierras que poseian habian sido vendidas por el mismo Gil Perez pocos dias antes de morir, y sus compradores probaron su derecho con documentos irrecusables, además de que todos ellos eran hombres de honradez probada, incapaces de cometer un abuso. ¿Qué se habia hecho del producto de aquella venta y del dinero que poseia Gil Perez? Nadie lo sabia. En su casa nada se habia encontrado.

—Pero Gil Perez, á quien no se ocultaba el peligro que corria su existencia, debió hablar á su hijo de estos asuntos.

—No le dijo más sino que habia procurado ponerlo á cubierto de la miseria, y le indicó la persona que podria darle noticias y explicaciones sobre este punto.

—¿Y esa persona?...

—Era un hombre honrado, muy honrado, como debia serlo para que Gil Perez le confiara un secreto tan importante, lo hiciera dueño del porvenir de su hijo.

—El nombre de esa persona...

—Lo ignoro.

—¡Oh!...

—Creo que otro amigo de Gil Perez estaba tambien en el secreto; pero no fué posible acudir á él, porque habia muerto en Villalar.

—¿Y tambien ignorais el nombre de ese amigo?

—Por casualidad lo ha pronunciado mi esposo.

—Decid, señora,—repuso afanosamente el anciano;—decid el nombre de ese amigo de Gil Perez.

—Alfonso de Lara, si mal no recuerdo.

—¡Alfonso de Lara!... Es el mismo, es el mismo.

—Nada más sé.

—Es bastante, sí, es bastante.

—Pero...

—Tened aún paciencia,—interrumpió el anciano.

Y apoyó la frente en las manos, quedando inmóvil.

Isabel no se atrevió á replicar.

Miró alternativamente á sus dos protectores, sin que le fuera posible adivinar lo que estos se proponian con aquellas explicaciones.

Más que de la peligrosa situacion en que se encontraban en aquellos momentos, ocupábanse los dos hidalgos de la familia de Jacobo, cuya historia, por interesante que fuese, era al fin una cosa pasada, un recuerdo que de nada, al parecer, podia servir en aquellos momentos.

Motivos habia para que Isabel, no solamente se sorprendiera, sino se confundiera.

Cada incidente, cada circunstancia hacia más oscuro, más impenetrable el misterio en que parecian envolverse aquellos dos hombres.

Largo rato pasó.

Al fin el anciano se puso en pié.

—Señora,—dijo,—perdonad si ahora mismo no satisfago vuestra justa curiosidad; pero el asunto es demasiado grave y necesita reflexion.

—Nada tengo que pedir á quien debo la vida.

—Ven, Leandro, y vos, señora, esperad y no perdais la confianza en nuestros buenos deseos.

El padre y el hijo salieron de la habitacion.

Isabel se entregó á las reflexiones á que daban lugar as incomprensibles palabras de aquellos dos hombres.

Empero era imposible que adivinase nada.

Era imposible, porque las pocas frases pronunciadas por los hidalgos, tenian una significacion muy vaga.

CAPITULO LXVI.

Resolucion importante.

El padre y el hijo, cuando estuvieron en otra habitacion, se miraron como si se interrogasen.

Cada cual esperaba que hablase el otro, y así permanecieron buen rato.

Por fin el padre rompió el silencio para decir:

—¿Cuál es tu opinion, hijo mio?

—Que alabemos á Dios, cuya omnipotente mano acaba de mostrársenos con tanta claridad; á Dios, cuya justicia acabamos de ver.

—Eso quiere decir que no dudas.

—No dudo, padre mio.

—Crees que el esposo de esta infeliz es el nieto de Gil Perez.

—Así lo creo.

—Todas las apariencias...

—Las pruebas debiérais decir.

—Tienes razon.

—Esta mujer no miente.

—El relato de sus desgracias está conforme con lo que hemos visto.

—Hay otro motivo para creerla.

—¿Cuál?

—No se hubiera atrevido á mentir, puesto que bien pronto y fácilmente seria descubierta. Su nombre y sus circunstancias deben constar en la Inquisicion.

—No, no miente.

—Y en cuanto á su esposo, como nuestro secreto le es completamente desconocido...

—Basta, Leandro, basta.

—Estais convencido lo mismo que yo.

—Sí, sí.

—Ahora no falta más sino que determineis sobre vuestra conducta.

—Quiero saber tu opinion.

—Padre mio, aunque el temor á una muerte repentina os ha obligado á trasmitirme el secreto, mientras vivais nadie más que vos debe resolver.

—Yo resolveré, sí; pero no por eso hay ningun inconveniente en que me dés á conocer tu opinion.

—El que aconseja, toma sobre sí una parte de responsabilidad, por la influencia que puede ejercer su consejo, y esa responsabilidad, padre mio, no la quiero para mí.

—Veo con placer tu prudencia; pero á pesar de tus razones...

—¿Quereis absolutamente conocer mi opinion?

—Sí.

—Os obedeceré.

—¿Qué harias si yo hubiese muerto ya y fueses dueño absoluto del secreto?

—Despues de lo que acabo de oir, no vacilaría.

—¿Lo revelarias todo?

—Absolutamente todo.

El anciano inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—Sí,—añadió Leandro,—yo le diria: «Todo ese oro es de vuestro esposo, es de vuestra hija, y por consiguiente es tambien vuestro.»

—¿Y si ella quisiese disponer de esa rica herencia?

—No se lo permitiría.

—Desde el momento en que se la entregases...

—No se la entregaría.

—¿Acaso no tienes fé en la virtud y nobles sentimientos de esa desgraciada?

—La tengo.

—Entonces...

—Puede equivocarse, puede cometer un error, impulsda por los mejores deseos, y además ella no es bastante para guardar ese tesoro.

—Tu objeto es, pues, endulzar en cuanto sea posile los dolores de esa infelíz.

—No os equivocais.

—Déjame reflexionar.

El anciano volvió á inclinar la cabeza.

Trascurrieron algunos minutos.

—Estoy decidido,—dijo luego.

—¿A qué?

—Á revelárselo todo.

—Tracemos entonces nuestro plan de conducta.

—Es muy sencillo: tú irás á buscar á ese pobre huérfano que está al servicio del abate Florentin. No necesito advertirte que debes ser muy prudente.

—Nada me digais.

—Tenemos que disimular, que fingir, por más que esto nos sea muy desagradable.

—Descuidad.

—Entretanto hablaré yo con ella, le daré toda clase de explicaciones y nos pondremos de acuerdo sobre lo que conviene hacer para la seguridad de todos.

Leandro se dispuso á salir.

Su padre lo abrazó, dirigiéndole algunas palabras cariñosas, y se separaron.

Luego el anciano volvió al lado de Isabel.

Ésta lo esperaba con impaciencia; pero no se atrevió á preguntar.

El buen hidalgo rompió el silencio despues de algunos instantes para decir:

—Señora, estamos en una situacion muy grave.

Creyó Isabel que la amenazaba algun nuevo peligro y palideció.

—Tranquilizaos, hija mia, que lo que tengo que deciros es muy agradable; pero no por eso deja de ser ménos delicada nuestra situacion.

—Os escucho, caballero, y os repito que en vosotros no veo ni puedo ver más que un padre y un hermano; tengo la más ciega confianza en vuestros nobles sentimientos, en vuestra prudencia y vuestro valor, y no solamente estoy dispues-

ta á seguir vuestros consejos, sino á obedeceros sin preguntar en qué se fundan vuestras disposiciones ni á qué conducen. Me habeis salvado y no me abandonareis; así lo creo con toda mi alma... ¡Ah!... Hablad, caballero, hablad, padre mio, porque este es el nombre que mereceis.

—Os he hecho muchas preguntas que deben haberos sorprendido...

—Os he contestado con sinceridad. ¿He olvidado algo? Decídmelo, porque ya sabeis que ni para vos ni para vuestro hijo tengo secretos.

—Ahora me toca á mí revelaros uno de mucha importancia, de tanta como que de él depende, más que nuestra vida, nuestra honra, ó por lo ménos la tranquilidad de nuestra conciencia, que vale más que todo.

—No, no me reveleis ese secreto, porque...

—Es preciso.

—¿Por qué?

—No tardareis en saberlo.

—Un secreto de tanta importancia, del cual depende vuestra honra...

—¿No está bien depositada en vos?

—Pero...

—Repito que es preciso.

—Si es preciso...

—Más aún: así nos lo manda un sagrado deber, el deber que me impuse al pronunciar un juramento.

—Entonces, os escucho.

El anciano meditó para coordinar sus ideas y reunir sus recuerdos, y luego dió principio á su importante revelacion.

La narracion de los sucesos que vamos dando á conocer

nos obligan á interrumpir esta escena, para decir lo que habia sido de otros personajes en los dias que Isabel llevaba en el lecho, trastornada por la fiebre.

Perdona, pues, lector, que pronto volveremos al lado de la fugitiva y del anciano y sabremos en qué consistia el secreto que éste iba á revelar.

CAPITULO LXVII.

Los planes de Florentin.

Florentin se convenció de que era inútil buscar á Simon en su antigua vivienda de la Morería, y aunque sin desistir de hacer las averiguaciones convenientes sobre el paradero del asesino, empezó á ocuparse exclusivamente de la hija de Isabel.

Un solo dia le bastó para los preparativos más importantes.

La causa contra Jacobo y su esposa fué vista y sentenciada inmediatamente con las de los demás acusados que habian logrado fugarse la noche del incendio, y como era consiguiente, los bienes de todos fueron definitivamente confiscados, pasando á ser propiedad exclusiva del fisco ó tesoro del Santo Oficio.

Al otro dia presentóse un buen católico proponiendo comprar la casa de Jacobo de Tordesillas, y como ofreciese

más de lo que valía, se le enagenó sin perder un instante.

La persona que compró el edificio era, como ya habrán adivinado nuestros lectores, una de las que el abate tenia á su disposicion para que le sirviesen en sus criminales intrigas.

No necesitaba más Florentin, y hecho esto, llamó á David, diciéndole con su acento melífluo:

—Siéntate, hijo mio, y escúchame con atencion, porque es de mucha importancia lo que tenemos que hablar.

El corazon del jorobado palpitó con violencia, porque comprendió que se trataba de la hija de Isabel.

Habia llegado, pues, el momento tan deseado: iba á tener el huérfano noticias de la inocente criatura, y probablemente iba á verla si Florentin no habia cambiado de plan.

Esforzóse David, disimuló, y con aparente indiferencia se sentó frente al abate.

—Es preciso,—dijo éste,—que me respondas con toda franqueza á lo que voy á preguntarte, en la inteligencia de que no llevaré á mal que sobre cualquier punto seas de opinion contraria á la mia, ó que no te parezcan aceptables mis proposiciones.

—Señor,—respondió David,—siempre os he dicho la verdad, para vos no ha salido de mis lábios una sola mentira, nunca he dejado de hablaros con franqueza...

—Ya lo sé.

—Además, hubiera sido inútil mi intento de engañaros, porque me conoceis demasiado bien y yo no hubiera conseguido más que comprometerme.

—Sí, creo que te conozco; pero tambien he creido conocer á Crispin...

—Aún podemos dudar de su traicion.

—No está tan clara como antes; pero por si acaso, prudente será dejarlo donde se encuentra hasta que tengamos pruebas más claras.

David hizo un gesto que queria decir:

—Nada os aconsejaré sobre ese punto.

—Ahora,—repuso el abate,—no temo que mientas con el fin de engañarme; no temo ninguna deslealtad, ninguna traicion, sino todo lo contrario.

—No os comprendo.

—Tu misma lealtad, tu mismo deseo de mostrarte agradecido, puede ser un mal en esta ocasion, porque á veces los hombres, por servir á los que aman, por pagar los beneficios que han recibido, se sacrifican haciendo lo que es más contrario á su voluntad, á sus deseos y aun á sus instintos, y en esta ocasion, semejante prueba de gratitud y de fidelidad me perjudicaria mucho.

El jorobado fijó su tranquila mirada en Florentin y replicó con un acento de sencillez que engañó al astuto abate:

—Perdonad...

—¿Aún no me comprendes?

—Hoy debe haberse oscurecido mi inteligencia, padre mio.

—Ya me entenderás.

—Vuelvo á escucharos.

—Quiero decir que voy á proponerte hacer una cosa, que si no ofrece peligros, ofrece inconvenientes, y para muchos podria ser en extremo desagradable.

—Decís que vais á proponerme...

—Sí.

—Cada vez me confunden más vuestras palabras.

—¿Por qué?

—¡Proponerme vos, que teneis el derecho de mandarme!...

—Eso es.

—¡Estipular conmigo condiciones, quien tiene el derecho de disponer de mi vida!...

—No tengo ese derecho, David.

—Lo teneis, señor, desde el momento que yo os lo concedí y que yo reconozco que á vos os debo, no solamente esa misma existencia, sino mucho más.

—Bien, hijo mio, no discurriré sobre ese punto ni haré más que reconocer la nobleza de tu corazon; pero ese derecho, aunque exista, lo renuncio, porque yo no quiero derechos cuando se trata de tí, no quiero más sino que me ames como yo te amo, y si algun dia fueses desleal, no seria el odio, sino el dolor, lo que destrozaría mi alma, y antes que pensar en castigarte, me afanaría por hacerte reconocer tu falta y volverte al buen camino: sí, David, eso haria yo, porque eso es lo que haria tu padre, y te amo como se ama á un hijo.

Estas palabras las pronunció el abate con tan bien fingida emocion de ternura, que hubieran conmovido á cualquiera.

Empero David no se conmovió, no se dejó engañar, porque conocia demasiado bien á aquel miserable, y además de conocerlo, lo odiaba.

Sin embargo, era preciso oponer astucia á la astucia, disimulo al disimulo y pagar el engaño con otro igual.

El huérfano se inclinó, pues, respetuosamente, exhaló un suspiro, cogió las manos del abate, las besó y murmuró:

—¡Padre mio!...

—Volvamos á nuestro asunto.

—Espero vuestras órdenes.

—Ya sabes que quiero hacer tu fortuna, no precisamente haciéndote rico, sino creándote una posicion respetable, para que veas bajarse ante tí los ojos que antes te han mirado con desprecio, inclinarse las frentes que ahora se levantan en tu presencia con humillante altivez, suplicarte los lábios que antes no se han movido sino para burlarse de tí, para escarnecer tu desgracia.

—¡Oh!—exclamó David extremeciéndose.

Y sus negros ojos relumbraron por un instante como dos centellas.

—Te reconozco,—replicó el abate.

—No soy orgulloso...

—Eso no es orgullo, es dignidad. Un alma grande como la tuya no debe jamás arrastrarse por la tierra. Quiero que seas modesto, sí; pero ten entendido que la modestia no es la humillacion.

—Me levantaré, me levantaré,—dijo David con una intencion que no podia ser adivinada por el abate,—y entonces... ¡Oh!...

—¿Opinas, hijo mio, que en este mundo de miserias es preciso disimular y aparecer pequeño y débil, para llegar á ser grande y fuerte?

—Sí, es preciso, es absolutamente necesario, y os juro por mi alma que disimularé, que fingiré, que seré á los ojos del mundo un átomo despreciable, el más débil y aun el más abyecto de todos los hombres.

—Y cuando llegue el dia...

—Cuando llegue el dia,—murmuró el jorobado con voz sorda,—cuando venga el gran dia...

—Cada cual,—interrumpió Florentin,—ocupará el lugar

que le corresponda, el que haya merecido, el que haya sabido conquistarse con su inteligencia, su valor y sus sacrificios.

El rostro de aquellos dos hombres habia cambiado de expresion, porque en aquel momento habian dejado ambos la máscara con que se presentaban al mundo.

Empero habia una gran diferencia en sus respectivas situaciones: David conocia perfectamente al abate y lo aborrecia: el abate ignoraba que David habia cambiado, y por consiguiente no desconfiaba.

Ambos guardaron silencio por algunos segundos.

Claudio dijo luego:

—Veo con placer que estamos de acuerdo en todo.

—No podia suceder otra cosa.

—Si me ayudas...

—Os ayudaré.

—Entonces...

—Soy vuestro, enteramente vuestro.

—¡Oh!—exclamó Florentin olvidando por un instante su papel.

—Llegaremos á ser algo...

—Seremos dueños del mundo.

—Explicaos, explicaos, padre mio.

—Ahora no me explicaré mas que á medias, porque es preciso ver el giro que el asunto toma, y entonces acabaré de trazar mis planes.

—He dicho que os expliqueis; pero he dicho mal.

—¿Cómo?

—Quise decir que habláseis, que mandáseis, porque estoy pronto á obedecer ciegamente.

—Bien, hijo, bien.

—¿Qué he de hacer?

—La familia Tordesillas tiene una importancia que ella misma no puede apreciar, y por eso me has visto ocuparme con tanto afan de esa mujer y de su hija.

—Seguro estoy de que no lo habreis hecho en vano.

—La prueba es clara como la luz del dia.

—Sí, hay quien los favorece como á nadie se ha favorecido.

—¿Y por qué?

—Por algo será.

—No tardarás en saberlo, puesto que para tí no quiero tener ya secreto alguno.

—Ocupémonos de lo que en este instante nos interesa.

—Tienes razon.

—Vuelvo á escucharos.

—La mujer de Jacobo Tordesillas, ha recobrado la libertad: esto no podemos dudarlo.

—Empiezo á creer lo mismo que vos.

—Afortunadamente su hija está en nuestro poder.

—¿La dejareis escapar?

—Dios me libre de cometer semejante torpeza.

—Bien, bien, amo y señor mio.

—Despues de lo que ha sucedido, no es prudente que la niña continúe donde se encuentra.

—Ignoro qué clase de precauciones habeis tomado; pero es lo cierto que despues de lo que ha sucedido con Crispin...

—De nada debemos fiarnos, ¿no es verdad?

—De nada, ni de nadie.

—Esa niña es para mí una prenda de seguridad de que no debo desprenderme.

—Perdonad,—interrumpió David,—os he dicho que ya no quiero explicaciones: mandad, que pronto me teneis á obedecer.

—Hay sacrificios demasiado penosos...

—Para mí no lo será ninguno, con tal que nos lleven al fin que nos proponemos.

—Eso es precisamente lo que yo queria decir. ¿Qué importan los medios?

—Nada.

Florentin, olvidándose del papel de hombre honrado que queria representar, replicó:

—Bueno es cualquier camino por donde podemos llegar á donde nos proponemos.

Estas palabras no hicieron mas que aumentar la indignacion y aun el odio de David.

¿A quién no hubiera indignado la expresion de tan ruines sentimientos, de tan criminales ideas?

Todos los medios son buenos, con tal que lleven al fin: esta era la norma de la conducta del abate, en esta base horrible descansaban los principios de su moral, principios que habia ocultado cuidadosamente y que no sabemos por qué, á pesar de su natural desconfianza, manifestó en aquellos momentos.

El jorobado, quizá porque le faltaron fuerzas para llevar su disimulo más allá de donde lo habia llevado, se concretó á mover la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya sé,—añadió Florentin,—que estás dispuesto á obedecerme sin necesidad de explicaciones; pero quiero hacerte comprender que no se trata de asuntos exclusivamente mios, sino de los intereses de ambos, puesto que desde hoy no eres

para mí mas que un amigo, un compañero, y las pérdidas, lo mismo que los beneficios que resulten de nuestros planes y trabajos, para los dos han de ser.

—Comprendo perfectamente.

—Por eso he dicho que te daré más explicaciones y te revelaré secretos, te daré á conocer lo que sin pruebas palpables te pareceria un sueño, un imposible.

—Hareis, mi amado señor, lo que mejor os parezca. A vos me entrego incondicionalmente: disponed de mí.

—Es preciso que tú, solo tú, sin conocimiento de nadie, sin más auxilio que el mio, seas el guardian de la hija de Jacobo.

—Lo seré,—respondió el huérfano, esforzándose para que no se pintara en su rostro su alegría.

—Pero esto exige, como te he dicho ya, un sacrificio grande, muy grande.

—No importa.

—Habrás de condenarte á una reclusion casi absoluta.

—¿Dejaré de veros?

—No.

—Entonces, en vez de sufrir, gozaré, porque ya sabeis que amo la soledad. ¿Qué me importa estar separado del mundo, á quien aborrezco, porque soy su víctima? No, no es para mí un martirio vivir incomunicado con los hombres, que me han tratado tan injustamente.

—Los que te desprecian, los que se burlan de tí, te verán aparecer algun dia para despreciarlos, para vengar las ofensas que has recibido.

—Padre mio,—dijo arrebatadamente David,—no perdamos un instante.

—Escúchame.

—Hablad.

—Soy dueño de la casa que perteneció á Jacobo de Tordesillas.

—¡Ah!...

—¿Te sorprendes?

—No esperaba lo que me decís.

El abate desplegó una sonrisa y repuso:

—La persona que ha comprado esa casa me la ha vendido, y á nadie hablará de esto, porque una indiscrecion seria su sentencia de muerte.

—Entiendo.

—La casa de Jacobo tiene todas las condiciones apetecibles; está completamente aislada; sus muros, resto de una antigua fortaleza, son de mucho espesor; está situada al extremo, ó mejor dicho, más allá de uno de los arrabales, y por último, tiene en su interior departamentos subterráneos, cuyas condiciones nada nos dejan que desear.

—Otra ventaja tiene.

—¿Cuál?

—A los vecinos del arrabal, por fortuna muy supersticiosos, les inspira miedo la antigua vivienda del alquimista.

—La creen mansion de espíritus infernales y no se acercarán á ella.

—Y por consiguiente...

—Nadie se apercibirá de lo que allí suceda.

David continuaba esforzándose para disimular su alegría.

Iba á ser el único encargado de guardar á la hija de Isabel.

¿Quien le estorbaría huir con ella?

Algunos dias antes hubiera presentado esto muchos inconvenientes, porque sin dinero, sin amigos, sin ningun recurso ni proteccion, ¿qué habia de hacer?

Pero la situacion habia cambiado, porque el huérfano contaba con la poderosa ayuda de fray Tadeo, y éste le proporcionaría medios de huir y seguro lugar donde ocultarse.

¿Estaba en un error?

Mucho lo tememos...

Tampoco vió el jorobado otro inconveniente, no lo sospechó.

¿Llegaría la confianza del abate hasta el punto de dejar á David dueño de sus acciones? ¿No tomaría precauciones para evitar una traicion?

No, Florentin no era hombre que se entregase ciegamente á la fidelidad de nadie.

De esto dió bien pronto una prueba, que convirtió en desesperacion la alegría de David.

—Si no de todos,—dijo el abate,—de algunos detalles nos ocuparemos ahora.

—Como gusteis.

—El sacrificio que aceptas durará mucho tiempo, y por consiguiente...

—No hablemos de eso.

—Bien, me ocuparé de lo demás,—repuso Florentin.

Y despues de algunos momentos, añadió:

—He procurado conciliarlo todo, para que lo pases bien en cuanto es posible. No quiero que seas un simple guardian, ni mucho ménos un criado de nuestra prisionera.

Alteróse el rostro de David con una ligera contraccion, que afortunadamente pasó desapercibida para Claudio.

Éste prosiguió diciendo:

—Tendrás quien te haga compañía y se ocupe de los quehaceres domésticos, que son enojosos para personas de inteligencia tan elevada como la tuya.

El pobre David sintió que le faltaban las fuerzas.

En un instante se desvanecieron todas sus esperanzas.

Iba á tener un espía, y por consiguiente le seria imposible huir con la inocente niña.

No puede hacerse comprender lo que sintió el infeliz huérfano.

Sin embargo, aún tuvo valor y fuerzas para disimular; pero no pudo articular una sílaba.

—Es preciso,—dijo el abate,—que á todas horas se vigile, y esto no puede hacerlo una sola persona.

—Perdonad,—dijo al fin el jorobado, que quiso hacer la última tentativa.

—¿No eres de mi opinion?

—Hace quince dias, tal vez.

—¿Hoy no?

—No, padre mio.

—Me complace mucho que me hagas observaciones, porque eso prueba tu buen deseo.

—Los protectores de esa familia deben ser muy poderosos, ó por lo ménos son muy temibles.

—Ya lo hemos visto.

—¿Cómo os fiais de nadie desde que se descubrió la traicion de Crispin?

—¿Acaso crees que me fio?

—Si me dais un compañero para guardar á la niña,—repuso el jorobado,—habeis de fiar en otro.

—Eso es, otra persona á quien tú vigilarás, y por consiguiente nada debo temer.

—Supongamos que esa persona es un traidor.

—Supuesto,—dijo el abate, cuya mirada escudriñadora no se apartaba del rostro de David.

—Siendo traidor, debe estar de acuerdo con los amigos de Jacobo de Tordesillas.

—No lo está.

—¿Teneis pruebas?

—Sí.

—¿Puedo conocerlas?

—No hay ningun inconveniente.

—Sepamos, señor.

—Si esa persona estuviese de acuerdo con nuestros enemigos, ya habria desaparecido la niña, puesto que en su poder está y no la vigila nadie.

—Bien,—repuso el jorobado, que tenia que admitir como prueba la observacion del abate;—siendo así, nada tengo que decir en cuanto al presente.

—Y en cuanto á lo futuro...

—El que hoy es leal, puede mañana ser traidor.

—Ciertamente.

—Entonces...

—Tú vigilarás á esa persona, lo cual hará imposible la traicion.

—¿Y si nuestros amigos apelasen á la violencia?—replicó David, que defendia palmo á palmo el terreno.

El abate sonrió, y mirando al huérfano como el hombre experimentado mira al inocente, dijo:

—Todo eso, mi querido David, está ya previsto. ¿Crees

que pueda cometer la torpeza de olvidarme de semejante cosa?... ¡La violencia!... Si no tienen otros medios, es segura nuestra victoria.

El jorobado acabó de convencerse de que le engañaba su mismo deseo.

Tratándose de Florentin, no habia que hacerse ilusiones.

No quedaba más esperanza que fray Tadeo, y esta esperanza se desvaneceria probablemente como las otras.

El abate se acercó á la ventana.

—Ya se pone el sol,—dijo.

—¿Vamos por la niña?—preguntó David.

—Antes iremos al arrabal, y sobre el terreno acabaré de explicarte mi plan.

David se puso en pié y tomó su capa y su sombrero.

Pocos momentos despues salian de la casa.

¿No habia olvidado Claudio ningun detalle?

—Sí,—pensaba el jorobado,—habrá olvidado alguno y yo me aprovecharé de su torpeza.

Y reanimado con esta nueva esperanza, siguió á su protector.

CAPITULO LXVIII.

Acaban de desvanecerse las esperanzas de David.

Ya habia cerrado la noche cuando el abate y David llegaron á la antigua vivienda de Jacobo de Tordesillas.

Antes de entrar miraron á su alrededor sin descubrir alma viviente.

—Creo,—dijo Florentin,—que podemos estar descuidados.

—Sí, sí,—murmuró el huérfano, cuya impaciencia crecia por instantes.

Penetraron en la casa y encendieron una linterna de que iban prevenidos.

—¿Por dónde empezamos?—preguntó el abate.

—Ante todo dadme á conocer el terreno, porque ya sabeis que me es completamente extraño todo esto.

Encontrábanse en un espacio, que lo mismo podia llamarse portal, que recibimiento.

A la izquierda habia una puerta, por la que entraron en

un pasillo, y despues de atravesar una habitacion grande y completamente desamueblada, salieron al corral.

—Por aquí no hay nada más que ver,—dijo Florentin.

Volvieron al portal.

La escalera estaba al frente.

A la derecha habia dos puertas.

Abrieron una y se encontraron en un aposento cuadrilongo con ventana defendida por fuerte reja que daba á la calle.

—Aquí,—dijo Claudio,—se pondrá una cama, donde dormirá la persona que ha de ayudarte, ó más bien que ha de servirte.

David movió la cabeza, significando que habia comprendido.

—Esta cama no servirá sino cada dos noches,—añadió Claudio.

Y señalando á una puertecilla, prosiguió:

—¿Ves esos cerrojos?

—Sí.

—Cuando esa persona vigile en el aposento adonde ahora vamos á entrar, tú asegurarás la puerta por este lado, y ocuparás esa cama si no te parece que los cerrojos son bastante.

—Entiendo.

—Y cuando tú seas el que durante la noche vigile, echarás la llave por el otro lado. La puerta es fuerte y no se rompería con facilidad. Supon que esa persona quiere salir.

—No podrá conseguirlo sin mi consentimiento, así como yo tampoco sin el suyo.

—Es verdad; pero ten entendido que en mi plan no entra que tú seas vigilado.

—Sin embargo, si esa persona quiere correr los cerrojos cuando yo esté en el otro aposento...

—No puedo prohibírselo.

—Teneis razon,—murmuró David.

—Cuando se imponen deberes, es menester conceder derechos.

—Aún falta lo más importante.

—Ten paciencia, que todo lo trataremos.

Florentin abrió la puertecilla de los cerrojos.

Protector y protegido entraron en una habitacion de escasas dimensiones.

En el suelo se veia una trampa ó compuerta.

El abate la levantó.

Bajaron una escallerilla, húmeda y muy empinada.

Bien pronto encontraron otra puerta.

Ni uno ni otro pronunciaron una palabra.

La puerta daba entrada á unas galerías subterráneas, cuya longitud no podia apreciarse al primer golpe de vista, porque la luz de la linterna no era bastante para esclarecerlas en toda su extension.

El desdichado huérfano sintió el corazon oprimido como si pesaran sobre su pecho las piedras de que estaban formadas aquellas bóvedas.

¿Era aquel tenebroso lugar el que habia de servir de habitacion á la hija de Isabel?

Sí, en aquel lugar debia encerrársela, puesto que allí parecia fijar más su atencion el abate.

David quedó inmóvil como una estátua.

Trascurrieron algunos segundos.

—Veo que te sorprendes,—dijo Florentin;—pero cuando

examines con detencion el terreno, nada extrañarás. Aquí no falta más que luz: por lo demás, esto es sano: debajo de estas bóvedas debe haber otras, y para creerlo así me fundo en que el pavimento, de aquí en adelante, se encuentra completamente seco.

El huérfano miró maquinalmente á uno y otro lado.

—Vamos, vamos,—dijo Florentin.

Excusaremos detalles que para nada han de servirnos en el relato de esta historia, y nos concretaremos á dar una idea del lugar donde se encontraban el abate y su protegido.

Las galerías subterráneas de que hablamos, debian ocupar mayor extension que los restos de la antigua fortaleza, convertida en habitacion, y de la cual ya hemos hecho la descripcion al principio de esta obra.

Los muros, los pilares, los arcos, todo era de piedra.

No habia ventana ni avertura por donde pudiera penetrar la luz del sol.

A pesar de que, como habia dicho el abate, no se veian señales de humedad, la atmósfera era allí pesada.

Cerca de media hora emplearon en recorrer y examinar aquellas galerías.

—¿Qué te parece?—preguntó al fin el abate.

—Me parece,—respondió David,—que aquí no puede vivirse mucho tiempo.

—¿Por qué?

—No hay luz...

—A falta de la luz natural está la artificial.

—¿Y el aire?

—Se renovará por la puerta.

—Aquí respiro con dificultad...

—En la Inquisicion tenemos calabozos donde no penetra la luz, donde apenas se renueva el aire, y que son muy estrechos.

—Es verdad.

—Y sin embargo, en aquellos calabozos hay quien vive bastantes años, porque todo es acostumbrarse. Aquí hay anchura, estas galerías permiten hacer ejercicio, y aun distraen, porque si bien reparas, no hay ninguna igual á las demás.

David hubiera podido hacer muchas observaciones; pero no hubiera conseguido mas que infundir sospechas.

Para favorecer á la pobre niña, era preciso aparentar una indiferencia absoluta.

El pobre huérfano esforzóse, pues, cuanto pudo, y no replicó.

Salieron de los subterráneos.

Recorrieron el resto de la casa, donde se conservaban todos los muebles y objetos de los fugitivos.

No faltaba más que el esqueleto, que habia servido de pieza justificativa en la causa formada contra Jacobo y su esposa.

El jorobado halagó nuevamente risueñas esperanzas.

En el interior de la casa habia tomado el abate toda clase de precauciones; pero esto no evitaria que de la parte de afuera llegasen socorros á la víctima.

Bien pronto experimentó un horrible desengaño.

—Ya ves,—dijo el abate,—que estamos á cubierto de los golpes de la astucia.

—Sí.

—Ahora verás cómo he precavido los del valor y la fuerza.

David palideció.

Salieron del edificio.

No habrá olvidado el lector que Florentin tenia una casita, cerca de la que habian ocupado Jacobo y su esposa; no lo habrá olvidado, puesto que desde una de las ventanas de aquella casita vió el abate cómo el alquimista huyó á ruegos de Isabel, y para librarse de un peligro que entonces era imaginario.

Pues bien, allí llevó Claudio al huérfano, diciéndole:

—Aunque para todo el mundo mi habitacion será la de la calle de la Inquisicion, en realidad viviré aquí.

—¡Oh!—murmuró el huérfano con voz sorda.

—Te sorprendes, ¿no es verdad?

Afortunadamente se encontraba en aquellos momentos David junto á una pared y pudo apoyarse: de otro modo le habria sido imposible sostenerse.

—A todas horas,—añadió el abate,—lo mismo de dia que de noche, cuatro, seis, ocho hombres, los que sea menester vigilarán en la calle.

—Entiendo,—respondió David, por cuya pálida frente corrieron algunas gotas de frio sudor.

—Nadie podrá salir de vuestra casa; nadie podrá acercarse á ella, y en caso de apuro bastará una señal para que yo acuda, puesto que, á no ser de dia, siempre estaré aquí.

—Pero esos hombres...

—¿Acaso necesito decirles con qué fin se les manda vigilar?

¡Ya no habia esperanza!

Ni aun fray Tadeo podria favorecer á la inocente criatura, á ménos que se pusiese en abierta lucha con Florentin,

dándose á conocer como enemigo, lo cual jamás haria el dominico.

Por algunos momentos la luz huyó de los ojos de David.

La sangre afluyó á su cabeza y sintió un trastorno inexplicable.

Su silencio debia llamar la atencion de Claudio; pero éste creyó que su protegido reflexionaba con la intencion de buscar nuevos medios de seguridad.

Largo rato pasó.

—¿No te ocurre ninguna observacion?—preguntó al fin Claudio.

—Ninguna.

—Estoy, pues, tranquilo.

—¿Y ahora?...

—Vamos por la niña.

—¡Esta misma noche!

—¿Por qué hemos de dejarlo para mañana?

—Vamos, vamos.

—Su cuna se bajará al subterráneo y todo se arreglará de modo que nada le falte.

—Aún no me habeis dicho quién es la persona que ha de acompañarme.

—Una mujer.

—¡Una mujer!...

—Ya la conoces.

—¿Su nombre?

—Justina.

—¡Ah!...

—Sí, la beata Justina, á quien más de una vez has ido á ver de mi parte.

Sobradamente sabia David lo que podia esperar de la vieja.

Ésta no seria jamás traidora al abate, porque con una sola palabra podia el abate llevarla al quemadero.

No hablaron más.

Salieron de la casita y se encaminaron al centro de la poblacion.

Al cabo de media hora llegaban á San Ginés y llamaban á la puerta de la casa donde habitaba la señora Justina.

—¿Quién es?—preguntó la voz chillona de la beata.

—Abrid, hermana,—respondió el abate.

Y un segundo despues se abrió la puerta.

CAPITULO LXIX.

Algunos detalles sobre la hija de Jacobo.

Digamos algo sobre la pobre niña que nos ocupa y que ha de representar uno de los principales papeles en esta historia.

La hija de Jacobo tenia el mismo nombre que su madre y era el más fiel retrato de ésta.

Pocos meses hacia que habia cumplido cuatro años y era una de esas naturalezas privilegiadas, cuya precocidad, física y moralmente, sorprendia y admiraba.

Nada más bello, más dulce, más encantador que aquella niña de cabellera rubia como la de su madre, de cútis blanco y trasparente y de ojos grandes, negros, brillantes y expresivos, de mirada tierna y melancólica, como si los sufrimientos del padre hubiesen envuelto el alma de la de la hija en una ligera sombra de tristeza, entonces inexplicable, incomprensible; pero que más tarde debia ser la base, permítasenos

la palabra, del carácter y de los sentimientos de la mujer.

Cuando despertó del pesado sueño producido por el narcótico que, segun ya dijimos, se le habia dado la noche que fué trasladada desde la vivienda de Crispin á la de la beata, cuando despertó, repetimos, miró á su alrededor con la sorpresa que era consiguiente.

Estaba sola, porque la señora Justina habia salido á comprar las provisiones del dia.

A través de los vidrios de la ventana y al otro lado del patio, vió la pobre niña un rayo de sol que no debia llegar hasta ella, y lo contempló con el afan, con la codicia que se mira todo lo que no nos es dado alcanzar.

Inmediatamente se contrajo su rostro angelical, pintándose en él un profundo terror.

Volvió á mirar cuanto la rodeaba.

Aquellas paredes no eran las que habia visto el dia anterior, aquellos objetos no eran los mismos.

¿Cómo se encontraba allí?

La infeliz criatura repasó en su memoria todos los sucesos que habian tenido lugar desde que en brazos de su madre salió de su casa.

¿Qué significaba lo que habia visto?

Era imposible que se lo explicase.

Nada habia olvidado.

El rostro del abate habia quedado grabado en su alma, y aún le parecia verlo, suplicante unas veces y otras amenazador; pero siempre horrible y repugnante.

Para la tierna niña era un sér fantástico aquel hombre vestido de negro y con sus ojos relumbrantes.

Su imaginacion de niña no podia explicarse la apari-

cion de aquel hombre sino como la de un sér sobrenatural.

Tampoco habia olvidado á Crispin, que para ella era otro fantasma.

¿Y por qué el segundo se la habia llevado lejos de su madre?

¿Por qué el dia anterior la habian tenido entre gentes extrañas, y al despertar entonces se encontraba sola y en otro lugar?

En otra edad hubiera reflexionado, y con más ó ménos exactitud hubiera comprendido la verdad; pero entonces su débil inteligencia buscó la explicacion en los fantásticos cuentos con que tantas veces habian excitado su infantil curiosidad y la habian entretenido, y acabó por creer que era objeto de la persecucion de duendes, encantadores y fantasmas, que á su placer la llevaban de un punto á otro y acabarian por convertirla en pájaro, flor ó piedra.

No debia tardar en comprender su error.

Pero de cualquier modo que fuese, la inocente niña se sentia presa de un terror invencible.

Algunos minutos permaneció inmóvil, con la mirada fija en la puerta y el oido atento.

Luego su hechicero rostro cambió de expresion, revelando más bien que el miedo, un dolor profundo.

Humedeciéronse sus negros ojos, y dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

Como movida por un resorte, se puso en pié.

Al cabo de un instante se dejó caer de rodillas, cruzó sus pequeñas manos, que temblaban convulsivamente, y las oprimió contra el pecho.

Su voz trémula se unió entonces á sus sollozos, y de sus

lábios salió el nombre de sus padres, pronunciado con una ternura angelical y como si el alma se escapase de su cuerpo con sus palabras.

Medio desnuda, con los cabellos sueltos y esparcidos en desórden sobre sus hombros y su espalda, con los ojos levantados al cielo y llenos de lágrimas, invocando á Dios y á sus padres, hubiera sido imposible verla sin sentir destrozado el corazon.

¡Pobre niña!

Sus palabras debian llegar al Omnipotente, porque eran la súplica de un ángel.

No hay nada que conmueva tanto como la inocencia y la candidez que sufren, y el sufrimiento interesa doblemente con el atractivo de la belleza.

¿Puede acaso concebirse nada más bello que la tierna niña en aquellos momentos de angustia mortal, arrodillada, con la mirada en el cielo, el llanto en los ojos, la inocencia en el semblante, el terror en la actitud y en los lábios la palabra suplicante, cándida y tierna?

Rechinó la llave en la cerradura y la puerta se abrió, presentándose la señora Justina.

Isabel exhaló un grito y se envolvió en las ropas de la cama.

—¿Qué te sucede, pequeñuela?—dijo la beata, procurando vanamente hacer dulce y agradable su chillona voz.

La niña no respondió ni se movió.

Debia temblar con ese pánico que experimentan los niños ante todo lo que creen sobrenatural; debia temblar, decimos, porque la ropa en que estaba envuelta se agitaba sin cesar.

La vieja, que habia comprendido perfectamente todo el

interés que el abate tenia por aquella criatura, se acercó á la cama y dijo:

—No tengas miedo, paloma, que yo te quiero mucho y no te haré ningun mal. Vamos, déjate vestir y te daré confites, y jugarás con el gatito, que es muy manso y tambien te quiere mucho.

Isabel se descubrió la cabeza y fijó en la beata esa mirada insistente y penetrante de los niños que no comprenden lo que ven.

La señora Justina sonrió.

—¿Y mi madre?—preguntó al fin la niña.

—Pronto la verás; pero es menester que seas buena.

—¿Pero dónde está mi madre?

La beata no acertó á responder.

—¿Por qué no ha venido?—añadió la niña.—¿Por qué aquel hombre me llevó?

—Era preciso, hija mia.

—¿Qué le han hecho á mi madre?—dijo Isabel, atreviéndose por fin á incorporarse en la cama.

—No le han hecho nada, absolutamente nada.

—Entonces ¿por qué lloraba, por qué gritaba, por qué decia que me dejaran con ella?

—Ya no estás con aquel hombre, ¿no lo ves?

—Era un hombre malo, ¿no es verdad?

—Sí, muy malo,—respondió la beata, aprovechando la ocasion de inspirar confianza á la pobre niña.

—¿Y dónde está aquel hombre?

—No tengas miedo, que ya no vendrá.

—¿Lo habeis matado?—preguntó afanosamente Isabel.

Y se sentó en la cama, acercándose más á la vieja.

—Sí, lo he matado.

—¿Y los otros hombres?

—Tambien están ya muertos.

—¡Ah!... A los otros los habrá matado mi padre.

—Sí, sí.

—¿Y ahora vais á llevarme donde mi madre está?

—No; pero ella vendrá por tí si eres buena.

—Sí; yo seré buena, muy buena... ¿qué tengo que hacer?

—Vestirte y esperar.

La niña, que habia empezado á tranquilizarse, volvió á temblar y dijo:

—Pero al otro hombre no lo habeis matado.

—¿Cuál?

—El que echaba fuego por los ojos, el que estuvo en mi casa.

—No, no lo hemos matado, y por eso es menester que no salgas de aquí.

—¿Me veria?

—Sí.

—No quiero salir, no quiero irme...

—No te irás.

—¿Y no me dejareis sola?

—No.

La niña, con toda la inocencia y candidez de su edad, se arrojó en brazos de la señora Justina, que la acarició nuevamente.

Ésta habia conseguido todo lo que necesitaba, que era inspirar confianza á la niña, y que ésta la mirase como se mira á un protector.

No podia suceder otra cosa.

Desde aquel momento no debia temerse que la pequeña Isabel intentara huir ni gritar.

A un niño de cuatro años se le entretiene fácilmente y se le engaña con más facilidad.

La señora Justina no encontró, pues, grandes inconvenientes para hacer que el dia lo pasase Isabel con alguna tranquilidad.

El abate habia ido aquella mañana; pero no entró, porque la vieja lo detuvo á la puerta y le hizo comprender que su presencia no era conveniente.

—¿Por qué?—preguntó Florentin.

—Se acuerda de sus padres.

—Ya lo supongo.

—Habla de muchos hombres, que hacian llorar á su madre.

—Bien, bien.

—Y á vuestra merced le llama el hombre negro...

—Entiendo... Hasta otro dia, hermana.

Los recuerdos de los niños, si no se borran, se debilitan, se hacen confusos y vagos en poco tiempo.

El recuerdo de sus padres y de todo lo que le habia sucedido los dias anteriores, no se borró de la memoria de Isabel; pero bien pronto llegó á ser un recuerdo vago, aunque horrible, como el de una pesadilla.

Continuamente hablaba de su madre; pero la señora Justina le respondia siempre:

—Pronto la verás; no tardará en venir si eres buena; pero tiene que esperar á que el hombre negro se vaya para que no la vea.

Y la inocente criatura, con el afan de ver á su madre,

mostrábase cada vez más sumisa y obediente, y aun sonreia y acariciaba á la señora Justina, porque siempre seguia mirándola como protectora.

Nunca como en la infancia nos parece que el tiempo camina con más lentitud; y sin embargo, en la niñez las horas pasan insensible y dulcemente como nunca.

Esto debe consistir en que la impaciencia del niño está sobradamente compensada con una série no interrumpida de esperanzas, que se suceden con rapidez y con la fé ciega de que aquellas esperanzas han de realizarse, sin que esta fé se entibie por más que vea desvanecerse una por una todas sus cándidas ilusiones.

Así, siempre esperando, pasaron rápidamente los dias para la hija de Jacobo.

Al despertar cada mañana esperaba ver á su madre en el trascurso del dia, y cuando llegaba la noche, se dormia tranquilamente y sonriendo, porque esperaba ver á su madre al despertar.

A pesar de estas esperanzas risueñas, á pesar de que la pequeña Isabel no podia siquiera sospechar el peligro en que se encontraban sus padres, ni que su falsa protectora la engañaba, hacíase cada vez más profunda su natural melancolía, y al cabo de una semana sus sonrisas habian perdido completamente la expresion de júbilo intenso, de loca alegría de la niñez, eran sonrisas tristes, leves y penosas, hasta el punto de que alguna vez conmovian á la beata.

Los niños tienen el poder de interesar y aun de enternecer á los más insensibles, á los más descorazonados, á las almas más depravadas.

Pero no por esto debemos esperar misericordia de la mi-

serable vieja, no; la señora Justina debia ser siempre fiel al abate, porque era demasiado egoista para arriesgar nada en favor de la inocente criatura.

Y ahora que el lector puede haber empezado á conocer el alma de la hija de Jacobo, ahora que conoce la situacion de la pobre niña, reanudaremos el hilo de los sucesos, y con el abate y David entraremos en la vivienda de la beata.

CAPITULO LXX.

Cuatro aparecidos.

La señora Justina, mientras saludaba al abate, levantó el candil que tenia en la mano izquierda, y reconociendo al jorobado, dijo:

—El señor David... ¡Cuánto me alegro!

—Yo tambien, señora Justina,—respondió el huérfano, que habia logrado reponerse y ya podia fingir con la misma habilidad que antes.

—¿Duerme?—preguntó Florentin.

—Como un ángel,—respondió la vieja.

—No habreis olvidado...

—Nada, padre, y la pobrecita no despertará fácilmente.

—¿Por qué la llamais pobrecita?—replicó el abate mientras atravesaban el patio.

—Ya veis, es tan buena, que...

—Acabad.

—No tengo más que decir.

—Ahora,—repuso Claudio,—es feliz esa criatura, porque puede salvarse su alma, mientras que al lado de sus padres se hubiera perdido para la eternidad.

—¡Jesús!—exclamó la beata santiguándose.

Entraron en la miserable habitacion de la vieja.

En un rincon habia una cama, donde dormia tranquilamente la hija de Jacobo.

En aquellos momentos una sonrisa dulce entreabria los lábios de la inocente criatura, cuya frente pura y tersa estaba medio oculta por algunos mechones de sus finos y dorados cabellos.

David se acercó á la cama y contempló á la niña con un afan indescriptible.

El corazon del jorobado palpitó con tanta violencia, que el infeliz llevó las manos al pecho y se lo oprimió como si temiera que se le rompiese.

Su rostro pálido se tornó lívido y se desfiguró, y sus negros ojos brillaron como dos carbunclos, y se abrieron como si fueran á saltar de sus órbitas.

Afortunadamente el abate, despues de haber echado una ojeada al lecho, se ocupó solamente de hablar con la vieja: á no suceder así, habria visto el trastorno del huérfano, sospechando tal vez lo que en el alma de éste pasaba.

David se olvidó de que podia ser observado; no pensó que una palabra, un solo gesto, la circunstancia más insignificante podia delatar sus intenciones.

No, no pensó en esto, no pensó en nada más que en el ángel que ante sus ojos tenia.

A los pocos instantes sintió como si su sangre se convir-

tiera en fuego, y como si en el interior de su pecho y su cabeza se hubiera encendido un volcan.

La niña movió los lábios, y con voz apenas perceptible pronunció el nombre de su madre.

Del interior del pecho de David se escapó un gemido desgarrador.

—¡Oh!—murmuró con una imprudencia nada sorprendente en su trastorno.—Llama á su madre... ¡Pobre niña!... Tu madre no vendrá; pero aquí está tu hermano... ¿Quién seria capaz de separarte de mí?

Al pronunciar estas últimas palabras, el rostro de David se contrajo violentamente, tomando una expresion terrible, y sus ojos, relumbrantes con el fuego de la ira, lanzaron á Florentin una mirada de odio profundo.

El abate seguia la conversacion empezada con la vieja, y tampoco entonces se apercibió del aspecto nada equívoco del jorobado.

Éste rechinó los dientes, apretó los puños con desesperacion, y dijo para sí:

—Es preciso callar, sí, es forzoso por ella disimular, fingir, es forzoso mentir y engañar como un miserable... ¡Oh!... Yo sabré mentir, yo disimularé y engañaré, y cuando llegue el dia de la venganza... Temo no encontrar un tormento bastante horrible para satisfacer mi odio.

La indomable voluntad del jorobado hizo un esfuerzo, y despues de algunos segundos habia recobrado aparentemente su calma habitual.

Para no infundir sospechas, separóse del lecho y se acercó al abate.

—Me parece,—decia éste en aquellos momentos con acen-

to irónico,—me parece, hermana Justina, que os mostrais en esta ocasion más misericordiosa de lo que conviene.

—No es misericordia, padre, sino buen deseo de que no tengamos un disgusto con esa criatura, porque creo que si la pobrecita no vuelve á ver la luz del sol, se entristecerá demasiado, y la tristeza suele matar á los niños.

—Pensad, hermana, que esa criatura es hija de dos herejes, que es lo mismo que decir, hija de Satanás, y como los padres están maldecidos por Dios, y la maldicion de Dios alcanza á los hijos de los hijos...

—Entiendo, entiendo... ¡Jesús María y José!—exclamó la beata santiguándose.

—Sin embargo, por vuestra tranquilidad, para que no digais que desoigo vuestras caritativas palabras, por espacio de algun tiempo, aunque no mucho, permitiré que de noche, ¿entendeis bien? no más que de noche, se saque á la niña del subterráneo, para volver á encerrarla al amanecer.

—Pero entonces la luz del sol...

—No debe existir para ella en algunos años, no debe llegar á sus ojos hasta que se purifique su alma del pecado que le han legado sus padres, hasta que señales evidentes nos hagan comprender que el Omnipotente ha querido perdonarla.

Nunca como entonces tuvo que esforzarse David para contenerse.

Su primer impulso fué caer sobre el abate; pero por fortuna pensó que no conseguiria más que agravar la horrible situacion de la criatura á quien queria proteger.

La hermana Justina no hizo más observaciones, ya por temor de que se dudase de su fidelidad, ya porque en último caso le importaba bien poco la suerte de la niña.

Pero en honor de la verdad declararemos, que la beata no habria vacilado para hacer un beneficio á la inocente criatura, si el beneficio hubiera podido hacerlo sin comprometerse ni arriesgar nada.

Esto no prueba generosidad de parte de la vieja, ni mucho ménos abnegacion; pero sí prueba la influencia incontrarestable, la influencia mágica de la angelical ternura de Isabel.

—Entendedlo bien,—dijo el abate despues de algunos momentos;—no quiero que seais verdugos; pero tampoco me agradaría que hiciéseis el papel de protectores.

—Entonces..,

—Guardianes, depositarios,—dijo Florentin:—hé ahí lo que debeis ser.

—Ya entiendo,—repuso la vieja.

—En cuanto á David,—añadió Claudio,—no tengo que hacerle ninguna observacion, porque me ha comprendido perfectamente.

El jorobado se concretó á mover la cabeza, significando que estaba conforme.

Nada tenian ya que esperar.

Cobijóse la beata con un ancho manto, y se acercó á la cama.

—Yo llevaré á la niña,—dijo entonces David.

—No hagais tal, porque si despertase...

—¿No le habeis dado adormideras?

—Sí.

—Entonces, no hay cuidado.

—Pero...

—La noche está muy fria y bajo mi capa irá mejor. Ade-

más, si por cualquier accidente fuera necesario correr, yo sirvo mejor que vos.

—Sí, sí,—dijo el abate;—llévala tú, hijo mio.

En los ojos de David brilló un relámpago de alegría.

Llegó á la cama y tomó en brazos á la niña tan cuidadosa, tan cariñosamente como hubiera podido hacerlo una madre.

La inocente criatura se extremeció; pero no despertó.

El huérfano se envolvió en su capa.

—Vamos,—dijo estrechando amorosamente contra su pecho á la pobre niña.

Encendió Florentin la linterna, y salieron.

Apenas estuvieron en la calle, el jóven dijo para sí:

—Yo corro tanto como cualquier hombre, más que muchos, y mucho más que el abate. Supongamos que al atravesar un sitio solitario, emprendo la fuga. ¿Qué sucederá? La vieja no podrá seguirme y gritará; el abate me perseguirá gritando tambien; pero como no dé la casualidad que pase alguna ronda cerca de nosotros, antes que acuda ningun transeunte, antes que ningun vecino despierte y se decida á salir de su casa, yo habré desaparecido.

Hasta este punto el plan era bueno, de fácil ejecucion y de éxito seguro.

El jorobado prosiguió diciéndose:

—¿Y despues? No tengo dónde refugiarme... ¡Ah!... Recuerdo las señas de la nueva morada de Simon; iré á buscarlo, allí pasaremos la noche y por la mañana veré á fray Tadeo.

El abate iba delante con la linterna, y la señora Justina á cinco ó seis pasos detrás de David.

Éste miró disimuladamente á los que podia considerar sus dos guardianes.

—Bien, dijo;—aflojaré el paso hasta quedar junto á la vieja, con lo cual conseguiré separarme del abate una regular distancia. Cada palmo és una gran ventaja en esta ocasion. Una vez colocados así, sin perder un instante, tomaré á la izquierda ó la derecha, y mientras el abate se apercibe de mi fuga y corre tras de mí, llevaré una buena delantera. En seguida culebreando por las calles más oscuras, me perderé de vista, y despues... Nada más.

Hecha esta combinacion no le quedaba á David mas que decidir en qué sitio habia de poner en práctica su plan.

Volvió á mirar á su alrededor; pero vió un hombre que caminaba en la misma direccion que ellos, y muy cerca de la beata.

Esto era una contrariedad, un inconveniente; pero no más que del momento, puesto que no era posible que diese la casualidad de que aquel hombre tuviese que ir tambien hasta las últimas casas del arrabal.

Florentin habia tomado por el barranco ó arroyo del Arenal, y no se cuidaba de volver la cabeza.

Al llegar á la Puerta del Sol se destacó otro bulto de la pared y siguió cerca del abate como si su camino fuese el de los demás.

La frente del huérfano se contrajo.

—¿Qué significa esto?—se preguntó;—observemos, porque no me parece casualidad.

Atravesaron la Puerta del Sol sin encontrar alma viviente, y llegaron á la calle de la Montera.

De cada esquina de esta calle se destacó un bulto.

Eran dos hombres, que á poca distancia, se colocaron, el uno á la derecha y el otro á la izquierda de David.

Éste se encontró, pues, cercado.

Uno por uno, el huérfano examinó en cuanto las tinieblas lo permitian á los cuatro aparecidos, y vió que por debajo de la capa de cada uno de ellos asomaba una espada desnuda.

¿Eran amigos ó enemigos?

Convenia salir cuanto antes de dudas.

El jorobado se adelantó hasta llegar á su señor, y le dijo en voz baja:

—¿No habeis observado?...

—Sí,—respondió Claudio;—veo con placer que se cumplen exactamente mis órdenes.

—¿Pero esos hombres?...

—¿Acaso era prudente atravesar de extremo á extremo la villa y uno de sus arrabales sin llevar guarda alguna? Puesto que tenemos gente de que disponer, no debemos ir solos.

No es posible explicar lo que sintió David.

Le era imposible poner en práctica su plan de fuga.

La confianza de Florentin no era, pues, sino aparente.

Cuando decia á su protegido: «Tengo ciega fé en tu lealtad,» mentia.

Lo mismo habia dicho tambien á la beata, y ni de ésta, ni de David, ni de nadie se fiaba Claudio.

¿Podia quejarse el huérfano?

No, porque aquellos cuatro hombres no significaban en apariencia mas que una precaucion, que cualquiera hubiera tomado.

A la primera queja de David, el abate habria respondido:

—No temo una traicion tuya, porque creo con toda mi alma en tu fidelidad; pero sí temo un ataque de los amigos de Jacobo y me prevengo para la defensa.

A esto nada podia replicarse, puesto que la precaucion era conveniente para todos.

Se habia desvanecido la última esperanza.

CAPITULO LXXI.

Sufrimientos de David y suspiros de la beata.

David guardó silencio.

Siguió esforzándose para disimular; pero en medio de la oscuridad relumbraban sus ojos como dos luciérnagas.

Sin que nada de particular ocurriese llegaron á la casa que debia ser prision, no solamente de la hija de Isabel, sino tambien de David, porque bien mirado, David no era desde aquella noche dueño de sus acciones, no podria salir de allí sin que le preguntasen adónde iba y lo detuviesen al dar el primer paso.

¿Debia tener alguna esperanza?

Ninguna.

Le seria imposible avisar al dominico ni ponerse en comunicacion con el asesino, únicas personas con quienes podia contar para que le ayudasen en su noble obra.

Los cuatro esbirros quedaron en la calle.

Cinco minutos despues la niña estaba acostada en la cuna donde habia dormido desde que nació, en la cuna junto á la cual habia velado tantas veces su pobre madre, y donde al dormirse y despertar habia recibido los besos cariñosos de su padre.

David se sintió profunda y tiernamente conmovido.

En su triste situacion era un consuelo verse rodeado de recuerdos de la mujer á quien daba el nombre de madre.

Al ménos cuando estuviese solo podria besar aquellos objetos como se besa una reliquia, y aun dirigirles cariñosas palabras.

Más de una vez las lágrimas del pobre jorobado debian caer sobre aquellos recuerdos, lo cual seria una dicha para su alma noble y sublime.

Si el abate no hubiera tenido la crueldad inconcebible de querer privar á la desdichada niña de la luz del sol, David se hubiera considerado casi dichoso, porque pudiendo velar por aquella criatura, nada le importaría vivir encerrado, y con dulce resignacion hubiera esperado á que la justicia divina quisiera manifestarse.

A pesar de sus desventuras, la existencia de David se habria resbalado dulcemente si no hubiera tenido que presenciar el espantoso tormento de la pobre niña, condenada á las tinieblas.

El abate acabó de dar sus instrucciones, echó la última mirada á su víctima y se dispuso á salir.

—Señor,—le dijo el huérfano,—¿dónde pasareis esta noche?

—En mi nueva morada,—respondió Florentin, sonriendo satisfactoriamente.

—Bien.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no sabemos lo que puede suceder...

—Pues me tienes muy cerca.

—Me alegro.

—Adios, hijo mio; adios, hermana Justina...

—El cielo os guarde.

—No olvideis mis advertencias...

—Descuidad.

El ruido que al cerrarse hizo la puerta, produjo en el ánimo de David un efecto inexplicable.

El desdichado se dejó caer en una silla y ocultó el rostro entre las manos, quedando inmóvil.

La señora Justina encendió una luz y salió para reconocer la casa.

Diez minutos despues volvió, diciendo:

—No es mala vivienda y estaremos aquí perfectamente.

Al pronunciar estas palabras, sus ojuelos, que empezaban á inflamarse, lanzaron á David una mirada, cuya intencion no queremos por ahora penetrar.

Encontrábase David en un estado tal de agitacion y trastorno, que no se apercibió de que le dirigian la palabra.

—¿No me habeis oido?—añadió la vieja.

—Sí,—respondió maquinalmente el jorobado, pasándose las manos por la frente y levantando la cabeza.

—¿Y no sois de mi opinion?

—Sí.

—Dios sabe el tiempo que estaremos aquí.

—Lo ignoro,—murmuró el huérfano, volviendo la cabeza hácia la cuna.

—Segun entiendo, no será cosa de meses, sino de años; pero afortunadamente, vos sois un buen compañero, y yo seré tambien buena compañera, y ya veis, podremos arreglarnos y pasar una vida de príncipes, porque como dice el refran, entre dos se hace mejor el pan.

David miró un instante á la vieja y se encogió de hombros.

—¿No sois de mi opinion, señor David?

—Sí.

—Entonces nada podremos pedir á la fortuna, porque vos sois dueño de vuestras acciones y yo de las mias.

—¿Acaso no habeis comprendido que estamos presos?

—¿Y eso qué importa para que seamos buenos compañeros?

El jorobado calló.

La vieja exhaló un suspiro tan ruidoso y prolongado, que hubiera hecho retemblar las paredes si éstas no fuesen de gran espesor.

Perdona, lector, que ni nos sorprendan ni nos admiren las primeras demostraciones de la señora Justina, porque al fin y al cabo fuerza es que piense en lo porvenir quien se encuentra en la situacion en que ella estaba.

Una duda nos ocurre.

¿Tendia la vieja un nuevo lazo al huérfano?

No, ningun lazo le tendia.

Hagamos justicia á los sentimientos de ternura de la beata.

En aquellos momentos la hermana Justina se dejaba llevar de los impulsos de su corazon.

No sé quién ha dicho que el corazon jamás es viejo, y

por consiguiente, si esto es verdad, no debemos fijar la atencion en las arrugas del rostro de la señora Justina, no debemos pensar en sus cincuenta abriles.

¿Por qué su corazon, á despecho de los años, no habia de ser un volcan?

¿Por qué su corazon, considerado eróticamente, no habia de ser un tesoro de delicias?

Otro, en lugar de David, hubiera pensado en sacar partido de aquella amistad, que tan espontánea y francamente se le ofrecia.

Empero el jorobado no sospechó siquiera lo que significaban las frases de aquella repugnante mujer.

—Principiemos nuestra vida,—dijo la beata despues de algunos momentos.

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Primeramente, cenar.

—No tengo gana.

—La despensa está bien provista, os lo advierto.

—Nada quiero, ya os lo he dicho.

—Entonces podeis acostaros...

—No tengo sueño.

—Es muy tarde...

—Acostumbro leer de noche, y aquí no faltan libros que puedan entretenerme.

—Os haré compañía,—repuso la vieja, exhalando otro suspiro.

—Mañana estaremos cansados los dos.

—Es verdad; pero...

—Dormid, señora Justina, y mañana velareis.

—Como mejor os parezca, señor David.

Volvió á salir la vieja.

Entonces tardó cerca de una hora en volver.

—¿Ya habeis cenado?

—Sí, aunque bien poco, porque estaba triste.

—¿Dónde os acostareis?

—Aquí mismo, en esa cama...

—¡En esa cama!—exclamó David, extremeciéndose á la sola idea de que Justina ocupara el lugar de Isabel.

—¿Y por qué no?

—Yo he de quedarme aquí...

—No importa, porque supongo que sereis bastante delicado para no abusar de mi sueño.

—No os comprendo, señora Justina.

—Quiero decir que...

—Esa cama será para mí.

—Entonces...

—Os arreglareis una en la habitacion que mejor os parezca.

—El señor abate habia dispuesto...

—Que durmiéseis abajo.

—Es verdad.

—Debemos obedecerlo.

Por tercera vez suspiró la vieja y fijó en David una mirada de dolor, el más intenso y de la más triste resignacion.

El mancebo no vió la mirada, ni oyó el suspiro, porque en aquellos momentos tomaba un libro que habia sobre la mesa, disponiéndose á leer.

—Buenas noches os dé Dios,—dijo la vieja.

—Buenas noches.

—Ya sabeis dónde duermo.

—Sí.

—Me voy tranquila, porque sé que sois un hombre honesto y temeroso de Dios.

—¿Qué estais diciendo?

—¡Ay!—exclamó la beata, bajando los ojos y oprimiéndose el pecho.

—Buenas noches, señora Justina,—replicó David, fijando la mirada en el libro.

Mal que le pesase, salió la vieja.

Pocos segundos despues, el huérfano dejó el libro y se acercó á la cuna.

Su mirada se fijó en la niña con un afan indescriptible.

Debiera haber empezado á pensar en su situacion.

Empero en aquellos momentos, el desdichado David sentia y no pensaba.

La pequeña Isabel seguia durmiendo tranquilamente.

Sus lábios se entreabrian lo mismo que antes para sonreir, y alguna vez se movian, pronunciando el nombre de su madre.

No puede concebirse nada más bello, más tierno, más sublime, más conmovedor que aquel cuadro.

La rojiza luz del velon que ardia sobre la mesa, enviaba sus débiles resplandores al sitio que ocupaban aquellas dos criaturas, cuyos rostros expresaban tan distintos sentimientos.

En el semblante de David, pálido y contraido, se pintaba el dolor y la amargura, mientras que en el de la niña se veia el inocente júbilo de su ternura angelical, porque soñaba con las caricias de su madre.

El cuadro puede sentirse, pero no describirse.

Tambien seria vano nuestro intento de penetrar en el



—¡Dios mio, Dios misericordioso!..... ¿No tendreis piedad de esta criatura?

alma de David, porque el estado en que se encontraba, podrá tal vez comprenderse, pero no explicarse.

Solamente diremos que una espantosa borrasca agitó su espíritu aquella noche.

Unas veces se le veia ácercarse á la cuna, contemplar á la niña, besarla cuidadosa y tiernamente y llorar, en tanto que otras veces recorria la estancia con pasos desiguales, apretaba los puños con fuerza convulsiva, dejaba escapar centellas de los ojos, y daba, en fin, muestras de la más espantosa desesperacion.

Desplegó la aurora sus sonrisas.

Llegaron á la tierra los primeros rayos del sol.

La señora Justina continuaba durmiendo.

Isabel, por efecto del narcótico, tampoco habia despertado aún.

Para cumplir las órdenes del abate, habia llegado la hora de llevar á la pobre niña al subterráneo.

Pero David, en un momento de exaltacion, dijo:

—Lo que es hoy, verá la luz del sol.

Y como si el sol hubiera querido ser cómplice del huérfano, deslizó sus rayos á través de los vidrios de una de las ventanas, enviándolos hasta la cuna.

Los cabellos de la niña, como si fuesen una madeja de oro, reflejaron aquella luz.

Un instante despues la inocente criatura pareció un ángel coronado por una aureola de divina luz.

El jorobado la contempló, cruzó las manos, cayó de rodillas, y exclamó con un acento de indefinible ternura:

—¡Dios mio, Dios misericordioso!... ¿No tendreis piedad de esta criatura?

La pequeña Isabel abrió los ojos, sonrió y exhaló un grito de alegría.

Acababa de reconocer el lugar en que se encontraba.

Sus brillantes ojos se volvieron hácia David.

Éste esperó un segundo grito de sorpresa y de miedo.

Pero no sucedió así.

—¡Ah!—exclamó la niña, extendiendo sus bracitos hácia el jorobado.—¡El ángel, el ángel!...

—Soy tu hermano,—gritó David.

Y cubrió de besos el rostro encantador de la niña, en tanto que de sus ojos se escapaban dos torrentes de lágrimas.

La escena que siguió tampoco puede pintarse.

La pequeña Isabel correspondió á las caricias de David, como hubiera podido corresponder á las de su madre.

¿En qué consistia esto?

Las almas nobles y tiernas se comprenden bien pronto.

Esta correspondencia misteriosa, que conocemos con el nombre de simpatía, no puede explicarse.

Empero no es ménos verdad porque sea desconocida su causa.

Tambien es verdad que el mundo gira en el espacio, y tampoco sabemos decir sobre este punto más, sino que así lo ha dispuesto la voluntad divina.

No hay que negar todo lo que la razon no acierta á explicarse, por más que sea justo que la inteligencia humana se esfuerce en explicarse todo lo que no comprende.

La simpatía se estableció inmediatamente entre aquellas dos almas.

David queria ser hermano de la pequeña Isabel, y ésta recibió á David como á un hermano.

Conveniente hubiera sido explicar á la niña su verdadera situacion, para que pudiera distinguir á los buenos de los malos, á los amigos de los enemigos.

¿Pero cómo entrar en semejantes explicaciones con una criatura de cuatro años?

No era posible hacer más que captarse su cariño, inspirarle confianza.

Esto era muy fácil para David, una vez que la niña habia empezado á mirarlo tan cariñosamente.

Sin embargo, Isabel hizo aquella mañana lo que habia hecho cuando se encontró sin saber cómo en la lóbrega vivienda de Justina, es decir, pidió explicaciones y aguardó con ansiedad la respuesta.

—Despues de tu buen padre y de tu santa madre,—le dijo David,—nadie en el mundo te quiere más que yo, porque yo soy tu hermano.

—¡Tú eres mi hermano!

—Sí.

—Yo no lo sabia... Nunca te he visto... ¿Y la otra mujer?

—Desgraciadamente la verás muy pronto.

—Ahora estoy en mi casa... ¿Y mi madre?

—La verás.

—¿Tú me engañas tambien?

—No, hermana mia, yo no te engaño.

La inocente criatura puso en grandísimo apuro con sus preguntas á David; pero éste, con las palabras más sencillas, y valiéndose de todas las comparaciones imaginables, hizo comprender á la niña un poco de su situacion y la necesidad de que no hiciese resistencia á las órdenes de Justina, porque así era preciso para triunfar de sus crueles perseguidores.

Aquella escena, que habia empezado con sonrisas, terminó con llanto.

La pequeña Isabel, como hacia todas las mañanas, acabó por arrodillarse y rezar, dirigiendo al Omnipotente las plegarias que le habia enseñado su madre.

Sonó ruido de pasos y se presentó la señora Justina.

—¿Qué hacemos?—le preguntó David.

—¿Qué hemos de hacer?... Ya sabeis que no tardará en venir cierta persona...

—Es verdad,—murmuró tristemente el huérfano.

Y dirigiéndose á Isabel, añadió:

—Es preciso que te ocultes.

—¿Vá á venir el hombre negro?—preguntó la niña con acento de terror.

—Sí.

—Quiero esconderme, quiero esconderme.

La pobre criatura se dejó vestir y fué conducida al subterráneo.

Ya era tiempo.

Crugió la puerta y apareció el abate.

—¿Qué tal?—preguntó con su dulce acento.

—Sin novedad, padre,—respondió la vieja.

—¿Y la niña?

—En la cueva.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes que amaneciese.

—Bien,—repuso Claudio.—Dejadnos, hermana Justina, porque tengo que hablar con David.

CAPITULO LXXII.

Donde por primera vez oiremos á Florentin decir la verdad.

¿Qué tenia que decir el abate?

Despues de las explicaciones del dia anterior, nada esperaba David.

Sentáronse y se miraron como si cada cual quisiese averiguar lo que pasaba en el alma del otro.

—No has dormido la noche pasada,—dijo por fin Claudio.

—Por ser la primera de mi nueva vida, he querido vigilar.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque debes estar fatigado y quizá tu cabeza no se encuentre bastante despejada.

—¿Es grave el asunto de que hemos de tratar?

—Muy grave.

—Pues no tengais cuidado; estoy perfectamente bien y pronto lo vereis.

—Escúchame.

—Ya os escucho.

De los lábios del abate desapareció la sonrisa.

—Tras lo dulce,—dijo,—viene siempre lo amargo.

—Eso puede considerarse un axioma.

—Ayer debió ser para tí muy grata nuestra conversacion.

—No os equivocais, señor.

—Pues bien, hijo mio, tal vez hoy no te agrade tanto.

David hizo un gesto que significaba:

—No os comprendo.

—Voy á explicarme con mucha claridad.

—Y yo escucho con la atencion que merecen vuestras palabras.

—Te dije, y ahora te repito con satisfaccion, que tengo ciega fé en tu lealtad.

—Gracias, padre mio.

—Sin embargo, ya sabes lo que ha sucedido con Crispin.

La frente del huérfano se contrajo.

—Señor,—replicó vivamente,—¿me comparais con ese miserable?

—Te comparo y no te comparo.

—Eso es incomprensible.

—No te comparo, porque Crispin es un hombre sin inteligencia ni corazon, y que todo lo más tiene la astucia del zorro, mientras que tú tienes sobrado corazon y una gran inteligencia.

—Gracias.

—Crispin no puede servir mas que como instrumento ciego, en tanto que tú, aunque á veces parezca que eres instrumento de otro, en realidad, al obedecer la voluntad agena,

cumples tus deseos, porque de otro modo te negarias y serias capáz de morir antes que someterte.

—¿Para qué he de negarlo? No os equivocais.

—En fin, tú tienes voluntad, porque tu alma es grande, y Crispin no la tiene, porque es un sér abyecto.

—Entonces la comparacion...

—Espera.

—Vuelvo á escucharos.

—Tú, lo mismo que Crispin, lo mismo que yo, lo mismo que todos los hombres, tienes tus debilidades, porque tienes pasiones, y en tí son éstas quizá más temibles que en cualquier otro.

—Empiezo á comprender,—dijo David, cuya frente no se desarrugaba.

—Me alegro.

—Temeis que yo cometa una traicion...

—Sí.

—¡Oh!...

—Sosiégate.

—¡Desconfiais de mí!...

—No desconfio,—dijo con calma el abate.

—¿Acaso no lo estais diciendo?

—Reconozco que no me he expresado con exactitud, porque en lugar de decir que temia, he debido decir que era posible. ¿Negarás, hijo mio, que es posible que tú dejes de serme leal?

—Lo niego.

—Esa afirmacion es por lo ménos un absurdo. Dí que no es probable; pero no asegures que es imposible.

—Dudais de mi rectitud...

—No negarás que Crispin me ha sido fiel mucho tiempo y que me ha prestado grandes servicios, sin mirar que algunos se le han recompensado mezquinamente.

—Es verdad.

—Pues ya ves que ese hombre, cuya lealtad estaba tan probada, despues de algunos años y cuando sabia positivamente que iba á recoger el fruto de todos sus trabajos, se vende á mis enemigos, aun á riesgo de ir á la hoguera.

—Pero Crispin, vos mismo lo habeis dicho, es un miserable, no tiene voluntad propia, y se ha dejado arrastrar por el primero que ha querido servirse de él. ¿Hubiera sucedido lo mismo siendo un hombre de clara inteligencia? No, porque hubiera comprendido que cometia una torpeza, que se arriesgaba á perder mucho con pocas probabilidades de ganar muy poco.

—Ese razonamiento no puede ser más lógico.

—Además, yo estoy libre de la tentacion que ha trastornado á Crispin.

—¿Por qué?

—Porque con nadie podré hablar, y por consiguiente nada pueden ofrecerme en pago de mi traicion.

El abate volvió á sonreir.

—Mis enemigos pueden sobornar á los que vigilan esta casa, y ellos hacer lo mismo con Justina, y ésta franquear la entrada á los primeros, poniéndolos así en comunicacion contigo.

—Me ofendeis,—replicó enérgicamente David.

—Hijo mio, la situacion exige claridad y franqueza.

—La deseo.

—Con estas ó con las otras palabras, todo seria manifes-

tar mis dudas, mis recelos, mis temores, y el resultado seria completamente igual.

—Seguid como habeis empezado, os lo suplico, porque así...

—Estás autorizado para usar el mismo lenguaje.

—Lo haré.

—Las apariencias condenaban á Crispin y creimos haber encontrado al misterioso traidor que buscábamos con tanto afan.

—Sí.

—Luego, pruebas aún más claras, hechos, han demostrado que Simon mentia.

—¿Creeis ahora que Crispin es inocente?

—Lo dudo; pero aun cuando sea criminal, no es el traidor que hemos buscado.

—Entonces...

—Ese traidor aún no ha sido descubierto, y por consiguiente puede hacerme mucho mal.

—¿De quién sospechais?

—De todos y de ninguno.

—De todos...

—Y de tí tambien.

El jorobado dió un brinco como si le hubiese picado una víbora.

—Ten calma...

—¡Oh!...

—Hemos convenido en hablar con claridad.

—Concluyamos.

—Si no has sido traidor hasta hoy, puedes serlo mañana.

—Bien, puedo serlo.

—Por si desgraciadamente llegara ese caso, quiero hacerte algunas advertencias, porque así sabrás á qué atenerte y no tendrás por qué arrepentirte despues.

—Os agradezco el interés que os tomais por mí,—dijo irónicamente el huérfano.

Florentin pareció no apercibirse de la intencion con que habian sido pronunciadas estas frases, y prosiguió diciendo:

—Un hombre como tú debe ser firme en sus resoluciones, no debe dar un paso si luego ha de retroceder.

—Son tan firmes mis propósitos, que antes de abandonarlos, moriria cien veces, os lo juro.

—Aún estamos á tiempo.

—¿De qué?

—De seguir adelante ó de detenerse. Hablamos ayer, aprobastes mis planes y me ofrecistes ayuda.

—Así es verdad.

—Sin embargo, las cosas se aprecian mejor en el terreno de la práctica, y ahora que has pasado aquí una noche, ahora que has visto de qué modo pienso guardar á esa niña, comprenderás con más exactitud la extension del sacrificio que tienes que hacer y la verdadera importancia de los inconvenientes y peligros que corres.

—Nada se me oculta.

—Entonces ahora es cuando debes resolver definitivamente, y si por cualquier motivo, que no quiero saber, deseas ser libre, debes manifestarlo con franqueza y nada habremos perdido.

David fijó una mirada de extrañeza en el abate.

—Te dejo en la más completa libertad. Si no quieres ser

el guardian de la niña del modo que lo eres y con las condiciones que te impongo, dímelo con franqueza y hoy mismo esa criatura será trasladada á otro encierro y tú podrás disponer de tu persona, en la inteligencia de que al separarte de mí, recompensaré en cuanto me sea posible tus pasados servicios y rogaré á Dios que te proteja. Esto no lo consideraré ni como deslealtad, ni como falta de cariño, porque soy demasiado justo y demasiado imparcial para no reconocer que, á pesar de que me ames mucho, estás en tu derecho de apreciar ciertos asuntos de distinto modo que yo. Puedes amarme, pero no por esto ha de convenirte lo que á mí me conviene.

—¿Habeis concluido?

—Voy á concluir.

—Espero, pues.

—Soy dueño absoluto de esa niña; el secreto lo guardarás, porque te conviene, y aunque no lo guardases, me sobran medios para castigar tu indiscrecion.

—Lo sé.

—Nada me importaría cuanto dijeses, mientras no se averiguase el paradero de la niña, lo cual, si nó es imposible, es muy difícil, y á que así suceda, estoy tan expuesto guardándola tú como guardándola otro.

—Ciertamente.

—En cuanto á la responsabilidad que pudiera caberme ante el Santo Oficio, debo advertirte que ya está justificado el haber desaparecido esa criatura, y por consiguiente en el tribunal es este un asunto concluido.

—Ya he supuesto que no habríais olvidado esa circunstancia.

—Si por el contrario decides quedarte, olvídate del mundo en algunos años, y una vez decidido, no te arrepientas, porque entonces todo el cariño que te tengo se convertiría en odio, te consideraría como á mi mayor y más temible enemigo y mi venganza seria terrible.

El huérfano inclinó la cabeza y meditó.

Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales el pálido rostro del jorobado fué gradualmente cambiando de expresion.

Por fin volvió á levantar la cabeza, y mirando á Claudio, dijo tranquilamente:

—A los hombres no debe pedírseles más de lo que pueden dar.

—Por eso no quiero exigir de tí nada contrario á tus sentimientos, á tus ideas, á tu carácter.

—Ni yo exijo de vos una confianza en mí, que en nadie podeis tener, en nadie, porque no os lo permite vuestra misma naturaleza.

—Muy bien, hijo mio: si te doy todo lo que yo puedo dar, eres razonable al mostrarte satisfecho.

—No me ofendeis con vuestra desconfianza, puesto que en la lealtad de nadie teneis fé.

—Si á otro diera yo lo que á tí te niego...

—Me ofendería.

—Eso quiere decir que quedamos tan buenos amigos como antes.

—Lo mismo.

—Falta tu resolucion.

—Está tomada.

—¿Cuál es?

—Me quedaré.

—¿Todo el tiempo que sea necesario?

—Uno, diez, veinte años, toda mi vida si es menester,—respondió el huérfano.

—Piensa bien...

—Aquí estaré tranquilo, que es cuanto deseo, y si alguna vez tengo ocasion de vengarme de los que me han hecho sufrir, me vengaré.

—Y si esa ocasion no llega...

—Esperaré con resignacion la justicia divina.

—Aún puedes reflexionar hasta la noche...

—Estoy firmemente resuelto, padre mio, y no saldré de aquí á ménos que vos seais quien lo disponga.

—No, no.

—Hemos concluido.

La penetrante mirada de Florentin se fijó con más insistencia en el jorobado; pero el rostro de éste revelaba la tranquilidad más completa.

—Señor,—dijo el huérfano despues de algunos instantes,—aguardo vuestras últimas instrucciones.

—No tengo que darte ningunas por ahora, no tengo que hacer más que recordarte que esa niña ha de vivir constantemente privada de la luz del sol, y que solo por algunos dias permito que se la saque de noche del subterráneo.

—Tened en cuenta que sin la luz del sol podrá vivir; pero sin respirar algunas horas un aire puro...

—Sobre ese punto se hará lo que exija el estado de su salud; pero no más que lo absolutamente preciso y siempre con muchas precauciones.

—Sereis obedecido.

—No os faltarán buenos alimentos, que yo mismo os traeré cada noche.

—Ya sabeis que soy sóbrio.

—Puesto que ya estamos de acuerdo, me voy para que puedas descansar, y entretanto la hermana Justina cuidará de la niña. Ya sabes que en caso de apuro tienes cuatro hombres á todas horas, que acudirian á tu primer llamamiento.

—¿Dónde están situados?

—Alrededor de esta casa, es decir, uno frente á cada pared.

—No necesito más.

El abate se despidió y salió.

David quedó abismado en sus tristes reflexiones.

¿Por qué Florentin tenia tanto empeño en que la niña no viese la luz del sol?

Demasiado bien sabia lo que esto podia contribuir al éxito de su horrible plan.

Aquella infeliz criatura, completamente separada del mundo y en medio de las tinieblas ó poco ménos, debia prestarse á todo con una docilidad estóica, mucho más si le ofrecian permitirle respirar el aire libre, ver el sol y contemplar el cielo, ser libre y gozar de las bellezas encantadoras de la naturaleza, bellezas que, lo mismo que la luz del sol, tendrian para ella al cabo de algunos años un atractivo tanto más irresistible cuanto más débil fuera el recuerdo que guardara de estos encantos.

No puede concebirse nada más horroroso.

CAPITULO LXXIII.

Donde empezamos á ver en Leandro algo más de lo que hemos visto.

Aquel mismo dia cundió entre los dependientes del Santo Oficio la voz de que se habia presentado al abate un tio de David, cuya existencia se ignoraba; que el tio, despues de haber hecho fortuna en América, pensaba establecerse en Galicia y que se habia llevado á su sobrino.

Esto fué un verdadero acontecimiento, porque nadie imaginaba que el pobre jorobado pudiera llegar á ser rico.

Aunque todos se burlaban del huérfano, muchos lo amaban y se alegraron, mientras que otros envidiaron tan inesperada fortuna.

Cuando fray Tadeo tuvo noticia de este suceso, le dijo al abate:

—¿Es verdad lo que se cuenta?

—¿Sobre qué?—preguntó Florentin.

—Sobre la fortuna de vuestro protegido, de David.

—¡Ah! Sí, hermano, verdad y muy verdad.

—Me alegro mucho,—repuso el dominico frotándose las manos y sonriendo con la mayor naturalidad.

—Yo tambien, aunque me ha causado gran pesar la ausencia del pobre muchacho, á quien he llegado á querer como un hijo.

—Era fiel...

—David vale mucho, hermano Tadeo,—repuso el abate;—pero no he debido estorbar su marcha, porque era quitarle su porvenir.

—¿Es rico el tio?

—Ha hecho en el Perú una fortuna de más de quince mil escudos.

—¡Oh!...

—No tiene hijos, es soltero...

—Sí, esa fortuna pasará en su dia á David, porque sabrá conquistarse el amor de su tio.

No hizo más preguntas ni observaciones fray Tadeo.

Separóse del abate, y dijo para sí:

—Bien; es preciso averiguar por qué á David lo habrán colocado en situacion que no pueda darme ningun aviso.

Difícil era su intento; pero nosotros, que opinamos como Florentin en cuanto á los imposibles, tenemos esperanza de que más ó ménos tarde se pusiera el astuto dominico en relaciones con el jorobado.

Dos dias despues fué cuando Isabel pudo dar explicaciones, segun ya hemos visto, y cuando Leandro salió en busca de David.

Ya era tarde.

Si la fugitiva no hubiese caido enferma, los hidalgos se

hubiesen puesto en relaciones con David y la situacion habria cambiado mucho.

Pero lo mismo que hasta entonces habia sucedido, una série de fatales coincidencias los separó cuando más cerca se encontraban los unos de los otros.

No era probable que los hidalgos diesen con Simon, ni aun cuando así sucediera conseguirian más que ser tres hombres en lugar de dos para proteger á la pobre madre, lo cual no tenia mucha importancia.

En cuanto á fray Tadeo, nada sabia Isabel, y por consiguiente no podia contar con semejante amigo.

Encaminóse Leandro á la calle de la Inquisicion.

Cuando estuvo allí, andando unas veces y otras deteniéndose, invirtió más de una hora.

Esperaba que la casualidad le presentase á David, á quien debia reconocer por la joroba.

No hay que decir que aguardó inútilmente.

Entonces, despues de meditar, atrevióse á entrar en el edificio que ocupaba la Inquisicion.

—¿Qué buscais?—le preguntó el portero, mirándolo detenidamente.

—Tal vez,—le respondió Leandro,—vos podreis sacarme de dudas.

El portero volvió á mirarlo de piés á cabeza y luego replicó:

—No sé.

—Me han encargado que busque á una persona de quien creo que me dareis noticias.

—¿Acabareis?

—A eso voy.

—Es que no puedo permitiros que esteis aquí.

—¿No conoceis á un jóven que es jorobado?...

—¡Ah!...

—Parece que sirve á uno de los señores del Santo Oficio...

—¿Su nombre?

—David.

—Mucho teneis que andar para encontrarlo.

—¿Por qué?

—Dicen que salió de Madrid para ir á Galicia.

Leandro no acertó á responder en algunos segundos.

Lo que acababan de decirle trastornaba todos sus planes.

Sin embargo, procuró disimular.

—Perdonadme,—dijo;—pero me interesa mucho encontrar á ese mancebo.

El portero se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

—Si pudiérais darme más noticias,—añadió el hidalgo,—os lo agradecería mucho.

—Os las dará el señor abate Florentin, de quien David era criado.

—Para no incomodarle...

—Dicen que el jorobado ha encontrado un tio que hace poco llegó de Indias, y que se ha ido con él. Nada más puedo deciros.

—¿Hace muchos dias?

—Tres ó cuatro.

Algunas preguntas más hizo Leandro; pero nada consiguió, y convencido de que no podia ir más allá en sus averiguaciones, dejó al portero y dijo para sí:

—¿Qué debo hacer? dirigirme al abate, es una imprudencia,

y en último caso nada conseguiré, porque si David, creyéndolo todo perdido, ha aprovechado la ocasion de asegurar su fortuna, aun cuando fuésemos á buscarlo no podria prestarnos ningun auxilio.

Leandro caviló; pero en vano.

Si David habia salido de la corte, no habia que contar con él.

Bien pensado, los servicios del huérfano tenian mucha importancia mientras estuviese al lado de Florentin, porque de este modo tenia probabilidades de averiguar algun dia el paradero de la hija de Jacobo.

Era, pues, preciso y hasta conveniente olvidarse del jorobado.

Despues de hacerse estas juiciosas reflexiones, dijo Leandro:

—La obra está comenzada y es preciso concluirla. Ya sé que no puedo contar más que con mis propias fuerzas. Meditemos, mientras mi padre refiere la interesante historia del tesoro. El dia está magnífico, y en la soledad del campo, sin temor de que nadie me interrumpa, reflexionaré y buscaré trazas para llevar á cabo mi intento. Aún es temprano.

Efectivamente, el cielo estaba despejado, brillaba esplendorosamente el sol y no se sentia el más leve soplo de viento.

El hidalgo tomó por la calle de Convalecientes y un cuarto de hora despues se encontraba en el campo.

¿De qué intento hablaba?

Habian protegido á Isabel, la habian amparado y harian por ella todo cuanto hacer pueden un padre y un hermano; pero al jóven le parecia todo esto muy poco, y se empeñaba

en buscar el medio de que Isabel quedara completamente libre de la persecucion de Florentin.

¿Era esto posible?

Si le hubieran consultado al abate, habria contestado que el imposible no existia.

Hasta ahora hemos visto en Leandro un hombre de gran corazon; pero de su ingènio no tenemos prueba alguna, por más que en su hermoso y noble rostro se revelara claramente una inteligencia nada comun.

Para conseguir su deseo se necesitaba, no precisamente talento, sino astucia, travesura, una de esas imaginaciones ardientes, que en ciertos casos valen mucho más que el verdadero talento.

¿No conoceremos mas que á medias á Leandro?

Posible es que así suceda, puesto que no hemos tenido ocasiones de apreciarlo mas que como un hombre generoso y valiente.

En sus planes no podia entrar el medio de que Isabel saliese de España, porque sobre ser esto muy difícil en aquella época, no lo hubiera hecho tampoco la pobre madre sin encontrar á su hija.

Y no saliendo de España, ¿cómo habia de quedar libre Isabel de la persecucion del abate?

No lo sabemos; pero pronto veremos hasta dónde llegaba el ingenio del hidalgo.

Por ahora tenemos que dejarlo entregado á sus reflexiones, puesto que ni él mismo sabia cómo habia de realizar sus deseos.

Entretanto volveremos al lado de Isabel, á quien dejamos dispuesta á escuchar las revelaciones del anciano.

Y como nosotros sabemos mejor que éste la historia del tesoro, la referiremos con detalles que el buen hidalgo desconocia ó que por modestia debia omitir.

Hagamos, pues, un paréntesis desde el siguiente capítulo, paréntesis que encerrará un relato de mucho interés.

CAPITULO LXXIV.

El tesoro de Gil Perez.

Los españoles luchaban contra una turba de extranjeros hambrientos y miserables, que á la sombra de la casa de Austria habia caido sobre nuestra hermosa tierra como una bandada de buitres, haciéndose dueños de todos los poderes, cometiendo toda clase de abusos y enriqueciéndose á costa de la sangre del noble pueblo español, cuyos tesoros desaparecian rápidamente para esparcirse en Alemania y Flandes.

Nuestras más ricas provincias habian levantado el grito de patria y libertad, y en aras de la libertad y de la patria, en defensa de nuestras antiguas leyes y de los sagrados derechos del pueblo, Juan de Padilla, Bravo, Maldonado, Acuña y otros heróicos mártires habian ofrecido noble y generosamente sus preciosas vidas.

La lucha entre el pueblo y sus opresores no debia ser larga; el ejército de los comuneros se preparaba al último

golpe contra las huestes del gran déspota, gran soldado y gran político que se llamó Cárlos I.

El triunfo era dudoso, lo mismo para los defensores de la libertad que para los sicarios del César.

No habia entre los héroes de las comunidades un solo hombre que no estuviera dispuesto á lanzarse á la lucha con la ciega fé que enciende en el alma la conviccion de que es justa, buena y santa la causa que se defiende.

Pero como en la marcha de la humanidad no siempre triunfa la justicia, porque la Providencia abriga designios que al hombre no le es dado penetrar, los más juiciosos temian, dudaban y no se atrevian á lisonjearse con la victoria.

Los habitantes de Tordesillas eran en su totalidad adictos á la causa de las comunidades, y no solamente habian comprometido su fortuna, sino que estaban resueltos á sacrificar su vida en pró de la libertad y de los derechos del pueblo.

Entre ellos se contaba Gil Perez, rico hidalgo de gran corazon, que despues de haber suministrado crecidas cantidades de escudos, habia tomado las armas á las órdenes de Juan de Padilla.

El señor Gil Perez tenia un hijo que lo habia seguido, porque era un vivo retrato de su padre, lo mismo física que moralmente.

Apenas habia empezado á hombrear el hijo del señor Gil Perez; pero su precoz desarrollo le permitió empuñar una lanza y montar á caballo para triunfar ó morir con su padre.

Gil Perez era un hombre de recto juicio y que calculaba con una calma admirable.

A medida que fué encendiéndose la guerra, fué el buen hidalgo haciendo comparaciones y deducciones, y más de una

vez, con su tranquilidad imperturbable, dijo á Padilla:

—Vamos á sucumbir, dando ejemplo á nuestros hijos; pero nada más.

El héroe de las comunidades le habia preguntado:

—¿Dudais de nuestro triunfo?

—No dudo.

—Entonces...

—No dudo, porque tengo la seguridad de que seremos vencidos.

—¡Señor Gil Perez!...

—Calmaos, mi buen amigo, que lo que os digo á vos, á nadie lo diré.

—¿Y cómo tomais parte en la empresa cuando estais convencido de que nada ha de conseguirse?

—Se conseguirá mucho,—replicaba el hidalgo.

—No comprendo.

—La sangre derramada en defensa de la libertad, no es estéril: hoy seremos vencidos; pero nuestro ejemplo noble dará su fruto algun dia.

Del mismo modo que al jefe de las comunidades, habló Gil Perez á su hijo.

Convencido de que iba á morir, se dijo un dia:

—Arreglemos los negocios de este mundo antes de ir al otro. Despues de nuestra derrota, porque la tiranía tiene medios de derrotarnos, se confiscarán nuestros bienes y se perseguirá cruelmente á nuestras familias. ¿Por qué ha de quedar mi hijo en la miseria? No quedará, ¡vive el cielo! Si en el último combate no muere, será rico, tendrá lo que es suyo, porque es de su padre.

No entró en más reflexiones.

Con nadie consultó, ni mucho ménos vaciló.

Con cuanto sigilo le fué posible, buscó compradores para sus bienes.

A los ocho dias realizó la venta, y su producto, en monedas de oro, bien raras en aquellos tiempos, fué reunido á la riqueza que en metálico habia heredado de sus abuelos y habia aumentado con sus economías.

Hecho esto, pensó en el modo de poner aquel caudal á cubierto de los abusos del tirano.

Gil Perez buscó, pues, un amigo á quien hacer depositario del tesoro.

Empero todos sus amigos corrian el mismo riesgo que él, puesto que todos habian tomado las armas en defensa de la libertad.

¿A quién acudir?

Dos años antes habia muerto la virtuosa mujer de Gil Perez.

La noche en que tuvo lugar esta desgracia, habíase dado albergue en casa del hidalgo á un religioso del órden de San Francisco.

Éste, en vez de seguir su marcha al amanecer como tenia proyectado, se detuvo, diciendo al hidalgo:

—Los médicos no han podido salvar la vida material á vuestra esposa; ¿quereis aceptar mis servicios como médico del alma?

—Padre,—murmuró Gil Perez, fijando una mirada de sorpresa en el rostro venerable del franciscano.

—Teneis,—repuso éste,—una herida en el alma, y es menester que se cicatrice. Para conseguir esto no hay más que la religion.

—Quedaos, padre mio.

Quince dias despues, Gil Perez, que se habia entregado á la desesperacion, estaba resignado y tranquilo.

—Estais curado,—le dijo el fraile.

—¿Vais á partir?—preguntó el hidalgo afanosamente.

—Sí.

—No, todavía no saldreis de esta casa, porque aquí sois un ángel de consuelo...

—Hay otros muchos desgraciados que tambien esperan la palabra de Dios.

Gil Perez inclinó la cabeza sin atreverse á replicar.

—Si alguna vez,—añadió el fraile,—necesitais mi ayuda, buscadme y me encontrareis.

—Sí, padre, á vos acudiré si llego á necesitar la ayuda de un gran corazon.

No habia vuelto el hidalgo á tener noticias del fraile; sin embargo, pensó en él cuando buscaba un depositario de la fortuna de su hijo, y despues de reflexionar todo un dia, escribió la siguiente carta:

«Padre mio, tengo necesidad de un hombre de gran corazon. ¿Estais dispuesto á prestarme un servicio que impone la más grave responsabilidad?»

Esta lacónica carta fué enviada á fray Benito por un criado fiel, que trajo la siguiente respuesta:

«Hermano, no solamente mi deber, sino mis inclinaciones, me mandan vivir para bien de la humanidad. No me pidais nada contra nuestra santa religion ni contra la justicia, y desde luego contad con mi humilde persona.»

Gil Perez llamó á su hijo, diciéndole:

—Mañana partiré.

—¿Adónde vais, padre mio?—le preguntó el mancebo con sorpresa.

—Mi viaje es un secreto.

—Nadie lo sabrá entonces.

—A mi vuelta te daré á conocer mis proyectos.

—Bien, padre y señor.

—Entretanto ruega al Omnipotente que me proteja.

—Lo haré; pero durante vuestra ausencia...

—Obedecerás ciegamente las órdenes de los caudillos del pueblo.

—¿Qué más, padre mio?

—Nada más.

—Está bien.

—Me acompañará Mateo.

—Es valiente y leal.

—Ponte de acuerdo con él para que antes de que amanezca todo esté dispuesto.

Así se hizo, y al sonreir la aurora, el señor Gil Perez salió de Tordesillas con su criado Mateo, el cual guiaba una mula cargada no se sabe con qué, pues la carga iba cubierta con una manta.

CAPITULO LXXV.

El tesoro de Gil Perez.

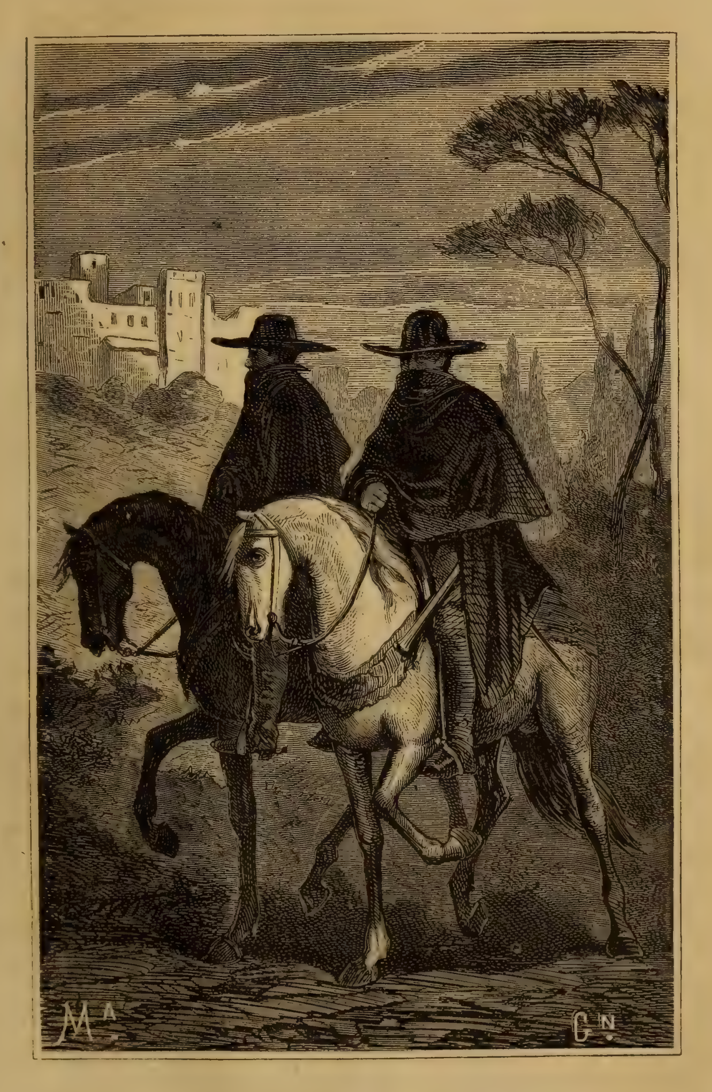
(Continuacion.)

Los últimos rayos del sol iluminaban los torreones del alcázar real y los chapiteles de las iglesias y conventos de la coronada villa.

Dos viajeros acababan de atravesar el Manzanares y volvian á la derecha, como si se dirigiesen á las casas que habia extramuros por aquella parte, ó no quisiesen entrar en la villa por la Cuesta de la Vega.

Ambos iban á caballo y cubiertos de polvo, delante el uno y el otro detrás, llevando en la diestra la brida de una mula cargada con lo que suponemos que era el equipaje.

El primero, envuelto en una ancha capa de paño de Segovia, llevaba el semblante medio oculto bajo el embozo, y el sombrero, de anchas alas, y sin pluma ni adorno ninguno, calado hasta las cejas.



Dos viajeros acababan de atravesar el Manzanares.

Por bajo de su capa se veian sus botas de ante con espuelas de acero, y parte de una larga tizona.

El otro iba vestido con poca diferencia del primero, y parecia que tambien cuidaba de recatar el semblante; pero además de la espada, cruzado sobre el arzon llevaba un arcabuz.

Ya fuese porque las cabalgaduras estuvieran fatigadas, ya porque no tuvieran prisa, ó por otra razon cualquiera, ello es que cuanto más se acercaban á Madrid, más aflojaban el paso.

Dejaron á la izquierda las Vistillas y siguieron el curso del rio.

Veinte minutos despues llegaron al pié de las pendientes por donde más tarde debia extenderse la poblacion hasta los límites que tiene ahora.

Detuviéronse entonces.

El que iba delante miró á Occidente.

Ya del disco del sol no se veia mas que una pequeña parte.

En breve no habria más luz que la del crepúsculo, y luego las tinieblas se extenderian en el espacio.

Los viajeros volvieron á la izquierda, subiendo por un estrecho sendero.

Cuando llegaron á la Puerta de Moros, acababa de ponerse el sol.

Siguieron sin apresurarse, y á los diez minutos se encontraban junto al convento de San Francisco.

El que iba delante bajó del caballo y dió las riendas al otro sin decirle una palabra.

Luego entró en el convento, cuyas puertas iban á cerrarse porque ya sonaba el toque de oraciones.

—Perdonad, hermano,—dijo el caminante al portero.

Éste hizo con la diestra una señal para indicar al recien llegado que esperase, y empezó á rezar.

El caminante se quitó el sombrero, desembozóse, se santiguó y oró tambien.

Cuando hubieron concluido, preguntó el fraile:

—¿Qué quereis?

—Necesito ver á fray Benito.

—Precisamente ha llegado esta mañana.

—Dios me protege.

—Entrad,—repuso el portero.

Llamó á un donado para que guiase al caballero á la celda del hermano Benito.

No tenemos que decir que el caminante era el hidalgo Gil Perez, y que el otro era su criado.

Cinco minutos despues el virtuoso fraile saludaba al viajero, ofreciéndole una silla.

—¿Me conoceis?—preguntó el hidalgo.

—Sí, caballero.

—Como hace dos años que no me habeis visto...

—Tengo buena memoria, y os esperaba, puesto que os contesté que me teníais á vuestra disposicion.

—Gracias, padre mio.

—Decidme en qué puedo seros útil y yo seré quien os agradezca el haberme proporcionado ocasion de cumplir mis deberes.

—¿Puedo hablar sin temor de que nadie nos escuche?

—Con todo descuido.

Mientras Gil Perez guarda silencio para coordinar sus ideas, diremos algunas palabras sobre fray Benito.

Frisaba éste en los cincuenta años.

Era de regular estatura y enjuto de carnes.

Su rostro aguileño no carecia de cierta belleza, y era sobre todo muy expresivo.

Sus ojos, negros y grandes, brillaban con el fuego de la juventud; pero su mirada era constantemente dulce, lánguida y triste.

Su continente y sus maneras eran á la vez sencillas y aun humildes, nobles y majestuosas.

No habia más que mirarlo para comprender que era un verdadero ministro del Omnipotente.

Todos sus compañeros le reconocian raras virtudes y una inteligencia privilegiada.

Puede decirse que fray Benito habia pasado su vida estudiando, orando y haciendo beneficios.

No habia llegado hasta él la impureza de las costumbres monásticas de aquellos tiempos.

Dedicado á Dios y al prójimo, más de una vez se le habia visto arriesgar tranquilamente la vida por salvar la de un desconocido.

Era, pues, un verdadero sacerdote, un hombre justo, un santo.

A pesar de su humildad y sencillez, lo respetaban todos.

Mucho podríamos decir sobre el virtuoso fraile; pero queremos ser breves y nos concretamos á lo puramente preciso para que se le conozca.

—Padre mio,—dijo el hidalgo despues de algunos momentos,—voy á confiaros un secreto y á pediros un favor.

Fray Benito hizo un movimiento de cabeza, que queria decir:

—Estoy dispuesto á escucharos y á serviros.

—Soy,—añadió Gil Perez,—uno de los comprometidos en la causa de las comunidades.

—La causa del pueblo.

—Sí, del pueblo y de la justicia.

—Proseguid.

—Tal vez vuestras opiniones sean sobre este punto contrarias á las mias.

—Dios ha dado al hombre derechos que no pueden negársele sin cometer una injusticia.

—Entonces...

—Yo amo la justicia, hermano.

—No me sorprende lo que decís, padre mio: sois demasiado bueno para no interesaros por la suerte del noble pueblo español, cuyas libertades quiere anular la mano de un déspota.

—Habeis ofrecido vuestra vida á la patria, y así habeis cumplido uno de vuestros primeros deberes. La causa de las comunidades es la causa de la justicia, de la civilizacion y de la moral. Dios os proteja. Yo no puedo prestaros ayuda mas que con mis oraciones.

—Gracias, padre mio.

—Continuad, hermano.

—Los juicios del Omnipotente son inexcrutables, y tal vez para castigar los extravíos de nuestra generacion, nuestra santa causa debe sucumbir.

—Desgraciadamente eso es lo más probable, porque teneis que luchar con fuerzas muy superiores, porque vuestros recursos son limitados y se agotarán bien pronto, mientras que la tiranía cuenta con recursos inagotables.

Gil Perez exhaló un triste suspiro.

—Si no triunfamos,—dijo,—moriré, bien sea peleando como bueno, bien en el cadalso como mártir.

Fray Benito levantó la diestra y señaló al cielo.

Este ademan tenia más valor que muchas palabras.

—Ya sabeis,—dijo el hidalgo,—que tengo un hijo.

—Sí, un hijo digno de vuestro amor.

—A pesar de sus pocos años, se ha comprometido lo mismo que yo; pero tal vez libre la existencia.

—Si no sucumbe, podrá salvar la vida huyendo y ocultándose.

—Nuestros enemigos no se contentarán con nuestras vidas, sino que tambien se apoderarán de nuestros bienes.

—Y vos,—replicó el fraile, adivinando el plan de Gil Perez,—vos quereis que vuestro hijo quede á cubierto de la miseria.

—Sí.

—Así cumplís vuestros deberes de padre.

—Para conseguirlo he vendido todos mis bienes, y su producto quiero ponerlo en vuestras manos, para que lo entregueis á mi hijo cuando lo reclame.

Semejante proposicion hubiese desagradado á cualquiera, porque aceptar el depósito era echar sobre sí una gravísima responsabilidad; pero fray Benito no manifestó desagrado, sino que con su dulce tranquilidad se concretó á decir:

—¿A cuánto asciende vuestra fortuna?

—A cien mil escudos.

—Es una cantidad muy crecida.

—Padre mio, en nombre de un huérfano...

—No me supliqueis, hermano,—interrumpió el fraile.

—Reconozco que es hasta peligroso lo que os pido...

—Cuando nada se sacrifica, no hay virtud en nada de lo que se hace. Sois un padre que quiere guardar lo que á su hijo pertenece, que quiere evitarle la miseria, y me pide ayuda... No puedo negarla.

—Pensad bien...

—Cuando se trata de cumplir un deber, no se piensa; cuando es menester hacer un beneficio, no se reflexiona, porque en tales casos la duda, la vacilacion ó el miedo son un crímen.

—¡Padre mio!...

—No quiero pensar, ni vacilar.

—Sois un santo...

—Escuchadme, porque si bien estoy dispuesto á ser el depositario de la fortuna de vuestro hijo, debo haceros algunas advertencias.

—Decid.

—Os juro sacrificar la vida antes que permitir que ese tesoro pase á manos extrañas.

—Es inútil ese juramento, padre mio.

—Para defender la herencia de vuestro hijo lucharé con todas las fuerzas de mi alma y de mi cuerpo.

—No jureis,—replicó vivamente el hidalgo,—no jureis, ni siquiera me hagais promesa alguna.

—Preciso es recordaros que, aunque no probable, es posible que se pierda ese tesoro, por más que yo lo guarde, por más que yo lo defienda.

—En ese caso vuestra conciencia debe estar tranquila y mi hijo deberá sufrir con resignacion su desgracia.

—Bien, ahora suponed que vuestro hijo no se presenta á

reclamar los cien mil escudos, porque se lo estorbe una circunstancia cualquiera. ¿Qué debo hacer en semejante caso?

—Esperareis, haciendo lo posible por averiguar si ha muerto mi hijo.

—Y si el tiempo pasa y llega la hora de mi muerte,—preguntó el franciscano.

—Dentro de pocos dias vendrá á veros otra persona á quien confiaré este secreto, y entre ambos decidireis á quién ha de pasar el depósito despues de vuestra muerte.

—Bien,—dijo el fraile con la misma sencillez que si tratara de un puñado de oro.—Ahora supongamos que vuestro hijo muere tambien antes de tomar su herencia.

—No tengo más parientes.

—¿Qué haré con ese dinero?

—Os autorizo para que lo empleeis en obras de caridad, socorriendo con preferencia á las familias de los infelices que hayan sucumbido peleando por la patria y la libertad.

—Yo quedaría más tranquilo si precisárais más esas instrucciones, que son vagas.

—Ante Dios que nos oye apruebo desde ahora cuanto hagais. Vuestra conciencia debe estar tranquila.

—¿Y si esa otra persona á quien habeis de revelar el secreto no se presentase?

—¿Qué os importa?... Vos, padre mio, sois el único autorizado por mí para disponer á vuestro antojo de los cien mil escudos, porque habeis de tener entendido, que si á otro doy parte en el asunto, no es más que para que os ayude en caso necesario.

—Os agradezco tanta confianza.

—Ese amigo, á cuya conciencia puede decirse que fio tambien la fortuna de mi hijo, es el noble caballero don Alfonso de Lara.

—Lo he conocido en Medina del Campo.

—Tan cerca como yo se encuentra de la muerte.

—En ese caso...

—Si sucumbe, no será él quien se os presente, sino un criado suyo que se llama Martin.

—Deberá traer una carta de su señor.

—Traerá, no solamente una carta de su señor, sino instrucciones escritas por mí, con el disimulo que requiere la prudencia.

—Es cuanto necesito.

—Ahora, padre mio, decidme si teneis donde ocultar el dinero.

—Sí.

—¿Aquí mismo?

—Aquí, en el convento, y donde nadie lo descubrirá.

—Estoy tranquilo.

—¿Cuándo me lo entregareis?

—¿Cuándo podeis recibirlo sin que nadie se aperciba?

Fray Benito meditó.

—¿Dónde,—preguntó luego,—os alojareis esta noche?

—En una hostería ó posada cualquiera.

—¿Habeis traido con vos el dinero?

—En la calle ha quedado.

—Pues bien, si os es indiferente alojaros en una ó en otra parte, os aconsejo que vayais á la posada de la *Cruz de Oro*, que está cerca de Puerta Cerrada.

—Iré allí.

—Direis al posadero, que vais de mi parte y que no quereis que nadie os importune ni os vea.

—¿Y luego?

—Esperadme.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta media noche.

—¿Qué más he de hacer?

—Nada.

—¿Quién traerá el dinero?

—Nosotros.

—¡Cuánto os debo!...

—Idos,—repuso el franciscano;—no conviene que esteis mucho tiempo aquí.

El hidalgo se puso en pié, besó respetuosamente la diestra del fraile y salió.

Cuando estuvo en la calle, dijo á su criado:

—Vamos, Mateo.

Cabalgaron y se alejaron entre las tinieblas, porque la luna no habia tenido por conveniente dejarse ver.

Llegaron á la posada, y el nombre de fray Benito produjo en el huésped un efecto mágico.

A las doce en punto se abrió la puerta del aposento que ocupaba el hidalgo.

El fraile se presentó.

—¿Estais dispuesto?—preguntó.

—Sí, padre mio.

—Vamos, pues.

—Vamos.

Cinco minutos despues salieron ambos, llevando cada cual un talego.

El señor Gil Perez tardó una hora en volver á la posada.

Se acostó y durmió hasta el amanecer, hora en que dejó la cama, tomó un ligero desayuno, pagó largamente al posadero, mandó ensillar y partió con su fiel criado, saliendo de Madrid por Puerta Cerrada.

CAPITULO LXXVI.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Cuando el señor Gil Perez llegó á Tordesillas se encontró con novedades de mucha importancia: asegurábase que un ejército muy numeroso adelantaba en busca de los comuneros, y que estos reunian su gente para dar probablemente la última batalla con todas las fuerzas posibles.

Dos cartas de Juan de Padilla llamaban al hidalgo, y el hijo de éste habia partido el dia anterior en virtud de órdenes de Maldonado.

No pudo, pues, Gil Perez revelar á su hijo el importante secreto, y sin detenerse más para tomar otro caballo, volvió á partir, tomando el camino de Villalar.

Allí estaba su amigo don Alfonso, á quien abrazó, diciéndole:

—¿Son exageradas las noticias que corren?

—No,—respondió el caballero,—porque mañana mismo se decidirá la cuestion.

—Mañana mismo...

—Tenemos enfrente al ejército real.

—¡Oh!...

—¿Desconfiais de nuestra victoria?

—Sí,—murmuró tristemente el hidalgo.

—¡Señor Gil!...

—La causa que defendemos es justa, es santa...

—Por eso Dios nos protegerá.

—Los designios del Omnipotente son inexcrutables.

—¿Pero en qué se funda vuestra desconfianza?

—En que nuestros enemigos son mucho más fuertes que nosotros.

—Un hombre que lucha con fé en la causa que defiende, vale por cinco que son ciegos instrumentos de ajena voluntad.

—Pero esos cinco, disciplinados, expertos en el arte de la guerra, acostumbrados á las batallas y á las victorias...

—Perdonad, señor Gil, que no seamos de la misma opinion.

—Nosotros debiéramos dividirnos en muchos grupos, esparcirnos, llamar la atencion del enemigo hácia muchos lados, provocarlo sin cesar; pero sin aceptar jamás un combate sério, cansándolo así, fatigándolo y haciéndole agotar inútilmente todos sus recursos.

—¿Y al fin?...

—Acabaríamos por triunfar.

—Los nuestros no han de retroceder delante del enemigo.

—Ya lo sé, don Alfonso; pero eso no significa más sino que correrá mucha sangre, que el número de víctimas será mayor.

—Ya está decidido...

—Quedemos cada cual con nuestra opinion.

—¿Habeis visto á Padilla?

—Acabo de llegar...

—No os detengais.

—Tengo que confiaros un secreto de mucha importancia.

—Bien, hablaremos despues.

El señor Gil Perez se separó de su amigo para ir á presentarse á Juan de Padilla.

Una hora despues volvió sombrío y meditabundo.

—¿Qué os sucede?—le preguntó don Alfonso.

—Voy á partir ahora mismo.

—¿Adónde?

—A Villalar.

—El viaje no es largo.

—Pero quizá no volvamos á vernos hasta mañana en medio del combate.

—Un abrazo, mi buen amigo.

—Antes el secreto de que os hablé...

—Es verdad, ya os escucho.

—He vendido todos mis bienes.

—¡Señor Gil!...

—Absolutamente todos.

—Lo que decís es inconcebible.

—Pero es verdad.

—¿Y qué fin os habeis propuesto?

—Antes os dije que creo han de morir cuantos no vuelvan la espalda al enemigo; y el que por una casualidad escape de la muerte en el combate, perecerá despues en el cadalso.

—Hoy abrigais unas ideas verdaderamente horribles.

—Hace ya muchos dias.

—Segun vos...

—Segun mis presentimientos, muy pronto dejaré de vivir, y ya comprendereis que esto lo digo con pesar, pero no con terror.

—Vuestro valor está bien probado, mi buen amigo.

—Tengo un hijo, que si no muere tambien, será perseguido por el déspota vencedor, y mis bienes, á no haberlos vendido, serian confiscados.

—Empiezo á comprender.

—A mi hijo, si sobrevive, le esperaba, pues, la miseria.

—¿Y el producto de vuestros bienes?...

—Lo he reunido con mis ahorros, formando todo un total de cien mil escudos.

—¿Qué habeis hecho con ese dinero?

—Lo he confiado á la honradez de un santo varon.

—¿Conoce vuestro hijo esa determinacion?

—No he podido darle explicaciones, porque al volver á mi casa, él habia partido por órden de Maldonado.

—Y me parece que tampoco lo vereis sino como á mí, en los mòmentos del combate.

—Puede suceder que no se me presente ocasion de darle explicaciones, y como he de morir mañana...

—Señor Gil, me entristeceis.

—Escuchadme, que están ensillando mi caballo y no puedo perder un momento.

—Proseguid.

—Os encargo poner á mi hijo al corriente de lo que ignora, entregándole unos papeles que voy á daros y que han de servirle de regla de conducta.

—Pero yo corro el mismo peligro de morir mañana.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—¿Y vuestro fiel Martin?

—Está en Madrid encargado de asuntos mios de mucha importancia, y no volverá hasta que se haya decidido nuestra suerte.

—No puedo detenerme á escribirle.

—Yo lo haré si quereis.

—Sí, hacedlo y enviadle los papeles que he de daros.

—¿Qué he de decirle?

—A Martin puede confiársele el secreto.

—Ya sabeis que es honrado y leal como ningun hombre.

—Tanto lo sé, que á pesar de su condicion humilde y como no estábais vos en Tordesillas, le hice algunas indicaciones sobre mis proyectos.

—Nada me ha dicho.

—Lo cual prueba que su discrecion no tiene igual.

—Le escribiré, pues.

—Decidle embozadamente que mi fortuna está en manos de fray Benito de San Lorenzo, religioso de la comunidad de San Francisco de Madrid.

—¿Y los demás papeles?

—Que se entere de ellos y se ponga en relaciones con fray Benito.

—¿Nada más quereis?

—Un abrazo y hasta la eternidad si no nos vemos mañana cuando nuestra sangre riegue los campos de Villalar.

—¡Oh!—exclamó don Alfonso profundamente conmovido. —Sucumbiremos; pero nuestro sacrificio no será estéril.

—No, no será estéril, porque algun dia en el cielo español brillará la divina luz de la libertad, y nuestros nombres serán bendecidos, y la historia nos dedicará una página de oro escrita con sangre.

No se equivocaba Gil Perez: los nombres de aquellos virtuosos héroes debian eternizarse gloriosamente, y sus virtudes y abnegacion debian servir de ejemplo á los no ménos heróicos mártires, como Riego, Torrijos y tantos otros, de cuya sangre habrán dado cuenta los tiranos en el tribunal de la justicia divina.

Abrazáronse tiernamente los dos amigos, y se separaron para no volver á verse en este mundo.

El señor Gil Perez montó á caballo y partió, murmurando con voz ahogada:

—¡Dios mio!... ¿No me concedereis la gracia de abrazar á mi hijo antes de morir?

Y por sus pálidas mejillas rodaron dos lágrimas.

¡Padre infeliz!

CAPITULO LXXVII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

No entra en nuestro propósito hacer una descripcion de la triste jornada de Villalar, porque nada tiene que ver con la presente historia sino en cuanto se relaciona con Gil Perez; solamente diremos que los dos ejércitos se encontraron y que empezó la lucha con encarnizamiento espantoso.

La sangre corrió á torrentes.

Los hombres morian á centenares.

Ni unos ni otros cedian un palmo de terreno.

Ninguno de los combatientes se movia como no fuese para avanzar.

Pero los comuneros, peor armados y ménos diestros que sus contrarios, sucumbian en mayor número, y al fin la victoria se decidió en favor de las armas reales, porque apenas encontraban á quién herir.

Era tan crecido el número de cadáveres en algunos si-

tios, que no se podia transitar sino muy trabajosamente, y en otros se veia correr la sangre en abundantes arroyos.

Todo esto fué preciso para vencer á los defensores de la libertad.

No era posible someterlos y habia que destruirlos.

Los soldados victoriosos persiguieron con horrible crueldad á los pocos que habian quedado con vida.

Gil Perez, lleno de heridas, no huia, sino que se apartaba tristemente de aquel lugar.

¿Qué habia sido de su hijo?

Este era el único pensamiento del desdichado padre.

—¡Hijo mio, hijo de mi alma!—exclamaba sin cesar.

Y miraba á todos lados y cambiaba con frecuencia de direccion.

El sol acababa de ocultarse y no habia más luz que la del vespertino crepúsculo.

De repente oyó el hidalgo ruido de pisadas de caballos.

Volvió la cabeza y vió á veinte pasos de distancia dos soldados que adelantaban hácia él con las espadas desnudas.

Gil Perez habia ya perdido mucha sangre, porque en vez de cuidarse de sus heridas, no se ocupaba más que en buscar á su hijo.

No le quedaban fuerzas para sostener un nuevo combate, mucho ménos con dos enemigos á la vez.

Sin embargo, en vez de intentar huir, lo cual no era cobardía, sino prudencia, detúvose, sacó la espada, que estaba llena de sangre hasta la empuñadura, y se dispuso á morir matando.

Llegaron los soldados, intimándole la rendicion.

—¡Rendirme!—exclamó el hidalgo, cuyos negros ojos des-

pidieron dos centellas.—Ahora vereis, miserables verdugos, lo que sabe hacer un corazon hidalgo.

Y se lanzó resueltamente á los soldados, trabándose la desigual pelea.

A pesar de su debilidad y su fatiga y de verse acometido por dos lados á la vez, defendióse y aun consiguió herir mortalmente el caballo de uno de sus enemigos, que cayó, levantándose trabajosamente, mientras el otro sostenia el combate.

Este no podia ser largo.

El que estaba á caballo acometió por la izquierda á Gil Perez, el cual se vió obligado á volverse y parar una terrible estocada.

Pero mientras el otro se acercó por la derecha y su espada penetró en el costado del valiente comunero.

En aquel instante resonó un grito, presentóse un nuevo ginete, brilló otro acero, y el que estaba en pié cayó pesadamente con el cráneo dividido en dos partes.

—¡Aquí estoy, padre mio!—gritó el que tan oportunamente acababa de llegar.

—¡Ah!—exclamó Gil Perez, cuyos negros ojos brillaron con el fuego de la más viva alegría y se volvieron hácia el jóven.

No pronunciaron una palabra más.

El mancebo, sin perder un instante, cayó sobre el soldado que quedaba vivo y le atravesó el pecho, antes de darle tiempo á reponerse de su sorpresa ni á defenderse.

Entonces la espada se escapó de la mano de Gil Perez, que abriendo los brazos, exclamó con voz insegura:

—¡Ven, hijo de mi alma, abrázame; voy á morir!...

—¡Padre mio!—gritó desesperadamente el mancebo.

Y saltando á tierra recibió en sus brazos á su moribundo padre.

Habia cerrado la noche.

El cuadro no podia ser más triste, más doloroso, más desgarrador.

Los ojos del mancebo, que pocos momentos antes despedian centellas, se llenaron de lágrimas.

Sus lábios, secos y ardientes, cubrieron de besos el lívido y desfigurado rostro de su padre.

—Gracias, Dios mio,—murmuró Gil Perez.—Me habeis dejado abrazarlo, darle el último beso y mi bendicion...

—¡Padre mio, padre mio!...

—¿No estás herido?

—No...

—Escúchame, hijo de mi alma.

—Despues hablareis: ahora vuestras heridas...

—Voy á morir muy pronto,—replicó Gil Perez, cuya voz se debilitaba por instantes.

—No, no...

—Sí, escúchame... Vendí nuestros bienes...

—¿Qué me importa?

—Reuní cien mil escudos...

—Para mí no tiene valor mas que vuestra vida: callad...

—Los he depositado...

—Padre mio, padre mio,—interrumpió el joven con desgarrador acento,—dejadme reconocer vuestras heridas...

—Don Alfonso de Lara...

—Ha muerto.

—¡Oh!...

—Ahora...



—¡Ven, hijo de mi alma, abrázame; voy á morir!... ..

—Los cien mil escudos...

Gil Perez se interrumpió.

Su hijo lo colocó cuidadosamente sobre la yerba, disponiéndose á buscar las heridas.

—Fray Benito...—murmuró el moribundo con voz apenas perceptible.

Y extremeciéndose, quedó inmóvil.

Habia dejado de existir.

El mancebo lanzó un grito y cayó sobre el cuerpo inerte de su padre.

Una hora despues, el resplandor de la luna iluminó aquel grupo.

Por fin el jóven se incorporó, contempló el frio cadáver, lo besó, y arrodillándose, oró fervorosamente.

CAPITULO LXXVIII.

El tesoro de Gil Perez.

(*Continuacion.*)

Don Alfonso de Lara cumplió su promesa y escribió á su fiel criado Martin la carta cuyo contenido conocemos, porque la hemos visto en manos de David.

Hecho esto, llamó al sirviente en quien más confianza tenia, y le dijo:

—Julian, vas á montar á caballo ahora mismo.

—Montaré,—respondió el criado, inclinándose respetuosamente.

—Irás á Madrid sin detenerte mas que lo absolutamente preciso para descansar.

—Está bien, señor.

—Ya sabes dónde puedes encontrar á Martin.

—Lo sé.

—Entonces no tengo que decirte más sino que has de entregarle este pliego.

—¿Tiene que darme respuesta?

—Ninguna.

—¿Y luego?

—Te volverás.

—¿Nada más, señor?

—Solo tengo que advertirte que se trata de un asunto de mucho interés, que cada dia es un siglo, y que antes que dar esos papeles, debes dar la vida.

—Descuidad.

—Pues que Dios te proteja.

Don Alfonso dió la carta á su criado.

Éste salió del aposento y se encaminó á la cuadra para ensillar un caballo; pero no habia más que mirarlo con alguna atencion para comprender que el viaje lo hacia de mala gana.

Sin embargo, obedeció, y cinco minutos despues se alejaba del campamento.

Lo natural era que se hubiese alegrado de que le mandaran ir á Madrid, porque de otro modo, al dia siguiente se veria obligado á tomar parte en la batalla; pero hay que advertir que Julian, fiando en ciertas indicaciones de su señor, esperaba órdenes para volver á Tordesillas, donde habia dejado al objeto de su amor.

Alejábase, pues, en vez de acercarse á la mujer á quien adoraba, y por esto de vez en cuando miraba tras sí, exhalaba un suspiro ó prorumpia en imprecaciones contra su mala estrella.

Julian era fiel y no imaginaba siquiera dejar de cumplir las órdenes que habia recibido; pero se quejaba, porque no se le habia prohibido quejarse.

A pesar de su disgusto, adelantó, siempre al trote, sin que suceso alguno le obligase á interrumpir su marcha.

Empero á la mitad del camino próximamente, habia una posada.

El caballo estaba muy fatigado.

El sol habia empezado á ocultarse.

—¿Descansaré aquí?—se preguntó Julian.

Tenia necesidad de comer y dormir y dejar que su cabalgadura descansase.

Esto tampoco se le habia prohibido.

Se detuvo á la puerta de la posada, y al echar pié á tierra sintió que una mano se ponia sobre su espalda.

Volvióse con muestras de desagrado; pero bien pronto cambió su rostro de expresion.

—¡Anton!—exclamó alegremente.

Y alargó la diestra á un hombre, cuyo exterior era el de un humilde mercader, y que al estrechar la mano que le alargaba el sirviente, dijo:

—¡Diantre!... No puedo quejarme de la fortuna, porque ahora mismo pensaba tristemente en cenar solo y aburrirme, y se me presenta, sin saber cómo, un antiguo compañero.

—¡Voto á Lucifer! ¿Qué haces por aquí?

—Deja tu caballo, mandaremos que nos hagan de cenar y hablaremos como buenos amigos.

—Pero...

—Si te digo ahora y en dos palabras lo que ha sido de mí en los dos últimos años, no tendremos de qué hablar despues.

—Tienes razon.

—Tú tendrás bien poco que contarme.

—Muy poco.

—Supongo que aún estás al servicio de nuestro señor don Alfonso de Lara.

—No te equivocas.

—Hiciste mal en no seguirme.

—¿Has hecho fortuna?

—La hice desde el momento en que dejé el servicio de don Alfonso, siquiera porque en lugar de ser criado empecé á ser amo.

—No es bastante eso para ser feliz.

—Ya te contaré,—repuso el llamado Anton;—¿has de pasar aquí la noche?

—Por lo ménos la mayor parte de ella, porque mi caballo apenas puede andar.

—Llévalo á la cuadra, y entretanto yo daré á nuestro huésped las órdenes para que nos sirva una cena como merece nuestro paladar.

—Siempre eres el mismo.

—¿Qué quieres? preciso es cuidarse un poco.

—Eso me gusta.

—Te convido, y no tienes que replicar.

—Gracias, Anton.

—No hay nada más justo, puesto que yo soy rico y tú eres pobre; yo tengo un criado á quien mandar, y tú tienes un amo á quien obedecer.

Julian exhaló un suspiro.

—Anda, anda,—le dijo Anton.

Y empezó á gritar, llamando al posadero, en tanto que el sirviente se encaminaba á la caballeriza.

—Cena para dos, maese Bartolo,—dijo alegremente el que hemos calificado de mercader, juzgando por las apariencias.

—Bien, bien,—respondió el huésped.

—El mejor vino, ¿lo entendeis? el mejor, ó de lo contrario, si vencen los comuneros, os delataré como realista, y si triunfan los soldados de su majestad, juraré que pertenecíais á las comunidades.

—Callad, que vais á comprometerme con vuestras bromas...

—Pronto, maese Bartolo, si no quereis que con mi crédito desacredite vuestra posada... Tengo que obsequiar á un amigo, un personaje á quien habeis empezado á tratar indignamente, permitiendo que él mismo tenga que llevar su caballo á la cuadra. Maese Bartolo, compensad esta falta, y vengan esos pollos de que antes me hablábais, y la pierna de carnero, y la tortilla con jamon, y sobre todo, ese vino añejo que tanto me gusta.

—Descuidad, descuidad, que sereis tratados como mereceis.

Media hora despues, los dos amigos se encontraban frente á la cena.

CAPITULO LXXIX.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Anton era un hombre de treinta años, de elevada estatura, flaco, huesoso, de rostro aguileño, lábios delgados, ojos redondos, pequeños, pardos, relucientes y de mirada penetrante.

Tenia fama de astuto, ingenioso y valiente.

Desde su niñez habia servido á don Alfonso de Lara, y en honor de la verdad hay que decir, que Anton habia probado ser leal como el más leal de todos.

Tenia sus defectos como los tiene todo hombre.

Era de génio vivo, alegre, inquieto; pero su verdadero flaco era la curiosidad, que más de una vez le habia costado duras reprimendas.

Anton no podia vivir sin conocer los secretos de todo el mundo, si bien es verdad que nunca abusó de los descubrimientos que hacia.

Un hombre así no era posible que se aviniera á la servidumbre, y por esto, cuando sus salarios, que dejaba en poder de su señor, llegaron á la cantidad de cuatrocientos ducados, dijo que queria ser libre y probar fortuna.

No hubo medio de hacerle desistir de esta resolucion, y con sus ahorros en la bolsa y su equipaje al hombro, hacia dos años que habia salido de Tordesillas.

El capital era mezquino; pero al fin era un capital, y Anton se dijo:

—Especularé, viviré como viven muchos, y seré rico, porque tengo una voluntad firme.

¿Lo consiguió?

Vamos á saberlo, puesto que él mismo ha de decírselo á Julian con la mayor franqueza.

Los dos antiguos compañeros, que eran buenos amigos, se sentaron delante de la mesa y principiaron por brindar, ocupándose luego en comer con el mejor apetito.

—Empecemos,—dijo Anton.

—Ya hemos empezado.

—A mover los dientes; pero no la lengua.

—Es verdad: hace dos años que no nos hemos visto, y cuando te creia muerto ó arruinado...

—Me encuentras vivo, alegre, y con una fortuna que pasa de dos mil y quinientos ducados.

—¡Anton!...

—¿Te sorprendes?

—Me sorprendo y me admiro.

—Mira, Julian, cuando un hombre quiere ser rico, no tiene más que empeñarse en ello.

—¿Pero esa fortuna?...

—Es bien adquirida, ¡vive el cielo! Ya sabes que soy honrado.

—Perdona.

—No hay de qué... Bebamos, que se seca el paladar.

Volvieron á beber y reanudaron la conversacion.

—Voy á referirte mis aventuras durante los dos años que no nos hemos visto.

—Sí, sí.

—Marché á Valladolid y estuve veinticuatro horas sin hacer más que cavilar.

—Eres hombre juicioso.

—Me decidí, y empleando la mitad de mis ahorros, compré á un italiano una gran cantidad de medallas, que él aseguraba ser milagrosas.

—Buen comercio.

—El mejor de todos.

—¿Y ganaste?

—Seis veces más de lo que habia gastado. En un mes recorrí no sé cuántas aldeas, echando sermones con tal habilidad, que no habia nadie que despues de haberme oido, no me comprase una medalla y se fuese convencido de que ya no se habia de morir.

—Eres un tunante muy ladino.

—Aumentado considerablemente mi capital, decidí seguir comerciando, aunque no en medallas, porque esto era ya mezquino para mí.

—¿Y qué compraste?

—Paños de Segovia, estameñas y cuentas de vidrio para collares.

—¿Qué hicistes con todo eso?

—Ponerlo sobre un asno, que tambien compré por cinco ducados, empezando nuevamente mis correrías por las aldeas. A los seis meses, pude vender el asno y comprar una mula, y un año despues, otra mula para que llevase mi persona.

—Parece increible.

—Y hace tres meses, mi querido Julian, que á las dos mulas he añadido un muchacho para que las cuide y me sirva...

—¡Un criado tú!

—Eso es.

—Bebamos, Anton, bebamos, porque estoy aturdido.

—Ya te dije que en vez de servir estoy servido, y que mando en lugar de obedecer. ¡Oh! no puedes figurarte, amigo mio, lo dulce que es mandar. ¿Quieres que te diga la diferencia que hay entre servir y ser servido? Pues es exactamente la misma que hay entre recibir un palo sin poder defenderse, ó darlo sobre las costillas de otro.

Julian exhaló un suspiro.

—¿Te entristeces?—añadió Anton.

—No; pero lo que dices...

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dí.

—Cuando vuelvas á Tordesillas, haz lo que hice yo, coge tus ahorros, que no bajarán de trescientos ducados, ven á buscarme, y antes de tres años serás rico, tendrás lo mismo que yo, dos buenas mulas y un criado á quien mandar, y luego, si es que te gusta la vida sosegada y tienes inclinacion al matrimonio, hazte labrador, cásate, y me comprarás telas para vestir á tu mujer y á tus chiquillos.

La proposicion era tan halagüeña que dejó pensativo á Julian.

—Puede ser que lo haga,—dijo despues de algunos momentos.

—¿Adónde vas ahora?

—A Madrid.

—Yo tambien.

—Pero más de prisa que tú, y no podremos ir reunidos.

—Te equivocas, porque he vendido hasta la última hilacha, y por consiguiente, sin carga ni estorbo alguno, no solamente puedo ir de prisa, sino que tengo que hacerlo, porque me conviene.

—Entonces...

—¿A qué vas á la corte?

—A llevar una carta.

—¿A quién?—preguntó Anton, que aún era tan curioso como dos años antes.

—A nuestro antiguo compañero Martin.

—¡A Martin!... ¡Por los cuernos de Lucifer!... ¡Cuánto he de alegrarme de verlo!

—Nada más fácil si me acompañas.

—¡Que si te acompaño!... ¿Cuándo quieres que nos pongamos en camino?... Al amanecer, á media noche... dispon.

—Déjame beber primero y luego hacer algunas reflexiones.

—Bebamos, puesto que los dos tenemos la cabeza firme.

Llenaron y vaciaron los vasos.

—Supongo,—dijo Anton,—que las reflexiones las harás en voz alta, porque si no me aburriría callando ó me emborracharía para no aburrirme.

—Sí, escúchame.

—Ya te escucho.

—Me has dicho una cosa que me dá mucho que pensar.

—No me acuerdo de lo que te he dicho hace tres minutos.

—¿Ya has olvidado que me ofrecias ser tu compañero de comercio?

—Sí, es verdad, te propuse hacerte mercader, con la ventaja de que á mi lado y con mis consejos, adelantarías más rápidamente que yo, no tendrias, como suele decirse, que pasar el año de noviciado.

—Pues bien, acepto tu ofrecimiento y me decido á ser mercader.

—¡Bravo!

—Los tiempos están malos, muy malos, y al servicio de don Alfonso, no puede uno esperar más que cuchilladas.

—Sí, ya sé que está metido en las comunidades.

—Mañana tal vez se zurrarán de lo lindo.

—Lo cual quiere decir que hay muchas probabilidades de que don Alfonso te deje á tí antes que tú á él.

—Lo temo.

—No me ocupo más que de mis intereses; pero segun he oido decir, el ejército real les anda á los alcances.

—Casi lo tenemos enfrente.

—¡Demonio!...

—Y aunque los comuneros son muchos y valientes, los otros son más aguerridos y están mejor armados.

—Mañana mismo te quedas sin amo, Julian, yo te lo digo.

—Y no me será fácil encontrar otro, porque no quedarán las cosas para ello.

—Además, despues de la victoria vendrán las persecuciones, y puede suceder que algun mal intencionado te señale y diga: «Ese es comunero.»

—¡Dios de Dios!

—Y te ahorcarian sin misericordia, porque cortarán la cabeza á muchos caballeros, y no habian de detenerse para apretar el pescuezo á un pelon como tú.

—Anton,—replicó el sirviente, cuyo rostro se contrajo,—ya sabes que no le tengo miedo á la muerte.

—Lo sé, porque lo he visto.

—Pero francamente, morir ahorcado como un ladron...

—No debe gustarte.

—Y luego...

—¿Qué?

—Estoy enamorado, y...

—¡Voto á Satanás!

—Como te lo digo.

—¿En qué piensas entonces? Nunca te ha hecho tanta falta el dinero.

—Es verdad, puesto que quiero casarme.

—¿Y quién es la novia?—preguntó el mercader, obedeciendo á su costumbre de averiguarlo todo.

—La conoces lo mismo que á mí.

—Ya lo supongo, porque supongo tambien que será de Tordesillas.

—No te has equivocado.

—Vamos, explícate, porque entre verdaderos amigos no debe haber secretos.

—¿Te acuerdas de María Juana, la hija del tio *Coscon*?

—¡Que si me acuerdo!... ¡Voto al rabo de Satanás!... Tienes buen gusto, y además, el tio Coscon guarda algunos patacones, porque es avaro como un judío, y como no tiene otra hija...

—Por lo mismo, segun él dice, quiere que su yerno no sea un descamisado.

—Es preciso que te hagas mercader, Julian.

—Ya te he dicho que estoy decidido.

—Me alegro.

—Y tan decidido, que los dias me parecen años.

—¿Tienes que detenerte en Madrid?

—Entregar la carta y volverme.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Pues la comision es de fácil desempeño.

—No puede ser más sencilla, y si á mí se me ha encargado llevar esta carta, es para que no se pierda, pues segun entiendo, tiene mucha importancia.

—¡Hola, hola!...

—Así me lo ha dicho don Alfonso.

—Puesto que no has de aguardar respuesta ni hacer más que entregar los papeles...

—Sí, ya sé que podré volverme en seguida; pero...

—¿Qué ibas á decir?

—Nada, nada.

—¿Guardas más secretos?

—No.

—Entonces...

—Es que María Juana...

—Comprendo.

—Me esperaba esta noche ó mañana temprano...

—Espera, Julian,—interrumpió el mercader.

—¿Qué quieres decirme?

—Soy el hombre de los recursos.

—Ya lo sé.

—Me ocurre una idea.

—No adivino...

—Supongo que tienes en mí completa confianza.

—Has sido mi compañero muchos años y te conozco.

—Sabes que más de una vez se me han confiado comisiones muy delicadas.

—Y siempre has cumplido como leal y honrado.

—Hé aquí mi plan.

—Veamos.

—Antes que amanezca saldremos de aquí.

—Bien.

—Tú tomarás el camino de Tordesillas y yo el de Madrid.

—¿Estás en tu juicio?

—En mi juicio cabal.

—Pero la carta...

—¿Aún no me has entendido?

—Reconozco mi torpeza.

—La carta yo me la llevaré, se la entregaré á Martin de parte de don Alfonso, y... Nada más.

—¡Anton!...

—¿De qué te asustas?

—Lo que me propones...

—Es muy sencillo.

—¿Qué hará don Alfonso cuando sepa que no lo he obedecido con exactitud?

—No puede saberlo hasta que vuelva Martin, y cuando esto suceda, ya no serás tú su criado.

Julian quedó pensativo.

—Además,—añadió Anton,—lo que á don Alfonso le in-

teresa es que la carta se entregue, y como esto se habrá hecho con toda exactitud, no será grande su enojo.

—Si me vuelvo á Tordesillas...

—El tiempo que has de invertir en ir á la corte, lo empleas en estar al lado de tu María Juana y arreglar todos tus asuntos. Luego te presentas á tu señor, le dices que el encargo queda hecho, y le ruegas que te dé tu salario, yendo á buscarme sin perder un momento.

—Empieza á parecerme bien tu plan.

—¿Será la primera vez que yo he llevado cartas interesantes?

—No.

—Martin me conoce lo mismo que tú.

—Sí, sois buenos compañeros.

—Si á mí me aguardase una moza tan guapa como la hija del tio Coscon...

—¡Oh!—murmuró Julian, cuyos ojos brillaron al pensar en la belleza de María Juana.

—¿Te decides?

—Sí.

—Bebamos y brindemos por la dicha que te espera.

Cuanto más bebia Julian, mejor le parecia el plan de Anton.

Media hora despues acabaron de cenar.

—¿Sabes lo que pienso?—dijo el sirviente.

—Lo sabré si me lo dices.

—He cenado bien, he descansado y no tengo sueño.

—Los enamorados duermen poco.

—¿Por qué he de aguardar al amanecer?

—Me parece que á estas horas...

—No tengo miedo.

—Puedes hacer lo que mejor te parezca.

Julian sacó el pliego, entregándolo á su amigo, y diciéndole dónde encontraría á Martin.

Luego añadió:

—Ahora voy á pagar al posadero...

—Eso es cuenta mia.

—Pero...

—Te he convidado, soy rico, tú eres pobre...

—Como quieras.

El sirviente fué á la cuadra, ensilló su caballo, se despidió de Anton prometiéndole ir á buscarlo á Madrid, y salió de la posada.

—Ahora,—dijo el mercader cuando estuvo solo,—dormiré y al rayar el dia me pondré en camino.

CAPITULO LXXX.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Se equivocan nuestros lectores si han creido que Anton abrigaba malas intenciones y habia engañado á Julian para hacerse dueño de la carta.

Anton habia sido siempre honrado, por más que fuera curioso, y aunque era astuto, nunca habia sido intrigante. Verdad es que era tambien algo codicioso; pero hasta entonces, ó habia tenido bastante fuerza de voluntad para no dejarse arrastrar hasta el crímen por su codicia, ó ésta no habia encontrado un cebo que le halagase bastante para ir hasta el crímen.

Anton queria ser rico; pero hemos visto ya que para conseguir su deseo no habia cometido ningun abuso.

Su capital aumentaba; pero aquellas ganancias eran el fruto legítimo de su trabajo y de su talento.

No habia, repetimos, abrigado ninguna mala intencion al

aconsejar al sirviente que lo imitase, haciéndose mercader, ni al ofrecerse á llevar la carta habia pensado más que prestar á su amigo un servicio.

Ya sabemos que cuando se quedó solo, manifestó su resolucion de partir al amanecer, y nos falta añadir que se recostó en la silla, extendió las piernas, colocándolas sobre un taburete, y se colocó, en fin, lo más cómodamente que pudo, como un hombre que sabe cuidar de su persona y quiere hacer la digestion con el mayor sosiego posible.

Su mirada se fijó distraidamente en la carta que estaba sobre la mesa, y el demonio de la curiosidad, picándole como incesantemente hacia, le obligó á decir:

—¿Qué diablo de asunto tan urgente habrá obligado á mi antiguo señor á privarse de su mejor escudero en vísperas de una batalla? Sabe Dios lo que irá en esos papeles... ¿Y por qué le escribe á un criado?... Nunca ha sido Martin confidente de don Alfonso... ¿Qué hará Martin con la carta cuando por aquí andan las cosas tan apuradas, que son pocos todos los hombres valientes y leales como él?... No lo entiendo, no lo entiendo.

Interrumpióse y meditó, añadiendo luego:

—No me sorprendería que don Alfonso escribiese á uno de sus amigos; pero á uno de sus criados... Que el diablo me lleve si lo entiendo. Nada me importan los asuntos de mi antiguo amo; pero daria cualquier cosa por saber lo que esto significa.

Y al decir esto, volvió á mirar el paquete, que entonces tenia para Anton un atractivo irresistible.

Sus ojuelos brillaron como los de un avariento junto al oro.

—Soy curioso, lo confieso... ¡Maldita curiosidad, que más de una vez me ha puesto en grandes apuros!

Esta reconvencion, ó más bien este recuerdo, que debió servir al mercader para no de jarse llevar de su deseo de averiguarlo todo, no sirvió de nada, puesto que añadió:

—¿Pero qué he de hacerle?... No puedo remediarlo. Así he nacido y así tengo que morir. Esta carta me atormenta, me dá mucho que pensar, y de seguro no haré bien la digestion... Y no es solamente una carta, es casi un legajo de papeles... Creo que á cualquiera le llamaría la atencion, aunque no fuera curioso... ¡Oh! No es la primera carta de mi señor que he leido, y aún tengo vanidad, porque sé abrirlas y cerrarlas otra vez sin que se conozca... Es una habilidad como otra cualquiera, y tiene su mérito.

Extendió un brazo, tomó el paquete y empezó á darle vueltas entre sus flacos dedos.

—Sí,—dijo;—lo mismo que todas, está cerrada lo mismo... No me costaría ningun trabajo abrirla, ninguno... Y no seria la primera... Verdad es que en otro tiempo lo que yo hacia nada tenia de particular, porque es añeja costumbre que los criados escuchen las conversaciones de sus amos, observen, averigüen... Ahora es distinto, y debo respetar este secreto.

Anton exhaló un suspiro, y tuvo el valor heróico de guardar en uno de sus bolsillos la carta, mientras repetia:

—Debo respetar este secreto; pero es preciso reconocer que no hay nada más penoso que el cumplimiento de ciertos deberes.

Volvió á suspirar el mercader y añadió:

—Bien pensado, mi afan de saberlo todo no es una falta grave, ni mucho ménos un crímen, como lo prueba el que la

curiosidad no está entre los pecados capitales, ni tampoco entre los diez mandamientos hay ninguno que diga: «No serás curioso,» así como el quinto dice: «No matarás.»

El mercader volvió á meditar como un filósofo.

Tres minutos despues llevó la mano derecha al bolsillo donde guardaba la carta.

Pero la retiró diciendo:

—Nada me importa don Alfonso de Lara.

Luego, su rostro cambió de expresion, añadiendo:

—Es preciso ser prudentes. Cuando uno ha ganado su caudal honradamente, no se arriesga á perderlo. Lo que se adquiere á fuerza de trabajo, se estima mucho, y no se estima ménos la vida cuando empieza uno á ser rico, es jóven y vé un porvenir risueño. Ahora bien: supongamos que en estos papeles se trata de asuntos de las comunidades, y que por una casualidad cualquiera caigo en poder de los soldados de su majestad. ¿Qué sucedería? Me considerarian comunero, conspirador, rebelde y me ahorcarian sin ninguna consideracion. ¡Oh! Esto es grave, muy grave, y me acuso de haber cometido una ligereza, ofreciéndome á ser portador de esta carta sin saber cuál era su contenido. Si aún estuviera Julian aquí, le diria: «Ten paciencia, y que la tenga tu María Juana: sigue tu camino, y cuando hayas desempeñado tu comision, si tienes la fortuna de que no te echen el guante, nos veremos y te harás mercader.» Pero Julian se ha ido, no puedo darle alcance, porque correrá como corre un enamorado cuando le esperan los brazos de la mujer á quien ama, y tengo que sufrir las consecuencias de mi proceder.

Anton llevó la mano al bolsillo, y cogió el paquete.

—No,—dijo,—no es la curiosidad, sino el natural deseo

de evitarme la última desgracia que puede suceder á un hombre.

Sacó la carta.

—Creo que estoy en mi derecho de saber á qué atenerme, puesto que se trata de mi vida, y en último caso nada perderá don Alfonso con que yo lea estos papeles, porque soy discreto y sabré callar. Si se trata de asuntos de las comunidades, tomaré mis precauciones, y si de otra cosa cualquiera, callaré, guardaré el secreto, y todo marchará á las mil maravillas. Yo no soy partidario de los unos ni de los otros, y por consiguiente no he de arrostrar peligros tan grandes por servir á ninguno.

Estas últimas reflexiones acabaron de decidir á Anton.

No se detuvo.

Acercóse á la mesa y con su rara habilidad procedió á la operacion de abrir la carta, hecho lo cual, empezó á leer.

Cinco minutos despues relumbraban sus ojos como dos luciérnagas.

—¡Cien mil escudos!—exclamó.—¿Qué significa esto?... El señor Gil Perez... Fray Benito... ¡Oh!... Cien mil escudos, cien mil escudos.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Lo que pasó en su alma es imposible hacerlo comprender.

Su codicia habia despertado y se habia levantado poderosísima, ahogando todos los nobles sentimientos.

Media hóra trascurrió sin que el mercader se moviese.

Por fin levantó la cabeza.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas,

dilatadas sus pupilas y relucientes como las de un tigre.

Su frente estaba empapada en sudor y todos sus miembros se agitaban convulsivamente.

La lucha era terrible.

Un resto de honradez disputaba el triunfo á la codicia.

Y lo disputaba con esa fuerza de la desesperacion, como el moribundo en su agonía y revolcándose en su sangre, emplea sus últimos esfuerzos en herir aún á su contrario.

Al cabo de otra media hora, dijo Anton:

—Todo esto no significa más, sino que está en mis manos el patrimonio de un hombre... ¿Y por qué sufro? ¿No soy honrado?

Se engañaba; pero aun queriendo convencerse de su falsa honradez, volvió á cerrar la carta y la guardó.

Levantóse y con desiguales pasos empezó á recorrer el aposento en todas direcciones.

Su semblante no cambiaba de expresion.

Su agitacion era siempre la misma.

No cesaba la lucha.

La codicia era muy fuerte; pero la honradez valerosa y tenaz.

¿Cuál de estos dos sentimientos triunfaría?

En el órden moral sucede lo que en el físico: triunfa la superioridad y la fuerza.

Anton no se apercibió del tiempo que pasaba.

Para él las horas eran instantes; porque en el estado en que se encontraba su espíritu no tenia conciencia de nada.

Sintióse al fin muy fatigado, sin fuerzas para sostenerse y se dejó caer en una silla, quedando inmóvil.

¿Habia terminado la lucha?

No.

Los dos combatientes descansaban para tomar aliento; pero se acometerian otra vez con mayor furia.

Sin embargo, uno de ellos estaba herido, profundamente herido, mientras que el otro no estaba mas que cansado.

—Seré honrado,—murmuró Anton, que aún se empeñaba en engañarse.—Debe ya ser muy tarde, dormiré, y al rayar el dia me pondré en camino y cumpliré mi promesa.

Se acostó.

Empero sus ojos no se cerraban.

Cada segundo cambiaba de postura.

—¿Por qué no duermo?—se preguntó.

Y siempre dándose respuestas y razones falsas, dijo:

—Este condenado maese Bartolo tiene unas camas que parecen de piedra: no parece sino que los colchones los llena de nueces, y por eso más de una vez de las que he pasado aquí me he desvelado.

Los sonrosados resplandores del alba se extendieron en el espacio.

Aún no habia dormido Anton.

Habia llegado el momento de marchar; pero no se sintió con fuerzas para dejar el lecho.

Media hora despues se cerraron sus ojos y quedó dormido.

Su sueño era agitado; pero sueño al fin.

Y el sol se dejó ver.

Y los ruidos del dia interrumpieron el silencio de la noche.

La naturaleza habia despertado y sonreia.

Pero el mercader dormia y soñaba con el tesoro.

Una hora despues empezó á llegar á la posada más gente que de costumbre.

La caballeriza se llenó, y maese Bartolo corria de uno en otro lado para recibir órdenes y cumplirlas.

De los que llegaban iban muchos cubiertos de polvo y lodo, ensangrentados y con las armas rotas.

Eran casi todos infelices de los pocos que habian quedado con vida en Villalar.

Los unos huian para buscar un refugio, y los otros volvian á sus casas, porque no siendo muy conocidos no temian que se les buscase.

Más de un quebranto en sus intereses habia de tener maese Bartolo aquel dia, porque muchos de los caminantes no llevaban en el bolsillo un solo maravedí, y sin embargo, pedian despóticamente comida y se mostraban dispuestos á tomar por la fuerza lo que bien á bien no quisieran darles.

El pobre maese Bartolo sonreia con satisfaccion al ver una bolsa en manos de cualquiera de los viajeros, y suspiraba tristemente cuando otros al darle órdenes, en vez de llevar la mano al bolsillo, la ponian en la empuñadura de la daga y decian con tono amenazador:

—Maese Bartolo, creo que me conoceis.

—No recuerdo,—balbuceaba el huésped.

—Es lo mismo... Dadme de almorzar pronto y bien, porque ya sabeis que soy vivo de genio.

—Pero...

—No tengo ganas de hablar, sino de comer.

Era preciso resignarse, y el posadero se resignó.

Cuando despertó el mercader vió que el sol entraba en su aposento como para reconvenirle por su pereza.

Aunque sentia dolorido todo su cuerpo, el mercader se levantó, vistióse apresuradamente, y llamó á maese Bartolo para averiguar qué hora era y en qué consistia aquel ruido infernal que se sentia en la posada.

Maese Bartolo acudió sin poder apenas respirar y con el rostro amoratado como una remolacha.

CAPITULO LXXXI.

El tesoro de Gil Perez.

(*Continuacion.*)

—¿Qué hora es?—preguntó Anton, mientras acababa de arreglarse la ropa.

—Cosa de las diez,—respondió el posadero.

—¡Las diez, vive Dios!...

—Ni más ni ménos.

—¿Y cómo no me habeis llamado, maese Bartolo?

—Nada me advertísteis y creí que queríais descansar, lo cual no era extraño despues de haber cenado bien y haber velado casi toda la noche.

—¡Casi toda la noche!... ¿Qué sabeis?

—He oido vuestros pasos esta madrugada.

—Es verdad,—murmuró Anton extremeciéndose.—Tenia mucho en qué pensar, porque quiero dar nuevo giro á mis negocios, y se me ha pasado la noche sin sentir.

El posadero se encogió de hombros como si dijera:

—Todo eso está bien, pero no me importa.

—Y bien,—añadió Anton,—¿qué diablos os sucede, maese Bartolo? Estais sofocado, y desde que desperté oigo un ruido tan estrepitoso, que no parece sino que ha entrado en la posada una legion de demonios.

—No me digais nada, señor Anton, porque ya no sé dónde estoy. Me tienen aturdido, mareado, loco, y no sé dónde acudir ni á quién obedecer, porque todos me mandan al mismo tiempo y todos quieren que se les sirva al instante.

—¿Pero de dónde diablos sale tanta gente?

—¡Ay!—exclamó el posadero exhalando un triste suspiro. —Lo peor es que van á dejarme arruinado.

—¿Es acaso alguna tropa de bandidos?

—No.

—Entonces...

—Unos pagarán; pero hay otros muchos que no satisfarán la cuenta sino á cintarazos.

—¿Quereis explicaros?

—Hay grandes novedades.

—¡Novedades!...

—Sí, los comuneros han sido derrotados, casi todos han muerto...

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo, señor Anton: casi todos han muerto en los campos de Villalar, y los que hay en mi posada son fugitivos.

—Eso es muy grave.

—Mucho, al ménos para mí.

La frente de Anton se contrajo más de lo que estaba.

Hé aquí lo que pensó:

—¿Habrá muerto don Alfonso de Lara? ¿Habrán muerto tambien el señor Gil Perez y su hijo?

Despues de una respuesta afirmativa, las deducciones no eran dudosas.

Si el hidalgo y su hijo habian dejado de existir, los cien mil escudos eran un tesoro perdido y que pertenecia al primero que se lo encontrase.

Segun la lógica y los principios de Anton, esto era bueno y santo.

Á toda costa necesitaba averiguar si aquellas tres personas vivian.

Reflexionó algunos momentos, y luego dijo á maese Bartolo:

—No ignorais que soy de Tordesillas y que tengo allí muchos amigos y algunos parientes.

—Lo sé.

—De Tordesillas ha ido mucha gente á reforzar el ejército de los comuneros.

—Todos los que podian tomar las armas.

—Pues bien; si tantos han muerto, nada de extraño tendria que hubiesen sucumbido las personas á quienes más amo, y como algunas de ellas son muy conocidas, será fácil averiguarlo.

—Siendo personas conocidas...

—Don Alfonso de Lara, á quien serví desde mi niñez y amo como á un padre.

—No hay quien no lo conozca.

—Y el señor Gil Perez...

—¡Oh!...

—Y su hijo...

—Tambien.

—Podeis entablar conversacion con esa gente y averiguar lo que tanto me interesa.

—No me parece imposible.

—Si lo conseguís, sean buenas ó malas las noticias, os regalaré dos escudos.

—Ya sabeis, señor Anton, que os sirvo con mucho gusto sin interés.

—Es verdad, y os estoy agradecido; pero no es ménos cierto que ahora para vos es un tesoro cada minuto, porque teneis que atender á mucha gente, y tal vez mientras os ocupeis en averiguar no falte quien cometa algun abuso.

—Ciertamente.

—Pues bien, es mi obligacion recompensaros, y sobre ser mi obligacion, es mi gusto.

—Si es vuestro gusto...

—No os detengais, mi querido Bartolo.

—Pronto volveré.

Salió el posadero y no tardó en empezar sus averiguaciones.

—¿Don Alfonso de Lara decís?—le replicó un soldado á la primera pregunta.

—Sí, supongo que lo conoceríais.

—¡Ira de Dios!... No me he separado de él durante la batalla; peleó como diez hombres...

—¿Y al fin?...

—¡Por el infierno!... ¿Qué habia de suceder? Allí el que no huia, moria, y don Alfonso cayó á mi lado, muerto por un disparo de mosquete.

—¡Oh!...

—Pero yo lo vengaré.

El posadero dirigió nuevas preguntas á otros fugitivos, encontrando al fin quien le diese razon del hidalgo Gil Perez.

—Muy mal herido,—le dijeron,—andaba buscando á su hijo; pero despues hemos sabido que murió.

—¡Gran pérdida!—murmuró maese Bartolo.

—No lo sabeis bien.

—¿Y el hijo?...

—Se ignora su suerte.

—Habrá logrado salvarse.

—No, porque habríamos tenido noticias suyas por los que estuvieron á su lado.

—¿Y sospechais?...

—Debe haber muerto tambien.

No encontró maese Bartolo quien le diese noticias más ciertas, y como queria, para ganar los dos escudos, llevarlas exactas al mercader, dijo para sí:

—Lo probable es que haya muerto el hijo del señor Gil Perez, y nada pierdo con asegurarlo. Si me equivoco, cuando se sepa la verdad, tendrá una alegría el señor Anton, y por consiguiente en vez de hacerle un mal, le haré un beneficio, sin que pueda reconvenirme por lo que ahora sufra, puesto que yo no hago en su concepto mas que repetir lo que me dicen, sin responder de la certeza.

No era posible que maese Bartolo, hombre honrado cuando no se trataba de ajustar cuentas con los viajeros, no es posible, repetimos, que sospechara las trascendentales consecuencias de lo que en su opinion no era más que una mentira inocente.

Con la conciencia tranquila, no vaciló.

Entró en el aposento donde estaba el mercader, y le dijo:

—Ya lo sé todo.

—Hablad.

—No quisiera deciros nada...

—Es que nada bueno espero.

—Pensais acertadamente.

—¿Han muerto?—preguntó el mercader con un afan indescriptible.

—Todos,—respondió tristemente el posadero.

—¡Ah!...

—Todos,—volvió á decir el huésped.

—Don Alfonso de Lara...

—Un mosquetazo puso fin á su existencia.

—¿Y el señor Gil Perez?

—Espiró acribillado de heridas de lanza, de espada, de puñal y no sé de cuántas armas.

—¿Pero y su hijo?

—Tambien ha vertido hasta la última gota de su sangre en defensa de los fueros del pueblo.

—Era un mancebo noble y valiente.

—Y ha dado pruebas de su valor.

—¡Desgraciados!

—Esa familia,—repuso maese Bartolo como si el diablo le inspirase sus palabras para justificar las criminales intenciones de Anton,—esa familia ha concluido, porque no ignorareis que el señor Gil Perez era viudo y no tenia mas que un hijo.

—Ni ningun otro pariente.

—Amigos, sí, tenia muchos.

—Sí; pero los amigos...

—No son herederos, y tampoco ignorareis que el señor Gil era muy rico.

—Mucho.

—¿A manos de quién irá su caudal?

—Concluidas las comunidades, se confiscarán los bienes de los comuneros.

—Es verdad.

—El rey es padre de todos sus vasallos...

—Y heredará al señor Gil Perez.

Anton quedó pensativo.

—Querreis tomar algun alimento,—le dijo maese Bartolo.

—Estoy muy triste y no tengo apetito.

—Casi me alegro; es decir, no me alegro de que esteis triste, sino que me vería muy apurado para daros de comer, porque todo es poco para esa gente.

—Decid á mi criado que apareje las mulas; traedme, si aún os queda, un poco pan y queso, llenad mi bota de vino y ajustemos cuentas.

—¿Ya os vais?

—Sí, porque quiero aprovechar lo que queda de dia.

—No solamente pan y queso, sino tambien un pollo asado os daré, porque lo tenia reservado para vos.

—Gracias.

—Voy al momento á cumplir vuestras órdenes.

Salió maese Bartolo.

El mercader se hizo las siguientes reflexiones:

—Si puedo hacerme dueño de esos cien mil escudos, no me parece que cometo ningun crímen. Es un dinero perdi-

do, y lo que es más, un tesoro sin dueño, y lo que no es de nadie, es de todos, pertenece legítimamente al primero que se lo encuentra. Ahora lo tiene un fraile; mañana puedo yo tenerlo, y como es tanto suyo como mio, ni yo peco si soy bastante astuto para quitárselo, ni él si lucha para conservarlo en su poder.

Con este razonamiento acabó de tranquilizarse la conciencia de Anton.

Podian ser falsas las noticias que le habian dado sobre la muerte de Gil Perez y su hijo; pero el mercader no iba tan allá, porque no le convenia, y consideró completamente resuelta la cuestion.

Lo único que lo atormentaba era que el asunto, á pesar de la carta y los demás apuntes, no estaba bastante claro.

¿Qué haria para realizar sus deseos?

Aún no lo sabia; pero fiaba en su agudo ingenio, que nunca habia dejado de sacarlo de ningun apuro.

El posadero volvió á entrar para decir que el criado y las mulas esperaban, y que en las alforjas estaban yá las provisiones.

Nuestro mercader pagó sin regatear.

Pocos minutos despues, caballero en una de las mulas, alejábase con la cabeza inclinada sobre el pecho y muy preocupado.

CAPITULO LXXXII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

No tenemos necesidad de seguir paso á paso al mercader; basta decir que llegó sin novedad á la corte, y que no habia cambiado de opinion.

No pensaba, pues, buscar á Martin, sino alejarse de él todo lo posible.

Cuando entró en la coronada villa, empezaba á ponerse el sol.

—¿Dónde me alojaré?—se preguntó el mercader.

Y despues de un momento decidió ir á parar á la posada de la *Cruz de oro*, que ya hemos mencionado al referir el viaje de Gil Perez.

Esta posada, segun dijimos, estaba cerca de Puerta Cerrada, ó lo que es lo mismo, entre el sitio que aún conserva este nombre, y el que es ahora calle de Toledo.

El posadero tenia con justicia gran reputacion de hombre honrado, prudente y discreto. Llamábase Lucas, era viudo y tenia cincuenta años.

Más de una vez se habia hospedado allí Anton, y por consiguiente entró en la posada como entra un antiguo parroquiano y un buen amigo.

—Dios os guarde, maese Lucas,—dijo al huésped, que habia salido á recibirlo, sonriendo con satisfaccion.

—Y á vos tambien, señor Anton, y me alegraré mucho que, lo mismo que otras veces, vengais contento de vuestros negocios.

—No puedo quejarme de la fortuna.

—Dios protege á los hombres honrados, porque no hay más fortuna que la Providencia, el trabajo y la virtud.

—Sois un santo, maese Lucas.

—Todo lo más, un hombre que tiene la conciencia tranquila.

—¿Teneis mucha gente en vuestra posada?

—Bastante.

—¿Pero no faltará una habitacion para mí?

—Una puedo ofreceros no más, señor Anton, y sentiré que no la encontreis de vuestro gusto.

—Segun la gente que haya de tener cerca de mí.

—Por un lado, la medianería.

—Buen vecino.

—Por otro, la calle.

—Perfectamente.

—Por el tercero, el corredor.

—¿Y el cuarto?

—Una habitacion ocupada por una sola persona.

—¿Quién es?

—Si no me equivoco, otro mercader como vos.

—¿Lo conoceré?

—Creo que no, porque es extranjero.

—¿De qué tierra?

—De Italia.

—¡Oh! conozco un italiano y no lo olvido, porque con él hice el primer negocio cuando me dediqué al comercio.

—Éste se llama Florentin.

—¡Florentin!...

—¿Qué os sorprende?

—Es el mismo...

—Tanto mejor.

—Sí, más vale un amigo que un desconocido.

—¿Os quedais, pues?

—Aunque fuera en los camaranchones me quedaría, porque ya sabeis que cuando vengo á Madrid no me gusta hospedarme mas que en vuestra casa.

—Gracias, señor Anton.

—Llevadme á mi aposento, disponedme la cena y cuidad de mi criado.

—Venid.

El mercader siguió á maese Lucas.

Éste subió una escalerilla muy empinada y atravesó un corredor.

—Ya hemos llegado,—dijo, deteniéndose y abriendo una puerta.

El aposento que Anton debia ocupar era pequeño.

Una de sus paredes, la que los separaba del inmediato, era de tablas, que no por todos lados estaban bien unidas.

Allí habia una cama bastante modesta, una mesa de pino y dos ó tres sillas con asiento de madera.

Apenas se quedó solo el mercader, se sentó, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y se entregó á sus meditaciones.

Aún no habia encontrado el medio de apoderarse del tesoro sin acudir á la violencia, y á todas horas cavilaba.

Y como su cavilacion ha de durar hasta que maese Lucas le lleve la cena, lo dejaremos para dar á conocer á su vecino, el mercader italiano.

Era éste un hombrecillo de treinta ó treinta y cinco años, imberbe, de escasa estatura, y mucho más flaco que Anton, lo cual quiere decir que era un esqueleto forrado de piel.

De rostro aguileño, larga y afilada nariz, lábios delgados, ojos pequeños, redondos y hundidos, no sabemos á qué comparar su cara; pero sí podemos asegurar que no revelaba ningun sentimiento noble.

Su vestido indicaba la pobreza.

En los momentos en que lo presentamos, estaba sentado, con los piés sobre uno de los travesaños de la silla, la espalda encorbada, los brazos apoyados en las piernas, y restregándose las manos.

Era evidente que tenia frio y se encogia como si así encontrase consuelo.

—No se puede vivir en esta tierra,—solia decir.

Y contraia el cuello hasta hacerle desaparecer, quedando la cabeza como embutida entre el pecho y la espalda.

Pero cuando sonó la puerta de la habitacion inmediata, cambió repentinamente de postura, estiró el cuello, que era largo como el de una cigüeña, y escuchó.

—¿A quién tengo por vecino?—dijo para sí.

Era natural, y aun muy justo, que quisiera averiguarlo.

Púsose en pié y se acercó á la pared de tablas, buscando una rendija por donde poder mirar.

Sin temor de equivocarnos podemos asegurar que el italiano era por lo ménos tan curioso como Anton, aunque debemos advertir que entre ambos habia una gran diferencia.

Anton habia sido honrado, y cuando llegó el momento de cometer un crímen, luchó, sufrió y no se decidió sino despues de haber justificado en cierto modo su intento.

Florentin, por el contrario, habia empezado á ser criminal desde que empezó á tener uso de razon, y no habia sufrido sino cuando encontraba inconvenientes para cometer sus crímenes.

Apenas miró al recien llegado, lo reconoció.

—¡Diablo!—dijo para sí;—éste es el que hace dos años me compró las medallas para principiar su comercio. ¿Habrá prosperado? Estoy seguro de que sí. Es ingenioso y astuto.... Observemos y pronto sabré á qué atenerme.

No habia entonces por parte del italiano más interés que el de la curiosidad.

Vió cómo Anton se sentaba y quedaba pensativo.

—¿Qué le sucederá? Alguna pérdida en su comercio... Veamos.

Siguió mirando.

—¡Oh!—murmuró despues de algunos minutos;—mucho arruga la frente; su semblante no revela el disgusto del que ha sufrido una desgracia... Los ojos le relucen... Ese brillo lo reconozco... Observemos.

Cerca de media hora pasó.

Anton cambió de postura y sacó la carta de don Alfonso, abriéndola sin miramiento alguno, y murmurando:

—Esto no está claro.

Leyó.

—¿Qué es lo que no está claro?—pensó Florentin;—desde aquí no puedo leer... Ahora le relucen más los ojos... Esto empieza á ser interesante.

Cuando el mercader terminó la lectura, guardó los papeles y dijo á media voz:

—No está claro; pero es indudable que son cien mil escudos... ¡Cien mil escudos!... ¿Qué clase de hombre será el fraile?

—¡Cien mil escudos!—murmuró Florentin;—¿qué significa esto? Cien mil escudos de un negocio que no está claro, y en este negocio un fraile á quien el mercader no conoce... Bien, hermano, si no está claro el asunto, yo lo aclararé.

Y los ojuelos del italiano despidieron dos llamaradas siniestras.

Sonó ruido de pasos en el corredor.

Florentin tomó su capa y su sombrero y salió, encontrándose como por casualidad con maese Lucas.

—¿Vais á salir?—le preguntó éste.

—Sí; pero no tardaré en volver.

—Os lo pregunto, porque como se acerca la hora de la cena...

—¿Era eso para mí?—preguntó el italiano, indicando la cena de Anton.

—Es para otro viajero que acaba de llegar, y por cierto que debeis conocerle.

—¿Quién es?

—Un mercader muy honrado, que dice principió su comercio, haciendo con vos un negocio.

—Si se acuerda de mí, yo debo acordarme de él, y puesto que me honra diciendo que soy su amigo, si no fuera indiscrecion...

—¿Quereis verlo?

—Tal vez...

—Es de carácter franco y alegre.

—Entonces...

—Venid.

—¿Dónde está?

—Muy cerca de vos.

—¿En ese otro aposento?

—Sí.

—Pedidle en mi nombre licencia para entrar y tendré el gusto de saludarlo.

—Al momento,—dijo maese Lucas.

Y entró en el aposento que ocupaba nuestro mercader, diciéndole:

—El señor Florentin os pide licencia para saludaros.

—No la necesita,—respondió Anton.

Y acercándose á la puerta, añadió:

—Venid, amigo mio, venid.

CAPITULO LXXXIII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Aunque se habian visto pocas veces y no habian vuelto á encontrarse en el trascurso de dos años, Anton y Florentin se saludaron como los mejores amigos del mundo.

—Sentaos,—dijo el primero, señalando una silla junto á la mesa, donde maese Lucas acababa de dejar la cena.

—Algunos momentos no más,—respondió Florentin,—porque ahora tengo que ocuparme de un asunto muy urgente.

—Cenad conmigo...

—Imposible.

—Despues de dos años de separacion, no hay nada más justo que vaciar alegremente unas cuantas botellas.

—Lo haremos, porque yo lo deseo tambien; pero no esta noche, sino mañana con toda tranquilidad.

—Si es tan urgente el negocio que os ocupa...

—Muy urgente y me he detenido solo para tener la satisfaccion y la honra de saludaros.

—La honra es mia, señor Florentin.

—Os veo con salud y contento, lo cual prueba que habeis hecho fortuna.

—No os equivocais.

—Me debeis una explicacion, amigo mio.

—Y os la daré.

—Conmigo empezásteis vuestros negocios...

—Por eso no os he olvidado, ni os olvidaré.

—No, no me olvidareis, porque soy para vos un recuerdo grato. Os anuncié que seríais rico, me permití daros algunos consejos...

—Que he seguido al pié de la letra.

—Debo, pues, envanecerme; pero me contento con alegrarme,—repuso Florentin sonriendo.

—¡Y no me acompañais á cenar!... ¡voto al chápiro!...

—Os acompañaré mañana y así lo haremos despacio. Cenar deprisa, seria privarnos de la mitad del placer. Además tengo que proponeros un buen negocio en lanas.

Anton hizo un gesto de indiferencia.

—¿No os agrada esa clase de mercancía?

—Sí; pero...

—Tengo otras; pero se necesitaría un capital muy crecido, y vos, aun recurriendo al crédito que ya debeis tener...

—No es eso.

—¿Emprendereis otros negocios?... Dadme un vaso de vino...

—Con mucho gusto.

Florentin bebió.

—Se conoce,—dijo,—que maese Lucas os sirve bien.

—Soy parroquiano antiguo.

—¿Con que pensais retiraros del comercio y vivir de vuestras rentas?—preguntó el italiano, reanudando la conversacion y como si el otro hubiera manifestado ya sus intenciones.

—¿He dicho eso?

—Me parece haberlo entendido así.

—En efecto, dudo, porque ya tengo deseos de descansar.

—Aún sois jóven...

—He trabajado mucho.

—La riqueza es la madre de la pereza.

—Por eso cuando pobre he sido diligente.

—No os pareceis á mis paisanos: cuanto más pobres, más holgazanes... Pero en fin, ello es que parece un cuento que en dos años hayais aumentado vuestro caudal hasta el punto de que podais vivir bien sin trabajar.

Anton bebió como para tomarse tiempo de pensar la respuesta.

—Me explicaré,—dijo luego;—mi resolucion depende de un negocio: si me sale bien, me haré holgazan, y si no... paciencia.

—Comprendo,—respondió Florentin, en cuyos lábios se dibujó una leve, pero maliciosa sonrisa.

—Eso es todo.

—Os deseo la mejor suerte.

—Gracias.

El italiano se puso en pié.

—¿Ya me dejais?

—No puedo detenerme.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta luego, si no os acostais muy temprano para descansar.

—Poco he dormido estos dias.

—Entonces, hasta mañana.

—Ya sabeis que habeis de cenar conmigo, señor Florentin,—dijo el mercader.

—Vos contmigo...

—No.

—Convidadme á almorzar y yo os convidaré á cenar,—repuso el italiano.

—Estamos de acuerdo.

—Así quedaremos ambos satisfechos.

—Entre buenos amigos todo se arregla.

—Nos entendimos perfectamente desde el momento en que, para bien de los dos, nos conocimos,—dijo el italiano.

—Y seguiremos entendiéndonos.

—Que el cielo os guarde.

Florentin estrechó la mano del mercader y salió, sonriendo con una dulzura angelical.

El rostro de Anton volvió á contraerse.

—Me alegro,—dijo,—que no haya cenado, porque así me deja libre para pensar... ¿He cometido una imprudencia al indicar que estoy en vísperas de ser rico?... ¡Bah!... Este hombre apenas sabe quién soy, ni puede sospechar nada. ¿Cómo adivinar que conozco el secreto de un tesoro perdido?... ¡Vive Dios!... ¡Y no puedo combinar mi plan como deseo!...

Anton dejó la cena y se entregó nuevamente á sus reflexiones.

Al cabo de media hora, dijo:

—Ante todo, sepamos qué clase de hombre es el fraile, y á no haber otro medio, le propondré transigir, porque en último caso, más valen cincuenta mil escudos que nada.

Florentin, que habia vuelto á su cuarto, espiaba otra vez al mercader.

CAPITULO LXXXIV.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

A la mañana siguiente Florentin almorzó en compañía de Anton.

Como éste nada temia del italiano, y aunque astuto era poco reflexivo, cometió nuevas imprudencias al hablar, y terminado el almuerzo, despidióse y salió para dar principio á sus trabajos.

Aunque pocos, tenia en Madrid algunos amigos el mercader, y preguntando á unos y á otros, acabó por saber quién era fray Benito.

Las noticias que le dieron, le desagradaron, porque con un hombre tan severo y virtuoso como el fraile, era mucho más difícil conseguir nada.

Sin embargo, Anton no era hombre que retrocedia, y mucho ménos tratándose de cien mil escudos, ó siquiera de la

mitad, si es que lograba despertar la codicia del religioso y hacerle transigir.

De cualquier modo era preciso decidir inmediatamente, porque Anton no habia comprendido que el golpe seria más seguro cuanto más tarde se diese.

Empero tenia miedo que Gil Perez y su hijo resucitasen, temblaba al pensar si serian falsas las noticias que habian dado al posadero, y cada hora que pasaba era para él un nuevo peligro.

Hasta cerca del medio dia vagó por las calles, trazando mil proyectos, y al fin se decidió por el que le parecia más acertado, dadas las condiciones de la persona con quien tenia que tratar.

—Manos á la obra,—dijo.

Y fué al convento, solicitando hablar á fray Benito.

Éste recibió al mercader con la bondad que lo caracterizaba, y le preguntó:

—¿En qué puedo serviros, hermano?

—Tengo que hablaros de un asunto de mucha importancia, y si teneis ahora tiempo para escucharme...

—Todo el que necesiteis.

—Gracias, padre mio.

—Sentaos y explicaos, que ya os escucho.

Y fray Benito fijó su mirada tranquila, pero penetrante, en Anton.

Éste habia estudiado lo que habia de decir; pero en aquel momento, turbado á su pesar, vaciló y guardó silencio por algunos segundos.

El fraile esperó con su inalterable calma.

—Soy de Tordesillas,—dijo al fin el mercader.

—En buen hora.

—Desde mi niñez he estado al servicio del noble caballero don Alfonso de Lara, á quien Dios tenga en su gloria.

—¿Ha muerto?

—Como otros muchos, sucumbió en la batalla de Villalar.

—Dios tenga piedad de su alma,—dijo el religioso, levantando los ojos al cielo.

—Otras dos personas, á quienes, segun entiendo, profesábais tierna amistad, dejaron tambien de existir en lo más rudo del combate.

Fray Benito palideció.

—¿A quién os referís?—preguntó temerosamente.

—Al señor Gil Perez y su hijo.

—¡Ah!...

—Dos hombres virtuosos como muy pocos.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó el fraile con acento de profunda conmocion.

Pero comprendiendo que no eran aquellos los instantes oportunos para entregarse á su dolor, hizo un esfuerzo, y recobrando la calma en cuanto era posible, añadió:

—¿Estais seguro de que el señor Gil Perez y su hijo han muerto?

—Tan seguro, como que ayudado por algunos amigos, á ellos y á mi señor don Alfonso, les he dado sepultura.

Fray Benito reflexionó algunos instantes.

—¿Y por qué,—preguntó,—os habeis apresurado á traerme esas noticias?

—Para cumplir la última voluntad de don Alfonso, que espiró en mis brazos.

La mirada del religioso se hizo más penetrante y escudriñadora.

—¿Y esa última voluntad tiene algo que ver conmigo?

—Sí, padre.

—Es extraño, puesto que nunca me honré con la amistad de don Alfonso.

—Ya lo sé.

—Explicaos si os place.

—A eso voy.

—Vuelvo á escucharos.

—Comprendiendo mi señor que no le quedaban mas que algunos momentos de vida, me dijo: «Hoy he debido enviar á Martin una carta... Aquí la tengo, tómala, ábrela y entérate de su contenido. Tengo en tí tanta confianza como en Martin, á quien probablemente no encontrarás.»

—¿Y qué más?

—Un vómito de sangre le cortó la palabra y espiró.

—¿Y la carta?

—La encontré en uno de los bolsillos, la abrí, leyéndola, así como otros papeles unidos á ella, y despues de dar sepultura al cadáver de mi señor y á los de sus dos amigos, partí, y aquí me teneis.

—No comprendo nada de lo que acabais de decirme,—replicó el franciscano.

—¡Que no lo comprendeis!...

—No.

—¿Quereis más explicaciones?

—Estais en libertad de darlas ó no.

—Vuestra reserva es prudente, padremio; pero bien pronto os convencereis de mi buena fé.

—No la he puesto en duda, porque no acostumbro á juzgar sin pruebas.

—Pero desconfiais...

—Es que no entiendo lo que me decís. Me hablais de don Alfonso de Lara, cuyo nombre conozco, pero nada más; me hablais de otro hombre que se llama Martin, y de una carta del primero dirigida al segundo. ¿Qué tengo yo que ver con todo eso?

—Os lo diré.

—Bien.

—Tambien os he nombrado al señor Gil Perez y á su hijo.

—Sí, me habeis dado la triste noticia de su muerte.

—Lo cual quiere decir que es preciso que hablemos de los cien mil escudos que están en vuestro poder.

Fray Benito fijó una mirada de extrañeza en Anton, y replicó con la mayor sencillez:

—Cada vez os entiendo ménos.

—¡Que no me entendeis ahora!...

—Debe haber en todo eso un error de vuestra parte.

—No, y os lo probaré.

—Sin duda no es á mí, sino á otra persona á quien buscais.

—Es á vos, padre mio.

—Estais equivocado.

—¿No sois fray Benito de San Lorenzo?

—Sí, hermano.

—¿No perteneceis á la comunidad de este convento de San Francisco?

—Ya lo veis.

—¿Hay aquí otro religioso del mismo nombre?

—Ninguno.

—¿No érais amigo del señor Gil Perez?

—Mucho.

—¿No tenia el señor Gil Perez bastante confianza en vos para haceros depositario de la fortuna de su hijo?

—En mí tenia la misma confianza que en cualquier hombre honrado.

—Padre mio,—replicó el mercader, que empezaba á impacientarse,—las negativas son inútiles.

—Cuidado con lo que decís.

—El señor Gil Perez puso en vuestras manos cien mil escudos.

—Proseguid.

—Martin, cuyo paradero ignoro, y á quien no es fácil encontrar, porque tiene que ocultarse...

—Volveis á ese Martin, que me es enteramente desconocido.

—Acabemos.

—Por mi parte he concluido,—repuso el fraile sin que se alterara un momento su fria tranquilidad.

Anton sacó los papeles, los desdobló, y dijo:

—Ved la carta de don Alfonso y los apuntes del señor Gil Perez.

—No puedo leer esa carta, porque no está dirigida á mí.

—¡Padre!...

—Y en cuanto á esos apuntes, tampoco me pertenecen.

—En ellos se declara que sois depositario de los cien mil escudos.

—Lo mismo pudiera decirse que me han entregado quinientos mil.



—Aún no hemos concluido,—dijo arrebatadamente Anton.

El mercader se mordió los lábios.

—Buscad,—añadió el fraile con la misma calma,—buscad entre esos papeles alguno en que yo declare haber recibido semejante cantidad, pues debe haberlo, hermano, porque no se os ocultará que cien mil escudos no se entregan á nadie sin exigir un resguardo cualquiera.

—Segun la persona á quien se entreguen.

Fray Benito se encogió de hombros como si quisiera decir:

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Ni siquiera,—añadió Anton,—me habeis preguntado mi nombre.

—Me pedísteis que os escuchara, y os he escuchado como era mi obligacion. ¿Qué me importa vuestro nombre? Ni os lo he preguntado, ni os lo preguntaré.

—¿Es decir que os empeñais en negar?

—Tanto como vos os obstineis en afirmar.

—¡Oh! Teneis en vuestro poder la fortuna de una familia...

—¿Vais á llamarme ladron?—interrumpió desdeñosamente fray Benito.

—Si guardais esos cien mil escudos que no os pertenecen...

—Os compadezco, hermano.

—Padre...

—Dios os perdone como yo os perdono,—replicó el fraile poniéndose en pié.

—Aún no hemos concluido,—dijo arrebatadamente Anton.

—Sí, hemos concluido, puesto que no os diré más de lo que ya os he dicho, y como tengo que cumplir sagrados deberes, no os escucharé un momento más.

—Pensad bien que vuestras negativas...

—¿Me amenazais?—interrumpió el religioso, volviendo á sonreir con expresion desdeñosa.

—Sí, os amenazo.

—Pues bien, haced lo que mejor os parezca; pero entretanto idos antes de que os echen y quieran averiguar quién sois y por qué motivo teneis en vuestro poder cartas agenas y papeles que han pertenecido á los enemigos de su majestad.

El mercader palideció, y convenciéndose de que por entonces estaba vencido, rugió como un tigre y salió de la celda.

Era preciso apelar á otros medios.

—No,—dijo el mercader cuando estuvo en la calle,—no transigirá ese fraile codicioso, porque en vez de la mitad, puede quedarse con el todo... Verdad es que yo en su lugar haria lo mismo... ¡Vive el cielo!... Me han dicho que es un hombre virtuoso y severo; pero no me han hablado de su inteligencia ni de su astucia. Será preciso apelar á la fuerza, porque no renuncio á esa fortuna, que tanto pertenece al fraile como á mí.

El mercader tuvo que empezar de nuevo á trazar planes.

Emprendió otra vez su paseo sin acordarse de la comida.

Pasaron las horas y llegó la noche.

Entonces se dirigió á la posada, donde debia esperarlo Florentin para cenar, segun habian convenido.

No estaba de humor el mercader para alternar y reirse; pero le pareció que rehusar el convite en el momento crítico, era infundir sospechas.

Cuando se abrigan proyectos criminales, de todo se tiene miedo, por todas partes se ven fantasmas, en todos lados se

presentan peligros, mientras que del verdadero nunca se apercibe el criminal.

Entretanto fray Benito cavilaba tambien.

¿Era cierto que habian muerto Gil Perez y su hijo?

Bien podia ser así; pero no era ménos verdad que el desconocido en cuyo poder estaban los papeles, era un miserable.

Desde aquella mañana el religioso empezó á hacer averiguaciones sobre la suerte que en la batalla de Villalar habia cabido á sus amigos.

No era fácil saber esto con la seguridad necesaria; pero con tiempo y constancia era posible adquirir las pruebas.

CAPITULO LXXXV.

El tesoro de Gil Perez.

(*Continuacion.*)

Florentin era un hombre que razonaba admirablemente, si bien es verdad que las conclusiones de sus razonamientos no tenian nada de santas.

Despues del almuerzo, encerróse el italiano en su habitacion, y como no tenia otra cosa que hacer, dedicó su pensamiento á las observaciones que habia hecho sobre la misteriosa conducta de Anton.

—Poco he visto y poco sé,—se dijo el italiano;—pero adivino mucho.

Su primera idea fué hacerse dueño de los papeles que con tanto afan habia leido el mercader, y esta idea no la abandonó.

—¿Me será fácil conseguirlo?... Sí... ¿Y de cuántos medios puedo valerme?... De dos, que tienen cada cual sus inconvenientes y sus ventajas como todo en este mundo, y sobre es-

tas ventajas y estos inconvenientes es sobre lo que ahora debo pensar.

Despues de decir esto, empezó Florentin uno de los razonamientos que hemos calificado de admirables.

—Un narcótico y un veneno,—murmuró,—ó lo que es igual, un sueño de doce horas, ó un sueño eterno. Con el primero me basta para apoderarme de los papeles; pero el contenido de estos papeles debe saberlo de memoria mi buen amigo, y por consiguiente con su memoria, que debo considerar copias fieles de los originales, podrá tal vez hacer lo mismo que con éstos. El peligro es grande. Cuando conviene hacer que desaparezca un escrito, es menester destruir tambien las copias, si existen. Estas copias están en la memoria del señor Anton, es decir, en su alma, puesto que ahora no tengo inconveniente en admitir la existencia del espíritu. ¿Cómo se destruyen esas copias ó se les pone en lugar donde nadie pueda encontrarlas? Haciendo de modo que el alma donde se han grabado pase de este mundo al otro, y para que el alma se aleje de este desdichado valle de lágrimas, es forzoso interrumpir las funciones de la materia, convertir el cuerpo animado en cuerpo inerte.

El italiano desplegó una sonrisa diabólica y añadió:

—Grave es esto, porque la vida de un hombre es muy respetable; pero tambien es verdad que nadie puede hacer su fortuna sin la desgracia de otro, porque esa fortuna que buscamos todos no se realiza sino cambiando de manos los bienes de este mundo. Es forzoso, pues, y en vez del sueño temporal tendré que apelar al eterno. De todos modos dicen que esta vida no es más que una série de desdichas y sufrimientos, una prueba ruda por que pasamos para ir á la eter-

nidad, y por consiguiente, el mayor beneficio que puede hacerse á una criatura es abreviar sus dolores, llevarle más pronto al término de su viaje.

Volvió á sonreir el italiano despues de haber pronunciado estas horribles frases, y como si ya estuviera completamente resuelto, levantóse, abrió la maleta donde guardaba su pobre equipaje y sacó un pequeño frasco de vidrio que contenia un líquido dorado y trasparente.

Lo miró al trasluz, siempre sonriendo con criminal satisfaccion, y convencido de que allí tenia cuanto necesitaba, volvió á guardarlo cuidadosamente.

Desde aquel momento, sentado unas veces y paseándose otras, esperó.

Llegó la hora de comer.

Anton no volvia.

—Se conoce,—dijo Florentin,—que está muy ocupado. ¿Llegaré tarde? Esto seria una de esas desgracias que no tienen remedio. Llegar tarde es peor que no llegar, mucho peor, porque se pierde el trabajo empleado en andar el camino.

Siguió esperando Florentin, cuya paciencia era inagotable.

Ya se habia puesto el sol, y no quedaba mas que la claridad de los crepúsculos.

El italiano llamó á maese Lucas y le mandó poner la mesa, llevar el vino y prepararlo todo segun las instrucciones que le habia dado.

Diez minutos despues, la mesa que habia en el aposento de Florentin estaba cubierta con los manteles, viéndose en ella los platos, los cuchillos, el pan y cuatro botellas del mejor vino añejo que el huésped tenia.

Un velon de cuatro mecheros iluminaba la estancia.

El italiano cogió una de aquellas botellas y la destapó.

En seguida volvió á sacar el bote que habia examinado por la mañana, y de su contenido echó algunas gotas en el vino.

Guardó el bote y colocó la botella en el sitio que debia ocupar Anton.

En el suyo puso otra.

Las dos restantes las colocó en un extremo de la mesa.

Restregóse las manos y quedó inmóvil con el oido atento.

Sonaron pasos en el corredor.

Crujió la puerta del aposento inmediato.

Florentin se acercó á la pared de tablas y miró por la rendija.

Vió al mercader, que llevaba una luz, dejando la cual, quitóse la capa y el sombrero.

El rostro de Anton estaba muy lejos de ser el de un hombre feliz.

El astuto italiano no necesitaba más.

—Bien,—dijo,—estamos como ayer: aún no has hecho tu negocio, y es seguro que los papeles estarán en el mismo bolsillo.

Anton se pasó las manos por la frente y se esforzó para aparecer tranquilo.

—¡Oh!...—murmuró;—el compromiso de la cena me contraría.

—Teme que se le indigeste,—dijo para sí el italiano sonriendo;—hé ahí un hombre con más instinto que un perro; pero desgraciadamente para él, como hombre, tiene que cumplir su compromiso. Por mi parte se lo dispenso todo ménos

beber un vaso de vino, siquiera para brindar por mi salud.

No puede concebirse nada más horrible que el alma de Florentin.

Estaba decidido y preparado á cometer un crímen espantoso, y se le veia tranquilo y risueño.

Contemplaba á su víctima y se mofaba de ella.

Anton, á quien debemos empezar á compadecer, se sentó, porque estaba muy agitado.

Queria tranquilizarse antes de que nadie lo viese.

—Seamos razonables,—dijo;—los hombres de mi temple no deben entregarse á la desesperacion sino cuando ya no queda ningun recurso; y la verdad es que tengo muchos todavía. He querido evitar la violencia; pero puesto que mis buenas intenciones no han producido el resultado que me proponia, combinaré otro plan. De todos modos mi conciencia estará tranquila, porque ese dinero no es del fraile, y si él quiere apropiárselo, yo estoy en mi derecho de arrebatarle su presa. Esto es una lucha entre dos hombres que se disputan lo que no es de ninguno de los dos, lo que no es de nadie, y por consiguiente, si uno es criminal, el otro lo es tambien, lo serán todos cuantos quieran hacerse dueños del tesoro perdido.

Preocupado Anton como estaba, cometió la imprudencia de decir esto á media voz, resultando que ni una sola de sus palabras fuese perdida para Florentin.

Un cuarto de hora despues se levantó el mercader.

El italiano se colocó en su puesto junto á la mesa y cruzó los brazos como un hombre que aguarda sin impacientarse.

Presentóse Anton y se saludaron como se saludan dos buenos amigos que se reunen para cenar alegremente.

—¡Maese Lucas!—gritó Florentin.

—¿Qué quereis?—respondió el posadero desde la cocina.

—Traed la cena.

—Voy al momento.

Cinco minutos despues humeaba sobre la mesa una liebre con salsa.

CAPITULO LXXXVI.

El tesoro de Gil Perez.

(*Continuacion.*)

—Señor Anton,—dijo Florentin,—no he querido economizar, para obsequiaros como mereceis.

—Ya lo veo, y os doy las gracias.

—Maese Lucas me ha dado su palabra de honor de servirnos el mejor vino de su bodega.

—Nuestro huésped es honrado y no nos engañará.

—Vamos á verlo,—repuso Florentin llenando su vaso.

Anton hizo lo mismo, sin sospechar que en aquella botella estaba la muerte.

—Brindo por vuestra fortuna,—dijo el italiano.

—Y yo por vuestra salud.

Bebieron.

Ya no habia en lo humano medio de salvar la vida de Anton.

Los ojos de Florentin despidieron dos llamaradas.

—¿Y en qué estado teneis vuestro negocio?—preguntó.

—Así así.

—¿Se entorpece?

—Un poco.

—Lo siento, amigo mio.

—La dilacion no es una pérdida.

—Pero es una probabilidad ménos,—dijo sentenciosamente el italiano.

—En el negocio que me ocupa, no tienen importancia unos cuantos dias.

—¿Qué estais diciendo, señor Anton?—replicó Florentin,—¡Unos cuantos dias!... Uno solo, una hora, un minuto tiene un valor inmenso.

—Segun.

—Por de pronto tenemos la vida.

—¡La vida!...

—Sí, porque nadie sabe cuál es el último dia de su existencia.

—Es que si yo hubiera de morir hoy ó mañana, poco me importaría ese negocio ni ninguno.

—Es verdad: no teneis hijos...

—Ni parientes.

—Entonces...

—Con el último dia de mi vida, el último ducado, y estamos en paz.

—Sois un gran filósofo, señor Anton.

—Soy un hombre que procuro pasar la vida lo más agradablemente que puedo.

—No hablemos, pues, de la muerte, porque es una cosa triste, ¿no es verdad?

—Como mejor os parezca,—respondió el mercader, encogiéndose de hombros.

—Si no lo llevárais á mal os diria una cosa.

—Permitidme beber y decid cuanto se os antoje.

Anton apuró un segundo vaso del emponzoñado vino.

—Ya os escucho,—dijo.

—Me parece que estais preocupado.

—No os equivocais.

—Vuestro negocio debe tomar un giro desagradable.

—Se aplaza y nada más.

El italiano fingió reflexionar, bebió, y luego dijo:

—Señor Anton, no teneis motivos para conocerme bien.

—Sí, os conozco, y sé que sois un hombre que vale mucho.

—Me honrais demasiado.

—Os hago justicia.

—Apenas puedo aspirar á ser vuestro amigo.

—Pues yo lo soy vuestro con toda mi alma.

—En ese caso os hablaré con franqueza.

—¿Dudábais hacerlo así?

—Temia ser impertinente ó inoportuno; pero si lo que os digo os desagrada, haceos cuenta que nada he dicho.

—Ya os escucho.

—Sea cual fuere el negocio que os preocupa tanto, es posible que la ayuda de un amigo os sea provechosa.

Anton miró al italiano sin responder.

—Yo,—añadió Florentin,—soy un hombre dispuesto para todo, porque corro tras la fortuna y tengo empeño en alcanzarla.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Hay un refran que dice, que más ven cuatro ojos que dos.

—Refran verdadero.

—¿Necesitais mi ayuda?

—Tal vez.

—Pues aquí me teneis: disponed de mí á vuestro antojo.

El mercader quedó pensativo.

Un hombre como Florentin podia servirle de mucho.

Verdad es que el auxilio debia costarle bien caro; pero habia mucha diferencia entre tomar una parte del tesoro y no tomar ninguna.

Hechas estas reflexiones, empezó á decidirse; pero antes de comprometerse, quiso conocer la opinion del italiano.

—Escuchadme,—dijo el mercader despues de algunos minutos.

—Estoy á vuestra disposicion.

—Un hombre que teme morir y que se confisquen sus bienes, reduce á dinero toda su hacienda.

—¿Para llevárselo al otro mundo?

—Para asegurar el porvenir de un hijo.

—Buen padre.

—Ese dinero lo pone en manos de una persona honrada, y confia el secreto á otro amigo, entregándole á la vez algunas instrucciones que han de servir de regla de conducta al heredero.

—¿Y por qué desde luego no entrega al hijo la herencia?

—Porque ese hijo, además de estar tambien en peligro de muerte, se encuentra separado de su padre.

—Entiendo.

—El amigo, que tambien teme morir, escribe á otra persona, hablándole del asunto.

—Me referís una historia de gente que agoniza.

—Pues ninguno se equivoca y mueren los tres.

—¿Hay más parientes del dueño del caudal?

—Ninguno.

—Entonces el depositario, por honrado que sea, dirá: «Esto es mio.»

—Sí; pero no falta quien haya interceptado la carta y los papeles.

—¿Con el recibo del que tiene el dinero?

—¡Vive Dios!—exclamó el mercader, dando una puñada sobre la mesa.

—¿Qué os sucede?

—Ese condenado recibo...

—¿Dónde está?

—No existe.

—Entonces...

—Aunque existiera, como el dinero pertenecia á un rebelde...

—Probablemente á un comunero.

—Acertais.

—Amigo mio,—dijo el italiano,—mal negocio es ese, porque mientras el depositario se empeñe en negar...

—Así lo hace.

—¿Es ese el negocio de que me habeis hablado?

—Muy parecido.

—Meditad, señor Anton, y si os decidís á darme parte...

—¿Encontrareis un medio?

—Siendo dos como somos, creo que sí.

—¿Y vos solo?...

—Un hombre solo, nada puede hacer.

—Reflexionaré; pero entretanto...

—No temais mi indiscrecion, porque lo que me habeis dicho, no puede comprometeros.

—Os tengo por buen amigo.

—No hablemos más de este asunto, ni penseis en él, porque os quitará el apetito.

—Tengo sed,—dijo Anton, cuyo rostro empezaba á cubrirse de una palidez mate.

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Maese Lucas llevó nuevas viandas y continuó la cena con ménos alegría de la que se hubiera esperado.

Media hora despues se quejó Anton de un malestar inexplicable.

—Eso debe consistir,—le dijo el italiano,—en que vuestro cerebro ha trabajado mucho.

—No os equivocais.

—Es posible que la cena os siente mal.

—Por eso no quiero beber más de lo que he bebido,—repuso el mercader.

—Haced lo que mejor os parezca, porque ponerse malo no es divertirse.

—Perdonad; pero voy á acostarme.

—¿Os sentís peor?

—Sí.

—Os acompañaré.

—No os incomodeis...

—¡Incomodarme!... ¿Para qué sirven los amigos si no se auxilian en caso necesario?

—Creo que esto pasará con el descanso.

—Así lo espero yo tambien.

Florentin se acercó al mercader y le ofreció su brazo cariñosamente.

Cinco minutos despues Anton se encontraba en la cama, de donde no debia levantarse.

—¿Os mejorais?—le preguntó el italiano.

—Creo que sí.

El veneno era de esos que matan lentamente y sin producir grandes trastornos.

Con la cantidad que habia tomado Anton, su existencia debia prolongarse aún un par de dias.

Esto lo sabia demasiado Florentin.

—Tengo sueño,—dijo el mercader despues de algunos minutos.

—Dormid, que os hará provecho.

—Retiraos, amigo mio.

—Si algo os ocurre, llamad.

—Gracias.

Florentin salió, cerrando la puerta.

Poco despues quedó Anton profundamente dormido.

—Pasado mañana á estas horas ó un poco antes, morirá,—dijo Florentin con una calma horrible.

Y luego añadió:

—El pobre inocente me ha dicho todo cuanto necesito saber: lo demás me lo dirán los papeles.

Presentóse maese Lucas para desocupar la mesa.

—¿Y el señor Anton?—preguntó.

—Está indispuesto y se ha acostado.

—Voy á verlo...

—Pero no hagais ruido, porque debe haberse dormido, y el sueño le será provechoso.

Salió el huésped y volvió algunos segundos despues.

—¿Duerme?—le preguntó Florentin.

—Con el sueño más tranquilo del mundo.

—Entonces no hay cuidado.

—Tal creo.

Dos horas despues no sonaba en la posada el más leve ruido.

El italiano salió de su aposento y entró en el del mercader con el silencio de una sombra.

Éste seguia durmiendo.

No se hubiera sospechado que tenia la muerte tan cerca.

Florentin se detuvo, miró á todos lados y escuchó un momento.

Luego se acercó á la silla donde Anton habia dejado su ropa, buscó en los bolsillos y se apoderó de los papeles.

—He dado el primer paso con felicidad,—murmuró.

Y sonriendo segun acostumbraba, volvió á su habitacion, cerró la puerta, apagó la luz y se acostó.

CAPITULO LXXXVII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Al dia siguiente despertó el mercader bastante tarde.

En vez de haberse mejorado con su largo sueño, se sentia mucho peor.

Le era imposible levantar la cabeza, y sus fuerzas habian disminuido hasta el punto de que apenas podia moverse.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Un circulo amoratado empezaba á marcarse alrededor de sus ojos, cuyas pupilas se habian empañado.

Florentin lo visitó, saliendo luego y prometiéndole volver en seguida.

Así lo hizo antes de una hora, diciendo á su víctima:

—Será preciso que venga el médico.

—No quiero que me vea ninguno,—respondió el mercader.

—¿Y si os poneis peor?

—Lo llamareis entonces.

Esta conversacion fué interrumpida por el posadero, que despues de preguntar al pobre mercader cómo se encontraba, dijo á Florentin:

—Os buscan, y segun parece, con urgencia.

—¿Quién?—preguntó sorprendido el italiano.

—Un hombre del pueblo á quien no conozco.

—¿Tiene trazas de aldeano?

—Sí.

—¡Oh!—exclamó Florentin con marcado disgusto.

—¿Temeis que os traiga alguna mala noticia?

—Lo que temo es que sus noticias me obliguen á partir inmediatamente.

—¡Partir!...

—Aunque por uno ó dos dias, lo siento mucho en estos momentos en que el señor Anton se encuentra malo y puede necesitarme.

—Yo me quedo, descuidad,—replicó maese Lucas.

Florentin fué á su habitacion, donde efectivamente lo esperaba un hombre que parecia ser aldeano.

Lo que hablaron nadie lo supo.

Aquel hombre salió de la posada pocos minutos despues.

Florentin volvió al lado de Anton, y con acento del más profundo pesar, le dijo:

—Mi buen amigo, tengo que abandonaros.

—No importa, puesto que habeis de volver pronto.

—Sí; mañana á la noche, ó á más tardar pasado mañana.

—Entretanto,—repuso Anton,—meditad sobre lo que

anoche os dije, porque cada vez me convenzo más de que un hombre solo no puede conseguir nada en semejante asunto.

—Os prometo no ocuparme de otra cosa.

Florentin no mentia, puesto que desde el dia anterior su pensamiento único era el tesoro de Gil Perez.

El miserable estrechó la mano de su víctima y salió, tomó su maleta, pagó á maese Lucas, y se despidió.

—¿Pero os vais á pié?

—Me esperan con un caballo.

—Si el viaje es corto...

—A Guadalajara, donde dormiré esta noche si Dios quiere.

—¿Os reservo la habitacion?

—Sí, porque á no ocurrir novedad en el negocio que me ocupa, dentro de dos dias estaré de vuelta.

—Buen viaje, señor Florentin.

—El cielo os guarde, maese Lucas,—respondió el italiano.

Y desapareció.

Anton siguió empeorando visiblemente.

Ya porque su organizacion no fuera muy resistente, ya por la cantidad del veneno, al medio dia el rostro del pobre mercader era el de un cadáver y parecia que no le quedaban sino muy pocas horas de vida.

Maese Lucas, que entró á preguntarle si necesitaba algo, se asustó al verlo.

—Me muero,—dijo Anton.

—¡Dios mio!—exclamó el posadero;—ahora sí que haré venir un médico aunque os opongais.

—Creo que me hace más falta un sacerdote.

—No tanto, no tanto...

—Sí, amigo, avisad á un sacerdote, porque no quiero mo-

rir sin confesion. Antes que la salvacion del cuerpo, deseo la del alma.

El infeliz empezaba á tener remordimientos.

No era un miserable avezado al crímen, y apenas comprendió que iba á ser juzgado en la eternidad, arrepintióse de sus últimas debilidades.

—Bien, vendrá el sacerdote; pero...

—Aguardad,—interrumpió el enfermo, como iluminado repentinamente por una idea.

—¿Qué quereis?

—Un favor, el último,—repuso Anton con acento de mortal angustia.

—Disponed de mí,—dijo el honrado posadero, que temblaba convulsivamente:—ya sabeis que os estimo, y os serviré con la mejor voluntad del mundo.

—En San Francisco hay un religioso que se llama fray Benito...

—¡Fray Benito!...

—¿Qué os sorprende?

—Nada, que lo conozco...

—¿Conoceis á fray Benito?

—Sí.

—¿Mucho?

—Como puedo conocer á un hermano.

—¿Y es?...

—Un santo.

—¡Oh!...

—Sí, es un santo, no lo dudeis.

—¡Dios mio!...

—¿Qué os sucede?...

—Maese Lucas, en nombre de lo que más ameis, corred, buscad á fray Benito...

—Al instante.

—Si no está en el convento...

—Debe estar á estas horas.

—Pero si no le encontrais allí...

—Lo buscaré en todas partes.

—No vengais sin él...

—Descuidad.

—Pensad que mi alma no puede salvarse si no viene ese santo varon...

—Os digo que descuideis...

—Corred, que me muero.

—¡Jesús nos asista!—exclamó maese Lucas, más turbado cada vez.

Y salió corriendo de la posada, mientras decia para sí:

—¿Qué significa esto?... Asegura que no puede salvarse sin ver á fray Benito... Y sin embargo, no debe conocerlo bastante... No sé lo que me pasa... ¡Dios me dé fuerzas!

Empapado en sudor y sin poder apenas respirar, llegó maese Lucas al convento.

Por fortuna encontró al fraile.

—¿Qué os sucede?—le preguntó éste.

—Venid, padre mio, venid.

—Pero...

—En mi posada se muere un hombre, que pide confesion y dice que no podrá salvarse si no habla con vos.

—¿Quién es?

—Un mercader que se llama Anton...

—No lo conozco.

—Padre mio, venid.

—Me llama un moribundo... Vamos.

—Y un moribundo que es mi amigo, y cuya desgracia me parte el corazon.

Maese Lucas tenia que esforzarse para no llorar.

—¿Lo ha visto el médico?—preguntó el religioso.

—No, padre mio.

CAPITULO LXXXVIII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Diez minutos despues fray Benito se encontraba al lado de Anton.

Aunque el rostro de éste se habia desfigurado mucho, el fraile lo reconoció, y su sorpresa fué tal, que en algunos momentos no pudo articular una sílaba.

El mercader, cuyos ojos estaban abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijó en el religioso una mirada vaga, pero de afan indescriptible.

—¡Padre mio!—murmuró extendiendo los brazos... No sé lo que siento; pero sí estoy seguro de que voy á morir muy pronto.

Fray Benito cruzó las manos, levantó al cielo los ojos, y exclamó:

—¡Dios Omnipotente y justiciero, cuán clara y patente dejas ver tu divina mano!

—Sí,—dijo el enfermo;—la mano de Dios... ¡Ah!...

—Tranquilizaos, hermano,—repuso el fraile con una dulzura angelical.—Por grandes que sean vuestros pecados, la misericordia divina os perdonará si vuestro arrepentimiento es verdadero.

—Escuchadme, padre mio; los instantes son preciosos y necesito haceros revelaciones de mucha importancia.

—Hablad, hijo mio,—dijo el religioso, sentándose junto al lecho.

—He intentado engañaros...

—Lo sé.

—Quise hacerme dueño del tesoro confiado á vuestra honradez, y que pertenece á una familia digna de mejor suerte.

—Aún es tiempo de reparar el mal: habladme con franqueza, decidme cómo han venido á vuestro poder los papeles que ayer me enseñásteis, y si es cierto que Gil Perez y su hijo han dejado de existir. No soy ahora el juez terrenal que cumple el penoso deber de vengar á la sociedad ofendida, soy el representante de Dios que os absolverá si vuestro arrepentimiento es verdadero, si es profunda vuestra contricion.

—Sois un santo, padre mio, sois un santo.

—Ya os escucho, hijo mio.

—Hace dos años dejé el servicio del noble don Alfonso de Lara, y con mis ahorros, legítimamente ganados, he conseguido reunir un mediano caudal. No recuerdo haberme dejado arrastrar nunca por sentimientos criminales, si bien he cometido otras faltas como débil criatura.

—Proseguid.

—La casualidad me trajo á uno de mis antiguos compañeros y fiel criado de don Alfonso.

—La casualidad no, la Providencia.

—Tened en cuenta, padre mio, que el encuentro de que os hablo ha sido la causa de que yo intente cometer el primer crímen.

—Nunca habeis luchado, no habeis tenido que hacer sacrificio alguno para ser bueno. ¿En qué consistia, pues, vuestra virtud? Era forzoso, era justo que pasáseis por alguna prueba.

—Es verdad... ¡Ah!... Me haceis ver la luz, padre mio, la verdadera luz.

—Continuad,—dijo el fraile, cuya mirada no cesaba de examinar atentamente el rostro del moribundo.

—Mi compañero estaba encargado de traer una carta á Martin, lo cual le contrariaba, porque tenia deseos de volver inmediatamente á Tordesillas. Yo, con intencion de servirlo, con la mejor intencion, os lo juro, le propuse encargarme de la comision que se le habia confiado.

—¿Sabíais de lo que trataba la carta?

—No.

—Entonces ¿por qué la abrísteis?

—Para satisfacer mi curiosidad, porque toda mi vida he sido curioso hasta el extremo de que un misterio era para mí un tormento el más espantoso.

—Leísteis la carta, despertó vuestra codicia...

—Sí,—respondió el mercader;—pero luché y decidí obrar como hombre honrado.

—Vuestra resolucion era débil.

—Antes de ponerla en práctica tuve noticias de la batalla

de Villalar, y algunos comuneros fugitivos aseguraron que don Alfonso de Lara habia muerto.

—¿Pero Gil Perez y su hijo?...

—Tambien dijeron que sí.

—¿No es cierto, pues, que vos los habeis visto espirar?

—No, padre mio.

—¡Desgraciado!

—Habiendo muerto el padre y el hijo, creí que ese tesoro pertenecia á todo el mundo, al primero que lo encontrase.

—Os equivocásteis, hermano, porque en este mundo no hay nada que no tenga un dueño legítimo, no hay nada que sea de todos, mas que la luz y el aire.

—Ahora lo comprendo así.

—Además estaba previsto el caso de la muerte de ambos, y los cien mil escudos pertenecen á los pobres, segun la última voluntad de Gil Perez.

—He sido criminal, padre mio; pero me arrepiento y me tranquiliza la seguridad de que todo puede remediarse. Quizá no han muerto los dos.

—Dios lo quiera.

—Esa carta y esos papeles están en mi bolsillo, tomadlos y buscad á Martin, que es á quien pertenecen.

—Acabad antes vuestra confesion, porque vuestras fuerzas se agotan por instantes y lo primero es la salvacion del alma.

Haremos gracia al lector de la confesion del mercader que nada de particular tenia, y diremos que despues de absolverlo, fray Benito se dirigió donde estaba la ropa y buscó los papeles en todos los bolsillos.

Pero los papeles no estaban allí, como ya sabemos.

El rostro del fraile palideció y se contrajo.

—¡No hay nada!—exclamó.

—¡Que no hay nada!—murmuró el mercader, esforzándose para incorporarse en el lecho.

—Ya lo veis,—dijo el religioso, volviendo á registrar y mirando al suelo por si al desnudarse Anton se habia caido el paquete.

—¡Dios mio!...

—¿Estais seguro de no haberlos guardado en otra parte?

—Sí, seguro, segurísimo.

—Entonces os los han robado.

—¡Que me los han robado!...

—Sí, ayudadme...

—Pero...

—¿Quién ha entrado aquí?

—Maese Lucas...

—Es honrado.

—Otro amigo mio...

—¿Quién es?—preguntó afanosamente el fraile.

—Un italiano...

—¡Oh!...

—Se llama Florentin...

—¿Decís que era vuestro amigo?

—Anoche cenamos juntos...

—¿Desde cuándo os sentís enfermo?

—Desde antes de concluir la cena...

—¡Ah!... No me equivoqué... ¡Infeliz!...

—¿Qué sospechais, padre mio?

—Las señales están en vuestro rostro...

—Explicaos,—dijo Anton, haciendo el último esfuerzo y levantando la cabeza.

—¡Os han envenenado!

—¡Envenenado!—murmuró el mercader con voz apenas perceptible.

Y exhaló un gemido, dejando caer pesadamente la cabeza sobre la almohada.

Fray Benito lo miró un instante, y olvidando los papeles, no pensó en otra cosa que en dirigir santas palabras de consuelo al moribundo.

Cinco minutos despues, el pobre Anton habia dejado de existir.

—¡Dios tenga piedad de tu alma!—exclamó el fraile.

Una vez cumplidos sus deberes de ministro de Dios, volvió á ocuparse de los de hombre honrado.

Era preciso no perder un instante en buscar al ladron y asesino.

Fray Benito llamó al posadero y le dijo:

—Este desgraciado acaba de morir.

—¡Que Dios lo perdone!...

—Escuchadme, hermano, porque se trata de un asunto muy grave.

—Me haceis temblar, padre mio.

—¿Conoceis á un italiano que se llama Florentin?

—¿No he de conocerlo? Hace seis dias que vino á mi casa y ha ocupado esa otra habitacion.

—¡Ha ocupado!...

—Sí.

—¿Pero ahora?...

—Esta mañana vinieron á buscarlo, y de muy mal humor

se fué, diciendo que asuntos urgentes lo llamaban á Guadalajara; pero que volveria mañana á la noche ó pasado mañana.

—No volverá.

—¿Cómo lo sabeis?

—Ya os lo explicaré; pero antes decidme qué clase de hombre era y si sobre su honradez teneis algunos antecedentes.

—Ningunos, padre mio: el italiano aseguraba que se ocupaba en asuntos de comercio, me pagaba religiosamente... y nada más.

—¿No ha estado ninguna otra vez en vuestra casa?

—Nunca.

—Anoche cenó en compañía de este desgraciado.

—Es verdad.

—Referidme los detalles de esa cena, porque son de mucha importancia.

—No puedo deciros nada de particular. Segun entiendo, hacia dos años que el señor Anton y el señor Florentin no se habian visto. El primero convidó á almorzar al segundo, y éste le pagó el obsequio, convidándolo á cenar.

—¿Pusísteis la mesa en presencia de los dos?

—No, padre.

—Sepamos lo que sucedió.

—El señor Anton no vino á comer.

—Estaba muy ocupado.

—Al oscurecer me mandó el señor Florentin arreglar la mesa.

—Y lo hicísteis así, trayendo el vino antes de que se presentase el señor Anton.

—Es verdad.

—¿Y luego?

—Cenaron y el señor Anton se sintió indispuesto al concluir, acostándose inmediatamente y quedándose dormido.

—¿Le hizo el otro compañía?

—Un rato, segun creo.

—Todo está perfectamente explicado.

—Pues yo no entiendo una palabra, padre mio.

—Maese Lucas, sois un hombre muy honrado.

—Gracias.

—No ignorais que os profeso grande estimacion.

—Más de la que merezco y que quisiera pagaros...

—Os amenaza un gran peligro...

—¡Un peligro á mí!—exclamó el posadero con acento de terror.

—Sí, á vos.

—¡A mí, que á nadie hago mal!...

—¿Sabeis por qué ha muerto este hombre?

—Porque Dios ha querido; y en cuanto á la enfermedad, vos que entendeis de medicina...

—Pues bien, yo que efectivamente entiendo de medicina, os aseguro que este hombre ha sido envenenado.

—¡Envenenado!—exclamó maese Lucas, retrocediendo un paso y quedando luego inmóvil y con la mirada fija en el fraile.

—Sí,—repuso éste.

—¡Dios misericordioso!...

—Si se llegara á descubrir que en vuestra casa se ha cometido un asesinato, antes que justificárais vuestra inocencia, que es difícil de probar...

—¡Padre mio!—interrumpió maese Lucas, extendiendo los brazos con ademan suplicante.

—Tranquilizaos.

—Os juro por la salvacion de mi alma...

—No es menester que jureis.

—¡Ah!...

—Sé por qué se ha envenenado á este infeliz, y quién es el autor del crímen.

—¿Quién es, quién es?

—El italiano.

—Me aturdís, padre mio,—dijo el posadero, que efectivamente no sabia lo que le pasaba.

—No dudeis.

—¿Pero por qué lo ha envenenado?

—Porque queria apoderarse de unos papeles de mucha importancia, de tanta, como que de ellos depende quizá la suerte de una familia.

—¡Qué horror!...

—Y lo ha conseguido.

—Entonces...

—Por eso ha huido y no volverá.

—¿Es posible maldad tan grande?... No sé lo que me pasa,—dijo el posadero, oprimiéndose las sienes, porque se sentia completamente aturdido.

—Pero no logrará el miserable su criminal intento, porque la mano de Dios me ha trazado...

—Ahora comprendo por qué el señor Anton, que era muy honrado, pedia con tanto afan que viniéseis.

—Sí,—repuso el fraile, que no podia revelar los antecedentes de aquel asunto.

—¿Y qué hemos de hacer, padre mio? Ese bribon no volverá por aquí.

—Yo lo encontraré.

—Me tranquilizo; pero la muerte del señor Anton...

—No podemos resucitarlo.

—Tengamos paciencia, puesto que Dios lo ha dispuesto así.

—En lo que debeis pensar es en obrar con mucha prudencia.

—Lo haré, aunque no sea más que por lo que me conviene.

—Se dará sepultura al cadáver.

—Os advierto que el señor Anton era dueño de dos hermosas mulas, y supongo que habrá dejado algun dinero.

—Cuanto le perteneciera lo entregareis á la justicia.

—¡Gran dia van á tener los escribanos y alguaciles!

—Hermano, ellos darán cuenta á Dios de su proceder: cumplid vos como hombre honrado, y no os metais en lo que pertenece á la conciencia de los demás.

—No creais que miro con pena que otro se coma lo que no es mio; ha sido no más una observacion...

—Que no debiérais hacer,—replicó severamente el fraile.

El posadero inclinó la cabeza como avergonzado y guardó silencio.

—Yo,—añadió fray Benito,—certificaré haber asistido en sus últimos momentos á este hombre, y así no encontrareis ninguna dificultad para que se le dé cristiana sepultura, sin que nadie se meta en averiguaciones que podrian perjudicaros.

—En vos confio, padre.

—Descuidad.

—¡Y ese miserable que me ha comprometido!... Pacífico soy, ya lo sabeis; pero si algun dia llego á encontrarlo...

—Ahora mismo lo perdonareis, cumpliendo así vuestros deberes de cristiano.

Maese Lucas volvió á inclinar la cabeza como dominado por el acento y la mirada del fraile, y dijo:

—Ante Dios y ante los hombres perdono á Florentin.

Ocupáronse en seguida de algunos otros detalles, y media hora despues fray Benito volvia á su convento.

CAPITULO LXXXIX.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

El italiano, como se comprenderá, no habia salido de Madrid.

Más cauto que Anton, supo dominar su impaciencia, y antes de dar el primer paso quiso saber á qué atenerse, conociendo á las personas con quienes habia de tratar.

Tres dias despues sabia ya quién era fray Benito.

No contento aún, acechó por los alrededores del convento, conoció personalmente al fraile, y lo espió por espacio de una semana.

—Bien,—dijo;—tengo que habérmelas con un hombre que vale mucho; pero ello es preciso empezar.

Despues de hacer todas las suposiciones imaginables para no encontrarse desprevenido en ningun caso, fué al convento y pidió hablar á fray Benito.

Éste lo recibió con su tranquilidad habitual, y despues que cruzaròn algunas frases corteses, contempláronse un momento como si cada uno de ellos quisiese penetrar en el alma del otro.

Desde el primer instante supo fray Benito á qué atenerse.

El acento italiano de aquel hombre se lo revelaba todo.

Tenia delante al asesino del mercader.

Sin embargo, el semblante del religioso no cambió de expresion, y con dulce acento, dijo:

—¿Qué me quereis, hermano?

—Ante todo, padre,—replicó Florentin, inclinándose respetuosamente,—quisiera saber si puedo hablar con descuido, porque es muy reservado el asunto que me trae.

—Sí, podeis hablar sin temor de que nadie más que yo escuche vuestras palabras.

—Figuraos que vengo á confesar...

—No tengo que figurarme nada: os digo que habléis descuidadamente, y podeis hacerlo.

—Entonces, cuando os digneis escucharme...

—Ya os escucho.

—Padre, soy una débil criatura, muy débil; pero tal como soy me presento á vos y seré mientras viva, porque no hay adagio más verdadero que aquel que dice: «que condicion y figura hasta la sepultura.»

Fray Benito hizo un movimiento de cabeza como si quisiera decir:

—Quedo enterado.

—Ya sé,—añadió Florentin,—que para la salvacion de nuestra alma nos conviene desprendernos de los bienes de

este mundo, porque Jesucristo dijo, «que era más fácil que un camello pasase por el ojo de una aguja, que no que un rico entrase en el reino de los cielos.»

El fraile movió otra vez la cabeza.

—Tampoco ignoro, padre mio, que los que lloren en este mundo, serán consolados en el otro; que los ricos aquí, serán pobres allá, y que el primero, en esta tierra de desdichas, será el último en la eterna mansion.

Un tercer movimiento de cabeza fué la única contestacion del religioso.

—Pero qué quereis,—prosiguió diciendo el italiano,—hay organizaciones, como la mia, que no permiten la práctica de las verdaderas virtudes, y por consiguiente no debe sorprenderos que me coloque en un terreno muy distinto del que probablemente os habeis colocado vos.

—¿Habeis concluido vuestro exordio?—preguntó el fraile con frialdad.

—Sí.

—Me alegro, porque ahora me manifestareis el objeto de vuestra visita.

—Voy á tener esa honra.

—Vuelvo á escucharos.

—Si bien hubiera querido que me dijéseis vuestra opinion sobre lo que acabo de decir.

—Cuando reflexione os la daré; ahora, decidme lo que quereis.

—El señor Gil Perez, natural de Tordesillas, depositó en vuestro poder la cantidad de cien mil escudos en oro, con objeto de que los entregáseis á su hijo si él moria, poniendo así á cubierto sus bienes de la confiscacion que debia seguir

á la derrota de los comuneros, pues el referido señor Gil Perez pertenecia á las comunidades.

Fray Benito, cuyo rostro permanecia inalterable, siguió mirando á Florentin como si esperase á que éste concluyera.

—¿No me respondeis?—preguntó el italiano, á quien desagradaba mucho la inalterable calma del religioso.

—¿Habeis dicho todo lo que teníais que decir?

—No.

—Entonces, acabad.

—Antes es menester que estemos de acuerdo en lo del depósito.

—¿Y con qué títulos venís á interrogarme sobre mi vida privada?

—Padre,—respondió Florentin con un cinismo horrible,—mi buena fortuna me ha hecho dueño de un secreto que quiero explotar.

Fray Benito sonrió levemente y replicó:

—¿Qué diríais si yo, para ir al polo Norte, tomaba el camino de Africa?

—Que os habíais equivocado.

—Pues exactamente lo mismo os sucede á vos.

—¿Es decir que negais haber recibido ese depósito?

—Hermano, si es que este nombre mereceis, antes de que empezáseis á hablar os he conocido.

—¡Que me habeis conocido!

—Sí.

—Es posible; pero no me importa, porque no trato de ocultar quien soy.

—Hemos concluido.

—Aún falta lo más importante.

—¿Vais á cometer nuevas torpezas?

—Voy á decir con toda claridad lo que exijo y los medios con que cuento para apoyar mis exigencias.

—Más os valdria callar y renunciar á vuestros propósitos.

—Buen padre, no hay un recibo vuestro que os comprometa; pero sí pruebas morales de que en vuestro poder están los cien mil escudos del señor Gil Perez, y como éste y su hijo han muerto en Villalar, y tambien su amigo don Alfonso de Lara, ese dinero queda á vuestra disposicion.

—¿Qué más?

—Soy razonable y no llevaré mis exigencias mas allá de donde debo.

—Proseguid, que me encanta vuestra conversacion.

—¿Os burlais?

—No me burlo, y de ello tendreis bien pronto una prueba.

—Lo que tengo en mi bolsillo, y lo vereis, es una carta de don Alfonso de Lara.

—¿Nada más?

—Unos apuntes del señor Gil Perez.

—Está bien.

—Así como vos teneis cien mil escudos, de los cuales me dareis la mitad en cambio de estos papeles.

—Os falta amenazarme para en el caso de que yo no me muestre tan razonable como vos.

—Si os negais, os delataré, porque ese tesoro pertenece al fisco, y aunque no existan recibos vuestros, estos papeles son bastante para que acabeis vuestra vida en un calabozo.

—Por mi gusto me encerré en esta celda y renuncié á todos los bienes y goces del mundo: si mi vida es de verdadera

penitencia, preguntadlo y os lo dirán. ¿Creeis que de esta celda á un calabozo hay mucha diferencia?

—¿Y vuestra reputacion?

—¿Qué me importa la justicia de los hombres? Despues de esta vida temporal está la eterna.

—Pero ello es que la justicia de este mundo investigará, encontrará los cien mil escudos y os quedareis sin el todo por no dar la mitad.

—Escuchadme vos ahora,—dijo el fraile.

—Con mucho gusto.

—Los que deben temblar son los que han cometido un crímen, porque no es solo la justicia de los hombres la que les amenaza, sino tambien la de Dios.

—Ciertamente.

—Me encerrarán en un calabozo, me preguntarán y yo responderé que acudan á vos para que expliqueis el misterio.

—A mí de nada podrán acusarme, puesto que yo, al presentar estos documentos, habré dado una prueba de mi lealtad al rey.

—Pero será preciso que digais cómo esos documentos se encuentran en vuestro poder.

—Puedo habérmelos encontrado en medio de la calle.

—O en el bolsillo de un mercader que se hospedaba en la posada de la *Cruz de Oro*.

Florentin se puso en pié como impulsado por un resorte y miró hácia la puerta.

Fray Benito sonrió desdeñosamente y añadió:

—Ese mercader ha muerto envenenado...

—¡Padre!—exclamó el italiano mientras retrocedia.

—Suponed que ahora diese yo un grito...

—¿Me acusais?

—¿Cómo he de acusar á un inocente?—repuso el fraile, levantándose tambien y dando un paso hácia Florentin.

Éste, cobarde como todo criminal, se creyó perdido, y no pensando mas que en salvarse, dió un brinco hácia la puerta y huyó con la velocidad del rayo.

—¡Dios te ilumine!—murmuró el religioso, elevando al cielo una mirada de tierna súplica.

Y volvió á sentarse, apoyando los codos en la mesa y la frente en las manos.

—Meditemos,—murmuró.

Entretanto Florentin habia salido del convento y corria como una liebre, sin mirar atrás.

Al cabo de una hora se sintió sin aliento.

Entonces volvió la cabeza y se convenció de que nadie lo seguia.

—¿Dónde estoy?—se preguntó.

Habia corrido mucho y se encontraba junto al convento de dominicos de Atocha.

No transitaba por allí alma viviente.

—Puedo descansar,—dijo el italiano.

Sentóse en una piedra y cuando recobró el aliento se hizo las siguientes reflexiones:

—Me parece que por ahora debo renunciar al tesoro para ocuparme solamente de la seguridad de mi persona. Ese fraile es muy astuto, me conoce demasiado bien y se ha burlado de mí. Creo adivinar por qué série de circunstancias ha llegado á saber lo del envenenamiento; pero esto no me importa; puesto que lo sabe, fijémonos en el resultado.

Reflexionó, y despues de algunos minutos añadió:

—No tengo fé en la generosidad de nadie, y por consiguiente creo seguro que el fraile me delatará, y como las debilidades de cada criatura no son mas que eslabones de una misma cadena, al coger el eslabon del envenenamiento, se irá detrás el de la conspiracion, y tras éste los demás que están ocultos, resultando que me considerarán digno de hospedarme en los calabozos de la Inquisicion y de dar con mi humilde persona un divertido espectáculo al buen pueblo de Madrid, llevándome á la hoguera.

Florentin hizo un gesto de terror.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó.—No puedo irme de España sin renunciar á la fortuna que me espera y exponerme además á las iras de los que me han enviado aquí. ¿Qué se deduce de esto?... Que si he de quedarme, tengo forzosamente que hacer de modo que se vayan los que pueden perseguirme, y como fray Benito no ha de irse de su convento, me veré en la necesidad de ayudarle á emprender de grado ó por fuerza un viaje al otro mundo.

No debe sorprendernos el razonamiento de Florentin: era exactamente igual en sus conclusiones al que habia hecho cuando trató de apoderarse de los papeles.

Lo mismo que algunos dias antes, entonces tampoco vaciló.

Decidióse bien pronto, ó lo que es igual, pronunció la sentencia de muerte de fray Benito con la misma frialdad que habia pronunciado la del mercader.

CAPITULO XC.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Quince dias pasaron sin que fray Benito tuviera noticias de Florentin, lo cual le hizo creer que éste habia huido, saliendo de Madrid y tal vez de España.

No le sucedia lo mismo al italiano, puesto que á todas horas, ya por sí, ya por otros á quienes pagaba, espiaba al fraile.

Era una noche oscura, tan oscura como que el horizonte estaba cubierto de espesas nubes, y aun los farolillos que alumbraban las muchas imágenes que por aquel tiempo se veian en nichos en las calles de Madrid, empezaban á apagarse.

Eran más de las once, y á no ser alguna ronda, algun enamorado ó algun ladron, nadie transitaba por las tenebrosas calles de la coronada villa.

A la puerta del convento de San Francisco llegó un hombre envuelto en ancha capa, con una linterna en la mano izquierda, y la espada desnuda en la otra.

Una vez allí colocó la tizona bajo el brazo izquierdo, y con la diestra cogió el aldabon de la puerta del convento y descargó tres ó cuatro recios golpes, cuyos ecos se repitieron á larga distancia.

A los golpes respondió la voz soñolienta del portero, preguntando quién llamaba y para qué.

—Hermano,—respondió el hombre de la linterna,—haced-me la merced de avisar al reverendo fray Benito, diciéndole que vengo á buscarlo, porque se muere mi noble señora y quiere confesar.

—¿Y quién es vuestra señora?—preguntó el fraile, abriendo un ventanillo y mirando al que lo incomodaba á tales horas.

—Mi señora, padre, es la esposa de don Pedro de Zúñiga.

—¡Oh!...

—Doña Juana de Albornoz...

—Sí, sí.

—No ignorareis que fray Benito es su director espiritual.

—¿Y decís que se muere?

—Tan aprisa, que quizá lleguemos tarde.

—Esperad, hermano, esperad.

—No os detengais, os lo suplico, porque si mi noble señora muriese sin confesion, me culparian á mí, diciendo que no he venido con tanta prontitud como debia.

—No aguardareis mucho, descuidad.

Cerróse el ventanillo.

Oyéronse los pasos del portero que se alejaba.

Cinco minutos despues se abrió la puerta, presentándose fray Benito y preguntando al sirviente:

—Decís que la noble doña Juana...

—Se muere, padre, se muere.

—Hace tres dias...

—Estaba buena, y ayer tambien gozaba de perfecta salud.

—¿Y qué enfermedad tiene?

—No sé más sino que al medio dia tuvo que acostarse, y hace una hora dijo el médico que no habia que pensar más que en la salvacion del alma, porque el cuerpo estaba perdido.

—¡Dios mio!

—Vamos, padre, vamos...

—Ya os sigo.

Volvió á empuñar la espada el sirviente y tomó por el sitio que hoy conocemos con el nombre de Carrera de San Francisco.

Era imposible que el religioso, alma noble y grande como ninguna, sospechase que se le tendia un lazo.

No conocia á todos los criados de don Pedro de Zúñiga, porque eran muchos, y por consiguiente no podia dudar de las palabras de aquel miserable.

Como todos los nobles corazones, pensaba únicamente en la desgracia agena sin ocuparse del peligro propio.

El fingido sirviente delante y el religioso detrás, caminaron presurosamente.

Bien pronto se encontraron junto á Puerta de Moros.

Volvieron á la izquierda y tomaron por las encrucijadas de San Pedro.

De repente se detuvo el criado.

El fraile hizo lo mismo, y cuando iba á preguntar por qué se paraban, del hueco de una puerta salió un hombre, lanzándose sobre fray Benito, mientras levantaba la diestra armada de un puñal.

El fraile, sin darse cuenta de lo que aquello significaba, saltó á la derecha tan á tiempo, que el brazo que habia levantado, al bajarse violentamente dió con el puñal en la pared.

—¿Te protege el diablo?—gritó el asesino.—No te escaparás ahora.

—Ni tú tampoco,—dijo una voz.

Y brilló una espada, y un hombre se lanzó sobre aquellos miserables.

No esperaron éstos.

El del puñal huyó, y el de la linterna hizo lo mismo; pero no sin que antes su espada hubiese penetrado en el pecho del fraile.

Éste exhaló un grito.

El hombre que tan noblemente habia querido socorrerlo, se le acercó, preguntándole:

—¿Os han herido?

—Sí,—respondió el religioso apoyándose contra la pared;—me han herido, y creo que mortalmente.

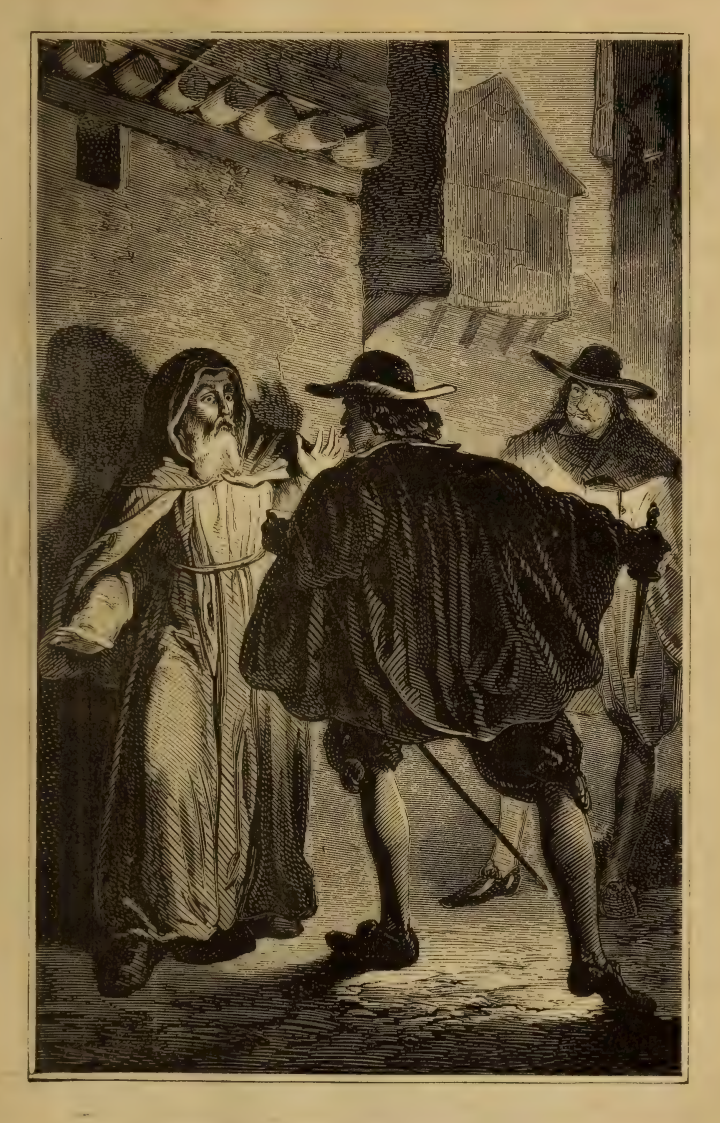
—¡Miserables!... No quedará impune el crímen...

—Dejadlos,—dijo el fraile, asiendo de la capa al desconocido.

—¡Que los deje!...

—Los perdono...

—¡Oh!...



.....Mientras, levantaba la diestra armada de un puñal.

—Ayudadme... No puedo sostenerme.

Mal que le pesase al desconocido tuvo que quedarse, porque antes que el castigo de los criminales era el socorro que reclamaba el herido.

—Afortunadamente nos encontramos á la puerta de mi casa... No perdais el ánimo, padre mio.

—Me sobra,—respondió trabajosamente, pero con dulzura, el fraile.

Efectivamente, aquel hombre generoso cogió el aldabon de la puerta junto á la cual se encontraban, y llamó.

La puerta se abrió pocos segundos despues, apareciendo un hermoso jóven con una luz, cuya claridad dió de lleno en el pálido rostro del franciscano.

Entonces pudo verse que el otro era un hombre de cuarenta y cinco años, de noble aspecto y belleza varonil, y que parecia un hidalgo de mediana fortuna.

El mancebo miró alternativamente y con inquietud á los dos, sin atreverse á decir mas que:

—Padre mio...

—Tranquilízate por mí,—respondió el hidalgo.

—Pero este buen religioso...

—Está herido.

—¡Dios mio!...

—Vamos, vamos.

Fray Benito, aunque perdia bastante sangre, pudo entrar en la casa por su pié, si bien apoyándose en su favorecedor, que lo animaba cariñosamente.

Atravesaron el portal, que era pequeño.

No tuvieron que subir escaleras, porque el hidalgo ocupaba la planta baja del edificio.

La habitacion estaba limpia y amueblada con decencia.

Colocaron á fray Benito en una cama, le despojaron de su hábito y le vendaron la herida lo mejor que pudieron, pero de modo que se restañase la sangre.

—Ahora voy á buscar un cirujano.

—Sí,—dijo el fraile, que sufria sin exhalar una queja;—buscadlo, porque necesito vivir algunas horas para cumplir un deber.

CAPITULO XCI.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

No tardó en presentarse el cirujano, reconociendo la herida y haciendo la primera cura.

Terminada esta operacion, el fraile, cuyo valor parecia aumentar á medida que se disminuian sus fuerzas, hizo seña al cirujano para que se detuviese, y le dijo:

—Espero la muerte con la mayor tranquilidad.

—Ya lo veo, padre.

—Considero la vida en este mundo como debe considerarla todo verdadero cristiano, y por consiguiente, más que como una desgracia, como la mayor, como la única dicha espero la vida eterna, doblemente cuando en este mundo no tengo particulares afecciones de familia ni otro amor que el que profeso á la humanidad.

—Os hago la justicia de creerlo así, sin necesidad de que me lo digais.

—Entonces comprendereis que puede decírseme la verdad sin ningun miramiento.

—¿Qué quereis saber?

—Si es mortal mi herida y cuánto tiempo me queda de existencia.

El cirujano vaciló.

—Nada temais,—añadió fray Benito con la mayor tranquilidad y desplegando una de sus angelicales sonrisas.

—Padre mio...

—Os haré una advertencia.

—Decid, aunque no os conviene hablar mucho.

—Me obligais á ello con vuestras dudas sobre mi valor para mirar cara á cara la muerte.

—¡Oh! sois un hombre extraordinario...

—Tengo que cumplir un sagrado deber, del cual depende el porvenir de una y tal vez de muchas familias honradas, que podrian quedar sumidas en la desolacion y la miseria.

—¿Y para eso?...

—Necesito saber el tiempo que me queda de vida,—repuso el franciscano,—y en nombre del Omnipotente os mando que me digais la verdad, y os lo suplico en nombre de una familia desgraciada.

—Sí,—dijo el hidalgo, que hasta entonces habia guardado silencio,—no os detengais para manifestar la verdad.

—Pues bien,—respondió el cirujano,—puesto que de mi declaracion depende un acto de justicia...

—Sí, sí.

—Vuestra herida es mortal y no habrá poder humano que pueda salvaros la vida.

—¿Y cuándo debo morir?

—Dentro de algunas horas, pues todo lo más se prolongará vuestra existencia hasta mañana al medio dia.

—Gracias, hermano,—dijo el religioso volviendo á sonreir. —Dejadnos, y que Dios os bendiga como en su santo nombre os bendigo yo.

El cirujano murmuró algunas palabras y salió, prometiendo volver al rayar el dia.

El padre y el hijo quedaron inmóviles junto al lecho.

En sus pálidos y contraidos rostros se revelaba su conmocion.

No se atrevian á pronunciar una palabra, y sus miradas fijábanse en el religioso, más que dolorosamente, con el más profundo respeto.

Fray Benito los contempló.

Su mirada inteligente y perspicaz penetraba en aquellos momentos hasta el fondo del alma de aquellas dos criaturas.

Algunos minutos despues desplegó una de sus dulces sonrisas, y dijo:

—¡Cuán grande es la justicia de la Providencia!

¿Por qué hacia esta observacion?

Sus favorecedores no se atrevieron á preguntárselo.

—Sentaos y escuchadme,—dijo el religioso.

Los otros obedecieron sin replicar.

—No necesito preguntaros quiénes sois.

—Voy á decíroslo, padre.

—Dos hombres honrados, dos almas grandes y generosas, que antes de dejar de cumplir un deber, sacrificaríais cien veces la vida, como la he sacrificado yo al acudir sin reparo ni miramiento alguno al falso llamamiento de un moribundo que reclamaba mis auxilios.

—Ahora comprendo,—replicó el hidalgo,—cómo á estas horas os encontrábais fuera de vuestro convento.

—Me llamaron para auxiliar á la noble esposa de don Pedro de Zúñiga.

—¡Doña Juana!

—Sí.

—Aún no hace tres horas que tuve el honor de verla... ¡Os han engañado! padre mio.

—Ya lo veo.

—¿Y no sospechais quiénes son vuestros asesinos?

—Sí, sé quién es el autor del crímen.

—¡Ah!...

—A vos os diré su nombre y los motivos que lo impulsaban á concluir con mi existencia; pero este secreto lo guardareis.

—¿Ha de quedar impune tan horrendo crímen?

—Ningun crímen queda impune, hermano. ¿Olvidais que hay un Dios Omnipotente y justiciero?

—¡Sois un santo, padre mio!

—Escuchadme, porque los momentos son preciosos.

—Hablad, padre mio; pero lo ménos posible.

—La hora de mi muerte está ya señalada y nada conseguiré con intentar que se prolongue mi agonía. Me habeis socorrido noble y generosamente.

—Hemos cumplido nuestro deber.

—¿Sabeis cómo voy á pagar vuestro beneficio?

—¡Pagarnos!...

—Voy á echar sobre vosotros una carga muy pesada, á reclamar de vuestra abnegacion un gran sacrificio, á imponeros un deber, no solamente penoso, sino peligroso.

—Gracias, padre, gracias, porque haceis á nuestros sentimientos más justicia de la que merecen.

—En vuestras manos quedará la suerte de una familia.

—¡Oh!...

—¿Os espanta la responsabilidad?

—No, nada nos espanta si ha de hacerse un beneficio.

—Bien: no me he equivocado.

—Ya os escucho, padre mio.

El religioso guardó silencio por algunos instantes, y luego, sin reserva alguna, con la más completa seguridad de que aquellos hombres no habian de cometer un abuso, les refirió con todos sus detalles la historia del tesoro que tenia en su poder, y los últimos tristes sucesos que habian tenido lugar en la posada de la *Cruz de Oro*, sin omitir ningun nombre, ninguna circunstancia ni ningun antecedente.

Puede comprenderse la sorpresa y la admiracion con que el padre y el hijo escucharon.

Lo primero que les ocurrió fué preguntar al fraile por qué tan importante secreto no lo confiaba á uno de sus hermanos; pero no lo hicieron para evitar al religioso el disgusto que habia de experimentar diciendo una mentira, ó declarando que no tenia confianza suficiente en ningun fraile.

—Ahora,—dijo fray Benito despues de terminar su relato,—ocupémonos de los medios más oportunos de que ese dinero pase á vuestras manos, y podeis cumplir la última voluntad del virtuoso y desgraciado Gil Perez.

—Padre mio,—respondió el hidalgo,—disponed de nosotros, que en nombre de Dios, por la salvacion de nuestras almas y por nuestro honor os juramos cumplir fielmente vuestras órdenes y nuestro deber.

—Sí, lo juramos,—dijo el mancebo, poniendo la diestra sobre su corazon.

—Gracias, hermanos, Dios os bendecirá y os dará en el mundo eterno la recompensa que mereceis.

—Esperamos vuestras órdenes.

—El tesoro está escondido en el convento.

—Vos no volvereis allí, puesto que no os quedan mas que algunas horas de vida.

—No, no volveré.

—Entonces, ¿cómo hemos de sacar el dinero de donde está?

—Hay un medio, que presenta sus inconvenientes; pero que es de éxito seguro si se pone en práctica con calma y prudencia.

—Decid.

—Este medio,—repuso fray Benito dirigiéndose al jóven,—exigirá de vuestra parte un sacrificio; pero no dejareis de hacerlo, porque á pesar de vuestros pocos años, teneis un gran corazon.

A todo estoy dispuesto, haré con satisfaccion todo cuanto mi padre me permita hacer.

—Hijo mio, yo no puedo prohibirte que cumplas tus deberes de cristiano y de hombre de honor; al contrario, te mando que los cumplas, aun á costa de tu vida.

—Ya veis si la Providencia es justa y sábia cuando me ha traido á vuestro lado.

—Explicaos, padre, que estamos prontos á cumplir vuestras órdenes.

—Algunos dias despues de mi muerte,—repuso el fraile, volviendo á dirigirse al mancebo,—solicitareis entrar como

novicio en la comunidad á que tengo la honra de pertenecer.

—Comprendo.

—Con vuestra inteligencia, que es mucha, en ménos de un mes conocereis perfectamente las costumbres secretas de la comunidad y el interior del edificio.

—Y entonces...

—Con la ayuda de vuestro padre os será fácil en una ó dos noches sacar del convento los dos talegos que encierran los cien mil escudos en monedas de oro.

—¿Y despues?

—Cualquier novicio está en su derecho de arrepentirse antes de profesar.

—Sí, dejaré pasar unos dias para no infundir sospechas, y luego diré que he cambiado de resolucion, porque si he de hablar con franqueza, no tengo vocacion de fraile.

—Para servir á Dios y á la humanidad, ó lo que es lo mismo, para ser buen cristiano, no es menester encerrarse en un convento, privando así á la sociedad de un individuo, que tal vez le seria más útil en el mundo.

—Proseguid, padre mio.

—¿Qué más he de deciros? No descansareis hasta tener la prueba evidente de si el señor Gil Perez y su hijo han dejado de existir, y lo que habeis de hacer cuando tengais esta prueba, lo sabeis ya.

—Si hubiera muerto el señor Gil Perez, y su hijo no fuese encontrado...

—Guardareis el dinero.

—Y si trascurren los años y llega la hora de nuestra muerte...

—Haced lo que yo hago, trasmitiendo el depósito, po-

niéndolo en manos de persona que os parezca bastante honrada.

—Si nos equivocásemos...

—Habreis cumplido con vuestro deber, y nada más puede pedírseos.

—Dios ilumine nuestro entendimiento.

—Lo iluminará mientras seais honrados y no se entibie vuestra cristiana fé.

—¿Habeis concluido?

—Sí.

—Pues callad y sosegaos; vuestras fuerzas disminuyen...

—Ahora puedo morir con tranquilidad.

Los hidalgos inclinaron tristemente la cabeza.

Fray Benito guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Arreglados los intereses de este mundo y cumplido mi deber en cuanto han alcanzado mi entendimiento y mis fuerzas, quiero ocuparme solamente de la salvacion de mi alma.

—Disponed.

—Uno de vosotros debe ir al convento y dar parte de lo que ha sucedido, para que venga uno de mis hermanos á absolverme si lo merezco y á fortificar mi fé en los últimos instantes de mi vida.

El padre se puso en pié, diciendo á su hijo:

—Yo iré al convento, y entretanto dá tú explicaciones sobre nuestra situacion.

Quedaron solos el fraile y el mancebo.

No necesitamos repetir las palabras de éste, porque sabemos quiénes eran aquellos dos hombres y podemos decirlo.

Eran hidalgos, segun habíamos presumido.

Poseian algunos bienes, cuya renta les permitia vivir con decoro, y se consideraban felices, porque nada ambicionaban.

Llamábase el padre, Gregorio del Castillejo.

Hacia cuatro años que habia perdido á su esposa, quedándole el hijo que hemos dado á conocer.

Éste se llamaba Leandro.

Al juzgarlos no se habia equivocado el fraile.

Eran dos nobles corazones, dos almas grandes y generosas.

Estaban dotados de una inteligencia nada comun y de tanto valor como inteligencia.

La firmeza de carácter de ambos era igual.

No habia entre ellos más diferencia que la que era consiguiente á la edad de cada uno, y para valer tanto como el padre, no le faltaba al hijo mas que experiencia; pero con su talento y su rara penetracion, debia bien pronto adquirir un perfecto conocimiento del mundo.

El tesoro de Gil Perez no podia haber sido puesto en mejores manos.

El padre volvió media hora despues acompañado de tres ó cuatro frailes.

Ya era tiempo, porque se extinguia rápidamente la vida de fray Benito.

Excusado es decir que éste ocultó el nombre de su asesino, porque comprendia que al prender á Florentin se apoderaría la justicia de los papeles que éste guardaba, y el tesoro seria descubierto y confiscado.

Tampoco necesitamos decir que el virtuoso fraile dió á

Leandro las señas del sitio donde estaban ocultos los cien mil escudos.

Ya nada le importaba morir.

La vida, como habia dicho, no era para él mas que un tránsito penoso, una prueba para aquilatar la virtud del alma.

CAPITULO XCII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

¿Quiénes eran los asesinos del religioso?

¿Qué interés podia tener nadie en atentar contra la vida de un hombre tan virtuoso como fray Benito, que no solamente no habia hecho mal á nadie, sino que por el contrario habia dispensado generosamente muchos sacrificios?

Esto se preguntaban los frailes de San Francisco, sin acertar á darse contestacion.

Todos se apresuraron á hacer lo posible para salvar la vida del enfermo.

Visitáronlo dos ó tres médicos de gran reputacion; pero desgraciadamente opinaron como el primero.

La existencia de fray Benito se extinguia por minutos; pero su tranquilidad era siempre la misma.

La justicia se puso en movimiento, aunque inútilmente.

Pasó aquella triste noche, y cuando se dejaron ver los

primeros rayos del sol, el moribundo, sonriendo dulcemente, dijo:

—Llegó el momento... Rogad á Dios que tenga misericordia de mi alma.

Y encomendándose á la infinita bondad del Omnipotente, exhaló el último suspiro.

Así dejó de existir aquel hombre de rara virtud.

Su cadáver fué trasladado al convento para darle sepultura.

Y Gregorio Castillejo y su hijo pasaron aquel dia sumidos en la tristeza más profunda.

¿Qué habia hecho el italiano?

Para saberlo debemos retroceder á la noche anterior, es decir, á los momentos en que se cometió el crímen.

Como ya hemos visto, habia buscado un auxiliar, y éste fué el que se presentó en el convento, fingiéndose sirviente de don Pedro de Zúñiga.

El puñal con que Florentin descargó el primer golpe, estaba envenenado, de modo que si hubiese llegado á herir á fray Benito, aunque hubiera sido muy ligeramente, el buen religioso habria muerto en pocos minutos sin poder dar explicacion ninguna.

Dios quiso que no sucediese así.

El puñal dió en la pared; pero el auxiliar del italiano, cumpliendo su promesa, hizo uso de la espada con el acierto que ya hemos visto.

Al presentarse el hidalgo, Florentin y su cómplice huyeron.

No se cuidaron ni aun de volver por el pronto la cabeza atrás, porque estaban poseidos de terror.

Pasaron junto á San Pedro, y al llegar á la calle de Segovia, atrevióse el de la espada á pararse y escuchar.

—Quieto,—gritó á Florentin.

—Vamos, vamos,—replicó éste.

—No hay cuidado, porque no nos siguen ni nos seguirán.

—Con mucha seguridad hablais,—dijo el italiano, cuyos ojuelos, brillantes como dos luces fosfóricas, dirigian recelosas miradas en todas direcciones.

—Tranquilizaos, que el negocio está hecho con la mejor fortuna.

—¿Pero por qué suponeis que no nos seguirán?

—¿Acaso no habeis visto que el fraile ha quedado herido de muerte?

—No estoy seguro, porque la aparicion de aquel hombre...

—Pues yo sí tengo seguridad, porque sé que mi espada ha entrado en su pecho.

—Aun cuando no os equivoqueis...

—No ha quedado con él mas que una persona.

—Y esa...

—Se ocupará en socorrer al herido, y cuando piensen buscarnos, ya será tarde.

—¿Y qué hemos de hacer aquí?

—Nada; pero tampoco debemos correr, porque si encontramos una ronda, nos detendrá.

—Vamos, pues, despacio.

—¿Hácia dónde?

—Si bien os parece, nos dirigiremos á vuestra casa y os daré los veinte escudos que debo entregaros hasta los cuarenta en que se hizo el ajuste.

Volvieron á la izquierda, y pocos minutos despues en-

traban en las estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Penetraron en una casa de miserable apariencia y se encontraron en un aposento casi desamueblado.

El cómplice de Florentin puso la linterna sobre una mesa y se sentó.

—Vamos á cuentas,—dijo.

—Nada más justo,—respondió Florentin, sonriendo dulcemente.

—¿Estais contento de mí?

—Habeis hecho todo lo que era posible hacer.

—Entonces puedo tomar los veinte escudos sin escrúpulo de conciencia, porque están bien ganados.

El italiano sacó un puñado de monedas de oro, contó y colocó sobre la mesa la cantidad de que era deudor.

—¿Está bien?

—Muy bien: son doblones de buena ley: pocos hay ya de estos, porque todos los han recogido esos flamencos avaros.

—Aún tenemos que hacer otro negocio, que os producirá más con ménos peligro.

—Ya sabeis que me busco honradamente la vida con mi trabajo, señor Florentin, y estoy á disposicion del que me busque y me pague.

—Nada perdereis por tratar conmigo.

—Ya veo que sois generoso: no habeis regateado y os serviré de mejor gana que á nadie.

—Gracias.

—Digo lo que siento.

—¡Ah!—exclamó Florentin, dándose una palmada en la frente.—Ya se me olvidaba...

—¿Qué quereis?

—¿No teneis lo necesario para escribir?

—¡Yo!... ¡Voto á mil legiones!... ¿Y para qué?

—Me es absolutamente preciso poner cuatro letras en este momento.

—Me pedís un imposible.

—Por papel no me apuro, porque tengo en el bolsillo y cualquiera es bueno.

—Falta pluma y tinta.

—Pluma... Esperad: es posible que tenga tambien.

—Sois muy prevenido.

—Así lo llevo todo por lo que pueda ocurrir.

—Pero la tinta...

—Es lo de ménos.

—¿Cómo lo hareis?

—Muy sencillamente: lo mismo dá que las letras sean negras, que rojas.

—Ciertamente.

—Por consiguiente, para poca cantidad, para tres ó cuatro gotas, la tinta puede suplirse con sangre.

—¡Por mi alma! que sois el hombre más astuto que hay sobre la tierra.

—¿Os parece ingeniosa la idea?—repuso el italiano, mientras sacaba un papel y una pluma.

—La mejor del mundo.

Florentin desenvainó su puñal, que estaba afilado como una lanceta.

—Esto,—dijo,—no presenta para mí mas que una dificultad.

—¿Cuál es?

—Soy cobarde, lo confieso, y me parece que no es la primera vez que os lo he dicho.

—Así es la verdad.

—La sola idea de pincharme, me hace extremecer.

El asesino soltó una carcajada burlona.

—Ya sé,—añadió Florentin,—que esto es una aprension estúpida, porque muchas veces me he herido sin pensar, y no he tenido miedo; pero ¿qué quereis? hacerlo á propósito...

—¿Quereis sangre mia?

—¡Oh!...

—Ya la he visto salir más de una vez.

—Me haríais un gran favor; pero...

—No tengais cuidado.

—Acepto: sin embargo, no quiero que se diga que nadie ha dado por mí una sola gota de sangre sin recibir recompensa.

—Esto no vale nada.

—No valdrá; pero os ruego que acepteis este doblon para beber á mi salud.

—Si es un regalo...

—Sí.

—Gracias.

Florentin puso sobre la mesa otra moneda de oro, y alargando el puñal á su cómplice, le dijo:

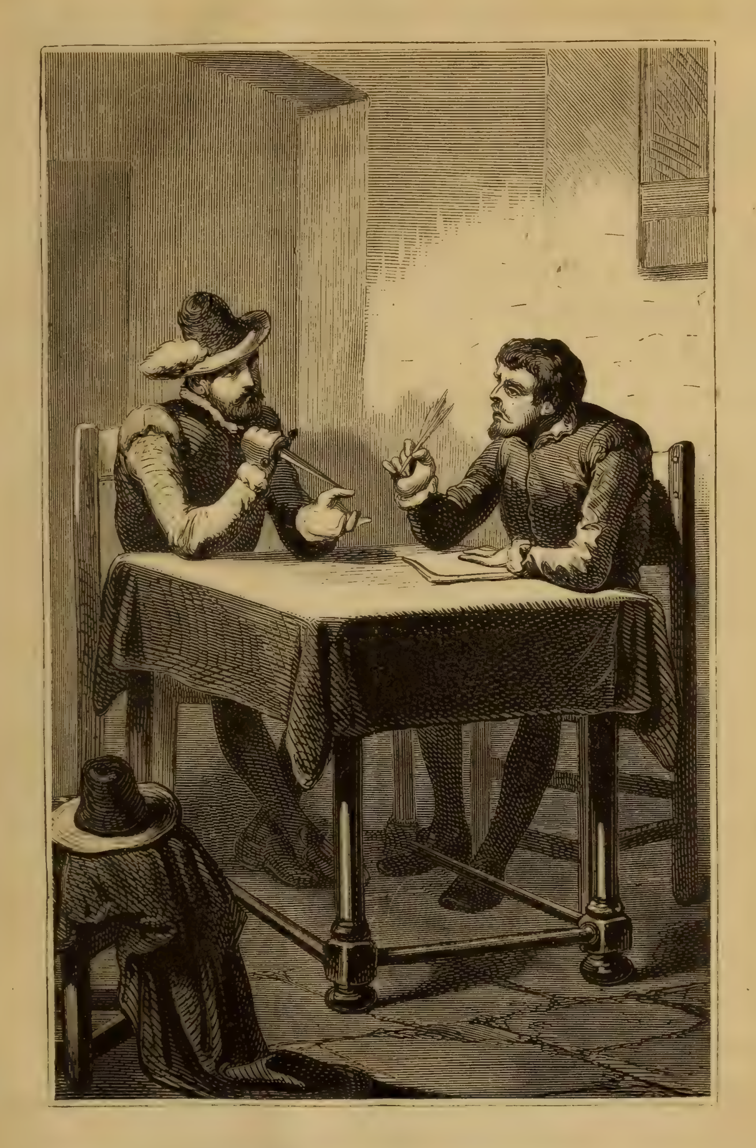
—Tomad: está bien afilado y apenas lo sentireis.

—¿Quereis mucha?

—Me basta una gota, porque no he de escribir mas que unas cuantas letras.

—Preparad la pluma.

—Ya está preparada,—dijo Florentin.



—Preparad la pluma.

—Aquí teneis,—replicó el otro.

Y sin vacilar se hizo una pequeña incision en la yema del dedo pulgar de la mano izquierda, haciendo saltar la sangre.

El italiano, con una tranquilidad horrible, mojó la pluma y escribió, guardando el papel y envainando el puñal.

Su nueva víctima se limpió el dedo en las calzas.

Florentin se puso en pié.

—¿Os vais sin que bebamos?

—Tengo mucho que hacer.

—Entonces...

—Mañana comeremos, si quereis aceptar mi convite.

—¡Que si quiero!... ¡Voto á Satanás!

—Os esperaré á las once en punto.

—¿Dónde?

—Donde os parezca que han de servirnos mejor.

—¿Sabeis donde está el bodegon de la tia Cucaracha?

—Sí.

—Pues si os parece...

—Allí comeremos.

—Allí me tendreis á las once.

—Y hablaremos del otro negocio.

—Bien.

—Haced el favor de abrirme y alumbrar un poco.

—¡Demonio!... ¿Qué significa esto?

—¿Que os sucede?

—No sé... se me ha dormido este brazo... y aquí,—dijo el ladron, llevando la diestra al costado izquierdo.

—Sentiria que os pusiéseis malo ahora...

—No, no es nada... ¡Cien legiones de condenados!... Se me

vá la cabeza... ¡Oh!... me ahogo... me abraso... ¡Ira de Satanás!... Me muero, me muero.

Al pronunciar estas palabras con voz insegura, el desdichado cayó pesadamente al suelo, retorciéndose los brazos y exhalando gemidos.

Florentin cruzó los brazos y lo contempló, mientras decia:

—Es dolorosa la agonía, sí, pero en cambio es corta.

Y despues de algunos segundos, añadió:

—Vamos, hijo, acaba, y no te enfades conmigo, porque sobre hacer un bien á la sociedad, quitándote del mundo, me ha obligado una necesidad imperiosa. Podias ser indiscreto y la prudencia me aconsejaba evitar que hablases.

El moribundo se extremeció por última vez y espiró.

—La justicia,—dijo el italiano,—encontrará el cadaver, y los escribanos y alguaciles se declararán herederos... Antes soy yo.

Diciendo y haciendo volvió á tomar las monedas que habia dado y sacó del bolsillo de su víctima las demás.

—Lo siento,—murmuró,—pero me han obligado las circunstancias, y por consiguiente la culpa no es mia.

Salió de la casa y se alejó á buen paso sin detenerse hasta que llegó á la plaza del Arrabal.

—Ahora reflexionemos,—dijo.

Y empezó el siguiente razonamiento:

—El fraile podrá morir; pero vivirá algunas horas, las suficientes para acusarme y dar las explicaciones que le convengan. La justicia me echará el guante, y tras este pecado, saldrá á relucir el del envenenamiento de mi amigo Anton. Luego se harán más averiguaciones, y otros deslices más ó ménos graves, me colocarán en la más triste de las situacio-

nes. En este mismo apuro me encontraba ayer; quise remediarlo matando al fraile; pero como no ha dejado de existir instantáneamente, nada he conseguido. He cerrado la boca de ese pobrete para que no sea indiscreto...

Florentin se interrumpió, haciendo un gesto de disgusto.

—Preciso es,—murmuró,—abandonar por ahora todos los negocios y huir.

Volvió á reflexionar.

—¿Adónde iré?... A mi patria, que aunque allí mandan los españoles, puedo ocultarme sin temor de que me encuentren.

Exhaló un triste suspiro.

—¡Ay!—exclamó.—Cuando se iban á realizar todos mis deseos, cuando estaba tan cerca de terminar felizmente mi obra... Paciencia... Me ha sucedido lo que al gato que sube por una pared y cae: si quiere llegar arriba, tiene que empezar á subir de nuevo.

No vaciló Florentin.

Su resolucion estaba tomada.

CAPITULO XCIII.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Se habló mucho en Madrid del asesinato de fray Benito; pero al fin esto se olvidó cuando un nuevo acontecimiento dió motivo á las conversaciones de los ociosos.

Quince dias pasaron y el señor Gregorio del Castillejo, acompañado de su hijo, fué á ver al prior del convento de San Francisco.

Éste lo reconoció, lo saludó muy cortesmente y le preguntó en qué podia serle útil.

—Reverendo padre,—dijo el hidalgo,—no ignorais que tengo un hijo, que está aquí presente.

—Y mancebo gallardo por cierto,—respondió el fraile, que dicho sea de paso, en nada se parecia á fray Benito.

—La muerte me arrebató á mi esposa, y no tengo pariente alguno.

—De lo cual habrá resultado que toda vuestra ternura la hayais puesto en vuestro hijo.

—Así es la verdad, y no quisiera separarme de él.

—¿Quiere dejaros?

—Sí.

—Hace mal.

—Mal hace, porque nuestra separacion será para mí un golpe terrible; pero su determinacion es tan santa, que no me atrevo á ponerle estorbo.

—¿Cuál es su intento?

—Abrazar la vida religiosa.

—¡Oh!...

—La triste muerte de fray Benito...

—Era un santo.

—Su cristiana resignacion al morir produjo en el alma de mi hijo un sentimiento que bien pudiera llamarse noble envidia.

—Envidia santa es el deseo de imitar á los justos y ser tan virtuoso como ellos.

—Desde entonces no ha pensado en otra cosa.

—¿Y al fin se ha decidido?

—Firmemente.

—En el mundo tiene un buen porvenir, porque segun entiendo, disfrutais una buena renta.

—Sí, reverendo padre, una renta que debia pasar á mi hijo y que al morir dejaré á la comunidad á que pertenezca.

El prior arqueó las cejas y repuso:

—No sin sobra de razon y de justicia dicen que sois un modelo de virtudes y de cristianos sentimientos. Hé ahí una combinacion admirable: vuestro hijo gana la gloria eterna con

su santa vida, y vos la ganais tambien. Verdad es que nuestra órden no puede poseer bienes...

—Ya he previsto el caso...

—¿Con que lo habeis previsto?

—Sí.

—¿Y qué habeis imaginado?

—Venderé mis bienes, y su importe lo legaré á la comunidad en concepto de limosna.

—Sois el hombre de ingenio más agudo que he conocido.

—Hay tambien otro medio.

—¿Cuál?

—Puedo disponer que las rentas de mis bienes se empleen en obras de caridad, y que la comunidad administre y dé las limosnas segun su conciencia.

—¡Magnífico!

—¿Qué os parece?

—Señor Gregorio, podeis envaneceros con vuestro talento.

—Ahora, si creeis que mi hijo es digno de entrar en esta santa casa...

—¡Pues no faltaba mas!

—Gracias.

—Y si es tanto su celo religioso que quiere abreviar el plazo del noviciado, yo haré que se le dispense la mitad.

—No.

—Bueno es que tenga tiempo de reflexionar.

—Y de purificarse con la penitencia.

—Bien pensado.

—¿Cuándo podrá venir?

—Cuando quiera: mañana, hoy mismo, porque á él no hay

que exigirle ciertas formalidades, siendo una persona á quien yo conozco y de quien respondo desde luego.

—Sois muy bondadoso.

—Os hago justicia.

Al dia siguiente se instaló Leandro en el convento, donde fué recibido con todas las consideraciones imaginables, porque sin perjuicio de la prometida herencia, llevó en el bolsillo y entregó al prior una limosna de veinticinco ducados.

No debia ser ésta la última, y por consiguiente al novicio se le obsequiaría como á un príncipe.

Ya hemos dicho que Leandro era mozo de ingenio.

Su primer cuidado fué estudiar el interior del edificio.

A los ocho dias puede decirse que el plano estaba grabado en su imaginacion.

Sin embargo, le faltaba la parte principal para su objeto, que eran las cuevas.

El reconocimiento de éstas lo emprendió cuando estuvo enterado perfectamente de las horas en que dormian los frailes y podia sin temor ninguno recorrer el edificio.

Se habia prevenido de una linterna sorda, y con ella emprendió sus nocturnas excursiones.

Al cabo de otra semana habia terminado la primera parte de su difícil empresa.

Su padre fué á verlo, cuidando de llevar una segunda limosna de otros veinticinco ducados.

—Se ha entrado la fortuna por las puertas del convento,—decia para sí el prior.—Este novicio es una verdadera mina de oro, y si continúa lo mismo, podré pensar en reponer el vino añejo que vá escaseando.

Con Leandro se hacia lo que con ninguno, dejándole una

libertad que envidiaban muchos novicios y era objeto de la murmuracion de todos.

El hidalgo llevó á su hijo una cuerda bastante larga y fuerte y una piqueta, conviniendo en todos los detalles del plan.

Trascurrieron otros tres dias.

Eran las once de la noche.

El firmamento estaba cubierto de estrellas; pero no se habia dejado ver la luna, y la oscuridad era completa.

Un hombre envuelto en una capa y sin llevar luz como se acostumbraba entonces, llegó junto á los muros del antiguo convento.

Detúvose, y no miró á todos lados, porque era inútil; pero escuchó muy atentamente, y casi seguro de que nadie lo observaba, dejó escapar un silbido breve y agudo.

Luego quedó inmóvil.

A los pocos momentos oyó un ruido leve sobre su cabeza, como si hubiera crujido una puerta ó ventana al abrirse con cuidado.

Cuando el ruido cesó, percibióse otro muy parecido al que produce un cuerpo elástico que roza en la pared.

El embozado levantó la cabeza y sacó los brazos.

No tardó en llegar á sus manos un bulto que bajaba pendiente de una cuerda.

Lo cogió, lo desató y lo puso á sus piés.

La cuerda volvió á subir.

Tres minutos despues se oyó de nuevo el roce, y un segundo bulto fué á manos del que esperaba.

Lo desató tambien, y mientras la cuerda desaparecia, levantó, colocando uno debajo de cada brazo.

Por su respiracion y por una especie de quejido que resonó en el interior de su pecho, pudo conocerse que hacia un esfuerzo grandísimo.

Con su pesada carga, alejóse en direccion á la Puerta de Moros.

No andaba con ligereza, y sus piés caian pesadamente en el suelo.

Su respiracion se hacia por momentos más penosa y precipitada.

Dos ó tres veces se detuvo para tomar aliento y escuchar.

Por fin llegó á su casa.

No tenemos que decir que era el hidalgo, y que los pesados bultos eran los dos sacos llenos de oro, que dejó caer cuando estuvo en su habitacion, produciéndose un ruido nada equívoco.

La empresa se habia llevado á cabo felizmente.

A los tres dias, el señor Gregorio se presentó al prior, principiando por entregarle sesenta ducados en oro.

—¡Oh!—exclamó el fraile, arqueando las cejas y levantando los ojos al cielo, segun acostumbraba.—Hermano, podeis contar como segura vuestra eterna salvacion.

—Hago lo posible por alcanzarla.

—Dios os dará ciento por uno.

—Estas muestras de afecto á la comunidad, las seguiré dando con cuanta frecuencia me sea posible.

—Vuestro hijo es un modelo de humildad y de todas las virtudes, y segun adelanta, creo que deberíamos pensar en la dispensa de que os hablé.

—Ya es inútil.

—¿Por qué?... Llevais vuestros escrúpulos hasta la exageracion, hermano.

—Mi hijo no necesita la dispensa que os dignais ofrecerle.

—¡Que no la necesita!

—No, porque ha cambiado de resolucion.

El fraile, á pesar de su voluminoso vientre, brincó en su sillon.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y su mirada se fijó en el hidalgo, no solamente con sorpresa, sino casi con terror.

—¿Habeis dicho,—tartamudeó despues de algunos instantes,—habeis dicho?...

—Que mi hijo ha cambiado de resolucion.

—Pero...

—Así me lo ha manifestado.

—No os comprendo bien.

—Pues es muy sencillo, padre.

—¡Sencillo!... ¡Oh!... Muy sencillo será; pero es una sencillez demasiado desagradable.

—¿Por qué?

—Aunque no sea más que la oscuridad de vuestras palabras...

—Creí haberme explicado claramente; pero si no ha sido así, perdonad.

—Será torpeza mia.

—Quiero decir que mi hijo no será fraile.

—¡Que no será fraile!...

—No.

—¿Acaso sus cristianos sentimientos?...

—Son los mismos.

—Entonces...

—No es lo mismo ver las cosas de lejos que de cerca, y despues de los dias que lleva aquí...

—¿Tiene alguna queja?

—Ninguna.

—Se le ha tratado con una blandura inusitada.

—Ya lo sé, porque él mismo me ha confesado que tanto vos como todos los individuos de la comunidad, le guardaban consideraciones que no merecia.

—Es, pues, incomprensible que haya cambiado de parecer.

—Padre,—replicó el hidalgo, que empezaba á cansarse de las impertinentes observaciones del prior;—con razon ó sin ella mi hijo no quiere ser fraile. Reconozco que hace mal, lo acuso de haber obrado con ligereza; pero ¿qué hemos de hacer? Ello es así, no he de hacerle profesar á la fuerza, porque seria un mal sacerdote, y vengo por él.

Convencióse el prior de que nada conseguiría, y como buen fraile, pensó únicamente en sacar todo el partido posible de la situacion.

—No,—dijo,—no debe ser un mal sacerdote, porque para eso conviene más á su salvacion ser un buen padre de familia.

—Estamos de acuerdo.

—Esto en nada mengua nuestra buena amistad, porque un hombre como vos, que á pesar de llevarse á su hijo, promete seguir haciendo sacrificios en favor de la comunidad...

—Sí,—repuso el hidalgo, sonriendo levemente,—lo he prometido y lo cumpliré hasta donde lo permitan mis intereses.

—Gracias, hermano, gracias.

—Y ahora que me acuerdo...

—¿De qué os olvidábais?

—De un favor que tenia que pediros.

—Decid, decid.

—Quiero que acepteis un barrilito de aguardiente de caña, de dos que me han regalado...

—¡De caña!—exclamó el prior, arqueando las cejas.

—Es muy estomacal, y puede ocurrir que algun padre lo necesite en caso de mala digestion...

—Sí, sí, hermano, puede ser muy útil vuestro aguardiente... ¿Tiene muchos años?

—Siete, es decir, tantos como pecados capitales.

—Y como virtudes.

—Tambien me han traido de Asturias unos cuantos jamones...

—¡Jamones asturianos!—exclamó el fraile, relamiéndose con satisfaccion.

—Y siquiera media docena espero que acepteis...

—¡Media docena!... Pero serán tal vez muy grandes...

—Ninguno tiene ménos de quince libras.

—¡Magníficas piezas!

—Ya sé que no lo comeis; pero cuando hay un padre enfermo y es menester darle buenos caldos...

—Eso es: la comunidad no prueba el jamon; pero los caldos para los enfermos...

—¿Aceptais, pues?

—Con reconocimiento, con entusiasmo.

—Gracias, padre.

—No es menester que os incomodeis en enviar el barril y los jamones, porque yo enviaré dos ó tres donados y los traerán: de todos modos esos bribones no tienen nada que hacer.

—Pues dentro de una hora pueden ir á mi casa por ellos.

—No faltarán.

Leandro dejó aquel mismo dia el convento.

El prior abrazó al jóven con muestras de la más tierna conmocion, y aun pareció esforzarse para no derramar lágrimas.

No hay que decir que una hora despues se presentaron al hidalgo tres donados robustos, de los cuales uno cargó con el barril de aguardiente y los otros con los jamones asturianos.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Leandro á su padre.

—Ocuparnos en ocultar el tesoro que se ha confiado á nuestra honradez, y en seguida dedicarnos exclusivamente á averiguar lo que ha sido de Gil Perez y de su hijo, para lo cual nos será tal vez preciso hacer un viaje á Villalar y Tordesillas.

CAPITULO XCIV.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

No era fácil que en Madrid pudiera el señor Gregorio del Castillejo adquirir las noticias que tanto le interesaban.

De don Alfonso de Lara sí pudo saber con certeza que habia muerto, porque este caballero, por su rango y por sus riquezas, era bastante conocido en las dos Castillas y tenia en Madrid bastantes amigos.

En cuanto al criado de don Alfonso, que se llamaba Martin, y de quien le habia hablado tambien fray Benito, nada pudo averiguar por falta de antecedentes y datos.

Era, pues, forzoso emprender un viaje.

—Yo iré á Villalar,—dijo Leandro.

—No,—le replicó su padre,—porque eres demasiado jóven para inspirar confianza á los que hay que preguntar. Te quedarás, que yo volveré con cuanta prontitud me sea posible.

Así quedó decidido.

El señor Gregorio emprendió la marcha, yendo á Villalar y empezando sus averiguaciones.

Empero nada pudo saber de cierto, por más que habló con muchos que hubieran podido decirle lo que deseaba.

Los agentes de la autoridad real perseguian sin descanso á cuantos más ó ménos indirectamente habian defendido la causa popular, y ninguno de éstos queria darse por entendido de haber pertenecido á las comunidades.

Para muchos, el señor Gregorio no era más que uno de tantos espías de los que recorrian aquella tierra.

No se desanimó el buen hidalgo y se encaminó á Tordesillas.

Alojóse en una posada y sus primeras preguntas se dirigieron al posadero.

—Caballero,—le dijo éste,—yo soy un hombre de bien que no me he metido en nada, y por consiguiente no sé otra cosa más que lo que se dice.

—¿Y no podríais indicarme si hay alguna persona que pudiera darme más noticias del señor Gil Perez y de su hijo?

—No tenian parientes.

—¿Y sus criados?

—Todos fueron con él y ninguno ha vuelto.

—¿Y de don Alfonso de Lara?

—¡Oh! eso es otra cosa.

—¿Queda familia suya?

—Dos criados solamente: uno que volvió antes de la batalla de Villalar, y otro despues.

—Ese que volvió despues...

—Creo que no lo encontrareis, porque segun entiendo, le

avisaron que corria peligro y ha tenido que huir; pero repito, caballero, que yo no tengo trato con nadie, que soy amigo de todos y de ninguno, y que no quiero entender en otra cosa sino en mis propios intereses, que nada tienen que ver con las comunidades.

—Tranquilizaos, que no soy ningun miserable espía.

—No he dicho eso, no he dicho eso...

—Lo mismo que vos, soy completamente ageno á los intereses de los unos y de los otros, y por consiguiente podeis servirme con todo descuido.

El rostro del hidalgo inspiraba confianza, y como además puso en las manos del posadero una moneda de oro, éste se ofreció á buscar á Julian.

Hízolo así, y media hora despues entró el sirviente en el aposento que ocupaba el hidalgo.

A éste le bastó una mirada para convencerse de que aquel hombre era honrado y bueno, aunque de mediana inteligencia.

Lo mismo que el posadero, Julian desconfiaba; sin embargo, no era grande su temor, puesto que era público que no se habia encontrado en la batalla de Villalar, circunstancia que hacia valer, asegurando que habia preferido abandonar á su señor á sacar la espada contra su rey.

—Caballero,—dijo al entrar,—maese José me ha rogado que venga, y aquí estoy, aunque no tengo el honor de conoceros.

—Pero podeis prestarme un gran servicio, que recompensaré como es justo.

—Disponed de mí si nada me mandais contrario á mis deberes de buen vasallo, porque lo soy tan bueno y tan leal,

que, como es público y notorio, he preferido dejar el servicio de mi noble amo, que en gloria esté, á sacar la espada contra el rey nuestro señor.

—Esa es cuestion de vuestra conciencia, que á mí no me toca juzgar.

—Lo advierto, porque...

—Nada tengo que pediros contrario á vuestros deberes de buen vasallo.

—Entonces, espero vuestras órdenes.

—No quiero más que noticias positivas de algunas personas á quienes conoceis: si os es posible dármelas, hacedlo y fijad vos mismo el precio de vuestro trabajo.

Julian exhaló un suspiro y dijo tristemente:

—Señor, yo os serviría de buena gana sin ningun interés, porque todo el mundo sabe que no soy codicioso; pero me encuentro en el mayor apuro, porque la justicia se ha echado sobre todo lo que pertenecia á don Alfonso, y esta es la hora que no he cobrado mis salarios, ni creo que los cobraré, de modo que de la noche á la mañana me encontré arruinado y sin poder realizar mis proyectos de hacerme mercader, en compañía de otro amigo que me ofreció ayudarme con su experiencia.

No olvidará el lector que Anton habia referido á fray Benito hasta el menor detalle de cuanto habia hecho desde que encontró á Julian, y este relato lo repitió el fraile al señor Gregorio, porque comprendia que la circunstancia más insignificante al parecer, podia en ciertos casos ser un rayo de luz.

Así sucedió.

Un criado de don Alfonso, que habia proyectado hacerse

mercader en compañía de otro que ya lo era, debia ser el mismo que se dirigió á la corte, llevando la carta para Martin.

El hidalgo estuvo ya seguro de obtener de aquel hombre todo lo que fuese menester.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó.

—Julian, para serviros.

—Ya sé quien sois.

—Claro es, puesto que yo mismo os lo digo.

—Escuchadme.

—Ya os escucho, caballero.

—Vuestro noble amo os entregó una carta la víspera de su muerte.

—¡Una carta!...

—Que debíais llevar á Madrid y entregar á uno de vuestros compañeros que allí se encontraba.

—Pero,—murmuró Julian turbado,—no sé...

—Tranquilizaos, que no vengo á pediros cuenta de vuestra conducta y sé, que si bien cometísteis una ligereza, no procedísteis con mala intencion ni pensábais siquiera ser infiel á vuestro amo, sino que por el contrario os hubiérais dejado matar cien veces antes que cometer una deslealtad.

—Os juro por Dios y por mi alma...

—No jureis, porque no dudo.

—¿Quién sois, caballero?

—Pronto lo sabreis.

—Vuelvo á escucharos.

—Antes de llegar á Madrid os detuvísteis en una posada, donde encontrásteis á un hombre llamado Anton, que tambien habia sido criado de don Alfonso.

Julian abrió desmesuradamente los ojos y miró con profunda sorpresa al hidalgo.

Éste prosiguió diciendo:

—Cenásteis con vuestro antiguo compañero, que os propuso dejar la servidumbre y haceros mercader.

—Es verdad, señor, es verdad,—respondió Julian, cada vez más confuso y turbado.

—Os ofreció además llevar él la carta que os habia entregado don Alfonso.

—¡Vive el cielo!... ¿Me ha engañado ese miserable?... ¡Oh!...

—No.

—¡Ah!...

—Os hablaba de buena fé.

—Anton habia sido siempre honrado y no ví ningun inconveniente en que llevase la carta.

—Habia uno.

—No se me alcanzó, os lo juro.

—Su curiosidad...

—Siempre ha sido muy curioso.

—Empezó por abrir la carta y leerla, y como allí se trataba de la fortuna del señor Gil Perez, ó lo que es igual, de cien mil escudos en oro que el buen hidalgo reservaba para su hijo...

—¡Dios mio!...

—Despertó la codicia de Anton, guardó los papeles y quiso hacerse dueño de esa cantidad.

—¡Miserable!—exclamó indignado el sirviente.—¡Ha intentado cometer un robo!

—Al otro dia en aquella misma posada le aseguraron que

el señor Gil Perez y su hijo habian muerto, y esto contribuyó á acallar sus escrúpulos.

—¿Sin hacer más averiguaciones?

—Ninguna más.

—¡Por Satanás! que Anton es un solemne pícaro; pero yo le castigaré como merece.

—Ya es tarde.

—¿Por qué?

—Otro hizo con él lo que él habia hecho con vos, y lo asesinó para robarle la carta.

—Dios lo haya perdonado.

—Veo que á pesar de vuestras imprudentes ligerezas, sois un hombre honrado.

—Lo soy,—replicó Julian orgullosamente:—si he cometido una torpeza, Dios sabe mis intenciones.

—Y yo tambien las adivino.

—Segun voy entendiendo, la herencia del hijo del señor Gil Perez anda perdida.

—No está perdida,—repuso el hidalgo,—porque se encuentra en buenas manos; pero lo está en estos momentos para su dueño legítimo.

—Decidme si puedo hacer algo en favor del señor Jacobo Perez.

—¿Sabeis si vive?

—Sí.

—¡Ah!...

—El señor Gil Perez, murió.

—¿Teneis seguridad de lo que decís?

—Os hablaré con franqueza.

—Hacedlo, que no os pesará.

—Sin mala intencion he sido causa de un mal y quisiera remediarlo.

—Explicaos.

—Uno de mis compañeros, criado de don Alfonso, salvó milagrosamente la vida en la batalla, y á pié huyó, buscando donde ocultarse, porque los vencedores perseguian con encarnizamiento á los perseguidos. Ya habia cerrado la noche, y al llegar junto á una arboleda, parecióle oir lamentos. A pesar del apuro en que él se encontraba, como tiene buen corazon, quiso ver si podia favorecer á algun infeliz, y dirigiéndose al sitio donde sonaban los lamentos, encontró tres cadáveres y un mancebo que gritaba desesperado.

—¿Y eran?...

—Uno de los cadáveres era el del señor Gil Perez.

—¿Y el mancebo?...

—Su hijo, que habia tenido la fortuna de no recibir ni un rasguño.

—¡Vive!—exclamó el hidalgo, elevando al cielo una mirada de gratitud.

—Mi compañero procuró consolar al señor Jacobo, y entre ambos dieron sepultura al cadáver del señor Gil.

—¿Y luego?

—Se unieron como dos compañeros de infortunio, prometiendo no volver á separarse.

—¿Cómo sabeis todo eso?

—Porque tuvieron valor para venir á Tordesillas, donde el señor Jacobo estuvo tres dias oculto, mientras que el otro, haciendo averiguaciones, se convenció del peligro que corrian y se fueron.

—¿Adónde?

—Nadie lo sabe, y tal vez ellos mismos no lo sabian.

—¡Oh!....

—Mi compañero se dejó ver; pero la estancia en Tordesillas del señor Jacobo Perez es un secreto para todo el mundo ménos para mí, que le proporcioné donde ocultarse.

—Sois un hombre generoso y honrado,—dijo el señor Gregorio alargando la diestra á Julian.

—Nada más puedo deciros.

El hidalgo quedó pensativo.

—¿Cómo se llama ese compañero vuestro que ha unido su suerte á la del señor Jacobo?

—Andrés Pinilla.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años, y es de mi estatura y color, con pelo y ojos negros.

—¿Creeis que no encontraré quien pueda darme noticias del paradero del señor Jacobo?

—No busqueis, porque será en vano.

—¿Tengo, pues, que abandonarme al azar?

—Teneis que esperar en la Providencia, porque solo una casualidad puede favoreceros.

No habia conseguido poco el hidalgo: ya que no otra cosa, sabia con seguridad que el hijo de Gil Perez vivia.

Quiso recompensar á Julian; pero éste se negó firmemente á tomar nada, diciendo:

—Ahora que he sabido los males producidos por mi ligereza, me creo sobradamente recompensado si en algo puedo contribuir al bien del señor Jacobo. Soy pobre; pero nada necesito, porque encontraré buen amo á quien servir.

—¿Quereis venir á la corte?

—No, porque está en Tordesillas la mujer á quien amo y con la que he de casarme en cuanto me sea posible.

—Entonces os haré un encargo.

—Disponed de mí á vuestro antojo.

—Aunque no es probable, es muy posible que algun dia sepais dónde se encuentra el desgraciado hijo del señor Gil Perez.

—En ese caso...

—Si lo veis, decidle que me busque en Madrid.

—Y si no, yo mismo iré á llevaros la noticia.

—Hareis una buena obra.

—Me llamo Gregorio del Castillejo.

—No olvidaré vuestro nombre.

El hidalgo dió á Julian todas las señas para que en caso necesario lo encontrase, aunque por prudencia no le dijo que él era el depositario de los cien mil escudos.

Preguntóle luego por el llamado Martin, y cuando sobre éste tuvo los antecedentes que necesitaba, puso término á la conversacion, disponiéndose á tomar la vuelta de Madrid aquel mismo dia.

Julian, que era un hombre de escrupulosa conciencia, salió triste y pensativo de la posada.

Una hora despues montaba el señor Gregorio á caballo y partia.

Intentó hacer nuevas averiguaciones durante el viaje; pero nada más consiguió.

Sin novedad llegó á Madrid y abrazó á su hijo, que lo aguardaba con la ansiedad que era consiguiente.

Inmediatamente fué en busca de Martin.

Éste habia desaparecido tambien.

En la casa donde se hospedaba, dijeron al hidalgo:

—Hace ocho dias que vinieron á buscarlo al amanecer dos hombres, y con ellos se fué para emprender un largo viaje, segun dijo.

—¿Es Martin vuestro amigo?—preguntó el señor Gregorio á la mujer que lo habia recibido.

—Hace más de seis años que nos conocemos y nos hemos dado muchas pruebas de estimacion.

—Entonces, si sabeis dónde se encuentra, decídmelo y así le hareis un beneficio incalculable.

—Por primera vez el señor Martin ha guardado conmigo cierta reserva y no me ha dicho más sino que salia de Madrid aquel mismo dia.

—Decís,—repuso el señor Castillejo,—que vinieron á buscarlo dos hombres...

—El uno parecia un hidalgo, y el otro un plebeyo,—respondió la mujer.

—¿Jóvenes los dos?

—Más jóven el hidalgo que el otro.

—Son ellos,—murmuró tristemente el señor Gregorio.

—¿Qué decís?

—Lo que os he dicho antes: que haríais al señor Martin el más señalado de los servicios...

—Pues lo siento, caballero, lo siento mucho, y ahí teneis el castigo de su reserva.

—Que Dios os guarde,—dijo el hidalgo convencido de que nada más adelantaría.

—Y á vos tambien.

¿Estaba Jacobo en Madrid?

No era posible adivinarlo.

Lo cierto era que se habia reunido con Martin y que continuaba en compañía de Andrés.

Pero esto de nada le serviria para recuperar la herencia.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Era forzoso esperar los acontecimientos.

Dejaremos al señor Gregorio y á su hijo para ir en busca de Jacobo Perez.

CAPITULO XCV.

El tesoro de Gil Perez.

(Continuacion.)

Antes de referir otros acontecimientos, diremos en qué situacion habia quedado Jacobo Perez.

Cuando dió sepultura á su padre con la caritativa ayuda de Andrés, se encontró dueño de mil ducados en oro, es decir, seiscientos que encontró sobre el cuerpo del cadáver y cuatrocientos que él llevaba.

Era una cantidad respetable para aquellos tiempos; pero no suficiente para hacerla producir una renta que le permitiese vivir como siempre habia vivido.

Jacobo tenia, pues, que ingeniarse y trabajar, pues de otro modo, por muy arreglada que fuese su conducta, en dos ó tres años se encontraría en la miseria.

Esta fué su opinion y la de Andrés.

Encamináronse á la corte y se reunieron con Martin.

Entonces supo el mancebo con más seguridad lo que ya

sospechaba por las indicaciones de su padre, es decir, que éste habia depositado el importe de todos sus bienes en manos de una persona honrada.

¿Quién era la persona?

Cavilaron en vano.

Lo mismo que el señor Gregorio, tuvieron que resignarse y esperar los acontecimientos, para entregarse en brazos del azar.

No salieron de Madrid, sino que buscaron una casita donde albergarse, y al dia siguiente la encontraron fuera de la villa y por la parte que entonces empezaba á extenderse el arrabal de San Ginés.

El edificio, por su situacion y condiciones, no producia nada á su dueño y debia concluir por arruinarse.

Por esta razon Jacobo, ocultando su apellido y sustituyéndole con el nombre del pueblo de su naturaleza, pudo adquirir la casa por la módica cantidad de cien ducados.

Instaláronse allí los tres.

—¿Qué hacemos?—preguntó Jacobo.

—Trabajaremos,—respondió Andrés.

—¿Y en qué hemos de trabajar?—observó Martin, que era muy juicioso.

Y unos á otros se miraron sin acertar á darse contestacion.

Al cabo de algunos minutos Jacobo y Andrés reconocieron su torpeza.

—Yo,—dijo el primero,—lo haré todo; pero no sé qué hacer.

—Y yo,—añadió el segundo,—me comprometo á secundaros, á obedecer; pero nada más.

—Entonces á tí te toca disponer, mi buen Martin.

—¿Me autorizais para ello?—preguntó éste.

—Cuanto hagas lo doy por bien hecho. Dispon de nuestro pequeño caudal, que nadie ha de pedirte cuentas.

Martin pasó una semana entrando y saliendo.

Parecia muy preocupado; pero ni Jacobo ni Andrés le hicieron ninguna pregunta.

Una noche, mientras cenaban, entró por fin en explicaciones.

—He gastado doscientos escudos,—dijo.

—Bien gastados están,—respondió sencillamente Jacobo.

—Con ese dinero he alquilado una habitacion en la calle de Milaneses.

—¿Y qué hemos de hacer allí?

—Nadie más que yo tiene que hacer, á ménos que algun dia necesite la ayuda de Andrés.

—¿Y yo?—preguntó el hidalgo.

—Os paseareis.

—Principias á picar mi curiosidad.

—Quedará satisfecha bien pronto.

—Sepamos, si no quieres guardar el secreto.

—Soy dueño de una taberna.

—¡Dueño de una taberna!

—Sí.

—Pero...

—Lo que oís: soy dueño de una taberna, ó lo que es igual, soy tabernero, y desde mañana podreis verme tras el mostrador.

—¡Martin!...

—Todo está bien calculado: con el producto de mi co-

mercio, podremos vivir aunque modestamente. Yo estaré al frente del establecimiento. Y si es preciso hacer algun viaje á la Mancha ó á Castilla para traer géneros con más ventaja...

—Yo iré,—dijo Andrés.

—Eso he pensado.

Martin dió así una prueba de que sabia vivir.

Sus cálculos estaban bien hechos.

La taberna se abrió y con las ganancias pudieron vivir desahogadamente.

No tenia Jacobo necesidad de ponerse en evidencia, y ya fuese por apatía propia de su carácter, ó ya por la ciega confianza que tenia en Martin, á quien miraba como un protector ó un segundo padre, ello es que ni se cuidó del establecimiento, ni se ocupó de otra cosa que de pasearse, comer y dormir.

Trascurrieron así seis meses.

El hombre no puede vivir sin hacer nada, y Jacobo hizo al fin algo, si bien este algo no producia ninguna renta.

¿En qué se ocupó? preguntarán nuestros lectores.

En amar á una mujer que la casualidad puso en su camino, y amarla tan ciegamente que por ella hubiera dado su vida.

La mujer amada tenia diez y ocho años y era un prodigio de hermosura.

Habia perdido á su padre y vivia con su madre, á quien el duque de Medinaceli daba una pension por servicios importantes que le habia prestado el difunto esposo.

La jóven se llamaba Angela y era poco ménos que un ángel.

Por primera vez se vió amada, y amó con todo el ardimiento y el entusiasmo de un corazon sensible.

Este amor fué para Jacobo un bálsamo que curó las heridas de su alma.

Entregado á la nueva afeccion, fueron disminuyendo sus dolores y borrándose sus tristes recuerdos, y acabó por considerarse feliz.

Nada ocultó á los amigos á quienes tanto debia, y éstos ningun inconveniente encontraron en que realizara sus deseos el jóven.

Así pasó un año.

La madre de Angela enfermó gravemente y en pocos dias dejó de existir.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Jacobo habia diferido su casamiento, porque sus únicos recursos consistian en el producto del trabajo de sus amigos.

Pero Martin, á quien no se ocultaba esto, le dijo:

—Esa jóven queda en la miseria más espantosa, y de la miseria al crímen no hay más que un paso.

—Ya lo sé,—murmuró tristemente Jacobo.

—¿Qué pensais hacer?

—¿Puedo hacer algo?

—Me habeis dicho que la amais.

—Con toda mi alma.

—Ella es virtuosa...

—Como ninguna mujer.

—Casaos, señor Jacobo.

—¡Que me case!

—Sí.

—Pero...

—Os lo aconsejo y os lo ruego.

—¡Martin!...

—Así cumplireis vuestro deber, sereis feliz y lo seremos tambien nosotros.

El jóven, por toda respuesta, abrazó á su amigo.

Una semana despues era esposo de Angela.

Martin y Andrés continuaron su comercio, que se hacia más productivo cada dia.

Ninguna desgracia turbó la dicha de aquellas cuatro personas.

El cielo dió un hijo á Jacobo.

Pasó el tiempo y creció el niño, que mostraba una inteligencia privilegiada.

¿Qué harian con aquel niño?

No habia de ser tabernero, porque esto desagradaba á Jacobo, que no olvidaba la hidalguía de su clase.

Martin y Andrés no habian de ser eternos, y por consiguiente, más ó ménos tarde se acabarian los recursos con que todos vivian.

Los padres cavilaban, sin encontrar lo que buscaban con tanto afan.

Cuando tuvo seis años, fué el niño á la escuela.

Un año despues sabia leer y escribir perfectamente.

El maestro no tenia ya nada que enseñarle.

—Quiero estudiar,—dijo el niño.

—¿Y qué?—le preguntó su padre.

—No lo sé; pero quiero estudiar.

—¿No te agradaria ser soldado?

—No.

—¿Quieres ser fraile?

—Tampoco.

—¡Estudiar!... Con los libros no se come.

—Pues yo no quiero mas que libros.

Jacobo y su esposa volvieron á cavilar.

—Tenemos recursos,—dijo ella.

—Sí, podemos pagar un maestro de latin; pero, ¿qué hará nuestro hijo cuando conozca esta lengua?

—¿Por qué no ha de ser médico ó legista?

—Tendria que ir á Alcalá ó á Salamanca.

—Pues que vaya donde sea menester,—dijo resueltamente Angela:—yo quiero que nuestro hijo estudie y sea un hombre de provecho.

Jacobo no encontró razon alguna que oponer.

El niño empezó á estudiar latin.

Cuatro años despues no tenia nada que enseñarle el maestro.

Era muy jóven para dejarlo solo.

Por tercera vez cavilaron los buenos padres.

Martin les sacó entonces del apuro.

—Idos á Salamanca,—les dijo.—Con los mismos recursos que vivís aquí, vivireis allí.

Jacobo se mostró indeciso; pero Angela no vaciló.

Decidida la madre, debia decidirse el padre, y no tardaron en dejar á Madrid.

Jacobo habia concluido por perder la esperanza de recobrar su herencia.

Diez años trascurrieron.

Murió Martin repentinamente y en ocasion en que Andrés se encontraba en la Mancha;

La taberna quedó sin dueño, acudió la justicia y sucedió

con el establecimiento lo que sucede á un sembrado donde cae una nube de langosta.

Cuando Andrés regresó, todo se habia perdido.

Tomó el camino de Salamanca para llevar la triste noticia; pero antes de llegar fué asaltado por unos ladrones, robado y asesinado.

Bien vengas mal si vienes solo, dice el refran.

Entonces no pudo ser más verdadero.

No recibiendo noticias ni dinero de Martin ni de Andrés, Jacobo y su esposa con su hijo, que ya era un hombre y un sábio, se volvieron á la corte.

Entonces conocieron su desgracia.

No tenian recursos: estaban en la miseria.

—Ahora me toca á mí,—dijo el hijo de Jacobo.

—¿Qué harás?—le preguntaron sus padres.

—¿Acaso no me sirve de nada lo que he aprendido?... Tranquilizaos, que al hombre que es honrado y trabajador, no le falta jamás un pedazo de pan.

El jóven cumplió su propósito.

Primero con escasez, y con algun desahogo luego, acabaron por vivir regularmente.

Lo que sucedió despues lo saben nuestros lectores.

Jacobo de Tordesillas fué el sosten de sus padres.

Trabajó sin cesar.

Quedó al fin huérfano, encontró tambien una mujer bella y virtuosa, y se casó, porque no podia vivir sin afecciones.

¿Quién era Isabel?

Más adelante daremos á conocer los antecedentes de la bellísima esposa del mal llamado alquimista, porque ahora

solo nos hemos propuesto hablar de la historia del tesoro de Gil Perez.

Esta historia vamos á terminarla en breve.

Volveremos á buscar al señor Gregorio y daremos á conocer algun suceso de importancia, en el que Jacobo de Tordesillas representa un papel, que no es de los últimos.

Vuelve, pues, lector, la hoja, si es que con este relato hemos conseguido interesarte.

CAPITULO XCVI.

El tesoro de Gil Perez.

(*Conclusion.*)

El señor Gregorio y su hijo, seguros ya de que vivia el heredero de Gil Perez, esperaron y guardaron el tesoro.

Leandro encontró tambien una mujer digna de ser amada y se casó, teniendo un hijo á quien puso su mismo nombre.

Algunos años despues murió el señor Gregorio.

El tiempo pasó sin que ocurriera ningun suceso de importancia mas que la muerte de la esposa de Leandro.

El padre y el hijo continuaron su vida tranquila y dichosa, esperando siempre encontrar al que con tanto afan buscaban, ó á sus hijos ó nietos.

La casa en que vivian llegó á un estado bastante ruinoso y el dueño pensó en derribarla.

Esto era una desgracia para aquellos dos hombres, ya por los recuerdos que para ellos tenia su antigua morada,

donde habian nacido y habian visto morir á sus padres, ya por las dificultades que presentaba la traslacion del tesoro y el encontrar sitio donde guardarlo con seguridad.

Esto sucedia en el año 1594.

Despues de mucho buscar sin encontrar casa que reuniese las condiciones de buena vivienda y seguridad para el tesoro, se vieron precisados á alquilar una para éste y otra para ellos.

La primera la arrendó el hijo con un nombre supuesto, y la segunda el padre con el suyo, proponiéndose comprar una casa cuando se presentase ocasion oportuna.

Una vez hecho esto, dispusiéronse á trasladar los cien mil escudos, para cuya operacion no podian buscar la ayuda de nadie sin exponerse á que una casualidad cualquiera descubriese el secreto que tanto importaba guardar.

A las doce de una noche oscura y lluviosa, es decir, á una hora en que las calles de Madrid estaban desiertas, el padre y el hijo dieron el último adios á su antigua morada y salieron de ella, llevando cada cual un talego debajo del brazo izquierdo y la espada desnuda en la mano derecha.

Ambos eran valientes, y manejaban admirablemente el acero; ambos estaban dotados de una fuerza nada comun, y de una calma que ante el peligro vale por lo ménos tanto como el mayor arrojo.

Por sí nada temian; pero temblaban á la idea de que pudieran robarles el depósito confiado á su honradez.

La casa donde debian guardar el dinero, la conocemos ya, puesto que es la misma donde se refugió Isabel y encontró la defensa de los dos nobles hidalgos.

Cerca llegaban ya sin ningun contratiempo, cuando de

repente, dos por un lado y dos por otro, viéronse acometidos por cuatro hombres.

No podian los hidalgos guardar las espaldas arrimándose á la pared, y por consiguiente la lucha debia ser muy desventajosa para ellos.

El único recurso que les quedaba era volverse en opuestos sentidos y hacer frente á dos de los acometedores.

No basta ser valientes y saber manejar la espada cuando hay que parar los golpes de dos adversarios, porque es muy difícil librarse de una doble acometida y herir á uno sin quedarse en descubierto para recibir las estocadas del otro.

Nuestros amigos tenian otra desventaja: ya sabemos que no podian hacer uso del brazo izquierdo para defenderse con la daga al mismo tiempo que con la espada, pues llevaban los talegos llenos de oro, cuyo peso tampoco les permitia moverse con facilidad.

—¡Quietos!—gritaron los ladrones.

—¡Atrás, canalla!—replicaron los hidalgos.

—Dejad las espadas y respetaremos vuestra vida.

—¡Que dejemos las espadas!...

—Ya veis que es preciso.

—¿Qué quereis?

—Lo que lleveis encima, porque lo necesitamos.

No era aquello un golpe premeditado, no buscaban el tesoro cuya existencia ignoraban, sino que, valiese por lo que valiese, aquellos miserables habian caido sobre los primeros transeuntes que pasaron por su lado.

No hay que decir que ni el padre ni el hijo habian de ceder.

Estaban casi convencidos de que sucumbirian; pero ya

que el tesoro se perdiese, se sabria que en su defensa habian tenido suficiente valor para sacrificar la existencia.

—Cuatro sois,—dijo el padre;—pero no importa.

—¿Os obstinais?

—Nos defenderemos.

—No quisiéramos derramar sangre...

—¡Atrás, atrás!

—Puesto que os empeñais, sea,—gritó uno de los ladrones.

Y los cuatro acometieron furiosamente.

Desde aquel momento no se oyó mas que el ruido estridente de las espadas.

La oscuridad podia lo mismo favorecer á los unos que á los otros.

Pasaron algunos minutos sin que se advirtiese ventaja de la una ni de la otra parte.

Los que atacaban al anciano, que parecian ser los más ágiles, redoblaron sus golpes de tal modo, que le hicieron retroceder un paso.

El suelo estaba húmedo, blando y resbaladizo.

Los piés del valiente hidalgo no pudieron asegurarse, vaciló, perdió el equilibrio y cayó, quedando con una rodilla en tierra.

Ya no era dudoso el resultado del combate.

Sus dos contrarios cayeron sobre él, exhalando un grito de alegría.

El anciano rugió como un leon.

Empero una puerta que estaba tras ellos se abrió repentinamente, y oyóse una voz que decia:

—¡Cobardes!

Uno de los ladrones dejó escapar un lamento desgarrador y cayó al suelo sin vida.

Revolvióse el otro para hacer frente al nuevo enemigo, y antes de que pudiese reponerse de su sorpresa, recibió una terrible estocada, que le hizo caer tambien.

Levantóse el anciano.

Eran ya tres contra dos; pero éstos no quisieron probar fortuna, y huyeron velozmente.

Los dos heridos se revolcaban en el suelo con las convulsiones de la agonía.

Los dos hidalgos y el que tan inesperadamente los habia socorrido, quedaron inmóviles por algunos segundos.

—¡Ah!—exclamó al fin el anciano.—¿Quién sois?

—Ya lo veis, un hombre á quien la Providencia ha traido muy oportunamente.

—¿Sabeis lo que os debemos?

—Nada.

—Sí, os somos deudores, no de nuestra fortuna, no de nuestra vida, sino de la honra.

—He venido á esta casa para cumplir un deber; al salir he visto á uno de vosotros en el suelo y acometido por dos, y me he puesto de parte del más débil sin saber si favorecia la justicia.

—Hidalgos somos, y os juramos...

—No jureis: he hecho lo que creí que estaba obligado á hacer. Ya estais libres de esos miserables...

—Nos falta saber quién sois.

—¿Quereis demostrarme vuestra gratitud?

—Nada más justo.

—Perdonad; pero no os diré mi nombre.

—Caballero...

—Os cansais en vano: si yo fuera el favorecido por vosotros, ya me habria dado á conocer.

—Es demasiada nobleza, demasiada generosidad.

—¿Qué haríais en mi caso?

Ni el padre ni el hijo respondieron.

—¿Nos permitireis estrechar vuestra mano?—fué lo único que pudieron decir.

—Tomadla.

—Caballero, si alguna vez necesitais dos corazones...

—Gracias.

—Es que habeis salvado nuestro honor, la honra de nuestra familia.

—Tanto mejor.

—Me llamo Leandro del Castillejo; aquí teneis á mi hijo...

—Os haré una observacion.

—Decid.

—Hay aquí dos hombres moribundos.

—¡Oh!...

—Puede venir una ronda...

—Es verdad.

—Antes que justificáseis que no habeis hecho mas que defenderos...

—Teneis razon, debemos alejarnos.

—Lo que ha sucedido una vez, puede sucederos dos.

—Temeis...

—Que los dos miserables que han huido vuelvan con refuerzo, lo cual suele suceder.

—Ya hemos de andar muy poco...

—¿Quereis mi compañía?

—Nos honraríamos mucho; pero...

—Si os conviene guardar secreto en cuanto al sitio adonde vais...

—Venid, caballero, que para quien nos ha salvado no tenemos secretos.

—Vamos, pues.

Siguieron sin cuidarse de los dos moribundos.

Lo mismo el padre que el hijo hicieron á su favorecedor nuevas preguntas, porque querian á toda costa saber á quién tenian que estar agradecidos.

Empero nada consiguieron: el otro, con una modestia sin igual, se negó obstinadamente á callar su nombre.

Llegaron á la puerta de la casa que ya conocemos.

—¿Es aquí?—preguntó el desconocido.

Y cuando le contestaron afirmativamente, volvió á estrechar la diestra de los hidalgos y se alejó con rapidez.

¿Quién era aquel hombre?

No era otro que Jacobo de Tordesillas.

Con su generoso proceder habia salvado, no solamente el honor de los dos hidalgos, sino su propia herencia, el tesoro que tan legítimamente le pertenecia.

¿Cómo habia de sospechar semejante cosa?

Y los otros que tan afanosamente buscaban á los herederos de Gil Perez, ¿cómo habian de creer que su salvador era precisamente el nieto del que habia sucumbido en Villalar?

La Providencia los habia reunido cuando ménos lo esperaban.

La generosidad de Jacobo los habia separado quizá para siempre.

Una sola palabra hubiera bastado para que se reconocieran.

Dios no lo quiso así.

El deber que Jacobo habia ido á cumplir á aquella casa, era asistir á un enfermo pobre que reclamaba su auxilio.

Justo es decir que llegó á tiempo y pudo salvar la vida del paciente.

En recompensa de esta noble accion, la Providencia lo habia llevado cerca del tesoro que le pertenecia, dándole ocasion de salvarlo, pero nada más.

Estaban reservadas otras pruebas para su virtud y era menester que continuase sumido en la miseria ó poco ménos, como lo hemos conocido.

Cuando entró Jacobo en su casa, habló á su esposa de aquel suceso, si bien quitándole toda la importancia y como quien habla de lo más indiferente.

Entretanto el hidalgo y su hijo guardaban el tesoro y decian:

—Hé ahí un hombre digno de guardar este depósito. ¿Quién será?

Nada más tenemos que decirte, lector.

El tesoro de Gil Perez estuvo allí oculto hasta que sus guardadores compraron la casa donde ya hemos penetrado cerca del antiguo monasterio de San Martin.

Así queda explicado todo, y bien conocidos los personajes que eran un misterio.

Podemos, pues, dar por terminada la historia del tesoro de Gil Perez y continuar la narracion que hemos interrumpido.

CAPITULO XCVII.

Despues de la historia.

Escuchó Isabel con atencion profunda la historia del tesoro.

Cuando el anciano concluyó de hablar, ella elevó al cielo una mirada y exclamó:

—¡Dios mio!... ¿Quién puede comprender vuestros designios?

—No podemos hacer más que respetarlos,—dijo Castillejo.

—¿Quereis saber quién hace tres años os socorrió tan inesperadamente?

—¿Acaso vos?...

—Escuchadme.

—Decid.

—Era una noche fria, oscura y lluviosa. Mi esposo trabajaba como casi todas en su laboratorio, ocupándose de un

descubrimiento que debe reportar á la humanidad grandes beneficios.

—¡Y ese hombre se vé perseguido y acusado!... ¡Oh!

—Llamaron á la puerta de nuestra casa. Yo, que velaba junto á la cama donde dormia nuestra hija, me asomé á una ventana y pregunté quién era.

—En nombre del cielo,—me respondió una voz de mujer.

—¿A quién buscais?—dije.

—Al señor Jacobo.

—¿Quereis verlo?

—Quiero suplicarle que salga, suplicarle de rodillas.

La voz de aquella mujer no podia escucharse con indiferencia.

Sin embargo, le repliqué:

—Salir á estas horas y en semejante noche...

—¡En nombre de Dios!

Llegó mi esposo y se asomó tambien.

—¿Quién sois?—preguntó.

—La hija de un hombre honrado que se muere. No tengo en el mundo más que á mi padre; me han asegurado que vós lo salvaríais...

—¿Dónde vivís?

—Junto á San Millan.

—¡Oh!...

—¡Salvad á mi padre, salvad á mi padre y os daré hasta mi vida!

—Esperad un momento,—dijo mi esposo.

Y se separó de la ventana, tomando su capa y su sombrero y ciñéndose la espada.

—¿Adónde vas?—le pregunté.

—Ya lo sabes,—me respondió.

—No, Jacobo mio, no te dejaré salir.

—¿Y por qué?

—A estas horas...

—¿No me llama un moribundo?...¿No me suplica una hija en nombre de su santo amor, en el de la caridad cristiana?

—Pueden tenderte un lazo,—repliqué.

—¿Quién?... no tengo enemigos, soy pobre y nadie puede pensar en robarme...

—Quédate, Jacobo, quédate...

—Cuando me llama el deber no escucho ninguna voz.

—¡Corazon noble!—murmuró el hidalgo.

Isabel prosiguió diciendo:

—Salió despues de besar á su hija y de dirigirme algunas palabras cariñosas, y yo me puse á orar. Cerca de dos horas pasaron. Los minutos me parecian siglos. Me era imposible tranquilizarme. Por fin llamaron, abrí y me encontré con Jacobo, á quien pregunté afanosamente:

—¿Nada te ha sucedido?

—Ya lo ves,—me respondió sonriendo y abrazándome.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamé.

—He salvado la vida á un infeliz, que sin mi auxilio hubiera muerto esta misma noche, y al mismo tiempo he tenido ocasion de prestar otro servicio, de grande importancia segun parece, á dos nobles hidalgos, á quienes habian acometido cuatro miserables.

—¿Has tenido que batirte?

—Bastó mi presencia para que huyesen los asesinos.

—Os ocultó parte de la verdad,—dijo Castillejo,—lo cual prueba su grandeza de alma.

—¿Y por qué,—replicó Isabel,—dispuso la Providencia semejante encuentro si habia de separaros despues?

—Perdonad; pero esa pregunta, si no es impía, es demasiado atrevida por lo ménos.

—Es verdad.

—Suponed que vuestro esposo nos hubiese dicho su nombre y circunstancias.

—Desde aquel momento habria sido dueño de su herencia y tal vez no habria llegado el caso de vernos perseguidos por ese miserable Florentin.

—Ciertamente.

—¿Entonces?...

—Puesto que os empeñais en buscar una explicacion, os daré la que se me alcanza.

—Sí, sí.

—Antes que la dicha de una criatura, es el bien de todas.

—No hay duda.

—Decís que vuestro noble esposo se ocupa en un invento que debe reportar á la humanidad grandes beneficios.

—Así lo creo.

—¿Creeis que siendo rico hubiera trabajado el señor Jacobo con el mismo afan que siendo pobre?

—Su deseo de hacer bien...

—No hubiera menguado; pero ahora, además de ese deseo, lo impulsa la necesidad de su triste situacion, la ambicion noble de ser rico para poner á su hija á cubierto de la miseria y proporcionar á su esposa toda clase de bienestar.

—Basta, basta,—replicó Isabel.

—¿Qué opinais ahora?

—Dios es infinitamente sábio y justo.

Isabel estrechó entre las suyas las manos del hidalgo, y ambos guardaron silencio.

¿Por qué sus semblantes revelaron una profunda tristeza?

Para almas como las suyas no habia motivos de contento.

Puede decirse que Isabel era ya dueña de aquel tesoro, suficiente para vivir con todo el lujo y las comodidades imaginables.

¿Empero de qué le servia?

Su esposo andaba fugitivo y teniendo que mendigar el sustento.

Su hija estaba en poder de Florentin.

No habia dicha posible para aquella esposa y madre mientras estuviese separada de su esposo y de su hija.

Los cien mil escudos no eran entonces para Isabel mas que un estorbo, y á más de un estorbo, un tormento.

Todo aquel oro lo hubiera dado sin vacilar por reunirse á los séres á quien amaba tanto.

Las criaturas de alma tan noble como la de Isabel, no pueden gozar si de sus goces no participan las personas á quienes aman, es decir, que más que con su propia dicha, gozan con la dicha de los demás.

Era imposible que esto se ocultara al anciano, ni dejara de comprenderlo.

Toda explicacion sobre este punto hubiera sido, además de inútil, enojosa.

Largo rato pasó.

Difícil hubiera sido adivinar quién de los dos rompería el silencio.

Entonces se presentó Leandro, cruzó algunas palabras con

la enferma, y despues de enterarse de que habian concluido todas las explicaciones, dijo:

—Señora, necesitais reposo para evitar una recaida, que para nosotros seria doblemente sensible despues de habernos convencido de que sois la esposa del hombre á quien hemos buscado con tanto afan.

—Nada temais, porque me encuentro completamente bien.

—Sin embargo, descansad, y entretanto nos retiraremos, porque tengo que consultar con mi padre cierto plan que he concebido respecto á vos.

—¿Qué más de lo que habeis hecho podeis hacer por mí?

—Es menester que el abate se olvide de vos.

—¿Habeis encontrado á David?

—Probablemente no volvereis á verlo.

—¡Dios mio!...

—Tranquilizaos, que no le ha sucedido ninguna desgracia.

—¿Qué ha sido de él?

—Segun me han informado los dependientes de la Inquisicion, David ha salido de la corte con un tio suyo, rico y soltero, que se ha presentado, ofreciéndole servirle de padre.

—No lo creo,—dijo Isabel sin vacilar y con esa perspicacia de que está dotada la mujer.

—Averiguaremos la verdad; pero entretanto es menester que el abate os olvide.

—Eso es imposible.

—Si no os falta el valor...

—¡Valor!...

—Pruebas habeis dado de que os sobra.

—¿No puedo conocer vuestro plan?

—Despues que haya consultado con mi padre.

—Bien, hacedlo, y entretanto yo pensaré en David.

—Lo que se dice es bien extraño.

—Es mentira... ¡Oh!... Conozco al abate y esto debe ser una de sus intrigas, que me hace temblar tanto como todas.

—¿Por qué?

—Quizá ese pobre niño, que me ama como á su madre y que ha hecho por mí lo que apenas puede concebirse, quizá ha sido descubierto.

—Espero que no, señora, porque segun lo que de él nos habeis referido, es un niño que vale por lo ménos tanto como un hombre.

—No lo dudeis.

—La verdad no tardará en saberse, porque tal vez se ponga de manifiesto como uno de tantos resultados de mi plan.

—Estais en libertad... Idos...

—Dentro de pocos minutos volveremos.

—¡Dios os recompense los beneficios que me haceis con tanta generosidad!

Salieron el padre y el hijo.

Isabel quedó muy preocupada.

Tenia un motivo más de sufrimiento.

¿Qué habia sido del pobre jorobado?

La infeliz no cesaba de hacerse esta pregunta.

Ya sabemos que no se equivocaba al creer que era un cuento lo del viaje de David.

CAPITULO XCVIII.

Lo que hacia fray Tadeo.

No podemos referir dos cosas á la vez, y como por otra parte hemos de ver bien pronto en qué consistia el plan de Leandro, lo dejaremos, así como á su padre y á Isabel, para ocuparnos de fray Tadeo.

No era el fraile hombre que abandonara su empresa ni mucho ménos se diera por vencido, dejando el campo libre á su rival.

La suerte lo favorecia, dándole nuevas armas contra Florentin, pues lo que el dominico deseaba era que el abate cometiese muchos y muy grandes abusos, porque así le seria fácil inutilizarlo para siempre.

No tuvo que cavilar mucho para adivinar la verdad.

—El jorobado,—dijo para sí,—debia encargarse de guardar á esa niña. Esto ha sucedido ya y así se explica su desaparicion. El pobre mancebo no ha podido darme noticias,

porque á su vez estará vigilado. Florentin no es hombre que se deje engañar fácilmente y habrá tomado toda clase de precauciones; es astuto, malicioso y desconfiado, y lo mismo dudará de la lealtad de David que de la de cualquier otro. ¿Dónde está la niña? Lo averiguaré. Cuando se quiere saber dónde el avaro guarda su tesoro, no hay que buscar éste, porque nunca se encontraría, sino seguir los pasos de aquel.

No hay que decir que fray Tadeo contaba, lo mismo que el abate, con hombres que eran ciegos instrumentos de su voluntad, y por consiguiente le fué muy fácil poner inmediatamente en práctica su plan.

Aquel mismo dia, al salir del tribunal, hizo una seña á uno de los esbirros que encontró al paso, recibiendo en contestacion otra señal afirmativa, hecha con tanto disimulo, que nadie pudo apercibirse de ella.

El dominico llegó á su convento, entró en su celda y se puso á pasear, porque no se sentaba sino cuando le era absolutamente preciso, y cuando estaba sentado, segun hemos visto ya, no cesaba de moverse.

Diez minutos despues se abrió la puerta de la celda, presentándose el esbirro, que era un hombre de pequeña estatura, delgado, de rostro aguileño y ojillos pardos y relucientes.

Fray Tadeo se detuvo y le hizo seña con una mano para que se acercase.

El alguacil obedeció sin que sus pasos produjesen el menor ruido, aunque no parecia que pusiese ningun cuidado al andar.

—Vamos á ver, señor Culebrina,—dijo el fraile, porque al esbirro nadie lo conocia mas que por su apodo, que dicho sea

de paso, le cuadraba perfectamente.—Vamos á ver, ¿de cuántos modos puede seguirse á una persona?

—De tantos como la sombra al cuerpo,—respondió Culebrina con voz aflautada.

—Perfectamente.

—No siempre conviene ir detrás.

—Y vos, mi buen maese Culebrina, que sois muy observador, habreis visto que la sombra no es siempre igual.

—Es de dimensiones diferentes, segun la respectiva posicion del cuerpo y de la luz.

—Lástima es que hayais abandonado vuestros estudios.

—Hago aplicacion de lo que aprendí, y esto es bastante para serviros si hay necesidad, reverendo padre.

—Pronto hemos de verlo.

—¿A quién tengo que espiar?

—A un hombre que es cien veces más astuto que vos.

—Es posible,—replicó el alguacil, haciendo un gesto de duda.

—Es tambien mucho más desconfiado y malicioso.

—Sobre ese punto cualquiera me gana, porque la franqueza y la buena fé es mi regla de conducta.

—¿No os atreveis á engañar á nadie?

—Me atrevo á todo por servir á vuestra señoría.

—¿Y si el hombre á quien hemos de espiar fuese un alto personaje?

—Mejor, porque no me gustan negocios con gente de poco más ó ménos. Estoy por los hombres ricos ó por los que son muy malos; pero no quiero nada con pobres, ni santos, ni tontos, porque siempre sale uno con las manos en la cabeza.

—Cuando os diga el nombre de la persona á quien habeis de espiar, temblareis.

—Decidlo y veremos.

—Tened entendido, señor Culebrina, que una vez que conozcais mi secreto...

—Acepto desde ahora, sea quien fuere.

—¿Y si se tratara del abate Florentin?

El esbirro se extremeció, haciendo un gesto de profundo desagrado; pero bien pronto se repuso y respondió:

—¿Qué he de deciros que á vos no se os alcance?

—Ya sé que lo que os pido es muy difícil, y además peligroso.

—Mucho.

—Por eso la recompensa...

—De eso trataremos despues.

—Por de pronto recibireis dos escudos cada dia, y despues lo que sea justo, segun el resultado.

—Bien, señor, hablemos ahora de lo que más interesa, para que se cumplan vuestros deseos.

—Habeis de observar hasta los menores movimientos del abate.

—Los observaré.

—Mi objeto es averiguar el paradero de una persona á quien el señor Florentin debe ir á ver con más ó ménos frecuencia.

—Comprendo.

—Cualquier circunstancia, por insignificante que os parezca...

—Repito que entiendo.

El dominico sonrió con satisfaccion.

—Sois un hombre que vale mucho,—dijo.

—Puedo servir para algo, y nada más,—repuso Culebrina, sonriendo tambien.

—¿Necesitais algo ahora?

—Tengo disfraces y no me falta mas que una cosa.

—Decid.

—Mientras sea la sombra del señor abate, no puedo ser alguacil del Santo Oficio.

—Es verdad.

—Por consiguiente, habré de faltar á mis obligaciones...

—Ya he pensado en eso, y mañana mismo recibireis órdenes para ir á desempeñar cierta comision fuera de Madrid, quedando así justificada vuestra ausencia.

Aquellos dos hombres no tenian que hablar mucho para entenderse.

Fray Tadeo sabia que el esbirro no necesitaba más explicaciones.

Culebrina sabia tambien que hacer nuevas preguntas hubiera sido demostrar torpeza, y se concretó á decir:

—Puesto que hemos concluido, me iré.

—Que Dios os guarde y hasta mañana.

Al dia siguiente se le ordenó al esbirro ir á Guadalajara para hacer averiguaciones sigilosamente sobre cierta persona sospechosa.

El abate no pudo adivinar lo que esto significaba.

Cuando llegó la noche, Culebrina habia empezado con toda felicidad á cumplir su encargo.

Nadie lo hubiera reconocido.

Con una barba postiza, rubia y crespa y un traje de menestral, envuelto en una larga capa que habia sido de color

de café y con un sombrero de anchas alas, calado hasta las cejas, situóse en las cercanías de la vivienda del abate.

Éste salió á las ocho, miró á todos lados, y sin advertir que lo observaban, tomó el camino del arrabal de San Ginés.

Más de cerca unas veces y otras á mayor distancia, lo siguió Culebrina.

Florentin llegó á la casa que habia sido de Jacobo, entrando en ella despues de haber cruzado unas cuantas palabras con un hombre que se le acercó.

—Creo,—dijo para sí Culebrina,—que he concluido apenas he comenzado. Examinemos el terreno, porque segun parece, hay quien ronde por aquí. Esta casa es la misma de aquel alquimista endiablado, cuya mujer se nos escapó aquella noche en que tiraron por la ventana al señor Florentin. ¡Oh!... Empiezo á comprender: aquí hay un misterio, y esto es indudablemente lo que necesita averiguar fray Tadeo.

Aunque despacio, siguió adelantando el esbirro, y en cuanto se lo permitia la oscuridad de la noche, examinó al hombre con quien habia hablado el abate.

—Es un compañero,—murmuró.

Llegó cerca de otra de las esquinas de la casa y vió un segundo bulto.

Mirólo atenta y disimuladamente y dijo para sí:

—Van dos.

Volvió á la izquierda y llegó junto á las tapias.

Otro hombre vagaba por aquel lado.

—Esto empieza á ser muy interesante.

A los veinte pasos encontró al cuarto vigilante.

Miró á las ventanas y se escapaba luz por las rendijas de una de ellas.

Escuchó; pero no percibió ningun ruido.

Alejóse entonces, situándose donde pudiera continuar observando.

Pasó media hora.

Crugió la puerta de la casa y salió un hombre.

—Es el santo abate,—dijo irónicamente Culebrina.—¿Pero adónde diablos vá?... No toma el camino de su casa... Veamos... Viene derecho aquí...

El esbirro salió del hueco de la puerta donde se habia ocultado, deslizándose silenciosamente por junto á la pared.

Florentin llegó á la casita de que hemos hablado en otra ocasion, sacó una llave, abrió y desapareció.

Inútilmente aguardó Culebrina.

Las horas pasaron sin que se sintiese el más leve ruido.

Los cuatro vigilantes permanecieron en sus sitios.

Culebrina se paseaba unas veces y se sentaba otras.

Apagóse la luz que antes se veia brillar á través de las rendijas de una de las ventanas de la antigua vivienda de Jacobo.

El esbirro meditó.

—Creo,—dijo,—que por esta noche nada tengo que hacer, y si no duermo, aunque sea poco, mañana estaré muy estropeado.

No pensaba abandonar la empresa; pero tenia un medio de dormir y vigilar á la vez.

No lejos de la casita donde el abate habia entrado, con ánimo probablemente de pasar la noche, habia otra sobre cuya puerta veíase colgado un manojo de sarmientos.

Culebrina llegó allí, llamó, dando tres ó cuatro golpes con el puño, y esperó.

No tardó en sentir algunos pasos en el interior de la casa, y luego una voz que decia:

—¿Quién es?

—Abre y lo verás, si es que por la voz no me conoces,—respondió Culebrina.

La puerta se abrió inmediatamente, apareciendo un hombre de horrible aspecto, que exclamó:

—¡Vaya si te conozco!... ¡Voto al diablo!

Entró el esbirro en un aposento donde habia dos ó tres toscas mesas, algunos pellejos de vino y unos cuantos jarros y vasos de estaño en un vasal.

No hay que decir que estaba en una taberna.

—¡Tú por aquí!—dijo el dueño de la casa con acento de sorpresa.

—Ya lo ves: me he empeñado en hacerte rico, y no he de parar hasta que lo consiga.

—¡Ira de Dios!...

—¿Aún tienes el vicio de jurar y maldecir?

—¿Y tú el de ser un bribon hipócrita?

—Rufino, déjate de observaciones y dáme vino.

Obedeció el tabernero, despaviló un candil que habia colgado en un gancho de alambre pendiente del techo, y esperó nuevas órdenes.

—Aún no te habias acostado,—le dijo Culebrina.

—Ya lo ves.

—Pues bien, mientras yo bebo ó duermo, porque todo puede ser que suceda, vas á abrir aquella ventana.

—Ahora mismo.

—Espera.

—Ya espero.

—Una vez abierta, te sentarás y mirarás á la calle.

—¿Y qué he de ver?

—Por de pronto no verás más que una casita que hay allí en frente á la izquierda y que tiene junto á la puerta una ventana bastante grande.

—Sí, una casa que no se sabe quién la habita, ó que no la habita nadie.

—¿Es eso cuanto puedes decirme?

—Sí, porque no creo, como algunos aseguran, que más de una noche han visto entrar en esa casa á una persona.

—No se equivocan.

—¿Con que es verdad?

—Es verdad, y esa persona ha entrado, y necesito saber cuándo sale. Beberé un poco y apagarás la luz, porque no la necesito para dormir.

—¿Y luego?

—Mirarás, ya te lo he dicho.

—¿Y cuando salga esa persona?...

—Me avisarás.

—Entendido.

—Toma, por si luego no puedo detenerme á pagarte.

Y Culebrina dejó caer sobre la mesa un escudo, que hizo relumbrar con el fuego de la codicia los ojos de Rufino.

Pocos momentos despues la habitacion estaba en tinieblas y el tabernero junto á la ventana.

Antes de cinco minutos el esbirro dormia tranquilamente.

Pasó la noche y en Oriente se esparcieron los primeros resplandores del matutino crepúsculo.

El tabernero se acercó á su amigo, y meneándolo rudamente, le dijo:

—Despierta, despierta, que tu hombre se vá.

—¿Qué dices? — preguntó Culebrina, restregándose los ojos y poniéndose en pié.

—Que acaba de salir...

—¡Ah!...

—¡Vive Dios!... Ya sé quién es.

—¿Lo has conocido?

—Sí.

La frente de Culebrina se contrajo.

—Te has equivocado,—replicó.

—¡Cien legiones!...

—Figúrate que te has equivocado...

—Ahora entiendo.

—O más bien olvídate de lo que has visto y jura que has pasado la noche en tu cama y que has soñado conmigo.

—Digo que entiendo.

—Adios.

Salió el esbirro y vió á lo lejos al abate, que por el camino que llevaba, debia dirigirse á su vivienda.

Los cuatro vigilantes vagaban aún alrededor de la casa de Jacobo.

Dos horas despues, y sin haberse quitado su disfraz, Culebrina se presentó al dominico.

—Pronto volveis,—le dijo éste.

—Y segun entiendo, muy poco ó nada me queda que hacer.

—Sepamos.

No tenemos para qué repetir las palabras del esbirro: refirió todo lo que habia visto, haciendo algunas observaciones muy acertadas, y luego dijo:

—Ahora, mandad.

—No os habeis equivocado: lo que falta que hacer es muy poco.

—Tanto mejor,—repuso Culebrina,—porque así quedareis más pronto servido.

Fray Tadeo meditó mientras paseaba.

Al cabo de algunos minutos se detuvo.

—Dejareis al abate,—dijo.

—Y me ocuparé de los otros, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Supongo que quereis conocerlos.

—Eso es.

—Además, deseareis saber si la casa que fué del alquimista está vigilada lo mismo de dia que de noche.

—Sois un prodigio, maese Culebrina.

—Nada valgo, reverendo padre; pero es tanto mi deseo de serviros...

—No os pesará.

—Me parece,—repuso el esbirro con un si es no es de vanidad,—que no necesito más explicaciones.

—No, porque adivinais mi pensamiento.

—Saber quiénes son los que vigilan la casa, y muy particularmente los que están de noche, y deciros además si hay probabilidades de que pueda contarse con alguno de ellos.

—No tendré con qué pagaros.

—Será preciso que me dejeis tres ó cuatro dias, porque es conveniente saber el sistema que siguen en los relevos.

—Todo el tiempo que necesiteis.

—Una semana de ausencia no llamará la atencion en el tribunal.

—Ni diez dias tampoco, puesto que la comision que se os ha encargado no puede desempeñarse deprisa.

—Dadme vuestra bendicion y me iré.

Fray Tadeo sacó de un bolsillo algunas monedas de oro, y mientras que con la mano izquierda se las daba á Culebrina, lo bendijo con la derecha, diciéndole despues:

—Esto, para principiar.

El esbirro se inclinó respetuosamente y salió sin decir una palabra.

El dominico volvió á pasear, diciendo para sí:

—Ese sistema de vigilancia no puede sostenerse mucho tiempo. Dentro de tres ó cuatro meses tendrá el abate que adoptar distintas precauciones; pero no me conviene esperar.

El plan de Florentin estaba conocido y se veia claramente que habia sido preparado con mucha anticipacion, puesto que disponia de la otra casa, objeto ya de los comentarios de la vecindad.

Nada de esto sorprendió á fray Tadeo, porque conocia demasiado bien la astucia y prevision del abate, y sabia que éste no daba un solo paso sin haber examinado detenidamente el terreno donde habia de poner el pié.

Por esta misma razon necesitaba obrar con mayor prudencia el dominico.

Tampoco queria perder mucho tiempo, porque nadie sabia lo que podria suceder.

Reflexionó nuevamente hasta estar seguro de no haberse equivocado.

No era fácil que en tales intrigas se equivocase un hombre como él.

Que en la antigua vivienda de Jacobo de Tordesillas estaba la hija de éste, no habia duda, y allí debia encontrarse tambien el pobre David, con alguna otra persona de la confianza de Claudio.

Convencido de esto, esperó el dominico.

No se habia equivocado al encargar el asunto á Culebrina, pues éste hizo mucho más de lo que se le exigió.

¿Qué resultado dió la nueva intriga?

Vamos á saberlo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA.

La plantilla para la colocacion de las láminas, se dará al final de la obra.

